

POESIAS  
DE  
MELENDES

1321

UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA

TS-948

1331



570/15

TS-948

I-1579

82.34

MEL

ROC

27598

# POESÍAS

DE

Don Juan Melendez Valdes.



52952211  
48527211

7474

POSTAS

Don Juan Alvarado Labrador



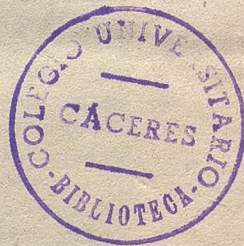
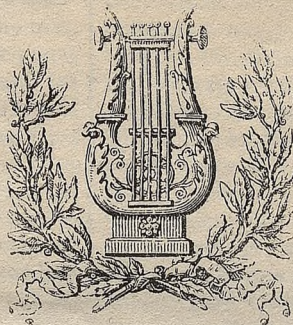
# POESÍAS

DE

## DON JUAN MELENDEZ VALDES.

edición completa

CON EL PRÓLOGO Y LA VIDA DEL AUTOR.



**BARCELONA.**

POR DON JUAN OLIVERES, IMPRESOR DE S. M.,

CALLE DE MONSERRATE NÚM. 40.

---

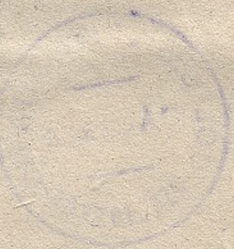
1849.

303313

DOÑA JUANA MELÉNDEZ VALDÉS

edición completa

CON EL PRÓLOGO Y LA VIDA DEL AUTOR



BARCELONA

EN COMISIÓN DE VENTA: EDITORIAL LAURA

CALLE DE SERRA, 111

1919



---

---

# NOTICIA

## HISTORICA Y LITERARIA

### DE MELENDEZ.

---

Illum etiam lauri, etiam flevire myricæ;  
Pinifer illum etiam solá sub rupe jacentem  
Mænalus, et gelidi fleverunt saxa Lycæi.

VIRJ. egl. X.

El grande interés que necesariamente inspira la muerte de un hombre célebre, se acrecienta mucho mas, cuando se la ve acompañada de penas y de infortunios. La idea de que los hombres son siempre injustos con el mérito eminente que los sirve y los ilustra, se une entonces á la compasion que escitan sus desgracias, y no suelen pesarse con bien exacta equidad todas las circunstancias de la pérdida que se llora. Tal fué la situacion de Meléndez al morir. Nacido en el Guadiana, educado y formado en el Tórnes, arrojado en su vejez por las tormentas políticas á espirar en las orillas del Lez, reunia por sus talentos y por sus trabajos todos los motivos de interés y de compasion. Los que se encargaron en Francia de anunciar su muerte al mundo literario, lo hicieron con destreza y con sensibilidad para con el poeta, con alguna injusticia para con su patria. Ella fué acusada de ingratitud, de abandono, y, lo que no pudiera creerse, hasta de calumniam (\*). Pero entónces, propiamente

te hablando, en España no habia patria. Las Musas castellanas dieron sin embargo cantos y lágrimas á su muerte; y en los diarios se anunció con igual interés y exaltacion: el Gobierno mismo, que entonces no se señalaba ni por su aficion á las letras, ni por su jenerosidad en recompensarlas, ni en fin por su disposicion á olvidar; suavizó algun tanto con Meléndez la aspereza y estrechez de su condicion. Su esposa fué acogida y considerada como viuda de un majistrado español; y la edicion completa de sus obras fué mandada costear por el Estado en la imprenta del Gobierno: monumento sin duda mas grato para el escritor, como mas duradero, que los mármoles y que los bronces.

Esta edicion es la que ahora se publica: nosotros, encargados de ella por amistad y gratitud al inmortal poeta que la nacion ha perdido, hemos creído que debia llevar á su frente una noticia mas estensa y puntual que las que sehan publicado hasta ahora. Toda está

(\*) En un artículo muy bien hecho que se puso entonces en el «Mercurio de Francia,» se decia: «Jeté sur une rive étrangère, ou-

blié, calomnié probablement par ceux qui ne tarderont pas á réclamer avec emphase l'honneur d'appartenir au ciel qui l'a vu naître etc.

sacada de documentos auténticos y del testimonio de personas fidedignas, que le trataron íntimamente, y aun viven: así estas pocas líneas que consagramos á su memoria, tendrán por lo menos, á falta de otro mérito, el de la certeza y de la exactitud.

Don Juan Meléndez Valdes nació en la villa de Ribera del Fresno, obispado de Badajoz, á 11 de marzo de 1754. Sus padres fueron D. Juan Antonio Meléndez, natural de la villa de Salvaleon, y Doña María de los Angeles Díaz Cacho, natural de Mérida; personas virtuosas las dos, y pertenecientes á familias nobles y bien acomodadas del país. Las felices disposiciones que notaron en su hijo, los determinaron á destinarle á la carrera de los estudios, y á proporcionarle la educacion correspondiente para que se aventajase en ella. Aprendió la latinidad en su patria, y la filosofía en Madrid en las escuelas de los padres dominicos de santo Tomás. Ya entónces su jenio apacible y dócil le hacia querer de cuantos le conocian; y su aplicacion y adelantamientos le granjeaban el aprecio de maestros y condiscípulos. Empezaba tambien á traspasar su afición á la poesía, aunque no todavía su ingenio y su buen gusto: el restaurador del Parnaso español hacia romances imitando á Gerardo Lobo, y componia versos á santo Tomás de Aquino, para complacer á sus maestros. El mismo en los tiempos de su gloria recordaba riendo estos primeros ensayos, y repetia pasajes de ellos, en que seguramente nose anunciaba por ningun estilo el cantor de *Batilo*, de las *Artes* y de las *Estrellas*.

Estudiada la filosofía, ó lo que entónces se enseñaba como tal, sus padres le enviaron á Segovia por los años de 1770, para que estuviese en compañía de su hermano D. Estévan, secretario de cámara del obispo de aque-

lla ciudad, D. Alonso de Llánes, deudo tambien suyo, aunque lejano. Allí fué donde, con las buenas obras que le proporcionaban su hermano, algunos canónigos y el conde de Mansilla, adquirió aquella afición á la lectura, aquella ansia de saber, y aquel gusto de adquirir libros, que puede llamarse la pasion de toda su vida. El mismo prelado, satisfecho de su aplicacion y talento, le envió á Salamanca en 1772, á seguir la carrera de leyes, y le auxilió constantemente para que sesostuviese allí con el decoro y comodidad que convenia. Sus adelantamientos en aquella facultad fueron consiguientes á este esmero y á estas esperanzas. Meléndez siguió todos los cursos, ganó todos los grados escolásticos desde bachiller hasta doctor; y al ver el lucimiento con que desempeñó todas las pruebas y certámenes de su carrera, nadie diria que era el mismo jóven, cuya afición decidida á la poesía y humanidades iba ya abriéndose camino para ponerse al frente de la bella literatura de su país.

Hallábase á la sazón en Salamanca, por fortuna de Meléndez, D. José Caldaso. A unos talentos poco comunes para la poesía y las letras, reunia este hombre célebre una erudicion estensa, un despejo que solo se adquiere en el comercio del mundo y en los viajes, en fin un zelo por la gloria y adelantamiento de su patria, aprendido en la escuela y bajo la inspiracion de la virtud. Boudoso y apacible, chistoso y jovial siempre, á veces satírico sin rayar en maligno ni en mordaz, su trato era amable é instructivo, su corazon franco, y sus principios indulgentes y seguros. Era entónces el tiempo en que él se hacia tanto lugar en el mundo literario por sus *Eruditos á la violeta* y por sus *Ocios*, publicados sucesivamente en los años de 72 y 73. Pero puede decirse que, de cuantos servicios hizo entonces á nuestra literatura, el mas eminente fué la formacion de Meléndez.

El conoció al instante el valor del jóven poeta; se le llevó á su casa para vivir en su compañía; le enseñó á discernir las bellezas y defectos de nuestros autores antiguos; le adiestró á imitarlos, y le abrió tambien el camino para conocer la literatura de las sabias naciones de Europa. Todavía le proporcionó una instruccion mas preciosa en el hermoso ejemplo que le daba de amar á todos los escritores de mérito, de hacerse superior á la envidia, de cultivar las letras sin degradarlas con bajezas y chocarrerías. Los elojios que Cadalso ha prodigado á sus contemporáneos (\*) en sus escritos, son un testimonio público de este noble carácter; y las poesías de Meléndez, donde no hay una sola dirigida á detraer el mérito ajeno, y su carrera literaria, exenta de todo choque y combate, muestran cuánto le aprovecharon en esta parte los documentos de su maestro.

El jénero anacreóntico, en que Cadalso sobresalia, fué tambien el primero que cultivó Meléndez; y prendado aquel de los progresos que hacia su alumno, viendo ya en los frutos preoces de su musa tanta pureza y tanta perfeccion, le aclamaba á boca llena por su vencedor, y en prosa y verso le anunciaba como el restaurador del buen gusto y de los buenos estudios en la Universidad. Esta union íntima y franca entre discípulo y maestro se conservó hasta la muerte de Cadalso, sucedida, como todos saben, en el sitio de Gibraltar; y la bella cancion elejíaca que Meléndez compuso á esta desgracia, será, mientras dure la lengua castellana, un monumento de amor y gratitud, como tambien un ejemplar de alta y bella poesía.

A las instrucciones que recibió nuestro poeta de aquel insigne escritor, ayudaban tambien el ejemplo y los consejos de otros hombres distinguidos, que residian y estudiaban en-

tónce en Salamanca. Empezaba ya á formarse aquella escuela de literatura, de filosofía y de buen gusto que desarrugó de pronto el ceño desabrido y gótico de los estudios escolásticos, y abrió la puerta á la luz que brillaba á la sazón en toda Europa. La aplicacion á las lenguas sabias, así antiguas como modernas; el adelantamiento en las matemáticas y verdadera física; el conocimiento y gusto á las doctrinas políticas y demás buenas bases de una y otra jurisprudencia; el uso de los grandes modelos de la antigüedad, y la observacion de la naturaleza para todas las artes de imaginacion; los buenos libros que salian en todas partes, y que iban á Salamanca como á un centro de aplicacion y de saber; en fin, el ejercicio de una razon fuerte y vigorosa, independiente de los caprichos y tradiciones abusivas de la autoridad y de las redes caprichosas de la sofistería y charlatanismo; todo esto se debió á aquella escuela, que ha producido desde entónces hasta ahora tan distinguidos juriconsultos, filósofos y humanistas. Señalábanse en ella (y no se hablará aquí mas que de los muertos, para no ofender la modestia de los que aun viven) el Mtro. Zamora, autor de una gramática griega estimada; pero cuyo jenio audaz, alma independiente y carácter franco y resuelto, le hacian todavía mas estimable que su libro; D. Gaspar de Cándamo, catedrático de hebreo, el tierno amigo de Meléndez, á quien está dirigida la bellísima despedida que se lee entre sus Epistolas; los dos agustinos, Alba y Gonzalez, aquel apreciado por su grande instruccion, su gusto delicado, y su ática urbanidad; este por la bondad inagotable de su carácter y su talento poético, en que hizo revivir á Luis de Leon; en fin, el festivo Iglesias, cuyos versos corren por las manos de todo el mundo, y que tan desigual á Meléndez en la poesía noble y delicada, se ha hecho un nom-

(\*) Luzan, Sedano, Moratin padre y otros.

bre tan conocido y tan clásico por sus Epigramas y sus Letrillas.

Estos fueron los principales amigos y compañeros de la juventud de Meléndez, los que con su ejemplo y sus consejos vigorizaron su razon y enriquecieron su talento. Mas el hombre que, aunque ausente, contribuyó tal vez mas que otro alguno á su adelantamiento, fué el insigne Jovellános. Hallábase entonces en Sevilla, y ministro de su audiencia, cultivando las Musas, la filosofía y las letras con el ardor jeneroso que toda la vida empleó en este noble ejercicio, y como preparándose á la carrera que despues siguió con tanta gloria. Llegaron á su noticia los trabajos de los poetas salmantinos por medio del padre Miguel Miras, relijioso de san Agustín y acreditado predicador, quien le puso en comunicacion con el maestro Gonzalez, y despues este con Meléndez.

Consérvase todavía una gran parte de aquella primera correspondencia, monumento precioso, en que se ven retratados al vivo el candor, la modestia y sentimientos virtuosos del poeta, la marcha alternativa de sus estudios, las diferentes tentativas en que ensayaba su talento, y sobre todo el respeto profundo y casi idolatría con que veneraba á su Mecénas. Allí se ve de qué manera empleaba su tiempo, y cómo variaba sus tareas. Aplicóse en un principio á la lengua griega, y empezó á ensayarse á traducir en verso á Homero y á Teócrito; pero conociendo la inmensa dificultad de la empresa, y no estimulado á ella por la inclinacion de su talento, la abandonó muy luego. Despues se dedicó al inglés; lengua y literatura á que decia tener una inclinacion escisiva; añadiendo, *que al Ensayo sobre el entendimiento humano debería toda su vida lo poco que supiese discurrir*. Seguía entre tanto escribiendo y fortificando su ingenio con la composicion de sus Anacreónticas y Romances; y como su amigo le exhor-

tase al parecer á empresas mayores, él se escusaba modestamente diciendo: *en lo demás no tiene V. S. que esperar de mí nada bueno. Los poemas épicos, fisicos ó morales piden mucha edad, mas estudio y muchísimo jenio, y yo nada tengo de esto, ni podré tenerlo jamás.*

Segun le iban cayendo los buenos libros á la mano, así los iba leyendo y formando su juicio sobre ellos, que al instante dirijia á su amigo. El tratado de educacion de Locke, el *Emilio*, el *Anti-Lucrecio* del cardenal de Polignac, el *Belisario* de Marmontel, la *Teodicea* de Leibnitz, el inmortal *Espíritu de las leyes*, la obra excelente de Wattel, con otros muchos libros igualmente célebres, eran el objeto de esta correspondencia epistolar, que manifiesta la severidad é importancia que ponía en sus lecturas aquel jóven, que al mismo tiempo manejaba tan diestramente el laud de Tíbulo y la lira de Anacreonte. Convencido de la máxima de Horacio, que el principio y fuente del buen decir son la filosofía y el saber, no se saciaba de aprender y de estudiar; y en sus lecturas, en sus cartas, en sus conversaciones, por todos los medios posibles, trataba de adquirir y aumentar aquel caudal de ideas, que tanto contribuye á la perfeccion hasta en los jéneros mas tenuous del arte de escribir, y sin el cual los versos mas numerosos no son otra cosa que frívolos sonsonetes.

Estos estudios, unidos á los que le obligaba su carrera escolástica y el grado á que aspiraba, llegaron á minar su salud, produciéndole una destilacion ardiente al pecho, que le hacia á veces arrojar sangre por la boca. Duróle este achaque mas de un año, la calentura empezó á declararse, los médicos adelantaban poco, y sus amigos llegaron ya á desconfiar de su vida. Jovellános le convidaba á Sevilla, á ver si con la templanza y abrigo de aquel clima se atajaban los pro-

gresos del mal, y su salud se reponia. El se negó á esta invitacion; pero suspendiendo sus tareas, y tomando un régimen dietético apropiado á su estado, y observado rigurosamente por mucho tiempo, empezó á ganar terreno. El moderado ejercicio que hacia á las orillas del Tórmes, le acabó al fin de asegurar. Eran estos paseos frecuentemente solitarios: Meléndez, á quien ya habian llegado los escritos de Thompson, de Gésner y de Saint-Lambert, se acostumbro entonces á observar la naturaleza en los campos al modo de estos poetas, y su aficion y talento para la poesia descriptiva se empezaron á desenvolver. Por manera que á esta dolencia y á estos paseos en la soledad se deben las riquezas esquisitas, con que en esta parte engalanó nuestro escritor las Musas castellanas.

Tuvo despues otro contratiempo, que él sintió mas que su enfermedad, y era en efecto mas irreparable. Su hermano D. Estévan adoleció gravemente en Segovia. Muertos como eran ya sus padres, él era su protector, su amigo, su hermano; él podia decirse que le habia criado, y á él debia las primeras semillas de la virtud y de la sabiduría. Voló pues al instante á cumplir con su obligacion, á asistirle, ó á morir, como él decia, de dolor á su lado. Llegó; y á pesar de las esperanzas que al principio dió una falsa mejoría, aquel respetable eclesiástico falleció á pocos dias, (4 de junio de 1777) dejando á su hermano huérfano, desvalido, abandonado á su ingenio y á sus recursos. Sintió estremadamente Meléndez este golpe de fortuna, porque, además del entrañable amor que los dos hermanos se tenian, contemplaba el desamparo en que quedaba. El aspecto de la escena del mundo que se abria delante de él, y en que iba á entrar sin guia y sin apoyo, le estremecia de terror. Vinieron los consuelos de sus amigos á aliviarle en su amargura. Jovellános

especialmente volvió á ofrecerle su casa y sus socorros; pero Meléndez, deshaciéndose en espresiones de ternura y de agradecimiento, rehusó segunda vez prestarse á su jenerosidad. La proteccion del obispo de Segovia, las conexiones que tenia ya en Salamanca, la direccion dada á sus estudios en aquella Universidad, todo le separaba de trasladarse á Sevilla; quizá tambien el noble sentimiento de la independencia, poco airoso siempre, cuando se vive á costa de otro, aunque sea un amigo. Su corto patrimonio le bastaba para llegar al fin de sus estudios; y *la ley misma de la amistad*, escribia él entonces á su favorecedor, *que nos manda que nos valgamos del amigo en la necesidad, manda tambien que sin ella no abusemos de su confianza.*

El estudio, á que se volvió á entregar con mas intension que nunca, fué una distraccion poderosa de su amargura; y el tiempo, como suele, acabó al fin de disiparla. Dióse entonces á la lectura y estudios de los poetas ingleses. Pope y Young le encantaban: del primero decia *que valian mas cuatro versos del Ensayo sobre el hombre, y mas enseñaban y mas alabanza merecian que todas las composiciones suyas.* Al segundo trató de imitar, y de hecho lo hizo en la cancion intitulada de *la Noche y la Soledad*. Mas su desconfianza era estremada; y al remitir este poema á su amigo, le decia con una modestia, á todas luces escesiva, que aquella cancion al lado de las *Noches* era una composicion lánguida, su moral débil, sus pensamientos vulgares, las pinturas poco vivas y los arrebatamientos frios. El detractor mas encarnizado del poeta no le hubiera tratado con mas rigor; y aunque aquella cancion á la verdad se resiente de la juventud del escritor, cuya musa no tenia aun vigor suficiente para asuntos de esta naturaleza, todavía hay allí bastantes bellezas de espresion,



de versificación y de estilo, para no merecer una censura tan agria como la que su mismo autor hacía de ella.

Entretanto se acercaba la época en que había de empezar á cojer las palmas debidas á tanta aplicacion y á estudios tan seguidos. Había la Academia española abierto ya el campo á la emulacion de nuestros ingenios, con los premios que anualmente distribuía á las obras mas distinguidas de poesía y de elocuencia, cuyos asuntos proponía ella misma. En el primer concurso no se sintió con bastantes fuerzas para entrar en la palestra: en el segundo le detuvo la aversion que tenía al romance endecasílabo, clase de versificación que aborrecía, considerándola como producto del mal gusto del siglo anterior, y en que no se creía capaz de componer ni un cuarteto. Mas cuando la Academia, en la tercera concurrencia, propuso por argumento la felicidad de la vida del campo en una égloga, Meléndez, que se vió en su elemento, entró animoso en la lid, con las esperanzas que le daban el carácter de su talento y sus escelentes estudios; y era bien difícil por cierto que sus numerosos rivales le arrancasen el lauro de la victoria.

Descollaba entre ellos un hombre, que por la cortesanía de su trato, por la variedad de sus talentos, por su aplicacion laudable y sus escritos, se había adquirido un lugar eminente en la sociedad y en las letras. Crítico ingenioso y sagaz, escritor puro, urbano y elegante, su juicio era sano y seguro, su erudicion grande y escogida. Si á estos dones se añaden el talento decidido para la música, sus conocimientos profundos en este arte, la gracia y felicidad para la conversacion, sus conexiones con las primeras clases de la sociedad, donde era altamente estimado y acogido; en fin, la celebridad que ya tenía por su poema *sobre la música*, su traduccion del *arte poético* de Horacio y otras

obras entonces apreciadas; se vendrá en conocimiento que un concurrente de esta clase debía ser de mucho peso en la balanza, y poner en duda el vencimiento.

Mas Iriarte no podía dar á sus versos aquel colorido y armonía que se llama poesía de estilo, y que es hija necesaria de una fantasía vivaz y de una sensibilidad exquisita y delicada, prendas que absolutamente le faltaban. El hizo una composicion, que tiene mas aire de disertacion que de égloga; mientras que la de su rival, segun la feliz expresion de uno de los jueces del concurso, *olia toda á to-millo* (1). Los pastores de Iriarte controvierten su argumento, y uno de ellos da á su compañero una leccion de economía doméstica, y aun de moral: los de Meléndez sienten, y la expresion de su sentimiento y de su alegría, hecha en versos delicados, fáciles, elegantes y verdaderamente bucólicos, es el mas bello elogio de la naturaleza campestre y de la vida que se disfruta en ella. *Batilo* pues fué coronado por la Academia; y los aplausos del mundo literario que le han seguido hasta ahora, y le seguirán probablemente, mientras dure la poesía castellana, han respondido harto decisivamente á la crítica injusta y lijera que el despecho de ser vencido arrancó entonces á Iriarte.

El año siguiente (2) vino Meléndez á Madrid. Su amigo Jovellános, que había sido promovido desde la audiencia de Sevilla á alcalde de Casa y Corte, y despues á consejero de Ordenes, hacia ya tres años que se hallaba en esta capital, y Meléndez tuvo entonces el gusto de abrazarle y conocerle por primera vez. Presentábase á él adornadas las sienes con una corona poética, y logrado un triunfo en el primer paso que daba en la carrera. Jovellános, que tanta parte tenía en

(1) Don Antonio Távira.

(2) 1781.

esta gloria, y que vió llenas las esperanzas que se habia prometido en su talento, le recibió con la mayor ternura, le hospedó en su casa, le hizo conocer de todos sus amigos, y le proporcionó al instante la ocasion de cojer otros nuevos laureles.

Era costumbre de la Academia de S. Fernando dar la mayor solemnidad á las juntas trienales que celebraba para la distribucion de sus premios. La elocuencia, la poesía y la música se esmeraban á porfía en obsequiar á las artes del dibujo, dando así aparato y lucimiento á aquellas magníficas concurrencias. Ibase á celebrar entonces junta trienal. Jovellános debia leer un discurso, y Meléndez fué convidado á ejercitar su ingenio sobre el mismo argumento. Era esta una especie de prueba no menos ilustre é importante, si no tan empeñada como la primera. Luzan, Montiano, Huerta, D. Juan de Iriarte y otros escritores señalados habian dado allí el tributo de su alabanza poética, cada uno en forma y composiciones diversas, segun la diferencia respectiva de su ingenio y de su fuerza. Nadie pudo presumir entonces que el alumno de Gésner y de Garcilaso tuviese resolucion para dejar la avena pastoril, y tomar atrevidamente la lira de Píndaro en sus manos. Mas al verle en aquella hermosa oda cantar la gloria de las Artes, con un entusiasmo tan sostenido y tan igual; describir con tanta intelijencia como elegancia los monumentos clásicos del cincel antiguo; dar en sus bellos versos realce y brillo á los pensamientos de Vinkelman, con quien manifestamente lucha; ensalzar la nobleza y dignidad del ingenio humano, que sabe elevarse á tanta altura; y por último sostenerse en un vuelo tan dilatado sin desmayar, sin decaer, sin que se confundan ni alteren las formas regulares del plan con la energía y el desahogo de la ejecucion, y en una poesía de estilo tan perfecta y

tan acabada; al ver pues reunidas tantas clases de mérito en una composicion sola; cuantos la oyeron, cuantos la leyeron, quedaron pasmados de admiracion; y tributando al poeta los aplausos debidos á su eminente talento, pusieron en su frente la corona, que nadie ha podido ni antes ni despues disputarle.

En medio de estas satisfacciones tuvo tambien la de obtener la cátedra de prima de humanidades de su Universidad, que habia sustituido algun tiempo y á que tenia hecha oposicion. Al año siguiente de 82 recibió el grado de licenciado en leyes, y el de doctor en el inmediato de 83. En este mismo año, y poco antes de recibir el último grado, habia contraido matrimonio con Doña María Andrea de Coca y Figueroa, señora natural de Salamanca, é hija de una de las familias distinguidas de la ciudad. Pero como la cátedra apenas le daba ocupacion, y de su casamiento no tuvo hijos, el poeta, á pesar de haber tomado estado y colocacion, quedó libre para seguir sus estudios favoritos, y entregarse enteramente á la filosofía y á las letras.

El ajuste definitivo de la paz con Inglaterra y el nacimiento de dos Infantes gemelos, con que se creyó asegurada la sucesion á la corona, malograda en otros dos Infantes que habian muerto anteriormente; dieron ocasion á las magníficas fiestas que preparó la villa de Madrid en el año de 84 para solemnizar estos sucesos. Abrióse concurso á los poetas españoles para que presentasen en el término de sesenta días composiciones dramáticas, que fuesen orijinales, capaces de pompa y ornato teatral, y apropiadas al objeto de la solemnidad, ofreciendo premiar las dos que mas sobresaliesen. Entre cincuenta y siete dramas de todas clases que se presentaron, obtuvieron el premio *Las bodas de Camacho el rico* de Meléndez, y *Los Menestrales*

de D. Cándido María Trigueros, que fueron representadas con toda pompa y aparato, la primera en el teatro de la Cruz, y la segunda en el del Príncipe. Mas el éxito no correspondió al crédito de sus autores, á la decision de los jueces, ni á la espectacion del público. No hablaremos aquí de la obra de Trigueros, condenada desde entónces al olvido, de que no se levantará jamás; pero la pastoral de Meléndez, á pesar de las inmensas ventajas que podian dar al escritor su práctica y su talento para esta clase de estilo, tuvo desgraciadamente que luchar con el doble inconveniente del género y del asunto.

Estrecho en sus límites, sencillo en sus pasiones y costumbres, uniforme en los objetos en que se emplea, el drama pastoral no puede nunca presentar por sí solo el interés necesario para sostenerse en el teatro. A fuerza de belleza y de elegancia en el estilo, en los versos y en el diálogo, puede interesar y hacerse leer el *Aminta*, primero y único modelo de este género de poesía. Guarini, que despues quiso darle mayor fuerza y complicacion en su *Pastor Fido*, le desnaturalizó, y produjo una especie de monstruo, á que dió el nombre de traji-comedia, y cuyos defectos apenas pueden salvarse con el lujo de ingenio y galas poéticas que prodigó en él. Los demás que han seguido sus huellas, se han perdido sin poderlos alcanzar; de manera que puede sentarse por máxima, que estos dramas, si han de ser pastoriles, no pueden ser teatrales, y si se les hace teatrales, dejan de ser pastoriles.

Meléndez se perdió tambien como tantos otros, y esta desgracia la debió en mucha parte á la mala eleccion del asunto. Habia ya mucho antes pensado Jovellános que el episodio de Basilio y de Quiteria en el *Quijote* podria ser argumento feliz de una fábula-pastoral, siendo tal su calor

en esta parte, que tenia estendido el plan y escitado á sus amigos á ponerle en ejecucion. Meléndez se comprometió á ello, tal vez con demasiada lijereza; y creyó haber llegado el caso, cuando se anunció el concurso por la villa de Madrid. Se ignora hasta qué punto el plan de su pastoral se conformó con el de su amigo; pero es cierto que nada tiene de interesante ni de nuevo. Cervántes, en su episodio, habia pintado unos labradores ricos de la Mancha; y la majistral verdad de su pincel los retrata tan al vivo, que nos parece verlos y tratarlos. De estos personajes y costumbres tan conocidas hacer pastores de Arcadia ó de siglo de oro, como era necesario, para que cuadrasen con ellos las expresiones y los sentimientos que se les prestan, era ya equivocar la semejanza, y desnaturalizar el cuadro. Vienen en fin á acabarle de desentonar las dos figuras grotescas de D. Quijote y Sancho, porque ni sus manías, ni su lenguaje, ni su posicion se ligan en modo alguno con los demás personajes. Si á esto se añade la temeridad de hacerles hablar y obrar, sin tener el ingenio y la imaginacion de Cervántes para ello, se verá bien clara la causa de no haber encontrado *Las bodas de Camacho* una buena acogida ante el público, que las oyó entónces friamente, y no las ha vuelto á pedir mas. Este fallo parece justo y sin apelacion. Sin embargo, en los trozos que hay verdaderamente pastoriles, ¡qué pureza no se advierte en la diction, qué dulzura y fluidez en los versos, qué verdad en las imágenes, qué ternura en los afectos! Los coros solos, por su incomparable belleza y por la riqueza de su poesia, llevarán adelante esta pieza con los demás versos de Meléndez, y atestiguarán á la posteridad, que si el escritor dramático habia sido infeliz en su ensayo, el poeta lírico no habia perdido ninguna de sus ventajas.

Los detractores de Meléndez se



guardaban bien de hacer esta justicia á las prendas poéticas de su estilo; y apoyados en el poco favorable éxito que la pieza habia tenido en el teatro, y de la especie de afectacion que resultaba del continuo uso de arcaísmos y formas líricas, á la verdad no muy propias del diálogo teatral, disparaban contra él y contra su compañero el diluvio de epigramas, que el despecho de su desaire les sugería. La mayor parte habian concurrido al premio, que no habian podido conseguir. Pero de estas satirillas solo se conservan en la memoria de los curiosos algun otro soneto de Iriarte y del marqués de Palacios, cuyo mérito es ya bastante para justificar esta especie de preferencia.

Meléndez dió la mejor respuesta á sus adversarios, publicando el primer tomo de sus poesías en el año inmediato de 1785, con el cual acabó de echar el sello á su reputacion literaria. La aceptacion que logró desde el momento en que se dió á luz, puede decirse que no tenia ejemplo entre nosotros. Cuatro ediciones, una lejitima y las demás furtivas, se consumieron al instante. Hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, doctos é indoctos, todos se arrancaban el libro de las manos, todos aprendian sus versos, todos los aplaudian á porfía. Quien preferia la gracia inimitable y la delicadeza de las anacreónticas; quien la sensibilidad y el gusto esquisito de los romances; quien aquel estilo verdaderamente poético, lleno de imaginacion y color, que anima y ennoblece hasta las cosas mas indiferentes. Los amantes de nuestra poesia antigua, que vieron tan felizmente seguidas las huellas de Garcilaso, de Leon y de Herrera, y aun mejoradas en gusto y perfeccion, saludaron al poeta como el restaurador de las Musas castellanas, y vieron con alegría desterrado el gusto prosaico y trivial, que jeneralmente dominaba á la sazón en nuestro Parnaso. Dilatóse

el aplauso fuera de los confines del reino, y empezó á oirse tambien en los paises extranjeros: la Italia fué la primera; y mientras que los doctos jesuitas, que sostenian allí el honor y reputacion de nuestras letras, le escribían el parabien, las *Efemérides* de Roma, entre otros muchos elogios, señalaban aquel libro como una reconciliacion con los sanos y verdaderos principios del buen gusto en la bella y amena literatura. Diferentes imitaciones de algunos poemas se hicieron despues en francés y en inglés. En España la juventud estudiosa le habia tomado ya por modelo; de modo que apenas publicado y conocido, se le tuvo por un libro clásico, y un ejemplar esquisito de lengua, de gusto y poesia.

Estos triunfos y esta primacia no fueron conseguidos por Meléndez en un tiempo oscuro, ajeno de aplicacion y de actividad literaria, en que á poco esfuerzo y á poco talento se pudiera ganar una nombradía, que nadie disputa ni controvierte. Era en la época tal vez mas brillante y estudiosa que hemos tenido desde el siglo XVI. Cuando se echa la vista á aquel decenio que medió desde la publicacion del *Batilo* hasta el año de 90, asombra el incremento que habian tomado las luces, y el vigor con que brotaban las buenas semillas esparcidas en los tiempos de Fernando VI y primeros años de Carlos III. En el sinúmero de escritos que cada año se publicaban; en las disertaciones de las Academias, en las memorias de las Sociedades, en los establecimientos científicos fundados de nuevo, en los de beneficencia, que por todas partes se erijan y dotaban; en las reformas que se iban introduciendo en las Universidades; en las providencias gubernativas que salian conformes con los buenos principios de administracion; en el aspecto diferente que tomaba el suelo español con los canales, caminos y edificios públicos

que se abrian y levantaban; en todo finalmente se veía una fermentación, que prometía, continuada, los mayores progresos en la riqueza y civilización española. Había tal vez demasiadas guerrillas literarias: tal vez no se seguía en el fomento de los diferentes ramos en que está cifrada la prosperidad social, el orden que la naturaleza prescribe, y se daba al ornato del edificio un cuidado y un esmero, que reclamaban más imperiosamente sus cimientos. Pero esto nada quita del honor que se merece una época de tanta vida, de tanto ardor, de tanta aplicación, y cuyos productos disfrutamos todavía al cabo de treinta años, en que hemos estado gastando sin cesar, y puede decirse, que sin reponer.

En esta época pues, fué cuando Meléndez se hizo por sus estudios un lugar tan preferente, y este lugar no se lo daban hombres ineptos ó medianos; eran los Jovellánes, los Cántipománes, los Taviras, los Rodas, los Llagunos, lustre y apoyo unos y otros del estado, de la filosofía y de las letras. Después de pasar el invierno en los ejercicios de la Universidad y de su cátedra, solía venir á gozar en el verano de las delicias de la Corte, á mostrar á sus amigos sus nuevos trabajos, á recibir sus consejos, y á disfrutar del cariño y aprecio que en todas partes se le tributaba. La dulzura de su jenio y de sus costumbres; un no sé qué de infantil que había en su conversacion y en sus modales, en que centelleaban á veces unas llamadas de entusiasmo, y una estension de saber, que por lo mismo sorprendían más; en fin, la misma facilidad de su trato, y puede decirse que su excesiva docilidad, le adquirían amigos y conexiones, y le hacían parecer el niño mimado de la sociedad y de las Musas.

¡Dichoso él, si hubiera sabido ú podido prolongar aquel agradable período de su vida! Sea que sus nego-

cios particulares lo exijiesen, sea que se cansase de oír á algún necio, que no servía más que para hacer coplas, sea en fin que quisiese darse una consideración en el mundo, que rara vez consiguen por sí solos los hombres de letras en España; Meléndez, á muy luego de haber publicado su primer tomo, empezó á solicitar un destino en la magistratura. Las Musas debieron estremecerse al verle tomar esta resolución, y mucho más de vérsela cumplir. Provisto en mayo de 1789 para una plaza de alcalde del crimen de la Audiencia de Zaragoza, y tomado posesion de ella en setiembre del mismo año, sus trabajos poéticos, sus estudios literarios, toda aquella amenidad de ocupaciones que antes le llenaba, debió ceder á atenciones más urgentes, de mayor trascendencia y responsabilidad.

Mostróse empero igual y robusto para la carga que había echado sobre sus hombros; y el foro español deberá contarle siempre entre sus más dignos magistrados. Los buenos estudios que había hecho para instruirse en esta carrera, y los excelentes libros de legislación, de política y de economía con que había vigorizado su primera enseñanza, le ponían á la par con cualquiera de los que se hubiesen dedicado exclusivamente al estudio del derecho. Y si después se observan su puntual asistencia al tribunal, su zelo en transjir y componer amigablemente las querellas de los litigantes, su afabilidad y franqueza para oírlos, el interés humano y compasivo con que visitaba á los presos, aceleraba sus causas, y les repartía socorros; su vijilancia en el buen orden y policía, en fin su incorruptible integridad, y su inseparable adhesión á la justicia; prendas y virtudes todas que aun recuerdan Zaragoza y Valladolid con aplauso y gratitud; se convendrá fácilmente en que Meléndez no era menos digno de respeto como hombre público, que de admi-

racion como poeta.

Promovido á oidor de la chancillería de Valladolid en 1791, fué comisionado poco tiempo despues por el Consejo de Castilla para la reunion de cinco hospitales en Avila de los Caballeros. La independencía que cada uno de ellos pretendia, y la repugnancia á sacrificar su interés particular al jeneral que debia resultar de la rennion, hizo embarazoso este encargo, que costó á Meléndez muchas fatigas y disgustos, un viaje á Madrid, y dos enfermedades de que estuvo muy á peligro. Estos contratiempos le hicieron restituirse á Valladolid, donde, alternando las graves ocupaciones de su destino con el trato de sus amigos, y alguna vez con el de las letras, permaneció hasta 1797, en que fué nombrado fiscal de la sala de alcaldes de Casa y Corte.

Habia el poeta guardado silencio desde que publicó el primer tomo de sus obras hasta esta última época. Solas dos veces le habia roto: la primera, enviando una oda á la Academia de san Fernando para la distribucion de premios del año de 87: y la segunda, con una epístola á su amigo D. Eugenio Llaguno, cuando fué hecho ministro de Gracia y Justicia en 1794. En esta segunda oda á las Artes se advirtió una alteracion notable en el estilo; el cual, si bien menos perfecto y esmerado que en la primera, habia adquirido una firmeza, una rapidez y una audacia, no conocidas antes en el autor, ni usadas despues por él. En la epístola es cierto que el incienso prodigado al poder, descontentó á los amantes de la dignidad é independencia literaria. Pero no hubo nadie que no aplaudiese al jeneroso y bellissimo recuerdo hecho allí de Jovellanos, (\*) á la censura rigurosa y justa de las

(\*) Estaba entonces aquel grande hombre en desgracia de la corte, y desterrado bajo un pretexto honroso á Gijón: era pues bien laudable en tales circunstancias hablar de él, y pedir su vuelta, como lo hizo en los versos siguientes:

Universidades, y á otras enérgicas y grandes lecciones que se daban á la autoridad; todo en una diccion la más noble y elegante, y en versos majistralmente ejecutados. Así estas muestras, en que ya se veia unida la madurez del talento con la robustez de la razon, hacian desear cada vez mas la continuacion de las poesías, ofrecida cuando dió á luz el primer tomo. Su nueva carrera se lo habia estorbado; pero al fin teniendo algun mas tiempo en Valladolid, obligado en cierto modo por aquella promesa, y estimulado por sus amigos, puso en orden y corrijó sus manuscritos, y reimprimió el tomo primero, añadiéndole otros dos, que fueron publicados en Valladolid en aquel año de 97.

Salió esta edicion enriquecida con un crecido número de poesías de muy diferente gusto y estilo que las primeras; porque el poeta habia levantado su ingenio á la altura de su siglo; y los objetos mas grandes de la naturaleza, las verdades mas augustas de la relijion y de la moral eran el argumento de sus cantos. Trozos descriptivos de un orden superior, elejías fuertes y patéticas, odas grandiosas y elevadas, discursos y epístolas filosóficas y morales, en que el escritor toma alternativamente el tono de Píndaro, de Horacio, de Thompson y de Pope, y saca de la lira española acentos no aprendidos antes de ella; ennoblecen esta coleccion, y la recomiendan igualmente á los ojos del filósofo y del político, que del humanista y del poeta.

Dale, y á tí y á sus amigos caros,  
Y al carpentano suelo aquel que en noble  
Santo ardor encendido noche y dia  
Trabaja por la patria; raro ejemplo  
De alta virtud y de saber profundo...  
Débate mi amistad tan suspirada  
Justa demanda, y subiré tu nombre  
De nuevo, dulce amigo, al alto cielo.  
Tú le conoces; y en sus hombros puedes  
No leve parte de la enorme carga  
Librar seguro, en que oprimido jimes.

Mas á pesar de su relevante mérito, y á pesar tambien de los bien merecidos elogios que de Italia y de Francia se unieron á los de España para congratular al autor, es fuerza confesar que la aceptacion que tuvieron estas poesías, no fué tan grande ni tan jeneral como la que habian logrado las primeras. La época, en primer lugar, no era tan á propósito para esta clase de triunfos literarios: la atencion de los hombres se habia vuelto casi esclusivamente á los sucesos políticos, que, amenazando trastornar la faz de la Europa toda, no dejaban apenas otro interés á la imaginacion que el de los temores ó esperanzas que ellos prometian. Aun cuando esta disposicion de ánimos fuese diferente, no era de esperar tampoco un efecto tan feliz como el de la publicacion primera, mucho mas, habiendo mediado tanto tiempo entre una y otra. Los asuntos á la verdad eran grandes y severos en la mayor parte; pero no análogos al gusto y opiniones dominantes en aquella segunda época. Abstractos y metafísicos, repetidos con alguna prodigalidad, y no siempre con igual acierto, su desempeño, aunque frecuentemente grande y poético, no era con mucho tan perfecto como el de los templados y juveniles. La composicion en ellos no presenta siempre aquel interés progresivo que acrecienta el gusto desde el principio hasta el fin. Se nota aquí esfuerzo, allá declamacion, y en no pocas partes falta de concision y de enerjía: como si la índole del autor no fuese para esta clase de argumentos. Por último, insertó composiciones que no tuvieron aceptacion ninguna: la *Caida de Luzbel*, algunas traducciones, alguna oda, algun discurso demasiado largo y tal vez prosaico, no parecieron ni han parecido nunca dignas de las demás. El mérito de Meléndez es tan grande, su reputacion y su gloria tan afianzadas y reconocidas, que nada pierden

sin duda con estas observaciones imparciales, nacidas del amor á la verdad, y que él mismo oyó alguna vez de sus amigos con tanta docilidad como modestia.

En el prólogo que les puso al frente, intentó probar que en nada derogaban los estudios poéticos á la dignidad de majistrado, y que ninguna incompatibilidad tenian con los deberes y talentos de hombre público y de negocios. Seria sin duda mejor que los que reciben del cielo el don divino de pintar la naturaleza en bellos versos, y de inflamar con su entusiasmo la imaginacion ajena, pudieran estar enteramente separados del torbellino de negocios, honores y empleos que ajita á los hombres en la grande escena del mundo. El poeta eminente no debiera ser mas que poeta: así conservaria mejor su independencia y el decoro debido al ministerio de las Musas, sus talentos se desplegarian con toda estension y libertad, y los necios no afectarían señalarle con un nombre que ellos no entienden, y que en su boca es un apodo de frivolidad y de insuficiencia. Mas esto camina ciertamente sobre una suposicion imposible. La fortuna, las circunstancias, el interés de las familias, momentos tambien de error y de flaqueza, sacan á los hombres de su esfera, ya para mas, ya para menos: sobre todo en un pais como el nuestro, en que tan pocos recursos tienen los escritores para subsistir como tales. ¿Qué hacer pues? se dirá: lo que hacia Meléndez: ser un grande poeta en sus versos, y un sabio y recto majistrado en su tribunal.

Mas lo que él no debiera haber hecho, es empeñarse tanto en disculparse. Quien estaba siendo un modelo de integridad, aplicacion y capacidad en el foro, no tenia que probar nada, ni necesitaba de apolojía ninguna: á sus detractores tocaba hacerla, si es que podian, de su propia necesidad. Esta especie de excusas no sirven para

los hombres de razon, porque no las necesitan; ni tampoco para los preocupados, porque no los convencen. Tienen además otro inconveniente, y es, dar al que las hace, el aire de poca seguridad en el crédito y dignidad de su arte; y cierto que un tan gran poeta, en ninguna ocasion, ni por pretesto alguno, debia desdeñarse de su talento. (\*)

A poco tiempo despues de publicada esta edicion, fué, como se dijo arriba, nombrado fiscal de la sala de alcaldes de Casa y Corte, de cuya plaza tomó posesion en 23 de octubre de aquelaño de 97. Como la avanzada edad y achaques de su antecesor tenian muy atrasados los negocios de la fiscalía, Meléndez se dió á despacharlos por sí mismo con tal actividad y aplicacion, que no solo le faltaba tiempo para otros estudios, mas tambien para el trato con sus amigos. Ofreciéronsele en la corta duracion de su cargo causas graves y curiosas, donde hizo prueba de su juicio y de su talento: entre ellas la de la muerte de Castillo, cuya acusacion fiscal corre en el público como un modelo de saber y de elocuencia. Estas puede decirse fueron las últimas satisfacciones que tuvo en su carrera; y la suerte le preparaba ya el cáliz de afliccion que tiene siempre prevenido á los hombres eminentes, como para cobrarles con usura los pocos dias que les concede de gloria y de alegría. Mas para proceder á contar estos desagradables sucesos, es preciso tomar las cosas de mucho mas arriba.

La revolucion francesa no habia sido mirada al principio por los potentados de Europa, sino como un objeto de risa y pasatiempo. Creció el Co-

loso, y aquel sentimiento de desprecio pasó en un instante á miedo y aversion. La guerra y las intrigas fuera, la persecucion y el espionaje dentro, fueron los medios á que apelaron para contener aquel gran movimiento, y ahogar unas opiniones, en que creyeron comprometida la estabilidad de sus tronos. El mundo ha visto lo que han conseguido con esos formidables ejércitos, con esas interminables cruzadas, que por espacio de treinta años han desolado la Europa. Ni les han aprovechado mas tampoco las medidas inquisitoriales en el interior de sus estados; pues haciéndolos odiosos, han sufocado en los ánimos el amor y la confianza, bases las mas firmes de la autoridad y del poder. A menos costa sin duda les era fácil conseguir libertarse á sí mismos y á sus pueblos del contagio que temian. Arreglando bien su hacienda, gobernando en el interés jeneral de sus súbditos, y no en el particular de su corte y sus ministros; en una palabra, siendo justos y prudentes, tenian puesta la barrera mas impenetrable á aquellas novedades (\*). Pero el poder no se estima sino por el abuso que de él se hace; y así se verificó desgraciadamente en España. Habia coincidido la muerte de nuestro Cárlos III con las alteraciones de Francia; y quando era necesaria mayor diligencia en gobernar, mayor circunspeccion en conducirse, entónces se dió la señal entre nosotros á todos los caprichos de la arbitrariedad, á todos los desconciertos de la ignorancia y de la insensatez. El escándalo de poner en circunstancias tan dificiles el timon del estado en manos de un favorito sin educacion

(\*) El abate D. Juan Andrés era mas franco: en la carta que le escribió entónces, le decia: «¿Y qué pueden decir los mas severos censores contra un majistrado que publica tan apreciables poesias? Yo antes bien creeré, que una mente que con tanta verdad sigue en sus versos lo bello, no se apartará en sus sentencias de lo justo.»

(\*) Los pueblos no se alteran nunca, mientras su situacion es agradable, ó á lo menos llevadera. «No basta,» dice un célebre escritor español, «que los pueblos estén quietos: es preciso que estén contentos; y solo en razones insensibles, ó en cabezas vacías de todo principio de humanidad, y aun de política, puede abrigarse la idea de aspirar á lo primero sin lo segundo.» Jovellános.

política y sin experiencia, acrecentaba la murmuración y el descontento; y estos á su vez producian el encono y la persecucion. Y como los primeros y mas nobles pasos de la revolucion francesa eran debidos sin duda á las luces y adelantamiento del siglo, la autoridad se puso en un estado constante de hostilidad con el saber. Ya se habian suprimido los periódicos que mas crédito tenian por las verdades útiles que propagaban (\*); se habia retirado poco á poco la proteccion y fomento que se daba á los estudios, se oian delaciones, se sembraban desconfianzas. Dióse en fin la señal á las persecuciones personales con la prision del Conde de Cabarrus en el año de 90; y sus grandes talentos, su incansable actividad, el brillo que acompañaba sus empresas, los establecimientos importantes y benéficos que habia proyectado y erijido, los bienes infinitos que habia hecho á tantos particulares, no le pudieron salvar de un proceso enfadoso, de un encierro cruel y dilatado, y de un éxito al fin que tenia mas apariencia de favor que de justicia. Jovellános, ausente á la sazón en Salamanca, voló á Madrid en socorro de su amigo, y no logró otra cosa que ser envuelto en su ruina. Sucediábase de tiempo en tiempo y á no mucha distancia estas tristes procripciones; frecuentemente víctimas de delaciones oscuras, y á veces de su misma imprudencia, venian á herir las cabezas de personas eminentes ó por sus empleos, ó por su crédito, ó por sus saber. A la desgracia de Cabarrus y Jovellános siguió la de Floridablanca y su partido: á esta la del conde de Arada: diferentes consejeros de Castilla fueron desterrados despues, por no ave-

nirse bien con su gobernador el conde de la Cañada: este cayó á su vez, víctima de una intriga de palacio; cerrándose entónces aquella serie de miserias con la escandalosa causa sobre la impresion de las *Ruinas* de Volney. Vióse en ella dar á una simple especulacion de contrabando el carácter de una gran conjuración política, y tratar de envolver como revolucionarios y facciosos á cuantos sabian algo en España. Las cárceles se llenaron de presos, las familias de terror; y no se sabe hasta dónde la rabia y la perversidad hubieran llevado tan abominable trama, si la disciplina ensangrentada de un hombre austero y respetable, y el ultraje atroz que con ocasion de ella se le hizo, no hubieran venido oportunamente á atajar este raudal de iniquidades (\*). El escándalo fué tan grande, y el grito de la indignacion pública tan fuerte, que la corte abrió los ojos; y retirando su confianza de aquellos viles maquinadores, la dió, ú aparentó darla, á hombres conocidos en el reino por su sabiduría y su virtud. Entónces fué cuando se nombró á Jovellános Ministro de Gracia y Justicia, á Saavedra de Hacienda, y al conde de Ezpeleta Gobernador del Consejo; tres hombres dignos sin duda, y capaces de restaurar el Estado, si el Estado no hubiese tenido ya una enfermedad incurable, mas poderosa que su capacidad y sus fuerzas.

Vióse entonces Meléndez en el colmo de sus deseos: su amigo en el ministerio, él establecido en Madrid, y el camino llano para llegar al puesto descansado y preeminente que sus servicios y estudios merecian. Individuo de la Academia de S. Fernando desde que recitó en ella su hermosa oda, y

(\*) «El Censor, el Correo de los ciegos, el Corresponsal» y otros. El Gobierno al parecer habia tomado entónces á su cargo confirmar el dicho ingenioso y mordaz de un escritor, que, preguntado porqué los que mandaban aborrecian á los sabios; «por lo mismo,» respondió, «que los malhechores nocturnos aborrecen á los reverberos.»

(\*) Para los lectores que no tengan noticia de este acontecimiento singular, no basta la indicacion sumaria que aquí se hace; y quizá seria conveniente, no solo para satisfacer su curiosidad, sino tambien para escarmiento público, entrar en mas largas esplicaciones. Pero el pudor y la decencia no se lo consienten á la historia.

admitido en el seno de la española en el año de 98, reunia en sí los honores literarios que podia desear; y era considerado y respetado dentro y fuera de España, como el primer talento de su tiempo y su nacion. Mas toda esta perspectiva de bonanza y de ventura se anubló de repente, y desapareció como el humo. No pertenece á la historia particular de nuestro poeta contar menudamente los resortes secretos, por los que fueron traídos al ministerio Saavedra y Jovellános, ni tampoco las intrigas de corte que mediaron, cuando fueron despedidos. Lo que sí no debe pasarse en silencio, es, que en los cortos momentos de favor que Meléndez logró del príncipe de la Paz, cuando le dedicó las poesías; uno de sus mayores cuidados y su principal empeño fué disipar las prevenciones que el privado tenia contra su ilustre amigo, y rehabilitarle en su estimacion y confianza. Cuando despues, á pesar de la aparente desgracia del favorito, los dos Ministros fueron sacrificados á su resentimiento y su venganza, Meléndez fué tambien sacrificado con ellos y desterrado á Medina del Campo (\*), previniéndole que saliese de Madrid en el término de veinte y cuatro horas, y que esperase órdenes allí.

Obedeció y partió: entre tanto sus amigos consiguieron del nuevo ministerio mitigar el rigor de las órdenes con que se le amagaba, y convertirlas en la insignificante comision de inspeccionar unos cuarteles que se estaban construyendo mucho tiempo habia de los fondos de aquella villa. Algo mas tranquilo con esta demostracion de condescendencia, se entregó al estudio y al retiro, al trato de los amigos que su amable y apacible índole le facilitó en el pueblo, y de los que, ó por recomendacion, ó atraídos de su celebridad, venian á visitarle del contorno. Dióse al ejercicio de las obras de beneficencia que

(\*) 27 de agosto de 1798.

su humanidad le inspiraba, principalmente con los enfermos del hospital. Salian estos infelices de allí por lo regular sin acabar de convalecer: él los recojia, él los vestia, él los alimentaba, y ellos le bendecian como un amigo y un padre. En medio de tan inocentes y virtuosas ocupaciones, y ajeno de toda jestion y negocio público, debia considerarse seguro en aquel asilo y á cubierto de los tiros de la malignidad. No fué así por desgracia; y otra nueva tormenta le amenazaba, mas negra y peligrosa que la primera.

Uno de aquellos hombres, que ejercitándose toda su vida en obras de villanía y perversidad, no logran subir al poder sino por el escalon de la infamia; de aquellos, para quienes la libertad, el honor y aun la vida de los otros, lo justo y lo injusto, lo profano y lo sagrado, todo es un juego, y todo les sirve como de instrumento á su codicia, á su ambicion, á su libertinaje ó su malicia; proyectó consumir la ruina de Meléndez, para hacer este obsequio á la corte, con quien le suponía en guerra abierta, y ganarse las albricias de la destruccion de un personaje en desgracia. Siguióle con esta dañada intencion los pasos, calificando y denunciando como intrigas peligrosas las visitas que él y sus amigos se hacian. Y para enredarle de una manera mas complicada é inevitable, se empezó á formar una causa á dos eclesiásticos de un pueblo inmediato, con la indicacion espresa en las instrucciones para formarla, *de que convenia mucho que en ella jugase Meléndez Valdes*. Designáronse los testigos á quienes se habia de preguntar, y no se omitió ninguna de aquellas diligencias tenebrosas, con que estos hombres infernales han conseguido en todos tiempos perder á los que aborrecen (\*). No

(\*) La causa con todas las disposiciones, instruccion y demás documentos que autorizan estos hechos, existe en poder de la familia de Meléndez.

produjeron estas maquinaciones el fruto que ellos esperaban; mas bastaron para inquietar á la corte, rezelosa siempre y ya mal dispuesta con él, segun la costumbre natural en los hombres, de querer mal á quien ofenden. Por otra parte el destino de Meléndez era apetecible, estaba suspenso, y la ocasion convidaba. Todo pues conspiró á inclinar la balanza en daño suyo; y cuando menos lo podia presumir, cuando quizá tenia las esperanzas mas fundadas de ser reintegrado en su dignidad y honores, recibió la orden por la cual se le despojaba de la fiscalía, y con la mitad del sueldo se le confinaba á Zamora (\*).

Recibió el golpe con serenidad y entereza, y convencido de la inutilidad de sus esfuerzos por el pronto, dejó en manos del tiempo su vindicacion y desagravio. Partió á Zamora, establecióse allí; y aunque visitado y obsequiado de las personas principales del pueblo, él conservó su vida retirada, partiendo su tiempo entre sus libros y un reducido número de buenos amigos. Entre tanto sabedor de las intrigas que habian mediado para la última demostracion de rigor recibida del Gobierno, procuró por todos medios desvanecerlas; y si no logró reponerse enteramente, consiguió por lo menos que se aliviase su suerte; y en real orden de 27 de junio de 1802 se le devolvió el goze de su sueldo completo como fiscal, permitiéndole disfrutarle donde le acomodase establecerse. Hubiera él entonces preferido á Madrid; pero á la sazón habia una de las acostumbradas persecuciones, en que estaban envueltas personas de relaciones íntimas y antiguas con Meléndez, y fuéle avisado por sus mismos favorecedores, que no le convenia presentarse en la corte por entonces. Decidióse pues á fijarse en Salamanca, donde tantos

(\*) 2 de diciembre de 1800.

motivos de amistad y parentesco, tantos recuerdos tiernos y afectuosos le convidaban. Allí puso su casa, recojió y ordenó su esquisita y copiosa librería, abrazó á sus antiguos amigos, y empezó á gozar con ellos de una vida mas tranquila y apacible, que la que habia disfrutado en los doce años trascurridos desde su salida para Zaragoza.

Pudieron las Musas congratularse de esta feliz novedad al verle restituído al ocio antiguo, y en aquellos sitios mismos, que tan hermosos versos le habian inspirado en otro tiempo. Los amantes de la literatura española esperaban verla enriquecida con alguna obra majistral, digna del gran talento de Meléndez, y propia de la madurez y gravedad que habia ya adquirido en aquella época. Pero el resorte de su espíritu estaba quebrado por la adversidad y la injusticia de los hombres, y su atencion distraida con rezelos ó esperanzas, que nunca tuvo bastante fuerza para sacudir de sí. Por otra parte el despotismo ministerial, cada vez mas insufrible, armado de sospechas, de rezelos y desconfianzas, las recriminaciones y falsas miras, atribuidas siempre al talento perseguido; en fin, la inercia y desidia que produce la opresion, y que si al principio repugnan, despues al cabo se aman (\*); todo le desalentaba y le sumerjia en un letargo nada conveniente á su ingenio y perjudicial á las letras.

Un poema lírico descriptivo *sobre la creacion*, que se imprime ahora entre sus odas, y una traduccion de la Eneida, que la publicacion de la de Delille le hizo emprender; fueron las únicas tareas que Meléndez dió á su

(\*) «Et ut corpora lentè angescunt, citò extinguuntur, sic ingenia studiaque oppresse-  
ris facilius, quam revocaveris. Subit quippe etiam ipsius inertiae dulcedo, et invisa primò desidia postremò amatúr.» Tácito en estas pocas líneas señala la verdadera causa de la esterilidad y atraso de nuestra literatura.



espíritu en aquel ocio de seis años. También pensó entonces hacer una nueva edición de sus poesías, en que se habían de suprimir todas las composiciones que no eran correspondientes al mérito de las otras, y hacer en algunas las enmiendas y cortes, que el gusto delicado y la sana crítica aun desean. Tenía ya arreglado esto con uno de sus más queridos discípulos; mas su indolencia natural dilató esta empresa, acaso con perjuicio de su gloria; y el torrente de los sucesos, que después se despeñaron unos sobre otros, no le dejó pensar en mucho tiempo, ni en este, ni en ningún otro proyecto literario.

Sería tal vez mejor poner fin aquí á esta noticia, y contentarse con indicar sencillamente el lugar y tiempo en que falleció el poeta. Ya desde aquella época empieza á sentirse el terremoto político, las opiniones se dividen, se inflaman las pasiones; y á pesar del tiempo transcurrido, á pesar de la vicisitud prodijiosa de los acontecimientos, ó por mejor decir, con ella misma, estas pasiones, lejos de haberse templado, empiezan á acalearse de nuevo. Lejos del autor de estos apuntes dar ocasión de irritarlas por su parte. El ha seguido constantemente un rumbo y una opinión, opuestos á los que desgraciadamente fueron adoptados por Meléndez. Mas aun cuando cifra en ello la principal honra de su vida, no se permitirá por eso recriminación ninguna, la cual sería tan repugnante á su corazón, como importuna en este lugar. Es preciso pues, en el discurso de los hechos que van á seguir, imponerse la obligación de ser breve, y por lo mismo que la opinión propia ha vencido, también la de ser modesto.

Con la revolución de Aranjuez fué alzado el destierro, y vueltos sus destinos á los magistrados que habían sido echados de la corte en las diferentes épocas de persecución anteriores. Cúpole á Meléndez la suerte que

á los demás, y regresó á Madrid en aquellos días. Ya el rey había partido á Bayona: las señales de la terrible tormenta que amenazaba, se hacían cada vez más siniestras y espantosas: así Meléndez no vino á la corte sino para ser testigo de la ansiedad y afanes que precedieron al dos de mayo, de los horrores de aquel execrable día, y del desaliento y temor en que quedó sumida la capital. Quiso volverse al retiro de su casa, y no pudo verificarlo. Aceptó de allí á poco una comisión para Asturias en compañía del conde del Pinar; y es fuerza confesar, que si los motivos que tuvo para aceptarla, no son del todo excusables á los ojos de los amantes de la independencia, jamás inconsideración ninguna fué castigada con un rigor más cruel. Cuando los dos comisionados llegaron á Asturias, ya iba delante de ellos la prevención que los acusaba ante la exaltación popular. Entraron en Oviedo escoltados de jente armada; y aunque en la Junta provincial habían procurado sincerar su conducta, y allanar todas las sospechas, el pueblo inquieto y rezeloso no se dió por satisfecho. Alternativamente llevados desde la cárcel á su hospedaje y de su hospedaje á la cárcel, cuando ya al parecer todo estaba vencido, y ellos dispuestos á partir, la muchedumbre frenética se agolpó sobre el carruaje, al que ya habían subido, volviéndolos á lanzar en la prisión, hizo pedazos y quemó el coche, desbarató los equipajes, y creciendo el furor con su mismo exceso, violentaron las puertas de la cárcel, y sacaron á los dos comisionados y otros tres presos con intención de darles muerte.

Iba delante Meléndez: hablábales con dulzura, pidiendo que le llevarsen á la Junta, ó le encerrasen con grillos: nada bastó, porque después de haberle puesto al pié de la horca, y hacerle mil insultos, le sacaron al campo, le cercaron, y encarándole

los fusiles, clamaban que habia de morir. Logró al cabo que le oyesen unas pocas palabras sobre su inocencia y sus principios: les habló, les rogó, procuró ablandarlos, y aun les empezó á recitar un romance popular y patriótico que habia compuesto antes del dos de mayo. Frívolo recurso para con jentes rudas y groseras, y entónces atroces y locas de furor. Atajáronle con nuevos insultos y amenazas, y condenándole á morir, por gran favor le permitieron confesar: tuvo él la presencia de espíritu de hacer durar este acto alguntiempo. Ya estaba dispuesta la banda que habia de tirarle, cargados los fusiles, y él atado al árbol fatal; ya se habia disputado sobre si se le habia de disparar de frente, ó de espaldas como á traidor, y con este motivo desatado y vuelto á atar de nuevo; ya en fin no faltaba mas que consumir el sacrificio, cuando se vió venir de lejos al cabildo y á las comunidades con el Sacramento y la Cruz famosa de la Victoria.

Calmó todo entónces, y Meléndez que estaba el primero, fué el primeramente socorrido. Hizose despues lo mismo con los otros compañeros, y recojidos todos en la procesion, fueron llevados á la catedral, y de allí vueltos á la cárcel. Formóse causa á petición del pueblo al conde y á Meléndez; y dados por ella libres de todo cargo, se los puso en libertad, y se les permitió volver á Castilla. Tal fué el éxito inesperado de aquella terrible escena, y de tan larga agonía. Estremece en verdad ver al autor de *Batilo* y de la *Despedida del Anciano*, perseguido popularmente, y atado á un árbol para ser muerto como traidor y enemigo de su patria. Pero ¿á quién deberá imputarse tan grande atrocidad? ¿acaso al pueblo? No sin duda alguna: á los autores y consentidores de la villana y escandalosa agresion que puso á la nacion toda en aquel estado de exaltacion y frenesí

sin el cual no se podia salvar.

Meléndez volvió á Madrid, cuando, de resultas de la memorable victoria de Bailen, los Franceses habian evacuado la capital, y retirándose al Ebro. Siempre esperando mejorar de posicion, y deseoso tambien de contribuir por su parte á los grandes trabajos que se presentaban delante de los Españoles en aquella imprevista y singular situacion, aguardó en Madrid la formacion del gobierno central, y confió ser empleado por él. Esta esperanza no era infundada, puesto que en aquel Gobierno contaba algunos amigos, y entre ellos al ilustre Jovellános, que, sacado de su prision de Mallorca por la revolucion de Aranjuez, vino nombrado por sus compatriotas á tomar su lugar entre los Padres de la Patria. Mas la fortuna, precipitando y revolviendo los sucesos en mil direcciones diferentes, dió entónces una de sus vueltas acostumbradas, y los Franceses vencedores amenazaron á Madrid. La Junta central, las fuerzas del Estado, los patriotas mas exaltados ó mas diligentes, todos se refugiaron á Andalucía. Nuestro poeta, resuelto entónces á seguir el partido de la independenciam, no pudo ponerse en camino; y su mala suerte, deteniéndole en Madrid, lo dejó espuesto al vacío del desaliento, y á los lazos de la seduccion, en que cayeron y fueron envueltos tantos infelices Españoles. Su reputacion no podia dejarle indiferente á las asechanzas del Gobierno intruso, que le hizo fiscal de la Junta de causas contenciosas, despues Consejero de Estado, y presidente de una Junta de instruccion pública. El aceptó, y así se comprometió en una opinion y en una causa, que jamás fueron las de su corazon y de sus principios. ¡Cuál debió ser su amargura, al ver que la fortuna y la fuerza, hasta entónces compañeras inseparables de aquel partido, y únicas razones que la prudencia alegaba para adherirse á él,

empezaban á flaquear, y al fin le abandonaban! Vióse pues arruinado sin recurso, trastornadas sus esperanzas, saqueada por los mismos Franceses su casa en Salamanca, deshecha y robada su preciosa librería, y él precisado en fin á huir de su patria, abandonando, acaso para siempre, el suelo y cielo que le vieron nacer.

Antes de entrar en el territorio francés, se puso de rodillas, y besó la tierra española, diciendo: *¡ya no te volveré á pisar!* Entonces se acordó de su casa, de sus libros, de sus amigos, del apacible retiro que allí disfrutaba; y considerando amargamente el nublado cruel que le habia agostado aquella cosecha de ventura, las lágrimas caian de sus ojos, y las recibia el Vidasoa.

Los cuatro años que vivió despues, no hizo mas que prolongar una existencia combatida por la desgracia, por la pobreza, por los afanes y esperanzas, á cada paso malogradas, de volver á España; en fin por los achaques y dolencias, que conforme avanzaba en edad, se agravaban á porfía. Tolosa, Montpellier, Nimes y Alais fueron los pueblos de su residencia. En los intervalos que le dejaban sus males, leia ó se hacia leer, correjia sus poesías, y las disponia para la nueva edicion que proyectaba. Tambien compuso algunas, en que todavía respira el talento de su juventud con la misma gracia y facilidad; pero en que luce sobre todo el ansia y la vehemencia con que amaba su pais y deseaba volver á él. Este sentimiento que le honra, era, puede decirse, el aliento que le animaba; pero estaba escrito en el cielo que no le habia de ver satisfecho. Ya en España habia empezado á padecer mucho de reumas. A muy poco de su llegada á Francia, una fuerte parálisis casi le imposibilitó del todo, sin que los baños termales que tomó por tres veces, le pudiesen librar de ella. Atacado en fin por un accidente apoplético, á

cuya violencia no pudo resistir, falleció en los brazos de su esposa, que le habia seguido y asistido constante y varonilmente en todos los infortunios de su vida, y en medio de los compañeros de su emigracion y desgracia, que le prestaron cuantos auxilios y consuelos estaban en su mano.

Así en pocos años el torbellino de la revolucion habia arrebatado á las letras españolas tres hombres, que constituian una parte muy principal de su lustre y de su gloria. Cienfuegos fué el primero que, arrancado de su lecho, donde estaba ya casi moribundo, fué arrastrado fuera de su pais, y espíó con su desgraciada muerte en Ortez el horror que le inspiraban los tiranos. Jovellános, cuya noble alma estaba enriquecida de tantos talentos y de tantas virtudes; que hubiera sido en la antigüedad Platon con menos sueños, Ciceron con mas firmeza, y en la Europa moderna Turgot con todas sus ventajas; Jovellános fué arrojado tambien de sus hogares por los satélites de Napoleon; y prófugo, náufrago y desvalido, tuvo que ir á reclinar su venerable cabeza en el seno de la hospitalidad ajena, y allí exhalar su último aliento. Meléndez, en fin, por el diverso rumbo que habia seguido, parecia estar exento de semejante agonía; mas la inexorable fortuna no lo quiso así, y se la dió todavía mas amarga. Los tres eran amigos; los tres cultivaban los mismos conocimientos, las mismas artes; iban por las mismas sendas del saber humano: los tres en fin murieron fuera de sazón, sin que su patria hubiese recojido todo el fruto que sus estudios y talentos prometian.

Fué Melendez de estatura algo mas que mediana; blanco y rubio; menu-do de facciones; recio de miembros; de complexion robusta y saludable. Su fisonomía era amable y dulce; sus modales apacibles y decorosos; su conversacion halagüeteña, un poco tar-

do á veces en esplicarse, como quien distraído busca la espresion propia, y no la halla á tiempo. Sus costumbres eran honestas y sencillas; su corazon recto, benéfico y humano; tierno, afectuoso con sus amigos, atento y cortés con todos. Tal vez faltaba á su carácter algo de aquella fuerza y entereza que sabe resolverse constantemente á un partido, una vez elegido por la razon: y esto dependia de su escesiva docilidad y condescendencia con el dictámen ajeno. Mejor acaso hubiera sido tambien que se alejara mas del torbellino de la ambicion y del centro del poder; pues esto en fin puede llamarse la causa principal de sus desgracias (1). Pero en Meléndez, el anhelo de subir estuvo siempre unido al noble deseo de trabajar, de ser útil, de contribuir por todos medios á la prosperidad y adelantamiento de su patria. Conocia su fuerza, como suelen sentirla todos los hombres superiores; pero no por eso abandonaba su carácter jeneral de modestia, que á veces se manifestaba con algun esceso (2). Su aplicacion y laboriosidad eran incansables; su lectura inmensa. De los poetas antiguos españoles preferia á Garcilaso, Luis

(1) El mismo alguna vez manifestó su disgusto en esta parte.

Corrí do me llamaban  
La oficiosa ambicion y los honores  
Entre mil que sus premios anhelaban;  
Mas fastidiéme al punto.  
Elejía 3<sup>a</sup>.

(2) Preguntábanle una vez, porqué no escribía una oda á un asunto en que acababa de ejercitarse, y con mucha aceptacion, otro poeta amigo suyo. «Porque no quiero,» respondió, «tener la mortificacion de desempeñarle menos bien, ni tampoco causársela á él, si bago una obra mejor que la suya.» En otra ocasion leia un poema descriptivo de uno de sus discípulos: su primer movimiento fué celebrarle llorando; pero despues con un aire melancólico soltó el papel, añadiendo: «ya me van dejando atrás.» Y no tenia razon; porque ni aquel como poeta lírico, ni este como descriptivo, le serin comparados jamás.

de Leon, Herrera, Francisco de la Torre; y por una especie de contradiccion, que no deja de tener su razon y sus motivos, la poesía de Góngora, cuando no desatina, le encantaba, y se divertia mucho con los despropósitos festivos é ingeniosos de Quevedo. Su pasion principal, despues de la gloria literaria, era la de los libros, que llegó á juntar en gran número, esquisitamente elejidos y conservados. Tenia mucha aficion á las artes del dibujo, no así al canto; y un poeta de oido tan delicado, y que daba á sus versos tanta cadencia y armonía, era casi insensible é indiferente á la deliciosa música de Paesello y Cimarosa, y á la bella ejecucion de la Todi ó de Mandini.

Los principios de su filosofía eran la humanidad, la beneficencia, la tolerancia: él pertenecia á esa clase de hombres respetables que esperan del adelantamiento de la razon la mejora de la especie humana, y no desconfian de que llegue una época en que la civilization, ó lo que es lo mismo, el imperio del entendimiento estendiéndose por la tierra, dé á los hombres aquel grado de perfeccion y felicidad, que es compatible con sus facultades y con la limitacion de la existencia de cada individuo. Pensaba en este punto como Targot, como Jovellános, como Condorcet, y como tantos otros que no han desesperado jamás del jénero humano. Sus versos filosóficos lo manifiestan; y con sus talentos y trabajos procuró ayudar por su parte, cuanto pudo, á esta grande obra.

Su influjo literario como poeta ha sido ciertamente bien grande, y ha tenido las mas felices consecuencias. Cuando él empezó á escribir, la poesía castellana, no acabada aun de restablecer de su degradacion y corrupcion antigua, estaba amenazada de otro daño todavia acaso peor. García de la Huerta en quien podria decirse que habia trasmigrado el alma de Góngora con parte de su talento y

con toda su tenacidad, sus caprichos y su orgullo; sostenía en aquella época los restos del mal gusto y abandono del siglo xvii. Iriarte al contrario, con menos talento poético que Huerta, pero con infinito mas gusto y mas saber, iba poniendo en crédito una especie de poesía, en que la cultura, la urbanidad, y aun lo escojido de los pensamientos, no podia compensar la falta de color, de fuego y de armonía en el estilo. En vano Moratin el padre, (porque su célebre hijo aun no habia empezado á darse á conocer) en vano Cadalso y algun otro luchaban contra estos extravíos, y daban de cuando en cuando en sus versos muestra de una poesía mas pura y mas animada. Sus esfuerzos no eran suficientes, ó la empresa desigual á sus talentos. Pero al instante que aparecieron los escritos de Meléndez, la verdadera poesía castellana se presentó bella con sus gracias nativas, y rica con todas las galas de la imaginacion y del ingenio. En aquellos admirables versos la elegancia no se oponia á la facilidad, la nobleza y cuidado de los pensamientos á su halago y á su interés. Huerta habia hecho romances; Trigueros y Cadalso anacreónticas; pero ni los romances de Huerta ni las anacreónticas de Trigueros se leen ya, ni aun se mientan entre los hombres de buen gusto. Cadalso fué sin duda alguna mas feliz en el último jénero; ¡mas á cuánta distancia no están de su sucesor! El mismo Anacreonte se ensoberbeciera de una composicion tan delicada y tan pura como la bellísima oda *Al Viento*; y Tíbulo quisiera que le perteneciesen los romances de *Rosana* y de *La Tarde*. No hay duda que su talento parece especialmente nacido para estos jéneros cortos. En todas las épocas de su vida, siempre que los manejaba, era con una superioridad incontestable; y hasta en sus últimos dias, cuando anciano ya y quebrantado con la miseria y las

desgracias, parecia que su espíritu debia estar poco apto para estos juegos; se le ve, en el romance del *Náufrago*, en el *Colorin de Filis*, y en la anacreóntica *A Anfriso*, recorrer las cuerdas de la lira con la misma delicadeza, flexibilidad y gracia que en sus mejores tiempos. Dotes y ventajas casi iguales; aunque no con un éxito tan grande, presenta en la poesía descriptiva, en la elejía patética y en la oda sublime, en que ha dejado muestras de tan alta magnificencia. Menos feliz en la parte filosófica y doctrinal, siempre ofrece aquella majia de lenguaje, aquel estilo lleno de imaginacion, la calidad principal suya, la que ha fijado mas el gusto de los escritores que le han sucedido, la que puede decirse que ha formado una escuela entre nosotros. De esta escuela, difundida en Salamanca, en Alcalá, en Madrid, en Sevilla y en otros parajes, ha salido una gran parte de los buenos versos que se han escrito en estos últimos tiempos; y si los progresos y riquezas del arte no han sido proporcionados al impulso que les dió aquel ingenio verdaderamente grande, esto es ya enteramente culpa del tiempo, tan adverso despues á la cultura de las letras, como favorable habia sido en la época en que él empezó á florecer.

Meléndez murió en Mompeller: sus restos yacen en la iglesia parroquial de Montferrier, departamento de l'Herault, guardados en una caja de plomo cubierta con otra de madera, debajo de una lápida, en que está escrito en español, francés y latin el epitafio siguiente:

## AQUI YACE

EL CELEBRE POETA ESPAÑOL  
DON JUAN MELENDEZ VALDES.  
NACIÓ EN LA VILLA DE RIBERA,  
PROVINCIA DE ESTREMADURA,  
A 11 DE MARZO DE 1754.  
FALLECIÓ EN MOMPPELLER  
A 24 DE MAYO DE 1817.

## A MIS LECTORES.

---

No con mi blanda lira  
Serán en ayes tristes  
Lloradas las fortunas  
De Reyes infelices ;  
Ni el grito del soldado,  
Feroz en crudas lides ;  
O el trueno con que arroja  
La bala el bronce horrible.

Yo tiemblo y me estremezco ;  
Que el númen no permite  
A el labio temeroso  
Canciones tan sublimes.

Muchacho soy y quiero  
Decir mas apacibles  
Querellas ; y gozarme  
Con danzas y convites.

En ellos coronado  
De rosas y alelías,  
Entre risas y versos  
Menudeo los brándis.

En coros las muchachas  
Se juntan por oirme ;  
Y al punto mis cantares  
Con nuevo ardor repiten.

Pues Baco y el de Vénus  
Me dieron, que felice  
Celebre en dulces himnos  
Sus glorias y festines.

# Odas anacreónticas.

*Et juvenum curas, et libera vina.*

HORAT.

## ODA I.

DE MIS CANTARES.

Tras una mariposa,  
Cual zagalejo simple,  
Corriendo por el valle  
La senda á perder vine.  
Recostéme cansado;  
Y un sueño tan felice  
Me asaltó, que aun gozoso  
Mi labio lo repite.  
Cual otros dos zagales  
De belleza increíble,  
Baco y Amor se llegan  
A mí con paso libre:  
Amor un dulce tiro  
Riendo me despide:  
Y entrambas sienes Baco  
De pámpanos me ciñe.  
Besáronme en la boca  
Después; y así apacibles,  
Con voz muy mas suave  
Que el céfiro, me dicen:  
Tú de las roncás armas  
Ni oirás el son terrible,  
Ni en mal seguro leño  
Bramar las crudas sirtes.  
La paz y los amores  
Te harán, Batilo, insigne;  
Y de Cupido y Baco  
Serás el blando cisne.

## ODA II.

EL AMOR MARIPOSA.

VIENDO el Amor un día,  
Que mil lindas zagalas  
Huían dél medrosas  
Por mirarle con armas;  
Dicen que de picado  
Les juró la venganza,  
Y una burla les hizo  
Como suya estremada.  
Tornóse en mariposa,  
Los brazitos en alas,  
Y los piés ternezuelos  
En patitas doradas.  
¡Oh! ¡qué bien que parece!  
¡Oh! ¡qué suelto que vaga,  
Y ante el sol hace alarde  
De su púrpura y nácar!  
Ya en el valle se pierde;  
Ya en una flor se para;  
Ya otra besa festivo,  
Y otra ronda y halaga.  
Las zagalas al verle,  
Por sus vuelos y gracia  
Mariposa le juzgan,  
Y en seguirle no tardan.  
Una á cojerle llega,  
Y él la burla y se escapa;  
Otra en pos va corriendo,  
Y otra simple le llama:

Despertando el bullicio  
De tan loca algazara  
En sus pechos incautos  
La ternura mas grata.

Ya que juntas las mira,  
Dando alegres risadas  
Súbito Amor se muestra,  
Y á todas las abrasa.

Mas las alas ligeras  
En los hombros por gala  
Se guardó el fementido,  
Y así á todos alcanza.

Tambien de mariposa  
Le quedó la inconstancia :  
Llega , hiere, y de un pecho  
A herir otro se pasa.

## ODA III.

A UNA FUENTE.

¡ Oh ! ¡ cómo en tus cristales,  
Fuentecilla risueña,  
Mi espíritu se goza,  
Mis ojos se embelesan !

Tú de corriente pura,  
Tú de inexhausta vena,  
Trasparente te lanzas  
De entre esa ruda peña :

Do á tus linfas fugaces  
Salida hallando estrecha,  
Murmullante te afanas  
En romper sus cadenas :

Y bullendo y saltando,  
Las menudas arenas  
Afanosa divides,  
Que tus pasos enfrenan.

Hasta que los hervores  
Reposada sosiegas  
En el verde remanso,  
Que te labras tú mesma.

Allí aun mas cristalina  
A un espejo semejas,  
Do se miran las flores,  
Que galanas te cercan.

Con su plácida sombra  
Tu frescura conserva  
El nogal, que pomposo  
De tu humor se alimenta ;

Y en sus móviles hojas  
El susurro remeda

De tus ondas volubles,  
Que al bajar se atropellan.

En ti las avecillas  
Su sed árida templan,  
Sus plumas humedecen,  
Jugando se recrean.

Cuando abrasado Sirio  
Aflije mas la tierra,  
Y el mediodía ardiente  
Su faz al mundo ostenta,

En ti grata frescura  
Y amable sueño encuentra  
El laso caminante,  
Que tu raudal anhela.

Su benigna corriente  
El seno refriera,  
La salud fortifica,  
Repara las dolencias.

En las almas alegres  
El júbilo acrecienta ;  
Y al que llora angustiado,  
Le adormece las penas.

¡ Oh ! nunca, fuente clara,  
Nunca menguados veas  
Los copiosos cristales  
Que tus márgenes llenan.

Nunca turbios la planta  
Del ganado los vuelva,  
Ni el pintado lagarto,  
Ni la ondosa culebra.

Nunca próspera ceses  
En los jiros y vueltas,  
Con que mansa discurre  
Fecundando la vega ;

Mas alegre acompañaes,  
Murmullando parlera,  
De mi lira los trinos,  
De mi labio las letras.

## ODA IV.

EL CONSEJO DEL AMOR.

PENSATIVO ylloroso  
Contemplando cuán tibia  
Dorila mi amor oye,  
Por hermosa y por niña,

Al márjen de una fuente  
Me asenté cristalina,  
Que un rosal adornaba  
Con su pompa florida.



El voluble murmullo  
De sus plácidas linfas  
De mis penas agudas  
Amainaba las iras.

Y en sus ondas rientes  
Encantada la vista,  
Invisibles, cual ellas,  
Mis cuidados se huían:

Cuando en torno una rosa,  
Que besar solícita,  
Volar ví á un cefirillo  
Con ala fujitiva.

Y entre blandos susurros,  
En voz dulce y sumisa  
Entendí que á la bella  
Cariñoso decia:

¿Do, insensible, te vuelves?  
¿Por qué, injusta, te privas  
En mis juegos vivaces  
De mil tiernas caricias?

Mírame que rendido,  
Cuando humillar podría  
Con soplo despeñado  
Tu presuncion esquivá,

Que te tornes te ruego,  
Y á mis labios permitas  
Que los ámbares gozen,  
Que en tus hojas abrigas.

No temas, no, que ofendan  
Con culpable osadía  
Su rosicler hermoso,  
Aunque blanda te rindas.

Aun mas fino que ardiente,  
A nada mas aspiran  
Que á un inocente beso  
Las esperanzas mías.

Por tí dejé en el valle,  
Por tí, beldad altiva,  
Con vuelo desdeñoso,  
Mil lindas florecitas.

Tú sola me embebeces,  
Tú sola, repetía  
El céfiro; y mas suelto  
En torno de ella jira.

Cuando súbito noto  
Que la rosa rendida  
Le presenta su seno,  
Y él cien besos le liba:

Con los cuales mimosa  
De aquí y de allá se ajita,  
Otros y otros buscando

VI.

Que muy mas la mecían.

Y en aquel mismo punto  
Escuché que benigna  
Nueva voz me alentaba,  
Nuncio fiel de mis dichas.

No de tímido ceses:  
Insta, anhela, suplica,  
Cefirillo incesante,  
De tu rosa Dorila.

Y en sus dulces canciones,  
Delicada tu lira  
Su tibieza y sus miedos  
Cual la nieve derritan.

Verás cómo á tus ansias  
Cede al fin; y propicia  
Las finezas atiende,  
Por tí ciega suspira.

Apurando en mi copa  
Las inmensas delicias,  
Que á mis mas fieles guardo,  
Que mi afecto le brinda.

Del Amor fué el consejo;  
Y así luego entre risas  
Ví á la esquivá en mis brazos  
Como mil rosas fina.

#### ODA V.

##### DE LA PRIMAVERA.

La blanda primavera  
Derramando aparece  
Sus tesoros y galas  
Por prados y verjeles.

Despejado ya el cielo  
De nubes inclementes,  
Con luz cándida y pura  
Rie á la tierra alegre.

El alba de azucenas  
Y de rosa las sienes  
Se presenta ceñidas,  
Sin que el cierzo las hiele.

De esplendores mas rico  
Descuella por oriente  
En triunfo el sol, y á darle  
La vida al mundo vuelve.

Medrosos de sus rayos  
Los vientos enmudecen,  
Y el vago cefirillo  
Bullendo les sucede.

El céfiro de aromas

Empapado, que mueven  
En la nariz y el seno  
Mil llamas y deleites.

Con su aliento en la sierra  
Derretidas las nieves,  
En sonoros arroyos  
Salpicando descenden.

De hoja el árbol se viste,  
Las laderas de verde,  
Y en las vegas de flores  
Ves un rico tapete.

Revolantes las aves  
Por el aura enloquecen,  
Regalando el oído  
Con sus dulces motetes.

Y en los tiros sabrosos  
Con que el Ciego la hiere,  
Suspirando delicias,  
Por el bosque se pierden.

Mientras que en la pradera,  
Dóciles á sus leyes,  
Pastores y zagalas  
Festivas danzas tejen.

Y los tiernos cantares,  
Y requiebros ardientes,  
Y miradas y juegos,  
Mas y mas los encienden.

¿Y nosotros, amigos,  
Cuando todos los seres  
De tan ríjido invierno  
Desquitarse parecen;

En silencio y en ocio  
Dejarémos perderse  
Estos días, que el tiempo  
Liberal nos concede?

Una vez que en sus alas  
El fugaz se los lleve,  
¿Podrá nadie arrancarlos  
De la nada en que mueren?

Un instante, una sombra  
Que al mirar desaparece,  
Nuestra mísera vida  
Para el júbilo tiene.

Ea pues á las copas,  
Y en un grato banquete  
Celebremos la vuelta  
Del abril floreciente.

## ODA VI.

A DORILA.

¡Cómo se van las horas,

Y tras ellas los días,  
Y los floridos años  
De nuestra frágil vida!

La vejez luego viene  
Del amor enemiga,  
Y entre fúnebres sombras  
La muerte se avvicina:

Que escualida y temblando,  
Fea, informe, amarilla,  
Nos aterra, y apaga  
Nuestros fuegos y dichas.

El cuerpo se entorpece,  
Los ayes nos fatigan,  
Nos huyen los placeres,  
Y deja la alegría.

Si esto pues nos aguarda,  
¿Para qué, mi Dorila,  
Son los floridos años  
De nuestra frágil vida?

Para juegos y bailes,  
Y cantares y risas  
Nos los dieron los cielos,  
Las gracias los destinan.

Ven, ¡ay! ¿qué te detienes?  
Ven, ven, paloma mía,  
Debajo de estas parras,  
Do lene el viento aspira,

Y entre brándis suaves  
Y mimosas delicias  
De la niñez gozemos,  
Pues vuela tan aprisa.

## ODA VII.

DE LO QUE ES AMOR.

PENSABA cuando niño,  
Que era tener amores  
Vivir en mil delicias,  
Morar entre los dioses;  
Mas luego rapazuelo  
Dorila cautivóme,  
Muchacha de mis años,  
Envidia de Dione;

Que inocente y sencilla,  
Como yo lo era entonces,  
Fué á mis ruegos la nieve  
Del verano á los soles.

Pero cuando aguardaba  
No hallar ansias ni voces,  
Que á la gloria alcanzasen

De una union tan conforme ,  
 Cual de dos tortolitas  
 Que en sus ciegos hervores  
 Con sus ansias y arrullos  
 Ensordecen el bosque ;  
 Probé desengañado ,  
 Que amor todo es traiciones ,  
 Y guerras y martirios ,  
 Y penas y dolores.

## ODA VIII.

A LA AURORA.

SALUD, riente Aurora,  
 Que entre arreboles vienes  
 A abrir á un nuevo día  
 Las puertas del oriente ;  
 Librando de las sombras  
 Con tu presencia alegre  
 Al mundo, que en sus grillos  
 La ciega noche tiene.

Salud, hija gloriosa  
 Del rubio sol, perenne  
 Venero á los mortales  
 De alivios y placeres.

Tú de eternas rosas  
 Ceñida vas las sienas,  
 Mientras tu fresco seno  
 Flores y perlas llueve.

Tú de brillantes ojos ,  
 Tú de serena frente,  
 Y en cuya boca manan  
 Risas y aromas siempre.

Cuando la hermosa lumbre  
 De Vénus desfallece,  
 De ópalo, nácar y oro  
 Velada le sucedes :

Y el pabellon alzando  
 En que su faz envuelve  
 Tu padre el sol, sus huellas  
 Nuncia feliz precedes.

Tu manto purpurado  
 Ondeá al viento leve,  
 Y al par que se derrama  
 De las playas de oriente,

Hinche el espacio inmenso,  
 Y de su grana y nieve  
 Las bóvedas eternas  
 Matiza y esclarece ,

En cuanto alegre cruzas

Por sendas de claveles  
 Desde su escelsa cumbre  
 Al cárdeno occidente.

El sol que en pos te sigue,  
 Tus vivos rosicleres  
 Inflama, y retemblando  
 Por verlos se detiene ;

Hasta que entre sus llamas  
 Tú misma al fin te pierdes,  
 Y en su torrente inmenso  
 Envuelta desapareces :

Si no es que tan penada  
 De tu Titon te sientes,  
 Que por sus brazos dejas  
 Ya la mansion celeste.

Los céfiros fugaces,  
 Que en un letargo muelle  
 Las flores en su seno  
 Rendidos guardar quieren,

Con tu calor se ariman,  
 Las prestas alas tienden,  
 Y en delicioso juego  
 Las liban y las mecen :

De do á las aves corren,  
 Que aun en sus nidos duermen,  
 Con su vivaz susurro  
 Pugnando que despierten

A darte, ó bella Aurora,  
 Los dulces parabienes,  
 Y henchir con su alborada  
 Las auras de deleite.

Tú en tanto mas graciosa  
 En luz y en rayos creces,  
 Que en transparentes hilos  
 Cruzando al viento penden.

Las cristalinas aguas  
 Cual vivas flechas hieren,  
 Y hacen de bosque y prados  
 Mas animado el verde.

A par que sus cogollos  
 Alzan las ricas mieses,  
 Y abriéndose las flores  
 Sus ámbares te ofrecen ;

Que á la nariz y al seno,  
 Y al labio que los bebe,  
 De su fragancia inundan,  
 Y á mil delicias mueven.

Y todo hulle y vive,  
 Y en regocijo hierve,  
 Rayando tú, que al mundo  
 La ansiada luz le vuelves.

Haz, ¡ay! purpúrea diosa,  
 Que como en faz riente  
 Un día fausto y puro  
 Benigna nos prometes;  
 Así en mi blando seno,  
 Sin ansias que lo aquejen,  
 La paz y la inocencia  
 Per siempre unidas reinen.

## ODA IX.

## DE UN BAILE.

Y a torna mayo alegre  
 Con sus serenos días;  
 Y del amor le siguen  
 Los juegos y la risa.  
 De ramo en ramo cantan  
 Las tiernas avecillas  
 El regalado fuego  
 Que el seno les ajita:  
 Y el céfiro jugando,  
 Con mano abre lasciva  
 El cáliz de las flores,  
 Y á besos mil las liba.  
 Salid, salid, zagalas:  
 Mezclaos á la alegría  
 Comun en sueltos bailes  
 Y música festiva.  
 Venid, que el sol se esconde:  
 Las sombras mas benignas  
 Dan al pudor un velo,  
 Y á amor nueva osadía.  
 ¡Oh! cuál el pecho salta!  
 ¡Cuál en su gozo imita  
 Los tonos y compases  
 De vuestra voz divina!  
 Mis plantas y mis ojos  
 No hay paso que no finjan,  
 Cadena que no formen,  
 Y rueda que no sigan.  
 Huyé veloz burlando  
 Clori del fino Aminta;  
 Torna, se aparta, corre,  
 Y así al zagal convida.  
 ¡Con qué espresion y juego  
 De taile y brazos Silvia  
 En amable abandono  
 Su Palemon esquivia!  
 De Flora el tierno amante,  
 O la mariposilla,

La fresca yerbezuela  
 Con pié mas tardo pisan,  
 Que ardiente Melibeo  
 A Celia solicita,  
 La apremia con halagos,  
 Y en torno de ella jira.  
 Pero Dorila, ¡ó cielos!  
 ¿Quién vió tan peregrina  
 Gracia? ¿viveza tanta?  
 ¡Cuál sobre todas brilla!  
 ¡Qué espalda tan airosa!  
 ¡Qué cuello! ¡qué espresiva  
 Volverle un tanto sabe,  
 Si el rostro afable inclina!  
 ¡Ay! ¡qué voluptuosos  
 Sus pasos! ¡cómo animan  
 Al mas cobarde amante,  
 Y al mas helado irritan!  
 Al premio, al dulce premio  
 Parece que le brindan  
 De amor, cuando le ostentan  
 Un seno que palpita.  
 ¡Cuán dócil es su planta!  
 ¡Qué acorde á la medida  
 Va del compás! las Gracias  
 La aplauden y la guían.  
 Y ella de frescas rosas  
 La blonda sien ceñida,  
 Su ropa libra al viento,  
 Que un manso soplo ajita.  
 Con timidez donosa  
 De Cloe simplecilla  
 Por los floridos labios  
 Vaga una afable risa.  
 A su zagal incauta  
 Con blandas carrerillas  
 Se llega; y vergonzosa  
 Al punto se retira.  
 Mas ved, ved el delirio  
 De Anarda en su atrevida  
 Soltura: ¡sus pasiones  
 Cuán bien con él nos pinta!  
 Sus ojos son centellas,  
 Con cuya llama activa  
 Arde en placer el pecho  
 De cuantos ¡ay! la miran.  
 Los piés, cual torbellino  
 De rapidez no vista,  
 Por todas partes vagan,  
 Y á Lícidas fatigan.  
 ¡Qué dédalo amoroso!

¡Qué lazo aquel que unidas  
 Las manos con Menalca  
 Formó amorosa Lidia!  
 ¡Cuál andan! ¡cuál se enredan!  
 ¡Cuán vivamente espican  
 Su fuego en los halagos,  
 Su calma en las delicias!  
 ¡Oh pechos inocentes!  
 ¡Oh union! ¡ó paz sencilla,  
 Que huyendo las ciudades,  
 El campo solo habitas!  
 ¡Ah! ¡reina entre nosotros  
 Por siempre, amable hija  
 Del cielo, acompañada  
 Del gozo y la alegría!

## ODA X.

DE LAS RIQUEZAS.

Ya de mis verdes años  
 Como un alegre sueño  
 Volaron diez y nueve,  
 Sin saber dónde fueron.  
 Yo los llamo aflijido;  
 Mas pararlos no puedo,  
 Que cada vez mas huyen  
 Por mucho que les ruego:  
 Y todos los tesoros,  
 Que guarda en sus mineros  
 La tierra, hacer no pueden  
 Que cesen un momento.  
 Pues lejos, ea, el oro:  
 ¡Para qué el afan necio  
 De enriquecerse á costa  
 De la salud y el sueño?  
 Si mas gozosa vida  
 Me dicra á mí el dinero,  
 O con él las virtudes  
 Encerrara en mi pecho,  
 Buscáralo, ¡ay! entonces  
 Con hidrópico anhelo;  
 Pero si esto no puede,  
 Para nada lo quiero.

## ODA XI.

A UN RUISEÑOR.

¡Con qué alegres cantares,  
 O ruiaseñor, celebras

Tu dicha; y de tu amada  
 El tierno afan recreas!  
 Ella del blando nido  
 Te responde halagüeña  
 Con piadas süaves;  
 Y se angustia, si cesas.  
 Las otras aves callan;  
 Y el eco tus querellas  
 Con voz aduladora  
 Repite por la selva:  
 Mientras el cefrillo  
 De envidioso te inquieta,  
 Las hojas ajitando  
 Con ala mas traviesa.  
 Tú cesas y te turbas:  
 Atento á donde suena  
 Te vuelves, y cobarde  
 De ramo en ramo vuelas.  
 Mas luego ya seguro,  
 Los silbos le remedas,  
 El triunfo solemnizas,  
 Y tornas á tus quejas.  
 Así la noche engañas;  
 Y el sol, cuando despierta,  
 Aun goza la armonía  
 De tu amorosa vela.  
 ¡Oh avecilla felice!  
 ¡Oh! ¡qué bien la fineza  
 De tu pecho encareces  
 Con tu voz lisonjera!  
 Ya piás cariñoso;  
 Ya mas alto gorjeas;  
 Ya al ardor que te ajita,  
 Tu garganta enajenas.  
 ¡Oh! no ceses, no ceses  
 En tan dulce tarea,  
 Que en delicias de oírte  
 Mi espíritu se anega.  
 Así el cielo, tu nido  
 De asechanzas defienda,  
 Y tu amable consorte  
 Fiel por siempre te sea.  
 Yo tambien soy cautivo:  
 Tambien yo, si tuviera  
 Tu piquito agradable,  
 Te diría mis penas;  
 Y en sencillos coloquios  
 Alternando las letras,  
 Tú cantarás tus glorias,  
 Y yo mi fe sincera:  
 Que los malignos hombres

Burlan de la inocencia;  
Y espónese á su risa  
Quien su dicha les cuenta.

## ODA XII.

DE LOS LABIOS DE DORILA.

La rosa de Citéres,  
Primicia del verano,  
Delicia de los dioses,  
Y adorno de los campos:  
Objeto del deseo  
De las bellas, del llanto  
Del alba feliz hija,  
Del dulce Amor cuidado:  
¡Oh! ¡cuán atrás se queda,  
Si necio la comparo  
En púrpura y fragancia,  
Dorila, con tus labios!  
Ora el virjinal seno  
Al soplo regalado  
De aura vital despliega  
Del sol al primer rayo:  
O inunde en grato aroma  
Tu seno relevado,  
Mas feliz, si tu inclinas  
La nariz por gozarlo.

## ODA XIII.

DE UNAS PALOMAS.

Un día que en la vega  
Bajo el nogal copado  
Que da á su fuente sombra  
Con los pomposos ramos,  
Cantaba entretenido  
Con inocente labio  
De mi suerte la dicha,  
Las delicias del campo.  
Casi á mis piés seguras  
Se bañaban jugando  
Las sencillas palomas  
En un limpio remanso.  
Su bullicio y arrullos,  
Y sus besos y halagos  
Me cayeron absorto  
La lira de las manos.  
Libre yo, y ellas libres,  
Y uno así nuestro estado,  
Por instantes se hacía

Mi embeleso mas grato.  
Una en medio las aguas,  
Cual pequenuelo barco,  
Ufanándose riza  
Su plumaje galano;  
Otra fija bebiendo  
Del vivo sol los rayos,  
Y en el raudal se sume  
Para templar su estrago;  
Otra estiendo las alas  
Cual dos móviles brazos,  
Y al corriente se entrega  
Que la va en pos llevando;  
Y otra en plácido jiro  
Revolante en el llano,  
Torna cien y cien veces  
Del uno al otro lado:  
Ajitándose todas,  
Y corriendo y saltando,  
Y cruzando y tejiendo  
Mil revueltas y lazos.  
Cuando allá de las nubes,  
Cual flamíjero rayo,  
Un milano sobre ellas  
Precipítase aciago;  
Que en sus uñas agudas  
Para bárbaro pasto  
De sus pollos, ¡ay! roba  
La mas bella inhumano:  
Sin bastar á salvarla  
En tan súbito caso  
De mis palmas y gritos  
El estrépito vano.  
Derramado y sin orden,  
Con mortal sobresalto,  
Del ladron ominoso  
Huye el tímido bando;  
Y yo, el alma cubierta  
De amargura y espanto,  
Con la vista le sigo,  
Con mi voz le amenazo.  
¡Desvalida inocencia,  
Siempre mísero blanco  
Del poder fiero, siempre  
De sus iras estrago!

## ODA XIV.

DE UN CONVITE.

VED, amigos, cuál llega

Ya delicioso el mayo,  
En las plácidas alas  
Del céfiro llevado.

Grata Flora en su obsequio  
Le engalana los campos,  
Mil flores por do quiera  
Desparciendo su mano.

Cojamos las mas lindas;  
Y alegres emulando  
Las risas y banquetes  
Que libre canta Horacio;

De yedra coronadme,  
Yo en torno haré otro tanto:  
Y ornad copas y mesa  
De pimpollos y ramos.

La rosa esté en los pechos  
Del dulce Amor esclavos;  
¿Y quién de sus arpones  
Escapa en nuestros años?

La rosa que á Citéres  
Su seno purpurado  
Y del hijo á los besos  
Su aroma debió grato.

Llevemos todos rosas,  
Pues que todos amamos;  
Y quien cuidados llore,  
Por hoy les dé de mano.

Que yo al ver cuál incauta  
Dorila á cada paso  
Me muestra que me adora,  
Perdido la idolatro.

Aun niña y simplecilla,  
Un día con mis labios  
Comuniqué á los suyos  
El fuego en que me abraso.

De entónces al mirarme,  
De un vivo sonrosado  
Anímase, y su seno  
Se eleva palpitando.

Aquí pues á la sombra  
Del álamo copado,  
Donde mil pajaritos  
Cruzan de ramo en ramo,

Y acaríciense tiernos,  
Y gozan, y á otros lazos  
Para nuevas delicias  
Escápanse voltarios;

Do entre guijas y trébol  
Con sus trémulos pasos  
Murmullante el arroyo  
Nos aduerme saltando;

La fiesta celebremos:  
Del néctar perfumado  
Que Jerez nos regala,  
Brindemos y bebamos.

Misterioso el silencio  
Cubriéndonos, despacio  
Gozemos los manjares  
Que el lujo ha preparado.

Paladéese el gusto,  
Delicioso el olfato  
Regálese, y los ojos  
Se ceben en mirarlos.

¡Bebamos otra copa:  
Empiézela Menalio;  
Y á un tiempo clamad todos,  
« ¡Honor, honor á Baco! »

A cada nueva copla,  
Los vivos y el aplauso  
Subiendo á las estrellas,  
Respondan un dulce trago;

Y otro y otros en torno,  
Tocándonos los vasos,  
Del viejo Valdepénas  
Se sigan apiñados.

Así hasta media noche  
Los brándis renovando,  
Del sabroso banquete  
Prolonguemos el plazo;

De do medio beodos  
A sumirnos corramos  
Del tranquilo Morfeo  
En el muelle regazo.

Que las horas escapan  
Fugaces y callando,  
Y en pos nos precipita  
Del tiempo el rudo brazo.

Ved sino, cual las rosas  
Dan su vez al verano,  
Y al enero aterido  
El otoño templado.

Nuestro cabello de oro  
De nieve harán los años,  
Y nuestra alegre vida  
De duelos y quebrantos.

Entónces, ni los bailes,  
Ni el vino mas preciado,  
Ni el rostro mas travieso  
Podrán regocijarnos.

Del día que nos ríe,  
Gocemos, pues en vano  
Será inquirir si un otro

Nos lucirá mas claro.

ODA XV.

DE MIS NIÑECES.

SIENDO yo niño tierno,  
Con la niña Dorila  
Me andaba por la selva  
Cojiendo florecillas,  
De que alegres guirnaldas  
Con gracia peregrina,  
Para ambos coronarnos  
Su mano disponia.

Así en niñeces tales  
De juegos y delicias  
Pasábamos felices  
Las horas y los dias.

Con ellos poco á poco  
La edad corrió de prisa;  
Y fué de la inocencia  
Saltando la malicia.

Yo no sé; mas al verme  
Dorila se reía;  
Y á mí de solo hablarla  
Tambien me daba risa.

Luego al darle las flores  
El pecho me latia;  
Y al ella coronarme  
Quedábase embebida.

Una tarde tras esto  
Vimos dos tortolitas,  
Que con trémulos picos  
Se halagaban amigas.

Y de gozo y deleite,  
Cola y alas caidas,  
Centellantes sus ojos,  
Desmayadas jemian.

Alentónos su ejemplo;  
Y entre honestas caricias  
Nos contamos turbados  
Nuestras dulces fatigas;

Y en un punto cual sombra  
Voló de nuestra vista  
La niñez; mas en torno  
Nos dió el Amor sus dichas.

ODA XVI.

A UN PINTOR.

EN esta breve tabla,

Discípulo de Apéles,  
Cual yo, te la pintare,  
Retrátame mi ausente,  
Cual sale, cuando rie  
La aurora por oriente,  
Tras sus mansas corderas  
Al valle á entretenerse.  
Sueeltas las trenzas de oro,  
Y al céfiro que leve  
Licencioso volando,  
Las ondea y revuelve.

Encima una guirnalda,  
Cuyas rosas releven  
El contraste agraciado  
De las cándidas sienes:  
De do con aire hermoso  
De sencillez alegre,  
La tersa frente asome,  
Cual plata reluciente.

Mas para que la gracia  
Le des con que se tiende,  
La fragante azucena  
Te prestará su nieve.

Luego en las negras cejas  
Tu habilidad ordene  
La majestad del arco,  
Que nace cuando llueve;  
Y al traidor Cupidillo  
Podrás tambien ponerme,  
Que en medio esté asentado,  
Y á todos vivaz fleche.

Los ojos de paloma,  
Que á su pichon se vuelve,  
Rendida ya de amores,  
Y un beso le promete.

De llama las pupilas,  
Que bullan y se alegren;  
Mil lindos Amorcitos  
Jugando en torno vuelen.

Y porque el fuego apague  
Que sus rayos encienden,  
La nariz proporciona  
Tornátil y de nieve.

Tras esto entre los labios  
Deshoja mil claveles,  
Que nunca puedes darles  
La púrpura que tienen.

Su boca...; pero aguarda:  
Los pequeñuelos dientes  
Haz de menudo aljófara,  
Que unidos no discrepen.



Y dentro, si á ello alcanzas,  
 Cuando la lengua mueve,  
 Dulce un panal, que afuera  
 Destile hibleas mieles.

Como abejas las Gracias,  
 Que con susurro leve  
 Volando en el verano,  
 En torno van y vienen.

Dos virjinales rosas  
 Las mejillas, cual suelen  
 Brillar, cuando sus perlas  
 La aurora en ellas vierte.

Cargando todo aquesto  
 Con proporcion decente  
 Sobre el enhiesto cuello,  
 Que mil corales cerquen.

Los hombros dél se aparten;  
 Y en el hoyuelo empieze  
 El relevado pecho,  
 Tan albo que embelese.

Pon al sediento labio  
 En sus pomas turjentes  
 Dos veneros del néctar  
 De la mansion celeste.

La vestidura airosa  
 De armiños esplendentes,  
 Los cabos arrastrando  
 Que el valle reflorocen.

Un leonado pellico  
 Por cima; y que le cuelguen  
 Cien trenzas de oro y seda,  
 Que su opulencia ostenten.

¡Pero ah! cesa, profano,  
 Que las gracias ofendes  
 De mi ausente adorable  
 Con tus rudos pinceles.

Y yo á sus brazos corro,  
 Donde el Amor me ofrece  
 El premio de mis ansias,  
 Y el colmo de sus bienes.

## ODA XVII.

DONDE HALLÉ AL AMOR.

De mi donosa al lado,  
 Seguía de amor ciego  
 De sus amables ojos  
 El dulce movimiento.

Que ora en llamas vivaces  
 Centellaban inquietos,

VI.

Y cual rayos agudos  
 Traspasaban mi pecho;  
 Ora al paso á los míos  
 Salian halagüeños,  
 Mi espíritu inundando  
 De celestial contento;

Ora en jiro voluble  
 Se perdian traviesos,  
 De mis fieles pupilas  
 Evitando el encuentro;  
 Ora hallarlas querian;  
 Y ora en lánguido fuego  
 Sobre mí se fijaban  
 Desmayados y tiernos.

Entonces, ¡ay! entonces  
 Mi crédulo deseo  
 Ver pensó deslumbrado  
 Al niño Amor en ellos.

Y alentado del mismo,  
 Atrevido, sin seso,  
 Todo su númen quise  
 Trasladar á mi seno.

Empero mis amores,  
 Donosa sonriendo,  
 ¡Ay! dijo: no en mis ojos  
 Está el Amor, ó necio,

Sinó en mi boca: y blanda,  
 Los labios entreabiertos  
 De célica armonía  
 Llenó su voz el viento.

Y al oírla encantado,  
 Corrí loco á su encuentro;  
 Y hallé al fin venturoso  
 Al Rapaz ceguezuelo.

Halléle de sus trinos  
 En el almo embeleso;  
 Y en sus purpúreos labios  
 Y aromático aliento.

Así feliz de entonces,  
 Cuando á Amor hallar quiero,  
 Corro á su amable boca,  
 Y allí, allí le sorprendo.

## ODA XVIII.

DE MIS CANTARES.

Las zagalas me dicen:  
 ¿Cómo siendo tan niño,  
 Tanto, Batilo, cantas  
 De amores y de vino?

6

Yo voy á responderles; Y  
Mas luego de improviso  
Me vienen nuévos versos  
De Baco y de Cupido.

Porque las dos deidades,  
Sin poder resistirlo,  
Todo mi pecho, todo  
Tienen ya poseído.

## ODA XIX.

## EL ESPEJO.

TOMA el luciente espejo,  
Y en su veraz esfera  
Ve, Dorila, el encanto  
De tu sin par belleza:

La alba frente en contraste  
Con las hermosas cejas,  
Que en arco prolongadas  
Dos íris asemejan:

La gracia de tus ojos,  
En cuya ardiente hoguera  
Flechando sus arpones  
Amor su trono asienta:

Su majestad afable,  
Y esa languidez tierna  
De su mirar, ó cuando  
Rientes centellean:

Tu boca y tus mejillas,  
Do esparce primavera,  
Sus rosas y claveles,  
Derrama sus esencias:

Ese tu enhiesto cuello,  
El seno, las dos pellas  
Que en él de firme nieve  
Elásticas se elevan:

Y ondulando süaves,  
Cuando plácida alientas,  
Animarse parecen,  
Y su cárcel desdeñan.

Ve el aire de tu talle,  
La gracia y jentileza  
Con que flexible torna,  
Derecho se sustenta:

Tus perfecciones goza,  
Y cariñosa al verlas  
Mis lágrimas disculpa,  
Mis esperanzas premia.

¡Ay! tú al espejo puedes  
Pararte, y en su escuela

De las Gracias guiada  
Formarte muy mas bella.

De cien vistosas flores  
Ornar tus blondas trenzas,  
Relevar con sus rizos

La frente de azuzena:  
Gobernar de tus ojos  
Las miradas arteras,  
Y fijar de sus niñas

La inocente licencia:  
Adiestrar en su juego  
La boca pequenuela;  
La sonrisa en sus labios

Hacer mas halagüeña,  
Mas donosos los quiebro  
De tu linda cabeza,  
Tu andar aun mas picante,

Tu talla mas esbelta.  
¡Yo, triste! contemplarlo  
No puedo, sin que sienta  
Doblarse mis pesares,

Mas grave mi tristeza.  
Ayer en él buscaba  
Tu imájen, y en vez de ella  
Ví abatido mi rostro,

Mis ojos sin viveza,  
Aridas las mejillas,  
Mi boca sin aquella  
De risas y donaires

Festiva competencia:  
Do quier en fin marcadas  
Mil dolorosas huellas  
De tu rigor injusto,

De mi infeliz terneza.  
Así tú en el espejo  
Consultándolo encuentras  
A Vénus y sus Gracias,

Yo un retrato de penas.

## ODA XX.

## LA TORTOLILLA.

¡OH dulce tortolilla!  
No mas la selva muda  
Con tus dolientes ayes  
Molestes importuna.

Deja el arrullo triste;  
Y al cielo no ya mustia  
Te vuelvas, ni angustiada  
Las otras aves huyas.

¿Qué valen, ¡ay! tus quejas?  
 ¿Acaso de la oscura  
 Morada de la muerte  
 Tu dueño las escucha?  
 ¿Le adularás con ellas?  
 ¿O allá en la fría tumba  
 Los míseros que duermen,  
 De lágrimas se cuidan?  
 ¡Ay! no; que do la Parca  
 Los guarda con ley dura,  
 No alcanzan los gemidos,  
 Por mas que el aire turban.  
 En vano te querellas:  
 ¿Do vuelas? ¿porqué buscas  
 Las sombras, ¡ó infelice!  
 Negada á la luz pura?  
 ¿Por qué sola, azorada,  
 De tí misma te asustas;  
 Y en tu arrullo te ahogas  
 En tu inmensa amargura?  
 Vuelve, cuitada, vuelve;  
 Y á llantos de viüda  
 Del blando amor sucedan  
 De nuevo las ternuras.  
 Orna el hermoso cuello:  
 Los ojos desanubla;  
 Y alíña artificiosa  
 Las descuidadas plumas.  
 Verás cual de tu pecho  
 Su ardor benigno muda  
 Los duelos y pesares  
 En risas y venturas.

## ODA XXI.

A LA MISMA.

¿De do tus quejas vienen,  
 Sensible tortollilla?  
 ¿El bien perdido lloras?  
 ¿O en blando amor suspiras?  
 Amor, amor te inflama:  
 Tu obstinacion esquiva  
 Cedió al fin: bien tus ojos  
 Incautos lo publican.  
 ¡Cuál brillan! ¡cuán alegres  
 Se mueven sus pupilas!  
 ¡Con qué ternura y gracia  
 Al nuevo dueño miran!  
 Parece que al volverse  
 Le dicen: ya las iras

Cesaron, ven y goza  
 Por premio mil delicias.  
 El llega: y de cobarde  
 Con vueltas repetidas  
 Te rodea, y tu lado  
 Jimiendo solicita.

Rueda y rueda, y se ufana,  
 Tú piando le animas;  
 Y él mas y mas sus vueltas  
 Estrecha y multiplica....

¡Oh tórtola dichosa!  
 ¿Do vuelas? ¿tus caricias  
 Le niegas? ¿ó así huyendo,  
 Su ardiente amor irritas?

Ya paras; ya al arrullo  
 Respondes; ya lasciva  
 Le llamas, y á besarlo  
 Ya el tierno pico inclinas.

Tu espléndido plumaje  
 Se encrespa y al sol brilla:  
 Tus alas se conmueven;  
 Y jimes y te ajitas.

¡Felices tú y tu amante,  
 Feliz la haya florida  
 Que en delicioso lecho  
 Con dulce paz os brinda!

## ODA XXII.

A LA ESPERANZA.

No ha nada que las nubes  
 En alas de los vientos  
 Bajaban desatadas  
 En largos aguaceros;  
 Que á su soplo incesante,  
 Como en humo deshechos,  
 La noche anticipaban  
 La atmósfera cubriendo.

Los campos anegados,  
 De horror y luto llenos,  
 Al alma no ofrecian  
 Sinó tristeza y miedo:

Y el huracan furioso  
 Con su rápido vuelo  
 Robar amenazando  
 Las chozas de su asiento,  
 Las selvas desgarraba;  
 Redoblando los ecos  
 En silbidos medrosos  
 El horrisono estruendo.

Mudos los pajarillos,  
Del diluvio á cubierto,  
Entre el fosco ramaje  
Yacian sin aliento.

El cielo encapotado  
De un ominoso velo,  
Del mundo retiraba  
Las luces del sol bello;  
Y el reino de las sombras,  
Y su fúnebre duelo  
Entre estrépito tanto  
Se anunciaban eternos.

Quando súbito el muro  
De las nubes rompiendo,  
Riquísimo en fulgores  
Se ostenta el rubio Febo:

Corriendo de repente,  
Cual un raudal inmenso,  
Los rayos celestiales  
De su alto trono al suelo.

Disípanse las nubes,  
Y al nuevo sol opuesto  
Despliega sus matices  
El iris á lo léjos,

La esfera iluminada,  
En un plácido oreo  
Los vientos ó no vuelan,  
O vuelan en silencio.

Y todo es ya delicias,  
Y júbilo y sosiego,  
Cual antes era todo  
Desórden turbulento:

Celebrando las aves  
Con sus dulces gorjeos  
El triunfo de las luces,  
La paz del universo.

Tal las lúgubres sombras  
Que ora abruman mi pecho  
Pasarán, y con ellas  
Mis amargos desvelos.

Que de rosas orlado  
Su flotante cabello,  
Corre ya la Esperanza  
Con semblante risueño,  
A colmarme amorosa  
De inefables consuelos,  
Y apagar mis temores,  
Y aguijar mis deseos.

Pues cual mayo florido  
Sigue al áspero invierno,  
Así en pos vuela siempre

De la pena el contento.

## ODA XXIII.

DE UN HABLAR MUY GRACIOSO.

DAN tus labios de rosa,  
Si los abres, bien mio,  
El mas sabroso néctar  
Y el aroma mas fino.  
Dan el almo deleíte,  
Que allá en el alto Olimpo  
Gozan los inmortales,  
Y enajena el sentido.

El ámbar de la rosa  
Al albor matutino,  
Al perfume que exhalan  
No es de igualarse digno.  
La suave miel que liban  
Del romeral florido  
Las abejas, con ellos  
Causa amargor y hastío.

El sabor delicioso  
Del maspreciado vino  
Es al labio sediento  
Menos dulce y subido.

Su acento es muy mas grato  
Que el amoroso trino  
Del ruiseñor, que el vuelo  
Del fugaz cefirillo.

Porque todas sus llamas,  
Donaires y cariños,  
Y encanto y delicias  
Amor les dió benigno.

## ODA XXIV.

DEL VINO Y EL AMOR.

CON una dulce copa  
Despierta mi cariño,  
Si de amor en los fuegos  
Dorila me ve tibio.

Y si yo desdeñosa  
O cobarde la miro,  
Al punto sus temores  
Adormezco entre vino.

Cuyo ardor delicioso  
Por los dos difundido,  
A Dorila mas tierna,  
Y á mí vuelve mas fino.

Y en sabrosos debates  
 Entre risas y mimos  
 Todo es brándis alegres,  
 Todo blandos suspiros.  
 Sabed pues, amadores,  
 Que Lïeo y Cupido  
 Hermanados se prestan  
 Sus llamas y delirios:  
 Porque el Málaga dome  
 Tras el ruego benigno  
 A la bella, que indócil  
 Se esquivare de oiros.

## ODA XXV.

A MI LIRA.

¡DÓNDE están, lira mia,  
 Los sonos delicados,  
 Con que un tiempo adurmieras  
 Mis agudos quebrantos,  
 Endulzaste mis ocios,  
 Y el contento en mi labio  
 Al compás de tus trinos  
 Me adulara mas grato?  
 Tú, amable compañera,  
 Mi delicia y regalo,  
 Siempre feliz pendiste  
 Blando honor á mi lado:  
 Bien al reir del alba,  
 Mirando el denso manto  
 Plegarse de las sombras  
 Fugaz ante sus pasos:  
 Bien si glorioso Febo  
 Con todo su boato  
 Descollaba de luces  
 Sobre el fúlvido carro;  
 O en la lóbrega noche,  
 Cuando su horror opaco  
 Mas sublimes y graves  
 Me inspiraba los cantos.  
 Y dulce á mis amigos,  
 Con mimos y regalos  
 Preciado de las bellas,  
 Y en las naciones claro,  
 Por sus sonos alegres  
 De humildes y medianos  
 Cual de escelsos señores  
 Me gozara buscado:  
 Con estrépito alegre  
 Por sus fiestas vagando

Los tonos, que benignas  
 Las musas me enseñaron.  
 Yo embebecido en torno  
 Con tu armónico canto,  
 Te consagré rendido  
 Cuanto tuve mas caro:  
 De Pluto la riqueza,  
 La ambicion y sus mandos,  
 De la corte los humos,  
 Del ocio los halagos.

Siempre en tus cuerdas de oro  
 Mi solícita mano,  
 Y solo en pos corriendo  
 De la gloria y tus lauros.  
 ¡Y ya ingrata me olvidas!  
 ¡Y pulsándote en vano,  
 No responden tus trinos  
 A mi ardiente entusiasmo!  
 Vuelve, ó lira, y no ceses;  
 Que á tu célico canto  
 Desparecen las penas,  
 Reflorecen los años.  
 Y vosotras, deidades,  
 Del escelso Parnaso,  
 Sostened al poeta,  
 Y alentad su desmayo.

Que él constante en sus cultos,  
 Irá en su último ocaso  
 Hasta el Lete ominoso  
 Vuestras glorias cantando:  
 Do Caron á escuchárlas  
 Parará el triste barco,  
 Y el Cerbero trifauce  
 Sus aullidos insanos.

## ODA XXVI.

DEL CAER DE LAS HOJAS.

¡OH cuál con estas hojas,  
 Que en sosegado vuelo  
 De los árboles jiran  
 Circulando en el viento,  
 Mil imágenes tristes  
 Hierven hora en mi pecho,  
 Que anublan su alegría,  
 Y apagan mis deseos!  
 Símbolo fujitivo  
 Del mundanal contento,  
 Que si fósforo brilla,  
 Muere en humo deshecho.

No hace nada que el bosque  
 Florecidas cubriendo,  
 La vista embelesaban  
 Con su animado juego,  
 Cuando entre ellas vagando  
 El cefrillo inquieto,  
 Sus móviles cogollos  
 Colmó de alegres besos.  
 Las dulcesavecillas  
 Ocultas en su seno  
 El ánimo hechizaron  
 Con sus sonoros quiebro; y  
 Y entre lascivos píos,  
 Llagadas ya del fuego  
 Del blando amor, bullian  
 De aquí y de allá corriendo;  
 Los mas despiertos ojos  
 Su júbilo y el fresco  
 De las sombras amigas  
 Solicitando al sueño.  
 Pero el Can abrasado  
 Vino en alas del tiempo,  
 Y á su fresca verdura,  
 Mancilló el lucimiento.  
 Sucedióle el otoño,  
 Tras dél árido el cierzo  
 Con su lánguida vida  
 Acabó en un momento;  
 Y en lugar de sus galas,  
 Y del susurro tierno  
 Que al mas leve soplillo  
 Vagas antes hicieron,  
 Hoy muertas y ateridas  
 Ni aun de alfombrar el suelo  
 Ya valen; y la planta  
 Las huella con desprecio.  
 Así sombra mis años  
 Pasarán, y con ellos  
 Cual las hojas fugaces  
 Volará mi cabello:  
 Mi faz de ásperas rugas  
 Surcará el crudo invierno,  
 De flaqueza mis pasos,  
 De dolores mi cuerpo:  
 Y apagado á los gustos,  
 Miraré como un puerto  
 De salud en mis males,  
 De la tumba el silencio.

## ODA XXVII.

## DE LAS CIENCIAS.

APLIQUÉME á las ciencias,  
 Creyendo en sus verdades  
 Hallar fácil alivio  
 Para todos mis males.  
 ¡Oh qué engaño tan necio!  
 ¡Oh cuán caro me sale!  
 A mis versos me torno,  
 Y á mis juegos y bailes.  
 Por cierto que la vida  
 Tiene pocos afanes,  
 Para darle otros nuevos,  
 Y añadirle pesares.  
 Aténgome á mi Baco,  
 Que es risueño y afable;  
 Pues los sabios, Dorila,  
 Ser felices no saben.  
 ¿Qué me importa que fijo,  
 Cual un bello diamante,  
 Esté el sol en el cielo,  
 Como él nazca á alumbrarme?  
 La luna está poblada...  
 Mas que tenga millares  
 De vivientes; pues que ellos  
 Ningun daño me hacen.  
 Quita allá las historias:  
 Que del Danubio al Gánjes  
 Furioso sus banderas  
 El Macedon llevase,  
 ¿Qué nos hará, Dorila?  
 Si por mucho que pasten,  
 Sobra á nuestras corderas  
 La mitad de este valle.  
 Pues si no á la Justicia...  
 Venga un sorbo al instante,  
 Que en nombrando esta diosa  
 Me estremezco cobarde.  
 Los que estudian, padecen  
 Mil molestias y achaques,  
 Desvelados y tristes,  
 Silenciosos y graves.  
 ¿Y qué sacan? mil dudas;  
 Y de estas luego nacen  
 Otros nuevos desvelos,  
 Que otras dudas les traen.  
 Así pasan la vida,  
 ¡Vida cierto envidiable!  
 En disputas y en odios,

Sin jamás concertarse.

Dame vino, zagala;  
Que como él no me falte,  
No hayas miedo que cesen  
Mis alegres cantares.

## ODA XXVIII.

DE DORILA.

Al prado fué por flores  
La muchacha Dorila,  
Alegre como el mayo,  
Como las Gracias linda.

Tornó llorando á casa  
Turbada y pensativa;  
Mal trezado el cabello  
Y la color perdida.

Pregúntanla que tiene:  
Y ella llora aflijida:  
Háblanla; no responde:  
Riñenla; no replica.

¿Pues qué mal será el suyo?  
Las señales indican,  
Que cuando fué por flores,  
Perdió la que tenia.

## ODA XXIX.

MIS ILUSIONES.

¡Cuan grata la memoria  
Las horas fujitivas  
Renueva embelesada  
De mi niñez florida!

¡Con qué indecible encanto  
Repaso aquellos dias  
De aereas esperanzas,  
De olvido y paz sencilla,

En que todo á mis ojos  
Riente se ofrecia,  
Pura siempre y sin nieblas  
Del sol la luz benigna!

Aquellos en que al lado  
De la sin par Dorila,  
Con la feliz llaneza  
Que la igualdad inspira,

Yo de su amor naciente  
Las tímidas primicias,  
Y ella el mio en los trinos  
Gozaba de mi lira.

No trocando dichoso  
Mi oscuridad tranquila  
Por cuanto los mortales  
Con mas ardor codician,  
Sin los cargos y penas  
Que hoy mi espíritu abisman,  
Sobrando á mis deseos  
Mi humilde medianía;

Yo ciego la adoraba,  
Y ella por mí perdida,  
Con virjinal ternura  
Mas ciega me queria:

Siguiendo mis pisadas,  
Cual dulce tortolita,  
Que de su fiel consorte  
Ni un punto el lado olvida.

Amor nos dió sus fuegos,  
Citéres sus delicias,  
Nuestra inocencia amable  
Descuido y alegría.

¡Oh tiempo afortunado!  
¡Oh edad de amor y risas!  
¡Sabrosas ilusiones,  
Que aun la razon fascinan!

Cuando alegre os recuerdo,  
Piensa el alma embebida  
Que la corriente sube  
Del rio de la vida.

Y en un grato delirio  
Por su plácida orilla,  
Toda juegos y bailes,  
Toda aplausos y vivas,

Entre flores y sombras,  
Cual un tiempo solia,  
A mí aun niño me sueño,  
Y á mi Dorila niña.

Y bebo, y canto, y rio,  
Y en nueva lozanía  
Los años desaparecen,  
Que mi verdor marchitan.

El aire embalsamado,  
Y la delicia misma  
Respira alegre el seno,  
Que respirar solia.

Y los dulces trasportes,  
Y encantos y alegrías  
Que entonces me embriagaron,  
La mente se imagina.

¡Feliz yo, cuantas veces  
Me ofrece compasiva  
Las sombras mi memoria

De mis pasadas dichas!

ODA XXX.

DE LAS NAVIDADES.

A JOVINO.

Pues vienen navidades,  
Cuidados abandona,  
Y toma por un rato  
La cítara sonora.  
Cantaremos, Jovino,  
Mientras que el euro sopla,  
Con voces acordadas  
De Anacreon las odas.

O á par del dulce fuego  
Las fujitivas horas  
Engañaremos juntos  
En pláticas sabrosas.

Ellas van, y no vuelven  
De las nocturnas sombras:  
¿Porqué pues con desvelos  
Hacerlas aun mas cortas?

Yo ví en mi primavera  
Mi barba vergonzosa,  
Cual el dorado vello  
Que el albérchigo brota;  
Y en mis cándidas sienes  
El oro en hebras rojas,  
Que ya los años tristes  
Oscuras me las tornan.

Yo ví al abril florido  
Que el valle alegre borda;  
Y al abrasado julio  
Ví marchitar su alfombra.

Vino el ópimo octubre,  
Las uvas se sazonan;  
Mas el diciembre helado  
Le arrebató su pompa.

Los días y los meses  
Escapan como sombra,  
Y á los meses los años  
Suceden por la posta.

Así á la triste vida  
Quitemos las zozobras  
Con el dorado vino,  
Que bulle ya en la copa.  
¿Quién los cuidados tristes  
Con él no desaloja;  
Y al padre Baco canta

Y á Vénus cipriota?

Ciñámonos las sienes  
De hiedra vividora:  
Brindemos, y aunqué el euro  
Combata con el bóreas,  
¿Qué á nosotros su silbo,  
Si el pecho alegre goza  
De Baco y sus ardores,  
De Vénus y sus glorias?

Acuérdome una tarde,  
Cuando Febo en las ondas  
Bañaba despeñado  
Su fúljida carroza;  
Que yo al hogar cantaba  
De mi inocente choza,  
Mientras bailaban juntos  
Zagales y pastoras,

De nuestro amor sencillo  
La suerte venturosa:  
Riquísimo tesoro,  
Que en ti mi pecho goza.

Y haciendo por tu vida,  
Que tanto á España importa,  
Mil súplicas al cielo,  
Con voces fervorosas;

Cojí en la diestra mano,  
Cojí la brindadora  
Taza, y con sed amiga  
Por tí la apuré toda.

Quedaron admirados  
Zagales que blasonan  
De háquicos fuores,  
Al ver mi audacia loca;

Mas yo tornando al punto,  
Con sed aun mas beoda  
Segunda vez libréla  
Del néctar que la colma;

Cantando enardecido  
Con lira sonora  
Tu nombre, y las amables  
Virtudes que le adornan.

ODA XXXI

A LAS ABEJAS.

Solicitas abejas,  
No en los tendidos valles  
Mas revoleis inquietas  
Por vuestra miel süave.  
No apureis de la rosa,



Cuando el rubio sol nace ,  
Las perlas de que el alba  
Llenó su tierno cáliz.

Ni su albor puro sienta  
La azucena fragante  
Por vosotras ajado ,  
Si buscais azahares.

Y el clavel oloroso  
Para la bellas guarde  
Su pompa ; y con la nieve  
De sus pechos contraste.

Mas los labios floridos  
Asaltad susurrantes  
De mi amada ; y el néctar  
Que destilan , robadle.

Allí nardo , y aromas ,  
Y dulzor inefable ,  
Y líquido rocío  
Hallaréis abundante.

Pero dad á los míos  
Del feliz robo parte ,  
Sin que á herirlos se atreva  
Vuestro dardo punzante ;

Que es su boca divina  
Venero inagotable  
De miel suave y pura ,  
De gracias celestiales.

## ODA XXXII.

DEL VIVIR DE LAS FLORES.

¡Oh! ¡cómo , gayas flores ,  
En un momento os veo  
Rotos ya los capullos  
Flotar libres al viento!

Anoche de su cárcel  
En el círculo estrecho ,  
Sin belleza las hojas ,  
Sin ámbar el seno ;

Y hoy erguidas y ufanas  
A los ojos riendo ,  
Embriagais de delicias  
La nariz y el deseo :

Esmaltando vistosas  
De colores diversos  
En un grato desorden  
La frescura del suelo.

Ya en alfombra galana ,  
Ya por grupos espesos ,  
O entre el verde mas lindas

VI.

De aquí y de allá saliendo :

Cien insectos alados  
Van y vienen á un tiempo ,  
Y os adulan y mecen  
En sus plácidos juegos.

Aquí la mariposa  
Cesa alegre su vuelo ,  
Para ornaros brillante ,  
Cuando os liba sus besos.

Las melifluas abejas ,  
Labrando allí en silencio ,  
El almíbar os roban  
Con solícito anhelo.

Y allá el blando favonio ,  
Derramado y travieso ,  
Si al pasar os inclina ,  
Os levanta volviendo.

A par que de las hojas  
Benévolo el sol bello  
Los matices anima  
Con sus vivos reflejos :

Y vosotras alzando  
Mas lozanas el cuello ,  
En un feudo de aromas  
Le pagais de sus fuegos.

¡Ah! ¡por qué , amables flores ,  
Brillais solo un momento ,  
De las dichas imájen ,  
Y á las bellas ejemplo !

O naced mas temprano ,  
O no acabeis tan luego ;  
Y dejadle á mis glorias  
El pasar como un sueño.

## ODA XXXIII.

DE UN CUPIDO.

AL partir y dejarla  
Medrosa de mi olvido ,  
Me dió para memoria  
Dorila un Cupidillo ,  
Diciéndome : en mi seno

Ya queda , zagal uño ,  
Si tú la imájen llevas ,  
Por señor el dios mismo.

Ten cuenta , pues , que el tuyo  
Le guarde bien , y fino  
Por él sin cesar oigas  
La voz de mi cariño.

Que aunque cruel te alejas ,

7

Con mi anhelar te sigo ;  
 Y en cuantos pasos dieres,  
 Siempre estaré contigo,  
 Cual tú en toda mi alma ;  
 Que este donoso niño  
 Sabrá tu fe guardarme,  
 Tornarte mis suspiros.  
 Y de marfil labrado  
 Díome un Amor tan lindo,  
 Que viéndole aun Citéres  
 Creyera ser su hijo.  
 Vendados los ojuelos,  
 Luengo el cabello y rizo,  
 Las alitas doradas,  
 Y en la diestra sus tiros :  
 La aljaba al hombro bello,  
 Y el arco suspendidos,  
 Que escarmentados temen  
 Los dioses del Olimpo :  
 Arterillo el semblante,  
 Cuan vivaz y festivo,  
 Y así como temblando  
 Por su nudez de frio.  
 Yo solícito al verle  
 Tan risueño y benigno,  
 Los mas dulces requiebros  
 Inocente le digo.  
 Y encantado en sus gracias,  
 Bondadoso y sencillo,  
 Cual un dije precioso  
 Le contemplo y admiro.  
 Ya le tomo en mis brazos,  
 Ya á mis labios le aplico,  
 Con mi aliento le templo,  
 Y en mi pecho le abrigo.  
 Mas tornando á mirarle,  
 Con él juego y me rio :  
 Y en mil besos y halagos  
 Las finezas repito :  
 Tras las cuales le vuelvo  
 De mi seno al asilo,  
 Do aun mas tierno le guardo,  
 Mas vivaz le acaricio.  
 Cuando súbito siento  
 Tan ardientes latidos,  
 Como cuando en el tuyo,  
 Dorila, me reclino.  
 ¿Y qué fué? que en el hondo  
 Se me entró el fementido,  
 Del corazon llagado,  
 Para aun mas aflijirlo.

## ODA XXXIV.

A BACO.

¡HONOR, honor á Baco,  
 El padre de las risas,  
 De las picantes burlas,  
 De la amistad sencilla !  
 ¡ Honor, honor á Baco,  
 El dios de las provincias,  
 Que el Málaga, el Tudela  
 Y el Valdepéñas crian!  
 El la jovial franqueza,  
 El la igualdad inspira,  
 Y en fraternales lazos  
 Los corazones liga.  
 Alas al jenio ofrece,  
 Calor á la armonía,  
 Y á los claros poetas  
 Tempia acorde la lira.  
 Sobre los pechos tristes  
 Derrama la alegría ;  
 Y enjuga nuestros lloros  
 Con mano compasiva.  
 Con su licor divino  
 No hay duelo ni fatiga  
 Que el ánimo desmayen,  
 Pesar que nos aflija.  
 En la copa saltando  
 De Jove la ambrosía  
 Semeja, y su fragancia  
 La aroma mas subida.  
 Bebido, sus ardores  
 Dan al flaco osadía,  
 Revelan mil verdades,  
 Acaban con mil iras.  
 Vuelven largo al avaro,  
 La esperanza subliman,  
 Al plebeyo hacen grande,  
 Y altiveces humillan.  
 Cuando en triunfo glorioso  
 Sujetó el dios la India,  
 Tirso y copa las armas  
 Fueron de su conquista.  
 Al mismo Amor con ellas  
 Avasalla, y sus viras  
 Mas penetrantes hace,  
 Sus llamas mas activas.  
 El así de Ariadna,  
 Exánime en la huida  
 De su aleve Teseo,

En Náxos triunfó un día.

Llorar viola, y dolíose,  
Y en sus labios destila  
Del licor, que las mesas  
Del cielo regocija.

La bella á su don grata  
Miróle enternecida,  
Luego en sus llamas arde  
Y hoy con los astros brilla.

En hombros de sus faunos  
Ved, cual la copa henchida  
De jerezano néctar,  
Regocijado mira.

Mal fija la guirnalda,  
Ya trémula la vista,  
A todos á que brinden  
Solícito convida.

Los silenos beodos  
Forman su compañía,  
Sus bulliciosas danzas  
Bacanales y ninfas.

¡Honor, gritando todos,  
Al dios de las vendimias!  
¡Honor, honor á Baco,  
El padre de las risas!

## ODA XXXV.

## DE MIS DESEOS.

¿QUE te pide el poeta?  
¿Dí, Apolo, qué te pide,  
Cuando derrama el vaso?  
¿Cuando el himno repite?

No que le des riquezas,  
Que necios le codicien;  
Ni puestos encumbrados,  
Que mil cuidados siguen.

No grandes posesiones,  
Que abrazen con sus lindes  
Las fértiles dehesas  
Que el Guadiana ciñe.

Ni menos de la India  
La concha y los marfiles,  
Preciadas esmeraldas,  
Lumbrosos amatistes.

Goze, goze en buen hora,  
Sin que yo se lo envidie,  
El rico sus tesoros,  
Sus glorias el felice:  
Y el mercader avaro,

Que entre escollos y sirtes  
De oro vaga sediento,  
Cuando la playa pise;

Con perfumados vinos  
A sus amigos brinde  
En la esmaltada copa,  
Que su opulencia indique.

Que yo en mi pobre estado  
Y en mi llaneza humilde  
Con poco estoy contento,  
Pues con poco se vive.

Y así te ruego solo  
Que en quietud apacible  
Inocentes y ledos

Mis años se deslizen;  
Sin que á ninguno tema,  
Ni ajeno bien suspire,  
Ni la vejez cansada  
De mi lira me prive.

## ODA XXXVI.

## LAS AVES.

DORILA esquiva, tente,  
Y escucha los suspiros  
Que da la tortolilla,  
Llorando á su querido.

Mira cómo en el árbol  
Mas seco, ronco el pico,  
Sin luz el cuello hermoso,  
Los ojos descaídos,  
Se queda desmayada;  
Y al cielo compasivo  
Se vuela, cual si diera  
El último quejido.

Mírala ya elevada,  
Ya inmóvil, ya al ruido  
Mas leve atenta, que hace  
Del viento el rauda silho.

La muerte hirió á su esposo:  
Fiel ella en su cariño,  
Cierra el llagado pecho  
De amor al dulce alivio.

De chopo en chopo vaga  
Buscando aquellos sitios  
Mas lóbregos, que aumenten  
Su duelo y su martirio.

¡O tórtola infelice!  
¡Cuitada! ¿qué delirio  
Te arrastra? ¿qué aprovecha

Tan ciego desvarió?  
 ¡Por qué con roncos ayes  
 Profanas el asilo,  
 Do solo de amor suenan  
 Sus delicados himnos?  
 ¡Oh! ¡qué en tu mal te engañas!  
 ¡Te engañas! si el oido  
 Rebelde á los halagos  
 Cierras del nuevo amigo.  
 Las otras aves mira:  
 ¡Qué fáciles! ¡qué vivos  
 Son siempre sus placeres!  
 ¡Qué amorosos sus pios!  
 No buscan, no, las sombras:  
 El valle mas florido  
 Sus dichas ve y suspira  
 Con sus alegres trinos.  
 Ya en una débil rama  
 Al impulso benigno  
 Se mecen y recrean  
 Del vago cefirillo:  
 Ya la risueña fuente  
 Las ve en afan prolijo  
 Peinar sus bellas plumas  
 Al rayo matutino:  
 Ya en la yerba saltando,  
 Y en alegre bullicio,  
 El ánimo enajenan  
 Con mil juegos festivos.  
 ¡Felices avecillas!  
 ¡Oh! ¡cómo yo os envidio!  
 ¡Oh! ¡si tan dulce suerte  
 Gozara el pecho mio!  
 Un gusto, unos placeres,  
 Un venturoso olvido  
 De lo pasado; libres  
 De envidias, de partidos,  
 Ni conoceis los zelos,  
 Ni el pundonor altivo:  
 Vivir y amar compone  
 Vuestro feliz destino.  
 ¡Qué ejemplo! ¡qué lecciones!  
 ¿Serán, mi bien, contigo  
 Inútiles? ¿tu pecho  
 Será por siempre tibio?  
 No, Dorila; en buen hora  
 Siga en su duelo esquivo  
 La tórtola; y tú imita  
 Los tiernos pajarillos.

## ODA XXXVII.

AL VIENTO.

VEN, plácido favonio,  
 Y agradable recrea  
 Con soplo regalado  
 Mi lánguida cabeza.  
 Ven, ó vital aliento  
 Del año, de la bella  
 Aurora nuncio, esposo  
 Del alma primavera:  
 Ven ya; y entre las flores,  
 Que tu llegada esperan,  
 Ledo susurra y vaga,  
 Y enamorado juega.  
 Empápate en su seno  
 De aromas y de esencias;  
 Y adula mis sentidos  
 Solícito con ellas.  
 O de este sauz pomposo  
 Bate las hojas frescas  
 Al ímpetu súave  
 De tu ala lisonjera.  
 Luego á mi amable lira  
 Mas bullicioso llega;  
 Y mil letrillas toca  
 Meciéndote en sus cuerdas.  
 No tardes, no, que crece  
 Del crudo sol la fuerza,  
 Y el ánimo desmaya  
 Si tú el favor le niegas.  
 Limpia, oficioso, limpia  
 Con cariñosa diestra  
 Mi ardiente sien; y en torno  
 Con raudo jiro vuela.  
 Yo regaré tus plumas  
 Con el alegre néctar  
 Que da la vid, cantando  
 Mi alivio y tu clemencia.  
 Así el abril te ria  
 Continuo; así las tiernas  
 Violas, cuando pases,  
 Te besen halagüeñas:  
 Así el rocío corra  
 Cual lluvia por tu huella,  
 Y en globos cristalinos  
 Las rosas te lo ofrezcan:  
 Y así cuando en mi lira  
 Soplares, yo sobre ella  
 A remedar me anime

Tus silbos y tus quejas.

## ODA XXXVIII.

DE LOS EMPLEOS.

¿Por qué en ocio y olvido.

Vivo humilde en mi aldea,

Demandáis impacientes;

Y aun culpais mi pereza?

Por qué, amigos, los cargos,

Mientras son de mas cuenta,

Mas escollos ofrecen,

Mas cuidados enjendran:

Y abrumado y sumido

En zozobras y velas,

Para sí nada vive

Quien iluso los lleva.

Blanco triste á la envidia

Que en herirle se ceba,

Sus aciertos apoca,

Sus deslices aumenta.

Si á su sombra pudiese

Yo la odiosa carrera

Detener de los años,

Que tan rápidos vuelan;

Si una cana, una ruga

En mi frente ó cabeza

Esquivar bajo el solio

De la ríjida Astrea;

A mi fe, que no huiría

De cobarde la empresa,

De trepar por sus gradas

Do mas alto se asienta.

Y á mi rostro apropiando

Su jenial aspereza,

De la lúgubre toga

Mis espaldas cubriera.

Mas si entónces ahogado,

Y cual siervo en cadena,

Para el canto y la lira

Ni un instante tuviera;

Ni uno libre que darles

Ni á mi blanda terneza,

Ni á los dulces amigos,

Ni al placer y las bellas;

Tropezando en las sombras

De embrolladas sentencias,

Que afirmándolo todo

Nada claro presentan:

Allá yayan los cargos,

Que mas gratas me suenan

Que los gritos del foro

De Anacreon las letras.

Y mejor los avisos

De la sabia Minerva,

Que las viles falsias

Que la corte alimenta;

Trasponiendo á su ocaso.

Así en paz mi inocencia

Entre Baco y las Musas,

Y el rapaz de Citera.

## ODA XXXIX.

DEL VINO.

Todo á Baco, Dorila,

Todo oficioso sirve:

La tierra jenerosa

Le sustenta las vides,

El agua se las riega

Con sus linfas sutiles;

Y el céfiro templado

Se las bulle apacible.

Luego el sol le sazona

Los racimos felices,

Que ya el néctar encierran

Que hoy saltando nos ríe;

Y en los hondos toneles

Bien hervido recibe

El color y el aroma,

Que á oro y ámbar compiten.

El néctar que nos salva

De los desvelos tristes,

Con que negra la suerte

Nuestro espíritu aflije;

Y en que el labio y los ojos

Tal encanto perciben,

Que ansiosos de gozarlo

Cautivos se le rinden.

No pues, necia, los tuyos

De la copa retires,

Delicia de los hombres,

Honor de los festines.

O si por ambos bebo,

No aun mas necia te irrites;

Que hasta el amor se alegra

Con los sabrosos brándis.

## ODA XL.

DE MI VIDA EN LA ALDEA.

Cuando á mi pobre aldea  
Feliz escapar puedo,  
Las penas y el bullicio  
De la ciudad huyendo,  
Alegre me parece  
Que soy un hombre nuevo;  
Y entónces solo vivo,  
Y entónces solo pienso.

Las horas que insufribles  
Allí me vuelve el tedio,  
Aquí sobre mí vagan  
Con perezoso vuelo.

Las noches que allá ocupan  
La ociosidad y el juego,  
Acá los dulces libros,  
Y el descuidado sueño.

Despierto con el alba,  
Trocando el muelle lecho  
Por su vital ambiente,  
Que me dilata el seno.

Me agrada de arreboles  
Tocado ver el cielo,  
Cuando á ostentar empieza  
Su clara lumbre Febo.

Me agrada, cuando brillan  
Sobre el zenit sus fuegos,  
Perderme entra las sombras  
Del bosque mas esposo.

Si lánguido se esconde,  
Sus últimos reflejos  
Ir del monte en la cima  
Solicito siguiendo.

O si la noche tiende  
Su manto de luceros,  
Medir sus direcciones  
Con ojos mas atentos:

Volviéndome á mis libros,  
Do atónito contemplo  
La ley que portentosa  
Gobierna el universo.

Desde ellos y la cumbre  
De tantos pensamientos  
Desciendo de mis jentes  
Al rústico comercio;

Y con ellas tomando  
En sus chanzas y empeños  
La parte que me dejan,

Gozoso devaneo.

El uno de las mieses,  
El otro del viñedo  
Me informan, y me añaden  
Las fábulas del pueblo.

Pondero sus consejas,  
Recojo sus proverbios,  
Sus dudas y disputas  
Cual árbitro sentencio.

Mis votos se celebran;  
Todos hablan á un tiempo:  
La igualdad inocente  
Rie en todos los pechos.

Llega luego el criado  
Con el cántaro lleno,  
Y la alegre muchacha  
Con castañas y queso;

Y todo lo coronan  
En fraternal contento  
Las tazas que se cruzan  
Del vino mas añejo.

Así mis faustos dias,  
De paz y dicha llenos,  
Al gusto que los mide  
Semejan un momento.

## ODA XLI.

EL AMOR FUGITIVO.

Por morar en mi pecho  
El traidor Cupidillo,  
Del seno de su madre  
Se ha escapado de Gnido.

Sus hermanos le lloran;  
Y tres besos divinos  
Dar promete Dione,  
Si le entregan el hijo.

Mil amantes le buscan;  
Pero nadie ha podido  
Saber, Dorila, en donde  
Se esconde el fugitivo.

¿Daréle yo á Citéres?

¿Le dejaré en su asilo?

¿O iré á gozar el premio  
De besos ofrecidos?

Tres de aquel néctar llenos  
Con que á su Adónis quiso  
Comunicar un dia  
Las glorias del Olimpo.

¡Ay! tú, á quien por su madre

Tendrá el alado niño,  
 Dame, dame uno solo;  
 Y tómale, bien mio.

## ODA XLII.

EL ABANICO.

¡Con qué indecible gracia,  
 Tan varia como fácil,  
 El voluble abanico,  
 Dorila, llevar sabes!

¡Con qué de movimientos  
 Has logrado apropiarle  
 A los juegos que enseña  
 De embelesar el arte!

Esta invencion sencilla  
 Para ajitar el aire,  
 Da abriéndose á tu mano  
 Bellísima el realce,

De que sus largos dedos  
 Plegándose suaves  
 Con el mórbido brazo  
 Felizmente contrasten.

Este brazo enarcando,  
 Su contorno tornátil  
 Ostentas, cuando al viento  
 Sobre tu rostro atraes.

Si rápido lo mueves,  
 Con los golpes que bates  
 Parece que tu seno  
 Relevas palpitante:

Si plácida lo llevas,  
 En las pausas que haces,  
 Que de amor te embebece  
 Dulcemente la imájen.

De tus pechos entónces,  
 En la calma en que yacen,  
 Medir los ojos pueden  
 El ámbito agradable.

Cuando con él intentas  
 La risita ocultarme,  
 Que en tí alegre concita  
 Algun chiste picante,

Y en tu boca de rosa,  
 Desplegándola afable,  
 De las perlas que guarda  
 Releva los quilates;

Me incitas cuidadoso,  
 A ver por tu semblante  
 La impresion que te causan

Felices libertades.

Si el rostro ruborosa  
 Te cubres, por mostrarme  
 Que en tu pecho aun sencillo  
 Pudor y amor combaten;

Al ardor que me ajita,  
 Nuevo pábulo añades  
 Con la débil defensa  
 Que me opones galante.

Al hombro golpecitos  
 Con gracioso donaire  
 Con él dándome, dices:  
 ¿De qué tiemblas, cobarde?

No es mi pecho tan crudo  
 Que no pueda apiadarse;  
 Ni me hicieron los cielos  
 De inflexible diamante.

Insta, ruega, demanda,  
 Sin temor de enojarme,  
 Que la roca mas dura  
 Con teson se deshace.

Al suelo distraida  
 Jugando se te cae,  
 Y es porque cien rendidos  
 Se inquieten por alzarle.

Tú festiva lo ries,  
 Y una mirada amable  
 Es el premio dichoso  
 De tan dulces debates.

Mientras llamas de nuevo  
 Con medidos compases  
 Al fugaz zefirillo  
 A tu seno anhelante.

En mis ansias y quejas,  
 Finjiendo no escucharme,  
 Con raudos movimientos  
 Lo cierras y lo abres:

Mas súbito rendida  
 Batiéndolo incesante,  
 Me indicas sin decirlo,  
 Las llamas que en tí arden.

Una vez que en tu seno  
 Maliciosa lo entraste,  
 Yo suspirando dije:  
 ¡Allí quisiera hallarme!

Y otra vez, ¡ay Dorila!  
 Que á mi rival hablaste  
 No sé qué misteriosa,  
 Poniéndolo delante;

Lloréme ya perdido,  
 Creyéndote mudable;

Y ardiéndoseme el pecho

Con zelos infernales.

Si quieres con alguno

Hacer la inexorable,

Le dice tu abanico:

No mas, necio, me canses.

El á un tiempo te sirve

De que alejes y llames,

Favorable acaricies,

Y enojada amenazas.

Cerrado en tu alba mano

Cetro es de amor brillante,

Ante el cual todos rinden

Gustoso vasallaje:

O bien pliega en tu seno

Con gracia inimitable

La mantilla, que tanto

Lucir hace tu talle.

A la frente lo subes,

A que artero señale

Los rizos, que á su nieve

Dan un grato realce.

Lo bajas á los ojos,

Y en su denso celaje

Se eclipsan un momento

Sus llamas centellantes;

Porque logren lumbrosos

De súbito al mostrarse

Su triunfo mas seguro,

Y como el rayo abrasen.

¡ Ah ! ¡ quién su ardor entónces

Resista ! ¡ y qué de amantes,

Burlándose, embebecen

Sus niñas celestiales !

En todo eres, Dorila,

Donosa ; á todo sabes

Llevar, sin advertirlo,

Tus gracias y tus sales.

¡ Feliz mil y mil veces

Quien en union durable

De tí correspondido,

Cual yo , merece amarte !

### ODA XLIII.

DE LA NOCHE.

¡Dó está , graciosa noche,

Tu triste faz, y el miedo

Que á los mortales causa

Tu lóbrego silencio ?

¡Dó está el horror , el luto

Del delicado velo ,

Con que del sol nos cubres

El lánguido reflejo ?

¡ Cuán otra ! ¡ cuán hermosa

Te miro yo , que huyendo

Del popular ruído

La dulce paz deseo !

¡ Tus sombras qué süaves !

¡ Cuán puro es el contento

De las tranquilas horas

De tu dichoso imperio !

Ya estático los ojos

Alzando , el alto cielo

Mi espíritu arrebatá

En pos de sus luceros.

Ya en el vecino bosque

Los fijo ; y con un tierno

Pavor sus negros chopos

En formas mil contemplo.

Ya me distraigo al silbo,

Con que entre blando juego

Los mas flexibles ramos

Ajita manso el viento.

Su rueda plateada

La luna va subiendo

Por las opuestas cimas

Con plácido sosiego.

Ora una débil nube,

Que le salió al encuentro ,

De trasparente gasa

Le cubre el rostro bello :

Ora en su solio Augusto

Baña de luz el suelo

Tranquila y apacible,

Como lo está mi pecho :

Ora finje en las ondas

Del líquido arroyuelo

Mil luces, que con ellas

Parecen ir corriendo.

El se apresura en tanto ;

Y á regalado sueño

Los ojos solicita

Con un murmullo lento.

Las flores de otra parte

Un ámbar lisonjero

Derraman ; y al sentido

Dan mil placeres nuevos.

¡Dó estás, viola amable,

Que con temor modesto

Solo á la noche fias



Tu embalsamado seno?  
 ¡ Ay ! ¡ cómo en él se duerme  
 Con plácido meneo,  
 Ya de volar cansado,  
 El céfiro travieso !  
 ¡ Pero qué voz süave,  
 En amoroso duelo,  
 Las sombras enternece  
 Con ayes halagüeños ?  
 ¡ O ruiseñor cuidado !  
 Tu delicado acento,  
 Tus trinos melodiosos,  
 Tu revolar inquieto  
 Me dicen los dolores  
 De tu sensible afecto.  
 ¡ Felice tú , què sabes  
 Tan dulce encarecerlo !  
 ¡ Oh ! goze yo contino,  
 Goze tu voz , y al eco  
 Me duerma de tus quejas  
 Sin sustos ni rezelos !

## ODA XLIV.

## EL PECHO CONSTANTE.

COMBATIDA la encina  
 De huracanes terribles,  
 Inmóvil en su asiento  
 Su estrépito resiste ;  
 Por sus ásperas hojas,  
 Que sus alas oprimen,  
 Resonando los silbos  
 En quejido mas triste.  
 Mas su ruda firmeza  
 Con el tronco compite,  
 Pues ni el choque las rompe,  
 Ni su empeño las rinde.  
 Y la copa ondeante,  
 Que á los cielos sublime  
 Sobre todos descuella,  
 Y á la selva preside,  
 Si en el horrído choque  
 Se domeña flexible,  
 Pasa el ímpetu, y se alza  
 Mas lozana y mas firme.  
 Sin cuidarse las aves  
 Que allí plácidas viven,  
 Si por fuera los vientos  
 Entre sí airados riñen :

VI.

Que por último en calma,  
 Con susurro felice  
 De mecer, revolando,  
 Sus cogollos la sirven.

Otro tanto el escollo  
 Que los piélagos ciñen,  
 Y sus móviles golpes  
 Avanzado recibe.

Las negras tempestades,  
 La calma bonancible  
 De las olas turbando,  
 Con las nubes las miden ;

De do iguales á un monte,  
 Sobre él cayendo, jimen,  
 Y en su horrisono estruendo  
 Amenazan hundirle.

El empero inmutable,  
 Mientras mas le persiguen  
 Los altísimos tumbos,  
 Mas ufano se engrie :

Y ante el ríjido ceño  
 De su frente invencible,  
 Sin ofensa las olas  
 Deshechas se dividen ;

Que ya en cándida espuma  
 Se convierten , y humildes  
 Circundando sus plantas  
 De su nieve lo visten ;

Ya se tornan bramando  
 Por tentar nuevas lides ;  
 Y él á nuevas victorias  
 Su dureza apercibe.

Hé aquí el pecho constante,  
 Que por mas que se irriten  
 En su daño los hados,  
 No podrán sumerjirle :

Encina en la firmeza  
 De sus hondas raíces,  
 Y á los golpes y agravios  
 Cual la roca inflexible,

Sin que nada plebeyo  
 Menos haga sus timbres ;  
 Ni en sus labios la queja  
 Sus virtudes mancille.

## ODA XLV.

## LOS RECUERDOS DE MI NIÑEZ.

CUAL un claro arroyuelo,

Que con plácido jiro  
 Por la vega entre flores  
 Se desliza tranquilo,  
     Tal de mi fácil vida  
 Los años fujitivos  
 Entre risas y juegos  
 Cual un sueño han huido.  
     Veces mil este sueño  
 Repaso embebecido,  
 Sin poder arrancarme  
 De su grato prestijio.  
     Do quier en ocio blando,  
 Y entre alegres amigos,  
 Pasatiempos y bailes,  
 Y banquetes y mimos;  
     Las rosas de Citéres,  
 Con los dulces martirios  
 Del Vendado, y á veces  
 De Baco los delirios;  
     Esperanzas falaces,  
 Y brillantes castillos  
 En el viento formados,  
 Por el viento abatidos;  
     Coronando las Musas  
 Los graves ejercicios  
 De Minerva, y el lauro  
 Con que se ornan sus hijos.  
     Aquí entre hojosas calles  
 Mil encantados sitios,  
 Que aduermen y enajenan  
 Por frescos y sombríos;  
     Mas allá en los pensiles  
 De la olorosa Gnido  
 Del pudor y el deseo  
 Mezclados los suspiros:  
     Y allí de las delicias  
 Sesgando el ancho rio,  
 Que brinda en sus cristales  
 De todo un grato olvido,  
     Con codiciosa vista  
 Su alegre márjen sigo,  
 Y á sus falaces ondas  
 Sediento el labio aplico.  
     Voy á saciarme, y siento  
 Que súbito al oido  
 Me clama el desengaño  
 Con amoroso grito:  
     ¿Dónde vas, necio? ¿dónde  
 Tan ciego desvarío  
 Te arrastra, que á tus plantas  
 Esconde los peligros?

Contén el loco empeño:  
 Ese ominoso brillo  
 Que aun te fascina, iluso,  
 Va á hundirte en el abismo.  
     De tus felices años  
 Pasó el verdor florido;  
 Y las que entonces gracias,  
 Hoy se juzgarán vicios.  
     Ya eres hombre, y conviene  
 Dorar arrepentido  
 Con virtudes y afañes  
 Los errores de niño.  
     Yo cedo, y del corriente  
 Temblando me retiro:  
 Mas vueltos á él los ojos,  
 Aun suspirando digo:  
     ¿Por qué, ó naturaleza,  
 Si es el caer delito,  
 Tan llana haces la senda.  
 Tan dulce el precipicio?  
     ¡Felices séres tantos,  
 Cuyo seguro instinto  
 Jamás sus pasos tuerce,  
 Jamás les fué nocivo!

## ODA XLVI.

DEL MEJOR VINO.

PRECIADOS SON LOS VINOS  
 Que en pródigo regalo  
 Dió á su feliz España,  
 Dorila, el padre Baco.  
     Uno el gusto y los ojos  
 Solicita saltando,  
 Si otro mas los enciende  
 Con su punzante amargo.  
     Y el otro que á las bellas  
 Adula azucarado  
 Al paladar endeble,  
 Su ardor hace mas grato.  
     Ornase cual la noche  
 De un velo aquel opaco,  
 Y este fúlido brilla  
 Mas que el oro en el vaso.  
     El Málaga es famoso,  
 Y á par que el Jerezano;  
 La Nava y Alicante  
 Por siempre serán claros  
     Entre cuantos penetren  
 Los íntimos arcanos

Del Dios, y sus misterios  
Celebran con aplauso.

¿Pues qué diré, si osara  
Nombrarte solo tantos,  
Cual célebres se cuecen  
En términos extraños?

Todos me agradan, todos  
En los pechos humanos  
El libre gozo enjendran,  
Disipan los cuidados.

Pero aquel que tú libas,  
Y humedece tus labios,  
Aquel es á los míos  
El más sabroso y sano.

## ODA XLVII.

## DE LA NIEVE.

DAME, Dorila, el vaso,  
Lleno de dulce vino,  
Que solo en ver la nieve  
Temblando estoy de frío.

Ella en sueltos vellones  
Por el aire tranquilo  
Desciende, y cubre el suelo  
De fúljidos armiños.  
¡Oh! ¡cómo el verla agrada  
De esta choza al abrigo,  
Deshecha en copos leves  
Bajar con lento jiro!

Los árboles del peso  
Se inclinan oprimidos;  
Y alcorza delicado  
Parecen en el brillo.

Los valles y laderas,  
De un velo cristalino  
Cubiertos, disimulan  
Su mustio desabrigo;

Mientras el arroyuelo,  
Con nuevas aguas rico,  
Saltando bullicioso  
Se burla de los grillos.

Sus surcos y trabajos  
Ve el rústico perdidos,  
Y triste no distingue  
Su campo del vecino:

Las aves enmudecen  
Medrosas en el nido,  
O buscan de los hombres  
El mal seguro asilo;

Y el tímido rebaño  
Con débiles balidos  
Demanda su sustento  
Cerrado en el aprisco.

Pero la nieve crece,  
Y en denso torbellino  
La ajita con sus soplos  
El aquilon maligno:

Las nubes se amontonan,  
Y el cielo de improviso  
Se entolda pavoroso  
De un velo más sombrío.

Dejémosla que caiga,  
Dorila; y bien bebidos  
Burlemos sus rigores  
Con nuevos regocijos.

Bebamos y cantemos;  
Que ya el abril florido  
Vendrá en las blandas alas  
Del céfiro benigno.

## ODA XLVIII.

## LOS HOYITOS.

¿SABES, dí, quién te hiciera,  
Idolatrada mía,  
Los graciosos hoyuelos  
De tus frescas mejillas?

¿Esos hoyos que loco  
Me vuelven; que convidan  
Al deseo y al labio,  
Cual copa de delicias?

Amor, Amor los hizo,  
Cuando al verte más linda  
Que las Gracias, por ellas  
Besarte quiso un día.

Más tú que fueras siempre,  
Aun de inocente niña,  
Del rapaz á los juegos  
Insensible y esquiva,

La cabeza tornabas  
Y sus besos huías;  
Y él doblando con esto  
Mas y mas la porfía,

Apretó con las manos  
En su inquietud festiva  
La tez llena, suave;  
Y así quedara hundida.

De entonces, como á centro  
De la amable sonrisa,

En ellos mil vivaces  
 Capidillos se anidan.  
 ¡ Ah ! ; si yo en uno de ellos  
 Trasformado !... su fina  
 Púrpura no, no ajara  
 Con mis sueltas alitas.  
 Pero tú , alevé , ries ;  
 Y con la risa misma  
 Mas donosos los haces ,  
 Y mi sed mas irritas.

## ODA XLIX.

DE MI GUSTO.

RETÓRICO molesto ,  
 Deja de persuadirme  
 Que ocupe bien el tiempo ,  
 Y á mi Dorila olvide :  
 Ni tú tampoco quieras  
 Con réplicas sutiles ,  
 Del néctar de Lïeo  
 Hacer que me desvíe :  
 Ni tú , que al feroz Marte  
 Muy mas errado sigues ,  
 Me angusties con pintarme  
 Lo horrendo de sus lides.  
 Empero habladme todos  
 De bailes y de brindis ,  
 De juegos y de amores ,  
 De olores y convites :  
 Que tras la edad florida  
 Corre la vejez triste ;  
 Y antes que llegue , quiero  
 Holgarme y divertirme.

## ODA L.

LAS PENAS Y LOS GUSTOS FORMAN MEZCLAS  
 LAS LA TELA DE LA VIDA.

EN las vueltas fugaces  
 Que en su invisible vuelo  
 Sobre mi frente ha dado  
 Marchitándola el tiempo,  
 Siempre ví sucederse  
 Las penas y el contento ,  
 Alternados la tela  
 De mis años tejiendo ;  
 Sin lucirme ni un día ,  
 Que por triste ó risueño

Ni de bienes lo hallase ,  
 Ni de lloros exento.  
 Fuí niño , y gozé alegre  
 De la niñez los juegos ,  
 Que de un crudo pedante  
 Turbó el áspero ceño ;  
 Cual con planta afanosa  
 Huye en alas del miedo  
 Un corro de aldeanas  
 De un fantástico espectro.

Si jóven de Cupido  
 Ardí en los dulces fuegos ,  
 Lloré á par los vaivenes  
 De mudanzas y zelos :  
 Que en su copa engañosa  
 Siempre da el Ceguezuelo  
 Con el néctar de Jove  
 De Colcos los venenos.

Para mí de Minerva  
 Los afanes severos  
 Fueron no una fatiga ,  
 Sinó un fácil recreo ;  
 Pero al ver que mi frente  
 Se adornó con sus premios ,  
 Me abrumaron los gritos  
 De un enjambre de necios.

Tomóme de la mano  
 La ambicion un momento ,  
 Para darme sus penas  
 Por el brillo de un puesto ;  
 Do por un nombre vano ,  
 Y un forzado respeto,  
 Mi noble independencia  
 Ferió á crudos desvelos.

En la corte dolosa  
 Ví al favor , que halagüeno  
 Con mil gratos delirios  
 Embriagó mi deseo ;

Mas de nubes y horrores  
 Víle en torno cubierto ,  
 Su ominosa cadena  
 Degradando mi cuello.

Y en los altos banquetes ,  
 Los brindis de Lïeo ,  
 Y del dios de la mesa  
 Los sabrosos misterios ,  
 Alternar confundidos  
 Con los torvos rezelos ,  
 O jemir congojados  
 En los brazos del tedio.

Los cantos de las Musas ,

Y el laurel con que Febo  
 Ennoblece sus hijos,  
 Y eterniza sus versos,  
 La quietud y el olvido  
 Anhelar en secreto,  
 De la envidia acosados  
 Y su fétido aliento.  
 La amistad sacrosanta,  
 Su inefable embeleso  
 Al acíbar unidos  
 De un fatal rompimiento.  
 De los hombres y el mundo  
 Bullicioso el comercio  
 Una inútil fatiga,  
 Y á mil trances sujeto.  
 El engaño mañoso  
 Los modales fingiendo  
 Del sencillo agasajo,  
 Y el encono del zelo.  
 Todo en fin como Jano  
 Con dos varios aspectos,  
 La alegría en el uno,  
 Y en el otro los duelos.  
 Así de escarmentado,  
 Mucho mas que de cuerdo,  
 Este mar de la vida  
 Ya sin susto navego.  
 Tan cauto en la bonanza  
 De arrostrar rumbos nuevos,  
 Como en las tempestades  
 De ceder á un vil miedo:  
 Siempre firme esperando,  
 Que mudándose el tiempo,  
 Pare el claro en lluvioso,  
 Y el nublado en sereno.

## ODA LI.

DE MIS VERSOS.

DICEN que alegre canto  
 Tan amorosos versos,  
 Cual nuestros viejos tristes  
 Nunca cantar supieron.  
 Pero yo que sin sustos,  
 Pretensiones ni pleitos,  
 Vivo siempre entre danzas  
 Retozando y bebiendo,  
 ¿Puedo acaso aflijirme?  
 ¿Pueden mis dulces metros

No bullir en las llamas  
 De Cupido y Lico?  
 ¿Por qué los que me culpan,  
 De vil codicia ciegos,  
 Inicuos atesoran,  
 Y gozan con rezelo?  
 ¿Por qué en fatal envidia  
 Hierven y horror sus pechos,  
 Cuando riente el mio  
 Nada en jenial contento?  
 ¿Por qué afanados velan,  
 Mientras que en paz yo duermo,  
 Tras el fugaz fantasma  
 De la ambicion corriendo?  
 Bien por mí seguir puede  
 Cada cual su deseo;  
 Pero yo antes que al oro,  
 A los brándis me atengo.  
 Y antes que á negras iras,  
 O á deleznablez puestos,  
 A delicias y gozos  
 Libre daré mi pecho.  
 Vengan pues vino y rosas,  
 Que mejor que no duelos  
 Son los sorbos suaves  
 Con que alegre enloquezco.  
 Así á Dorila dije,  
 Que festiva al momento  
 Me dió llena otra copa,  
 Gustándola primero;  
 Y entre mimos y risas,  
 Con semblante halagüeño  
 Respondiome: ¿qué temas  
 La grita de los viejos?  
 Bebamos, si nos riñen,  
 Bebamos y bailemos;  
 Que de tus versos dulces  
 Yo sola juzgar debo.

## ODA LII.

EL CONSEJO DE MINERVA.

TRISTE el amor un día  
 Quejóse á Citerea,  
 De que el mundo sus aras  
 Fementido desdeña.  
 Ya, decia, no hieren  
 Mis aladas saetas,  
 Que un tiempo el mismo Jove

Temblaba por certeras.  
 Todos, madre, las burlan,  
 Y con risa celebran  
 Los suspiros y ruegos,  
 Y mimosas querellas,  
 Con que antes mil beldades  
 De gracia y rubor llenas,  
 Y miles de amadores  
 Me ornaban sus ofrendas.  
 Estos solo orgullosos,  
 Por mas fáciles, piensan  
 En vulgares banquetes,  
 Fastidiando mi néctar.  
 Y las necias muchachas,  
 Mariposas lijeras,  
 El valor no conocen  
 De una afable entereza;  
 Ni el imperio que alcanza  
 Sobre el mismo que ruega,  
 La inocente repulsa,  
 Que á mas ruegos empeña:  
 O cual dobla sus nudos  
 La rendida fineza,  
 Y mis triunfos sazona  
 La dulce resistencia.  
 Los benignos desdenes,  
 La picante reserva,  
 Las tímidas miradas,  
 La virjinal modestia,  
 Como sueños se olvidan,  
 Y se siguen y precian  
 El antojo voluble,  
 La liviana franqueza.  
 Con que en pos las dulzuras  
 Que mi copa presenta,  
 Corren siempre; y burladas  
 Solo acíbar encuentran.  
 Cual ilusos los hombres,  
 En su ardiente impaciencia,  
 Olvidando mi númen,  
 A su sombra se entregan.  
 Y de ti luego injustos  
 Todos, madre, se quejan;  
 Y en los brazos del tedio  
 De mi nombre blasfeman.  
 Oyó al penado niño  
 La severa Minerva,  
 Que á Citéres rogaba,  
 Que sus gracias le ceda,  
 Para hacer de las liras  
 De cien claros poetas

Mas plácidos los sonos,  
 Inmortales las letras;  
 Y en voz dulce le dice:  
 Haz que lleven tus flechas,  
 Si anhelas que tu imperio,  
 Rapaz, eterno sea,  
 Entre las vivas llamas  
 Que tu aliento les presta,  
 Honor las de los hombres,  
 Pudor las de las bellas.  
 Porque envuelva el decoro  
 Tus gustosas ofensas,  
 Y el rubor á la virjen  
 Aun vencida ennoblezca.  
 Ellos entonces finos  
 Ansiarán tus cadenas,  
 Y en las suyas de flores  
 Jemirán fieles ellas.  
 Dorila, en nuestros pechos  
 Amor hizo la prueba  
 Del celestial consejo,  
 Que la diosa le diera.  
 Yo te amo cada dia,  
 Mi bien, con mas firmeza,  
 Y tú me correspondes  
 Mas sencilla y mas tierna.

## ODA LIII.

## EL NIDO DEL JIEGUERO.

No hayas miedo que turbe,  
 Dichoso jilguerito,  
 Mi sacrilega mano  
 La quietud de tu nido.  
 Vela en él cuidadoso,  
 Vela tus dulces hijos,  
 Con tu amada partiendo  
 Tan precioso destino.  
 Yo me enajeno al verte,  
 Bullicioso y festivo  
 Ir y volver en torno  
 Con solícitos jiros:  
 Ya posarte de un lado,  
 Y en un grato delirio  
 Celebrar tus venturas  
 Con armónicos trinos:  
 Ya piando allegarte,  
 Por dividir mas fino  
 Entre su madre y ellos  
 Los besos de tu pico:

O en la menuda yerba  
 Buscarles con ahinco  
 El goloso alimento  
 De algun leve granillo;  
 En contraste gracioso  
 Con su verde subido  
 De tu lindo plumaje  
 Lo bayo y amarillo.

Tu feliz compañera,  
 Mas atenta en su alivio,  
 De su seno amoroso  
 Les da en tanto el abrigo:  
 Y acá y allá escuchando,  
 El mas leve rüido  
 De un ramillo, una hoja  
 Se le abulta un peligro;  
 Con que tímida, ahincada  
 Los estrecha consigo,  
 Mas y mas donde suena,  
 Fijos vista y oido.

Vuelves tú, y se asegura;  
 Y en suavísimos pios  
 Las zozobras te cuenta,  
 Que su amor ha sentido.

Y los tiernos polluelos,  
 Abiertos los piquillos,  
 El tuyo solicitan  
 Con incesante grito;

Hasta que de tu seno  
 Les dispensas benigno  
 El sustento, calmando  
 Su voraz apetito;

Sin contarse un instante,  
 En que menos activo  
 Los descuide tu anhelo,  
 Ni ceseis en sus mimos.

¡Avecillas felices!  
 ¡Con qué placer envidio  
 Vuestra union inocente,  
 La delicia en que os miro!

Vuestra viva impaciencia,  
 Y esos blandos suspiros,  
 Tantos quiebros y halagos  
 Sin cesar repetidos;

Todo, todo embriaga  
 De gozo el pecho mio,  
 Y en pos loco me lleva  
 De mil dulces prestijios.

El cielo os libre fausto  
 Del gavilan maligno,

Como yo de los hombres  
 Guardaré vuestro asilo;  
 Para serles de ejemplo  
 Con amor tan sencillo  
 De paternal ternura,  
 De conyugal cariño.

## ODA LIV.

## EL CANTO DE LA ALONDRA.

¿DÓNDE estás, avecilla,  
 Que por mas que en buscarte  
 Mis ojos por el viento  
 Solícitos se afanen,  
 Dar contigo no pueden,  
 Cuando tú te deshaces  
 En llenarlo armoniosa  
 De tus pios süaves?  
 ¿Dónde estás? ¿cómo el vuelo  
 Tanto, alondra, encumbraste,  
 Que la vista mas lince  
 Desfallece en tu alcance?

Y tú el canto redoblas,  
 Y en mas llenos compases  
 Ensordeces la esfera,  
 Y enmudeces las aves.

Tu voz sola se escucha,  
 Que en trinos penetrantes  
 Desciende, de do el alba  
 Las puertas al sol abre:  
 Su alegre mensajera  
 Con música incesante  
 Del sueño en que se olvidan  
 Llamando á los mortales,  
 A que gozen y admiren  
 La pompa con que nace,  
 Y empieza entre arreboles  
 Su trono de oro á alzarse.

Yo á todos me anticipo,  
 Y en este umbroso valle,  
 Durmiendo aun tú, ya miro  
 Si rayan sus celajes:

Que nunca el dios del sueño  
 Visita favorable  
 Los pechos que suspiran  
 En duelos y pesares.

Tú cantas, avecilla,  
 Y en quiebros agradables  
 Del júbilo en que hierves,

Pareces darnos parte.

Al nuevo día aguardas,  
Sin miedo de emplearle  
Ni en cargos que te abrumen,  
Ni en necios que te enfaden.

Siguiendo en tus gorjeos  
Y trinos celestiales,  
Hasta que el sol en brazos  
Se apaga de la tarde.

Y siempre exenta y libre,  
Do quiera que te place,  
Discurres vagarosa  
Con ala revolante.

Ya plácida te meces,  
Ya rápida te abates,  
Ya recta te sublimas,  
Doblando tus cantares.

La vista que te sigue,  
No alcanza ya á mirarte,  
O un punto te divisa  
Inmóvil en los aires.

¡Dichosa tú, á quien cupo  
Tan libre ser, y sabes  
Sin velas ni zozobras  
Pacífica gozarle!

Yo atado á un triste cargo,  
Cual siervo en dura cárcel,  
No alcanzo de este suelo  
Ni un punto á separarme.

Tus alas, tu soltura,  
Tu independencia dame,  
Yo iré donde á mi suerte  
Jamás tu suerte iguale.

Tú cantas y te gozas;  
Yo envuelto en ansias graves,  
Mis cantos en suspiros  
Ví súbito tornarse.

Tú á la alma primavera,  
Que el manto ya flotante  
Despliega, y colma el mundo  
De júbilo inefable,

Canora te anticipas,  
Sintiendo ya inundarse  
Tu seno en las delicias  
De amor, esposa y madre.

Mientras yo solo en ella  
De mi existencia frágil  
La débil llama tiemblo  
Ir súbito á apagarse.

Apenas mal seguro  
Del golpe inexorable,

Que amaga de mis días  
El delicado estambre,  
Del fúnebre Aqueronte  
Tocando ya la márjen,  
Do las pálidas sombras  
Se espesan á millares,

Y al viejo triste ruegan  
Que en su batel las pase  
Allá do en uno irémos  
Pequeñuelos y grandes,

Y do ni por tesoros,  
Ni por ínclita sangre,  
Ni omnipotente cetro  
Jamás se huýera nadie:  
Sin que tus dulces trinos,  
Alondra amada, basten  
A desprender mi mente  
De esta ominosa imájen.

Ufana tus venturas  
Celebra, ó feliz ave;  
Que á mí no es dado, ¡ay triste!  
Sino llorar mis males.

#### ODA LV.

A ANFRISO.

*Que ni la voz ni la lira son ya por mis años  
á propósito para la poesía.*

No suena ya, no suena  
Mi lira, dulce amigo,  
Cual en los faustos días  
De mi verdor florido.

La voz quebrada y débil  
Ya los sublimes trinos  
Del ruiseñor no alterna,  
Ni sus dolientes pios.

Un tiempo, cuando el alba  
Aun con dudoso brillo  
Sembraba por los prados  
Su aljófár cristalino,

En pos de sus fulgores  
Me oyera el bosque umbrío  
Con balbuciente labio  
Llamar al sol divino.

Me oyera en la alborada  
De alegres pajarillos,  
Seguir con voz suave  
Su armónico bullicio.  
Oyéranme las bellas



Mas dulce y derretido  
Pintar de sus encantos  
La gloria y los peligros.

Y en unos lindos ojos  
Gozándome cautivo,  
Trocar por apiadarlos  
Mis tonos en suspiros:

Suspiros que otra boca  
Con mil donosos mimos  
Tornar tal vez solía;  
¡Yo estático de oírlos!

Luego en mas altos modos  
Osé hasta el sacro Olimpo  
Alzarme, y sus luceros  
Cantar embebecido.

Cantar la inmensa lumbre,  
Y el alto señorío  
Del claro sol, de Febe  
Los rayos mas benignos.

O por la humilde aldea  
Y el cándido pellico  
Dejando de la corte  
Los májicos prestijios,

Se oyó por mí en el trono  
Del labrador sencillo  
La voz, de la indijencia  
Los míseros jemitos.

¡Entónces, ¡ay! entónces  
Con jeneroso ahinco  
Tras el sublime lauro  
Volaba, ó caro Anfriso.

Y el estro irresistible  
Sintiendo el pecho mio,  
Los dedos á las cuerdas  
Corrieron sin arbitrio:

Sus voces celestiales  
Hirieron en mi oído;  
Y el labio á la alabanza  
Se abriera y á los himnos.

¡Afortunado ensueño!  
Que en humo se deshizo  
Al despertar, y en vano  
Que hoy torne solícito.

Brillaba mi cabello  
Dorado, luengo y rizo,  
Al viento entrelazado  
De rosa y verde mirto;

Y en mis rientes ojos  
Ora á la luz caídos,  
Bullia el vivaz fuego  
De mi candor festivo.

VI.

Hoy escarchar mis sienes  
De nieve al tiempo miro;  
Las rugas por mi rostro  
Sembrar con soplo impío:  
Desfallecer mi aliento;  
Y hasta en el jenio mismo  
Ejercitar odioso  
Su funeral dominio.

Pasó mi primavera,  
Pasó el ardiente estío,  
Y á par de la esperanza  
Los sueños y delirios.

Veloz el blando otoño,  
Cual raudito torbellino  
Que cuanto en torno alcanza,  
Arrastra en pos consigo,

Huiráse muy mas presto  
Que el rayo fujitivo  
Del sol, del mar sonante  
Se apaga en los abismos.

Relámpago ominoso,  
Que cruza de improviso,  
Desvista y desaparece  
Envuelto en su humo mismo.

Ya ni mi labio al canto  
Se presta, ni el hechizo  
De la armonía al númen  
Aguija entorpecido,

Muy mas que de la nieve  
Con los pesados grillos  
Fenece inerte el grano  
Del mas preciado trigo.

Mi lira inútil yace:  
Ni entre su horror sombrío  
El jenio de la noche  
Desciende á mí propicio,

Cual antes me inspirara,  
Trepando hasta el empíreo  
En alas de la gloria  
Mi espíritu atrevido.

La calma y el silencio  
En blanda paz conmigo  
Me aduermen en los brazos  
Del ocio y el retiro:

Jimiendo escarmentado,  
Sí con pesar tardío,  
Del hado y de los hombres  
Los criminales tiros.

Tal navegante cuerdo  
Tras riesgos infinitos  
Ganar dichoso alcanza

Del puerto el fausto asilo.  
 Tú en tanto, á quien los años  
 Y el claro dios del Pindo  
 Adulan, y en sus redes  
 Prendió el alado Niño,  
 Feliz mis huellas sigue;  
 Y en don bien merecido  
 Recibe, Anfriso amado,  
 La lira de Batilo:  
 La lira que á los cisnes  
 De nuestros sacros rios  
 Fué ejemplo á que cantasen  
 Con mas acorde estilo.  
 Yo en tus aplausos loco,  
 Mientras que al negro olvido  
 Me robas tú en tus versos,  
 Del mismo Apolo dignos (1);  
 Diré gozoso á todos:  
 Si en tan escelso jiro  
 Sobre los astros vaga,  
 Yo le mostré el camino.

## ODA LVI.

DESPUES DE UNA TEMPESTAD.

¡Oh! ¡con cuánta delicia,  
 Pasada la tormenta,  
 En ver el horizonte  
 Mis ojos se recrean!  
 ¡Con qué inquietud tan viva  
 Gozarlo todo anhelan:  
 Y su círculo inmenso  
 Atónitos rodean!  
 De encapotadas nubes  
 Allí un grupo semeja  
 De mal unidas rocas  
 Una empinada sierra:  
 Recamando sus cimas  
 Las ardientes centellas,  
 Que del sol con las sombras  
 Mas fúljidas chispean;  
 Y á sus rayos huyendo,  
 Ya cual humo deshechas  
 Al lóbrego occidente  
 Presurosas las nieblas.  
 De otra parte el espacio  
 Tranquilo se despeja,

(1) Una hermosa cancion en mi elojio, llámán-  
 dome con lisonja *restaurador de la poesía espa-  
 ñola.*

Y un azul mas subido  
 A la vista presenta;  
 Que en su abismo engolfada  
 Las bóvedas penetra,  
 Donde suspensas jiran  
 Sin cuento las estrellas.  
 El iris á lo lejos,  
 Cual una faja inmensa  
 De agraciados colores,  
 Une el cielo á la tierra.  
 Y la nariz y el labio  
 Estáticos alientan  
 Embalsamado el aire  
 De olorosas esencias,  
 Que el corazon dilatan,  
 Y le dan vida nueva,  
 Y en el pecho no cabe,  
 Y en delicias se anega.  
 Derrámase perdida  
 La vista, y por do quiera  
 Primores se le ofrecen,  
 Que muy mas la enajenan.  
 Aquí cual una alfombra  
 Se tiende la ancha vega,  
 Y allá el undoso Duero  
 Sus aguas atropella.  
 Los árboles mas verdes  
 Su hermosa copa ondean,  
 Do bullendo sacude  
 Cefrillo mil perlas.  
 Las mieses mas lozanas  
 Sus cogollos despliegan,  
 Y sobre ellos se asoman  
 Las espigas mas llenas.  
 Reanimadas las flores  
 Levantan la cabeza,  
 Matizando galanas  
 Los valles y laderas;  
 Do saltando y volando  
 Con alegre impaciencia  
 Las parlerillas aves  
 Se revuelven entre ellas;  
 Y en sus plumas vistosas  
 Mil cambiantes reflejan  
 Al sol, que sin celajes  
 Ya el cielo enseñoñea.  
 ¡Oh! ¡cuán rico de luces,  
 Cual vencedor atleta,  
 Entre llamas divinas  
 Centellante se ostenta!  
 ¡Cuál su fúljido carro

Con sosegada rueda  
 Bajando va, y las aguas  
 Sus fuegos reverberan!  
 Las aves al mirarlo,  
 Desatando sus lenguas  
 En suavísimos trinos,  
 El oído embelesan;  
 Y la tierra y los cielos  
 Con igual complacencia  
 En sus rayos se animan,  
 Y su triunfo celebran.  
 Todo en fin cuanto existe,  
 Y envolvió en sus tinieblas  
 El nublado, ya en calma  
 Al júbilo se entrega;  
 Mientras ciega mi mente  
 De ver tantas bellezas,  
 En lugar de cantarlas,  
 Ni á admirarlas acierta.

## ODA LVII.

## DE MI SUERTE.

PERSEGUIDO y hollado,  
 Blanco puesto á las iras  
 Del poder, y en los grillos  
 De pobreza enemiga,  
 En olvido y en ocio  
 Fugitivos se eclipsan  
 Estériles los años  
 Dè mi cansada vida;  
 Y el brillo de la gloria  
 Que inflamarme solia,  
 Y allanar al deseo  
 Mil ilustres fatigas;  
 Despareció y ahogóse,  
 Cual se ahogaron mis dichas,  
 En la fiera borrasca  
 Que anegó mi barquilla.  
 Pero en tantos reveses  
 Aun las Musas benignas  
 A mi oreja se acercan,  
 Y sus cantos me inspiran:  
 Aun sus almos avisos  
 La sublime Sofia  
 Me dispensa, y sus voces  
 Mi bondad fortifican.  
 En sabrosas lecturas  
 Se me vuelan los días,  
 Sin formar una queja,

Ni llorar una cuita.  
 La sencilla inocencia,  
 Que en mi seno se abriga,  
 Se acrisola en el fuego  
 Que el error ciego atiza.  
 Y adulándome grata  
 La jovial alegría,  
 Que cual Febo las nieblas,  
 Tal mis penas disipa;  
 Corre rápido el tiempo,  
 En que fiel la justicia  
 Mis trabajos consagre,  
 Su corona me ciña.

Con tan plácidos sueños  
 Lleno de una delicia,  
 Que jamás goza el crimen,  
 Y á la virtud envidia;  
 Mientras que los amigos  
 Con su blanda acogida  
 De mi crudo destierro  
 Los horrores mitigan;  
 No trueco pues mi suerte  
 Con el necio que brilla,  
 De oro y vicios cubierto,  
 Del favor en la cima:  
 Que si á par nuestros pasos  
 A la tumba caminan,  
 Yo una senda de flores,  
 Y él la sigue de espinas.

## ODA LVIII.

## A LAS GRACIAS.

Si en mis sencillos versos,  
 O Gracias celestiales,  
 Vuestro májico hechizo  
 Yo bosquejar lograrse;  
 Si una fugaz centella  
 De aquel fuego inefable  
 Que en vuestro rostro rie,  
 Y en vuestros ojos arde,  
 A mi lira le diese  
 Los trinos y compases,  
 Que estáticas se llevan  
 Tras sí las voluntades;  
 Y á mi voz la dulzura  
 Y el agrado, que valen  
 Cuantas flores y adornos  
 Prodigal al genio el arte;  
 Si les diese el halago,

La delicia, las sales,  
 La feliz elegancia,  
 La negligencia fácil,  
     Que en vuestra amable boca,  
 Entre el néctar süave  
 Que destila corriendo,  
 Cual de un venero nacen;  
     ¡Cuál en júbilo hirviera!  
 ¡Cómo entonces radiante  
 Mi sien brillara unjida  
 De rosas y azahares!  
     ¡Y á un plácido abandono  
 Librándome, los aires  
 De gozo y armonía  
 Llenara en mis cantares!  
     Que vosotras, ó Gracias,  
 Con un mirar afable,  
 Un quiebro, un ay, que sola  
 Preciar la mente sabe;  
     Al pecho mas de bronce  
 De cera lo tornáis,  
 Logrando que el mas rudo  
 Mas ciego os idolatre.  
     Y á la belleza misma  
 Sus mas finos quilates  
 Gratas le dais, haciendo  
 Que vista y alma encante.  
     Vuestra es de la zagala  
 La injenuidad amable,  
 Y el no buscado esmero,  
 La sencillez picante.  
     Una flor que donosas  
 Le poneis, mas realce  
 Da á su cabello de oro,  
 Que un fúljido diamante;  
     Y á una sonrisa leve  
 De tal majia animais,  
 Que haceis que en mil delicias  
 Los pechos embriague.  
     Cual nada, sin vosotras  
 Ni la hermosura vale,  
 Ni el mas costoso adorno,  
 Ni el mas esbelto talle.  
     De Armida los pensiles,  
 Como ahogados les falte  
 Vuestra mano hechicera,  
 Ya ominosos desplacen.  
     Cuando ella no dirige  
 Al jenio de las Artes,  
 Sus mas sublimes toques  
 Sin luz ni vida yacen.

Citéres no es la diosa  
 Que en su nudez cobarde  
 Sembrando ya mil risas  
 De las espumas sale;  
     Ni Apolo el númen sacro,  
 Que de Fiton triunfante  
 Con aire se sublima  
 Majestuoso y grande.  
     Y el verso mas canoro,  
 Sin el subido esmalte,  
 La llama que invisibles  
 Vosotras le prestais,  
     Nunca será que el labio  
 De una bella lo cante,  
 Ni el gusto lo repita,  
 Ni venza las edades.  
     Vénus, la escelsa Vénus,  
 Si agradar quiere al padre  
 De los hombres y dioses,  
 Solícita al tocarse,  
     A su beldad celeste  
 Vuestra cintura añade,  
 De mimos y delicias  
 Tesoro inapreciable.  
     Preséntase, y su boca  
 Rosada no bien abre,  
 Ya Jove se embebece,  
 De amor los dioses arden;  
     Y en alegre murmullo  
 Resuenan incensantes  
 Del espléndido alcázar  
 Las bóvedas reales.  
     La virtud, Gracias puras,  
 La virtud que hace alarde  
 De hermanar con sus triunfos  
 El hombre á las deidades,  
     Os implora benignas;  
 Y en sus rudos combates  
 Aun ansiosa procura  
 Con vosotras ornarse.  
     Y la verdad, en medio  
 De su fulgor brillante,  
 Risueña con vosotras  
 Se aliaña y se complace;  
     Porque su voz sagrada  
 Así los pechos halle  
 Mas gratos, y sus fueros  
 Mas dóciles acaten.  
     ¿Pues qué de la inocencia?  
 La candidez quitadle,  
 Y en ella á sus mejillas

Las rosas virjinales ;  
 Quitadle el embarazo,  
 Los tímidos celajes  
 En que el pudor se envuelve,  
 Solícito en guardarse,  
 Las ansias, las zozobras  
 Con que anheloso bate  
 Su seno puro, tiembla,  
 Si tiene que mostrarse;  
 Y veréis cuál en humo  
 La ilusión se deshace,  
 Que á rendirle nos lleva  
 Tan dulce vasallaje.  
 Que á todo, á todo, diosas,  
 Vuestra presencia añade  
 Una aroma, un prestigio,  
 Y elejancia y donaire,  
 Que los ojos deslumbran,  
 Las almas satisfacen,  
 Y en vínculos de flores  
 Ciegas en pos las traen.  
 Curad pues que mis versos,  
 Si idólatra constante  
 Anhelé desde niño  
 Seros siempre agradable,  
 Por vuestros se distingan ;  
 Que aunque el estro les falte,  
 Ya haréis, amables magas,  
 Que duren inmortales.

## ODA LIX.

A MI LIRA.

¿SERA que salvar logren  
 Mi nombre del olvido,  
 O lira de tus cuerdas  
 Los delicados trinos?  
 ¿Y qué el poeta amable  
 De Baco y de Cupido  
 Resuene con sus versos  
 En los lejanos siglos?  
 Sí; que así lo afirmaron  
 Con acento benigno,  
 Cuando á las dos deidades  
 Me consagré de niño.  
 Dijéronme: tú canta,  
 Rapaz, sensible y fino  
 De mis llagados pechos  
 Las llamas y cariños;  
 Y en las alegres mesas

Haz que mis dulces vinos  
 Agraden mas al labio,  
 Célebres ya en tus himnos :  
 Y verás cuál las jentes  
 Con benévolo oido  
 Te acojen por humilde,  
 Te imitan por sencillo.  
 Cómo Febo y sus Musas  
 El lenguaje florido  
 De Villégas y Laso  
 Renuevan en tus trinos ;  
 Y en las alas del gusto,  
 Si hoy les dan grato abrigo  
 Las florecientes vegas  
 Del Tórmes cristalino,  
 Por tu España discurren,  
 Y con vuelo atrevido  
 El Pirene traspasan,  
 Y el nevado Apenino ;  
 Sin cesar hasta donde  
 Con alto señorío  
 Méjico entre las aguas  
 Su trono fijó altivo ;  
 Y el felice limeño  
 Goza en su valle unidos  
 Del mayo entre las rosas  
 Las mieses y racimos.  
 Deja que otros se encumbren  
 Allá sobre el Olimpo,  
 Y hasta del sacro Jove  
 Indaguen los designios:  
 Que la brillante gloria  
 Los lleve embebecidos  
 Tras el sublime lauro,  
 Sin miedo á sus peligros.  
 Tú, apocado y humilde,  
 Prefiere en tus destinos  
 A las palmas guerreras  
 El pacífico olivo ;  
 Que risueñas las Gracias  
 De la olorosa Gnido  
 Te ofrecen ya las flores,  
 Y Cíteres sus mirtos.  
 Dijeron las deidades :  
 Yo fiel á sus avisos  
 Jamás demandé necio  
 Del claro dios del Pindo  
 Las canciones que alegran  
 En su plectro divino  
 De los númenes sacros  
 Los banquetes festivos :

Ni de glorias ajenas  
 Envidioso enemigo  
 Codicié sus aplausos  
 En mi oscuro retiro.

¡Ojalá que en su seno  
 Inocente y tranquilo,  
 O lira, salvar logres  
 Mi nombre del olvido!

## LA INCONSTANCIA.

### Odas á Lisi.

#### ODA I.

##### EL CÉFIRO.

¡CUAL vaga en la floresta  
 El céfiro suave!

¡Cuál con lascivo vuelo  
 Sus frescas alas bate!

Sus alas delicadas,  
 Que forman al mirarse  
 Del sol en los reflejos  
 Mil visos y cambiantes.

¡Cuál licencioso corre  
 De flor en flor, y afable  
 Con soplo delicioso  
 Las mece y se complace!

Ahora á un lirio llega;  
 Ahora el jazmin lame:  
 La madre selva ajita;  
 Y á los tomillos parte:

Do entre mil Amorcitos  
 Vuela y revuela fácil;  
 Y los besa y escapa  
 Con alegre donaire.

La tierna yerbezuela  
 Se estremece delante  
 De sus soplos sutiles;  
 Y en ondas mil se abate.

El las mira y se rie;  
 Y el susurro que hacen,  
 Le embelesa, y atento  
 Se suspende á gozarle.

Luego rápido vuelve;  
 Y alegre por los valles  
 No hay planta que no toque,  
 Ni tallo que no halague.

Verásle ya en la cima  
 Del olmo entre las aves  
 Seguir con dulce silbo  
 Sus trinos y cantares;  
 Y en un punto en el suelo  
 Acá y allá tornarse  
 Con jiro bullicioso,  
 Festivo y anhelante.

Verásle entre las rosas  
 Metido salpicarse  
 Las plumas del rocío,  
 Que inquieto les esparce;

Verásle de sus hojas  
 Lascivo abrir el cáliz;  
 Y empaparse las alas  
 De su aroma fragante.

Batiendo del arroyo  
 Con ellas los cristales  
 Verásle formar ledo  
 Mil ondas y celajes.

Parece, cuando vuela  
 Sobre ellos, que cobarde  
 Las puntas ya mojadas  
 No acierta á retirarse.

¡Pues qué, si al prado siente  
 Que las zagalas salen?  
 Verás á las mas bellas  
 Mil vueltas y mil darle.

Ora entre sus cabellos  
 Se enreda y se retrae:  
 El seno les refresca,  
 Y ondéales el talle.

Sube alegre á los ojos,  
 Y en sus rayos brillantes  
 Se mira y da mil vueltas,  
 Sin que la luz le abraze.

Por sus labios se mete,  
Y al punto raudó sale:  
Baja al pié, y se lo besa;  
Y anda á un tiempo en mil partes.

Así el céfiro alegre,  
Sin nada cautivarle,  
De todo lo mas bello  
Felice gozar sabe.

Sus alas vagarosas  
Con jiros agradables  
No hay flor que no sacudan,  
Ni rosa que no abrazen.

¡Ay Lisi! ejemplo toma  
Del céfiro inconstante:  
No con Aminta solo  
Tu fino amor malgastes.

## ODA II.

## EL ARROYUELO.

¡Con cuán plácidas ondas  
Te deslizas tranquilo,  
O gracioso arroyuelo,  
Por el valle florido!

¡Cómo tus claras linfas,  
Libres ya de los grillos  
Que les puso el enero,  
Me adulan el oído!

¡Cuál serpean y rien,  
Y en su alegre bullicio  
La fresca yerbezuela  
Salpican de rocío!

Sus hojas delicadas  
En tapete mullido  
Ya se enlazan, y adornan  
Tu agradable recinto:

Ya meciéndose ceden  
Al impulso benigno  
De tus pasos suaves,  
Y remedan su jiro:

O te besan movidas  
Del favonio lascivo,  
Mientras tú las abrazas  
Con graciosos anillos.

De otra parte en un ramo  
Tu armonioso ruido  
Acompaña un jilguero  
Con su canoro pico.

¡Arroyuelo felice!  
¿Cómo á Lisi no has dicho

Que á ser mudable aprenda  
De tus vagos caminos?

Tú con fáciles ondas  
Bullicioso y activo  
Tiendes por todo el valle  
Tu dichoso dominio.

Ya entre juncos te escondes,  
Ya con paso torcido,  
Si una peña te estorba,  
Salvas cauto el peligro:

Ya manso te adormeces,  
Y los sauces vecinos  
Retratas en las ondas  
Con primor exquisito.

Tus arenas son oro,  
Que bullendo continuo  
A la vista reflejan  
Mil labores y visos.

En tu mansa corriente  
Jiran mil pececillos,  
Que van, tornan y saltan  
Con anhelo festivo.

Nace el sol, y se mira  
En tu espejo sencillo,  
Que le vuelve sus rayos  
Muy mas varios y vivos.

Tus espumas son perlas,  
Que las rosas y lirios  
De su márjen escarchan  
En copiosos racimos.

Del Amor conducidas  
Las zagalas, contigo  
Consultan de sus gracias  
El poder y atractivo.

Tú el cabello les rizas:  
Tú en su seno divino  
La flor pones, y adiestras  
De sus ojos el brillo.

En tus plácidas ondas  
Halla la sed alivio,  
Distraccion el que pena,  
Y el feliz regocijo.

Yo las sigo, y parece  
Que riéndose miro  
La verdad y el contento  
En su humor cristalino:

Que escapando á mis ojos  
Y con plácido hechizo  
Al compás de sus ondas  
Me adormece el sentido.

¡Oh dichoso arroyuelo!

Si de humilde principio  
 Por tu inconstante curso  
 Llegares á ser rio;  
 Si otro bosque, otras vegas  
 De raudales mas rico  
 Con benéfica urna  
 Regares fujitivo;  
 ¡Ay! dí á mi Lisi al paso,  
 Que en su firme capricho  
 No insista; y dale ejemplo  
 De mudanza y olvido.

## ODA III.

## LA MARIPOSA.

¿De dónde alegre vienes  
 Tan suelta y tan festiva,  
 Los valles alegrando,  
 Veloz mariposilla?  
 ¿Por qué en sus lindas flores  
 No paras; y tranquila  
 De su púrpura gozas,  
 Sus aromas aspiras?  
 Mírote yo, ¡mi pecho  
 Sabe con cuánta envidia!  
 De una en otra saltando  
 Mas presta que la vista.  
 Mírote que en mil vuelos  
 Las rondas y acaricias:  
 Llegas, las tocas, pasas,  
 Huyes, vuelves, las libas.  
 De tus alas entonces  
 La delicada y rica  
 Librea se despliega,  
 Y al sol opuesta brilla.  
 Tus plumas se dilatan;  
 Tu cuello ufano se hincha;  
 Tus cuernos y penacho  
 Se tienden y se rizan.  
 ¡Qué visos y colores!  
 ¡Qué púrpura tan fina!  
 ¡Qué nácar, azul y oro  
 Te adornan y matizan!  
 El sol, cuyos cambiantes  
 Te esmaltan y te animan,  
 Contigo se complace,  
 Y alegre en ti se mira.  
 Los céfiros te halagan;  
 Las rosas á porfía  
 Sus tiernas hojas abren,

Y amantes te convidan.  
 Tú empero bulliciosa,  
 Tan libre como esquivas,  
 Sus ámbares desdeñas,  
 Su seno desestimás.  
 Con todas te complaces;  
 Y suelta y atrevida,  
 Feliz de todas gozas,  
 Ninguna te cautiva.  
 Ya un lirio hermoso besas;  
 Ya inquieta sollicitas  
 La coronilla, huyendo  
 Tras un jazmin perdida;  
 El fresco alelí meces;  
 A la azucena quitas  
 El oro puro; y saltas  
 Sobre una clavellina.  
 Vas luego al arroyuelo,  
 Y en sus plácidas linfas,  
 Posada sobre un ramo,  
 Te complaces y admiras.  
 Mas el viento te burla,  
 Y el ramillo retira;  
 O salpica tus alas,  
 Si hácia el agua lo inclina.  
 Así huyendo medrosa  
 Te tiendes divertida  
 Lo largo de los valles  
 Que abril de flores pinta.  
 Ahora el vuelo abates;  
 Ahora en torno giras;  
 Ahora entre las hojas  
 Te pierdes fujitiva.  
 ¡Felicé mariposa!  
 Tú bebes de la risa  
 Del alba, y cada instante  
 Placeres mil variás.  
 Tú adornas el verano;  
 Tú á la vega florida  
 Llevas con tu inconstancia  
 El gozo y las delicias.  
 ¡Mas ay! mayores fueran  
 Mil veces aun mis dichas,  
 Si fuese á tí en mudarse  
 Mi Lísís parecida.

## ODA IV.

## LA NATURALEZA.

No, Lisi: esa constancia,



Con que al Amor pretendes  
Mover á que la copa  
Te brinde del deleite,  
A enojos y fastidios  
Te lleva. Los desdenes  
Muy mas que á mí me aflijen,  
Tu crudo pecho ofenden.

Las risas, la alegría,  
El gusto y los placeres,  
Las fáciles los gozan,  
Y envidian las crueles.

Amor, como dios niño,  
Es vivo, inquieto, alegre;  
Y atrevido y artero  
Los peligros no teme.

De pecho en pecho vuela;  
Y ora rinde un rebelde,  
Ora un soberbio oprime,  
Y ora un tibio enardece.

Así se goza y burla,  
Y á un tiempo á todos prende.  
De la inconstancia nace;  
Y en la firmeza muere.

Ni el orden de las cosas  
Inmóvil es, que siempre  
Con sucesion suáve  
El cielo nos las vuelve.

Tras la rosada aurora  
Ya corre el sol fulgente,  
Mientras su negro manto  
La ciega noche tiende.

Sigue al nubloso invierno  
Plácido abril; y cede  
Julio al ópimo octubre,  
Corona de los meses.

Su aljófár cristalino  
No solo el alba llueve  
Sobre la rosa, ó sola  
Con el verano crece.

El valle, que cubierto  
Se vió de escarcha y nieve,  
Loco ya con sus flores

Nos descubre la frente.

Los chopos que desnudos  
Se quejan del diciembre,  
Y mustios y ateridos  
Los ojos nos ofenden;  
Bien presto coronados  
De pompa y hoja verde,  
Nido á las dulces aves  
En grata sombra ofrecen.

Su aroma la azucena  
A todos da: la fuente  
Liberal para todos  
Sus claras linfas vierte.

Ni la próvida abeja  
De una flor diligente  
Liba su miel; que á todas  
Los cálices les bebe.

¿Pues qué los pajarillos,  
Cuando el Amor los hiere?  
De amada y lecho mudan  
En sucesion perenne.

Del gusto solo unidos,  
Tan solo por sus leyes  
Se buscan, ó se olvidan  
Sin zelos ni esquivaces.

¿Qué libres! ¿qué espresivos  
Cantando blandamente,  
Sus fáciles delicias  
Mi espíritu conmueven!

Hélos buscarse abincados,  
Hélos seguirse ardientes,  
Hélos ceder al fuego  
Que en sus entrañas hierve.

Y en un momento mismo,  
¿Oh dichosos mil veces!  
Aman, gozan, se dejan,  
Y un nuevo amor emprenden.

¿Ay Lisi! ¿esquiva Lisi!  
Si ves su feliz suerte,  
¿Por qué, cruel, por firme,  
Mayor ventura pierdes?

## La Paloma de Filis.

FILIS tiene una palomita, y con ella se goza y recrea. Vé aquí el motivo de estos juguetes, en que me he dilatado mas que pensé. Pero la inocencia de Filis y las gracias de su palomita no pueden pintarse brevemente. Acaso esta será para algunos demasiado festiva y bulliciosa. Yo, que la he visto, les aseguro, que ni aun se dicen la mitad de sus cariños y donaires. Muchos de ellos se escapan al pincel de la poesía, y á otros no puede darse la viveza ni el delicado colorido del natural. Quien no lo creyere, ni conoce á Filis, ni sabe lo que son las palomas, ni lo que pueden en estas avecillas el amor y el agradecimiento.

### ODA I.

OTROS cantan de Marte  
 Las lides y zozobras;  
 O del alegre Baco  
 Los festines y copas:  
 La sien otros ceñida  
 De jazmines y rosa,  
 Del Amor los ardores,  
 Y de Vénus las glorias.  
 Pero yo solo canto  
 Con cítara sonora  
 De mi querida Filis  
 La nevada paloma:  
 Su paloma, que bebe

. . . . . *plaudentibus alis*  
*Insequitur, tangi patiens, caroque foveri*  
*Læta sinu, et blandas iterans gemebun-*  
*da querelas.*

Mil gracias de su boca;  
 Y en el hombro le arrulla,  
 Y en su falda reposa.

### ODA II.

DOXOSA palomita,  
 Así tu pichon bello  
 Cada amoroso arrullo  
 Te pague con un beso;  
 Que me digas, pues moras  
 De Filis en el seno,  
 ¿Si entre su nieve sientes  
 De Amor el dulce fuego?  
 ¿Díme, dime si gusta  
 Del néctar de Lieo?  
 ¿O si sus labios tocan  
 La copa con rezelo?  
 Tú á sus gratos convites  
 Asistes y á sus juegos;  
 En su seno te duermes,  
 Y respiras su aliento.  
 ¿Se querella turbada?  
 ¿Suspira? ¿en el silencio  
 Del valle con frecuencia  
 Los ojos vuelve al cielo?  
 ¿Cuando con blandas alas  
 Te enlazas á su cuello,  
 Ave feliz, dí, sientes  
 Su corazon inquieto?  
 ¡Ay! dímelo, paloma:  
 ¡Así tu pichon bello

Cada amoroso arrullo  
Te pague con un beso !

## ODA III.

FÍLIS, ingrata Fílis,  
Tu paloma te enseña:  
Ejemplo en ella toma  
De amor y de inocencia.

Mira cómo á tu gusto  
Responde: cómo deja  
Gozosa, si la llamas,  
Por tí sus compañeras.

¿Tu seno y tus halagos  
Olvida, aunque severa  
La arrojés de la falda,  
Negándote á sus quejas?

No, Fíli; que aun entonces,  
Si intento detenerla,  
Mi mano fiel esquiva,  
Y á tí amorosa vuela.

¡ Con cuánto suave arrullo  
Te ablanda! ¡ cómo emplea  
Solicita sus ruegos,  
Y en jiros mil te cerca!

¡ Ah crédula avecilla!  
En vano, en vano anhelas;  
Que son para tu dueño  
Agravio las finezas.

¿ Pues que cuando en la palma  
El trigo le presentas,  
Y al punto de picarlo  
Burlándote le cierras?

¡ Cuán poco del engaño  
Incauta se rezela;  
Y pica, aunque vacía,  
La mano que le muestras!

¡ Qué fácil se entretiene!  
Un beso le consuela;  
Siempre festiva arrulla,  
Siempre amorosa juega.

Su ejemplo, Fílis, toma:  
Pero conuigo empieza,  
Y repitamos juntos  
Lo que á su lado aprendas.

## ODA IV.

No, no por inocente  
Te me disculpes, Fíli,  
Que en los sencillos pechos

Mas bien amor se imprime.

Él con los años viene:  
Tal algun tiempo viste  
Huir del pichon bello  
Tu palomita simple.

Pues mira ya cuál oye  
Sus ansias apacible,  
Y en el ardiente arrullo  
Cómo con él compite.

Ya le llama, si tarda;  
Ya si vuela, le sigue;  
Ni sus tiernos halagos  
Desdeñosa resiste.

Mira cómo se besan;  
Cuál se dan y reciben  
Mil lascivas picadas  
En cariñosas lides.

El placer sus plumajes  
Encrespa, el suelo miden  
Con la cola, su cuello  
Mil cambiantes despide.

Ya con rápido vuelo  
Burlando se dividen;  
Ya vuelven; ya imperioso  
Su ardor los manda unirse.

¡ Gozad, gozad mil veces  
En lazada felice  
Las delicias que guarda  
Amor á quien le sirve!

Y tú, pues las palomas  
Con su candor se rinden,  
No, no por inocente  
Te me disculpes, Fíli.

## ODA V.

TENIENDO su paloma  
Mi Fíli sobre el halda,  
Miré á ver si sus pechos  
En el candor la igualan:  
Y como están las rosas  
Con su nieve mezcladas,  
El lampo de las plumas  
Al del seno aventaja.

Empero yo con todo,  
Cuantas palomas vagan  
Por los vientos sutiles,  
Por sus pomos dejara.

## ODA VI.

¡ Oh, con qué gracia, Fílis,

Tu bella palomita,  
Sensible á los halagos,  
Te arrulla y acaricia!  
¡Qué dócil, si la llamas!  
¡Qué suelta! ¡qué festiva,  
Volando y revolando,  
Tu beso solicita!

Tú cantas, y á los trinos  
Está como embebida:  
Si cesas, con su arrullo  
Parece que te imita.

Luego á la falda vuela,  
Do te contempla y mira,  
Bullendo de contento  
Sus amorosas niñas.

¡Pues si tus bellos labios  
Con el manjar la brindan.....?  
Entónces, ¡ay! entónces  
Sí, que el placer la anima:

Ya llega, ya se aparta,  
Ya vuelve, ya lo pica,  
Con sus trémulas alas  
Mostrando su alegría.

Parece en aquel punto  
Decir: ¡oh, qué delicia  
No acostumbrada goza,  
Señora, el alma mía!

¡Qué es esto? ¡tocar puede  
Tu boca peregrina  
Mi pico? ¡ó bien lograda  
Gadena! ¡ó dulce vida!

Su arrullo, su plumaje,  
Sus vueltas, todo indica  
De su inocente pecho  
La gratitud sencilla.

¡Ah! si así una paloma  
Te es, Fili, agradecida,  
Mi corazón amante  
Dime, mi bien, ¿qué haría?

#### ODA VII.

SIMPLECILLA paloma,  
Si la dicha inefable  
De que tú feliz gozas,  
Con Fili yo gozase;  
No, no tan bullicioso  
Vagara por los aires,  
O necio dejaría  
Su lado un solo instante.  
¡Tú, incauta, otras palomas

Escuchas; y el amable  
Seno do moras, huyes!  
¡O simplecilla! ¿qué haces?

¿Es mas un falso arrullo  
Que Fili? ¿alejarte  
No temes? ¿sus caricias  
Olvidas ya mudable?

¡Oh! vuelve al punto, vuelve,  
Que en llanto se deshace;  
Vuela á tu dueño, vuela,  
Y el ala aprisa bate.

Verás cómo sus ojos  
Se enjugan con mirarte;  
Te halaga, y dan mil besos  
Sus labios celestiales.

#### ODA VIII.

¿PARA qué, insana, picas  
El ramito de flores,  
Con que gusta mi Fili  
Que su seno se adorne?

¿No ves, necia paloma,  
Que en tus impíos furores  
Herir pueden su nieve  
De tu pico los golpes?

¿Que sus frescos pìmpollos  
Derramados sin orden,  
Ambas turjentes pomas  
Con sus hojas esconden;

Porqué el gusto y los ojos,  
Cuando felices logren  
Descubrirlas, mas ciegos  
En su lampo se engolfen?

¿Y en un tronco ya unidos  
El val les cierran, donde  
De Amor á guarecerse  
Tímido el pudor corre?

¿Y picándolo sigues,  
Sin que ruegos, ni voces,  
Ni tus iras moderen,  
Ni el ramito te estorbe?

Mira que en tu delirio  
Lograrás que se enoje,  
Y las gracias de Fili  
Jamás á gozar tornes.

Si la envidia te punza,  
Porque artera lo pone  
Do tú anidar anhelas;  
¡Ah, simplecilla! entónces

Ya te hubiera lanzado

Mi amor en sus hervores  
Del halda que ora ocupas,  
De un bien que no conoces.

## ODA IX.

Con su paloma estaba  
Fili en alegre juego,  
Y para que picase  
Le presentaba el dedo.

Picábalo, y en pago  
Le daba un dulce beso;  
Y tras él mas gozosa  
La incitaba de nuevo.

Una vez la avecilla,  
Creendo ser lo mismo,  
Con picada inocente  
Hirióle el labio bello.

Enojóse mi Filis  
De tal atrevimiento;  
Y echóla de su falda  
Con ademan severo.

La palomita entonces  
En mil ansias y estremos  
Demandaba rendida  
El perdon de su yerro.

Con ala temerosa  
Las manos de su dueño  
Abraza, y jime, y vuela  
De las manos al cuello.

Esquivábala Filis;  
Y ella humilde entre el seno  
Y el cendal que lo cubre,  
Escondióse de miedo.

¡O simplecilla! ¿qué haces?  
Guárdate de ese fuego,  
Que entre pellas de nieve  
Tiene el Amor cubierto.

Guárdate, y con arrullos  
Y cariños mas tiernos  
Halagándola, cuida  
De desarmar su ceño.

¡Ah Fili! si al mirarte  
Enojada un momento,  
Tal queda tu paloma,  
¿Cuál estará mi pecho?

Y si ella perdon halla,  
Mis encendidos ruegos  
¿No han de lograr un día  
Tu rostro ver sereno?

## ODA X.

SUELTA mi palomita,  
Mas no me la detengas;  
Suéltamela, tirano,  
Verás cuál á mí vuela.

Dos noches ha que falta:  
Dos noches ha que queda  
Solo y desamparado  
Mi palo-mar sin ella.

En tanto ni mis ojos  
En lloro amargo cesan,  
Ni el pecho en ansias tristes  
Y lastimadas quejas.

Cien veces la he llamado  
Pensando que viniera;  
Y he salido á buscarla  
Veces mil á la selva.

¿Mas cómo venir puede,  
Traidor, si tus cautelas  
Allá, para acabarme,  
La guardan prisionera?

¡Pues ah! suéltala al punto;  
Y á compasion te muevan  
Mis lágrimas, mis ruegos,  
Mis lastimadas penas.

Verás cuál revolando  
Se posa en mi cabeza;  
Y luego al hombro baja,  
Y arrulla, y me consuela.

## ODA XI.

PUES que de mi paloma  
Las señas solicitas,  
Bien puedes conocerla  
Por estas que te diga.

Es mansa y amorosa,  
Es pequenuela y viva,  
Lleno y redondo el pecho,  
Como la nieve misma.

Las alas dilatadas,  
La cola bien tendida;  
Y al cuello mil cambiantes  
De oro y nácar matizan.

Los bellos pies de rosa  
En su inquietud indican,  
Y en las donosas vueltas,  
Que ya el Amor la ajita.

Los ojos son de fuego,

De llama las pupilas,  
Que halagan amorosas,  
Que bullen encendidas.

Parece, cuando arrulla,  
Que dice mil caricias;  
Y luego, cuando vuela,  
Que ruega que la sigan.

El pico gruesezuelo,  
Y en la nariz unidas  
La púrpura y la nieve  
Con mezcla la mas fina.

¿Qué mas?... ¡ Pero ay! al punto  
Suéltamela; y festiva  
Verás cuál en mi mano  
El dulce grano pica.

## ODA XII.

ENTRE tantos halagos  
Y amorosos cariños  
Como á tu palomita  
Prodigarle te miro,  
¿No hallarás ni uno solo  
Para quien tan rendido  
Obedece tus leyes,  
Te idolatra tan fino?

Tú en el halda la pones,  
Y con ruego benigno  
Quejumbrosa la llamas  
De tu seno al abrigo.

Con tus labios de rosa  
Solicitas su pico,  
Repasando su pluma  
Con tu rostro divino;

Y con besos tan llenos  
Cual dar nunca te he visto,  
Sus arrullos provocas  
Y su muerdo lascivo.

No hay favor ni requiebro  
Que en tu loco delirio  
No le digas amante,  
No me inflame al oírlos.

¡ Y yo, cruda, no alcanzo  
Que á mis tiernos suspiros  
Desarmados acaben  
Tus zelosos desvíos!

Pues pierde en tu paloma,  
Por un ciego capricho,  
Las gracias que no entiende,  
Los besos que yo envidio:  
Que Amor me hará justicia.....

Pero no, dueño mio;  
Yo venganzas no busco;  
Sino juegos y mimos.

## ODA XIII.

No culpes, palomita,  
Que de Filis ausente  
Como loco delire,  
Desfallecido pene.

Si las rápidas alas  
Yo lograra que tienes,  
No hayas miedo que triste,  
Ni azorado me vieses;

Pues con vuelo anheloso  
Cortando el aura leve,  
En su busca partiera  
Mas fugaz que la mente:

Y á su lado gozara  
Venturoso y alegre  
De su boca y sus ojos  
Las delicias y mieles.

Cual tú, feliz paloma,  
Bulliciosa mil veces  
Vas y tornas al nido,  
Que á tus hijos previenes;

Rendido le dijera  
Los peligros que teme  
Mi amor, y los cuidados  
Que punzantes me hieren:

Y ella amable y sencilla,  
Con la gracia celeste  
Que la anima, mis penas  
Convirtiera en placeres.

Esto fuera, ó paloma,  
Si tus alas yo hubiese;  
Pero ausente y sin ellas,  
Mi vivir es la muerte.

## ODA XIV.

Vé, donosa paloma,  
Vuela á tu amable dueño  
Vuela, y dale el billete  
Que á tu fineza entrego.

Con un liston de rosa  
Le suspendo á tu cuello;  
Guarte no se desprenda  
Con tu rápido vuelo.

En el fausto camino  
Del gavilan artero

No ya el grito te azore ,  
Ni amedrente el encuentro ;  
Que en tu vida y mi suerte  
Vela el Amor y Venus ,  
Y tan altos patronos  
Te aseguran de riesgo.

Parte pues, palomita,  
Tiende el ala al momenta :  
¡Quién, ave afortunada,  
Cuál tú pudiese hacerlo !

Vuela, y lleva á mi Filis  
Esa prenda, que el fuego  
Débilmente retrata  
Que arde en mí, de ella lejos :

Mas que sincera y fina,  
Como mi noble pecho,  
Merece que en el suyo  
Le dé feliz asiento.

Díle en blandos arrullos  
El dolor en que quedo,  
Lo nada que confío,  
Lo mucho que rezele.

Y si fiel te asegura  
Ser injusto este miedo,  
Vuelve al punto, que loco  
Te aguardo con un beso.

## ODA XV.

PALOMITA querida,  
Que jimiendo halagüena  
De tu fausto mensaje  
Me das la enhorabuena ;  
Cesa en vuelos y arrullos,  
Y oficiosa me entrega  
De mi Fili adorada  
La graciosa respuesta.

Que no injusto rezele  
Su inmutable firmeza,  
Y sencillo la adore  
Sin zozobras, ni quejas,

Cariñosa me escribe ;  
Y en fe de sus promesas  
De sus cadejos de oro  
Me remite unas hebras.

¡Oh! mi boca las bese  
Veces mil, débil muestra  
De la inmensa delicia  
Que mi pecho enajena ;

Y en él luego guardadas,  
En tan bárbara ausencia

Confortadle, y alivio  
Sed benigno en mis penas.

¡Riquísimos cabellos !  
Que ni el sol, ni la seda  
En lo rubio os esceden,  
En lo fino os semejan ;  
Del amor de mi Filis,  
Si alguna duda necia  
Mi espiritu aquejare,  
Me seréis firme prueba :

Seréis de mi albedrío  
Deliciosa cadena,  
Que por siempre lo estreche  
Con mi amable hechicera ;  
Mas y mas confundiendo  
Mi feliz existencia  
Con la suya, y haciendo  
De las dos una mesma.

Y tú, ven, palomita,  
Y á mi boca te allega,  
Que ya ciento, no un beso,  
Darte en premio desea.

## ODA XVI.

No estés, simple paloma,  
Con tu blancura ufana,  
Ni con tus ojos bellos,  
Si á Fili te comparas.

¿Con esa tez suave,  
Cual rosa no tocada,  
Del seno donde arrullas  
Tu albor acaso iguala?

¿Lo muelle de tu pluma  
Con su blandura grata  
Qué vale, ó tus olores  
A par de su fragancia?

Sus ojos, ¡ay! tal lumbre,  
Cuando en oriente raya,  
No arroja el sol, cual si ellos  
Sus párpados levantan.

Las bulliciosas niñas  
En su amable inconstancia  
A mí me vuelven loco ;  
Y al mismo Amor abrazan.

¿Y qué? ¿tienen los tuyos  
Tal lumbre ni tal gracia?  
¿Mayores son, mas vivos?  
¿Mas luengas sus pestañas?

¡Oh! de competir deja  
Con Fili, temeraria ;

No acaso sus halagos  
Acaben en venganzas.

## ODA XVII.

DESPUES que hubo gustado  
De Filis la paloma  
El regalado néctar  
De sus labios de rosa ;

La deja, y de un vuelto  
Al hombro se me posa ;  
Y de allí lo destila  
Con su pico en mi boca.

Yo apurélo inocente :  
Pero, ¡ ay ! ella traidora  
Me dió del Amor ciego  
Mezclada tal ponzoña,

Que el pecho se me abrasa  
En ansias y zozobras ,  
Despues que hubo gustado  
De Filis la paloma.

## ODA XVIII.

GRACIOSA palomita ,  
Ya licenciosa puedes  
Empezar con tus juegos ,  
Y picar libremente.

Ya te provoca Fili ;  
Ya en los brazos te mece ;  
Ya en su falda te pone ;  
Y el dedo te previene.

Pues pica lo primero  
Su seno reverente ,  
Bien como el ara donde  
Los cultos se le ofrecen.

Allí dispon tu nido ;  
¡ Venturosa mil veces !  
Que abrigo feliz hallas ,  
Do yo tantos desdenes.

Luego amorosa bate,  
Bate en él blandamente  
Las alas ; y á picarlo  
De nuevo por mí vuelve.

Despues el cuello airoso  
Con un hoyuelo viene ,  
Cual es tu comedero ,  
Para que en él te cebes.

Los delicados labios  
Guárdate no indecente  
Profanes al herirlos ,

Pensando son claveles.

Mas blando , palomita ,  
Que Fili ya lo siente :  
¡ Ah simplecilla ! ¿ qué haces ?  
Que su carmin ofendes.

Pica ya las mejillas  
Con golpes muy mas leves ,  
Su bello sonrosado  
No incauta les alteres.

Los ojos no los toques :  
¡ O cuitadilla ! tente ,  
Que dos ardientes fraguas  
En ellos Amor tiene.

¿ Qué anhelas , temeraria ?  
¿ Mis voces no te mueven ?  
¿ Tu daño no te asusta ?  
¿ Su ardor no te detiene ?

¡ O felice paloma !  
Pues Fili lo consiente ,  
Pica cuanto yo envidio ,  
Bulliciosa y alegre.

## ODA XIX.

PARECE, palomita ,  
Segun te miro atenta ,  
De mi labio á los trinos ,  
De mi lira á las cuerdas ,  
Que sus sonos envidias ,  
Y que fácil quisieras  
Trocar tu alegre arrullo  
Por mis blandas querellas.

¡ Oh , si el amor te oyese ,  
Y yo en cambio tuviera  
Tu garganta y tu pico ,  
De mi lira y mis letras !

¡ Si cual tú , de mi Filis  
Amable confidenta ,  
Inocente gozase  
Sus sencillas finezas !

¡ Qué feliz , cual te miro  
Dar bullendo mil vueltas  
Por su seno turjente ,  
Yo arrullando las diera !

¡ Y cual tú cariñosa  
Tu piquito á su lengua  
Juntar sabes , si gustas  
Beber su dulce néctar ;

Yo la mia rendido ,  
Sin temor de ofenderla ,  
Con la suya , y mis labios



Con sus labios uniera!  
 Susurrándole tierno:  
 No me mires severa,  
 Que tu cara avecilla,  
 No mi amor, te lo ruega.

Y de tantos halagos  
 Como pierdes con ella,  
 Uno solo en alivio  
 De mis ansias emplea:

Uno solo, que temple  
 De mi pecho la hoguera,  
 Que burlándome atizan  
 Tus falaces promesas.

Pero amor ve ilusiones;  
 Y tú, ó paloma bella,  
 Jamás trocarás simple  
 Por tus dichas mis penas.

## ODA XX.

AL baile de la aldea  
 Salió Filis un día,  
 Dejándose en la choza  
 Su bella palomita.

Ella entónces, ¡ó estraña  
 Ternura! ¡ó peregrina  
 Fineza! echando menos  
 Sus juegos y caricias,

Con amoroso arrullo  
 La llamaba aflijida;  
 Y de ver que no viene,  
 Mas y mas se lastima.

Ya escuchaba turbada;  
 Ya de nuevo jemía;  
 Ya en sus blandas querellas  
 Se quedaba embebida.

Para el valle volaba  
 Con inquieta fatiga;  
 Y desde allí á la choza  
 Sin consuelo volvía.

Dió por fin con su dueño;  
 Y de todos con risa  
 Bate el ala, y al hombro  
 Se le posa festiva,

Do con voces sñaves  
 Celebraba su dicha;  
 Hasta que de cansada  
 Se quedó adormecida.

## ODA XXI.

MIRA, Fili adorada,  
 Cuál tu linda paloma

VI.

Con su rico plumaje  
 Resplandece y se goza:

En sus ojos arteros  
 La llama abrasadora  
 Del Amor, y al deleite  
 Que en sus niñas retoza:

Cuál en su blando arrullo  
 Ya suspira amorosa;  
 Ya á su pichon, cesando,  
 Mas penada provóca:

La gracia y señorío  
 Con que marcha pomposa;  
 Y ufanándose barre  
 La tierra con la cola;

Cuál refleja su cuello,  
 Cuando Febo lo dora,  
 Mil cambiantes vistosos,  
 Que de nuevo lo adornan;

Los vuelitos fugaces  
 Con que ora parte, y ora  
 En tu falda ó tu seno  
 Arrullando se posa:

Cuán donosa se bulle,  
 Y ajitándose loca  
 En sus vueltas y jiros  
 Sin cesar huye y torna.

Hoy es jóven, y brilla  
 Con las gracias hermosas  
 De la niñez, que pasan  
 En un punto cual sombra.

Vendrá un día en que solo,  
 Muda, helada, llorosa,  
 De bien tanto le queden  
 Las punzantes memorias.

De tu paloma, ó Filis,  
 Leccion en tiempo toma,  
 Antes que al triste ocaso  
 Tu claro sol trasponga.

## ODA XXII.

PENSANDO en tu paloma,  
 Me dió el Amor un sueño:  
 Dormíme; atiende, Fili,  
 Lo que finjió el deseo.

En su pichon trocado,  
 Por mis ardientes ruegos,  
 En ella no sé cómo;  
 Tambien te mudó el cielo.

Yo al verte así, perdido  
 Con mil donosos juegos

11

Y sentidos arrullos  
Te rodeaba inquieto.  
Ya la cola tendia;  
Ya con un blando vuelo  
Me alejaba; y con otro  
Luego torné mas tierno.  
Tú me esquivabas cruda;  
Pero de amor el fuego  
Te hirió al fin, y sentiste  
El dulce afan que siento.

Oficiosos entónces,  
Para los albos huevos  
Fabricamos un nido  
Del mas mullido heno.

Los cobijaste blanda:  
Salieron los polluelos;  
Y al mirarnos, mi Fili,  
Renacido en ellos,

El alma se llagara  
De otro mas dulce afecto:  
Y en celestial ternura  
Trasportados sin seso,

De nuestros tiernos hijos  
Con solícito anhelo  
Ni un instante apartamos  
Nuestros unidos pechos.

A la par los cubrimos:  
A la par el sustento  
Les diéramos lanzado  
De nuestro mismo seno.

Por sus débiles vidas  
Leve un soplo de viento  
Nos turbara furiosos  
Volando á defenderlos.

Hasta que al fin del nido  
Mayorcillos huyeron;  
Y nosotros tornamos  
A labrar nido nuevo.

## ODA XXIII.

INQUIETA palomita,  
Que vuelas y revuelas  
Desde el hombro de Filis  
A su halda de azucenas;

Si yo la inmensa dicha  
Que tú gozas, tuviera,  
No de lugar mudara,  
Ni fuera tan inquieta.

Mas desde el halda al seno  
Solo un vuelito diera;

Y allí hallara descanso,  
Y allí mi nido hiciera.

## ODA XXIV.

¿SABES, ó palomita,  
Sabes, dí, lo que envidio?  
Ea pues, si lo aciertas,  
Tienes un beso mio.

¿Las ciencias? ¡ó inocente!  
Las ciencias son delirios  
De necios orgullosos,  
Mal hallados consigo:

Prometen grandes cosas,  
Y al cabo en tantos siglos  
A ningun triste dieran  
En su dolor alivio.

¿Y puestos? no los quiero:  
Que son un precipicio;  
Y aunque en cadena de oro,  
Siempre estaré cautivo.

El nombre no me importa:  
Por cierto que un sonido,  
Que á veces no se alcanza  
Despues de mil peligros,

Merece estos afanes.  
Inocente y tranquilo  
Viva yo; y mas que ignoren  
Mi nombre mis vecinos.

Dirás que las riquezas...  
¿Qué me presta su brillo,  
Si gozo yo sin ellas  
De cantares y vino?

El oro á quien lo tiene  
Da sustos infinitos:  
¿No valen mas sin ellos  
Pobreza y regocijo?

¿Pues qué será? de Fili  
Disfrutar los cariños,  
Y como tú, quedarme  
Ea su falda dormido.

## ODA XXV.

¿PARA qué, atrevidilla,  
Me has robado esa rosa,  
Y entre blandos arrullos  
En el pico la tomas?

¿Embebece tus ojos  
El carmin de sus hojas,  
O tu nariz regala

Su delicado aroma?

¿Qué tienes tú, avecilla,  
Con esa flor, la gloria  
Del alegre verano,  
Las delicias de Flora?

¿Esa flor que Amor quiere  
Que sus gracias la pongan  
O en el seno nevado,  
Donde él bulle y retoza;

O en un cabello de oro  
Y en galana corona,  
Que á par orne y releve  
De sus rizos la pompa?

Cesa pues en tu juego,  
Cesa, dulce paloma;  
Y el don dame que aguardo  
Para mi Fili hermosa.

¿Pero oyendo su nombre,  
Con amable zozobra  
Te conmueves y jimes,  
Y mas hueca te entonas!

¿Y en su busca tendiendo  
Las alas voladoras,  
Vas ufana á ofrecerle  
La rosa que me robas!

Ponla, ponla en su seno:  
Y subiendo á la boca  
Con tu lindo piquito  
De sus néctares goza.

Luego artera y festiva  
Sobre sus albas pomas  
Tus alitas batiendo  
Sus delicias provoca.

Si anhelante la vieres,  
Cariñosa me nombra;  
Quizá que en su embeleso  
Mi nombre mejor oiga.

Y mejor, disfrazados  
De tu arrullo á la sombra,  
Mis finezas le suenen,  
Mis suspiros acoja.

¿Cuál, palomita, envidio  
La fortuna que logras,  
Y seguirte en tus vuelos  
Mi pasion ansia loca!

¿Ay! el alma me llevas  
Con mi flor venturosa:  
Si en un beso te pagan,  
Presta á dármele torna.

## ODA XXVI.

Si yo trocar pudiera  
Con májicos hechizos  
Mi sér, ó trasformarme  
Segun el gusto mio;  
Yo me mudara, ó Filis,  
En tu paloma; y nido  
Hiciera donde mora  
Cautivo el albedrío.

El candor inocente  
De mi pecho sencillo  
En el tuyo ablandara  
Los desdenes altivos.

Entónces, ¿ó ventura  
Inefable! ¿ó destino  
De tu paloma! ¿ó suerte  
Que mil veces envidio!

Yo me viera en tu falda;  
Y al punto de un vuelito  
A posar en tu seno  
Me subiera atrevido.

En él, ¿ay! me durmiera;  
Las alas por cubrirlo  
Tendiendo, cual si fuesen  
Mis tiernos pichoncillos.

De allí las dos mejillas  
Que Amor de rosas hizo,  
Con el pico mil veces  
Las hiriera atrevido.

Luego en el hombro puesto,  
Con ardientes suspiros  
El perdon ó la muerte  
Te pidiera rendido:

Y al punto á los ojuelos  
Volando, con mil jiros  
Alegres divirtiera  
Mi ciego desvarío.

De tu purpúrea boca  
Tomara con el pico  
La ambrosía mas pura,  
De tus manos el trigo.

Tal vez tú me halagaras:  
O al seno en mis deliquios  
Me aplicaras, y oyeras  
Mi arrullo y mis quejidos.

¿Oh dicha imponderable!  
¿Oh yaloma! ¿ó cariño  
Mal gastado! ¿quién fuera  
Lo que necio imagino!

## Galatea,

Ó LA

## ELUSION DEL CANTO.

ODA I.

EL CANTO.

¡ CUANTO tu voz divina  
Me encanta ! ¡ en qué deliquio.  
Mi espíritu fallece  
Tan dulce con sus trinos !

Por ellos arrastrado,  
Sin poder resistirlo,  
Al piano, do despliegas  
Tu amable poderío ;

Mientras los albos dedos  
Vagando en presto jiro  
Se pierden á la vista  
Solicita en seguirlos ;

Cuando tú, Galatea,  
Repites los gemidos  
De Dido abandonada,  
Yo jimo á par contigo.

Cuando le das grandiosa,  
A la voz mayor brillo,  
De Jove en los banquetes  
Minerva te imagino.

Infeliz Ariadna  
Con penetrantes gritos  
Persigues á Teseo,  
Y al pérfido maldigo.

Si á Anjélica retratas,  
O el zeloso delirio  
De Orlando, me estremece  
Tu enojo vengativo.

Si en pos el embeleso  
De dos amantes finos,  
O de una ausencia triste

Los fébiles martirios  
Sensible representas ;  
De la ficcion me olvido,  
Y en su lugar me pongo,  
Y exhalo mil suspiros.

En la falaz Armida  
Al imperio divino  
De tu májico canto  
Cual Reinaldos te sigo.

Sollozas, y yo anhele ;  
Lloras, y en largos hilos  
Las lágrimas me corren ;  
Te alegras, y yo rio.

Misera desfalleces,  
Y en tu silencio mismo  
Desfallezco, tus ayes  
Resonando en mi oido.

Si donosa te burlas  
Con juguetes festivos,  
Celebrándote todos,  
Yo enmudezco á su hechizo.

Amenazas airada,  
Y cobarde me aflijo ;  
Aplácaste, y aliento ;  
Si te indignas, me irrito.

Siendo tal mi entusiasmo,  
Y el celestial prestijio,  
Que al verte y escucharte  
Me embarga los sentidos,

Que embriagado en su gloria  
Mi corazon sencillo,  
( Perdoná, Galatea, )  
Esclamo sin arbitrio :

¡ Por qué, ay, volver no puedo  
Con mi boca perdido

El placen á su boca,  
Que yo de ella recibo!

## ODA II.

## LA SUPLICA.

AMABLE Galatea,  
¿Qué gracia inesplicable  
Se siente en tus acentos,  
Me eleva al escucharte?  
¿De dó, hechicera, viene,  
Que en trinos tan suaves  
Siempre medrosa dudes,  
Desfallecida clames?  
¿Que busques en tus letras  
Las que mejor las artes  
Y las inmensas dichas  
Sepan de Amor pintarme?  
Ya ni repite el piano  
La música brillante,  
Que armónica igualara  
Los coros celestiales;  
Ni tú del estro llena  
Que veces mil probaste,  
Sublime te arrebatas  
De Jove igual al ave,  
Que en el inmenso espacio,  
Tendiendo sus reales  
Y voladoras alas,  
Se pierde de los aires.  
Hoy todo amor tu canto,  
Blanda, halagüeña, fácil,  
Los quiebros son suspiros,  
Las fugas tristes ayes.  
Te elevas con su nombre:  
Parece al pronunciarle  
Que en tu aquejado pecho  
Todas sus llamas arden:  
Que en tu embeleso grato  
De lo hondo dél te sale,  
Buscando donde logre  
Feliz depositarse.  
Si un corazon por templo  
Sencillo y fiel buscarse,  
Yo sé bien, Galatea,  
Donde él pudiera hallarle:  
Do el mas ferviente culto,  
Mas puro, mas constante,  
Por siempre alcanzaria,  
Que en sér humano cabe.

¡Mas tú me miras triste,  
Suspiras; y cobarde  
Ni música ni letra  
Seguir turbada sabes!

¿Qué? ¿si en su red dichosa  
Ya presa te debates,  
Podrá de ser sensible  
Tu honor avergonzarse?

¿Es por ventura un yerro  
Sus ansias inefables  
Feliz sentir en uno  
Con un rendido amante?

¿Y en gozos y en deseos,  
Y fe y ternura iguales,  
En solo un sér dos almas  
En su éstasi tornarse?

¡Ventura inconcebible,  
Y ante quien nada vale  
Cuanto soñarse puede  
De mas glorioso y grande!

No, dulce Galatea,  
Por mas que lo disfrazes,  
Ni es tu pecho de hielo,  
Ni estraña tú á mis males.

Cede, ¡ay! veraz; y blanda,  
Mi ruego un sí te alcance;  
Un sí, que el mas dichoso  
Me hará de los mortales.

## ODA III.

## LA DECLARACION.

¿SERA, mi bien, posible  
Que la delicia misma  
Que yo en oírte siento,  
Tú gozas con mi vista?

¿Qué la emocion sabrosa  
Que con tu voz divina  
Causas en mí, te alcanza  
Por dulce simpatía?

¿Que si á Ariadna finjes,  
O á la hechicera Armida,  
Tus apenados ayes  
A mí dirijes fina;

Y en tus alegres cantos  
Con tu favor me brindas,  
Y en tus brillantes trinos  
Mi timidez animas?

Acordes con tus labios  
Tus ojos me lo indican,

Si crédulo el deseo  
 No sueña tanta dicha.  
 No sueña, Galatea,  
 No sueña, que espresiva  
 Tu voz, y jesto, y tono,  
 Que soy feliz publican.  
 Con un suspiro ardiente  
 Tú propia me lo afirmas :  
 ¡ Suspiro venturoso !  
 Que mi alma vivifica.  
 ¡ Que soy feliz tu labio ,  
 Mirándome rendida ,  
 Repite, y tierna estrechas  
 Tu mano con la mía !  
 ¡ Y débil el alienato ,  
 De grana las mejillas ,  
 La frente ruborosa  
 Sobre mi pecho inclinas !  
 No puedo á gloria tanta  
 Basta : por siempre unidas ,  
 Mi bien, nuestras dos almas  
 Para adorarse vivan :  
 Y en los floridos lazos  
 Con que el Amor las liga ,  
 En voluntad concordés  
 Anhelen, gozen, ¡ jiman ;  
 Sin que jamás ni sombras,  
 Ni duelos nos dividan ,  
 De finos amadores  
 Emulacion y envidia.  
 Yo te idolatro ciego ;  
 Págame tú sencilla ;  
 Feliz nuestro embeleso  
 Se aumente cada día :  
 Y mas y mas amantes,  
 La copa de delicias  
 Sedientos apuremos ,  
 Que Venus fiel nos brinda.

## ODA IV.

## MI EMBELESO.

REPITE, Galatea,  
 Repite la cantata,  
 En que el feliz delirio  
 De tu pasión declaras ;  
 Y los trinos ardientes  
 Con que juras que me amas ,  
 O los débiles ayes  
 Que ocultándolo exhalas :

Aumentando tus ojos  
 Y halagüeñas miradas,  
 El sublime embeleso  
 De tu dulce garganta.

Que sus vivas centellas  
 Me penetren el alma ;  
 O en el cielo enclavados,  
 Con tu hechicera gracia  
 A una vírjen semeja,  
 Que á sus mansiones claras  
 Entre ahincados suspiros  
 Estática se lanza.

Que tu rostro se anime  
 Con la inefable gracia  
 Del pudor y el deseo,  
 Que alternados te inflaman ;

Y cediendo al impulso  
 Que á gozar te arrebatá,  
 Por pintarme mas vivos  
 Tu cariño y tus ansias ;

A mí un tanto te inclina,  
 Cual si ciega anhelas  
 Redoblar las delicias  
 En que ya me embriagas.

Nada en fin, Galatea,  
 Nada olvides, que valga  
 Para hacer de tu canto  
 Mas completa la majia.

En mí, que embebecido  
 Te contemplo, no hay nada  
 Que el imperio no sienta  
 De tu voz soberana.

En ti sola el oído,  
 Las pasiones en calma,  
 Libertad, y alma, y vida  
 De tu lengua colgadas ;

Mi sangre se enardece,  
 Trémulas mis palabras,  
 En una espesa nube  
 Los ojos se me apagan :

Y frenético el pecho,  
 Mientras mas lo regalas,  
 Con tus trinos suaves,  
 Mas y mas te idolatra.

## ODA V.

## MIS DESEOS.

¡ CUÁN dulce es, Galatea,  
 Nuestra ignorada suerte ;

Y Amor qué de embelesos  
 En ella nos ofrece!  
 ¡Cómo embriagada el alma  
 De un éstasi celeste,  
 Solo feliz respira  
 Delicias y placeres!  
 ¡Con qué emoción tan tierna  
 Mi labio una y mil veces  
 Te jura que te adora,  
 Fe eterna te promete!  
 Tú fina me respondes  
 Con votos mas ardientes;  
 Y ciega entre mis brazos  
 De amores desfalleces.  
 ¡Cuánto, adorada, cuánto  
 Tus trinos me conmueven,  
 Me inflaman tus suspiros,  
 Tus ojos me enloquecen!  
 Tus ojos, que en mi pecho  
 Tan alto imperio tienen,  
 Que en sola una mirada  
 Se alegran ó entristecen.  
 Deja pues, Galatea,  
 Que con aplauso suenen  
 Allá los que del mundo  
 Las glorias apetecen:  
 Nosotros en olvido  
 Del tiempo y de las jentes,  
 Tranquilos los favores  
 Gozemos de Cítères.  
 Y lejos ya las nubes  
 Que á nuestra dicha ofenden,  
 El iris de tus gracias  
 Lumbroso se despliegue.  
 En el ceñudo invierno  
 Los vientos inclementes  
 Bramando desatados  
 Los montes estremecen:  
 La blanda primavera  
 La ansiada paz nos vuelve,  
 Y en calma bonancible  
 Su estrépito adormece.  
 Los dias mas tranquilos  
 Son siempre mas alegres,  
 Venero inagotable  
 De gozos inocentes.  
 Faustos los nuestros rian  
 Cual ora amando siempre:  
 El canto y dulces hablas  
 Sus prestas horas llenen.  
 Y loco y turbulento

Que el vulgo se despeñe;  
 O la ambicion hinchada  
 De sueños se alimente.

## ODA VI.

EL CANTO SUPLIDO POR MIS VERSOS.

¡Oh, si feliz mi labio  
 Dulce seguir pudiera  
 Los suavísimos quiebros  
 De tu garganta bella!  
 ¡Si el dios de la armonía,  
 Como me da las letras,  
 Sus tonos me inspirase  
 Benévolo con ellas!  
 ¡Cuán suelto, cuán ufano,  
 Divina Galatea,  
 Mi acento acompañara  
 Tu armónica cadencia;  
 Y unidas nuestras voces  
 Cual nuestras almas tiernas,  
 Las auras sonarian  
 Nuestra ventura inmensa!  
 Si tú de amor jímieses  
 Con su abrasada flecha  
 Llagada, mis suspiros  
 Tus ayes repitieran.  
 Seguirte aunque de lejos  
 Oyérasme, halagüeña  
 Cantando tú las glorias  
 De la alma Cítarea.  
 O si en alegres trinos  
 Parlara tu vihuela,  
 Pintase las delicias  
 Que nuestro ser anegan,  
 Mi vivo y alto acento  
 Subiera á las estrellas,  
 Porque ellas lo envidiasen,  
 El gozo que en mí reina:  
 Diciéndoles que nada  
 Al éstasi semeja  
 De nuestra union dichosa,  
 ¡Que haga el Amor eterna!  
 Y acordes nuestros labios  
 Con las sonoras cuerdas,  
 Tú el eco de mis ansias,  
 Yo el de las tuyas fuera.  
 Ya que este anhelo es vano,  
 Deja, adorada, deja  
 Que el grato objeto llenen

Mis versos de la lengua ;  
 Y si en dolientes modos  
 Fina la tuya espresa ,  
 Que á mí el Amor te liga  
 Con su feliz cadena ,  
 Mi musa le responda ,  
 Loca , embriagada , llena  
 De cuanto mas ardiente  
 En su pasion se encuentra :  
 Que en este fausto nudo  
 Mi dicha está suprema ,  
 Mil veces mas subida  
 Que cuanto tu alma sienta.

## ODA VII.

EL GABINEFE.

¡ Qué ardor hierve en mis venas !  
 ¡ Qué embriaguez ! ¡ qué delicia !  
 ¡ Y en qué fragante aroma  
 Se inunda el alma mia !  
 Este es de amor un templo :  
 Do quier torno la vista ,  
 Mil gratas muestras hallo  
 Del númen que lo habita.  
 Aquí el luciente espejo  
 Y el tocador, do unidas  
 Con el placer las Gracias,  
 Se esmeran en servirla :  
 Y do esmaltada de oro  
 La porcelana rica  
 Del lujo preparados,  
 Perfumes mil le brinda ;  
 Coronando su adorno  
 Dos fieles tortolitas ,  
 Que entreabiertos los picos  
 Se besan y acarician.  
 Allí plumas y flores ,  
 El prendido y la cinta  
 Que del cabello y frente  
 Vistosa en torno jira ;  
 Y el velo que los rayos  
 Con que sus ojos brillan,  
 Doblándoles la gracia,  
 Emboza y debilita.  
 Del cuello allí las perlas,  
 Y allá el corsé se mira,  
 Y en él de su albo seno  
 La huella peregrina.  
 ¡ Besadla, amantes labios.....!

¡ Besadla...! mas tendida  
 La gasa que lo cubre ,  
 Mis ojos allí fija.  
 ¡ O gasa....! ¡ qué de veces.... !  
 El piano.... ven , querida ,  
 Ven , llega , corre , vuela ,  
 Y mi impaciencia alivia.  
 ¡ Oh ! ¡ cuánta en la tardanza  
 Padezco ! cuál palpita  
 Mi seno ! ¡ en qué zozobras  
 Mi espíritu vacila !  
 En todo , en todo te halla  
 Mi ardor.... tu voz divina  
 Oigo feliz.... mi boca  
 Tu suave aliento aspira.  
 Y el aura que te halaga  
 Con ala fujitiva  
 De tus encantos llena ,  
 Me abrasa y regocija.  
 ¡ Mas si serán sus pasos.... ?  
 Sí , sí ; la melodía  
 Ya de su labio oyendo ,  
 Todo mi sér se ajita.  
 Sigue en tus cantos , sigue :  
 Vuelve á sonar de Armida  
 Los amenazantes gritos ,  
 Las májicas caricias.  
 Trine armonioso el piano ;  
 Y á mi rogar benigna ,  
 Cual ella por su amante ,  
 Tú así por mí delira.  
 Clama , amenaza , jime ;  
 Y en quiebros y ansias rica ,  
 Haz que ardan nuestros pechos  
 En sus pasiones mismas.  
 Que tú cual ella anheles  
 Ciega de amor y de ira ;  
 Y yo rendido y dócil  
 Tu altiva planta siga.  
 ¡ Y tú sostenme , ó Venus !  
 Sostenme , que la vida  
 Entre éstasis tan gratos  
 Débil sin ti peligras.

## ODA VIII.

EL JILGUERO.

ENCANTADA mi Erato  
 De mirar cómo cedan  
 A sus dedos fugaces



Las teclas obedientes,  
 Preludiaba en el piano  
 Mil graciosos juguetes,  
 Sin que el labio canoro  
 Sus compases siguiese.

Pero el lindo jilguero  
 Que , entre doradas redes,  
 Su cuidado y delicia,  
 Plácido á un lado pende,

Herido de los sonos  
 Se sacude y conmueve,  
 Presta atento el oido ,  
 Y vivaz enloquece,  
 Súbito desatando  
 Su piquito , que alegre  
 Las tocatas y juegos  
 Muy mas dulces nos vuelve  
 Redoblando donoso  
 Con su voz elocente  
 Cuantos trinos y fugas  
 En la música advierte.

Galatea gozosa,  
 Para mas encenderle,  
 Entre risas y mimos  
 Nuevos tonos le ofrece;

Y el colorin ufano  
 Los escucha y aprende,  
 Y con glosas mas bellas  
 Nuestro oido embebece;

Sin cesar en los quiebros  
 Ni apurar sus motetes ,  
 Que varía triunfante,  
 Y á sí mismo se escede.

Hasta que por seguirle  
 Dió muy bien de repente  
 De su acento á las auras  
 La armonía celeste;

Que colmando mi pecho  
 Del mas puro deleite,  
 Impresion tan profunda  
 Causó en él y tan fuerte,

Que ya no fué posible  
 Ni que el pico despliegue,  
 Ni una sola piada  
 Provocado volviere.

Y abatido y cobarde,  
 Pero atónito atiende,  
 Si la letra repite,  
 Si otra nueva previene.

¿Y qué fué? que la envidia  
 Le tomó, aunque inocente,

VI.

De que en música y trinos  
 Su señora le vence;

O gritóle el respeto:  
 Temerario , ¿qué quieres?  
 Con la diosa del canto  
 Confundido enmudece.

## ODA IX.

## LA INCERTIDUMBRE.

¡ Oh ! ; cuán hermosa al piano  
 Te ostentas, Galatea!  
 ¡ Cómo á par que el oido  
 Tras tí los ojos llevas!

¡ Con qué inefable gracia  
 Al preludiar despliegas  
 Tus manos enarcadas  
 Sobre las albas teclas!

¡ Cómo los sueltos dedos  
 En el marfil se asientan ,  
 Y en concertado jiro  
 Van, vienen, saltan, ruedan!

Mientras con aire noble  
 Revuelves la cabeza,  
 Y al auditorio absorto  
 Sublime enseñoas;

En mil donosos rizos  
 La blonda cabellera,  
 Cual la alba y clara luna  
 Tu frente se despeja.

Los rutilantes ojos  
 Con timidez modesta  
 Parece que sus luces  
 Cobardes escasean:

Mas súbito animada  
 La celestial hoguera  
 De sus brillantes rayos,  
 No hay quien fijarlos pueda.

Tú afable sobre todos  
 De nuevo los rodeas,  
 Como agraciar queriendo  
 Los pechos que sujetas;

Y todos de tal dueño  
 El yugo dulce anhelan,  
 Y siervos venturosos  
 Adoran sus cadenas.

Una sonrisa grata  
 Sobre tu rostro juega,  
 Y que ya el estro sientes  
 En tu inquietud se muestra.

12

Abres en fin el labio :  
 ¡ Oh quién, mi bien, pudiera  
 Pintar cuál nos sojuzga  
 Su armónica cadencia !

¡ Cuánto ajitado el pecho  
 Con tu reir se alegra,  
 Con tus suspiros jime,  
 Con tu triuar se eleva !

Muy lejos y eclipsado  
 Con su impresion se queda  
 Cuanto el ingenio un día  
 Finjó de las sirenas.

Estático el oido,  
 De gloria el alma llena,  
 Y el corazon parado  
 Aun á alentar se niega.

Mientras, ¡ ó de tus voces  
 Irresistible fuerza !  
 Cual gustas nos inflamas,  
 Concitas ó serenas.

No hay cláusula que un dardo  
 Dulcísimo no sea,  
 Ni afecto, pausa ó fuga,  
 Que el seno no conmueva.

El tuyo turbulento  
 Retrata la tormenta  
 Que en lo interior te ajita,  
 Y el canto ardiente espresa

Un débil, ¡ ay ! lo abate,  
 Un trino lo releva,  
 Y otro y otros mas vivos  
 Su ondulacion aumentan :

La nieve de tu rostro,  
 La grana en que risueñas  
 Se tiñen tus mejillas,  
 Se inflaman y se alteran.

Tornátil la garganta  
 Reluce muy mas bella  
 Del lleno que á su lampo  
 La firme voz le presta.

Y toda tú pareces  
 A Clío allá en las mesas  
 De Jove en lira de oro  
 Cantando su grandeza.

Galatea adorada,  
 Reina en el piano, reina ;  
 Y con tu voz y gracias  
 Cautiva y embelesa.

Reina : que entre una y otras  
 El alma duda incierta  
 Cuál en tí es mas sublime,

Tu labio, ó tu belleza.  
 Te ve, y á la hermosura  
 La palma le presenta ;  
 Te escucha, y á tus trinos  
 Absorta se la entrega.

## ODA X.

## EL CONSEJO.

No tan rápido el labio  
 De tono y letras trueque ;  
 Ni así, hechicera amable,  
 Con mis afectos juegues.

Mírote yo en un punto  
 Ya bulliciosa, alegre,  
 De la inconstancia el vuelo  
 Pintarme en tus motetes :

Ya en derretido labio  
 Sensible embebecerme  
 Con las delicias puras  
 De dos amantes fieles ;

Ya con ardiente grito  
 Colérica, demente,  
 Colmar de imprecaciones  
 A algun Teseo aleve ;

O ya en helado acento  
 Hacer que el eco suene  
 De la tibieza misma  
 Los áridos placeres.

El alma y el oido  
 Seguir apenas pueden  
 La lijereza suma,  
 Que en tus mudanzas tienes :

Mudanzas que te pintan  
 Muy mas inquieta y leve  
 Que las turbadas olas,  
 Que en medio el Ponto hierven :

Mas que el voluble soplo  
 Con que fugaz se pierde  
 En su carrera el viento  
 Por las floridas mieses :

Mas que del sol la llama,  
 Cuando en las aguas hiere,  
 Y en rápidas centellas  
 De aquí y de allá se vuelve.

No, Galatea amable :  
 Si en nuestros pechos quieres  
 Que las pasiones ardan,  
 Que con tu voz enciendes ;

Un tono y una letra

Concordes dulcemente  
Con tu interior, retraten  
Cuanto en el alma sientes.

Deja esos vanos juegos,  
En que por mal se aprende  
A no sentir, á fuerza  
De andar mudando siempre.

Y el corazon que ahora,  
Sobresaltado al verte  
Tanto en el canto vaga,  
Lo mismo en tu amor teme ;

Podrá en quietud gloriosa  
Beber todo el deleite  
Del armonioso piano,  
De tu trinar celeste.

Mira el brillante insecto  
Que en su inquietud perenne,  
Tocando flores tantas,  
Ninguna gozar puede ;

Y con su ejemplo cuerda,  
Si ser feliz pretendes,  
De la inconstancia loca  
Jamás ventura esperes.

## ODA XI.

## MIS REZELOS.

¿Qué sombras oscurecen  
Tu plácido semblante?  
¿Por qué elevada y triste  
No aciertas á mirarme?

Mi lira y mis canciones,  
Mis juegos y donaires,  
Que un día al cielo alzabas,  
Ya tibia te desplacen.

Te busco, y tú me evitas;  
Penado voy á hablarte,  
Y airada no me escuchas,  
O en quejas te deshaces.

Pretendo verte á solas,  
Y siempre llego tarde;  
De alguno acompañada,  
Que dobla mis pesares.

Bien mio, ¡ qué de veces  
Dolida me culpaste  
De que un momento solo  
Al plazo yo faltase !

Este fugaz momento  
Que á un tibio nada vale,  
Decías, ¡ qué de dichas

Dar puede á dos amantes !

Anhelo que me alegren  
Tus trinos celestiales ;  
Y esquivo lo desdeñas,  
O jimes tristes ayes.

¿Qué es esto, Galatea ?

¿Por qué despegos tales,  
Y huir de quien te adora,  
Y á mi rogar negarte ?

¿Tuvo jamás mi pecho  
Secreto que ocultase  
De ti, mi bien ? el tuyo  
Solo esconderlos sabe.

Todo á los dos nos rie:  
A nuestro tierno enlace  
Aplaude Amor: sus auras  
Nos soplan favorables.

Un velo misterioso  
De la calumnja infame  
Nos guarda; y mas subidas  
Nuestras delicias hace.

¡ Y aun dudas y rezelas !  
¡ Y en tu callar constante,  
Inanimada estatua

Te gozas en mis males !

Tú que lo hallabas todo  
En tu pasion tan fácil ;  
Y algun tiempo solias  
Por tímido burlarme ;

¿ De dónde estos cuidados,  
De dónde, amada, nacen ?  
¿ Por qué de tan resuelta  
Te has vuelto tan cobarde ?

O ciertas son mis dudas,  
Que tiemblo, y tú combates,  
¡ Cruel ! ó en aflijirme  
Tan solo te complaces.

## ODA XII.

## LA GUIRNALDA.

MIENTRAS tú regalabas,  
Galatea, mi oido  
En tu armónico piano  
Con tus célicos trinos,  
Yo las flores mas lindas  
Robé á este canastillo,  
Que el Amor á mi mano  
Presentara benigno:  
Y casando con arte

Sus colores mas finos,  
Vé la hermosa guirnalda  
Que feliz he tejido.

Mira el jazmin cuál hace  
Los matices mas vivos  
Del alélí, y la rosa  
Cómo luce entre lirios.

Sale el verde en los tallos,  
Relevando sombrío  
Ya la anémona bella,  
Ya el clavel purpurino.

Y entrelazada y rica  
De un amoroso mirto,  
De Citéres y Flora  
Une á par los dominios.

Mas si al gusto no alcanza,  
Ni al primor esquisito  
Que atesoran tus manos,  
Y en tus obras admiro;

A lo menos es muestra  
Del mas tierno cariño  
Que abrigó amante pecho;  
Y por tal te la rindo.

Deja pues que realze  
Su galano atavío  
De tu frente la nieve,  
De tus trenzas el brillo;

Deja, deja que el labio,  
Cuando de ella las ciño,  
Y al compás de tu acento  
Te repita sencillo:

« A la diosa del canto,  
Cuyo canoro hechizo  
Si allá dulce sonara  
Conmoviera el Olimpo,

« En señal reverente  
Del éstasi divino  
En que oyéndola caigo,  
Humilde la dedico.»

## ODA XIII.

## MIS SOSPECHAS.

Si, cruda Galatea,  
Tu corazon inquieto  
Abriga en daño mio  
Algún infiel deseo.

En vano me lo escondes:  
Tus trémulos acentos,  
Tu confusion, tus pasos,

Todo lo está diciendo.

No mis sospechas nacera  
De cavilosos zelos;  
Ni necio en mis visiones,  
Cual dices, devaneo.

La música fué siempre  
Del alma un fiel espejo,  
Do involuntarios brillan  
Sus íntimos afectos.

La tuya que otras veces,  
Cual tu inocente seno,  
Mas plácida sonaba  
Que un liquido arroyuelo.

Va en el florido prado  
Con susurrante juego,  
Del oído y los ojos  
Delicia y embeleso:

Hoy misteriosa y vaga,  
Con sus falaces quiebros  
Me enseña que tus pasos  
Son, desleal, lo mesmo.

Que no es la ciega suerte  
Quien hace que sus ecos  
Reclamo sean seguro  
De ese rival que temo:

De ese rival odioso,  
Que donde quier molesto  
Siguiéndonos, parece  
Ser sombra de tu cuerpo.

¡ Cruel...! ¡ si artificiosa  
Citándole...! yo veo  
Las negras tempestades  
Amenazar de lejos.

De mis ilusos ojos  
Se ha descornado el velo:  
Y en mil y mil cuidados  
Se abisma el pensamiento.

¡ Oh, quiera, Galatea,  
Quiera benigno el cielo  
Que de mi fiel cariño  
Puedan llamarse sueños;

Y tú riente y blanda  
El iris seas sereno,  
Que en tan revueltas olas  
Me dé la paz que anhelo!

## ODA XIV.

## LA MUSICA AFECTADA.

No culpes, Galatea,

Si el pecho no responde  
 Cual antes al imperio  
 De tus canoras voces ;  
 Si deslumbrado de ellas  
 Y atónito las oye,  
 Sin que suspire tierno ,  
 Ni de placer zozobre :  
 Que al verlo así enredado ,  
 Tu labio desconoce  
 Entre ese laberinto ,  
 Que la verdad me esconde.  
 Ya en vez de aquellos dulces  
 Cuanto sencillos sonos ,  
 Que fáciles pintaban  
 Tus gozos y temores ;  
 De aquellos blandos ayes ,  
 Suavísimos arpones  
 Que traspasar pudieran  
 Un corazon de bronce ;  
 Difícil y estudiada  
 Lucirme te propones ,  
 Profusa en tus gorjeos ,  
 Del arte los primores.  
 El los admire ; y deja  
 Que yo incómodo note  
 Que así para perderte  
 La vanidad te adorne ;  
 Cual cortesana altiva ,  
 Que por brillar escoje  
 Las galas que la afean ,  
 En vez las lindas flores ,  
 Que agracian las zagalas ,  
 Y en su sencillo porte  
 En las almas despiertan  
 Tan plácidos amores.  
 Clara, fácil y pura  
 La voz de las pasiones ,  
 Ora vehementes truenen ,  
 Ora apenadas lloren ;  
 Solo un sollozo, un grito ,  
 Un débil, ¡ ay ! nos rompe  
 De ellas lanzado el pecho ,  
 Y en ansias mil lo pone :  
 Cual el pio doliente  
 Que en la lóbrega noche  
 Solitaria despide  
 Filomena en el bosque.  
 Hasta el silencio mismo  
 A que el dolor se acoje ,  
 Cuando el cruel despecho  
 Sin compasion la roe ;

Muy mas al alma dice,  
 Que ese tropel informe  
 Que en tu voluble labio  
 Cual un torrente corre :  
 Ese tropel de quiebros  
 Que mi atencion absorve  
 Para ofuscarla, estéril  
 En dulces emociones.  
 Si pues cual veces tantas  
 Buscas que el seno acorde  
 Con tus acentos ria ,  
 Suspire, anhele, goze ;  
 Vuélveles, Galatea ,  
 A mi súplica dócil ,  
 La sencillez amable,  
 Que me hechizaba entónces.

## ODA XV.

## LA RECONVENCION.

¡ Qué mal tus juramentos  
 Y el entusiasmo ardiente ,  
 Con que un amor constante  
 Falaz probarme quieres ;  
 Con tus volubles pasos ,  
 Con el fatal billete ,  
 Con todo cuanto miro ,  
 Galatea, conviene !  
 En vano, en vano intentas  
 Las nubes deshacerme ,  
 Que tu decoro manchan ,  
 Mis glorias oscarecen.  
 Las que tú sombras llamas ,  
 Son muestras evidentes  
 De mi abandono injusto ,  
 De tu inconstancia aleve.  
 De mi rival dichoso  
 Yo ví la altiva frente  
 Ornar de Amor el mirto ,  
 Las rosas de Citéres :  
 Te ví por inflamarle  
 Solicita prenderte ,  
 Y al valle como loca  
 Salir por solo verle.  
 Ciervilla apasionada  
 Que en su furor vehemente  
 Corre el monte, y bramando  
 Los aires ensordece :  
 Y víte al encontrarle  
 Perdida embecerte ,

Intérpretes los ojos  
 De tu pasión demente;  
 Con sus miradas tiernas  
 Las tuyas entenderse:  
 Con él gastar mil sales,  
 Conmigo mil desdenes.  
 En los canoros trinos  
 Que al hielo mismo encienden,  
 Te oí por él las ansias,  
 Que yo escuché otras veces.  
 Y en tu nevado seno,  
 ¡Oh nunca yo lo viese!  
 De su delirio insano  
 Las señas aun recientes.  
 ¡Y eres, ay, fementida,  
 La que jurarme sueles  
 Que triunfará tu llama  
 Del tiempo y de la muerte!  
 ¡La que por mí en tus cantos  
 Dudas, rezelas, temas,  
 O en flébiles sollozos  
 Penada desfalleces!  
 Injusta Galatea,  
 No mas, no mas intentes  
 Con lágrimas y excusas  
 Falaz entretenerme.  
 No mas, no mas perjura,  
 Me tiendas ya tus redes:  
 Los rayos de tus ojos  
 Por falsos no me hieren.  
 Cesó el encanto, Armida;  
 En vano por prenderme  
 Artera en tu regazo  
 Delicias mil me ofreces.  
 Tus labios y tus ojos  
 Fascinan dulcemente:  
 Cuanto los dos afirman,  
 Tu pecho lo desmiente.  
 Conozco tu inconstancia;  
 Conozco que no puedes  
 Guardar ni un solo día  
 Lo que falaz prometes.  
 No pues tu voz profane  
 Amores que no tienes;  
 Ni á quien te amó tan fino,

Mas, bárbara, atormentes:  
 Que el plazo no está lejos,  
 Si el cielo no pretende  
 Cual tú burlarme injusto,  
 En que el Amor me venga:  
 En que tu impuro incienso  
 Su indignación desdeñe:  
 De su feliz morada  
 Te arroje para siempre:  
 Y tú en desprecio llores,  
 Del mismo que hoy prefieres,  
 Lo nada que en él ganas,  
 Lo mucho que en mí pierdes.

## ODA XVI.

## EL ROMPIMIENTO.

¿ Ves fósforo radiante  
 Que en el cielo tranquilo  
 Se enciende, corre y muere  
 En un momento mismo?  
 Tales, ó Galatea,  
 Por tu inconstancia han sido  
 Mis aparentes dichas,  
 Nuestro fugaz cariño.  
 Inopinado al soplo  
 Prendióse de un suspiro,  
 Que á tus dolientes ayes  
 Exhaló el pecho mío.  
 Corrió vivaz la llama  
 Por todos los delirios,  
 Que en su embeleso sueña  
 Amor correspondido.  
 Faltó por tus mudanzas  
 El pábulo á su brillo;  
 Y súbito entre sombras  
 Hundióse en el olvido.  
 Con él de tu garganta  
 Cesó el fatal prestigio;  
 Y amor que encendió el viento,  
 Cual viento se deshizo.  
 Quédate, pues, voltaria:  
 Tus meliosos trinos  
 A otro prendan que lllore,  
 Mientras que yo libre rio.

## LETRILLAS.

## LETRILLA I.

## EL AMANTE TÍMIDO.

« Si quiero atreverme,  
« No sé qué decir.

En la pena aguda  
Que me hace sufrir  
El Amor tirano  
Desde que te ví;

Mil veces su alivio  
Te voy á pedir,  
Y luego, aldeana,  
Que llevo ante tí,  
« Si quiero atreverme,  
« No sé qué decir.

Las voces me faltan,  
Y mi frenesí  
Con míseros ayes  
Las cuida suplir;

Pero el dios que aleve  
Se burla de mí,  
Cuanto ansio mas tierno  
Mis labios abrir,

« Si quiero atreverme,  
« No sé qué decir.

Sus fuegos entónces  
Empieza á sentir  
Tan vivos el alma,  
Que pienso morir.

Mis lágrimas corren,  
Mi agudo jemir  
Tu pecho sensible  
Connueve; y al fin

« Si quiero atreverme,  
« No sé qué decir.

No lo sé, temblando,  
Si por descubrir

Con loca esperanza  
Mi amor infeliz,

Tu lado por siempre  
Tendré ya que huir:  
Sellándome el miedo  
La boca; y así

« Si quiero atreverme

« No sé qué decir.

¡ Ay! ¡ si tú, adorada,  
Pudieras oir  
Mis hondos suspiros!  
Yo fuera feliz.

Yo, Filis, lo fuera,  
Mas ¡ triste de mí!  
Que tímido al verte  
Burlarme y reir,

« Si quiero atreverme,

« No sé qué decir.

## LETRILLA II.

## A UNOS LINDOS OJOS.

« Tus lindos ojuelos  
« Me matan de amor.

Ora vagos jiren,  
O párense atentos,  
O miren esentos,  
O lánguidos miren,  
O injustos se aïren  
Culpando mi ardor;

« Tus lindos ojuelos  
« Me matan de amor.

Si al fanal del dia  
Emulando ardientes,  
Alientan clementes  
La esperanza mia;  
Y en su halago fia

Mi crédulo error,  
 « Tus lindos ojuelos  
 « Me matan de amor.  
 Si evitan arteros  
 Encontrar los míos,  
 Sus falsos desvíos  
 Me son lisonjeros.  
 Negándome fieros  
 Su dulce favor,  
 « Tus lindos ojuelos  
 « Me matan de amor.  
 Los cierras burlando,  
 Y ya no hay amores,  
 Sus flechas y ardores  
 Tu juego apagando:  
 Yo entónces temblando  
 Clamo en tanto horror,  
 « ¡ Tus lindos ojuelos  
 « Me matan de amor!  
 Los abres riente,  
 Y el Amor renace,  
 Y en gozar se place  
 De su nuevo oriente;  
 Cantando demente  
 Yo al ver su fulgor,  
 « Tus lindos ojuelos  
 « Me matan de amor.  
 Tórnalos, te ruego,  
 Niña, hácia otro lado,  
 Que casi he cegado  
 De mirar su fuego.  
 ¡ Ayl tórnalos luego,  
 No con mas rigor  
 « Tus lindos ojuelos  
 « Me maten de amor.

## LETRILLA III.

## LA GUIRNALDA.

« Mi linda guirnalda  
 « De rosa y clavel.  
 De las tiernas flores  
 Que da mi verjel,  
 Cuantas ví mas lindas  
 Con afan busqué;  
 Y aun entre ellas quise  
 De nuevo escojer,  
 Las que entrelazadas  
 Formasen mas bien  
 « Mi linda guirnalda

« De rosa y clavel.  
 Los ricos matices  
 Que vario el pincel  
 En ellas de Flora  
 Sabe disponer,  
 Del gusto guiado  
 Tan feliz casé,  
 Que es gozo y envidia  
 De cuantos la ven,  
 « Mi linda guirnalda  
 « De rosa y clavel.  
 Sentí al acabarla  
 Tan dulce placer,  
 Que al Niño vendado  
 La quise ofrecer.  
 No, luego me dije,  
 Que es falso y cruel;  
 Y de la inocencia  
 Premio debe ser  
 « Mi linda guirnalda  
 « De rosa y clavel.  
 Allá en sus pensiles  
 Él puede cojer  
 Guirnaldas, que ciñan  
 Su pérfida sien;  
 Mientras mi respeto  
 Consagra á los piés  
 Del decoro amable,  
 Del recato fiel,  
 « Mi linda guirnalda  
 « De rosa y clavel.  
 No la esquivé, niña,  
 Tu áspero desden;  
 O hajes los ojos  
 Con mas timidez:  
 Ni en tanta vergüenza  
 Te mire yo arder,  
 Que venza tu rostro  
 Por su rosicler  
 « Mi linda guirnalda  
 « De rosa y clavel.  
 Sobre tu cabello  
 Déjala poner,  
 Que en don tan humilde  
 Nada hay que temer.  
 Verás cuál se luce  
 Con su blonda red,  
 Y de tu alba frente  
 Con la hermosa tez,  
 « Mi linda guirnalda  
 « De rosa y clavel.



Las flores son galas  
De la sencillez:  
Tu heldad sencilla  
Digna de ellas es:  
Dignas tus virtudes  
De mas alto bien.  
Admite pues, niña,  
Admite cortés

« Mi linda guirnalda

« De rosa y clavel.

¡ Y ojalá te mire

Tanto florecer,

Que eternos loores

Los siglos te den!

¡ Ojalá á tu mando

Las dichas estén!

Cual ora por feudo

De tus gracias ves

» Mi linda guirnalda

» De rosa y clavel.

#### LETRILLA IV.

LA LIBERTAD A LICE.

*Traduccion del Metastasio.*

MERCED á tus traiciones,  
Al fin respiro, Lice,  
Al fin de un infelice  
El cielo hubo piedad:  
Ya rotas las prisiones  
Libre está el alma mia;  
No sueño, no, este dia  
Mi dulce libertad.  
Cesó la antigua llama,  
Y tranquilo y exento  
Ni aun un despique siento  
Do se disfraze amor.  
No el rostro se me inflama,  
Si oigo tal vez nombrarte;  
El pecho no al mirarte  
Palpita de temor.  
Duermo en paz, y no creo  
Tu imájen ver presente;  
Ni al despertar la mente  
Se empieza en ti á gozar.  
Lejos de ti me veo,  
Y quieto estoy de grado,  
Que nada en mí ha quedado,  
Ni gusto ni pesar.

VI.

Si hablo en tus perfecciones,  
No enternecerme siento;  
Si mis delirios cuento,  
Ni aun indignarme sé.

Delante te me pones,

Y ya no estoy turbado:

En paz con mi engañado

Rival de ti hablaré.

Mírame en rostro fiero,

Háblame en faz humana:

Tu altanería es vana,

Y es vano tu favor:

Que en mí el mandar primero

Perdió tu hablar divino;

Tus ojos no el camino

Saben del corazon.

Lo que me place ó enfada,

Si estoy alegre ó triste,

No en ser tu don consiste,

Ni culpa tuya es:

Que ya sin ti me agrada

El prado y selva hojosa;

Toda estancia enojosa

Me cansa aunque allí estés.

Mira si soy sincero:

Aun me pareces bella;

Pero no, Lice, aquella

Que parangon no ha.

Y (no por verdadero

Te ofenda) algun defecto

Noto en tu lindo aspecto,

Que tuve por beldad.

Al romper las cadenas,

(Dígolo sonrojado)

Mi corazon llagado

Romper se vió, y morir:

Mas por salir de penas

Y de opresion librarse,

En fin por rescatarse,

¡ Qué no es dado sufrir!

El colorin trabado

Tal vez en blanda liga,

La pluma en su fatiga

Deja por escapar;

Mas presto matizado

Se ve de pluma nueva;

Ni cauto con tal prueba

Le tornan á engañar.

Sé que aun no crees estinto

Aquel mi ardor primero,

Porque callar no quiero,

Y dél hablando esté:  
 Solo el natal instinto  
 Me aguja á hacerlo, Lice,  
 Con que cualquiera dice  
 Los riesgos que sufrió.  
 Pasadas iras cuento  
 Tras tanto ensayo fiero:  
 De la herida el guerrero  
 Muestra así la señal.  
 Así muestra contento  
 Cautivo, que de penas  
 Escapó, las cadenas  
 Que arrastró por su mal.  
 Hablo, mas solo hablando  
 Satisfacerme curo:  
 Hablo, mas no procuro  
 Que crédito me des.  
 Hablo, mas no demando  
 Si apruebas mis razones:  
 Si á hablar de mí te pones,  
 Que tan tranquila estés.  
 Yo pierdo una inconstante;  
 Tú un corazon sincero:  
 Yo no sé cual primero  
 Se deba consolar.  
 Sé que un tan fiel amante  
 No le hallarás, traidora:  
 Mas otra engañadora  
 Bien fácil es de hallar.

## LETRILLA V.

REGALANDO UNOS DULCES A UNA SEÑORITA DE POCOS AÑOS.

A la mas dulce  
 De cuantas niñas  
 Del feliz Turia  
 La márjen pisan:  
 A la preciosa  
 Y amable Silvia  
 Un dulce mimo  
 Mi afecto envía.  
 A la que artera,  
 Vivaz, festiva,  
 Puede á las Gracias  
 Causar envidia;  
 Cuya persona  
 Toda es delicias,  
 Toda en su trato  
 Sales y almíbar.

La que azucena,  
 Pura, sencilla,  
 Sin jemir hace  
 Que tantos jiman;  
 Y en su inocencia  
 Donosa y linda  
 Arrastra esclavos  
 Cuantos la miran.  
 Cuyos ojuelos  
 La bondad misma  
 Son, y la boca  
 Fuente de risas.  
 Mientra en su seno  
 Reinan unidas  
 La atencion grata,  
 La amistad fina:  
 Seno, á quien nada  
 Bajo mancilla,  
 De almos afectos  
 Felice mina.  
 ¡Oh! en paz gloriosa  
 Por siempre vivas,  
 Sin que te anublen  
 Duelos ni cuitas:  
 Todo te halague,  
 Todo te ria;  
 La suerte en todo  
 Ciega te sirva.  
 Ni en tus hervores  
 Nunca despidas  
 Otros suspiros  
 Que de alegría.  
 Nunca; y el cielo  
 Cual con benigna  
 Lumbre á la tierra  
 Plácido mira,  
 Así riente,  
 La edad florida  
 Regale, adule,  
 Colme de dichas  
 A la mas dulce  
 De cuantas niñas  
 Del feliz Turia  
 La márjen pisan.

## LETRILLA VI.

LA FLOR DEL ZURGUEN (\*).

PARAD, airecillos,

(\* Así llamaba el autor á una niña muy bella, del nombre de un valle cercano á Salamanca.

Y el ala encojed ,  
Que en plácido sueño  
Reposa mi bien.

Parad , y de rosas  
Tejedme un dosel ,  
Do del sol se guarde  
« La flor del Zurguen.

Parad , airecillos ,  
Parad , y veréis  
A aquella que ciego  
De amor os canté :

A aquella que aflije  
Mi pecho cruel ,  
La gloria del Tórmes ,  
« La flor del Zurguen.

Sus ojos luceros ,  
Su boca un clavel ,  
Rosa las mejillas ;  
Y atónitos ved

Do artero Amor sabe  
Mil almas prender ,  
Si al viento las tiende  
« La flor del Zurguen.

Volad á los valles ;  
Veloces traed  
La esencia mas pura  
Que sus flores den.

Veréis , cefirillos ,  
Con cuánto placer  
Respira su aroma  
« La flor del Zurguen.

Soplad ese velo ,  
Sopladlo , y veré  
Cuál late , y se ajita  
Su seno con él :

El seno turjente ,  
Do tanta esquivez  
Abriga en mi daño  
« La flor del Zurguen.

¡ Ay cándido seno !  
¡ Quién sola una vez  
Dolido te hallase  
De su padecer !

Mas ¡ oh ! ¡ cuán en vano  
Mi súplica es !  
Que es cruda cual bella  
« La flor del Zurguen.

La ruego , y mis ansias  
Altiva no cree :  
Suspiro , y desdeña  
Mi voz atender.

¡ Decidme , airecillos ,  
Decidme qué haré ,  
Para que me escuche  
« La flor del Zurguen ?

Vosotros felices  
Con vuelo cortés  
Llegad , y besadme  
Por mí el albo pié.

Llegad , y al oído  
Decidle mi fe ;  
Quizá os oiga afable  
« La flor del Zurguen.

Con blando susurro  
Llegad sin temer ,  
Pues leda reposa ,  
Su altivo desden.

Llegad y piadosos ,  
De un triste os doled ;  
Así os dé su seno  
« La flor del Zurguen.

## LETRILLA VII.

FÍLIS CANTANDO.

« VENID , avecillas ,

« Venid á tomar

« De mi zagaleja

« Leccion de cantar ,

Venid : de sus labios ,

Do la suavidad

Suspira entre rosas ,

Y miel , y azahar ,

La alegre alborada

Canoras llevad ,

Para cuando el dia

Comienze á rayar.

« Venid , avecillas ,

« Venid á tomar

« De mi zagaleja

« Leccion de cantar.

Con vuestros piquitos

Dulces remedad

Sus juegos alegres ,

Su tono y compás ;

Las fugas y vueltas ,

Con que enajenar

De amor logra á cuantos

Oyéndola están.

« Venid , avecillas ,

« Venid á tomar

« De mi zagaleja  
 « Leccion de cantar.  
 Seguid su elevado  
 Y ardiente trinar,  
 O el desfallecido  
 Blando suspirar,  
 Que el alma penetra  
 De dulzura tal,  
 Que en pos de sus ayes  
 Se quiere exhalar.  
 » Venid, avecillas,  
 » Venid á tomar  
 » De mi zagaleja  
 » Leccion de cantar.  
 Yo que lo he sentido,  
 No alcanzo á explicar  
 Cuál mueve y encanta  
 Su voz celestial.  
 Venidlo, vosotras,  
 Venidlo á probar,  
 Por mas que su gracia  
 Tengáis que envidiar.  
 » Venid, avecillas,  
 » Venid á tomar  
 » De mi zagaleja  
 » Leccion de cantar.  
 Venid, parlerillas;  
 No dejéis pasar  
 La ocasion dichosa,  
 Pues cantando está.  
 Venid, revolando,  
 Que no ha de cesar  
 Su voz regalada  
 Con vuestro llegar.  
 » Venid, avecillas,  
 » Venid á tomar  
 » De mi zagaleja  
 » Leccion de cantar.

## LETRILLA VIII.

LA ROSA.

» DEJA que en tu seno  
 » La ponga feliz.  
 La rosa primera  
 Que de mi jardín,  
 Llorándolo Flora,  
 Hoy, Fílis, cojí,  
 Y Amor á mi ruego  
 Crió para ti;

« Deja que en tu seno  
 « La ponga feliz.  
 Ella el suyo hermoso  
 Acaba de abrir  
 Del céfiro blando  
 Al soplo sutil;  
 Y en otro de nieve  
 Anhela morir:  
 « Deja que en tu seno  
 « La ponga feliz.  
 Su aroma fragante  
 Puede competir  
 Con cuantos de Guido  
 Exhala el pensil:  
 Su púrpura escede  
 Al vivo carmin:  
 « Deja que en tu seno  
 « La ponga feliz.  
 La altiva azucena,  
 El albo jazmin,  
 El clavel pomposo  
 Y el fresco alelí  
 Parias á mi rosa  
 Le deben rendir:  
 « Deja que en tu seno  
 « La ponga feliz.  
 Si Vénus la viera,  
 Como yo la ví  
 Entre cien pimpollos  
 Flotante lucir,  
 Quisíerala al punto  
 Solo para sí:  
 « Deja que en tu seno  
 « La ponga feliz.  
 Quisieran las Gracias  
 En donosa lid  
 El prez de gozarla  
 Con Vénus partir;  
 Y adornar con ella  
 Su pecho gentil:  
 « Deja que en tu seno  
 « La ponga feliz.  
 Déjalo; y permíte  
 Que á mi rosa unir  
 Mil dulces suspiros  
 Pueda y ansias mil;  
 Quizá así mas grata  
 Los gustes de oír.  
 « Deja que en tu seno  
 « La ponga feliz.  
 Vê, flor venturosa,

Y á mi amada dí,  
 Cuán penado envidio  
 Tu glorioso fin :  
 Por él yo trocara  
 Mi triste vivir.

« Deja que en tu seno

« La ponga feliz.

Haz lenguas tus hojas  
 Y clamen por mí,  
 Clamen hasta verla  
 Arder y jemar,  
 Robando á su boca  
 Dulcísimo un sí.

« Deja que en tu seno

« La ponga feliz.

Si alcanzases, rosa,  
 Como yo á sentir,  
 ¡ Oh ! ¡ cuál te mecieras  
 De aquí para allí,  
 Sus globos de nieve  
 Ansiando cubrir !

« Deja que en tu seno

« La ponga feliz.

Si yo en ti pudiese  
 Mi ser convertir,  
 Sobre ellos más labios  
 Lograra imprimir.  
 ¡ Ay Filis ! que solo  
 Me es dado decir :

« Deja que en tu seno

« La ponga feliz.

## LETRILLA IX.

## EL DESPECHO.

SAL, ¡ ay ! del pecho mio,  
 Sal luego, Amor tirano,  
 Y apaga el fuego insano,  
 Que abrasa el corazon.  
 Bastante el albedrío  
 Lloró sus crudas penas,  
 Esclavo en las cadenas,  
 Que hoy rompe la razon.  
 No mas á una inhumana  
 Seguir perdido y ciego ;  
 Ni con humilde ruego  
 Quererla convencer.  
 Con su beldad ufana  
 Allá se goze altiva :  
 Que á mi no me cautiva

Quien me hace padecer.  
 Dos años la he servido ;  
 ¿ Y en ello qué he ganado ?  
 Llorar abandonado,  
 Pesares mil sufrir.

¡ O tiempo mal perdido !

¡ O agravios ! ¡ ó traiciones !

¿ En tantas sinrazones

Cómo podré vivir ?

Pensaba yo que un dia,

Favorecido amante,

Por mi pasion constante

Me coronara Amor ;

Y ardiente en mi porfia,

Contento en el desprecio,

Pensaba yo..... ¡ qué necio.

Juzgó mi ciego error !

Mis ansias por agravios

Suenan en sus oidos ;

Los míseros jemidos

Irritan su esquizvez.

Así mis tristes labios,

No osando ya quejarse,

Ni aun pueden aliviarse

Nombrándola una vez.

La busco, y tras su planta

Corriendo voy ; mas ella

Me evita, y ni su huella

Logra mi fe adorar :

Que con fiereza tanta

Llegó ya á aborrecerme,

Que el rostro por no verme

Ni aun quiere á mi tornar.

¡ Ingrata ! ¡ fementida !

Prosigue en tus rigores ;

O añade otros mayores

Con bárbaro placer.

Sigue, que ya estinguida

La hoguera en que penaba,

Do el alma se abrasaba,

Quiero en venganza ver.

Mas no, mi dulce dueño,

Cese el desden impío,

Cese ; y del amor mio

Déjate ya servir.

Y quien tu antiguo ceño

Lloró, zagala hermosa,

Merezca que amorosa

Le empiezas á seguir.

## LETRILLA X.

## EL RIZITO.

«RIZITO donoso,  
«De Amor dulce red.  
Cadejito de oro,  
Que debo á mi bien,  
A calmar suave  
En mi pecho ven  
De ausencia tan triste  
La pena cruel;  
«Rizito donoso,  
«De Amor dulce red.  
Su fina memoria  
Que mis ansias ve,  
Por premio te envía  
De mi tierna fe;  
Y en tí á par la suya  
Me quiere ofrecer,  
«Rizito donoso,  
«De Amor dulce red.  
Mi amor la recibe;  
Y espera que fiel  
No olvide los votos  
Que allá le escuché,  
Cual yo aquí su esclavo  
Por siempre seré,  
«Rizito donoso,  
«De Amor dulce red.  
Yo te ví algun dia,  
¡Oh! ¡cual lo envidié!  
Suelto de su frente  
La nieve envolver,  
O en feliz contraste  
Con su rubia sien,  
«Rizito donoso,  
«De Amor dulce red.  
Y tus blondas sedas  
Ví á Amor estender:  
Así á sus ojuelos  
Un velo tejer;  
Y artero y festivo  
Cubrirse con él,  
«Rizito donoso,  
«De Amor dulce red.  
Mas fúlido entonces,  
Y en todo tu prez,  
Al oro de Tívar  
Te ví oscurecer:  
Y yo entre tus hebras

Cautivo exclamé:  
«Rizito donoso,  
«De Amor dulce red.  
Si mil libertades  
Se van á perder  
En tu laberinto,  
¡La mia por qué  
Tan noble osadía  
No habrá de tener!  
«Rizito donoso,  
«De Amor dulce red.  
Hoy quiere tu dueño,  
Mudado tu ser,  
Que en tí asegurada  
Mi ventura esté.  
Ven pues de mi pecho  
Al firme joyel,  
«Rizito donoso,  
«De Amor dulce red.  
Ven; y mi esperanza  
Benigno sostén,  
Que yo con mi lira  
Tan claro te haré,  
Que los astros mismos  
Un lugar te den,  
«Rizito donoso,  
«De Amor dulce red.

## LETRILLA XI.

## LA RESOLUCION.

«BRONCE á su llanto,  
«Nieve á su ardor.  
Por selva y prado  
Mi dulce amor  
Me sigue, hablando  
De su dolor.  
Suspira y llora,  
¡Ay! ¿seré yo  
«Bronce á su llanto  
«Nieve á su ardor?  
En blando alivio  
Solo un favor  
Me ruega humilde:  
¿Se lo haré? no.  
No; que me manda  
Ser el honor  
«Bronce á su llanto,  
«Nieve á su ardor.  
¡Honor tirano!

Que á la razon  
 Bárbaro oprimes,  
 ¿Quién te inventó?  
 ¿Por qué me ordenas  
 Ser con Damon,  
 «Bronce á su llanto,  
 «Nieve á su ardor?»  
 ¿Por qué al mas fino,  
 Jentil pastor,  
 Por qué negarle  
 Tan fácil don?  
 ¿Ni ser injusta,  
 Si él me prendó,  
 «Bronce á su llanto,  
 «Nieve á su ardor?»  
 Yo bien lo hiciera;  
 Mas otra voz,  
 Huye, me clama,  
 Tal sinrazon;  
 Ni el gusto ferias  
 A un vil temor,  
 «Bronce á su llanto,  
 «Nieve á su ardor.»  
 Mira que el día  
 Vuela veloz,  
 Y el que le sigue,  
 Nunca es mejor.  
 Mañana es tarde:  
 Cesa en tu error,  
 «Bronce á su llanto,  
 «Nieve á su ardor.»  
 La beldad pasa:  
 Coje su flor,  
 Que en un momento  
 La agosta el sol;  
 Y en vano entónces  
 Serás ¡qué horror!  
 «Bronce á su llanto,  
 «Nieve á su ardor.»  
 Túrbome y dudo,  
 Y en dulce union  
 A amar me inclino  
 A quien me amó;  
 Sin que á ser baste  
 Ya mi rigor  
 «Bronce á su llanto,  
 «Nieve á su ardor.»  
 Antes le entrego  
 Mi corazon,  
 Cual fino el suyo  
 Se me rindió:

Siendo en tan grata  
 Trasformacion  
 «Nieve á su llanto,  
 «Cera á su ardor.»

## LETRILLA XII.

## LA FLOR DEL ZURGUEN.

AVES, que canoras  
 Venís á ofrecer  
 La alborada al día  
 Que empieza á nacer,  
 Si aun dulces trinais  
 Por ver á mi bien,  
 Callad que ya sale  
 «La flor del Zurguen.  
 Si ansiáis de sus gracias  
 Las señas tener,  
 Callad, parlerillas,  
 Que yo os las diré;  
 Que en el alma impresas  
 Las llevo tan bien,  
 Cual tenga las mías  
 «La flor del Zurguen.  
 Su rostro la gloria,  
 La nieve su tez,  
 Sus risas el alba,  
 Su lengua la miel;  
 Y el turjente seno  
 De Amor el verjel,  
 Donde con él juega  
 «La flor del Zurguen.  
 Sobre él la donosa  
 Prendiera un joyel,  
 Do heridos dos pechos  
 De amores pinté:  
 Un lazo los une  
 De rosa y clavel;  
 Y en torno esta letra:  
 «La flor del Zurguen.  
 Sin que yo la llame,  
 Blando ya el desden,  
 Cual suelta corzilla  
 Me sale aquí á ver:  
 Y cual fiel paloma  
 Tras su pichon fiel,  
 Así á mi voz corre  
 «La flor del Zurguen.  
 Conmigo á este valle  
 La saco á aprender

De Amor en el arte  
Leccion de querer;  
Y ya á todas pasa  
En menos de un mes:  
¡Tanto ingenio tiene

« La flor del Zurguen !

Cuidado, avecitas,  
Que nadie á entender  
Los misterios llegue  
Que yo la enseñé;

Si cual niña simple

La viereis tal vez,  
Que amable os los fia

« La flor del Zurguen.

Callad la inocencia  
Y el vivo placer,  
Que á par en su rostro  
Riendo se ven,

Cuando en dulce premio  
De mi tierna fe,  
Me mira y suspira

« La flor del Zurguen.

Y yo muy mas loco,  
Al verla temer,  
Y ansiar y en mis llamas,  
Negándolo, arder;

Templar en su seno

Procuo la sed,  
Que enciende en el mio

« La flor del Zurguen.

Mas vedla cual llega:  
Yo ciego no sé,  
Al ver su donaire,  
Qué decir, ni hacer.

Trinadle vosotras

Por mí el parabien;  
Y suene hasta el cielo

« La flor del Zurguen.

### LETRILLA XIII.

#### EL LUNARCITO.

« La noche y el dia  
« ¿ Qué tienen de igual ?  
¿ De dónde, donosa,  
El lindo lunar,  
Que sobre tu seno  
Se vino á posar ?  
¿ Cómo, dí, la nieve  
Lleva mancha tal ?

« La noche y el dia  
« ¿ Qué tienen de igual ?  
¿ Qué tienen las sombras  
Con la claridad,  
Ni un oscuro punto  
Con la alba canal,

Que un val de azucenas  
Hiende por mitad ?

« La noche y el dia

« ¿ Qué tienen de igual ?

Premiando sus hojas

El ciego rapaz,

Por juego un granate

Fuè entre ellas á echar :

Mirólo, y rióse,

Y dijo vivaz:

« La noche y el dia

« ¿ Qué tienen de igual ?

En él sus saetas

Se puso á probar;

Mas nunca lo hallara

Su punta fatal.

Y diz que picado

Se le oyó gritar:

« La noche y el dia

« ¿ Qué tienen de igual ?

Entónces su madre

La parda señal

Por término puso

De gracia y beldad,

Do clama el deseo

Al verse estrellar:

« La noche y el dia

« ¿ Qué tienen de igual ?

Estréllase, y mira;

Y torna á mirar;

Mientras el pensamiento

Mil vueltas le da;

Iluso, perdido,

Ansiando encontrar,

« La noche y el dia

« ¿ Qué tienen de igual ?

Cuando tú lo cubres

De un albo cendal,

Por sus leves hilos

Se pugna escapar.

¡ Señuelo del gusto!

¡ Dulcísimo iman!

« La noche y el dia

« ¿ Qué tienen de igual ?

Turjente tu seno



Se ve palpar ,  
 Y á su blando impulso  
 Él viene , y él va ;  
 Diciéndome mudo  
 Con cada compás :  
 « La noche y el día  
 « ¿ Qué tienen de igual ?  
 Semeja una rosa ,  
 Que en medio el cristal  
 De un limpio arroyuelo  
 Meciéndose está .  
 Clamando yo al verle  
 Subir y bajar :  
 « La noche y el día  
 « ¿ Qué tienen de igual ?  
 ¡ Mi bien ! si alcanzases  
 La llaga mortal ,  
 Que tu lunarcito  
 Me pudo causar ,  
 No así preguntaras  
 Burlando mi mal ,  
 « La noche y el día  
 « ¿ Qué tienen de igual ?

## LETRILLA XIV.

## LA DESPEDIDA.

A Dios , mi dulce vida ,  
 Filis , á Dios , que el hado  
 Mi fin ha decretado ;  
 Y es fuerza ya partir .  
 A Dios . . . ¡ ó despedida !  
 ¡ O crudo ! ¡ amargo instante !  
 A Dios . . . ¿ mi pecho amante  
 Podrá sin ti vivir ?  
 Sin esos lindos ojos ,  
 Sin esa amable boca ,  
 Que al mismo Amor provoca ,  
 ¿ Qué dicha podré hallar ?  
 Solo angustias y enojos ,  
 Dudas , llantos y celos .  
 Ay Fili , ¡ qué consuelos  
 Para mi ardor templar !  
 Acordaréme en vano  
 De aquel felice día  
 Que te juraste mia ,  
 Que te ofrecí mi fe ;  
 Y en mi delirio insano  
 A ti tornando fino ,  
 Mil veces el camino  
 VI.

Perderá incierto el pié.  
 De tu habla deliciosa  
 El celestial sonido  
 Conservará mi oído  
 Para mayor dolor :  
 Tu imájen engañosa  
 Creeré tener al lado :  
 A asirla iré ; y burlado  
 Maldeciré mi error .  
 Saldrá la fresca aurora  
 A recordarme aquella ,  
 Do á solas muy mas bella  
 Te me dejaste ver .  
 Vendrá la noche : ahora  
 Libre , diré le hablaba ;  
 Ahora el amor nos daba  
 La copa del placer .  
 Cual colorin cautivo  
 Luchando noche y día  
 La jaula abrir porfía ,  
 Y el hierro quebrantar ;  
 Así , ¡ dolor esquivo !  
 Dará mi pensamiento  
 De tormento en tormento ,  
 Sin un punto parar .  
 Te seguiré zelosa :  
 Te temeré enojada :  
 Te rogaré olvidada :  
 Te amansaré cruel .  
 O blanda y amorosa  
 Con plácidas orejas  
 Oirás tal vez mis quejas ,  
 Tan bella como fiel .  
 Ora estés mansa , ó cruda ,  
 Dudes , temas , rezeles ,  
 Por mi salud anheles ,  
 O desdénese mi amor ;  
 Todo en mi pena aguda  
 Me angustiará ; tu olvido  
 Por cierto , por finjido ,  
 ¡ Ay Fili ! tu favor .  
 ¡ Mas tú , mi bien , llorosa !  
 ¡ Tú triste ! ¡ tú abatida !  
 ¡ Si estás así , mi vida ,  
 ¿Cuál mi dolor será ?  
 A Dios , á Dios : piadosa  
 Te acuerda que un mar hecho  
 Me parto . . . . que mi pecho  
 Jamás te olvidará .

## LETRILLA XV.

EN UN CONVITE DE AMISTAD.

«BEBAMOS, bebamos  
 «Del suave licor,  
 «Cantando beodos  
 «A Baco, y no á Amor.  
 Amigos, bebamos;  
 Y en dulce alegría  
 Perdamos el día:  
 La copa empinad.  
 ¿En qué nos paramos?  
 La ronda empezemos,  
 Y á un tiempo brindemos  
 Por nuestra amistad.  
 «Behamos, bebamos  
 «Del suave licor,  
 «Cantando beodos  
 «A Baco, y no á Amor.  
 ¡Oh qué bien que sabe!  
 Otro vaso venga:  
 Cada cual sostenga  
 Su parte en beber.  
 Y quien quiera alabe  
 De Amor el destino;  
 Yo tengo en el vino  
 Todo mi placer.  
 » Behamos, bebamos  
 «Del suave licor,  
 «Cantando beodos  
 «A Baco, y no á Amor.  
 ¡O vino precioso!  
 ¡Cómo estás riendo!  
 ¡Saltando! ¡bullendo!  
 ¿Quién no te amará?  
 Tu olor delicioso,  
 Color sonrosado,  
 Sabor delicado,  
 ¿Qué no rendirá?  
 «Behamos, bebamos  
 «Del suave licor,  
 «Cantando beodos  
 «A Baco, y no á Amor.  
 Amor da mil sustos,  
 Ansias y dolores;  
 Coja otro sus flores,  
 Cójalas por mí:  
 Que yo mis disgustos  
 Templaré bebiendo,  
 ¡O Baco! y diciendo

Mil glorias de ti.  
 «Behamos, bebamos  
 «Del suave licor,  
 «Cantando beodos  
 «A Baco, y no á Amor.  
 Tú al Indo venciste:  
 Tú los tigres fieros  
 Cual mansos corderos  
 Pudiste ayuntar.  
 Tú el vino nos diste;  
 El vino que sabe  
 La pena mas grave  
 En gozo tornar.  
 «Behamos, bebamos  
 «Del suave licor,  
 «Cantando beodos  
 «A Baco, y no á Amor.  
 Venga, venga el vaso,  
 Que un sorbo otro llama:  
 Mi pecho se inflama,  
 Y muero de sed.  
 Nadie sea escaso,  
 Ni aunque esté caído,  
 Se dé por rendido:  
 Amigos, bebed.  
 «Behamos, bebamos  
 «Del suave licor,  
 «Cantando beodos  
 «A Baco, y no á Amor.

## LETRILLA XVI.

EL VINO Y LA AMISTAD SUAVIZAN LOS MAS  
GRAVES TRABAJOS.

«Al viento las penas:  
 «Las copas llenad;  
 «Que todo lo endulzan  
 «Vino y amistad.  
 ¡O socios amados,  
 Que en tanta agonía  
 La fortuna impía  
 Combatiendo vé;  
 Jamás degradados,  
 Adore inclinada  
 Nuestra frente honrada  
 Su orgulloso pié.  
 «Al viento las penas:  
 «Las copas llenad;  
 «Que todo lo endulzan  
 «Vino y amistad.

Ella se complace  
 En hollar odiosa  
 La virtud gloriosa,  
 Y el sagrado honor ;  
 Pero inútil hace  
 El justo su empeño ;  
 Y con alto ceño  
 Burla su furor.

« Al viento las penas :  
 « Las copas llenad ;  
 « Que todo lo endulzan  
 « Vino y amistad.

La batida nave  
 De borrasca fiera.  
 Se pierde velera  
 Por el ancho mar :  
 Y cuando mas grave  
 Su riesgo aparece,  
 El sol que amanece,  
 La sale á salvar.

« Al viento las penas :  
 « Las copas llenad ;  
 « Que todo lo endulzan  
 « Vino y amistad.

Dejad que ora truene  
 La calumnia infame,  
 Que cuanto ella trame  
 Sin fruto ha de ser :  
 Que el vulgo resuene,  
 Que el error se ajite,  
 Que el zelo se irrite ;  
 Nada hay que temer.

« Al viento las penas :  
 « Las copas llenad ;  
 « Que todo lo endulzan  
 « Vino y amistad.

Clamarán que huimos  
 Nuestra dulce España :  
 Su bárbara saña  
 Debíamos huir.

Sus puñales vímos ;  
 Y España en tal duelo  
 Cual madre á otro suelo  
 Nos hizo partir.

« Al viento las penas :  
 « Las copas llenad ;  
 « Que todo lo endulzan  
 « Vino y amistad.

Desde él doloridos  
 Nuestros ojos miran ,

Do fieles suspiran  
 Las almas tornar :  
 Y en tiernos jемidos  
 La lengua apenada  
 ¡ Ay patria adorada !  
 Clama siu cesar.

« Al viento las penas :  
 « Las copas llenad ;  
 « Que todo lo endulzan  
 « Vino y amistad.

Volveréis, amigos,  
 A sus sacros lares,  
 De indignos pesares  
 Libre el corazon.

Augustos testigos  
 De nuestra justicia  
 Contra vil malicia  
 Dios y la razon.

« Al viento las penas :  
 « Las copas llenad ;  
 « Que todo lo endulzan  
 « Vino y amistad.

Su favor divino  
 Tornará el reposo ;  
 Y al nublado odioso  
 Seguirá la luz.

Tal sol matutino  
 Que hermoso se ostenta,  
 De la noche ahuyenta  
 El negro capuz.

« Al viento las penas :  
 « Las copas llenad ;  
 « Que todo lo endulzan  
 « Vino y amistad.

En hermandad santa  
 En tanto los pechos  
 Ligad con estrechos  
 Vinculos de amor.

Baco á dicha tanta  
 Aplauda riente ;  
 Y otra copa aumente  
 Su plácido ardor.

« Al viento las penas :  
 « Las copas llenad ;  
 « Que todo lo endulzan  
 « Vino y amistad.

Amigos queridos,  
 Desde estos mis brazos  
 En mutuos abrazos  
 A uniros corred.

De la mano asidos  
Juradme y juremos,  
Que hermanos serémos;  
Y á un tiempo bebed.

« Al viento las penas :  
« Las copas llenad ;  
« Que todo lo endulzan  
« Vino y amistad.

## IDILIOS.

### IDILIO I.

#### LOS INOCENTES.

ALLÍ está la gruta  
Del alevé Amor ;  
Huyamos , zagala ,  
Las iras del dios.  
Su lóbrega boca  
Me llena de horror :  
Si es esto la entrada ,  
¿ Qué hará su interior ?

Los negros cuidados ,  
El flaco temor ,  
Los zelos insomnes ,  
El ciego furor

La moran , y aflijen  
Con ímpio rigor  
Los tristes que en ella  
Su engaño encerró.

Huyamos , huyamos  
Con planta veloz ;  
Si mas lo tardares ,  
Ya no es de sazón.

Mira que sus redes  
Nos tiende el traidor ;  
Y solo quien huye ,  
Burlarle logró.

Falaz como artero ,  
Si escuchas su voz ,  
Tú serás su esclava ,  
Pero muy mas yo.

Lanzarnos ha ciegos :  
Con ímpetu atroz ,  
Por sendas que falso  
De flores sembró ,  
A un bosque sombrío ,  
Do en dura prision  
Sin fin penarémos  
En llanto y dolor.  
Este aciago bosque  
Lo finje el error  
Un val de delicias ,  
Que nadieapuró.

Las risas alegres ,  
Tímido el pudor ,  
Las vivas ternezas  
Y el grato favor ,

Diz que lo habitaron  
En célica union ,  
Cuando en su inocencia  
El mundo vivió :

El Amor infante  
Sin flechas ni arpon  
En nuestras cabañas  
Triscando rió ;

Y la hermosa virjen  
No se avergonzó  
De hallarse á los ojos  
Desnuda del sol.

Si tal fué aquel tiempo ,  
Ya todo acabó ;  
Y el amor del dia  
No es, niña , este Amor.

No en cosas que fueron ,  
Ni en una ilusion  
Jamás la cordura  
Sus dichas cifró:

Que el agua mas fria  
La sed no apagó,  
Si al labio tocarla ,  
Ya rauda pasó.

¡ Pero tú suspiras !  
¿ Qué grata emocion  
Tus mejillas tiñe  
De un vivo rubor ?

¿ Por qué esa faz bella  
Que al alba nubló ,  
Inclinas al suelo  
Cual lánguida flor ?

¡ Dulcísima amiga !  
Ya el alma sintió  
Simpática el fuego  
Que á tí te inflamó ;

Y súbito noto,  
Que á mi corazon  
Ajita y regala  
Su blando calor ;

Probando al mirarte  
Un gozo mayor ,  
Y al tocar tu mano ,  
Mas grato temblor.

¿ Si será que amemos ,  
Y el pérfido dios  
Ya sus rudos gritos  
Falaz nos echó ?

No, no, que por graves ,  
Insufribles son ,  
Y jamás mi planta  
Mas suelta voló.

Él lágrimas cria ,  
Y nunca brilló  
En tus lindos ojos  
Tan vivo fulgor ;

Y en vez de sus quejas  
Y triste clamor ,  
Nunca á mí tan dulce  
Tu labio sonó.

Nada pues temamos ,  
Que es muy superior  
De Amor á los fuegos  
Nuestra inclinacion.

Injenua y sencilla ,  
La austera razon  
Sus pasos regula ,

La guarda el honor ;  
Ni en nada semeja  
Su plácido ardor  
A la ardiente llama  
Que el Ciego sopló :  
Esa llama odiosa ,  
Que impía , feroz ,  
Los hombres y el mundo  
Fatal devoró. —

Así hablaba un día ,  
Lleno de candor ,  
A una niña amable  
Un simple pastor.

Ella muy mas simple ,  
Con nuevo teson ,  
Que nunca amaria ,  
Resuelta juró.

Y ya en su inocencia  
Se hallaban los dos  
Perdidos de amores ,  
Diciendo que no.

## IDILIO II.

## LA CORDERITA.

CORDERITA mia ,  
Hoy llevarte quiero  
A la amable Fílis  
En rendido feudo.

¡ Oh ! ¡ con cuánta envidia  
Tu destino veo ;  
Y partir contigo  
Tal dicha apetezco !

Tú vas , inocente ,  
A ser con tus juegos  
De otra inocentilla  
Feliz embeleso.

Seguirás sus pasos ,  
Ya con sus corderos  
Al valle descienda ,  
Ya trepe al otero.

Tus blandos balidos  
Serán dulces ecos ,  
Que al placer despierten  
Su adormido pecho.

Cuál tus carreritas  
Y brincos lijeros  
Colmarán de gozo  
Sus lindos ojuelos :  
A donosas risas

Sin cesar moviendo  
 Su espíritu amable,  
 Sus labios parleros.

Mas tierno otras veces  
 Ansiará tu afecto,  
 Lamiendo su mano,  
 Mostrarle tu zelo;

Por su parda saya  
 Con vivaz esfuerzo  
 Tu vellon nevado  
 Pasando y volviendo.

Y á su lado siempre,  
 De tan alto dueño  
 Gozarás los mimos,  
 Oírás los requiebros.

Llamaráte amiga,  
 De ternura ejemplo,  
 De candor dechado,  
 De gracias modelo.

O si acaso artera  
 Tras algun romero  
 Fugaz te guareces,  
 Porque te eche menos,

Corriendo y balando  
 Al sonar su acento,  
 Con nuevas caricias  
 Calmarás su duelo;

Tomando riente  
 De tu amor en premio  
 La sal de su palma,  
 Y el pan de sus dedos.

De mí lo aprendiste,  
 Y á saber cojerlo  
 De mi zurroncito  
 Con goloso empeño.

O si fausta logras,  
 De Amor el momento,  
 Tendrás de sus labios  
 Algun dulce beso:

Beso que á mí fuera  
 De júbilo inmenso,  
 Que tú no codicias,  
 Y fiel yo merezco.

Así te engalanan,  
 Doblando tu aseo,  
 Mi mano oficiosa,  
 Mi ardiente desvelo:

La sonora esquila  
 Ligada suspendo  
 De un collar de grana  
 A tu dócil cuello.

Tu vellon nevado  
 De rizitos lleno,  
 Cual de blonda seda  
 Cuidadoso peino;

Y de alegres lazos,  
 Sembrándolo luego,  
 A tus orejitas  
 Dobles las prevengo.

Tus clementes ojos,  
 Que me están diciendo  
 El placer que sientes,  
 Mirándome tiernos,

Mi amorosa mano  
 Con este albo lienzo  
 Limpiándolos, cuida  
 Que luzcan mas bellos.

Y en fin de una trenza  
 De flores rodeo  
 Tu lomo, y atada  
 Con otra te llevo.

Ya estás, dije mio,  
 Si no cual yo anhelo,  
 Mas tal como alcanza  
 Mi prolijo esmero.

Tu balar suave,  
 Tu bullir travieso  
 Sencillos publican  
 Tu puro contento;

Y al verte galana,  
 Con locos extremos  
 Cual hembra procuras  
 Lucir tus arreos.

Corderita, vamos;  
 Sus, corramos prestos,  
 Tú á servir á Filis,  
 Yo á hacerle mi obsequio.

Empero si tierna  
 Te estrecha en su seno,  
 Cuando tus caricias  
 Le vuelvan el seso,

Cuenta que le digas:  
 «El bien que poseo,  
 «Gozarlo debiera  
 «Quien te adora ciego.»

### IDILIO III.

#### LA AUSENCIA.

DEL cárdeno cielo  
 Las sombras aluuenta

Rosada la aurora  
 Riendo á la tierra ;  
 Y Filis llagada  
 Del mal de la ausencia ,  
 De Otea los valles  
 En lágrimas riega.  
 Tierna clavellina ,  
 Cuando apenas cuenta  
 Diez y siete abriles ,  
 Inocente y bella ,  
 En soledad triste  
 Su zagal la deja ,  
 Que del claro Tórmes  
 Se pasó al Eresma.  
 Un mayoral rico  
 Allá diz que intenta  
 Guardarlo , y que Filis  
 Por siempre lo pierda.  
 Quien á ajeno gusto  
 Sujetó su estrella ,  
 Engañase necio ,  
 Si libre se piensa.  
 La vejez helada  
 Con rigor condena  
 Las lozanas flores  
 De la primavera.  
 La infelice Filis  
 Se imagina eternas  
 Las horas , que tardan  
 De su bien las nuevas.  
 ¡ Ay ! dice ; ( y al cielo  
 Los ojos eleva ,  
 Sus ojos cubiertos  
 De horror y tristeza , )  
 ¡ Ay ! ¡ cuánto me aguarda  
 De duelos y quejas !  
 En solo pensarlo  
 Mi pecho se hiela.  
 Tórtola viuda ,  
 Solitaria yedra ,  
 Sin mi olmo frondoso  
 Que en pié me sostenga ,  
 ¿ Qué haré , cuitadilla ?  
 ¿ O dó iré que pueda  
 Vivir sin su arrimo ,  
 Tan niña y tan tierna ?  
 ¡ Felices vosotras ,  
 Mis mansas corderas ,  
 Que ni zelos hieren ,  
 Ni agravios aquejan !  
 ¡ Con cuánta alegría

Mis ojos os vieran  
 Pacer de este prado ,  
 Golosas , la yerba !  
 ¡ O á la mano amiga  
 Que sal os presenta ,  
 Veniros , y hacerme  
 Balando mil fiestas !  
 ¡ Y tú , fiel cachorro ,  
 Qué saltos y vueltas  
 No dieras , siguiendo  
 De mi bien las huellas ,  
 Cuando él por hablarme ,  
 Cantándome letras  
 De dulces amores ,  
 Saliera al Otea !  
 Hoy todo ha mudado :  
 Del calor la fuerza  
 Los valles agosta ,  
 Las fuentes deseca.  
 ¡ A este pecho triste  
 Con mayor violencia  
 Abrasa de olvido  
 La ardiente saeta !  
 Aquí donde lloro ,  
 Aquí en esta vega  
 Nos vimos y amamos  
 Por la vez primera.  
 Todo fué en un punto ,  
 Cual súbito vuela  
 La llama del rayo ,  
 Y el árbol humea.  
 Corderitas mías ,  
 ¿ Quién , ¡ ay ! me dijera  
 Que viento serian  
 Sus locas finezas ?  
 Juramentos tantos  
 Y alincadas promesas ,  
 Si hay fe entre los hombres ,  
 ¿ Por qué se me niegan ?  
 ¡ Amor ! tú me escuchas ,  
 Y tú los oyeras :  
 Sea tuyo el castigo ,  
 Cual tuya es la ofensa.  
 ¡ Oh ! nunca tuviese  
 Yo vuestra inocencia ;  
 Nunca , ó corderitas ,  
 Le escuchara necia ,  
 Cual de áspid huyendo  
 Su voz lisonjera ,  
 Sus ayes falaces ,  
 Sus blandas endechas ;

Y en llanto mis ojos  
 Cegar no se vieran,  
 Ni en hondos suspiros  
 Doliente la lengua.

Quien en hombres fia,  
 Haz cuenta que siembra  
 En las duras rocas,  
 O en la ardiente arena,

Que en vez de ventura  
 Recoje vergüenza,  
 Y en vez de alegrías  
 Cuidados y penas.

Llorad, ojos míos,  
 Pues fué culpa vuestra  
 Jugar bulliciosos,  
 Mirar sin cantela.

Volad, mis suspiros,  
 Sentidas querellas,  
 Volad, do mi alevé  
 Riendo os espera.

Sígaos mi pecho  
 Ardiente centella,  
 Que el suyo de bronce  
 Derrita cual cera.

Y vosotros, hijos  
 De mi pasión ciega,  
 Finos sentimientos,  
 Sencillas ternezas,

Partid de mi labio,  
 Volad á la oreja  
 Del que os llamó dulces  
 Mas que miel hiblea.

Decidle mis ansias,  
 Decidle cuál queda  
 De penada y triste  
 Su fiel zagaleja.

Humildes rogadle,  
 Rogadle que vuelva;  
 Si alevé no gusta  
 Que mísera muera.

Decidle.....; más nada,  
 Si oiros desdeña,  
 Le digais; y nada,  
 Si de mí se acuerda.

#### IDILIO IV.

##### EL HOYUELO EN LA BARBA.

La mi queridita  
 Una cárcel tiene

En su rostro bello,  
 Donde á todos prende.

Esta feliz cárcel  
 Un hoyuelo es breve,  
 Que su linda barba  
 Tan gracioso hiende,  
 Que cuantos lo miran,  
 Sin arbitrio sienten  
 Que en él sus deseos  
 Sepultarse quieren.

Cautivos los míos  
 Ni anhelan, ni pueden  
 Pasar de su encierro  
 El círculo leve.

Que allí en la bonanza  
 Tranquilos se aduermen,  
 Alzados los vientos  
 En paz se guarecen;

Y locos, perdidos  
 En su feliz suerte,  
 ¡Hoyuelo precioso!  
 Suspiran mil veces;

Tú en ámbito estrecho  
 A la concha escedes,  
 Do cuaja la aurora  
 La perla de oriente:

Y á mil Cupidillos  
 Grato nido ofreces,  
 De do arteros parten,  
 Van, revuelan, vuelven.

¡Riquísima copa  
 De dulces placeres,  
 Que amor al deseo  
 Dadivoso ofrece!

Las Gracias te envidian,  
 Y al reirse alegre,  
 Tu donoso juego  
 Codicia Citéres.

El juego voluble,  
 Con que ora te cierras,  
 Ora te dilates,  
 Mas lindo apareces.

En ti embebecidos  
 Los ojos se pierden,  
 Se abisman las almas,  
 Los pechos se encienden.

¡Regalado hechizo!  
 Quien te ve, enloquece;  
 Quien feliz te goza,  
 De delicias muere.



## IDILIO V.

## LA VUELTA.

ZAGAL de mi vida,  
Que á mi amante cuello  
Afanoso corres  
De sudor cubierto:  
Suspirado mio,  
Gracioso embeleso  
Do abismadas siempre  
Las potencias llevo:  
Norte, que arrebatas  
Mi fiel pensamiento,  
Mas claro y seguro  
Que el que arde en el cielo:

Mi sola delicia,  
Mi amable hechicero,  
Con cuyos prestijios  
Deliro sin seso;  
Ya fina te logro,  
Ya en salvo te veo,  
Y tuya, y tú mio  
Por siempre serémos.

Y te hablo y escucho,  
Y al lado te tengo,  
Y en firme lazada  
Conmigo te estrecho.

En tanta delicia  
Tan vivo mi seno  
Palpita, que apenas  
Me alcanza el aliento.

Y el corazon triste,  
Que viéndote lejos  
Cubierto jemía  
De horrores y duelo;

En lágrimas dulces  
Y en ayes de fuego  
Parece que anhela  
Salirse del pecho.

¡Oh! limpien mis manos,  
Hermoso lucero,  
Las nieblas que empañan  
Tus claros reflejos;

Y en tu rubia frente  
Enjague este lienzo  
El sudor, que undoso  
La mancha corriendo.

¡Venturoso punto!  
¡Plácidos momentos,  
Que al ánimo absorto

VI.

Semejan un sueño!  
¡Oh! siempre, sí, siempre  
Sus gratos recuerdos  
En entrambos duren,  
Cual mi amor eternos.

Y un dia tan fausto,  
Dia de contento,  
De puras delicias,  
De gozos inmensos,  
Consagrado quede  
Al Amor y Vénus,  
Célebre en los fastos  
De su alegre reino.

Huyó de las sombras  
El lóbrego ceño,  
Y mi sol renace  
Mas lumbroso y bello.

Calmó la borrasca,  
Callaron los vientos,  
Y en paz y delicias  
Aduérmese el suelo,  
Los hielos y horrores

Del áspero invierno  
Son flores y aromas,  
Y muelle sosiego.

Gozemos, bien mio,  
Unidos gozemos  
De tanta ventura,  
Tras tan graves riesgos.

Mis tiernos suspiros  
Y ahincados lamentos  
En vivas alegres

Nos vuelvan los ecos,  
Y el sol mas benigno,  
Y el aire mas fresco,  
Mas plácido el valle,  
Y el cielo mas ledó

Celebren, acordés  
Con mis sentimientos,  
La gloria á que en verte  
Cual loca me entrego.

Perderte he temido:  
Temblé, lo confieso,  
Que al fin no cedieses  
A un bárbaro empeño.

Perdona, perdona  
Benigno, el esceso  
De mi amor, las dudas  
De que hoy me avergüenzo.

¡Yo pude formarlas!  
Sí, adorado dueño,



Que el amor ausente  
Dos veces es ciego.

Un pecho apenado  
Figúrase necio  
Do quiera peligros,  
Y dudas y miedos.

Seguid en el mio,  
Mis dulces rezelos,  
Los tibios no temen;  
¡ Infelices ellos !

Tú, hermoso pimpollo,  
Repite de nuevo,  
Repite á esta triste  
Tu fiel juramento.

Enemigos tantos  
Batiéndote fieros;  
Tiemblo á mi desdicha,  
Si en ti nada temo.

Cielos pues y tierra,  
Oid en silencio,  
Y afirmad los votos  
Que entrambos hacemos.

Si yo te faltare,  
Faltenme primero  
La luz que me alumbraba  
Y el aire que aliento;

Y mi nombre odioso,  
De infamia y desprecio,  
Para todos suene  
Cual fúnebre agüero.

Recibe mi mano,  
Y en ella el imperio  
Que sobre mí toda  
Por siempre te entrego.

Mas si tú me olvidas....  
Proseguir no puedo....  
Pensándolo solo,  
De horror me estremezco.

No, mi idolatrado,  
No; y único ejemplo  
De firmeza al mundo  
A amar enseñemos.

Tú serás por siempre,  
Tú serás el centro,  
Do faustos caminen  
Mis votos y anhelos:

Tú el ídolo mio,  
Y el gozo supremo,  
Y el mar de delicias  
Do loca me anego:

Tú en las tempestades

Que aun mísera tiemblo,  
El sol de bonanza,  
Y el iris sereno,  
Y el luciente polo,  
Do los ojos vueltos,  
Lleve yo segura  
Mi barquilla al puerto:

Vida que me anime,  
Ser de mí ser mesmo,  
Y cuánto en amores  
Se hallare mas tierno..... —

Proseguir no pudo,  
Que ya sus ojuelos  
Al zagal no vian,  
De lágrimas llenos.

Y él tambien llorando,  
Con un dulce lloro  
A sus ansias puso  
Finísimo el sello.

## IDILIO VI.

### LA PRIMAVERA.

Ya la primavera  
Tranquila y riente  
Del tiempo en los brazos  
Asomando viene,

Y al mundo que en grillos  
De hielos y nieves  
Tuvo el crudo invierno,  
La esperanza vuelve:

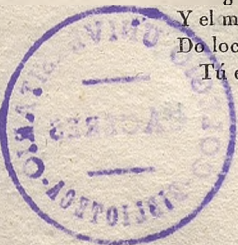
La dulce esperanza  
De que mayo alegre  
Lo colme de rosas,  
Y el julio de mieses.

El blando favonio  
Que llegar la siente,  
Con grato susurro  
Las alas estiende;

Y en torno vagando,  
Su manto esplendente  
Por el éter puro  
Fugaz desenvuelve.

Del cándido seno  
Con su soplo llueven  
Sin cuento las flores,  
Que el suelo enriquecen:

El suelo alfombrado  
De un plácido verde,  
Que el alma y los ojos



A par embebece ;  
 Y en silbos suaves  
 Gárrulo y bullente  
 Despierta en sus nidos  
 Las aves que duermen.  
 Sus picos canoros  
 Acordes ofrecen  
 Mil trinos al alba ,  
 Que á abrir se previene  
 Las rosadas puertas  
 Del fúljido oriente  
 Al sol, que entre albores  
 Galan amanece.  
 Su augusto semblante,  
 Su rayo elemente  
 Del yerto Fuenfria  
 Los hielos disuelven :  
 Que súbito vueltos  
 En raudos torrentes,  
 De su escelsa cumbre  
 Ruidosos descenden :  
 Del húmedo valle  
 La pompa mantienen,  
 Y al cabo en sus flores  
 Sesgando se pierden.  
 Cual claros espejos,  
 Risueñas las fuentes  
 En vena mas rica  
 Limpísimas crecen ;  
 Y en hilos de plata  
 Su humor se desprende,  
 Que en blando murmullo  
 El ánimo aduerme.  
 El mundo se anima :  
 Cuanto vive y siente  
 Cual de un hondo sueño  
 Despierta, y se mueve.  
 Las selvas que el cierzo  
 Desnudó en noviembre,  
 De yemas pobladas  
 Sus ramas ya ofrecen ;  
 Do mal contenidas  
 Las hojas nacientes,  
 Sus rudos capullos  
 A abrirse compelen ;  
 Y al trépido rayo  
 Con que el sol las hiere,  
 Tienden sus cogollos ;  
 Y el viento los mece.  
 Entre ellos las aves,  
 Cruzando frecuentes,

Con rápidos jiros  
 Van, huyen y vuelven ;  
 Mientras Filomena  
 Mi pecho enternece,  
 Lanzando angustiada  
 Sus ayes dolientes :  
 Ayes que un silencio  
 Lúgubre suspende,  
 Y hace que en mi oido  
 Mas tiernos resuenen.  
 No ya en sus guaridas  
 El hielo entorpece,  
 Ni undosa la lluvia  
 Los brutos detiene :  
 Que vagos y libres  
 Do quier aparecen,  
 Y en bosques y valles  
 Su dominio ejercen.  
 Con saltos veloces  
 El corzo allá tuerce,  
 Y allí aun de su sombra  
 Se asusta la liebre.  
 A un soplo el conejo  
 Se arrisca y detiene,  
 Y á uno y otro lado  
 Vivaz se revuelve.  
 A par que en la vega  
 Tranquilas se tienden  
 La cábra golosa,  
 La oveja paciente ;  
 Y todo es delicias,  
 Y todo se enciende  
 De Amor en las llamas,  
 O jime en sus redes.  
 ¡ Amor, nueva vida  
 De todos los séres !  
 Tú en la primavera  
 Les dictas tus leyes  
 Del solio oloroso  
 De rosa y claveles,  
 Que Flora á tu número  
 Galana entreteje.  
 Tus flechas certeras,  
 Tu grito potente  
 A todos alcanzan,  
 Por todos se atiende.  
 Hasta en los abismos,  
 Y en los mudos peces  
 Sus ecos resuenan,  
 Su chispa se prende :  
 Que el mundo poblando

De nuevos vivientes,  
 Hacen que tu imperio  
 Sin fin se renueve.  
 Ya el trino mas dulce  
 Del ave parece,  
 Mas plácido el vuelo,  
 Sus juegos mas muelles:  
 La voz de los brutos  
 Mas llena y ferviente,  
 Su marcha mas presta,  
 Su anhelo mas fuerte.  
 El leon amante  
 Rujendo estremece  
 Los anchos desiertos  
 Del Africa ardiente.  
 El oso, aunque rudo,  
 Su cetro obedece,  
 Que dóciles torna  
 Los tigres crueles.  
 Su veneno el potro  
 Con las auras bebe:  
 Las ondosas crines  
 Sacude demente:  
 Bate el duro suelo,  
 Fogoso se mueve,  
 Y hace que los montes  
 Sus relinchos llenen.  
 Del pasto olvidado,  
 De amor se enfurece  
 En pos la novilla  
 El toro valiente;  
 Y al rival que el triunfo  
 Disputarle quiere,  
 Con botes tremendos  
 Zeloso acomete:  
 Ahuyéntalo, y solo  
 Los premios obtiene,  
 Que en roncós mujidos  
 Feroz engrandece.  
 Su estrépito templan  
 Los dulces rabeles  
 De cien pastorcillos,  
 Que el valle conmueven;  
 Y á su antigua llama  
 Las zagalas fieles  
 Sus cantos repiten  
 Con nuevos motetes.  
 El bosque enramado,  
 Do el Ciego mantiene  
 Para sus misterios  
 Callados retretes,

Que ocultos y umbrosos  
 Anhelan y temen  
 El pudor cobarde,  
 Y el deseo ardiente,  
 De amantes felices  
 Ya rinde desdenes,  
 Ya audacias alienta,  
 Ya triunfos entiende.  
 ¡Dulcísimos triunfos!  
 Que de un velo envuelve,  
 Y el recato esconde  
 Del mismo que vence.  
 ¡O repuestos valles!  
 ¡Ladera pendiente!  
 ¡Altísima sierra,  
 Que las nubes hiendes!  
 ¡Oh! ¡cómo al miraros  
 Ora florecientes,  
 Los ojos se gozan,  
 Y el pecho enloquece!  
 Las auras se inundan  
 De suaves pebetes;  
 Con toda su gloria  
 Ya el sol resplandece;  
 Y tierras y cielos  
 Del año naciente  
 La pompa celebran,  
 Y en júbilo hierven.  
 Mientras que á la luna  
 En pos de Citéres  
 Sus danzas ligeras  
 Las ninfas previenen:  
 Do porque sin armas  
 Nada dél rezelen  
 Nudo Amor, cual niño  
 Vivaz se entromete.  
 Tú, ó raudal de vida,  
 Primavera, eres  
 Quien nos das de Flora  
 Tan gratos presentes.  
 Ella te engalana  
 De rosas las sienas,  
 Y el manto te viste  
 Que ostentas flüente;  
 Y en colores rico,  
 Vario en accidentes,  
 Su jenio imagina,  
 Tocan sus pinceles.  
 Tú al hórrido invierno  
 Las furias contienen,  
 Y en yerbas y flores

Sus hielos disuelves.

Tú al rico verano

Benigna precedes ;

Sus espigas de oro

De tu mano él tiene.

A octubre en tus gomas

Sus frutas le ofreces ;

Y al cáudido Baco

Llenas los toneles.

El blando sosiego,

Los cantos alegres ,

Las risas lijeras ,

Los gratos banquetes

En séquito amable

Te cercan rientes ,

Colmando los pechos

De dulces placeres.

¡ Oh ! ¡ el rápido vuelo

Moderá indulgente ;

Y ansioso me deja

Gozar tantos bienes !

Mas ¡ ay ! que al cantarte

Fugaz desapareces ,

Mas vaga que el viento ,

Cual los sueños leve ;

Y cuando en seguirte

Se afana la mente ,

De Sirio en las llamas

Lánguida falleces.

## ROMANCES.

### NOTA DEL AUTOR.

Varias consideraciones, que ya han cesado, detuvieron hasta ahora la impresión de muchos de estos romances, compuestos en los primeros años del autor. Los publicados antes se han procurado poner íntegros, ó corregir con mas detención que lo estaban, dándoles á todos el tono y el gusto de esta composición verdaderamente nacional, y en que tanto abundamos, tan conforme con la soltura y la facilidad del habla castellana, como con nuestro jenio y poesía.

### DEDICATORIA A UNA SEÑORA.

OYE, señora, benigna  
 Los inocentes cantares,  
 Que del Tórmes en la vega  
 Dicta Amor á sus zagales :  
 Los cantares que algun día,

Exhalando tiernos ayes,  
 Tal vez las serranas bellas  
 Oyeron con rostro afable.

En la primavera alegre  
 De mis años con suave  
 Caramillo y blandos tonos  
 Los canté por estos valles ;

Cuando el bozo delicado  
 Aun no empezaba á apuntarme,  
 Ni el ánimo me afligian  
 Los sabios con sus verdades.

La dulce naturaleza,  
 Como cariñosa madre,  
 Despertó mi helado pecho,  
 Y el Amor me hizo quejarme.

Entónces, ¡ quién unos dias  
 Volviera tan agradables !

Ví la fuerza encantadora  
 De unos ojos celestiales,

El iman irresistible  
 De un halagüeño semblante,  
 Y las delicias de un habla,

Toda mieles y azahares;  
 Y embebecido y colgado  
 De sus gracias y donaires,  
 Recibí la ley reudido,  
 Y temí el rigor cobarde.  
 Yo adoré, y gozé venturas,  
 O lloré agudos pesares.  
 ¿Es acaso amar delito?  
 ¡Quién no será dél culpable!  
 ¡Quién en la feliz aurora  
 De una edad crédula y fácil,  
 Cuando todo al gusto ríe,  
 Y el seno en júbilos arde,  
 No cedió al plácido aliento,  
 Que bonancible á engolfarse  
 Por el sosegado golfo  
 Lleva su inesperta nave!  
 Despues los años severos,  
 Sufridos ya los embates  
 Por desconocidos rumbos  
 De mil fieros huracanes,  
 Aherrojándome imperiosos  
 Con sus cadenas fatales,  
 En voz triste y faz ceñuda  
 Mandaron que atrás tornase.  
 ¡Ay qué bárbaras contiendas!  
 ¡Oh qué encendidos combates!  
 ¡Por qué para obedecerlos,  
 Blando Amor, debí dejarte!  
 Hícelo al fin, y aun ansiando  
 Volver iluso á embarcarme,  
 Por la paz de las cabañas  
 Troqué los revueltos mares.  
 Quedáronme de mis yerros  
 Estas quejas lamentables,  
 Que á besar tus piés dichosas  
 Vuelan hoy al Manzanáres.  
 Ellas en mas claros días  
 Templaron mis crudos males,  
 Y aun ahora en blando alivio  
 Me ordena Amor que las cante.  
 Oyelas pues, y no temas,  
 No temas que ellas te engañen;  
 Que Amor no finje en el campo  
 Como finje en las ciudades.

## ROMANCE I.

ROSANA EN LOS FUEGOS.

DEL sol llevaba la lumbre

Y la alegría del alba.  
 En sus celestiales ojos  
 La hermosísima Rosana,  
 Una noche que á los fuegos  
 Salió la fiesta de Pascua,  
 Para abrasar todo el valle  
 En mil amorosas ansias.  
 La primavera florece  
 Donde las huellas estampa;  
 Y donde se vuelve, rinde  
 La libertad de mil almas.  
 El céfiro la acaricia,  
 Y mansamente la halaga,  
 Los Cupidos la rodean,  
 Y las Gracias la acompañan.  
 Y ella, así como en el valle  
 Descuella la altiva palma,  
 Cuando sus verdes pimpollos  
 Hasta las nubes levanta;  
 O cual vid de fruto llena,  
 Que con el olmo se abrasa,  
 Y sus vástagos estiende  
 Al arbitrio de las ramas;  
 Así entre sus compañeras  
 El nevado cuello alza,  
 Sobresaliendo entre todas,  
 Cual fresca rosa entre zarzas;  
 O como cándida perla,  
 Que artífice diestro engasta  
 Entre encendidos corales,  
 Porque mas luzcan sus aguas.  
 Todos los ojos se lleva  
 Tras sí; todo lo avasalla:  
 De amor mata á los pastores,  
 Y de envidia á las zagalas:  
 Tal que oyéndola corridas  
 Tan altamente aclamada,  
 Por no sufrirlo se alejan  
 Amarílís y su hermana.  
 Ni las músicas se atienden,  
 Ni se gozan las lumbradas,  
 Que todos corren por verla,  
 Y al verla todos se abrasan.  
 ¡Qué de suspiros se escuchan!  
 ¡Qué de vivas y de salvas!  
 No hay zagal que no la admire,  
 Y no enloquezca en loarla.  
 Cual absorto la contempla,  
 Y á la aurora la compara,  
 Cuando mas alegre sale,  
 Y el cielo en albores baña:

Quien al fresco y verde aliso,  
Que al pié de corriente mansa  
Cuando mas pomposas hojas  
En sus cristales retrata :

Cual á la luna , si ostenta ,  
De luceros coronada ,  
Venciendo las altas cumbres ,  
Llena su esfera de plata.

Otros pasmados la miran ,  
Y mudamente la alaban ,  
Y mientras mas la contemplan ,  
Muy mas hermosa la hallan :

Que es como el cielo su rostro ,  
Cuando en una noche clara  
Con su ejército de estrellas  
Brilla , y los ojos eucanta :

O el sol que alzándose corre  
Tras de la rubia mañana ,  
Y de su gloria en el lleno  
Todos sus fuegos derrama ,

Que tan radiante deslumbra ,  
Que sin accion deja el alma ;  
Y mas el corazon goza ,  
Cuanto mas el labio calla.

¡ Oh qué de zelos se encienden ,  
Y ansias y zozobras causa  
En las serranas del Tórnes  
Su perfeccion sobrehumana !

Las mas hermosas la temen ,  
Mas sin osar murmurarla ;  
Que como el oro mas puro ,  
No sufre una leve mancha.

¡ Bien haya tu jentileza ,  
Otra y mil veces bien haya ;  
Y abraza la envidia al pueblo ,  
Hermosísima aldeana !

Toda , toda eres perfecta ,  
Toda eres donaire y gracia ;  
El Amor vive en tus ojos ,  
Y la gloria está en tu cara :

En esa cara hechicera ,  
Do toda su luz cifrada  
Puso Vénus misma , y ciego  
En pos de sí me arrebató .

La libertad me has robado ;  
Yo la doy por bien robada ,  
Y mi vida y mi ser todo ,  
Que ahincados se te consagran .

No el don por pobre desdeñes ,  
Que aun las deidades mas altas  
A gales cual yo humildes

Un tiempo acojieron gratas ;  
Y mezclando sus ternezas  
Con sus rústicas palabras ,  
No , aunque diosas , esquivaron  
Sus amorosas demandas .

Su feliz ejemplo sigue ,  
Pues que en beldad las igualas ;  
Cual yo á todos los escedo  
En lo fino de mi llama . —

Así un zagal le decia  
Con razones mal formadas ,  
Que salió libre á los fuegos ,  
Y volvió cautivo á casa .

De entónces penado y triste  
El día á sus puertas le halla :  
Ayer le cantó esta letra  
Echándole la alborada :

« Linda zagaleja  
« De cuerpo jentil ,  
« Muérome de amores  
« Desde que te ví .

Tu talle , tu aseo ,  
Tu gala y donaire ;  
Tus dones no tienen  
Igual en el valle .

Del cielo son ellos ,  
Y tú un serafín ,

« Muérome de amores  
« Desde que te ví .

De amores me muero ,  
Sin que nada alcance  
A darme la vida ,  
Que allá me llevaste ;  
Si no te condueles ,  
Benigna de mí ,

« Que muero de amores  
« Desde que te ví .

## ROMANCE II.

EN UNAS BODAS DESGRACIADAS.

No por mí , bella aldeana ,  
Aunqué sé bien cuanto pierdo ,  
Por ti sola me lastima  
Que te cases con un necio .

Tan discreta cortesía ,  
Tan jentil aire y aseo ,  
Quien los merezca , los goze ,  
Y alcancen mas digno dueño :  
Que si es la desdicha estrella

De la beldad , aunque el cielo  
No te hiciera tan hermosa ,  
Ganaras mucho en no serlo ;

Y hoy dueña de tu albedrío  
Gozaras el bien supremo  
De querer y ser querida  
Por tu gusto , y no el ajeno.

¿Qué valen los rizos de oro ,  
Ni los alegres ojuelos ,  
El carmesí de los labios ,  
Ni lo nevado del seno ?

¿Qué el agasajo apacible ,  
Y ese hablar tan halagüeño ,  
Que la libertad cautiva ,  
Y embebece el pensamiento ,

Si tan celestiales dones  
Los ha de ajar un Fileno ?  
Para tan mal emplearlos ,  
Valiera mas no tenerlos :

Que mejor yace el diamante  
Sumido en su tosco seno ,  
Que no en la mano villana  
Que no alcanza su alto precio ;

Y el clavel mas bien flotando  
Luce en el vástago tierno ,  
Que deshojado y sin vida  
En fino búcaro puesto ;

Y mas bien el jilguerillo  
Se goza en dulces gorjeos ,  
Volando de rama en rama ,  
Que en dorada jaula preso.

Si por ganadero rico  
Con él te casan tus deudos ,  
Díles tú , que no hay riquezas  
Donde se echa el gusto menos :

Donde , en vez de un rostro afable ,  
Y el solícito desvelo  
Con que el fino amor previene  
De la amada los deseos ,

Te abrumarán noche y día  
En un porvenir eterno  
La dureza de las rocas ,  
De la noche el fiero ceño.

De las bodas el bullicio ,  
Y sus galas y festejos  
Son cual la miel mas suave  
En un paladar enfermo :

Lucimiento á la riqueza ,  
De la ociosidad recreo ,  
Fastidio de los velados ,  
Y de la envidia alimento.

Acabarán ; y tú triste  
Con el duro lazo al cuello ,  
Llorarás tarde , y en vano  
Sentirás del yugo el peso ;

Yugo que leve y de flores ,  
Cuando Amor lo echa risuño ;  
De bronce abruma insufrible ,  
Si interés lo anuda ciego.

¡ Ay zagala ! por tu vida  
No tengas tan mal empleo :  
Lástima ten de ti misma ,  
Si yo no te la merezco.

## ROMANCE III.

## EE ARBOL CAIDO.

¿ ALAMO hermoso , tu pompa  
Dónde está ? ¿ dó de tus ramas  
La grata sombra , el susurro  
De tus hojas plateadas ?

¿ Dónde tus vástagos bellos ,  
Y la brillantez lozana  
De tantos frescos pimpollos  
Que en derredor derramabas ?

Feliz naciste á la orilla  
De este arroyuelo , tu planta  
Besó humilde , y de su aljófara  
Rico feudo te pagaba.

Creciendo con él , al cielo  
Se alzó tu corona ufana :  
Rey del valle en ti las aves  
Sus blandos nidos labraran.

Por asilo te tomaron  
De su Amor : y cuando el alba  
Abre las puertas al día  
Entre arreboles y nácar ,

Aclamándola gozosas  
En mil canciones , llamaban  
A partir en ti sus fuegos  
Las inocentes zagalas ;

Que en torno tu inmensa copa  
Con bulliciosa algazara  
Vió aun de la tarde el lucero  
En juegos y alegres danzas.

Cuando en los floridos meses  
Se abre al placer reanimada  
Naturaleza , y los pechos  
En sus delicias inflama ;

Tú fuiste el centro dichoso ,  
Do de toda la comarca



Los amantes se citaron  
 A sus celestiales hablas.  
 Los viste penar, los viste  
 Jemir entre ardientes ansias;  
 Y envolviste sus suspiros  
 En sombras al pudor gratas.  
 El segador anhelante  
 En ti en la siesta abrasada  
 Llamó al sueño, que en sus brazos  
 Calmó su congoja amarga;  
 Y con tu vital frescura  
 Tornó á herir la mies dorada  
 Reanimado, y ya teniendo  
 Su fatiga por liviana.

Despues con tus secas hojas  
 Al crudo enero... la llama  
 Te tocó del rayo, y yaces  
 Triste ejemplo de su saña.

Cual con segur por el tronco  
 Roto, la pomposa gala  
 De tus ramas en voluble  
 Pirámide al cielo alzadas,

El animado murmullo  
 De tus hojas, cuando el ala  
 Del céfiro las bullia,  
 Y el sentido enajenaba,

Tu ufanía, el verdor tierno  
 De tu corteza entallada  
 De mil símbolos sencillos,  
 Todo en un punto acabara:

Y hollado, horroroso, yerto,  
 Solo eres ya en tu desgracia  
 Blanco infeliz de la piedra  
 Que ruda mano dispara:

Estorbo y baldon del prado,  
 Que cual ominosa carga  
 Tu largo ramaje abruma,  
 El mirarte solo espanta.

Tu encuentro el ganado evita,  
 Sobre ti las aves pasan  
 Azoradas, los pastores  
 Huyen con medrosa planta;

Siéndoles siniestro agüero  
 Aun ver cabe ti parada  
 La fujitiva cordera,  
 Que por perdida lloraban.

Solo en su orfandad doliente  
 La tórtola solitaria  
 Te busca, y piadoso alivio  
 La suya en tu suerte halla.

En ti llora, y en su arrullo

VI.

Se queda como elevada;  
 Y el eco sus ansias vuelve  
 De la vecina montaña:  
 El eco que lastimero  
 Por el valle las propaga,  
 Do solo orfandad y muerte  
 Suenan las llorosas auras;  
 Mientra al pecho palpitante  
 Parece que una voz clama  
 De tu tronco: ¡qué es la vida,  
 Si los árboles acaban!

#### ROMANCE IV.

##### LA DECLARACION.

Si tu gusto favorece,  
 Zagaleja, mis deseos,  
 Tú serás mi eterna llama,  
 Y yo la envidia del pueblo.  
 Ocho meses te he seguido,  
 Fino amándote en secreto,  
 Por tus injustos desdenes,  
 Y con temor de tus deudos.

Las ansias y los suspiros  
 Que debes á mi silencio,  
 Sábelo Amor solamente,  
 O mi pecho, que es lo mismo.  
 ¡Qué de noches á tus rejas

Los centellantes luceros,  
 Y de las aves al alba  
 Me encontraron los gorjeos!

Mas nunca bien ocultarse  
 Pueden el querer y el fuego,  
 Pues ya todos en tu casa  
 Saben del mal que adolezco.

Necedad es la porfía  
 De callar mas mis intentos,  
 Que nunca ganó el cobarde  
 De amor en el dulce juego.

Ayer me dijo Belarda,  
 Que si la calle paseo,  
 Tu madre misma se rie,  
 Y aprueba mi galanteo:

Que tu padre bien me quiere,  
 Y que á tus hermanas debo  
 Voluntad y fino agrado:  
 ¡Ay! toma en ellas ejemplo.

Yo, zagaleja, te adoro;  
 Que en la noche de los fuegos  
 Te consagré mi albedrío:

16

Perdona el atrevimiento.

Mas no, esquivia, no desdenes  
Por la humildad del sujeto  
Un pecho tierno y sencillo,  
Esclavo de tus ojos.

Que en el don que ofrece el pobre  
No debe mirarse al precio,  
Si la voluntad lo ensalza  
Y lo hidalgo del afecto.

Mil y mil almas te diera,  
Si yo fuera de ellas dueño:  
Una te doy que me cupo,  
No merezca tu desprecio:

Que ni mas fiel, ni mas pura  
Cabe en amoroso pecho,  
Ni corazon mas leal,  
O rendido á tus preceptos.

#### ROMANCE V.

##### EL NIÑO DORMIDO.

Bajo el álamo que hojoso  
Cubre con su pompa umbría  
La pacífica chocilla  
Del enamorado Aminta,  
Él y la sensible Lisi  
En plácido sueño un día  
Vieron al hermoso niño,  
Que es su gloria y sus delicias.

La faz graciosa inclinada  
Del un lado, las mejillas  
Bien cual dos rosas fragantes  
Por el calor encendidas,  
Como bañada la boca  
En una grata sonrisa,  
Y sobre el pecho nevado  
Dobladas las manecitas.

Los brazos entrelazados  
Aminta y Lisi, una misma  
La acción, los rostros unidos,  
Y fija en su amor la vista;

Por no turbar su reposo  
Ni á respirar se atrevían,  
Embebecidos gozando  
De su beldad peregrina.

¡Ay! dijo la amable Lisi,  
Suspirando enternecida,  
¡Cuánto en sus felices sueños  
Es la inocencia tranquila!  
¡Cómo la paz la acompaña!

¡Cómo el contento la anima!  
¡Y con su risa los cielos  
Benévulos la acarician!

Goza, dulce esposo, goza,  
Como tu Lisi querida,  
Mirando el clavel hermoso  
Que mi fino amor te cria.  
Goza, y si es posible, el lazo  
Que afortunados nos liga,  
Contemplándolo se estreche,  
Y en él crezcan nuestras dichas.

¡Vé con qué indecible gracia  
Aun dormido está! ¡qué linda  
Su frente aparece orlada  
De su cabellera riza!

¡Cuál entreabiertos los ojos  
Como dos luceros brillan,  
Y aun entre sueños parece  
Que cariñosos nos miran!

El alelí mas florido,  
La mas fresca clavellina,  
La mas hermosa azucena,  
La rosa que ámbar espira,  
Nada son con nuestro amado:

Mayor es su lozanía,  
Sus gracias mas acabadas,  
Mas su belleza divina.

Su rostro es la misma gloria:  
La paz, el gozo, la risa,  
La candidez, la inocencia  
Se unen en él á porfía.

¡Oh rostro en que venturosos  
Todos mis gustos se cifran!  
¡Oh sol! ¡ó adorado hijo,  
Mi embeleso y mi alegría!

Feliz descansa: y tu sueño  
Disfruta en calma benigna,  
Que solícita en tu guarda  
Vela la ternura mía;

Cual la cándida paloma  
Sus pichoncitos abriga,  
Y de su seno amoroso  
Los sustenta y vivifica.

Descansa vástago tierno,  
Que bajo la sombra amiga  
De mis cuidados floreces,  
Para hacer mi gloria un día:  
Descansa; y que tu reposo,  
Tus sueños, tu amable vida,  
Los ánjeles tus hermanos,  
Velando en torno, bendigan.

Alamo feliz, tus ramas  
Sobre él blandamente inclina,  
Y con tus sonantes hojas  
Oficioso le cobija.

Trinad, ó canoras aves,  
Con mas dulce melodía  
Para no turbar su sueño ;  
Y á verle llegad festivas.

Tú, agradable cefirillo,  
Haz á mi bien compañía,  
Y en su congojada frente  
Plácido el sudor mitiga.

¡ Cielos ! una madre os ruega :  
En vuestra bondad propicia  
Acojed mi hijo querido ;  
Y honrado y dichoso viva.

Haced, haced que en su seno  
A una descuelen unidas  
La caridad oficiosa,  
La piedad y la justicia :

Incesantes dél brotando,  
Como de una vena rica,  
Cuanto de noble y de grande  
Mas la humanidad sublima.

Y tú, idolatrado esposo,  
Vé en nuestro hechizo dormida  
A la inocencia, que apenas  
En su placidez respira :

Vé al lustre de nuestros años  
En su juventud florida,  
A nuestro arrimo y consuelo  
En la ancianidad tardía :

Vé al serafin, al lucero  
Mas radiante..... Una ramita  
Al soplo veloz del viento  
Del álamo desprendida,

Cayendo en la faz del niño  
Nubló á los padres su dicha,  
Que á un tiempo al verle despierto  
Y que asustadillo grita,

¡ Ay hijo adorado ! esclaman ;  
Y sobre él con mil caricias  
Para acallarle en sus brazos  
Riendo se precipitan.

## ROMANCE VI.

EL AMANTE CRÉDULO.

PARA las fiestas de mayo  
Prometió la bella Fili

Sus favores á un zagal,  
Que importuno la persigue.

Huye á sus ruegos en tanto  
Con engañosos melindres,  
Y mil palabras le empeña  
Para ninguna cumplirle.

Loco el zagal en sus ansias,  
Tan crédulo como simple,  
Las gracias de la pastora  
Como finezas recibe.

Toda la aldea es donaires,  
Todos de Pascual se rien,  
Él solo se goza ufano  
De las burlas que le dicen.

¡ Oh, bien haya su inocencia ;  
Y mas el despejo libre  
De la sutil zagaleja,  
Que tan bien un amor finje !

Pascual cuenta los instantes,  
Y la tardanza maldice  
De los días que se duermen  
Del abril en los pensiles.

Solo Anton, que en crudos zelos  
Arde para divertirse,  
A cada paso esta letra  
Al loco amante repite:

Vendrá mayo, zagal necio ;  
Y con sus fiestas vendrá  
Tu desengaño y desprecio  
Y la risa del lugar.

Los días que confiado  
Quieres ora adelantar,  
Un tiempo te ha de pesar  
Que hayan tan presto llegado.

Déjalos, Pascual, estar ;  
Y no te anticipes necio  
Tu desengaño, un desprecio,  
Y la risa del lugar.

## ROMANCE VII.

LA GRUTA DEL AMOR.

ESTA es, adorada Clori,  
La gruta donde guiados  
Del dulce Amor, en sus aras  
Eterna fe nos juramos.

Aquí fué do derretido  
En mil ardientes halagos,  
Premiando ahincado tus plantas,  
Y tu timidez culpando,

Me inspiró el dios tal fineza,  
Que tú al corazón mi mano  
Llevando; tuyo es, dijiste,  
Y en vano ¡ infeliz! lo callo.

Tus bellos ojos al vuelo  
En lágrimas se arrasaron;  
Y una fuerza irresistible  
Te precipitó en mis brazos,

Clamando: ¡ en tanta ruina  
Mi honor solo al tuyo encargo!  
Y de rubor contra el mío  
Tu ardiente rostro ocultando,

Yo á mi palpitante seno  
En indisoluble lazo  
Feliz te estreché; y mas fino  
Torné á jurarme tu esclavo.

¡ Qué momento aquel, ó amada!  
¡ Cómo inflexible el recato  
Le disputó á la ternura  
Aun el favor mas escaso!

Hasta que sobrecojidos  
De un inexplicable encanto,  
Débiles ya á gloria tanta,  
Sin acuerdo y mudos ambos,

Ni tú mas que anhelar tierna,  
Ni mas yo que enajenado  
Gozar mi inefable dicha,  
Pudimos un largo espacio.

Suspiraste al fin diciendo:  
¡ Ves cuán fina te idolatro,  
Zagal querido, y cuán ciega  
Tus dulces éstasis parto!

Todo por tí lo abandono,  
Y de hoy señor te declaro  
De una vida ya no mía;  
Qué á Amor y á ti la consagro.

¡ Qué infeliz fuera tu Clori,  
Si ser pudiese que ingrato...!  
No la gloria en que me anego,  
Mengüen ya recelos vanos.

Serás tan constante y fino,  
Cuan constante y fina te amo;  
Y tu fe sencilla y pura,  
Pues con otra igual te pago. —

Serélo, Clori adorada,  
Serélo; y si infiel te faltó,  
Antes fálteme la vida,  
O me-abrase justo un rayo.

Serélo, pues ya dichoso  
Solo un ser con tu ser hago;  
Y en este nudo inefable

Todas mis delicias hallo.

No temas, no temas, Clori:  
Vé el sol cuán lumbroso y claro  
Se encumbra y al mundo rie,  
Nuestra union solemnizando:

Vé hervir todo cuanto existe  
De amor en el fuego santo,  
Las plantas arder, heridos  
Jemir de su presto dardo

Brutos y aves, halagarse  
Rendidos, fáciles, manses;  
Y union, union en mil gritos  
Sonar por el aire vago.

La nuestra pues estrechemos  
Aun mas, si mas nos es dado;  
Y crezca sin fin la llama  
En que ardes tú, y yo me abraso.

Crezca esta llama, bien mío,  
No haya en tus éstasis plazo:  
Ni mas que un solo deseo  
De gozar anime á entrambos.

Todo á hacerlo nos convida:  
Vé allí donde solitario  
Me hallaste por tus desvíos  
Sumido en dolor y llanto:

Allá cual nuestra ventura  
Pomposo y florido el árbol,  
Do á hablarnos la vez primera  
Nos llevó un feliz acaso;

Y aquí el venturoso césped,  
Do entre mimos y regalos  
A acordar nuestros amores,  
Blanda tú ya, nos sentamos:

Do de las fragantes rosas  
Que yo traje á tu regazo,  
Ceñí con una guirnalda  
Tu pelo rubio y dorado;

Diciéndote: su ámbar, Clori,  
No es á la nariz tan grato,  
Como el que tu aliento exhala,  
Y aspira feliz mi labio.

Mas risueña tú á mi frente  
La guirnalda trasladando,  
Galardon, clamaste, sea  
De un hablar tan cortesano; —

Y de un rosicler mas vivo  
Tus mejillas se animaron,  
Nublando el rubor tus ojos  
Con un lánguido desmayo;

En que tu seno turjente  
Bullendo mas concitado,

Parecia en sus latidos  
Decirme: en delicias ardo.

Yo, aun tu ternura escediendo,  
Como en un glorioso pasmo  
Me entregaba á mil delirios,  
Gozándome en tu embarazo.

A par que sus leves alas  
Batiendo el céfiro blando,  
Y soltándose las aves  
En el mas canoro aplauso;

A nuestra llama aclamaban,  
Y del aire el ancho espacio  
Se llenó de nuestra gloria  
Con su júbilo y sus cantos.

¡Ay Clori! ¡que eterna dure!  
¡Que jamás, jamás aciagos  
Ni rezelos la mancillen,  
Ni se mengüe con los años!

Mas de celestial fineza  
Inimitable dechado  
A los amantes mas fieles,  
Y envidia y honor seamos.

Sí, dijo Clori, tan tierna  
Como en aquel primer rapto  
De su pasión; y un suspiro  
Fué á nuevas dichas presajio:

Un suspiro, que en mi pecho  
Dulcísimo resonando,  
En él todas las delicias  
Trasladó de Guño y Páfos.

Las ninfas, aunque envidiosas  
De deliquio y amor tanto,  
Himeneo desde el bosque  
Con alegre voz cantaron;

Y el cielo en mas grata lumbre,  
Mas florecidos los campos,  
Las auras con mas aromas,  
Los árboles mas lozanos,

Y todo con nueva vida  
Se ostentó para adularnos:  
Un templo de Amor la gruta,  
Nuestra fe un puro holocausto.

Así célebre de entónces,  
Del hecho el nombre tomando,  
La gruta de Amor se llama  
Por naturales y estraños.

### ROMANCE VIII.

#### LA LLUVIA.

Bienvenida, ó lluvia, seas

A refrescar nuestros valles,  
Y á traernos la abundancia  
Con tu rocío agradable.

Bien vengas, á dar la vida  
A las flores, que fragantes,  
Para mejor recibirte,  
Rompen ya su tierno cáliz;

Do á sus galanos colores  
En primoroso contraste,  
Tus perlas del sol heridas  
Brillan cual ricos diamantes.

Bien vengais, alegres aguas,  
Fausto alivio del cobarde  
Labrador, que ya temia  
Malegrados sus afanes.

Bajad, bajad, que la tierra  
Su agostado seno os abre,  
Do os aguardan mil semillas  
Para al punto fecundarse.

Bajad, y del mustio prado  
Vuestro humor la sed apague,  
Y su lánguida verdura  
Reanimada se levante:

Tejiendo un muelle tapete,  
Cuyo hermoso verde manchen  
Los mas vistosos matices  
Como en agraciado esmalte.

Bajad, bajad en las alas  
Del vago viento; empapadle  
En frescura deleitosa,  
Y el pecho lo aspire fácil.

Bajad, ¡oh cómo al oído  
Encanta el ruido suave  
Que entre las trémulas hojas  
Cayendo las gotas hacen!

Las que al rio undosas corren,  
Ajitando sus cristales  
En sueltos círculos, turban  
De los árboles la imájen;

Que en su raudal retratados,  
Mas lozano su follaje,  
Y erguidos ven sus cogollos,  
Y su verde mas brillante.

Saltando de rama en rama  
Regocijadas las aves,  
Del líquido humor se burlan  
Con su pomposo plumaje;

Y á las desmayadas vegas  
En bulliciosos cantares  
Su salud faustas anuncian,  
Y alegres las alas batien.

El pastor el vellon mira  
 Del corderillo escarcharse  
 De aljófares, que al moverse  
 Invisibles se deshacen,  
 Mientras él se goza y salta,  
 Y con balidos amables  
 Bendice al cielo, y ansioso  
 La mojada yerba paze,  
 El viento plácido aspira,  
 Y viendo cuán manso cae  
 En sus campos el rocío,  
 El labrador se complace,  
 Gozando ya de las mieses  
 Su corazón anhelante,  
 Que colmarán sus graneros,  
 Cuando el Can al mundo abraze.  
 El bosque empapado humea,  
 De aromas se inunda el aire,  
 Y aparecen las espigas,  
 Floreciendo los frutales.  
 En medio el sol de las nubes  
 Su frente alzando radiante  
 De oro y de púrpura al iris  
 Pinta entre gayos celajes:  
 El tendiéndose vistoso,  
 Sus inmensos brazos abre,  
 Y en arco lumbroso al cielo  
 Da un magnífico realce.  
 La naturaleza toda  
 Se ajita, anima, renace  
 Mas gallarda, ¡oh vital lluvia!  
 Con tus ondas saludables.  
 Ven pues, ¡oh! ven, y contigo  
 La fausta abundancia trae,  
 Que de frutos coronada  
 Regocije á los mortales.

## ROMANCE IX.

LA MAÑANA DE SAN JUAN.

MADRUGADA de san Juan  
 Por el prado de la aldea  
 A celebrarla se salen  
 Pastores y zagalejas.  
 Bailándolas ellos vienen  
 Con mil mudanzas y vueltas;  
 Y cantando mil tonadas  
 Del dulce Amor vienen ellas.  
 Unos el suyo encarecen  
 En bien sentidas ternezas;

Y otros con agudas chanzas.  
 Bulliciosos las alegran.  
 Los que son mas entendidos,  
 Cortesanos les presentan  
 La mano para apoyarse,  
 Con delicada fineza.  
 No hay corazón que esté triste,  
 Ni voluntad que esté exenta:  
 Todo es amor el valle,  
 Los zagales todo fiesta.  
 Cual saltando se adelanta,  
 Cual burlando atrás se queda,  
 Y cual en medio de todas  
 Repica la pandereta.  
 El crótalo y tamborino  
 Con la alegre flauta alternan;  
 Y el regocijo y los vivas  
 Suben hasta las estrellas.  
 Unos de trébol y flores  
 Y misteriosa verbena (1)  
 Sus cándidas sienes ciñen,  
 Matizan sus rubias trenzas.  
 Otros por detrás sus ojos  
 Con un lienzo arteros vendan,  
 Y del juego alegres rien  
 Si con el engaño aciertan;  
 Y otros de menuda juncia  
 Tejiendo blandas cadenas,  
 Hacen como que las prenden,  
 Y en sus lazos mas se enredan.  
 Aquel deshojando rosas,  
 En el seno se las echa,  
 Y aquel en el suyo guarda  
 Las que á su nariz acercan.  
 Cuales alzando los ramos  
 En triunfo de amor las llevan,  
 Y cuales, porque los pisen,  
 De ellos el camino siembran.  
 Así llegan á la fuente  
 Que el gran álamo hermosea  
 Con su pomposo ramaje;  
 Do en alegre paz se asientan.  
 El gusto y júbilo crecen;  
 La risa y el placer vuelan

(1) Era uso antiguo de los mas de los pueblos  
 el salir al campo las jentes la mañana de san  
 Juan, cantando y bailando á cojer el trébol y la  
 verbena, á que atribuihan crédulos varias virtudes  
 y misterios. Aun hoy se va en Madrid en este día  
 á comprar *las yerbas* á los portales y plazuela de  
 santa Cruz; resto sin duda de aquel estilo.

De boca en boca , y mas vivos  
Canto y danzas se renuevan.

La aurora de su albo seno  
Rosas derramando y perlas,  
Cede el cielo al sol, que asoma  
Y se para y las contempla ;

Y en medio su trono de oro  
Por las lucientes esferas  
Ostentando de sus llamas  
La inagotable riqueza ,

Este dia mas hermoso  
Parece que da á la tierra  
Mas rica luz, y á las flores  
Alegria y vida nueva.

Con la fiesta y el bullicio  
Las avecillas despiertan,  
Pueblan y animan los aires,  
Y la nueva luz celebran.

Todo en fin se goza y rie ;  
Fuentes, árboles, praderas,  
Selváticos brutos, hombres,  
El júbilo en todos reina.

Libre en tanto el Amor vaga :  
Nadie sus tiros rezela :  
El campo , el dia, la hora,  
Todo la ilusion aumenta.

Todo encanta los sentidos :  
Por una llanada inmensa  
Vaga la vista, las aves  
Con sus trinos embelesan.

Entre el grato celirillo  
El labio aromas alienta,  
El tacto en delicias nada,  
Y el pecho inflamado anhela:

Gratamente así corriendo  
Por las ajitadas venas  
Del placer la suave llama,  
Que á todos arrastra y ciega.

La ocasion brinda al deseo,  
Las miradas son mas tiernas,  
Los requiebros mas ardientes,  
Mas traviesa la agudeza.

Nadie desairado llora,  
Ni enojar amando tiembla :  
El baile mismo autoriza  
Mil cariñosas licencias.

Quien rendido se declara,  
Quien tierno la mano premia  
De su amada, y quien la roba  
Un beso al dar una vuelta :

Beso de que no se ofende

La zagala mas severa,  
Pues fueran culpa este dia  
El rigor ó la tibieza.

Todos arden y suspiran,  
Todo se aplaude y festeja ;  
La timidez es osada,  
Menos canta la modestia.

Y entre tantos regocijos,  
Un pastor, á quien las nuevas  
De su dulce bien faltaban,  
Cantó angustiado esta letra :

Ya no hay, zagales, amor,  
Que lo acabara el olvido :  
Nada de Fili he sabido,  
Y tiemblo su disfavor :  
Ausente estoy, fui querido :

¡ Ved si es justo mi dolor !  
Tambien yo un tiempo dichoso  
Cual ora os gozais, me ví ;  
Y en mi embeleso amoroso  
Alegre canté y rei

A par de mi dueño hermoso.  
Despues que dejé su lado  
Perdí la dicha y el gusto ;  
Y hoy con mas grave cuidado,  
Al ver su silencio injusto,  
Solo esclamo desolado :

Ya no hay, zagales, amor,  
Que lo acabara el olvido :  
Nada de Fili he sabido,  
Y tiemblo su disfavor :  
Ausente estoy, fui querido :  
¡ Ved si es justo mi dolor !

#### ROMANCE X.

##### DE LAS DICHAS DEL AMOR.

No juzgues, bella aldeana,  
Que es por niño á Amor difícil  
Cautivar un albedrío,  
Y á sí en dulce lazo unirle :  
No, que á su imperio dichoso  
Quien gusta indócil resiste,  
O que hay, cuando el arco flecha,  
Destreza que el tiro evite.

Que en la corte y en los campos  
Incontrastable preside,  
Y así al guerrero avasalla  
Como al zagalejo humilde.

Hace al mas rústico urbano,

Audaz la tímida vírjen,  
Y hasta el anciano sesudo  
Por él las canas se tiñe.

Bien que en unos lindos ojos,  
Y en un seno de jazmines,  
Y unas mejillas de rosa  
Toda su fuerza consiste.

Así alegre y bullicioso  
No engañada te imagines,  
Que en las lágrimas se goza,  
Ni con los suspiros rie:

Que educado por las Gracias  
Gusta que bailen y trisquen,  
Y que canten y festejen  
Cuantos sus banderas siguen;

Ya en la pacífica Idalia,  
Ya de Gnido en los pensiles  
Grata los entre su madre,  
Ya en su aras sacrificuen.

El camino de su templo,  
La senda que dél dirije  
Al bosque de las delicias  
Sus ahijados mas felices:

No por ásperos los tengas,  
Ni los juzgues imposibles,  
Que son llanos, y de rosas  
Poblados y de alielies.

Ni menos pienses cobarde  
Que su fuego el alma aflije,  
Ni de sus blandas heridas  
Que ningun remedio admiten.

Su fuego un ardor suave,  
Sus llagas son apacibles,  
Y leves puntas las flechas,  
Que su dulce nombre imprimen.

La cárcel que tanto temes,  
Y esos hierros con que oprime  
Sus venturosos esclavos,  
Que tú llamas infelices;

Es un celestial alcázar,  
Donde gozan los que viven,  
En vez de encierros y grillos,  
De contentos indecibles.

Siempre entre mirtos y acacias,  
Y en un temple bonancible,  
Lleno el ambiente de aromas,  
Los ramos de colorines,

Que revolando anhelosos  
A sus queridas persiguen,  
A par que en sus dulces trinos  
Amor, solo amor repiten.

Allí embebidas las almas  
Ya en esperanzas que finjen,  
Ya en desdenes que contrastan,  
Ya en favores que consiguen:

Temen ora, ora suspiran,  
Ora blandamente jimen,  
Gozan ora, ora se quejan,  
Ora al amado se rinden.

Sus palabras son caricias,  
Sus riñas serenos íris,  
Y el despego y los rigores  
Ocasión á nuevas lides.

Fragua feliz los rezelos,  
Do amor ya tibio se avive,  
Y los piques y mudanzas  
De otro nuevo amor orijen.

Su favor es blanda llama  
Con que el alma se derrite,  
Pasatiempo los cuidados,  
Y la timidez melindre.

¡Felices mil y mil veces  
Los que en su poder suspiren,  
Los que sus cadenas llevan,  
Y los que su ley reciben!

¡Y yo aun mas feliz, bien mio,  
Si á mi ruego al fin sensible,  
Una hechicera mirada  
Osa y no temas, me dice!

## ROMANCE XI.

A FÍLIS RECIEN CASADA.

LLEGÓ en fin el fausto día  
Que tanto Celio anhelaba,  
Que cien envidiosos lloran,  
Y que mi amistad aclama.

Ya eres su esposa; y tu cuello  
Sufre dócil la lazada,  
Con que para siempre unidas  
La suya y tu vida se atan.

De flores será olorosas,  
Si los dos sabeis llevarla;  
Cual de punzantes espinas,  
Si la discordia os separa.

Cuida pues, amable Fili,  
De que cada vez mas grata  
Al feliz velado sea

Por tu dulzura y tus gracias:  
Cuida que el peso no sienta,  
Y que una tierna mirada



Del esposo en cada hora

El amante fiel te haga.

Bien, Fili, lograrlo puedes,

Si la ilusion regalada

Que hoy le embelesa, procuras

Que el tiempo no la deshaga.

Ni mimosa le empalagues,

Ni con melindres de casta

Marchites por tus desvíos

La flor de sus dulces ansias.

Sé plácida á sus amores;

Mas gratamente velada

De un rubor tímido á veces

Feria tus finezas cara :

Que por vulgar no se precia,

Aunque riquísima, el agua,

Y al claro sol el diamante

Por lo raro se compara.

Ni le des, ni pidas zelos;

Zelos que pedidos cansan,

Y dados..... te ofenderia,

Si mas de este achaque hablara.

Los donosos devaneos

Acabaron ya, cual vagas

Pasan las nubes de estío,

Que sin lluvia el campo engañan.

Acabaron, bella Filis,

Las citas á la ventana,

Los empeños en el baile,

Las músicas y enramadas,

Y aquel tu bullir travieso,

Que te dió entre las zagalas

El renombre de festiva,

De decidora la palma.

Lo que en la alegre soltera

Se rie como una gracia,

Por liviandad se censura

En la severa casada.

Hoy un nuevo amor empiezas,

Cuya deliciosa llama

Otros frutos ha de darte,

Y otra mas ilustre fama.

Tu esposo, y tu esposo solo,

Goze de tu vida y alma,

Al par que de entrambas tuyas

Tú eres feliz soberana.

Un querer, un gusto, un lecho

Comun os sea; en su cara

Te mirarás como espejo;

Y tu jenio al suyo iguala.

A veces á sus antojos

Tu razon dobla, que es gala

Del amor mandar sirviendo;

Y al que se humilla, le ensalzan.

Sé con cuantos te rodean,

De trato y condicion blanda;

Que el rigor enojos cria,

Y mal oye quien mal habla.

Solicita con tu esposo,

Y desvelada en tu casa,

Cual madre todos te miren,

Tus doncellas como hermana.

Pero á par cuida prudente,

Pues su señora te llamas,

No tan alto nombre pierdas,

Si encubriéndolas te guardan.

Alégrate sin rebozo,

Y trisca en el baile y canta,

Que la virtud nunca estuvo

Con la risa mal hallada;

Y huye indulgente y benigna

La severidad ingrata,

Que á la par que humilla, ofende,

Y el fuego de amor apaga:

Viendo en el mar de la vida,

Cual á un rayo de bonanza

Que fugaz vuela, horrorosas

Ya mil nubes amenazan.

Sin afectar presuncciones

Ni en cada día una gala,

Conserva ese limpio esmero

Con que á todos nos encantas.

Cuida de ti por tu amado,

Y hazte á sus ojos tan varia,

Que cual ora ilusos te hallen

Cada vez mas estremada.

Mira que el querer se entibia,

Que el ciego embeleso pasa,

Que desplace el desaliño,

Y lo gozado empalaga.

Serás madre, bella Filis,

Serás madre, y hechizada

Recibirás en tus brazos

La mitad de tus entrañas.

¡ Oh, en qué afectos al oirlo

Tu amante seno se inflama,

Viéndote fecunda oliva

De pimpollos enramada!

Serás madre, y de tu esposo

Creer sentirás la llama,

Reflorcer las finezas,

Sellarse la confianza.

Sobre él sentarás segura  
 Tu amable imperio ; y ufana  
 Brillarás cual entre albores  
 Se ostenta risueña el alba.

Crecedrán tus dulces hijos ,  
 Y en ellos tus esperanzas ,  
 Cual mata de clavellinas  
 Plantada al márgen del agua.

Tú velando noche y día  
 Felizmente en su crianza ,  
 En delicias celestiales  
 Te sentirás inundada :  
 Y serás , Fili , en el mundo  
 Cual tórtola solitaria ,  
 Que en su nido y en su amado  
 Todas sus venturas halla.

En tu regazo dormidos ,  
 Colgados de tu garganta ,  
 Verás con qué de caricias  
 Tu ardiente cariño pagan.

A tu voz , cual los polluelos  
 Que su madre en torno llama ,  
 Correrán de gozo llenos  
 Siguiéndolos tus miradas :

Mientras el feliz esposo  
 Ya sus brazos le prepara ,  
 Y entre su querida y ellos  
 Su corazón se derrama :

Gozando tú embebecida  
 Cual nuevas las vivas ansias  
 De su tierna fe, la gloria  
 De ver cuán penado os ama.

¡ Oh qué de premios y dichas  
 Fausto el cielo te depara !  
 ¡ Qué de contentos y amores  
 De pureza inmaculada !

¡ Qué porvenir tan glorioso !  
 ¡ Qué deliciosa fragancia  
 De virtudes ! ¡ qué de bienes ,  
 Esposa y madre , te aguardan !

Disfrútalos , Fili bella ,  
 Y las prendas que te ensalzan  
 Admire yo , si es posible ,  
 En tus hijuelos copiadas.

Disfrútalos ; y la dicha  
 Sé por siempre de tu casa ,  
 El lustre de nuestra aldea ,  
 Y de todos la alabanza. —

Como parabien de boda  
 Estos versos le cantaba  
 Un zagal , que fué su amante ,

A Filis recién casada.

Cuando de repente al triste  
 Tan al vivo se retratan  
 Los dolorosos recuerdos  
 De sus dichas malogradas ,

Que en su deliciosa imájen  
 Como embebecida el alma ,  
 Ni ya al rabel armonía ,  
 Ni al labio le da palabras ;

Y angustiado, absorto y mudo ,  
 A pesar de su constancia ,  
 La que empezó enhorabuena ,  
 Si no cesa , en llanto acaba.

## ROMANCE XII.

LOS DIAS DE SILVIA.

*A la Esma. Sra. duquesa de Alba.*

Si á los candidos impulsos  
 Que mi corazón abriga ,  
 Mostrar toda su fineza  
 Hoy dejase , amable Silvia ,  
 Cual disparados hervores

De mi ardiente fantasía ,  
 La tibieza los burlara ,  
 Murmurándolos la envidia.

Mas quien íntimo supiese  
 La sencillez de mi fina  
 Voluntad , los dulces lazos  
 Que al duque y á ti me ligan ;

Lazos que á los dos me estrechan  
 Con violencia tal , que unidas  
 En una sola tres almas ,  
 Vuestra ventura es la mía ;

Ni culpara mi entusiasmo ,  
 Ni llamara encarecida  
 Una afición , que hará siempre  
 Mi embeleso y mis delicias.

Dijera sí , que la pluma  
 Por el papel corre tibia ,  
 Ni alcanza á pintar la lengua  
 Cuanto el corazón le dicta :

Este corazón que anhela  
 Porque gozes aun mas dias  
 Que alza luceros la noche ,  
 Y el mayo rosas matiza ;

Mas que el abrasado julio  
 Lleva de rubias espigas ,  
 Que la belleza de ardores ,

De gozos el Amor cria.

Y cual plácido arroyuelo  
Que por la vega florida,  
Salpicándola de aljófar,  
Mansamente se desliza;

Tal tus años lentos jiren  
En serie no interrumpida  
De bien logrados deseos,  
De inefables alegrías.

Por siempre en verdor lozano,  
Del tiempo la mano impía  
Jamás tu cabello ultraje,  
Ni mancille tus mejillas;

O esos tan lumbrosos ojos,  
Y á esa boca toda risas,  
Con las lágrimas se anublen,  
Dolientes ayes aflijan;

Sino que hechiceros ardan  
Cual ora Amor los atiza,  
Y ella de cuantos la escuchen,  
Las voluntades te rinda.

Jamás de amargos cuidados  
Tu sensible pecho jima;  
Ni la inquietud ó el desvelo  
Tu blando sueño persigan;

Mas bien con plácida mano  
Fortuna tus pasos riija,  
Y por donde quier que fueres,  
Contigo llesves la dicha.

Brillando cual la alba luna,  
Cuya claridad benigna  
A los alegres encanta,  
Y á los míseros alivia;

O como el astro de Venus,  
Cuando á la aurora convida  
A que abra al día las puertas,  
Y ahuyente la noche umbria.

Envidiada, mas sin queja,  
Todos te busquen y sirvan,  
Los hombres cual su señora,  
Las mujeres por amiga,

Y encantados dulcemente  
De las gracias con que brillas,  
De tu lengua estén colgados,  
Que miel y ámbar destila.

Tus saladas agudezas  
Y tu urbanidad festiva  
El ingenio las aplauda,  
La emulacion las repita:

Corriendo de boca en boca  
Por siempre esa vena rica

De donaires, que en la tuya  
Inagotable se admira.

Respete tu jenio amable  
Hasta la calumnia misma;  
La envidia al ver tu talento,  
Enmudezca, confundida.

Enmudezca cual las aves,  
Cuando suavísimo trina  
El ruiseñor solitario,  
Oyéndole embebecidas.

Y tú, Silvia, sobre todos,  
Cual rauda el águila altiva  
Se encumbra, tu vuelo elevas,  
Y todos tu ley reciban.

Sean tus inmensas riquezas  
Patrimonio á la desdicha,  
Tu excelso nombre un sagrado  
Contra la suerte enemiga.

Adúlete la esperanza,  
Abrázete la sencilla  
Blanda paz, risueño el gozo  
Mas y mas sin fin te siga.

Así ejemplo á las edades  
De virtudes peregrinas,  
Tus discreciones se aprendan,  
Cual tu bondad se bendiga.

Favorable en fin el cielo  
A cuanto amistad me inspira,  
En su seno y en los brazos  
Del amor mil años vivas.

### ROMANCE XIII.

#### LA ZAGALA DESDEÑOSA.

Si me quieres como dices,  
Deja el desden, zagaleja,  
Que nunca bien hermanaron  
El amor y la aspereza.

Opon cruda los desdeñes,  
Si otro zagal te festeja,  
Que escuchar á dos á un tiempo,  
Es hacer á ambos ofensa.

Uno sea el escojido;  
Mas cuando feliz lo sea,  
Goza en paz de su ternura,  
Y él en libertad te quiera;

Y celébrete entre todas,  
Y en derretidas finezas  
Pagándole tú benigna,  
Su llama exhalar se pueda.

Que en el amor los rigores  
Son cual hielo en primavera,  
Que al mayo roba sus galas,  
Y á los ganados la yerba;

Y el favor plácida lluvia  
Con que abril al campo alegra,  
Que hace florecer los valles,  
Y espirar la sementera.

Favorece, y no desdenes,  
Que no toda la belleza  
Está en unos lindos ojos,  
O en una dorada trenza:

La beldad erguida y vana  
Es bien cual pomposa yedra,  
Que alegres todos la miran,  
Pero ninguno la aprecia:

Mas al agasajo unida,  
Cual vid de racimos llena,  
A cuya sombra apacible  
Gozosos todos se sientan;

Y cuyos vástagos verdes,  
Cuando en el olmo se enredan,  
Lo realzan con sus hojas,  
Con sus abrazos lo estrechan.

Flor de un dia es la hermosura,  
Y el tiempo tras sí la lleva;  
Y si en mis palabras dudas  
Toma una leccion en Celia.

Celia, la célebre un dia  
Por su beldad hechicera,  
Que despreció á mil rendidos  
Cuanto envanecida necia;

Y hoy ultraje de los años,  
Busca en sus ardores ciega  
Quien la sirva, y todos huyen;  
Quien la mire, y no lo encuentra.

Voló con su nieve y rosa  
De sus ojos la viveza,  
Y arrugada, y sola, y triste,  
A un seco rosal semeja.

Solo la hondad sencilla,  
Que cariñosa, aunque honesta,  
Oye á su zagal querido,  
Y le corresponde tierna;

La que con sus gracias rie,  
Y con él baila en la fiesta,  
Y en el seno pon sus flores,  
Y con otras su amor premia:

La que viendo en él su esposo,  
Ni se esquivá ni avergüenza  
De que á ella todos por suya,

Y á él por su amante los tengan

Esta siempre como el alba  
Brillando en su luz primera,  
A cuantos la ven rendidos  
Guarda en su dulce cadena.

Los años no la oscurecen,  
Ni los cuidados la aquejan,  
La emulacion la perdona,  
Y la envidia la respeta;

Siendo, aunque en edad tardía,  
Su agrado y felices prendas  
Delicia de los zagales,  
Como encanto de las bellas.

Sé pues afable, Amarilis,  
Cesa en los desdenes, cesa;  
Que en tu júbilo y donaires  
Bien ese rigor no suena:

Ni te formaron los cielos  
Así estremada y perfecta,  
Para que tan altos dones  
Miseramente se pierdan.

Sé afable con quien te adora,  
Y verás toda la aldea,  
Si ora tu altivez murmura,  
Celebrar tu jentileza.—

Así cantaba Belardo  
De una zagala á las puertas;  
Y ella asomándose airada,  
Que calle y parta le ordena.

#### ROMANCE XIV.

##### LOS SUSPIROS DE UN AUSENTE.

Tras aquel ceñudo monte  
Que á las estrellas levanta  
Su erguida frente, de nubes  
Y de nieves coronada.

Está la mansion dichosa  
De mi Clori, la zagala  
Que es gloria de estas riberas  
Y embeleso de las Gracias.

Fina el alma me lo anuncia,  
Pues no cabiendo ajitada  
Ya en mi lastimado pecho,  
En tiernos ayes se exhala.

Con violencia irresistible  
De la otra parte se lanzan  
De la alta cima mis ojos,  
O el duro monte traspasan.

Mil cuidados van con ellos,

Peñas mil y quejas vanas,  
Y mil finezas y ardores...

¡Ay, que la ilusion me engaña!

Yo aquí en soledad me aflijo,  
De la otra parte mi amada;  
Opuesta á nuestros deseos  
Esta invencible muralla.

¡Fiero monte! tú me privas  
Volar adonde me arrastra  
Mi dulce amor... ni aun me dejas  
Ver su pacífica estancia:

La estancia que fué algun dia  
En mi suerte afortunada,  
Confidente de mis glorias,  
Testigo fiel de mis ansias.

Allá estático la busco,  
Y en su impaciencia de hallarla,  
La vista allí se la finje,  
Y allí corren vida y alma

En pos de Clori... ¡bien mio!  
Solo á tu nombre en mil llamas  
Arde el pecho, mi ser todo  
En gozo y delicias nada.

¡Clori! ¡Clori! ¡quién me diese  
Esta importuna distancia  
Trasponer veloz! ¡quién ciego  
Precipitarme á tus plantas!

¡Estrecharte entre mis brazos,  
Y así en sorpresa tan grata  
Ver tu tímida inocencia  
Cual con tu pasión luchaba;

Y las lágrimas de gozo  
Con que tu seno inundaras,  
Mezclándolas con las mias,  
En mis ayes inflamarlas!

¡Quién tierna te oyese á solas  
Por mí anhelar, y en tu cara  
Ya la inquietud retratarse,  
Ya plácida la esperanza!

¡Ya de un infeliz dolerte,  
Que en su soledad amarga  
Mil y mil veces sin seso  
Nombrá á su Clori adorada!

Clori mi labio articula,  
Clori lisonjera el aura,  
Y Clori el eco repite  
Por la selva solitaria;

Y mi Clori no me escucha...  
¡Monte fiero! de tu falda  
Hasta tu cumbre te acose  
La esterilidad infausta;

Ni á tus árboles el mayo

Vista jamás de sus galas,  
Ni tus desnudas laderas  
De flores y de esmeralda:

Tus arroyuelos no corran;  
Los veneros que brotaban  
Bullendo tus ricas fuentes,  
Cierren sus venas de plata:

Las aves de ti se alejen;  
Ni entre tus áridas ramas,  
O al tierno amor sacrifiquen,  
O sus blandos nidos hagan;

Ni en fin los amantes fieles  
Honren tus sombras ingratas,  
Buscándolas por terceras  
De sus finas confianzas.

Esto sea, odioso monte,  
Pues con aspereza tanta  
Te opones á mi ventura,  
Mi ardiente pasión contrastas.

Ver si no á mi luz me deja;  
Deja á mi lijera planta  
Doblar tu escarpada cumbre,  
Volar hasta su cabaña:

Sorprenderla en su retiro;  
Feliz un instante hablarla,  
Y allá lanzar sus zozobras,  
Y alentar sus esperanzas;

Clamándole: ¡vida mia,  
Manténme la fe jurada,  
Y otra y mil veces recibe  
La que mi pecho te guarda;

Y que nuestro amor venciendo  
Hados, tiempos y distancias,  
De firmeza ejemplo sea  
Hasta en la edad mas lejana!

Da, ó monte, este corto alivio  
A mis súplicas ahincadas,  
O al solícito deseo  
De mi Clori que me aguarda.

Y si el ruego y la inocencia  
El duro mármol ablandan,  
Cede, ¡oh! cede á su ternura,  
Y sus lágrimas acalla:

Y sus lluvias te dé el cielo,  
Y eternas duren tus hayas,  
Y huya el ardiente solano  
De tus umbrosas moradas.

¡Ah! ¡si yo al menos tuviera,  
Pues que á su aspereza clama  
Sin fruto mi amor, del viento

O de las aves las alas?  
 Mas rápido que la mente,  
 Clori mía, á ti volara:  
 Viera si de mí te acuerdas,  
 Y viera cuán fina me amas;  
 Y si mis ternezas partes,  
 Y si mis zozobras pagas;  
 Si enajenada me buscas,  
 Si como loca me llamas:  
 Y en nudo estrecho enredado.  
 De tu nevada garganta,  
 Con ardiente sed bebiera  
 Tus lágrimas regaladas:  
 Arrastrárate á mi pecho;  
 Y allí en mi pasión ufana,  
 En ti, Clori, mi ser todo,  
 Y el tuyo en mí trasladara:  
 Moviérame mis gemidos,  
 Callárame mis palabras;  
 Y envidiara el Amor mismo  
 Nuestras celestiales ansias.  
 Así deshechas las dudas  
 Que ausente de ti me asaltan,  
 Tú arderas en mi fineza,  
 Yo me embriagara en tus gracias.  
 ¡Quién esto, mi bien, hiciese...!  
 ¡Ay! una sola mirada,  
 Una lágrima, un suspiro,  
 Todas mis dichas colmara.

## ROMANCE XV.

## LOS SEGADORES.

SEGADORES, á las mieses:  
 Que ya la rubia mañana  
 Abre sus rosadas puertas  
 Al sol que de oriente se alza.  
 Un vientecillo agradable  
 Sigue su brillante marcha,  
 Meciendo en volubles ondas  
 Del pan las débiles cañas.  
 ¡Ved cómo se pierde entre ellas!  
 ¡Ved cuán susurrante vaga!  
 Ora carga y las inclina,  
 Ora rauda las levanta.  
 Los desfallecidos pechos  
 Su vital soplo repara;  
 Y al trabajo interrumpido  
 Con nuevo vigor nos llama:  
 A par que lasavecillas,

No bien despiertas, el alba  
 Saludan con mil gorjeos,  
 Trinándole la alborada;  
 Y huyen las lóbregas sombras,  
 Y el horizonte se inflama,  
 Y el luminar de los cielos  
 En su inmenso ardor nos baña.  
 A las hoces pues, amigos,  
 Que el tiempo veloz se pasa;  
 Y miles de espigas de oro  
 Nos provocan sazonadas.  
 De ellas la frente ceñida  
 Nos sonríe la abundancia,  
 Para henchir nuestros graneros,  
 Y colmar nuestra esperanza.  
 Vedlas en qué remolinos  
 De aquí y de allá se esparraman,  
 Moviéndose turbulentas  
 Como la mar por las playas:  
 Mientras las áridas hojas  
 Con su sonido retratan  
 El que forma la mar misma,  
 Si se aduerme en suave calma;  
 Y en su plácido murmullo  
 Haciendo en pos una pausa,  
 Tornan rápidas á alzarse,  
 Y á ondear muy mas livianas.  
 No pues tan rico tesoro  
 La pereza desmayada  
 O la ingratitud lo pierdan:  
 Seguid alegres mis plantas.  
 Seguidlas: de un pobre anciano  
 Ved cómo las manos flacas  
 Os dan del trabajo ejemplo,  
 Y á las vuestras se adelantan.  
 Cuando fui mozo, ninguno  
 Logró sacarme ventaja  
 Ni en el afán de una siega,  
 Ni con el biello en la parva;  
 Mas hoy los años me encorvan,  
 Y así las fuerzas desmayan  
 Cual la pajilla voluble,  
 Que el viento á su antojo arrastra.  
 Sus pues: empezad festivos  
 De la siega la tonada,  
 Que vago nos vuelva el eco  
 Desde la opuesta montaña:  
 O en acento mas sublime  
 Y con voces alternadas,  
 De la honrosa agricultura  
 Resonad las alabanzas:

Santificada en Isidro,  
Gloriosa en el godo Wamba,  
Y allá en Eden por Dios mismo  
Al hombre aun sin culpa dada.

El vicio es callado y triste:  
La inocencia rie y canta;  
Y el trabajo es pasatiempo,  
Cuando el placer lo acompaña.

¡ Oh ! ; cómo aquel nos alegra ;  
Si la bendicion alcanza  
Del cielo, que sus larguezas  
Ora por do quier derrama !

¡ Cómo el corazon se goza  
Recordando las escarchas  
Y aguaceros, con que enero  
El ancho suelo inundaba !

Aquellos hielos y lluvias  
Son las selvas erizadas  
Que hoy veis de doradas mieses,  
Y un Dios bueno nos regala.

Este es el órden que puso  
Con su omnipotencia sabia  
Al tiempo, que raudo vuela  
Con igualdad siempre varia.

Así el sustento atesora  
De esa infinidad que vaga  
De vivientes por la tierra,  
O tiende al viento las alas.

Todos á su providencia  
Cual menesterosos claman,  
Y en sus manos paternales  
Piedad y alimento hallan.

Hállelo el pobre en las vuestras:  
Si de ellas tal vez se escapa  
Quebrada la rica espiga,  
Guardaros bien de apañarla.

Con negligencia officiosa  
Dejadla, amigos, dejadla  
A arbitrio de la indijencia,  
Que sigue vuestras pisadas.

En ella su pan del dia  
De vuestra bondad aguarda  
La inocencia desvalida,  
O la ancianidad cansada.

Este pan es una deuda:  
Así la tierra nos paga  
Cuanto un dia le fiamos,  
Con usuras duplicadas.

Así nos dan liberales  
Grato refrijerio el agua,  
El aire vital aliento,

El sol su creadora llama.

No pues cuando mas profusa  
De sus dones hace gala,  
Y á sus hijos su ancha mesa  
Naturaleza prepara;

Cuando la veis, que riente  
De gavillas circundada  
Y de riquísimas frutas,  
En comun á todos llama,

O por árida codicia,  
O por vil desconfianza  
En nos solos vinculemos  
Los tesoros de sus gracias.

De ellos vive el ave, y parte  
La hormiga en sus trojes guarda:  
Téngala tambien el pobre  
Que humilde nos la demanda;

Y lleve con su hacecillo,  
Cual si un tesoro llevara,  
El consuelo y la alegría  
A su mísera morada,

Donde postrados acaso  
Sobre otras míseras pajas  
Ya sus pequeñuelos hijos  
De hambre transidos le aguardan.

Así al buen Dios imitamos  
Que nos da con mano franca:  
Agradarle abrir las nuestras,  
Y enojarle es el cerrarlas.

Abridlas pues; y sus dones  
Entre todos se repartan,  
Que él los da á todos, y á todos  
Su inefable amor abraza.—

Esto Plácido decia  
A la puerta de su granja  
En medio sus segadores,  
Que como á padre le acatan:

Plácido, en cuyo semblante  
La inocencia de su alma,  
Y el respeto impresos brillan  
En sus venerables canas.

Alzando las corvas hoces  
Con bulliciosa algazara,  
Todos al anciano siguen,  
Y él alegre les gritaba:

Segadores, á las mieses:  
Que ya la rubia mañana  
Abre sus rosadas puertas  
Al sol que de oriente se alza.

## ROMANCE XVI.

## EL CONVITE.

POR entre la verde yerba  
Baja un arroyuelo al prado,  
Orlando de espuma y nácar  
Las flores que encuentra al paso.

¡En cuántos cercos se pierde!  
Ora va risueño y manso,  
Y ora hace un blando susurro  
Las guijas atropellando.

Limpísimos sus raudales  
Semejan al aire vano,  
Que trasparente nos muestra  
Los términos mas lejanos.

La arena en el fondo bulle,  
La arena que entre sus granos  
Esconde el oro mas puro  
Que da el celebrado Tajo;

Y resbalándose en ondas,  
Cual las que de grado en grado,  
Forman las fáciles aguas,  
Remeda su curso vago.

Luego el veloz paso enfrena,  
Y en el mullido regazo  
De la espadaña y el trébol  
Que riega abundoso y claro,

Hasta su murmullo calla;  
Y parece que cansado  
De tanto correr, se duerme  
En un plácido remanso;

Do se ven los pececillos,  
Ora rápidos vagando  
Ir y revolver mil veces  
Por el cristalino lago;

Y ora en mas alegre juego  
Con desvalido conato  
Lanzarse, y sonando hundirse  
En las ondas con sus saltos.

Los árboles de la orilla  
En su espejo retratados,  
Dos veces la vista alegran  
Con la pompa de sus ramos.

Sobre ellos los pajaritos  
Bullen en júbilo y canto,  
O entre sus vástagos corren  
Lascivos y alborotados.

Aquí el ruisenñor canoro  
Al cielo su duelo alzando,  
Con los trinos embebece

De su melodioso llanto:

Y allí, premiándola tierno  
Con mil piadas y halagos,  
Ardiente en pos de su amiga  
Sale un colorin volando.

Allá la tórtola jime,  
Y al arrullo solitario  
Rendida su fiel consorte,  
Le vuelve un quejido blando.

Solicitas las abejas,  
En un tomillar cercano  
Con dulce trompa susurran  
Entre violas y amarantos;

Mientras en la opuesta ladera  
Satisfechos ya del pasto,  
Al frescor de su enramada  
Se reposan los rebaños:

Y el valle en delicias arde;  
Y en ventura y gozo tanto  
Solo amor el pecho siente,  
Y de amor suspira el labio.

Ven pues á la grata sombra  
Del álamo consagrado,  
Zagala hermosa, á tu nombre  
Desde que en él nos hablamos;

Y en cuya limpia corteza,  
Ceñidas de un verde lauro  
Grabé atento nuestras cifras,  
Del Amor mismo guiado.

Anúdalas, ¡ay por siempre  
Y en indisoluble lazo!  
Florido un mirto, y en torno  
«De Clori dichoso esclavo.»

Sus pues, ¿qué nos detenemos?  
Ven á su fresco descanso,  
Que ya del sol y tus ojos  
No puedo llevar los rayos.

Ven, y á mis ruegos te inclina;  
Dame, donosa, la mano,  
Que bien este don merece  
Quien su corazón te ha dado:

Quien meses tantos de ausencia  
Sufrió infeliz suspirando  
Por este lumbroso día,  
Término é mis ansias grato;

En que en brazos del deseo  
Los dulcísimos regalos  
Disfrute, con que me brindan  
Tu ternura y tus encantos.

¡Oh! ¡cuál tus miradas brillan!  
¡Cuán lánguidos son tus pasos!



¡Y en tu acento y en ti toda  
Qué nuevas delicias hallo!

Ven, ven, adorada Clori:  
Un instante no perdamos,  
Que amor nos ríe, y propicio  
Tiende el misterio su manto.

Celebrarán nuestra gloria  
Las avecillas cantando,  
Murmurando el arroyuelo,  
Y balando los ganados.

ROMANCE XVII.

EL VELO.

QUITa, aparta, Clori mía,  
Quítate ese odioso velo,  
Que los rayos oscurece  
De tus ojos hechiceros.

Deja que la lisa frente  
Luzca en todo su despejo,  
De los rizos coronada  
De ese tu rubio cabello:

Que tu boca y tus mejillas,  
Y tu garganta y tu seno  
A par que arrastren mis ojos,  
Electrizen el deseo:

Que esa flor de colorido  
De rosa y jazmín deshechos,  
Y tantas gracias y dotes  
Que te dió pródigó el cielo,

Brillen en toda su gloria,  
Y hagan el feliz empleo,  
Sin esa importuna nube,  
De mil corazones tiernos.

¿Los tienes para ocultarlos?  
¿No ves cuál ostenta Febo  
Su luz profuso, y la noche  
Miles de ardientes luceros?

Ni la noche ni el sol hacen  
De su hermosura un misterio,  
Ni de su oriente la perla,  
Ni el diamante de sus fuegos.

Todo, todo cuanto existe,  
Mientras mas gracioso y bello,  
Quiere Amor, el cielo ordena  
Que brille cual brilla él mismo  
En muestra de su grandeza,  
Y ornato rico del suelo,  
Y ocupacion de la mente,  
Y de los ojos recreo.

Deja pues embozos tales  
A la inquietud de los celos,  
O á la beldad que ya sufre  
La cruda mano del tiempo.

Tú empero que airosa creces,  
De perfecciones modelo,  
Como la temprana rosa  
En medio un pensil ameno;

Tú que cual la blanca luna  
De las estrellas en medio  
Esclarece el bajo mundo,  
Y hermosea el firmamento;

Así cuando te presentas  
De tus gracias en el lleno,  
Eres, mi bien, de estos valles  
La delicia y el contento:

¿A qué negarte á los ojos,  
Que en su cariñoso anhelo  
Gozar quieren, cuanto admira  
De bello en ti el pensamiento?

Si es arte, para que oculto  
Haga el delicioso empeño  
De hallar en los corazones  
Mas poderoso su efecto;

A vulgares hermosuras  
Deja ese falaz manejo,  
De que el desengaño ríe,  
Si hace ilusion un momento.

Deja á esas flores sin vida  
Para embelesar á necios,  
Que ostenten lo que no tienen,  
Disfracen lo que perdieron:

Tiendan ellas, porque vistosas  
Pierden su rostro y su cuello,  
El velo hasta la cintura,  
Y escondan su árido pecho:

Guarden de la luz sus ojos,  
Por si en su ingenioso juego  
Crece por la gasa el brillo  
De sus lánguidos reflejos;

Y á esfuerzos de un vil engaño  
Hagan en fin, que de lejos  
De su hermosura se luzcan  
Los desmoronados restos.

No tú que por tus donaires,  
Y tu mirar halagüeño,  
Y tu bullicio y delicias,  
Y tus sales y tu ingenio,

Esas formas de una diosa,  
Ese aire noble y esbelto  
De tu cabeza, esos pasos

Que envidia la misma Vénus ;

Igual en los corazones

Mantienes tu dulce imperio ,

Martirio de las hermosas ,

De los hombres embeleso. —

Así yo á Clori rogaba ;

Y ella donosa riendo

Alzó, arqueando su fiel diestra,

El velo á mi ardor molesto.

Y ya tus gustos cumplidos,

Tienes, mi querido dueño,

Dijo: gózate en mis ojos,

Que mi alma toda está en ellos.

Velos, y hallarás tu imájen,

Que del corazon saliendo,

Fiel sabe, y contarte puede

Sus mas íntimos secretos. —

Yo en mi impaciente delirio

Embebecido, sin seso

Mirélos, y ellos se clavan

En mí lánguidos y tiernos,

Las delicias inefábles

Que á aquel intante siguieron,

Si es posible, Amor las diga,

Que yo á explicarlas no acierto.

#### ROMANCE XVIII.

##### CLORI ENFERMA.

¡ Con qué dolor, Clori mía,

Mi cariño fiel te deja !

¡ Cuánto rezela y se afiije,

Y el decirte á Dios le cuesta !

Tú padeces, y yo esclavo

De una bárbara decencia,

Apenas preguntar oso

Si el agudo mal se templá.

Pero en tu mirar doliente

El corazon me penetras :

Me lo dividen tus ayes,

Y tu silencio me hiela ;

Tanto que el dolor partiendo

Contigo mi amor, apenas

Mi mano, si te levantas,

Tímida en tu auxilio llega.

Vaste al lecho, y abatido

Te abandono á tus doncellas.

¡ Ay ! ¡ por qué el cuerpo se aparta

De do vida y alma quedan ?

¡ Por qué, mi bien, esta noche

Sentado á tu cabecera,

No he de velar y alentarte ?

¿ No aliviaré tu tristeza ?

¡ Con qué piedad guardaria

Tu reposo ! ¡ con qué tiernas

Dulces pláticas cuidara

Tu vijilia hacer lijera !

¡ Qué atenciones, cuánto esmero

No empleara, á todo atenta

Con solicitud dichosa

Mi entrañable diligencia !

¡ Qué palabras, qué consuelos

Te diria ! ¡ en qué finezas

A un ay tan solo en tu alivio

Se desharia mi lengua !

Pero no, el dolor agudo

No te aquejara : tus penas

Templara el cielo á mi ruego,

Y acabara la dolencia :

El médico Amor seria,

Con lágrimas mi terneza

El fuego apagando que arde

En tu seno, y te atormenta.

Tal vez sobre el pecho mio

Puesta la hermosa cabeza,

Tus ojos cerrara el sueño

Con blandas adormideras ;

Y el corazon palpitando

Con carga tan halagüeña,

Ni aun respirar osaria,

Rezeloso de perderla.

Solícito el aire mismo

Tu amable delicadeza

Guardara; y su soplo mudo

Su vuelo insensible fuera :

Despertaras, y mis brazos

En agradable sorpresa

Te estrecharan, y los tuyos

Mi cuello tiernos ciñeran.

No, el dolor, Clori adorada,

No turbaria..... ¡ Cuál sueña

Amor ! tú sola, yo lejos,

¿ Quién oirá, mi bien, tus quejas ?

#### ROMANCE XIX.

##### EL COLORIN DE FÍLIS.

MIRABA Fílis un dia

Entre las doradas redes

De la jaula, por romperlas

Su colorin impaciente:

Filis, que amable y sencilla  
Desde niña gustó siempre  
De avechitas, y en sus juegos.

Aun casada se entretiene;

Miraba al pobre cautivo

Llorar su mísera suerte

Con los pios mas agudos

Y los trinos mas dolientes;

Morder el sonoro alambre,

Y de alto á bajo correrle,

Pugnando su débil pico

Si los hilos doblar puede:

Sacudirlo enardecido,

De un lado y otro volverse,

Y avanzar cabeza y cuello

Por la abertura mas leve:

Descansar luego un instante;

Y con ímpetu mas fuerte

Saltar, volar, ajitarse,

Y hácia sí airado atraerle:

Tal que en su empeño y delirio

Con uña y pico inclementes

Batiendo la jaula entera,

A su esfuerzo la estremece.

¡Ay! dijo la bella Filis,

(Y suspiró dulcemente)

¡Qué mal, jilguerito, pagas

Lo mucho que á mi amor debes!

¡Qué mal tan sañosa furia

Con tu placidez se aviene,

Con tu delicia esos ayes,

Que agudos mi pecho hieren!

Mas pues entre grillos penas,

Por fina que te festeje,

No hayas miedo que te culpe

Tu esquivéz ni tus desdenes;

Que me olvide de tus gracias,

Ni tu ingratitud increpe,

Ni tu cólera castigue,

Ni de mi lado te aleje.

¿Qué sirve que en tu cariño

Solícita me desvele,

Que la comida te ponga,

Que el bebedero te llene,

Que dadivosa mi mano

Regalos mil te presente,

Ni mi dedo te acaricie,

Ni con mi boca te bese?

¿Qué sirve que mis finezas

Tus donosuras celebren,

Ni en tus suavísimos trinos

Embebecida me lleves;

Pues encerrado y esclavo,

Sin esperanza de verte

Jamás con tu dulce amiga,

No es posible estar alegre?

No es posible, ave querida,

Por mas que en finjir te esfuerzes,

Que no maldigas la mano

Que así entre hierros te tiene;

Y en cada mimo encubierto

Algun lazo no rezeles,

Con que tu bárbaro encierro

Mas ominoso te estreche;

Que de todo cautelosos

La injusticia al fin nos vuelve,

Y á los ojos que así miran,

La amistad misma es aleve.

Yo tambien cautiva lloro;

Y aunque de rosa y claveles

Es mi cadena, en su peso

El corazon desfallece.

Huérfana y en tiernos años,

Que aun no cumplí diez y siete,

Abandoné mi albedrío

Al gusto de mis parientes.

Cúpome un amable dueño,

Que galan me favorece,

Cual amigo me respeta,

Y como hermano me quiere;

Pero aunque humilde me sirva,

Y por gran dicha celebre

Que su señora me llame,

Ni me engaña ni envanece:

Que yo tambien, jilguerito,

Me valgo de estos juguetes,

Cuando con graciosos quiebros

Armonioso me enloqueces:

Tambien *hijito* te llamo,

Si á mi voz piando vienes,

Y tus alitas me halagan,

Y tu piquito me muerde.

Y aun mas que tú ardiente y tierna,

Tomándote blandamente,

Te estrecho contra mi seno,

Te beso mil y mil veces;

Y nada ya dulce hallando

Con que mi fe encarecerte,

¡Ay, clamo, si con mis besos

Mi vida darte pudiese!

Otro tanto hace mi dueño,

Cuando mi amor le enloquece,  
Que no hay fineza que olvide,  
Ni obsequio á que no se preste.

El pasatiempos me busca,  
Oros y galas me ofrece,  
Y en su casa y su albedrío  
Mis voluntades son leyes:

Pero en medio este embeleso  
Una voz mi pecho siente  
Acá interior que me dice:  
«Nada á una esclava divierte.»

Este pensamiento amargo  
Mancilla todos sus bienes,  
Y bien cual aciaga sombra  
Mi corazón oscurece;

Así como mis cariños  
Tú, avecilla, pagar sueles  
Con un pio, en que me increpas  
La soledad en que mueres.

Aun ahora elevada y triste  
Con un suspiro elocuente  
La libertad me demandas,  
Y á volar las alas tiendes.

No las tenderás en vano,  
Que el corazón me enternecen  
Tu expresión y tus quejidos;  
Y así en paz, donoso, vete.

Véte en paz, (la jaula abriendo  
Dijo Filis) no te niegue  
Mi amor lo que tanto anhelas,  
Y tan fácil darte puede.

Véte en paz, colorín mío,  
Pues esclavo de las leyes  
Que á mí bárbaras me ligau,  
En tu inocencia no eres.

Véte, y venturoso goza  
La libertad que ya tienes,  
Y que yo alcanzar no puedo  
Sino ¡ay triste! con la muerte. —

Soltóle, voló; y el llanto  
Brotó involuntariamente  
De sus ojos, que se anegan  
Con las lágrimas que llueven;

Y mirando á su avecilla  
Que ya en los aires se pierde,  
Con un suspiro que lanza,  
Seguirla ilusa pretende.

## ROMANCE XX.

## EL CARINO PATERNAL.

No embarazes, dulce amiga,  
El grato anhelo del niño:  
Deja que donoso pase  
De tus brazos á los míos.

Mira en sus blandos gorjeos  
Y en su incesante bullicio  
Cuál su tierno amor esplica,  
Gozándose en mis cariños.

El vivillo los entiende:  
Y en oyendo, «dulce hechizo,  
Ven de tu padre á los brazos;»  
Se pierde en alegres brinco.

Aun ahora mismo riendo,  
¿No admiras cuán expresivo,  
Presentándose los suyos,  
Se impacienta por cumplirlo?

Déjalo pues, Lisi amada;  
Da benévola este alivio  
A la ternura de un padre,  
Y á los ruegos de un amigo.

Ambos su encanto gozemos,  
Gozémosle, que uno mismo  
Es nuestro interés, las mismas  
Ansias al verle sentimos.

Fausto fruto de los fuegos  
Que el casto Amor ha encendido  
En nuestros pechos, pimpollo  
Que florece á nuestro abrigo;

No la delicia me niegues  
De que entre besos y mimos  
Yo le festeje en mis brazos,  
Y él me acaricie festivo:

La delicia de en mi seno  
Regalarle adormecido,  
Y bullirle y sustentarle,  
Cual veces tantas te envidio.

Cédeme pues, blanda Lisi,  
Por ora este dulce oficio,  
Que así la feliz tarea  
Iguales los dos partimos.

No mas lo tardes avara,  
Si por un ciego capricho  
No siente ya de su padre  
Zelos tu amor con el hijo.

Pues no, que ese sol hermoso  
Tiene por mitad su brillo  
De ambos, Lisi, y en su oriente

Los dos á par revivimos.

Una flor es que al desvelo  
Y al amor que ardiente y fino  
Nos liga , su pompa un día  
Deberá y su ámbar subido.

Un otro los dos , un centro  
Do se unen nuestros destinos:  
Tú hallas á tu fiel Aminta ,  
Yo á mi amable Lisi admiro.

Tú le llevaste en tu seno ;  
Y con un blando suspiro  
Clamaste al nacer : ¡ ó esposo !  
Recibe tu hijo querido.

Estrechéle yo en mis brazos ;  
Y bañándole en benigno  
Feliz llanto , pecho y vida  
Sentí con él divididos.

¡ Y hoy á estos brazos le niegas...!  
¿ No dehen partir contigo ,  
Si es un gusto el que tú gozas ,  
Y si es carga , ser tu alivio !

¡ Carga , idolatrada Lisi !  
¡ Carga ! el serafin mas lindo ,  
Que en sus graciosos fulgores  
Semeja al sol matutino ,

Semeja á la misma gloria ;  
Y en quien tú y yo embebecidos ,  
Parece que nuestras almas  
Con la suya confundimos :

Que ciegos en él hacemos  
En nuestro amante delirio  
Un sér único , en su pecho  
Nuestros pechos derretidos.

Cuando aplicándolo al tuyo ,  
Y él premiándolo arterillo ,  
Como que apurar anhela  
Su néctar mas esquisito ,

Los dos en grato embeleso  
Su empeño infantil reímos ;  
Él viéndolo el pecho deja ,  
Y entre gozos y cariños

Soltándose en mil donaires ,  
Ambos brazitos tendidos ,  
Consigo amoroso anhela  
En uno á los dos unirnos.

Yo cedo á su blando impulso :  
Pero al allegarme , asido  
Ya le torno á ver del pecho ,  
Y el juego inocente rio.

Otra veces mas donoso  
Pone su rostro divino

De nuestros felices labios  
Ansiando un tierno besito ;  
Y al recibirlo los suyos  
Con mil risas prevenidos ,  
Otro nos vuelven , tan dulce  
Cual lo diera el Amor mismo.

Otras cual loco vocea ,  
Se ajita , salta , y esquivo  
Escápase de tus brazos ,  
Para venirse conmigo.

Tal ora lo ves , que apenas  
En ellos puedes sufrirlo ;  
Y mientras mas lo retiras ,  
Mas crece su ardiente alinco.

Pues déjalo , idolatrada ;  
No tu amor necio exclusivo  
Lo atormente mas : mis brazos  
Tendidos ve á recibirlo.

En ellos mas bien á amarme  
Aprenderá , y divertido  
Con mis caricias , mas dulce  
Le sonará el nombre de hijo.

¡ Hijo adorado y hermoso ,  
En quien mis venturas cifro ,  
Esperanza de mi vida ,  
De mi ancianidad alivio ,

De tus venturosos padres  
Embeleso peregrino ,  
Luz , clavel , fausto renuevo  
De nuestros años floridos !

Ven , mi bien , ven á alegrarme ,  
Gózate en el seno mio ,  
Pues que solo enamorado  
Para ti y tu madre vivo.—

Lisi , la sensible Lisi ,  
No pudo mas resistirlo ,  
Y dándole ardiente un beso  
Del almíbar mas subido ,—

Cesen tus ansiadas quejas ,  
Y tu inquietud y martirio ;  
Y no enojoso acrimines  
Lo que pasatiempo ha sido.

Cesen , donosa riendo  
A su fiel Aminta dijo :  
Y toma la rica joya  
De tu amor tierno y sencillo.

Un juego fué , dulce esposo ,  
Negártelo , no un desvío ;  
Toma , que con él mi vida  
En tus brazos deposito.—

Cojó el padre el feliz peso :

Miró á Lisi enternecido ;  
Y en suave llanto sus ojos  
Se arrasaron sin sentirlo.

## ROMANCE XXI.

DE LA NOCHE DE LOS FUEGOS.

NUNCA yo hallado te hubiera,  
Ni la noche de los fuegos  
Nunca tú por mi ventura  
Salieras, Rosana, á verlos ;  
Y hoy mi infelice cuidado  
No ardiera en ciegos deseos,  
Ni mi labio en mil suspiros,  
Ni en tiernas ansias el viento :

Que amor, si esperanza falta,  
Solo es un loco despecho,  
La solicitud martirio,  
Y agonía los desvelos.

Víte afortunado entónces,  
Un acaso fué el encuentro ;  
Mas el verte y adorarte  
Todo fué un instante mesmo :

Cual son en la parda nube  
En un punto rayo y trueno,  
Y glorioso el sol inunda  
De un mar de luz, tierra y cielos.

Tan bella en el llano estabas,  
Cual en un verjel ameno  
Crece el alto cinamomo  
De flores y hoja cubierto ;

Tal cual fresca clavellina  
Despliega el virjinal seno  
Salpicada de rocío,

Y en ámbares baña el suelo ;  
Tal cual la rubia mañana

Entre purpúreos reflejos  
Abre las puertas al día,  
Y en pos marcha del lucero.

Yo te rendí el albedrío:  
¿Pude, bien mio, no hacerlo,  
Siendo tan bella, y mis ojos  
Estándote, ¡ ay de mí ! viendo ?

¿Quién de tu voz al prestigio,  
De tus miradas al juego,  
A la gracia de tus pasos,  
Y á las sales de tu ingenio

Esclavo no se humillara,  
Por mas que con loco empeño  
A su majía irresistible

Pusiese un pecho de acero ?  
¿ O quién no ofreció á tus plantas,  
Feliz en su rendimiento,  
Alma, y libertad, y vida,  
Haciéndote de ellas dueño ?

¿ Por qué á los fuegos saliste ?  
¿ Por qué yo no estuve ciego ?

¿ Acaso adorarte es culpa ?  
¿ O acaso en servir te ofendo ?

¿ Quién puso tal ley ? mal haya,  
Mal haya el alma de hielo  
Que así pensó, profanando  
De Amor los dulces misterios :

Mal el que tirano interina  
Abogar su plácido incendio,  
Y que el suspirar no sea  
De la edad florida empleo.

No, el amar no es un delito,  
Sino un suavísimo feudo  
Que grata naturaleza  
Pone á los sensibles pechos.

Yo lo pago, y fiel te adoro ;  
Benigna á mi ahincado ruego,  
No á su yugo, que es de flores,  
Huyas indócil el cuello.

Cede, adorada, á este yugo,  
Que sustenta el universo ;  
Y á que dóciles un día  
Los númenes se rindieron.

Verás como siempre vivo.  
Un purísimo venero  
De delicias inefables  
Sacia tu labio sediento :

Cuán fino tu seno hierve  
En regalados afectos,  
Tu boca en cantos y risas,  
El alma en dichas y anhelos :

Y en el fuego de sus aras  
Mas y mas sin fin ardemos,  
Para gozar y adorarnos  
Solo felices viviendo.

Así sin duelos ni afanes  
Bajo su glorioso cetro  
Triunfaremos, vida mia,  
De la fortuna y el tiempo.

## ROMANCE XXII.

LA HERMOSURA DEL ALMA JAMAS SE  
ACABA, Y ES LA MEJOR BELLEZA.

No me rindieron, bien mio,  
Ni tus ojuelos alegres,  
Que con su juego me encantan,  
Y al Amor mismo enloquecen;  
No el frescor de tus mejillas,  
Bañadas de grana y nieve,  
Como dos tempranas rosas  
Que al sol modestas se encienden;

No la nariz agraciada,  
No la llena y blanca frente,  
Ni tu boca muy mas dulce  
Que son del Hibla las mieles.

La bien torneada garganta,  
Que gracias tantas sostiene,  
Y ese seno de jazmines,  
Señuelo á mi anhelo ardiente:

Ese seno, Clori mia,  
Que para mejor perderme,  
A par de tu suave aliento  
Realza Amor blandamente:

Donde ya artero se esconde,  
Porque el cuidado lo encuentre,  
Y ya entre dos azucenas,  
Cansado de herir, se aduerme:

Bellos son, y solicitan  
El deseo á mil placeres;  
Empero no me han forzado  
A que tu cautivo fuese:

Que ya en cien otras hermosas  
Por mil trances diferentes  
Entre el bullicio y las llamas  
De mis alegres niñeces,

Por favorecido suyo  
Me tendió el Ciego estas redes,  
Sin que en sus lazos falaces  
Tan dócil cual hoy cayese.

Otros mas escelsos dotés  
Me obligaron á quererte,  
Y otras gracias mas divinas,  
Que el amor vulgar no entiende.

Gracias, Clori idolatrada,  
Que sin cesar reflorécen,  
Y solo el alma las goza,  
Cual ella sola las siente.

Ella sola, y su fragancia,  
Que á rosas y ámbar vence,

En el seno que la aspira,  
Eternas delicias mueve.

Así en la comun belleza,  
Que con su esplendor lucente  
Y el agrado de sus formas  
Los sentidos embebece,

Mi corazon mal contento  
Y la razon impaciente  
Un alma ansiaban; la hallaron,  
Y serán sus siervos fieles.

Que los encantos del cuerpo  
Son vanos frágiles bienes,  
Flor de un día, que á la tarde  
Su pompa y matices pierde:

Llama que brilla un momento;  
Que luego eclipsada muere,  
Y al resplandor con que alumbra,  
Sombras y dolor suceden.

Un soplo, un sol la mancillan,  
O anúblala el tiempo aleve,  
Pero del alma los dones  
Cual ella jamás fencen.

Jamás tu amable inocencia,  
Tu dulzor, y esa clemente  
Ternura, que abierto al triste  
Continuo tu pecho tiene:

Ese pecho tan sensible,  
Donde Amor rendido aprende  
A saber amar, y el mundo  
Ni conoce ni merece

En su prez inestimable;  
Dejarán, mi bien, de hacerme  
La impresion encantadora  
Con que hoy todo me conmueven.

No, jamás la llama para  
De amistad en que te escedes  
A ti misma, previniendo  
Cuanto el deseo ansiar puede;

Ese solícito anhelo,  
Que siempre exhalado viene  
A alzar con próvida mano  
La humanidad indijente;

Y ese tu pensar divino,  
En que oyéndote mil veces  
Estática queda el alma,  
Como si á un ángel oyese;

O ese encanto delicioso  
Con que delicada ejerces  
Sin ofender, el imperio  
Que sobre todos te adquieres,

Ni tu sencillez donosa,

Y esa modestia celeste,  
Que amando, adorada, tanto,  
Nada á permitir se atreve;  
Sentirán la accion del tiempo:  
Siempre en juventud perene,  
Siempre ocupacion dichosa  
De mi pecho y de mi mente,  
Que olvidando en ti lo humano,  
Te hallarán graciosa siempre,  
Celestial, amable, y digna:  
De los cultos que hoy te ofrecen.  
Así, aunque la edad cadauca  
Llegue á escarchar nuestras sienes,  
Aun amarémos; que el alma,  
Clori, jamás envejece.

## ROMANCE XXIII.

## LA ZAGALA PENSATIVA.

¿Tú triste, serrana bella?  
¿Tus ojuelos cristalinos  
De llorar, mi bien, turbados?  
¿Sin luz su amoroso brillo?  
¿Tu rostro ajado? ¿el gracioso  
Color de rosa marchito  
En tus mejillas? ¿tu pecho  
Lanzar ardientes suspiros?  
¿Tú elevada y silenciosa?  
¿Tú de tu zagal querido  
El lado esquivar tres días?  
¿Por qué tan crudo desvío?  
¿Es este el amor eterno?  
¿Este el premio á mis martirios,  
Y la fe jurada? ¿injusta!  
¿Me abandonas? ¿soy perdido?  
¿Qué niebla á tu luz se opone?  
Por el corazon mas fino  
Que el Niño alado hasta ahora  
Hirió con sus dulces tiros;  
Por un alma en que dominas  
Cual señora, te suplico,  
Me digas tu mal, ó acabes,  
Cruel, de una vez conmigo.  
Vivir no puedo en mas dudas:  
Cuantos tristes desvarios  
Teme mi desdicha, todos  
Presentes ahora los miro.  
Todos á azorarme vienen;  
Y desolado el juicio,  
Sin osar fijarse, vaga

De uno en otro mal perdido:  
Cual un mísero forzado,  
Que ansiando romper sus grillos,  
Mientras mas sin fruto lidia,  
Mayor es su necio ahinco.  
Ya tu helada indiferencia  
Me hace temblar, ya el antiguo  
Ceño implacable, por otro  
Ya mi amor lloro en olvido:  
Y abandonado.... ¿dejarme  
Su fe! ¡su labio sencillo  
Torpe mentir! lejos, lejos  
De mí, pensamiento indigno.  
Lejos de mí; y tú, perdona,  
Perdona al ciego delirio  
Que me arrastra: ¡oh, si algun día  
Mi llama hubieses creído!  
¿Qué feliz, cuán sin zozobra  
Gozara el premio contigo  
De mi afán! ya no hay remedio;  
Tú, aleve, tú lo has querido:  
Y yo víctima infelice,  
De un error, en un abismo  
De males sumido, al cielo  
Clamo en vano por alivio.  
¿Causa infeliz de estos males!  
Por tu obstinado capricho  
Feneció nuestra ventura,  
Y hoy los dos á par jemimos:  
Yendo los ojos vendados  
Por un ciego laberinto,  
Do es tan vana la salida,  
Cuan mortales los peligros.  
Mi estado mira, y piadosa  
Duélete dél; no mi esquivo  
Tormento, inhumana, dobles  
Con tu silencio, bien mio.  
¿Qué te aqueja, ó qué padeces?  
Yo en tu seno deposito  
Mis crudas penas: ¿pues cómo  
No te merezco lo mismo?  
¿Puede haber ningun misterio  
Entre dos que tan unidos  
Estrecha Amor? ¿tus pesares  
Son de mis males distintos?  
Unos mismos son, amada,  
Cual lo son nuestros destinos,  
Ya implacable nos aflija,  
Ya el dios nos ria benigno.  
Tú misma entre sus rasportes.  
Veces mil fina lo has dicho,



Ahincada poniendo al cielo  
De tu verdad por testigo.

¡Y hoy, bárbara, los separas!  
¡Y así en tu silencio impío  
Obstinándote, los ruegos  
Huyes de tu triste amigo!

¡Y te complaces en verle  
Dudoso, ahogado, sombrío,  
Sospechar, temblar do quiera  
Desastres ó precipicios.....!

Mi ardor, mis furores sabes,  
Y á todo estoy decidido,  
Menos á olvidarte, ciego  
Será á tu voz mi albedrío.

## ROMANCE XXIV.

## LA VUELTA DEL COLORIN.

¿Qué es esto, colorin mio,  
Revolando á mis ventanas,  
Cuando yo te suponía  
Unido ya con tu amada:

Quando en el umbroso bosque,  
Saltando de rama en rama,  
Debieras en dulces trinos  
Día y noche requebrarla:

Quando con ala incansable  
Y en deliciosa inconstancia,  
De la libertad pudieras  
Gozar que tanto anhelabas?

¿Qué es esto, necia avecilla?  
Dijo Fili una mañana  
Que vió al abrir sus balcones,  
Que su colorin la aguarda.

¿Qué es esto, avecilla necia,  
Tan presto tu bien te cansa,  
Que ya, ¡infeliz! echas menos  
La esclavitud de la jaula?

¿Te agrada el afan inútil  
De arañar con cruda garra,  
Y morder con fiero pico  
Los arambres de tu guarda?

¡Y este era el empeño ardiente  
Con que en romperlos pugnabas,  
Y estos tus tiernos suspiros,  
Tu soledad y tus ansias!

¿Valen mas doradas redes  
Y el encierro de una sala,  
Que cruzar suelto y ufano  
Desde el prado á la enramada?

VI.

¿Posarse allí bullicioso  
En la ramilla, que vaga  
Tiembra á tu peso, se inclina,  
Y alzándote tú, se alza?

¿Concertar el lindo pecho,  
Acomodando con gracia  
Las plumas que el vivo soplo  
Del cefrillo rizara?

¿Volar al pensil vecino,  
Y compitiendo en la gala  
De tus subidos matices  
Con sus flores mas lozanas,  
Buscar la rosa mas bella,  
Y gozar feliz del ámbar  
Que exhalan sus frescas hojas,  
Libándolas sin ajarla?

¿Valen mas mis cariñitos  
Que las ardientes piadas  
De tu querida, ó mis besos  
Que los que su amor te guarda?

¿No es mejor en limpia fuente  
Bañarse y beber sus aguas,  
Que en estrecho bebedero,  
Ni tan risueñas ni claras?

¿Y mejor con sutil pico  
Buscar mil sabrosas granas,  
Que el cebo y golosos mimos  
Con que mi amor te regala?

¿Allí entre flores y aromas,  
Al rayarriendo el alba,  
Con deliciosos motetes  
Darle grato la alborada?

¿Allí de tu gusto dueño  
Cantar con libre garganta,  
Y querer con libre pecho,  
Y volar con libres alas?

¿Y en pos de tu alegre amiga,  
Que en tus suspiros se inflama,  
Del valle al plácido nido  
Esposo feliz llevarla?

Amado colorin mio,  
¿No es esto mejor? ¿Iguala  
A tan fausta independencia  
Esta sujecion amarga?

Esta sujecion, que al tiempo  
Su rueda abrumando para;  
Y siempre y siempre la misma  
A la eternidad retrata.

¡Y aun cariñoso me pías!  
¡Y solícito te afanas!  
¡Y revolando me pides

19

Que presta el encierro te abra.....!

¡ Oh ! ¡ cuánto , cuánto me enseñas !  
 ¡ Cuánto , donoso , me hablas  
 Con los sentidos gorjeos  
 Con que á mis balcones llamas !

Tu leccion y ejemplo sigo ,  
 Avecilla afortunada ,  
 Mas que tu dueño discreta  
 En tu feliz ignorancia.

Cesó mi necio delirio :  
 Tu empeño me desengaña  
 De las torres que en el viento  
 Mi vanidad encumbrara.

Y el tedio se hundió con ellas ,  
 Con que esquivé la fragancia  
 De las rosas , que florecen  
 Do quiera bajo mi planta.

Tú vuelves , ave querida ,  
 A la mano que te halaga ,  
 Al dueño que te requiebra ,  
 Y á la amiga que te ampara.

Tú vuelves de agradecida ,  
 Tú vuelves , porque criada  
 Entre cariños y besos ,  
 En ellos tus dichas hallas.

Tambien yo hallaré las mias  
 En querer con vida y alma  
 Esclava feliz al dueño ,  
 Que con alma y vida me ama.

Yo le pagaré , avecilla ,  
 Yo le pagaré afanada  
 Noche y dia en su regalo  
 Las finezas de su llama ,

Como tú loca en tus juegos  
 Con ellos mi afecto pagas ,  
 Y en suavísimas canciones  
 A mi voz sola te exhalas.

Tú á mi lado hallas tu gloria ,  
 Y abandonas por gozarla  
 Libertad , nido y querida ;  
 Y porque te encierre , clamas.

Yo sin tantos sacrificios ,  
 En la inefable lazada  
 Que con mi esposo me liga ,  
 Vincularé mi esperanza.

Centro á mis finos deseos ,  
 Él será la lumbre clara  
 Que mis ojos ilumine ,  
 Que dirija mis pisadas.

Y así en su seno aliviando  
 La libertad que me causa ,

Gozar sabré las delicias  
 Que esquivé insensible y vana.  
 Ven pues , colorin precioso ,  
 Ven , que la prision te aguarda ;  
 Y yo con dulce desvelo  
 Cuidaré hacértela grata.

Los dos serémos felices ,  
 Tú en tu pacífica estancia ,  
 Y yo en servir á mi amado ,  
 Y en celebrarte sus gracias.—

El colorin cariñoso  
 Batiendo alegre las alas  
 Voló á la jaula , y su suerte  
 Con mil trinos ponderaba ;  
 Y Filis , la tierna Fílis ,  
 Corrió á su esposo exhalada  
 A jurarse entre sus brazos  
 Su dichosísima esclava.

#### ROMANCE XXV.

##### LA VISITA DE MI AMIGA.

PERMITE , insensible amiga ,  
 Que en mis amargos pesares  
 La injusta ley que me has puesto  
 Una sola vez quebrante.

He callado ; y no , no puedes ,  
 No puedes , cruel , quejarte  
 De que mi labio importuno  
 Con mis lástimas te canse.

Guardalas el hondo pecho ;  
 Y aun tímido de enojarte ,  
 Hasta sus tristes suspiros  
 Mudos vuelan por el aire.

Mas de esta feliz mañana  
 Otro soy ya : no me caben  
 En el corazon las ansias ,  
 Y vado es forzoso darles.

¡ Tú en mi casa ! ¡ tú en mi cuarto !  
 ¡ Y entretenida y afable  
 Gozando en él los primores  
 Del buril y de las artes !

¡ Tú de Angélica aplaudirme  
 El encanto inesplicable  
 Con que á su Medoro mira ,  
 Cede , y en sus brazos cae !

¡ Aquel suspiro de fuego  
 Que parece ir á exhalarse  
 De su boca , el suave anhelo  
 De su pecho palpitante !

¡ El delirio con que estrecha  
Su cuello , y á si lo atrae ,  
Y el ardor que la devora ,  
Se esfuerza comunicarle !

¡ La espresion del feliz Moro ,  
Que ya sus éstasis parte !  
¡ Su ahincado mirar do brillan  
Amor y placer triunfantes !

¡ Y tú con labio aun mas tierno ,  
Tú , Fili , á par celebrarme  
De la infeliz Eloísa  
La desfallecida imájen !

¡ Aquellas lágrimas bellas ,  
Que cual perlas sobresalen  
Por sus pálidas mejillas ,  
Que dos rosas fueron antes !

¡ Aquellos ojos divinos  
Que amor desolado abate ,  
Un amor que aun quiere al cielo  
Su esposa insano robarle !

¡ Mientras ella en él los fija  
Con todo el fervor de un ánjel ,  
El sacrificio ofreciendo  
De sus horribles desastres !

¡ Y por su cárdena boca  
Que agudo el dolor contrae ,  
En pos su Abelardo el alma  
Involuntaria se sale !

¡ Esto encarecer..... ! ¡ oh cuántos ,  
Oh cuántos en un instante  
De encontrados pensamientos  
Con tu embeleso alentaste !

Los vientos que las borrascas  
Consigo bramando traen ,  
Y la quieta mar encrespan  
En rápidos huracanes ,

Menos turbulentos lidian ,  
Que en mi corazon amante  
Mil infelices cuidados  
De entónces acá combaten ;

Sin que haya un veloz momento  
En que su furor se calme ,  
En que la razon se escuche ,  
Ni amor frenético calle :

Siempre en la idea indelebles ,  
Cual si ora grata me hablases ,  
La languidez de tu acento ,  
La espresion de tu semblante.

¿ Posible será que ceda  
Tu injusticia ? ¿ qué á mirarme  
Como á tu Medoro vuelvas ,

Yo mi Anjélica te llame ?

¿ Que las delicias renueves ,  
Con que algun dia galante ,  
Cual Eloísa en sus fuegos ,  
Mi loca pasion premiaste ?

Acuerda , acuerda estos dias  
De gloria y bien inefables ,  
En que tus dulces suspiros  
Con mis suspiros mezclaste ,

Quando ante la faz del cielo ,  
Y en fe y en ternura iguales ,  
Nos juramos , cruda Fili ,  
Tú ser mia , yo adorarte ;

Estrechándote en mi seno ,  
Que aun ahora hablando me late ,  
Y no pudiendo tú fina  
De mis brazos arrancarte.....

No , en tu helada indiferencia  
Feneció el sentir : ni sabes  
En mi ardiente fantasia  
Cuánto una mirada vale.

No sabes con qué delirio  
A mil sueños celestiales  
Me abandono , y el deseo  
Los imposibles combate.

¿ Mas por qué estos imposibles ?  
Tuyos son , que el fatal arte  
Tienes de hacerte infelice ,  
Y á mí , bárbara , acabarme.

No los hay para quien ama :  
Para dos , que tan constantes  
Sufren , merecen , anhelan ,  
Y en las mismas llamas arden...

Yo sueño , y Amor me burla.  
De ilusiones agradables  
El alma llena , en mi cuarto  
Y á tu lado vuelvo á hallarme.

¿ Díme , mi bien , no me viste  
Embebecido , cobarde ,  
Turbadado , dudoso , inquieto ,  
Y osando apenas hablarte ?

¿ No viste en mi triste rostro  
Las dolorosas señales  
De mi abandono ? ¿ no oíste  
Decirte entre tiernos ayes :

Esta casa , su fiel dueño  
Tuyos son ? ¡ oh qué de males.  
Con tus zelos indiscretos  
A ti á par que á mi causaste !

Hoy en ella soberana ,  
Bajo tu imperio suave

Fuera mi gloria rendido  
 Como señora adorarte:  
 Recibir las dulces leyes  
 Que tu labio me dictase;  
 Y mirándome en tus ojos,  
 Solo en tu culto emplearme;  
 Haciendo así la cadena  
 Que unió nuestras voluntades,  
 Y hoy tu ímpia mano destroza,  
 De aroma y rosa inmortales.  
 ¡Ay Filis! esta cadena,  
 Por desdenar tú escucharme,  
 En mi bárbaro despecho  
 Será un dogal que me acabe.  
 Contempla, cruel, la obra  
 De tu altivez, y si valen  
 Ruegos en ti, no mis penas  
 Dobles con nuevos ultrajes;  
 Que aun la esperanza... ¡oh si un día...!  
 Vé, injusta, el horrible trance  
 En que me has puesto: el bien veo,  
 Y ni aun puedo desearte.—  
 Filis mas sufrir no pudo  
 Que así su amor la increpase,  
 Pues aunque severa le huye,  
 Jamás dejara de amarle.  
 Suspiró profundamente,  
 Y el sonrosado semblante  
 Inclino sobre su seno,  
 Sin atreverse á mirarle.  
 El dichoso que á sus ansias  
 La alcanzó tan favorable,  
 Entre sus brazos la estrecha,  
 Y exclamando: ¡ Amor, triunfaste!  
 Filis, bien mio, le dice,  
 Baste de violencias, baste;  
 Cesen tus falsos desvíos  
 Y mis dudas infernales:  
 Tú serás mi eterno empleo,  
 Tú mi delicia inefable,  
 Mi vida y mi gloria, y cuanto  
 De mas tierno en amor cabe:  
 Que pues él feliz nos une  
 Tras tamañas tempestades,  
 Y haber de su amargo acibar  
 Mi labio apurado el cáliz,  
 ¿Qué fuerza, adorada mia,  
 Qué fuerza será bastante  
 Ni á arrancarte de mi pecho,  
 Ni á que tú dejes de amarme?  
 Nada, la sensible Filis,

Nada, responde anhelante;  
 Y en lágrimas de ternura  
 Cual nieve al sol se deshace.

## ROMANCE XXVI.

## LA INJUSTA DESCONFIANZA.

BASTA de enojoso ceño:  
 No dudes de mi cariño,  
 Que te agravia y me ofendes  
 Con tus desvelos, bien mio.  
 ¡Yo faltar á mis promesas!  
 ¡Yo indiferente! ¡yo tibio!  
 ¡Desdenar tu amable lado!  
 ¡Llamarme y haberte huido!  
 ¡Yo, que ciega mariposa  
 Con mas bulliciosos jiros  
 Que ella, la luz do fenece,  
 Rondo tus ojos divinos!  
 ¡Yo, que cuando lejos peno,  
 Filis, de ti, sin sentido,  
 Cual si presente me oyeras,  
 Tu dulce nombre repito!  
 No, donosa, nada temas  
 De un corazon que sencillo  
 Te idolatra, y es tu esclavo  
 Por eleccion y destino.  
 La constancia fué su gloria;  
 Y orgulloso hoy en sus grillos,  
 Nombre, libertad, fortuna,  
 Todo á tus piés lo ha rendido;  
 Y por ti sola de todos  
 Olvidado en su retiro,  
 No demanda en tantos suyos  
 Ni el mas leve sacrificio.  
 ¿No lo ves, zelosa mia?  
 ¿No ves con qué ciego ahinco  
 Gozoso en obedecerte  
 Todas mis venturas cifro?  
 ¿Hay gusto tuyo, hay deseo  
 Que no halles siempre cumplido?  
 ¿Ni paso en mí, que no sea  
 Del amante mas sumiso?  
 Siempre en ti y de ti pendiente,  
 Y ora como en el principio  
 De tus ojos recibiendo  
 La ley que inviolable sigo.  
 Escójite por señora,  
 Y entre mil tiernos suspiros  
 Eterna fe me has jurado;

Yo alma y vida te dí fino.  
 Nuestros labios cariñosos,  
 Los votos con los gemidos  
 Mezclando, que solo hacemos  
 Ya un ser, mil veces se han dicho;  
 Y crecer sintiendo ardientes  
 Su embeleso y desvarío,  
 Estáticos nuestros pechos  
 Mil veces mas se han unido.  
 ¡Qué instantes, Filis mía!  
 ¡Qué abandono! ¡con qué hechizo  
 Contemplándome esclamabas:  
 «Tuya soy, y tú eres mio!  
 «Y en ello cuántas venturas  
 «El afan mas esquisito  
 «Con delicia soñar puede,  
 «Y aun mas si es posible miro.»  
 ¿Quiénes, adorada, entónces  
 Mas felices? uno mismo  
 El querer, gozar, y cuanto  
 Puede embargar los sentidos.  
 ¡Y aun dudas y te desvelas!  
 ¡Y víctima de un capricho  
 Te atormentas! ó amas poco,  
 O yo soy de amarte indigno.  
 ¿Qué? ¿te has trocado de aquella  
 Que veces tantas me ha visto  
 Suspirar loco á sus plantas  
 De la ira al dulce trino?  
 ¿Quién osará, amada mía,  
 Ni de tu beldad el brillo,  
 Ni contrastar de tus ojos  
 El encanto peregrino?  
 ¿Quién apagar en mi pecho  
 El volcan que hierve activo;  
 Ni la impresion indeleble  
 Turbar que en mí tu amor hizo?  
 ¿Quién de aquel entre mil ayes,  
 «Triunfaste al fin: ya me rindo,»  
 En mi oído y mi memoria  
 Jamás borraré el sonido;  
 De tierno y tímido llanto  
 Llenos y en el suelo fijos  
 Tus ojos, feliz trofeo  
 De un rigor aun mal vencido?  
 Cesa pues, cesa en tus quejas:  
 Caiga ya ese ceño umbrío,  
 Y alegre en tu rostro ria  
 De sus gracias el bullicio.  
 Cesa, cesa, y mas amemos:  
 Crecza el celestial prestijio

Que nos ciega: nuestro fuego  
 Arda cada vez mas vivo.

Amemos y amemos siempre,  
 Sin que zelos ni desvíos  
 A turbar amargos vengan  
 Las delicias que sentimos:  
 Delicias inesplicables,  
 En que ufanos y engreidos  
 Al Amor mismo enseñamos  
 Con nuestros dulces delirios.  
 Mundo y hombres olvidemos,  
 Que así mas y mas perdidos,  
 Vivirás para mí solo,  
 Como yo para ti vivo.

## ROMANCE XXVII.

EL OTOÑO DE LA VIDA.

*A mi amigo D. Manuel María Cam-  
 bronero, del Consejo de S. M.*

¡Ves cuán benigno el otoño,  
 Fabio, á nuestros ojos rie!  
 ¡Con qué majestad tranquila  
 Sus horas el sol preside!  
 ¡Cuán plácidas son las noches;  
 Y hermosa alzando entre miles  
 De soles Febe su carro,  
 Con el día en luz compiten!  
 ¡Ves cuán profuso sus dones  
 Nos ostenta! ¡qué sutiles  
 Las auras bullen, las vegas  
 De nuevas galas se visten!  
 ¡En los árboles mecerse  
 La verde pera, en las vides  
 La uva de oro, con que Baco  
 Lagares y cubas hinche!  
 ¡La abundancia por do quiera,  
 Y en deliciosos convites  
 La alma paz, que á la esperanza  
 Colmada riendo sigue!  
 Nada en vanas apariencias  
 Ni en melindrosos matices  
 De flores, que un día apenas  
 Al rayo del sol resisten.  
 El hombre respira y goza;  
 Donde quier se torne ó mire,  
 Hallará un bien, un alivio  
 A las penas que le asijen.  
 Trabaja el áspero invierno,

Y á par que él domina horrible  
Entre nieves y aguaceros,  
Su esteva encorvado oprime.

En la estacion de las flores  
Con nuevo anhelo repite  
La labor, y en sus barbechos  
Mas honda la reja imprime.

Luego cuando el Can fogoso  
Sus vivas llamas despide  
Sobre la agostada tierra  
Que ahogándose en ellas jime,

Él en medio de sus mieses  
Contrasta con pecho firme  
La congojosa agonía,  
Y el trillo y bieldo apercibe.

Hoy goza : sus largos dones.  
Grato el otoño le rinde,  
Y su afán galardonando  
Su sien de pámpanos ciñe.

Los árboles le dan sombras,  
Los céfiros apacibles  
Frescura, embeleso el cielo,  
Frutos la tierra felices.

Así es, Fabio, nuestra vida :  
De su otoño bonancible  
Son los rápidos instantes  
Los únicos que se vive.

Solo en ellos siente el hombre  
Su noble ser; y el sublime  
Don de la razon divina  
Todo su esplendor recibe.

Este don de infaustas nieblas  
Lleno en los años viriles,  
Que en la ancianidad se apaga,  
Y la niñez no apercibe :

Las enconadas pasiones,  
Que en ímpetu irresistible  
Su pecho hasta allí ajitaban,  
Ya en plácida union le asisten :

Despertando en él honrosas  
Aquel Fuego que invisible  
Yacia, y con que á la gloria  
Y á la humanidad se sirve :

Aquel que de monstruos fieros  
Purgó el mundo con Alcídes,  
Dió á Grecia leyes, y alienta  
De Helicon los claros cisnes.

Entónces al cielo inmenso  
Encumbra, los pasos mide  
Los astros, y adivina  
Las cosas que describen :

Sigue en su carro á la luna ;  
De ella y del sol los eclipses,  
O la vuelta de un cometa  
Tras largos siglos predice.

Baja observador al suelo ;  
Del átomo imperceptible  
Del Ande á la escelsa cumbre  
Corre con ojos de lince :

Cálase al abismo oscuro ;  
Ve al oro entre escorias viles,  
Informe roca al diamante,  
Aun en masa al amatiste ;

Y admirando el vivo anhelo  
Que arrastra imperioso á unirse  
Perfeccionándose á cuanto  
Do quier la mente concibe,

Calcula, pesa, compara,  
Y en su teson invencible  
Halla al fin las altas leyes  
Con que ser tanto se rije.

Búscalas luego en el hombre,  
Sonda las causas, los fines  
De sus obras ; ¿ y qué encuentra ?  
Fabio, abismos infelices :

A la honradez en las pajas,  
Sobre pluma á la molicie,  
Y al orgullo que en los brazos  
De la opulencia se engrie :

En triunfo al error y al vicio,  
Al favor inaccesible,  
Y al ciego interés hollando  
A la verdad que proscribe.

¡ Oh ! ¡ dichoso quien del cielo  
Cual tú alumbrado consigue  
De virtud la fausta senda  
Seguir, de ilusiones libre !

¡ Dichoso el que en el otoño  
De sus días se redime  
De la ley comun, y goza  
Dulce paz en vida simple !

En la alegre primavera  
Todo es galas y pensiles,  
Todo músicas y ardores  
Con que el alma se derrite :

Solo se respira y siente  
El placer : solo se existe  
Para querer : en delicias  
Nada el pecho, el labio rie :

De ilusion vaga el deseo  
En ilusion, insensible  
Al pesar que á las espaldas

Aguja, aunque airado grite.  
 ¡Loca edad, en que sin norte  
 Se pierde el débil esquiñe  
 De la vida en rumbos ciegos,  
 Siempre amenazado á hundirse!

Sucede el fogoso estío:  
 La ambicion punza insufrible  
 Al corazon, la codicia  
 Lo sume en ansias ruines,  
 Para que con su tesoro  
 Su fin trájico anticipe,  
 O con diez llaves cerrado,  
 Del sueño y la paz le prive:

Si embriagado en loco orgullo  
 En bandos no lo dividen  
 Y partes mil, odios, zelos,  
 Temores, envidia triste.

Con tan ásperos verdugos  
 El ciego interés dirije  
 Sus pasos: torres de viento  
 Crédulo el error le finje:

Tras un fantasma engañoso,  
 Que al lograrlo se percibe  
 Amargo ya, un otro anhela  
 Qué sin fin le descarrie;

Alcánzalo, y se fastidia;  
 Y en su ansiar incorregible,  
 Entre el tedio y el deseo,  
 Su cuitado ser maldice.

Por fin el plácido otoño  
 Viene á calmar estas lides,  
 Siendo en tan recias borrascas  
 De serenidad el íris.

Viene de frutos colmado:  
 Los desengaños le siguen,  
 Caen las hinchadas pasiones,  
 Y la razon logra oirse,  
 Igual al fanal del dia  
 Cuando en el cenit sublime  
 Deshace la opaca nube,  
 Que el paso á su llama impide:

Y á su luz en grata calma  
 A un tiempo se burla y jime  
 De tanta inútil zozobra;  
 Y el yerro al aviso sirve;

Cual' convaleciente aun débil  
 Que en jesto y acento tristes  
 Su congojosa dolencia  
 Alegre á todos repite:

O navegante, en el puerto,  
 Libre de náufragas sirtes,

Temblando sus largos rumbos  
 Y tempestades describe.

Nuestro otoño pues gozemos,  
 Fabio mio, en paz felice;  
 Que el tiempo vuela, la vida  
 Es un vapor insensible,

Y así pasa: el yerto invierno  
 Al blando otoño persigue;  
 Y en pos la muerte y la tumba  
 Serán nuestro eterno eclipse.

## ROMANCE XXVIII.

ELISA ENVIDIOSA.

SI tan niña te casaron,  
 ¿Por qué murmuras, Elisa,  
 Que las solteras se lleven  
 Los galanes de la villa?

¿A qué culpar sus donaires,  
 Y en tus disparadas iras  
 Ni aun perdonarles las gracias  
 Con que su inocencia brilla?

¿En qué te ofenden las flores  
 Que su cabello matizan,  
 De su seno los joyeles,  
 De sus dedos las sortijas?

¿En qué el donoso bullicio  
 De su juventud festiva,  
 Ni el embeleso en que gozan  
 Del dulce Amor las primicias?

En buen hora se engalanan,  
 Y con atencion prolija  
 Cuiden de realzar el lustre  
 De su beldad peregrina:

Ciña el aljófar su cuello,  
 Y trasparente á la vista  
 Velen su pecho en la gasa,  
 Que leve un soplillo ajita:

Den á su mirar mas fuego,  
 Mas frescor á sus mejillas,  
 Y premiándolo, á su talle  
 Mas soltura y gallardía.

No esta delicia les vedes,  
 Ni con tus quejas y envidias  
 O sus triunfos solemnizes,  
 O publiques tu desdicha.

Déjalas ir á los bailes,  
 Deja que canten y rian,  
 Cual tú, enojosa, lo hicieras,  
 Si hoy no vivieras cautiva:

Hiciéraslo, como sabes  
Que te holgaras siendo niña ;  
Y que en danzar y prenderte  
La palma entonces tenias.

Si feliz no te olvidaste  
De las músicas y citas,  
Que alcanzó mas de un dichoso,  
Notándolo tus vecinas ;

Todo sin cuidado entónces,  
Y tú inocente y sencilla,  
Era un pasatiempo alegre  
Cuanto ora llamas malicia.

Quéjate pues de tu estrella ;  
No nuestras fiestas impidas,  
O pensaré que son zelos  
Tan enfadosa porfía.

¿ Qué te importa que Belarda  
Dé á su zagal una cinta,  
Que Silvio y Enarda se hablen,  
Ni zelosa esté Belinda ?

Delio apagará su enojo,  
Y los zelos serán risas,  
Como á las nubes de mayo  
Sigue la lluvia tranquila :

Que tú tambien de este achaque  
Otro tiempo adolecias,  
Y curábalo tu esposo,  
Y tú le amabas mas fina.

Deja en fin culpas y duelos  
Por sus paces ó sus riñas,  
Que asienta mal en tu rostro  
El ceño con que nos miras ;

Y el cuento serás del valle,  
Si cansada en su alegría  
En dar consejos te empeñas,  
Sin que nadie te los pida.

Que si á todos enamora  
La modestia que es benigna,  
Cuando es importuna, enfada,  
Y con altivez irrita :

Cual la mesura y los velos  
De la viudez dolorida,  
Si al baile van melindrosos,  
Todo su placer mancillan.

Ama sensible á tu Albano,  
Pues lo tienes de por vida,  
Y desvelada en servirle,  
A sus gustos te anticipa.

Parte con él tus finezas  
Fiel esposa y dulce amiga,  
Aun mas que en tus largos bienes,

En bondad y gracias, rica.

Ocupada en tus hijuelos  
Con solicitud activa,  
Cual diligente hortelana  
Con dos tiernas clavellinas,  
Sus débiles pasos rije,  
Goza feliz sus caricias ;  
Y en su amor y su cuidado  
Todos tus encantos cifra.

Y dejando á las zagalas  
Bien querer, y que las sirvan,  
Sin esos necios afanes  
Con que en vano te fatigas ;  
A ellos y al padre dichoso  
Consagra alegre tus dias  
En la afortunada suerte  
Con que los cielos te miman.

Que si él es grato á tus ojos,  
Cuanto tú á los suyos linda,  
Por mas que anhelar no tienes,  
Lastimada casadilla.

## ROMANCE XXIX.

LA MAÑANA.

DEJAD el nido, avecillas,  
Y con mil cantos alegres  
Saludad al nuevo dia,  
Que asoma por el oriente,  
De do en vuelo despeñado  
La ciega noche desciende  
Opuesta al sol, que en su alcance  
Su lumbroso tren previene ;

Y semejando una hoguera  
Que en inmensas llamas hierva,  
Allá al confin por do asoma  
Del cielo, en ellas lo enciende.

¡ Oh qué celajes y albores !  
¡ Qué de ráfagas lucentes  
Con sus rayos los alumbran,  
Y de oro los enriquecen !

Él como en triunfo glorioso  
Su rápida marcha emprende,  
De animada luz dorando  
De los montes la alta frente ;  
Mientras que los hondos valles  
Muy mas lóbregos se ofrecen,  
Cual si otra noche en sus sombras  
De nuevo los envolvese.

De Titon la esposa bella



Ostentándose riente  
 Lleno el regazo de flores,  
 De rosa orladas las sienas,  
 Libra al céfiro su manto,  
 Que veloz lo desenvuelve,  
 Mezclando en el horizonte  
 La púrpura con la nieve;  
 Y luego galan vagando  
 Entre las flores se pierde,  
 El rocío les sacude,  
 Y sus frescas hojas mece.

Ellas fragantes perfumes  
 En oblation reverente  
 Tributan al sol, que á darles  
 Vida con sus llamas vuelve.

¡Oh qué bálsamo, qué olores!  
 ¡Qué delicia el alma siente  
 Al respirarlos! del pecho  
 Absorta exhalar se quiere.

En tanto de las tinieblas  
 Los restos se desvanecen  
 Entre la luz, que en raudales  
 De los cielos se desprende.

Todo con ella del sueño  
 Sale y se rejuvenece,  
 Cual si del mundo este día  
 La feliz aurora fuese;

Y todo la atencion llama,  
 Y bulle en gozo y deleite,  
 De embeleso en embeleso  
 Llevándola dulcemente.

La vista vaga perdida:  
 Aquí una flor la entretiene  
 Que de luz mil visos hace  
 Con sus perlas trasparentes:

Sobre las mieses lozanas  
 Allí en tal copia las vierte  
 Grata el alba, que sus hojas  
 Ya contenerlas no pueden,

Corriendo en líquidos hilos  
 Que los surcos humedecen,  
 Para que así sus cogollos  
 Con mas pompa al sol desplieguen:

Y allá el plácido arroyuelo,  
 Cuyas claras linfas mueve  
 El viento en fáciles ondas,  
 Apenas correr se advierte.

Mas allá el undoso rio  
 Por la ancha vega se tiende  
 Con majestad sosegada,  
 Y cual cristal resplandece.

El bosque umbroso á lo lejos  
 La vista inquieta detiene,  
 Y entre nieblas delicadas  
 Cual humo desaparece

Por ese inmenso horizonte,  
 Que en un pabellon luciente  
 Arqueándose, los ojos  
 Atónitos embebece.

El vivo matiz del campo,  
 Este cielo que se estiende  
 Sereno y puro, estos rayos  
 De luz, el tranquilo ambiente,

Este tumulto, este gozo  
 Que universal antecede  
 Al trinar el himno al día  
 Reanimados los vivientes;

Este delirio de voces  
 Que en su estrépito ensordecen,  
 Tantos píos de las aves,  
 Tantos cánticos fervientes;

Este hervor inesplicable,  
 Este bullir y moverse  
 En inefable delicia  
 Una infinidad de seres,

De la yerbecilla humilde  
 Al roble mas eminente,  
 Del insecto al ave osada  
 Que al sol su vuelo alzar quiere;

¡Oh cómo me encanta! ¡oh, cómo  
 Mi pecho late y se enciende,  
 Y en la comun alegría  
 Regocijado enloquece!

La mensajera del alba,  
 La alondra mil parabienes  
 Le rinde, y tan alto vuela  
 Que ya los ojos la pierden.

Tras sus nevados corderos  
 El pastor cantando viene  
 Sus amores por el valle,  
 Y al rayo del sol se vuelve.

El labrador cuidadoso  
 Unce en el yugo sus bueyes,  
 Con blanda officiosa mano  
 Limpiándoles la ancha frente.

El humo en las caserías  
 En volubles ondas crece,  
 Y á par que en el aire sube,  
 Se deshace en sombras leves,

Y la atmósfera mas pura,  
 Y los árboles mas verdes,  
 Y mas lozano está el valle,

Y mas viciosas las mieses.  
 ¡Qué hermosa es, amable Silvia,  
 La mañana! ¡cuánto tiene  
 Que admirar! ¡en sus primores  
 Cómo el alma se conmueve!  
 Deja el lecho, y ven al campo,  
 Que fausto á tu seno ofrece  
 Su aroma y flores, y juntos  
 Gozemos tantos placeres.

## ROMANCE XXX.

## DE UNA AUSENCIA.

¡Qué sirve que viva ausente,  
 Si con el alma te veo,  
 Zagala hermosa del Tórmes,  
 Y te adora el pensamiento?  
 ¡Qué sirve que ausente viva,  
 Si un amor fino y honesto  
 Bien así en la ausencia crece  
 Cual con seca leña el fuego?  
 Nunca está lejos quien ama,  
 Aunque tenga un mundo en medio:  
 Para el gusto no hay distancias,  
 Ni violencias para el pecho.  
 Solo, zagala, el que olvida,  
 Se dice bien que está lejos;  
 Que yo donde quier que fuere,  
 En mi corazón te llevo.  
 Cual inseparable marcha  
 En pos la sombra del cuerpo,  
 Y vivo el fuego se esconde  
 Del pedernal en el seno;  
 Así el esperar me anima,  
 Y en memorias me entretengo,  
 Sin que en estos tristes valles  
 Nada encuentre de recreo.  
 Sin aliño las zagalas,  
 De altivo y áspero ceño,  
 Cuanto aquí miro, bien mio,  
 Me parece tosco y feo.  
 Mis locas ansias se pierden:  
 Los ayes los lleva el viento,  
 Mis lágrimas el Eresma,  
 Y el alba los dulces sueños.  
 ¡En ellos, ay! ¡qué de noches  
 Me hallara á tus plantas puesto,  
 Tal vez airada conmigo,  
 Tal condolida á mis ruegos!  
 ¡Y al despertar, qué de veces,

Como burlado me siento,  
 Llamándote cual si oyeras,  
 Bañé en lloro amargo el lecho!  
 Mas quisiera yo las noches,  
 Cuando entre escarchas y hielos  
 Quejándome de tu olvido  
 Me halló del alba el lucero;  
 Las noches en que llorando  
 No merecidos desprecios,  
 De mi cítara los trinos  
 Oyó conmovido el cielo,  
 Mas que no estas noches tristes  
 De luto y dolor eterno,  
 En que á solas me consumo,  
 Y maldigo mis deseos.  
 ¡Pues aquellas, vida mia,  
 Cuando ya mis dulces versos  
 Sonar pudieron felices  
 De gozo y finezas llenos;  
 Y tú inflamada al oírlos,  
 Dándote el Amor su velo,  
 A tus ventanas salías  
 Con silencioso misterio,  
 Para entender mas de cerca  
 Los cariñosos requiebros,  
 Y unir tus tímidas ansias  
 Con mis ardientes afectos?  
 Nada alcanzará á borrarlas  
 De un alma de que eres dueño,  
 De un alma, donde por siempre  
 Será y único tu imperio.  
 Ni por mas que en mi desdicha  
 Se conjure el universo,  
 Dejarás de hacer, bien mio,  
 Mi delicia y mi embeleso.  
 ¡Ay! ¡cuándo diré á tus rejas,  
 Como cantaba algun tiempo,  
 Ciego de amor y esperanzas  
 Que cual humo se han deshecho:  
 «Nunca yo hallado te hubiera;  
 Ni la noche de los fuegos  
 Nunca tú por mi ventura  
 Salieras, Rosana, á verlos!»  
 Cuando... Aquí llegaba un triste,  
 A quien del Tórmes trajeron  
 Al Eresma desterrado  
 La envidia, el odio y los celos.  
 Los compasivos zagales  
 Que sus jémidos oyeron,  
 Consuélanle: y él responde,  
 Que á un ausente no hay consuelo.

## ROMANCE XXXI.

EL CONSEJO DE JACINTA.

Con Pascuala Jil se casa,  
 Y á la linda Fili olvidada:  
 Lo que en la zagala es luto,  
 Será en Lucindo alegría.  
 Sirvióla Lucindo un tiempo:  
 Pero el engaño y la envidia,  
 Cual nube al sol contrapuesta,  
 Así eclipsaron sus dichas.  
 Un chismoso de la aldea  
 Finjó agravios y malicias,  
 Que á la sombra se abultaron.  
 Del acaso y la mentira.  
 El zagal, que no debiera,  
 Despreciólos en su fina  
 Voluntad asegurado,  
 Y en su inocencia sencilla;  
 Pero lastimóse Fílis,  
 Que es sensible cuanto linda,  
 Y sin desdenes ni quejas  
 Dejó á Lucindo, ofendida.  
 Luego á Jil quiso en despiques;  
 Si es amor una porfía,  
 O si jamás un cuidado  
 Con un disgusto se alivia.  
 Lucindo llora el olvido,  
 Y en vano ruega y suspira,  
 Que donde el engaño adula,  
 Nunca la verdad se estima.  
 ¡Oh qué de veces el triste  
 Buscó fino á su querida;  
 Y con mil rendidas ansias  
 Amainar tentó sus iras!  
 ¡A sus plantas qué de veces.  
 Sus verdades ratifica,  
 Confunde apariencias vanas,  
 Injustos zelos disipa!  
 Mas Fili en su enojo ciega,  
 Cuanto el zagal mas la obliga,  
 Mas ciertos da sus agravios,  
 Y huye mas y mas su vista.  
 Bien haya Jil, que por necio  
 La saca de esta agonía,  
 Y libra cortés á entrambos.  
 De un martirio de por vida.  
 La niña el desaire siente;  
 Y entre agraviada y corrida,  
 Por Jil, la boda y sus piques

Es la cancion de la villa.  
 Pero ella á Lucindo quiere;  
 Él la adora y la suplica,  
 Y así del otro el desvío  
 Será el iris de sus riñas.  
 Todos así lo murmuran;  
 Y ya en el baile Jacinta,  
 Viéndola tan triste y sola,  
 Le cantaba el otro día:  
 Zagala del Tórmes  
 Deja de llorar,  
 Que Lucindo vuelve,  
 Si Jil se te va.  
 Porqué Jil se casa,  
 No tan boba seas,  
 Que tú el tiempo llores,  
 Que él rie y se alegra.  
 Ejemplo en él toma,  
 Y olvidale á par:  
 Que Lucindo vuelve,  
 Si Jil se te va.  
 Lo que Jil se pierde  
 Lucindo lo gane,  
 Puesto que en el trueque  
 Bien librada sales:  
 Y pues es tan necio,  
 No le llores mas,  
 Que Lucindo vuelve,  
 Si Jil se te va.

## ROMANCE XXXII.

LA TERNURA MATERNAL.

¡Oh! ¡cómo me encanta, Fílis,  
 Gozar del juego inocente  
 Con que entre risas te halaga  
 El ánjel que al pecho tienes!  
 ¡Cuál con sus tiernas manitas  
 Te lo bate, y las estiende  
 Hasta tus frescas mejillas,  
 Hundiéndolas suavemente!  
 Luego la cabeza esconde,  
 Y hace como que se duerme,  
 Y entre mil gozos y mimos  
 Entre tus brazos se mece;  
 Mas al punto el taimadillo,  
 De su quietud impaciente,  
 Con nuevas fiestas y risas  
 Salta, y de tu cuello pende.  
 Tú con miradas de madre

Lo contemplas, y le vuelves  
 Por cada caricia un beso,  
 Que á nuevos juegos le mueve.

Rien la dulzura y gracia  
 En sus ojuelos alegres,  
 En su boca los gorjeos,  
 La candidez en su frente.

No hay en torno los donaires  
 Con que inquieto te entretiene,  
 Ternura que no le grites,  
 Ni bendicion que no le echas.

Clavel, lumbroso diamante,  
 Perla de subido oriente,  
 Cielo, sol, ángel, lucero,  
 Todo aun poco te parece;

Y en el suavísimo encanto  
 En que viéndolo te embebes,  
 Por tus ojos á su pecho  
 Volársete el alma quiere.

Yo mudo y enajenado  
 Siento el mio blandamente  
 Latirme, y parto contigo  
 Tan sobrehumanos placeres.

¡Dichosa Filis! tú gozas  
 Cuanto bien gozarse puede:  
 Tu seno nada en delicias,  
 Tu rostro en gloria y deleite

Puro, anjélico, sublime;  
 No el grosero que se bebe  
 Del vicio en la amarga copa,  
 Que llanto y dolor previene.

¡Ves cuánto la virtud vale!  
 ¡Cuál sus encantos conmueven  
 El alma, y de madre tierna  
 Son los éstasis celestes!

¡Lo ves, Filis! fausta sigue,  
 Y en gozos y afectos crece:  
 Da otro beso á tus amores,  
 Y otro y otro aun mas ardientes.

Él los busca, y te provoca  
 Con sus donosos juguetes;  
 Te mira, y se oculta y rie,  
 Y en gorjeos enloquece.

Con estas gracias empieza,  
 Y feliz la llama prende  
 Que en lazada deliciosa  
 Os ha de atar para siempre:

De ora haciendo que dos pechos  
 Con sola una vida alienten,  
 Y en ver y en querer conformes  
 Su union mas y mas se estreche.

Hoy el pequeñuelo infante  
 Que es hijo á tu pecho siente;  
 Y este amor sin conocerlo  
 Lo mama en tu dulce leche:

Este amor santo que un día,  
 Como el árbol que se estiende  
 Rico en sazonados frutos,  
 Crecerá, y dártelos debe.

Y tu descanso y delicia,  
 Lleno de bondad y bienes,  
 Gloriosos hará tus años,  
 Tan tierno como obediente.

Cuanto hoy por su débil vida  
 Tu seno en afectos hierve,  
 Tanto y mas y mas de obsequios  
 Verásle en torno volverte.

Verásle, madre dichosa,  
 Cuando sus gracias desplieguen  
 Adelantados los días,  
 Cómo él las luce inocente:

Cuál solícito pregunta,  
 De tus avisos aprende,  
 Y tus virtudes remeda,  
 Y su razon se esclarece.

De ora un enjambre de nietos,  
 Lindos cual él te previene,  
 En cuyas vidas la tuya  
 Con nuevo verdor florece;

Y en cuyas ilustres prendas  
 Correrán de jente en jente  
 Las que en riquísima mina  
 Tu corazon ennoblecen.

De ese tu rubio cabello  
 Se ajará el oro fuljente,  
 Arando la arruga fea  
 La fresca tez de tus sienes;

Y entónces de nuevo en ellos  
 Vivirás, cual en oriente  
 Diz que entre aromas renace  
 De sus cenizas el fénix.

Hoy siembras, Filis, y el llanto  
 Que tan delicioso viertes,  
 Es un plácido rocío  
 Que los frutos desenvuelve.

Siembras, y con grato influjo  
 De esa tu feliz simiente  
 Sazonará el sol un día  
 En abundancia las mieses.

Siembras, y abrirse en su seno  
 Verás, Fili, en plazo breve  
 Las rosas de su inocencia,

Y de tu amor los claveles.  
 Riega oficiosa la planta,  
 Y en solicitud perene  
 Del fogoso Can la libra,  
 Y los hielos de un diciembre.  
 Vela en su amparo, y ten cuenta  
 Si algun ramito se tuerce,  
 Que la razon lo dirija,  
 Y no el cariño te ciegue:  
 Que así pomposa y lozana  
 El cielo hará que descuelle  
 Sobre cuantas hermozean  
 Los mas floridos verjeles;  
 Y que en pos de su fragancia  
 Felice á todos se lleve,  
 Porque tu nombre y tu gloria  
 Con los suyos se acrecienten.—  
 Así yo á Fílis hablaba,  
 Que no á mí, á su hijuelo atiende:  
 Estréchalo en su albo seno:  
 Y él mamando se adormece.  
 Fílis ni aun respirar osa,  
 Porque su amor no despierte,  
 Y con languidez süave  
 Mirándolo se enternece.  
 Esposa y madre en su rostro,  
 Rubor y amor santamente  
 Brillan unidos, y un ánjel  
 Para mis ojos parece;  
 Que en lágrimas inundados  
 Sentí al punto; y reverente  
 Ya, aunque hermosa, no ví en Fílis  
 La Fílis de mis niñeces.

## ROMANCE XXXIII.

AUSENTE DE CLORI, SU AMOR SOLO ES MI  
 ESTUDIO.

¡Qué me aprovechan los libros!  
 ¡Y qué en mi triste aposento  
 Morar como en cárcel dura  
 Aherrojado siempre entre ellos!  
 Mis ojos sus líneas corren,  
 Y en oficioso desvelo  
 El labio terco repite  
 Sus verdades y preceptos:  
 Mientras la mente embebida,  
 Bien mio, en mil devaneos  
 Burla mi conato, y vuela  
 A buscar mas noble objeto.

La imaginacion fogosa  
 Con delicioso embeleso  
 De mis pasadas venturas  
 Hermosea los recuerdos;  
 Y en sus vagarosas alas,  
 Como en un alegre ensueño,  
 Tras lo que perdido anhela  
 Lanzándose el pensamiento,  
 En el solitario bosque  
 Ora á tu lado me encuentro  
 De aquel jardin, confidente  
 De nuestros dulces secretos;  
 Donde huyendo veces tantas  
 Con inocente misterio  
 De la calumnia los tiros,  
 Los ojos de un vulgo necio,  
 Emboscados, como solos  
 Ea medio del universo,  
 Nos cojió espirando el dia,  
 Clori, envidioso el lucero,  
 El pecho en rendidos ayes,  
 El labio en finos requiebros;  
 Y Amor plácido sellando  
 Nuestros fieles juramentos.  
 Ora inflamando mi númen  
 Al brillo de tus ojuelos,  
 Mil ternezas me imagino  
 Cantarte en mis dulces versos;  
 Que cual mi pecho sencillos,  
 Como mi llaneza tersos,  
 En tu delicada lengua  
 Adquieren mas alto precio.  
 Ora que en Fedra temblamos  
 De Amor los horribles fuegos,  
 O en tu seno, triste Zaida,  
 De tu Orosman el acero;  
 Y ora que en la amable Julia  
 Sus derretidos conceptos,  
 En su leccion encantados,  
 Confundimos con los nuestros:  
 Con solícita fineza  
 Continuo buscando aquellos  
 Que á nuestra inefable llama  
 Semejan, bien que de lejos.  
 Tal vez recuerdo, infelice,  
 Tambien nuestro á Dios postrero,  
 Tú en el sofá desmayada,  
 Y yo á tus piés en silencio:  
 Sonando la fatal hora,  
 Sin poder yo en mi despecho  
 Ni huir del mandato odioso,

Ni á ti dejarte muriendo:  
 Partiendo en fin; y á tus brazos  
 Y á decirte á Dios de nuevo  
 Loco tornando, abismada  
 Tú en dolor, y sin aliento.  
 O ya en éstasi mas grato  
 Doy nuevas alas al tiempo,  
 Y rayando el fausto día  
 De volver, mi bien, á vernos,  
 Traspaso los altos montes,  
 Quealzada su frente al cielo,  
 Hasta el paso cerrar quieren  
 A mis ardientes deseos.  
 Desde su enriscada cumbre  
 Vislumbrar en sombras creo  
 La corte ya: el ansia crece,  
 Y dejando atrás el viento,  
 Aguijo el correr, la rueda  
 Jime en su rápido vuelo,  
 Grita el mayoral, y el tiro  
 de polvo y sudor cubierto.  
 Entra en fin por la ancha calle,  
 A quien la imperial Toledo  
 Da nombre, á tu casa corro,  
 Y el callado umbral penetro.  
 Llego á tu dichosa estancia;  
 Encuéntrote sola, y ciego  
 A tus piés me precipito,  
 Y los baño en llanto tierno.  
 Tú lanzando un grito alegre  
 De sorpresa y de contento,  
 ¡Es posible, amado, exclamas,  
 Que abrazarte otra vez puedo...!  
 Y ahincada tus manos tienes,  
 Tus manos en que mil besos  
 Estampo yo; tú suspiras,  
 Y el placer.... sobre tu seno....  
 Embriagadas, confundidas  
 Las almas.... yo te sostengo  
 Desfallecida en mis brazos....  
 Y en los tuyos desfallezco....  
 ¡Clori! la mente delira;  
 Yo en fijarla en lo que leo  
 Me afo, su error acuso,  
 Y al libro obstinado vuelvo:  
 Empeñándome estudioso  
 En buscar con nuevo anhelo  
 En la luz de sus doctrinas  
 A mi mal algun remedio.  
 Empero todo es en vano;  
 Y por mas que atarla quiero,

Sin saber cómo, ocupada  
 De ti siempre la sorprendo.  
 Riñola; pero replica  
 Que tú sola eres su empleo;  
 Y así en tu amor y mis penas  
 Contino que estudiar tengo.

## ROMANCE XXXIV.

## LA TARDE.

Ya el Héspero delicioso  
 Entre nubes agradables,  
 Cual precursor de la noche,  
 Por el occidente sale;  
 Desde allí con su almo brillo  
 Deshaciendo mil celajes,  
 A los ojos se presenta  
 Cual un hermoso diamante.  
 Las sombras que le acompañan,  
 Se apoderan de los valles,  
 Y sobre la mustia yerba  
 Su fresco rocío esparcen.  
 Su corona alzan las flores,  
 Y de un aroma suave,  
 Despidiéndose del día,  
 Embalsaman todo el aire.  
 El sol afañado vuela,  
 Y sus rayos celestiales  
 Contemplar tibios permiten  
 Al morir su augusta imájen;  
 Símil á un globo de fuego  
 Que en vivas centellas arde,  
 Y en la bóveda parece  
 Del firmamento enclavarse.  
 Él de su altísima cumbre  
 Veloz se despeña, y cae  
 Del océano en las aguas,  
 Que á recibirlo se abren.  
 ¡Oh qué visos! ¡qué colores!  
 ¡Qué ráfagas tan brillantes  
 Mis ojos embebecidos  
 Registran de todas partes!  
 Mil sutiles nubecillas  
 Cercan su trono, y mudables  
 El cárdeno cielo pintan  
 Con sus graciosos cambiantes.  
 Los reverberan las aguas,  
 Y parece que retrac  
 Indeciso el sol sus pasos,  
 Y en mirarlos se complace.

Luego vuelve, huye y se esconde,  
Y deja en poder la tarde  
Del Héspero, que en los cielos  
Alza su pardo estandarte,

Como un cendal delicado,  
Que en su ámbito inmensurable  
En un momento estendido,  
Veloz al suelo se abate,

A que en tan rápida fuga  
Su vislumbre centellante  
Envuelto en débiles nieblas  
Ya sin pábulo desmaye.

Del nido al caliente abrigo  
Vuelan al punto las aves,  
Cual al seno de una peña,  
Cual á lo hojoso de un sauce;

Y á sus guaridas los toscos  
Selváticos animales,  
Temblando al sentir la noche,  
Se precipitan cobardes.

Suelta el arador sus bueyes;  
Y entre sencillos afanes  
Para el redil los ganados  
Volviendo van los zagales:

Suena un confuso balido,  
Jimiendo que los separen  
Del dulce pasto, y las crias  
Corren llamando á sus madres.

Lejos las chozas humean,  
Y los montes mas distantes  
Con las sombras se confunden  
Que sus altas cimas hacen:

De ellas á la escelsa esfera  
Asomando designales  
Estas sombras en un velo  
A la vista impenetrable;

El universo parece  
Que de su accion incesante  
Cansado, el reposo anhela,  
Y al sueño va á abandonarse.

Todo es paz, silencio todo,  
Todo en estas soledades  
Me conmueve, y hace dulce  
La memoria de mis males.

El verde oscuro del prado,  
La niebla que en ondas se abre  
Allá sobre el hondo rio,  
Los árboles de su márjen,

Su deleitosa frescura,  
Los vicientillos que baten  
Entre las flores las alas,

Y sus esencias me traen;  
Me enajenan y me olvidan  
De las odiosas ciudades,  
Y de sus tristes jardines,  
Hijos míseros del arte.

Liberal naturaleza,  
Porque mi pecho se sacie,  
Me brinda con mil placeres  
En su copa inagotable.

Yo me abandono á su impulso:  
Dudosos los piés no saben  
Do se vuelven, do caminan,  
Do se apresuran, do paren.

Gruzo la tendida vega  
Con inquietud anhelante  
Por si en la fatiga logro  
Que mi espíritu se calme:

Mis pasos se precipitan;  
Mas nada en mi alivio vale,  
Que ajigantadas las sombras  
Me siguen para aterrarme.

Trepo, huyéndolas, la cima,  
Y al ver sus riscos salvajes,  
¡Ay! esclamo, ¡quién cuál ellos  
Insensible se tornase!

Bajo del collado al rio,  
Y entre sus lóbregas calles  
De altos árboles, el pecho  
Mas pavoroso me late.

Miro las tajadas rocas  
Que amenazan desplomarse  
Sobre mí, tornar oscuros  
Sus cristalinos raudales.

Lléname de horror sus sombras,  
Y el ronco fragoso embate  
De las aguas mas profundo  
Hace este horror y mas grave.

Así azorado y medroso  
Al cielo empiezo á quejarme  
De mis amargas desdichas,  
Y á lanzar dolientes ayes;

Mientras de la luz dudosa  
Espira el último instante,  
Y el manto la noche tiende  
Que el crepúsculo deshace.

## ROMANCE XXXV.

LOS ARADORES.

¡Oh, qué bien ante mis ojos

Por la ladera pendiente  
Sobre la esteva encorvados  
Los aradores parecen !  
¡ Cómo la luciente reja  
Se imprime profundamente ,  
Cuando en prolongados surcos  
El tendido campo hienden !

Con lentitud fatigosa  
Los animales pacientes  
La dura cerviz alzada  
Tiran del arado fuerte.

Animálos con su grito ,  
Y con su aguijón los hiere  
El tosco gañan , que en medio  
Su fatiga canta alegre.

La letra y pausado tono  
Con las medidas convienen  
Del cansado lento paso ,  
Que asientan los tardos bueyes.

Ellos las anchas narices  
Abren á su aliento ardiente ,  
Que por la frente rugosa  
El hielo en aljófár vuelve ;

Y el gañan aguija y canta ,  
Y el sol que alzándose viene ,  
Con sus vivíficos rayos  
Le calienta y esclarece.

¡ Invierno ! ¡ invierno ! aunque triste ,  
Aun conservas tus placeres ;  
Y entre tus lluvias y vientos  
Halla ocupacion la mente.

Aun agrada ver el campo  
Todo alfombrado de nieve ,  
En cuyo cándido velo  
Sus rayos el sol refleja.

Aun agrada con la vista  
Por sus abismos perderse ,  
Yerta la naturaleza  
Y en un silencio elocuente ;

Sin que halle el mayor cuidado  
Ni el lindero de la suerte ,  
Ni sus desiguales surcos ,  
Ni la mies que oculta crece.

De los árboles las ramas  
Al peso encorvadas ceden ,  
Y á la tierra fuerzas piden  
Para poder sostenerse.

La sierra con su albo manto  
Una muralla esplendente ,  
Que une el suelo al firmamento ,  
Allá á lo lejos ofrece :

Mientras en las hondas gargantas  
Despeñados los torrentes ,  
La imaginacion asustan ,  
Cuanto el oído ensordecen ;  
Y en quietud descansa el mundo ,  
Y callado el viento duerme ,  
Y en el redil el ganado ,  
Y el buey jime en el pesebre.

¡ Pues qué , cuando de las nubes  
Retumbando se desprenden

Los aguaceros , y el día  
Abogado entre sombras muere ;  
Y con estrépito inmenso

Cenagosos se embravecen  
Fuera de madre los rios ,  
Batiendo diques y puentes ?

Crece el diluvio : anegadas  
Las llanuras desaparecen ,  
Y árboles y chozas tiemblan  
Del viento el furor vehemente ;

Que arrebatando las nubes ,  
Cual sierras de niebla leve ,  
De aquí allá en rápido soplo ,  
En formas mil las revuelve :

Y el imperio de las sombras ,  
Y los vendavales crecen ;  
Y el hombre atónito y mudo  
Palpita de horror y teme.

O bien la helada punzante  
La tierra en mármol convierte ;  
Y al hogar en ocio ingrato  
El gañan las horas pierde.

Cubiertos de blanca escarcha ,  
Como de marfil parecen  
Los árboles ateridos ,  
Y de alabastro la fuente.

Sonoro y ríjido el prado  
La planta hollado repele ;  
Y do quier el dios del hielo  
Su sañudo mando ejerce :

Hasta que el suave favonio  
Vuela , y el vital ambiente  
Con su plácida templanza  
Tan duros grillos disuelve.

El día rápido anhela :  
No asoma el sol por oriente ,  
Cuando sin luz al ocaso  
Precipitado descende ;

Porque la noche sus velos  
Sobre la tierra despliegue ,  
De los fantasmas seguida



Que en ella el vulgo ver suele .  
 Así el invierno ceñudo  
 Reina con cetro inclemente ,  
 Y entre escarchas y aguaceros  
 Y nieve y nubes se envuelve.  
 ¿Y de dónde estos horrores ,  
 Este trastorno aparente ,  
 Que en enero su fin halla ,  
 Y que ya empezó el noviembre ?  
 Del orden con que los tiempos  
 Alternados se suceden ,  
 Durando naturaleza  
 La misma, y mudable siempre.  
 Estos hielos erizados ,  
 Estas lluvias, estas nieves ,  
 Y nieblas y roncós vientos ,  
 Que hoy el ánimo estremecen ,  
 Serán las flores del mayo ,  
 Serán de julio las mieses ,  
 Y las perfumadas frutas  
 Con que octubre se enriquece.  
 Hoy el arador se afana ,  
 Y en cada surco que mueve ,  
 Miles encierra de espigas  
 Para los futuros meses :  
 Misteriosamente ocultas  
 En esos granos, que estiende  
 Do quier liberal su mano ,  
 Y en los terrones se pierden ;  
 Ved, cuál fecunda la tierra  
 Sus jérmenes desenvuelve ,  
 Para abrirnos sus tesoros  
 Profusa y risueñamente.  
 Ved, cómo ya retoñando  
 La rompe la hojilla débil,  
 Y cómo el rojo sombrío  
 Realza su intenso verde:  
 Verde, que el tostado julio  
 En oro convertir debe,  
 Y en una selva de espigas  
 Esos cogollos nacientes.  
 Trabaja, arador, trabaja  
 Con ánimo y pecho fuerte,  
 Ya en tu esperanza embriagado  
 Del verano en las mercedes.  
 Cumple tu noble destino,  
 Y haz cantando tu afán leve,  
 Mientras insufrible abruma  
 El fastidio al ocio muelle ;  
 Que entre la pluma y la holanda  
 Sumido en sueño y placeres,

VI.

Jamás vió del sol la pompa  
 Cuando lumbroso amanece :  
 Jamás gozó con el alba  
 Del campo el plácido ambiente ,  
 De la matinal alondra  
 Los trinos vivos y alegres:  
 Trabaja, y fía á tu madre  
 La prolífica simiente ,  
 Por cuyo felice cambio  
 La abundancia te prometes :  
 Que ella te dará profusa  
 Con que tu seno se aquiete ,  
 Se alimenten tus deseos,  
 Tu sudor se remunere ;  
 Puesto que en él y tus brazos  
 Honrado la fausta suerte  
 Vinculas de tu familia ,  
 Y libre en tus campos eres.  
 Tu esposa al hogar humilde  
 Apacible te previene  
 Sobria mesa, grato lecho,  
 Y cariño y fe perenes :  
 Que oficiosa compañera  
 De tus gozos y quehaceres ,  
 Su ternura cada día  
 Con su diligencia crece :  
 Y tus pequeñuelos hijos  
 Anhelándote impacientes,  
 Corren al umbral, te llaman ,  
 Y tiemblan, si te detienes.  
 Llegas, y en torno apiñados  
 Halagándote enloquecen ;  
 La mano el uno te toma ,  
 De tu cuello el otro pende ;  
 Tu amada al paternal beso  
 Desde sus brazos te ofrece  
 El que entre su seno abriga ,  
 Y alimenta con su leche ;  
 Que en sus fiestas y gorjeos  
 Pagarte ahincado parece  
 Del pan que ya le preparas  
 De los surcos donde vienes.  
 Y la ahijada el mayorcillo  
 Como en triunfo llevar quiere ;  
 La madre el empeño rie,  
 Y tú animándole alegre ,  
 Te imaginas ver los juegos  
 Con que en tus faustas niñeces  
 A tu padre entretenias ,  
 Cual tu hijuelo hoy te entretiene.  
 Ardiendo el hogar te espera,

21

Que con su calor clemente  
Lanzará el hielo y cansancio  
Que tus miembros entorpecen :

Y luego , aunque en pobre lecho ,  
Mientras que plácido duermes ,  
La alma paz y la inocencia  
Velarán por defenderte ;

Hasta que el naciente día  
Con sus rayos te despierte ,  
Y á empuñar tornes la esteva ,  
Y á rejir tus mansos bueyes.

¡Vida ignorada y dichosa!  
Que ni alcanza ni merece  
Quien de las ciegas pasiones  
El odioso imperio siente.

¡Vida anjelical y pura !  
En que con su Dios se entiende  
Sencillo el mortal , y le halla  
Do quier próvido y presente :

A quien el poder perdona ,  
Que los mentirosos bienes  
De la ambicion tiene en nada ,  
Cuanto ignora sus reveses.

Vida de fácil llaneza ,  
De libertad inocente ,  
En que dueño de sí el hombre  
Sin orgullo se ennoblece :

En que la salud abunda ,  
En que el trabajo divierte ,  
El tedio se desconoce ,  
Y entrada el vicio no tiene :

Y en que un día y otro día  
Pacíficos se suceden ,  
Cual aguas de un manso rio ,  
Risueñas é iguales siempre.

¡Oh, quién gozarte alcanzara !  
¡Oh, quién tras tantos vaivenes  
De la inclemente fortuna,  
Un pobre arador viviese !

Uno cual estos que veo ,  
Que ni codician , ni temen ,  
Ni esclavitnd los humilla ,  
Ni la vanidad los pierde :

Lejos de la envidia torpe  
Y de la calumnia aleve ,  
Hasta que á mi aliento frájlil  
Cortase el hilo la muerte.

## ROMANCE XXXVI.

EL ZAGAL APASIONADO.

¡Oh, qué mal se posa el sueño  
Sobre ojos que el Amor abre ,  
Ni con sus dulces cuidados  
Su grata calma hizo paces !

Las dos suenan ; y rendidos  
De sus amargos afanes ,  
A un pacífico letargo  
Se abandonan los mortales ,

Yo solo velo , bien mio ,  
Y en ocupacion súave  
Con tu cariño y mis penas  
Regalo mi pecho amante ;

Yendo y tornando el deseo ,  
Sin que ni un momento pare ,  
Hasta el lecho silencioso ,  
Do en plácido sueño yaces :

Do en libre y feliz soltura  
Las formas inimitables  
De tu belleza sin velo  
Logran todo su realce.

¡Oh qué de gozos y bienes  
De allá en su ilusion me trae!  
¡Qué de esperanzas me adula !  
¡Y qué de estorbos deshace !

Si los reyes de la tierra  
Pusieran en este instante  
Su cetro á mis piés en cambio  
La gloria que en tí me cabe ,

¡Qué ufano los desdeñara  
Mi corazon! ¿pues qué valen  
Su oro y pompa y señorío  
Con mi embeleso inefable ?

Tú lo dí , ó luna , que atiendes  
Mis finezas , tú que sabes  
De este corazon las ansias ,  
Y cuán tierno ora me late.

Dilo tú , que en tus amores  
Ciega un tiempo abandonaste ,  
Por ver tu pastor dormido ,  
Las esferas celestiales :

Y entre las sombras marchando  
Con planta y pecho anhelante  
Estática y silenciosa  
Descansabas con mirarle ,

Hasta que en tu ardiente seno ,  
Premiándolo , con mil ayes  
Tímido el suyo alentabas

A que mas y mas gozase.

Dílo pues, hermosa luna;  
¡Así en tus visitas halles  
A tu Endimion venturoso  
Cada noche mas galante!

Inmóvil, los ojos fijos  
Sobre tu albergue, enviadle  
Clamo á los cielos, los sueños  
Mas lijeros y agradables.

Volad, frescos cefirillos,  
Volad, y batid el aire  
Que fácil su labio aspire,  
Porque mas grata descanse:

Colmad de suaves esencias  
Su estancia: flor en los valles  
No abra el cáliz, que en tributo  
De mi Clori no se exhale.

La armoniosa filomena,  
Cuyo pico lamentable  
Trina en el bosque, á su oído  
Hoy no ensaye otros cantares,

Que los que en quiebros canoros  
Su imaginacion halaguen,  
Den pábulo á su ternura,  
Y su corazon inflamen.

Y tú en solícito anhelo  
Los sueños mas deleitables,  
Amor, á su mente ofrece,  
Con que se goze y regale:

Haz que trisque con las Gracias,  
Haz que su hermana la llamen,  
Y que de rosa y jazmines  
Ciñan su sien, y la abracen.

Entre sus albas corderas  
Salga á la vega, un enjambre  
De Cupidillos la siga,  
Y adórenla los zagales:

O aplaudida aun de las bellas,  
Luzcá gallarda en el baile,  
Rindiendo á cuantos la miren  
Con sus pasos y su talle.

Entónces, ó Amor, presenta  
Propicio mi fiel imájen  
A sus piés, besando tierno  
Las breves huellas que estampen.

Mi fineza le recuerda;  
Dile, dile de mi parte  
Que duerma en paz, pues yo velo,  
Y mi fe la guardia le hace:

Dile mis blandos suspiros,  
Y el éstasi inesplicable

En que me ves, este lloro  
Que del corazon me sale;

Este aquí presente verla,  
Y como presente hablarle,  
Y en mis cariños perderme,  
Y en sus gracias embriagarme...

¡Dichosa holanda, dichosa  
Veces mil! ¡oh quién lograrse  
Gozar lo que avara gozas,  
Saber cuanto feliz sabes!

¡Oh quién lograrse... en mis venas  
Todo el fuego de amor arde,  
Un dulce temblor me ajita,  
Plácido el seno me late.

La voz me falta... á mis ojos  
Ven, grato sueño, ven fácil;  
Y haz que el delirio que siento,  
Entre tus brazos se calme.

#### ROMANCE XXXVII.

##### LA LIBERTAD.

VE, Delio, con qué delicia,  
Con qué agradable bullicio  
Ese ruiseñor canoro  
Se goza en el bosque umbrío.

Cuál salta de ramo en ramo,  
Cuál en su alegre delirio  
Va, y vuelve, y huye, y se pierde  
Entre el verde laberinto.

Al impulso de sus alas  
Y su revolotar festivo,  
Conmoviéndose, las hojas  
Bullen en grato ruido:

Y corriendo de su seno  
Aljofarado el rocío,  
Como una lluvia de perlas  
Parece del sol al brillo.

Vé con qué indecible gozo,  
Abre y cierra el dócil pico,  
Y en su floreo süave  
Se queda como embebido;

Engolfándose sin duda  
Allá en repasar consigo  
Algun gravísimo trance,  
En que el infeliz se ha visto;

Hasta que soltando el lleno  
De sus melodiosos trinos,  
Su primor nos ensordece  
Sabrosamente el oído;

Tan vario como sublime  
En los quiebrós infinitos,  
Con que esplica de su pecho  
Los arrebatos mas vivos.

Todo enmudece y le escucha;  
Solo á su armónico silbo  
La alondra allá de las nubes  
Responde en agudos pios:  
Pios que dilata el eco,  
Y él mas ardiente al oírlos,  
Hasta rendirla redobla  
Sus traspasantes suspiros ;

Que sin fin el viento hinchado  
Cada vez mas peregrinos  
Alza el júbilo en sus alas  
A las cumbres del olimpo :  
Y el valle todo es delicia,  
Y armonía el cefirillo ,  
Vivas de triunfo las aves ,  
Y embelesa los sentidos.

Pues tantas salvas y cantos  
Obra son, Delio querido,  
De la libertad felice  
Que ha logrado el pajarillo :

Cual rota la odiosa valla  
Que embarazó su camino ,  
Se derrama el arroyuelo  
Por todo un valle florido,  
Y bullendo entre las guijas ,  
O durmiéndose tranquilo,  
Es del ánimo y los ojos  
Distraccion y regocijo.

Yacía el misero esclavo  
Entre los dorados hilos  
Y el encierro de una jaula,  
Pendiente de ajeno arbitrio.

Solitario y triste en ella  
Sin hermosura ni aliño ,  
Siempre el alma en sus amores,  
Siempre azorado y esquivo ,

Acordando aquellas horas.  
Cuando en el sagrado asilo  
De su nido acompañaba  
A su esposa y dulces hijos,  
O asentado en algun ramo  
Orillas del manso rio ,  
El murmullo de sus ondas  
Remedaba entretenido.

En vano sobre él el tiempo,  
Para olvidarle benigno  
De su esclavitud odiosa ,

Tornaba en plácido jiro  
Del mayo las lindas flores,  
La rubia mies del estío ,  
O del sosegado octubre  
La frescura y los racimos :  
Pues siempre en su estrecha cárcel,  
Mordiendo infeliz los grillos ,  
Lloraba sus desventuras  
Sin mejorar su destino ;  
Cuando un acaso dichoso ,  
O el cielo apiadado quiso  
Que á su libre ser volviese ,  
Y á morar su antiguo nido :  
Y así bullicioso y loco  
Y en movimiento continuo  
Salta y bulle, y trisca y canta,  
Todo júbilo y cariños.

Otro tanto me sucede  
Despues que exento me miro,  
Y que lancé de mi cuello  
El yugo de Amer indigno :  
Que señor de mis deseos,  
Y en gloriosa paz conmigo,  
Sin comprar un gozo alevé  
Con un siglo de martirios ,  
Siempre el sol claro me luce ,  
Siempre alegre canto y rio,  
Llenando mis faustos dias  
Las musas y mis amigos.

## ROMANCE XXXVIII.

## LAS VENDIMIAS.

Ya dió alegre el fresco otoño  
La señal de la vendimia ,  
Y su voz redobla el eco  
Por los valles y colinas.

Del peso dulce y opimo  
De sus racimos vencida  
Al suelo la vide pomposa ,  
La frente encorvada inclina ;  
Y entre el desmayado verde  
Que su follaje mancilla ,  
Cual encendidos topacios  
Las doradas uvas brillan :

O como el negro azabache  
Que á la noche desafia  
Apiñándose, el deseo  
A su robo solicitan.

Alzándose el sol radiante

En brazos del nuevo día,  
De Baco los largos dones  
A recojer nos convida.

Las cestas pues se preparen,  
Ordénense las cuadrillas,  
Y al campo salid gritando:  
«Honor al dios de las viñas.»

No haya escondido racimo  
Que se escape á vuestra vista,  
Que no corte vuestra mano,  
Y el cuévano no reciba.

Dadme una cesta, muchachas,  
Que quiero en tanta alegría  
Compañero ser dichoso  
De vuestra dulce fatiga:

Y allá en las tristes ciudades  
Dejad que anhelantes jiman,  
Revueltos en mil cuidados,  
Los necios que las habitan;

Que yo en los campos me gozo.  
Y en su soledad tranquila,  
Y el afán de sus labores,  
El pecho me vivifica.

¡Oh cómo á la par por todos  
Vuelan el gozo y la risa;  
Y las traviesas tonadas  
Nos entretienen y animan!

Hinchendo el plácido viento  
Su estrépito y gritería,  
Que á los mas tibios inflaman,  
Y el desahogo autorizan.

Ved cómo Felicio el lado  
Buscó de su amada Silvia,  
Y los racimos le toma,  
Y en el trabajo la alivia;

Mientras entre Arcadio y Delio  
Se turba Nise indecisa,  
Y á sus chanzas y cantares  
Enmudece como niña.

Dalisó allí mas osado  
Corre tras Filís la linda,  
La de los divinos ojos,  
Y de voz muy mas divina;

Y tomándola en sus brazos,  
Por mas que resiste y lidia,  
Con el mosto de un racimo  
Le regó frente y mejillas:

Y Enarda la bulliciosa  
Allá con sutil malicia  
Para su cesta se lleva  
Cuanto á la de Silvio quita.

Todo es obra de las copas  
Que Baco jovial nos brinda,  
Y en placer nos enloquecen,  
Y al Amor dan osadía.

¡Llor al dios, que en su triunfo  
Nos trajo allá de la India  
Con la vid el suave néctar  
Que sus racimos destilan!

¡Al de juventud perene,  
Que en faz risueña y benigna  
Ora estos dulces racimos  
Tan liberal nos prodiga!

Seguid, seguid bulliciosos  
Con solícita agonía,  
Que el júbilo bien no hermana  
Con la flojedad indigna.

Ved por las cumbres del cielo  
Cuál alzándose camina  
Rápido el sol, y sus pasos.  
Culparán nuestra desidia:

Que él tambien reina en las vides,  
Fausto los racimos cria,  
Y hoy lo acedo de sus granos  
Torna en delicioso almibar.

Pero con nueva algazara  
Los victores se repitan,  
Que el carro en triunfo á la aldea  
Lleva las uvas cojidas.

Cúbrenlo á trechos colgando  
Cual vencedoras insignias  
Los vástagos mas frondosos,  
Que el viento ondeando ajita;

Y su próspera llegada  
Con su bullicio anticipa  
Un tropel de alegres niños,  
Que en torno corriendo gritan.

Recíbelas la ancha troje,  
Que las macera y envía  
Do el lagarero enmostado  
Con membrudo pié la pisa;

Y remedando al beodo  
Que ya en sus pasos vacila,  
Ora titubeando marcha,  
Ora sobre un pié se libra,

Y ora al monton mal hollado  
La altiva frente domina,  
Carga, lo derrama, y vuelve,  
Y se hunde hasta la rodilla.

Rueda el tórcula jimiendo,  
Y con inmensa ruina  
Desciende el molar enorme,

En que su presión estriba.

Corre en arroyos el mosto ;  
Y Baco, la sien ceñida  
De las hojas de sus parras,  
Desde una cuba lo mira.

Los silenos de su corte  
En torno danzando jiran,  
Del licor sus tazas llenan,  
Y beben, y al dios lo liban :

Licor hoy de áspero gusto,  
Mas que hervido será un día,  
Mas bien que el néctar de Jove,  
El hálamo de la vida :

El que alegre los banquetes,  
Dé al Amor nuevas delicias,  
Abra al misterio los labios,  
Y en placer torne las iras.

Y él corre, y corre espumoso  
Hasta las hondas vasijas,  
Y en ellas, cual un torrente,  
Sonando se precipita.

Todos palmean y á gritos  
Aplauden á su caída:  
La taza en las manos rueda,  
Y á dulce delirio incita :

Quien canta, ó quien loco rie,  
Balbuciente aquel se esplica,  
Y hundírsele aquel la tierra  
Siente, y se afana en asirla.

Uno en fraternal abrazo  
Va, y con su rival se liga,  
Y otro al beber con el mosto,  
Barba y pecho se rocía :

Y todo estrépito loco,  
Todo algazara festiva,  
Muy mas fervientes con ellos  
Los brándis se multiplican.

Así triunfa el dios del vino,  
Así su inmortal bebida  
Borra los cuidados tristes,  
Los ánimos regocija.

En tanto del negro ocaso  
Desciende la noche umbría,  
Y su manto de luceros  
Tiende á la atónita vista :

Abrese la alegre danza,  
Vivo el crótalo repica,  
Y el ruidoso tamborino  
Un nuevo delirio inspira.

Los jóvenes con mil pruebas  
De destreza y gallardía

Ante sus bellas se ufanan,  
Sus lentos pasos aguijan.

¡ Oh qué mudanzas y vueltas !  
¡ Con qué donaire y medida  
Bate la planta la tierra,  
Los brazos se abren y animan !

Delio á Nise estrecha ardiente,  
Silvia á Felicio va unida,  
Daliso á Filis rodea,  
Y con Silvio Enarda trisca.

Todos aplauden y gozan :  
Todos bullen á porfia,  
Y en el calor con que Baco  
Las llamas de Amor atiza,  
No hay quien baile indiferente,  
Ni vendimiadora esquivada,  
Alternando con las danzas  
Los brándis y ardientes vivas.

Así el cansancio en los brazos  
Del regocijo se olvida,  
Y alegres nos ve la aurora  
Correr de nuevo á las viñas ;  
A seguir con las tonadas  
La labor entretenida,  
Que huya el sol, cesa ; y la noche  
Con otro baile disipa. --

Cuando yo estos dulces versos  
Cantaba á mi fácil lira,  
En el ocio de mi aldea  
En gloriosa paz vivía :

Fementido luego el hado  
Me arrastró á las grandes villas :  
Ví la corte, y perdí en ella  
Cuanto bien antes tenía.

Y así abrumado de afanes,  
Siempre en duelos y agonías,  
¡ Quién, exclamó, se volviese  
A su aldea y sus vendimias !

### ROMANCE XXXIX.

#### EL NAUFRAGO.

¡ CUANDO, inconstante fortuna,  
Dejarás de perseguirme ;  
Ni será blanco á tus tiros  
Mi corazón infelice ?

¡ No eran ya, dime, sobradas  
Tantas marañas y ardides,  
Y las traiciones y males  
Que hasta aquí, cruel, me hiciste ?

Desde los pasos primeros  
Que dió en la senda difícil  
De la vida mi inocencia,  
Siempre enconada me afliges:

Siempre, cuando mas lumbroso  
Y en calma mas honcible  
A resplandecer un dia  
Empezó á mis ojos tristes,  
Burlando al ciego deseo,  
Se alzaron á sumerjirle  
En larga y lóbrega noche  
Cien tempestades horribles.

Sembré trigo, y cojí abrojos:  
La vida ignorada y libre  
Que mi corazon ansiaba,  
Llegó un instante á reirme.

¡ Cuán rápido fué este instante !  
Tú en él mis venturas viste,  
Y en tus redes engañosas  
Envolviéndome invisible,

Me arrastraste al mar ondososo,  
A arrostrar las fieras lides  
De los enconados vientos  
Entre Escilas y Caribdis.

¿ Cómo escapar del naufragio  
Pudiera mi leño humilde?  
¿ O en las despeñadas olas  
Vagar, y en ellas no hundirse ?

Fué mi salud una playa,  
Do á la envidia inaccesible,  
De la bondad en el seno  
Viví tranquilo y felice:

Do rotos los crudos lazos  
Con que atado antes me vide,  
Libre ante la faz del cielo  
Pude y honrado decirme.

Tan alto bien, cual los sueños  
Que en los aéreos pensiles  
De la ilusion embriagada  
La imajinacion concibe,

Voló fujitiva sombra;  
Cuando á mi airada volviste  
Fortuna, y con férreo brazo  
Precipitando mi esquife

De nuevo al agua, la muerte,  
La muerte, si lo resistes,  
Te aguarda cierta, gritaste;  
Y yo en medio un mar sentíme.

Pero ¡ qué mar ! ¡ qué borrascas  
Y huracanes tan terribles !  
¡ Qué vértigos ! ¡ qué á los cielos

Sus rizas olas subirse,

Y luego en inmensos tumbos  
De violencia irresistible  
Estrellarse entre las rocas,  
A tal ímpetu mal firmes !

Velada la lumbre clara  
Del polo en un denso eclipse,  
Perdido el rumbo, y sin puertos  
Donde náufragas se abriguen,

Yo ví cien famosas naves  
Sin piloto que las guie,  
Rotos ya timon y quilla,  
De repente, ¡ oh pasmo ! hendirse;

Y ví sus ricos despojos  
Entre cenagosas sirtes  
Encallar, y con sus dueños  
En los abismos sumirse.

Do quier la espantable muerte  
El viento á sus iras sirve,  
Su brazo hiere incansable,  
El golfo en sangre se tiñe:

Cual nada y se ajita en vano,  
Cual pugna á una vela asirse,  
A uno la ola hunde cayendo,  
Y otro se salva entre miles.

Yo en la agonía, y temblando  
Irme cada instante á pique,  
Clamé fervoroso al cielo,  
Y el cielo se dignó oirme:

Que á la bondad jamás deja  
Que desvalida suspire;  
Y al que rendido le implora,  
Siempre benévolo asiste.

Al fin quebrantado y laso  
A tu ribera acojime,  
O Garona, do en mis males,  
Hacer una tregua quise.

¡ Ay ! en peregrinas playas  
Ninguno sus dichas cifre:  
La desgracia es azarosa,  
Y del pobre todos rien.

Náufrago, extranjero, errante,  
Ni un pecho hallé que sensible  
Ni una lágrima vertiese  
Sobre el dolor que me oprime:

Ni uno que enjugase al menos  
Las que derramaba tristes,  
Ni uno en fin con quien el mio  
Lograra amoroso abrirse.

Así desdeñoso, helado,  
Cuando todo cuanto existe

Renace en vitales llamas,  
Me es su delicia insufrible.

En vano ya primavera  
De luz y de flores ciñe  
Su sien purpúrea, y del año  
A los destinos preside:

Sus aromas deliciosos,  
Los riquísimos matices  
Con que engalana la tierra,  
Que de verde y gualda viste,

Me son de mortal zozobra  
Pintándome otros países,  
Y otros tan prósperos días,  
Cual son estos infelices.

Todo me abruma y desplace:  
En mil inventos sublimes  
Que un tiempo indagar ansiara,  
Nada hay que mi anhelo escite.

Mi lira, á la mano indócil,  
Pulsada el son no repite,  
Aunque sus himnos canoros  
El mismo Apolo la inspire:

Y el ardor con que en las alas  
Del jenio hasta los confines  
Me alzé del inmenso cielo,  
En sueño eterno se estingue.

Mis ojos, bien como al polo  
Fijo el iman se dirige,  
Así hácia España se vuelven  
Y aun verla ilusos se finjen.

Allí el nevado Moncayo  
Con las estrellas se mide;  
Y allá el yerto Guadarrama  
Las dos Castillas divide:

Derrámase undoso el Bétis  
Regando allá sus pensiles;  
Y allí el Tajo á su alto dueño  
En feudo su oro le rinde:

En Madrid el rejio alcázar  
Descollándose preside  
A cien fábricas, y todas  
Acatan su planta humildes.

¡Ay! este embeleso insano  
Ya llega tan vivo á herirme,  
Que el llanto mis ojos ciega,  
Y es fuerza que los retire.

Así de esperanzas solo  
Mi llagado pecho vive;  
Sin que haya ni un breve instante  
Que de ti, España, me olvide.

¡Dulce patria! mientras llego

Contigo dichoso á unirme,  
Mis encendidos suspiros  
Como de un hijo recibe.

Mi corazon vuela entre ellos,  
Que por honrado y por firme  
Tu amparo y favor merece;  
Y con el mas fiel compite.

Tú eres todo á mis deseos;  
Tú, si enconos me persiguen,  
Tú, si envidias me oscurecen,  
Todas mis penas redimes.

Tu amor en mis venas hierve;  
Y con tus gloriosos timbres  
Me gozaré envanecido,  
Mientras el seno me palpita.

Necesidad imperiosa  
Me echó de tí: bien lo jime  
Mi bondad, y esta memoria  
De dogal atroz me sirve.

Mira pues cual madre tierna  
Una desgracia imposible  
De contrastar; y en tus ojos  
De mi paz mire yo el iris.

Caiga la discordia impía:  
No mas en tu seno atizes  
Su volcan, y hunda el averno  
Odios y memorias viles.

Húndalos, y de tus hijos  
No mas ilusa te prives,  
No mas sus votos desdeñes,  
No mas la virtud mancilles.

¡Oh! cuándo este ansiado dia,  
Que con mil lágrimas pide  
Mi dolor al justo cielo,  
Fausto empezará á lucirme!

¡Cuándo en tu plácida orilla,  
Que ora abril de flores viste,  
Podrá, humilde Manzanares,  
Volver mi cítara á oirse!

¡Y mis lágrimas de gozo  
Se unirán con tus sutiles  
Claros linfas, y mis cantos  
Con tu murmullo apacible;

A par que de mis naufragios,  
Cual otro sufrido Ulises,  
Las lamentables historias  
Repita seguro y libre!

¡Cuándo mis estrechos lares,  
Que hoy en soledad se aflijen  
Sin su dueño, salvo y ledo  
Tornarán á recibirle;



Donde en venturoso olvido  
Reine y en pobreza humilde,  
Sin que ni zelos ni enconos  
Contra su bondad conspiren!

¡Al ver mis dulces amigos,  
¡Ay! será que fino á unirse  
Mi pecho á su pecho llegue,  
Y su ardor les comuniqué:

Hallando en sus tiernos brazos,  
A mi eterno amor sensibles,  
Un puerto, do al fin gozoso  
Por siempre y en paz respire!

¡Cuándo, cuándo, patria mia;  
Lograré feliz decirte:  
Ya te abrazo, el noble feudo  
Grata de mi amor admite!

Admítelo, y con tu nombre  
Mi nombre orgulloso brille,  
Y con tu vida mi vida  
Por siempre se identifique:

Que jamás ni fuerza humana  
De ti podrá dividirme,  
Ni hasta el último suspiro  
Cesaré fiel de servirte;

Siendo en él mi anhelo ardiente  
Que con gloria inmarcesible  
Brilles así entre los pueblos,  
Y el cetro Augusta sublimes,  
Cual el sol, padre del día,  
Cuando descollando rie  
Por oriente, que los astros  
Se hunden ante él invisibles.

¡Cuándo... Un náufrago, en desgracias  
Muy mas que en cantar insigne,  
Así hablaba con su patria,  
Cual si ella cuidase oírle!

De repente mil recuerdos  
El corazón le comprimen,  
Su lengua el dolor le anuda,  
Sus quejas el llanto impide;  
Y á España vueltos los ojos,  
¡Ay amada España! dice:  
El eco en torno vagando  
¡España! ¡España! repite.

## ROMANCE XL.

## LOS SUSPIROS DE UN PROSCRITO.

ERA la noche, y la luna  
Su carro al zenit subía,

VI.

El adormecido mundo  
Bañando en su luz benigna:

Todo sin acción callaba:  
Su ala apenas fujitiva  
Movía el blando favonio  
Bullendo en la selva umbría;

O algún ave solitaria  
Gritando despavorida,  
El imperio de las sombras  
Mas melancólico hacia,

Del fúnebre aciago canto  
Las cláusulas repetidas  
En la voz del eco triste  
Por las opuestas colinas:

Cuando un infeliz proscrito,  
A quien sus cuidados privan  
Del sueño, que á los dichosos  
Solo plácido visita,

Sobre una escarpada roca  
Que el horizonte domina,  
Y libre á los ojos deja  
El paso á las dos Castillas;

Pensando en las dulces prendas  
De su amor y sus delicias,  
Bañado en lágrimas tristes  
Así angustiado decía:

Volad, dolientes suspiros,  
Hasta mi esposa querida,  
Muy mas que yo afortunados,  
Y llevadle el alma mia:

Llevadle de este infelice  
Las lágrimas encendidas,  
Y la indeleble memoria  
De nuestras pasadas dichas.

Id, suspiros, y llevadle  
La fe inalterable y fina  
De un esposo que la adora,  
Y vive porque ella viva.

Id, volad, suspiros míos,  
Y á mi idolatrada hija  
Lleyad el dulce besillo,  
Que un tiempo darle solía.

¡Ah! ya no; que blanco triste  
Del encono y la mentira,  
Padre infeliz, ver no puedo  
Ni sus juegos ni sus risas:

No gozar de su semblante  
La sencillez espresiva,  
Ni una gracia, un solo halago  
De cuantos loco le oía;

Ya si entre amables gorjeos

Tendidas las manecitas,  
 Que en mis brazos la tomase  
 Solicitaba festiva;  
 Ya si en mis tiernos cariños  
 Las bulliciosas pupilas  
 De sus ojuelos de gloria  
 Se gozaban en mí fijas:  
 O si de su hermosa madre  
 En el seno adormecida,  
 Aun en su feliz reposo  
 A nuestro amor sonreía.  
 ¡Oh Dios! todo ha fenecido:  
 Todo una estrella maligna,  
 Todo lo trocó en las furias  
 Que hoy mi espíritu atosigan:  
 Que en un horroroso caos  
 Envolviéndolo me abisman;  
 Y á mil altas esperanzas  
 Por siempre el verdor marchitan.  
 ¡Cuitado! rotos los lazos  
 Que con la patria me ligan,  
 Mi honor y pobre fortuna  
 A merced de la malicia,  
 Errante, en suelo extranjero,  
 En olvido á mi familia,  
 Y á mis amigos falaces,  
 Ocasión de burla impía,  
 ¿Qué por apurar me queda?  
 Ni en tal colmo de desdichas,  
 ¿Dónde hallar quien de mis hados  
 Benigno temple las iras?  
 Solo tú, adorada esposa,  
 Tú eres solo quien mitiga  
 Con ese teson mis males,  
 Y con tu virtud me animas.  
 Tú en cuya bondad me apoyo,  
 Que anjelical dulcificas  
 Con tus cartas de mis ansias  
 El intensísimo acibar.  
 Así la infeliz memoria  
 Clavada en ti noche y día,  
 En este abismo espantoso  
 Aguantar puedo la vida.  
 ¡Vida...! No así, esposa, llames  
 La lentitud infinita  
 Con que sobre mi existencia  
 Aherrojado el tiempo jira;  
 Este cavilar eterno,  
 Este sin hallar salida,  
 Vagar en la incertidumbre  
 Mas dolorosa y sombría;

Hundiéndose así los meses,  
 Siempre en la misma fatiga  
 De ansiar un fin que no llega,  
 Y en que el ánimo agoniza.  
 ¡Oh horror! ¡oh ultraje! ¡oh despecho!  
 Las lágrimas mis mejillas  
 Cual de dos fuentes inundan,  
 Y el seno abogado palpita.  
 Todo mi ser se estremece,  
 Y hasta mi existencia misma  
 Me horroriza al echar menos  
 Mi entrañable compañía.  
 ¡Yo no las veré...! ¡por siempre  
 Sin su amor y sus caricias,  
 Hasta que la cruda Parca  
 Mi lazo mortal divida!  
 Sin tener, ¡oh desconsuelo!  
 Tal vez ni una mano amiga  
 Que mis apagados ojos  
 Cierre en mi última agonía;  
 Ni quien en la humilde tumba  
 Con entrañas compasivas  
 Algunas lágrimas vierta,  
 Y el eterno á Dios me diga.  
 Y ellas en su inmenso duelo  
 Vagarán llorando, heridas  
 Del grito y los rudos golpes  
 Que contra mí el odio vibra:  
 Pobres, miseras, holladas,  
 Demandando á la codicia  
 El pan de dolores lleno,  
 Que la indijencia mendiga...  
 ¡Ay! guardad, queridas prendas,  
 Con religion santa y pia  
 De un padre y un fino esposo  
 Los ayes que hoy os envia:  
 Guardad, ídolos del alma,  
 La que entre ellos confundida  
 Para vos exhala ardiente,  
 Y allá unánimes partida.  
 Vendrá un tiempo en que estas ansias,  
 En vuestra orfandad esquivá,  
 Recuerdos mil renovando,  
 De consuelo y paz os sirvan,  
 Cuando yo en eterno sueño  
 Descanse en la tumba fria,  
 Do se extinguirán las teas  
 Que hoy ciego el error ajita:  
 Que allí la envidia no muerde,  
 El engaño no alucina;  
 Ni con su tósigo abrasa

La calumnia fementida.

¡Infelices! ¡por qué estrella  
Se ve con mi suerte unida  
Vuestra suerte, y á los cielos  
Un amor tan santo irrita!

Dichosas sin mí vosotras,  
Yo sin las dos me reiria  
De cuantos con necio encono  
En mi perdicion conspiran.

Los hombres herirme pueden;

Pero mi honor sin mancilla  
Brillará como el sol claro  
Cuando un instante se eclipsa,

Que luego muy mas lumbroso,  
Su frente alzando divina,  
Las nieblas que le oscurecen  
Al abismo precipita.

Vendrá un dia, en que imparciales

La razon y la justicia  
Me honrarán, cual hoy me inflaman  
La impostura y la perfidia:

En que los gritos falaces  
Con que hoy el vulgo alucinan,  
La verdad los enmudezca,  
La relijion los proscriba,

Adornando el triunfal lauro.  
La frente que ora abatida,  
Cual marchita flor, apenas  
En su oprobio al cielo mira.

¡Oprobio.....! no amada esposa;

El oprobio es la injusticia:

La virtud es noble y fuerte:  
El delito solo humilla.

¡Ay! ¡si yo verte alcanzase!

¡Si en mi proscripcion indigna

Me diesen gozar tu lado,  
Y el de esa adorable niña!

¡Si yo vuestro llanto triste,

Y el que mis ojos destilan,

Enjugaseis vos, en uno

Nuestras lástimas fundidas,

Como tres débiles plantas

Que abrazándose se afirman

De los recios vendavales

Contra las bárbaras riñas!

Mi ansiar fuera entonces menos;

Mas lejos de vuestra vista

No hay mal que el alma no tiemble

De cuantos fiel imagina:

Yendo en alas del cuidado

Con incesante corrida,

Donde el amor y el deseo

Su bien y su gloria cifran.

Allí, prendas adoradas,  
Os oigo, os hablo, y perdidas  
Viéndoos por mí, con vos lloro  
En vuestra inmensa ruina.

Apoyadas en mi seno,  
En el vuestro se reclina  
Mi dolor, en uno unidos,  
Cual lo están las almas mismas;

Y así vuestros blandos ayes  
Mi labio anheloso aspira,  
Y vuestro llanto y mi llanto  
En uno se identifican.

O bien ya plácido el cielo,  
Los pesares se me olvidan,  
Gozo mis ansias se vuelven,  
Mis lágrimas dulce risa:

Soñándome que el encono  
Y la calumnia homicida  
Deshechos, sus impías tramas  
Ya la verdad ilumina.

Y volando á vuestros brazos,

En celestial alegría  
Me anego yo, entre los míos  
Os perdeis en mis caricias;

Y en pos me aclaman los buenos,  
Y mis méritos se estiman,  
Tierna la patria me abraza,  
Y mis amigos me abrigan.....

¡Pero qué miseras quejas,

Qué plegarias doloridas  
Mi oído aflijen.....! ¡qué sombras  
Llorosas á mí se inclinan!

Desaliñado el cabello

Y las ropas mal ceñidas,

Sin aliento en las tinieblas

Su planta débil vacila,

¡A jemir tornan de nuevo.....!

Mi azorada fantasia

Me finje las formas tristes

De mi esposa y de mi Elisa:

Las formas, ¡ah! no las gracias

Que un tiempo me embebecian,

De la madre el gentil talle,

Tu inocencia, infeliz hija.

Ellas son..... ellas son..... ¡cielos!

Ya vuestra piedad benigna

Oyó mis fervientes ansias;

Y mis dolores se alivian.

Venid, venid á mis brazos,

Hija, esposa, fiel amiga;  
Llegad, amparo y consuelo,  
Y mitad del alma mia.

Ya soy feliz con vosotras;  
Abrazadme, y que indivisas  
Nuestra vida y nuestra suerte,  
Unas por siempre se digan.

Aquí será nuestra patria:  
Lejos aquí de la envidia,  
Un nuevo Eden plantaremos  
Para los tres de delicias:

Un Eden do inaccesibles  
A las viles arterías  
De la traicion, al engaño  
Que cuando halaga, asesina,  
Respiremos ya dichosos,  
Y en inefable armonía  
La inocencia y paz gozemos,  
De que los hombres nos privan.—

Acercábanse las sombras,  
Y él ambas manos tendidas  
A abrazarlas cariñoso  
Recibiéndolas corria;

Empero al querer tocarlas,  
Pavoroso el viento silba,  
Las sombras desaparecen,  
Y la ilusion se disipa.

Cayó desmayado: el alba  
Sumido en su inmensa cuita  
Le halló otro día, en su llanto  
Bañándole enternecida;

Mas vuelto en sí con sus fuegos,  
La vista en el cielo fija,  
Y de nuevo ¡ay dulce esposa.....!  
¡Ay hija infeliz! suspira.

### ROMANCE XLII

#### MIS DESENGAÑOS.

Un tiempo en las dulces redes  
Del amor viví cautivo;  
Canté alegre su embeleso,  
Lloré celos y desvíos.

Las halagüeñas miradas  
De unos ojos, que festivos,  
Cuanto miraban rendian  
Con su donaire y su brillo;

A mí ciego me trajeron,  
Gozando en ellas los míos  
Gloria tal, que aun me enloquece,

Cuando á solas la imagino.

Luego un habla y una boca,  
Tan linda, de tal hechizo,  
A tan altos pensamientos  
Y un talento tan divino

Se unieron, que cuanto cabe  
En delicias y martirios,  
Sufrir pude desdeñado,  
Disfruté favorecido.

Sueño fugaz mis niñeces,  
A sus ardientes delirios  
La austera razon opuso  
Sus celestiales avisos.

Lloré, y dolíme; y ansioso  
De otros bienes, con altivo  
Pensamiento de las ciencias  
Sondar osé los abismos.

La augusta filosofía,  
Sus tesoros peregrinos  
Ostentando ante mis ojos,  
Me arrebató embebecido.

Una flor, un vil insecto,  
El pintado pajarillo,  
La planta, el viento, la lluvia,  
Del trueno el ronco ruido,

Cuando espantosa la nube  
Desgarrándose, del vivo  
Relámpago nos deslumbra  
El rápido ardiente jiro;

El murmurante arroyuelo,  
Que saltando fujitivo  
Entre guijuelas y flores,  
Va á perderse en el gran rio;

Mientras él sus ricas ondas  
Rueda con pasos torcidos,  
Regando cien largas vegas,  
Otro siempre, y siempre el mismo;

Fueron mi incesante estudio:  
Vióme entre su horror tranquilo  
La noche, me halló la aurora  
Mudo estático en mis libros,

O hien con alas de fuego  
Perderme en vuelo atrevido  
De la nada y del espacio  
Por el inmenso vacío,

Hasta topar con el trono,  
Que en las cumbres del olimpo  
Asentó aquel que modera  
La eternidad y los siglos.

Y ¿con qué fruto? á las gratas  
Ilusiones que de niño

Me embriagaban, sucedieron  
Mil tétricos desvarios.

Dudar, cavilar, y nada  
De cierto: vago, perdido  
De encontradas opiniones  
Por un ciego laberinto,  
Sin alcanzar quien me diese  
De Ariadna el feliz hilo  
Para seguirle; ó me alzase,  
Natura, tu velo umbrío.

Quise apurar de los seres  
Las esencias, el destino  
Que á ella señalarles plugo.  
En este todo infinito;

De do su hoguera alimenta  
El claro sol, que principio  
Dispara el plácido viento  
En rápidos torbellinos;

Porque el Océano inmenso  
Va, y huye, y torna impelido  
De una ley siempre constante  
De la playa á sus dominios;

Por que..... Vendados los ojos  
Corrí, cual, errado el tino,  
Da el viandante en negra noche  
De uno en otro precipicio.

Entonces mi hidalgo seno  
La ambicion de mil prestijios  
Llenó, arrastróme á la corte,  
Y engolfóme en sus peligros.

¡Oh qué dias! ¡qué-zozobras!  
Siempre del ajeno arbitrio  
Colgado, aherrojado siempre  
Cual vil esclavo entre grillos;

De crímenes rodeado,  
Con labio y ceño sombríos,  
Aunque lo llorase el alma,  
Implorando su castigo;

Y de ellos y la inocencia  
Oyendo el lloroso grito,  
El crujir de las cadenas,  
Y del hambre los suspiros:

Ir, volver, buscando ansioso  
La dulce paz, el desvío  
De un cargo en que ahogarme tiemblo,  
Aun hoy que lejos lo miro.

Llamábame con la aurora  
Ya su enojoso ejercicio:  
Era la noche, y jemía  
Del arduo peso oprimido.  
Jamás á las dulces Musas

Debí entonces ni un alivio,  
O á la celestial Sofía  
Una mirada, un cariño.

¡Horas, que perdidas lloro;  
Que á mi espíritu habeis sido  
Tósigo y dogal de muerte,  
Jamás volvais á aflijirlo!

Quien quiera puestos y corte,  
Por mi los goze: á los tiros  
De la envidia oponga el pecho;  
Y llore, mientras yo rio.

¡Yo reír! no: que si el cielo  
Me salvó por un prodijio,  
Llevando á seguro puerto  
Mi zozobrante barquillo;

No empero fuí mas dichoso,  
Cuando, ¡oh dolor! combatido  
De la mas fiera borrasca  
Apenas hallé un amigo.

Sufríla callado y solo;  
Y en su bárbaro conflicto  
Llegó el santo desencaño  
A alumbrarme, aunque tardío.

Un fatal velo á mis ojos  
Se recorrió: en mi retiro  
Solícito estudié al hombre,  
Y lloré habiéndole visto.

Lloré y suspiré, aunque en vano,  
Tras un error, que benigno  
Me aduló, sombra engañosa  
Que un rayo de luz deshizo.

Sensible, indulgente y bueno,  
Juzgándolo por mí mismo  
Lo creyera, y con los tristes  
Oficioso y compasivo;

Y no hallé en él sino engaño,  
Dureza, odioso egoismo,  
En el labio las virtudes,  
Y en el corazon los vicios:

Llorando, pérfida hiena,  
Para devorar impio  
Al infeliz que á acorrerle  
Crédulo á sus lloros vino.

¡Cuánto he trabajado, cuánto  
Por salvarle, y ha jemido  
Mi razon siempre ocupada  
En dorar sus estravíos!

¡Estravíos! aun ahora  
Ilusarme solícito,  
Y á la luz cierro los ojos,  
Y á la verdad el oido.

¡ Oh verdad, verdad ! ¡ qué amarga  
 Me afliges ! mi ardiente ahinco  
 Del bien déjame piadosa,  
 Gozaré cuanto imagino :  
 Déjame idólatra ciego  
 De este bien, que en sus caminos  
 Honre al mortal, y lo vea  
 Cual su Autor formar lo quiso.  
 Quien quiera, mi engaño ria,  
 Mientras yo en él embebido  
 La virtud adoro, y corro  
 Tras su celestial hechizo.  
 Mi ilusion es un consuelo,  
 El desengaño un martirio ;  
 Mas quiero soñar virtudes,  
 Que ver y llorar delitos.  
 Ni busco ni huyo los hombres,  
 Pero mi trato es conmigo ;  
 Que un Dios y sus pensamientos  
 Bastan á un arrepentido.  
 Con ellos solo en los campos  
 Soy hombre y libre respiro ;

Y alzándome á un cielo inmenso,  
 De otras grandezas me rio.  
 Tranquilo y en paz con todo,  
 Ni ajenas glorias envidio,  
 Ni zelos doy con mi suerte,  
 Ni de ofensa á nadie sirvo.  
 Trabajo en hacerme bueno ;  
 Busco en ánimo sencillo  
 La verdad, y para hallarla  
 Naturaleza es mi libro.  
 Ella es la regla segura  
 Que en mi humilde vida sigo ;  
 Y á su voz dócil mis votos  
 Y necesidades mido.  
 Sus galas me dan los valles,  
 El bosque encantados sitios,  
 Las aves canoro aplauso,  
 Mi estrecha casilla abrigo.  
 Así del ocio y los años  
 Burlando el cansado hastío,  
 Olvidado y muerto en este,  
 Un mundo mejor habito.

## Doña Elvira.

### ROMANCE I.

No sé que grave desdicha  
 Me pronostican los cielos,  
 Que desplomados parecen  
 De sus quiciales eternos.  
 Ensangrentada la luna  
 No alumbra, amedrenta al suelo,  
 Si las tinieblas no ahogan  
 Sus desmayados reflejos.  
 En guerra horrible combaten  
 Embravecidos los vientos,  
 Llenando su agudo silbo  
 De pavor mi helado seno.  
 Atruenan el hojoso bosque,  
 Y parece que allá lejos,  
 Llevados sobre las nubes,  
 Jimen mil lúgubres jeníos.  
 Hados, ¿ qué quereis decirme ?

¿ O qué amenaza este estruendo,  
 Este confuso desórden  
 Que en naturaleza veo ?—  
 Así hablaba Doña Elvira  
 Encerrada en su aposento,  
 Cuando la callada noche  
 El mundo sepulta en sueño.  
 Ella vela: sus cuidados  
 No permiten que un momento  
 Halle el ansiado reposo,  
 Cierre sus ojos Morfeo.  
 Doña Elvira, que viuda  
 Del comendador Don Tello,  
 Señor de Herrera y las Navas,  
 Castellano de Toledo,  
 Bajo un sencillo tocado  
 Cubierto el rubio cabello,  
 Sin sus oros la garganta,  
 Y el monjil y saya negros,

En soledad y retiro,  
Sumida en dolor inmenso,  
Diez años ha que le llora  
Como le lloró el primero.

En vano el abril florido,  
Lanzando al áspero invierno,  
Rie á la tierra, y la alfombra  
De galas y verdor nuevos;

En vano el plácido octubre,  
Renovando los misterios  
De Baco, tras Sirio ardiente  
Se ostenta de frutas lleno;

Ella insensible á sus dones,  
Llora siempre en el silencio  
De la noche y cuando al mundo  
Alegra lumbroso Febo.

Era Don Tello esforzado:  
Tuvo el renombre de bueno,  
Murió en la toma de Alhama  
De heridas y honor cubierto.

Un hijo solo fué el fruto  
De su amor fino y honesto,  
Como su padre valiente,  
Como Doña Elvira bello:

Que tambien contra los Moros  
Cual mil famosos guerreros,  
Doncel de Isabel la sirve  
En el granadino cerco;

Mientras la penada madre  
Entre zozobras y miedos,  
Cuanto por su padre un día,  
Hoy tiembla por el mancebo:

Si bien gallardo y membrudo,  
Cual jóven, aun poco diestro,  
En repararse asaltado,  
Ni en herir acometiendo.

¡Si será, clamaba Elvira,  
Que en su juvenil denuedo,  
El hijo de mis entrañas  
Hoy me las parta de nuevo?

Yo le miro enardecido  
Picar al bridon soberbio,  
Y el primero en la batalla  
Correr al mayor empeño;

Entrarse la lanza en ristre  
De los bárbaros en medio,  
Por ganar una bandera,  
O algun noble prisionero,

Que presentar en la corte  
De la reina, como hacerlo  
Mi ínclito esposo solia...

¡Oh dolorosos recuerdos!

¡Madre desolada y triste!  
¡Hijo infeliz! ¡cuánto tiemblo  
Por ti de Muza los botes,  
De Alhiatar el crudo acero!

¡Cuánto que ciego, olvidado  
De mi amor y mis consejos,  
Con un desastre consumes  
Mi viudez y desconuelo!

¡Ah, si de tu ilustre padre  
Como tienes el esfuerzo,  
La prudencia te adornara,  
Mis cuidados fueran menos.....!

Guardad, bárbaros; no alevés;  
Si estáis de sangre sedientos,  
Probeis vuestros fuertes brazos  
Contra ese pimpollo tierno.

¡Tantos le asaltáis, cobardes,  
Y seguros de vencerlo,  
Correis cual hambrientos lobos  
A un inocente cordero!

Cual buenos, solos buscadle;  
Y el brazo y heroico aliento  
Vereis en él, del que tanto  
Temblabais, grande Don Tello.

O mejor con el maestre,  
O con el Córdoba fiero  
Mediros, que á todos llama  
Su horrible lanza blandiendo.

Perdonad mi hijo querido;  
¡Así hallen siempre los vuestros  
Ventura y prez en las lides,  
Honras y amor con el pueblo!

¡Hijo amado! ¡qué de angustias  
Me cuestas...! — En su desvelo  
De repente de la almohada  
Alzándose sin sosiego,

Corre al balcon, y escuchando  
Esclama: ¡si el escudero  
Vendrá, que partió á informarse  
De su salud y sus riesgos!

Tráeme fiel las faustas nuevas  
Que madre tierna deseo,  
Y tendrás un premio digno  
De tu lealtad y tu zelo...

Pero ¡qué estrépito se oye!  
No hay dudarlo... pasos siento:  
La marcha de algun jinete  
Repite sonoro el eco.

¡Cuán silencioso camina!  
Percibir apenas puedo

El batir del duro casco  
Sobre el pedregoso suelo.  
¿Si será que así á deshoras  
Venga alguno de mis deudos  
A anunciarme las desdichas  
Que contino estoy temiendo?  
¡ Madre infeliz ! ¡ venturosa  
La que jamás logró serlo !  
No cual yo que al cielo airado  
Ablandé con votos necios.

Ella no verá sus hijos  
Atravesados los pechos  
De mora lanza, y segados  
En su flor cual débil heno.  
No en las andas funerales  
Estendidos, ni cubierto  
De negros paños, y en torno  
Los militares trofeos,

Verá su féretro alzarse,  
Y en un silencioso duelo  
A cien caballeros nobles  
De sus armas compañeros.

No llorará como lloro,  
Ni tendrá en un hilo puesto  
Su vivir, temblando siempre,  
¡ Cuitada ! un desastre nuevo.

¡ Cavilaciones tardías... !  
¿ Por qué, por qué su ardor ciego  
No contrasté cuando pude ?  
¿ Por qué me doblé á sus ruegos ?  
¿ Por qué le dejé á las lides  
Partir tan niño ? ¿ mi seno  
Desnudo, mis tristes lloros  
No pudieran detenerlo ?

Sobre el umbral de rodillas  
Una madre... lejos, lejos  
Mengua tal, oprobio tanto  
De una Guzman y Pacheco:  
Lejos de la sangre clara,  
Que al Moro el puñal sangriento  
Tiró contra el hijo amado  
De Tarifa en el asedio.

¡ Cuál se hablaría en la corte  
De Isabel ! ¡ y qué denuestos  
Los ricoshombres no harían  
Al hijo y la madre á un tiempo !

¡ Honor, honor castellano !  
¡ Inclito esposo, modelo  
De valor y altas virtudes  
A cristianos caballeros !

Vé desde el cielo á tu hijo,

Que tras tu glorioso ejemplo,  
Madre infeliz, viuda triste,  
Víctima á la patria ofrezco.

Tiéndele los nobles brazos,  
Seguro que por sus hechos  
No mancillará las glorias  
De sus heroicos abuelos:

Tiéndelos, amado esposo,  
Unelo á ti en nudo estrecho,  
Parte con él tus laureles,  
Y goza lo que yo pierdo. —

De impreviso ave nocturna,  
Lanzando un grito funesto,  
Se oyó, y batiendo las alas  
Voló con mortal agüero;

Y una ajigantada sombra  
Cual un pavoroso espectro,  
Cruzó delante sus ojos,  
De horror y lágrimas llenos.

Elvira, la triste Elvira,  
Aterrada y sin aliento,  
Cayó sobre su almohada,  
Gritando: yo desfallezco.

#### ROMANCE II.

YACE la infeliz Elvira  
Tan atónita en su estrado,  
Que ni aun aliento le queda  
Para clamar por amparo:

Despavoridos los ojos  
En el balcón, y temblando  
Que el ave el grito repita,  
De sus desdichas presajio.

Procura alzarse, y no puede;  
Tienta gritar, y es en vano:  
Que la congoja y el miedo  
Le ligan fuerzas y labio.

Así la encontró la aurora  
Anegada en lloro amargo,  
Cuando ella flores y perlas  
Derrama de su regazo.

Zaida, su esclava querida,  
En angustia y duelo tanto,  
Fué de todas sus doncellas  
La sola que halló á su lado;

Zaida, que aun niña en la corte  
Que baña el Genil y el Darro,  
Con su virjinal belleza  
Hizo á mil libres esclavos:

La que en su donaire y gracias



De la Alhambra en los saraos  
 Despertó tantas envidias  
 Como dió vueltas danzando :  
 Abencerraje y Vanégas,  
 Nombres cuyo lustre raro  
 Al sol empaña, y colunas  
 Son del pueblo y del estado.

Cautiva la hizo Don Tello,  
 Y Elvira en felice cambio,  
 Por endulzar su desgracia,  
 Le dió de amiga la mano.

Esta, que al alba antecede,  
 Para sentir sus agravios,  
 Que nada en cautivos nobles  
 Es poderoso á olvidarlos:

Si ya en secreto no llora  
 El tierno pecho llagado  
 De abrasado amor, al mismo  
 Que la madre está llorando.

Desvelada la echó menos,  
 Y solícita en su hallazgo,  
 Topóla en su estancia triste,  
 Vuelta apenas del desmayo.

¿Qué teneis, señora mia?  
 ¿Por qué en lágrimas bañados  
 No me miran vuestros ojos,  
 Cuando cariñosa os hablo?

¿Qué teueis? clamaba Zaida :  
 ¿Qué suspiros tan ahincados  
 Son esos, y esos gemidos  
 Con que pareceis ahogaros?

¿Por qué conmovido el pecho  
 Os bate así? ¿por qué helado  
 Lo siento, y vos tan parada  
 Que me semejais de mármol?

Alzad, señora, del suelo,  
 Y en mi seno reclinados;  
 Que ni él será, ni mi vida  
 De vuestro amor digno pago.

Dejad las ansias y duelos  
 A esta infeliz, que sus hados  
 A eterno dolor condenan  
 En su verdor mas lozano.

Pero vos, dulce señora,  
 Entre honores y regalos,  
 ¿Por qué ese horror en el rostro;  
 Y esa zozobra y espanto? —

Elvira, á la voz de Zaida,  
 Abrió, como despertando,  
 Sus ojos, que otra vez miran  
 Hacia el balcon azorados :

Y viendo que Zaida llora,  
 Torna al dolorido llanto :  
 Y ¡ay madre desventurada!  
 Clamaba de cuando en cuando.

¡Ave enemiga y funesta!  
 ¡Sombra fatal...! ¡cielo santo,  
 Herid, herid á la madre,  
 Y perdonad mi hijo amado! —

Sus doncellas y sus dueñas  
 Alborótanse entre tanto,  
 Y despavoridas corren  
 Por su señora clamando.

Llegan, y al verla cual yace  
 Como el lirio de los prados,  
 Que ajó el áspero granizo  
 Roto su frondoso tallo;

Atónitas la contemplan,  
 Y sin osar demandarlo,  
 No temen ya, cierto miran  
 Algun lamentable caso.

Todas suspiran cual ella;  
 Venla llorar, y anegado  
 Su rostro en lágrimas tristes,  
 Conmueven todo el palacio.

Así estaba entre zozobras  
 Aquel aflijido bando  
 De palomas inocentes  
 En ansias y sobresaltos,

Cuando á mas amedrentarlas  
 Un ruido de caballos  
 Se oyó; y en la sala vieron  
 Al escudero y Don Sancho.

Don Sancho, padre de Elvira,  
 El mas respetable anciano  
 De cuantos de Calatrava  
 Visten el glorioso manto:

Terror un tiempo del Moro,  
 Lleno de méritos y años,  
 Y en su encomienda y retiro  
 Hoy de miseros amparo.

Llegó el noble caballero  
 Silencioso y mesurado,  
 Del escudero asistido  
 En sus vacilantes pasos:

Grave y plácido el semblante,  
 Serenidad afectando,  
 Pero en el suelo los ojos  
 Y de lágrimas preñados.

Elvira al ver á su padre,  
 ¡Mi gozo, exclamó, el encanto  
 De mi vida finó! ¡ay triste!

De Santafé en el rebato...

Quiso proseguir , y un nudo  
El dolor echó á su labio ,  
Y en los brazos de su Zaida  
Volvió á tomarla el desmayo.

El noble anciano en su apoyo  
Tendió los trémulos brazos ;  
Con sus ruegos la conforta ,  
Regálanla sus cuidados ;

Y Zaida cuasi sin vida  
Trémula toda , y ahogado  
El pecho en ansias mortales ,  
La está infeliz sustentando ,

Mientras las fieles doncellas  
En duelo y horror tamaño ,  
A los piés de su señora  
Se precipitan gritando :

¡Ay desventurada Elvira!  
¡Ay malogrado Fernando!  
¡Ay! ¡ay, Fernando! retumban  
Los artesones dorados.

Volvió en fin Elvira triste  
De su profundo letargo ;  
Y ¡ay padre, otra vez esclama,  
Ya acabó mi hijo adorado!

Su sombra , su infausta sombra ,  
Y de un ave el grito aciago  
Nuncios á esta infeliz fueran  
De tan pavoroso estrago!—

¿Qué es esto, Elvira querida?  
¿Qué es esto, señora? ¿cuándo  
Ni la constancia en tu pecho,  
Ni la relijion faltaron?

¿Cuándo, cuándo esperé verte,  
Cual hoy sin mesura te hallo,  
Sin escuchar mis avisos,  
Ni hacer de mis ruegos caso?

Niña perdiste á Don Tello,  
Y fué inmenso tu quebranto ;  
Pero jamás, hija mia,  
Te abatieras á este grado.

Si murió...— A esta voz terrible  
A Zaida se le nublaron  
Los ojos, y un grito agudo  
Su amor lanzó involuntario.

Si murió, Don Sancho sigue  
Con tono grave y posado,  
En el cielo está, señora,  
Su buen padre acompañando ;

Mártir ilustre y dichoso,  
De glorias brilla colmado :

¡Diérame esta suerte el cielo  
Por premio de mis trabajos!

Pagó esforzado á la patria  
La deuda que un pecho hidalgo  
Desde que nace le debe,  
Que sus mayores pagaron.

Sintió de su heroica sangre  
El noble ardor, y emulando  
De sus ínclitos abuelos  
Los fechos mas señalados ,

En su juventud florida  
Sus sienes ciñó del lauro  
Que tantos años y lides  
Costaron á Tello y Sancho.

Su noble tio el maestro,  
De haberle por deudo ufano,  
La roja cruz y la espada  
Le colocó de Santiago.

Isabel su fin glorioso  
Honró con su rejió llanto,  
Si antes sus altas proezas  
Celebraba con aplauso.

¡Y tú lloras sin consuelo!  
¡Tú lloras, porqué bizarro  
Siguió á tu Tello, que siempre  
Le ofrecimos por dechado!

No fué así Doña María,  
Émula y mujer del bravo  
Guzman el Bueno, y hoy honra  
De nuestro linaje claro.

Si cobarde y vil se hubiese  
De su batalla fugado,  
Entonces sí, hija querida,  
Que debiéramos llorarlo.

Entonces sí que el encuentro  
De los buenos esquivando,  
Andar debiéramos siempre  
El rostro en tierra inclinado.

Hoy no ; que en las lenguas suena  
De todos ; que fiel retrato  
De sus mayores , cual ellos,  
Del honor murió en el campo.

Oye á tu fiel escudero ;  
Y verás cómo envidiado,  
No plañido sernos debe  
De su sol el noble ocaso.

¡Hija adorada y llorosa!  
Ya basta del libre vado  
Que á tu sentimiento dieras,  
Y es del honor moderarlo.

Cesen pues los ayes tristes ,

Y ese tu jemir insano,  
Ni mas me aflijas, de un padre  
Las súplicas desdeñando. —

Elvira, á este dulce nombre,  
Dió á su ahogo un breve plazo;  
Y apoyándose en su Zaida,  
Fué humilde á besar su mano.

Solicito alzóla el viejo  
Con un amoroso abrazo:  
Todos en silencio triste  
Al escudero escuchando (\*).

(\* El autor habia continuado este suceso en otro romance, que se estravió despues de su fallecimiento.

## SONETOS.

AL SR. D. GASPARD DE JOVELLANOS,  
DEL CONSEJO DE S. M., OIDOR EN LA  
REAL AUDIENCIA DE SEVILLA (\*).

Las blandas quejas de mi dulce lira,  
Mil lágrimas, suspiros y dolores  
Me agrada renovar, pues sus rigores  
Piadoso el cielo por mi bien retira.

El dichoso zagal que tierno admira  
Su linda zagaleja entre las flores,  
Y de su llama goza y sus favores,  
Alegre cante lo que Amor le inspira.

Yo llore solo de mi Fili airada  
El altivo desden con triste canto,  
Que el eco lleve al mayoral Jovino:

Alternando con cítara dorada,  
Ya en blando verso, ó dolorido llanto,  
Las dulces ansias de un amor divino.

### SONETO I.

#### EL DESPECHO.

Los ojos tristes de llorar cansados,  
Alzando al cielo su clemencia imploro;  
Mas vuelven luego al encendido lloro,  
Que el grave peso no los sufre alzados:

(\* El autor dedicó estos sonetos á su amigo el año de 1776, á escepcion de cinco, añadidos en esta edicion.

Mil dolorosos ayes desdeñados  
Son, ¡ay! tras esto de la luz que adoro;  
Y ni me alivia el dia, ni mejoro  
Con la callada noche mis cuidados.

Huyo á la soledad, y va conmigo  
Oculto el mal, y nada me recrea:  
En la ciudad en lágrimas me anego:

Aborrezco mi ser; y aunque maldigo  
La vida, temo que la muerte aun sea  
Remedio débil para tanto fuego.

### SONETO II.

#### EL PRONOSTICO.

No en vano, desdeñosa, su luz pura  
Ha el cielo á tus ojuelos trasladado,  
Y ornó de oro el cabello ensortijado,  
Y dió á tu frente gracia y hermosura.

Esa rosada boca con ternura  
Suspirará: tu seno regalado  
De blando fuego bullirá ajitado:  
Y el rostro volverás con mas dulzura.

Tirsi, el felice Tirsi tus favores  
Cojerá, altiva Clori, su deseo  
Coronando en el tálamo dichoso:

Los Cupidillos verterán mil flores,  
Llamando en suaves himnos á Himeneo;  
Y Amor su beso le dará gozoso.

## SONETO III.

## EL PENSAMIENTO.

CUAL suele abeja inquieta revolando  
 Por florido pensil entre mil rosas,  
 Hasta venir á hallar las mas hermosas,  
 Andar con dulce trompa susurrando ;  
 Mas luego que las ve, con vuelo blando  
 Baja, y bate las alas vagarosas,  
 Y en medio de sus hojas olorosas  
 El delicado aroma está gozando :  
 Así, mi bien, el pensamiento mio  
 Con dichosa zozobra por hallarte  
 Vagaba de amor libre por el suelo ;  
 Pero te ví, rendíme, y mi albedrío  
 Abrasado en tu luz goza al mirarte,  
 Gracias que envidia de tu rostro el cielo.

## SONETO IV.

## LAS ARTES DEL AMOR.

QUISO el Amor que el corazón helado  
 De Nise ardiere, y le lanzó una flecha ;  
 Mas dió al punto á sus piés mil partes he-  
 [cha

Contra su seno de pudor murado.  
 Solicítala en oro trasformado,  
 Y al vil metal con altivez desecha :  
 Busca al vano favor ; no le aprovecha,  
 Quedando en pruebas mil siempre burlado.  
 Válese al fin de Tirsi que la adora :  
 Llama al tierno Himeneo, y oficioso  
 De la mano la arrastra al nupcial lecho.  
 Victoria canta el dios : de la pastora  
 Cesa el desden, y en llanto delicioso  
 Cual nieve al sol se le derrite el pecho.

## SONETO V.

## LA PALOMA.

SUELTA mi palomita pequenuela,  
 Y déjamel libre, ladron fiero :  
 Suéltamela, pues ves cuanto la quiero ;  
 Y mi dolor con ella se consuela.  
 Tú allá me la entretienes con cautela :  
 Dos noches no ha venido, aunque la es-  
 [pero.  
 ¡ Ay ! si esta se detiene, cierto muero :  
 Suéltala, ¡ ó crudo ! y tú verás cuál vuela.

Si señas quieres, el color de nieve,  
 Manchadas las alitas, amorosa  
 La vista, y el arrullo soberano,  
 Lumbroso el cuello, y el piquito breve...  
 Mas suéltala, y verásla bulliciosa  
 Cuál viene y pica de mi palma el grano.

## SONETO VI.

## LAS ILUSIONES DE LA AUSENCIA.

ORA pienso yo ver á mi señora  
 De donosa aldeana, y que el cabello  
 Libre le yaga por el albo cuello,  
 Cantando alegre al despertar la aurora :  
 Ya en pullico y cayada de pastora  
 Los corderillos guía, y suelta al vellos  
 Por el prado brincar, corre en pos de ellos ;  
 Ya en ocio blando en la cabaña mora.  
 Tierna ora rie, y va cojiendo flores :  
 A caza ora tras ella el monte sigo ;  
 Y bailar en la fiesta ora la veo.  
 Así ausente me alivio en mis dolores ;  
 Y aunque sueño de amor es cuanto digo,  
 El alma siente un celestial recreo.

## SONETO VII.

## EL RUEGO Y LA CRUELDAD.

HUYES, Cínaris bella y desdenosa,  
 De mil dulces palabras olvidada,  
 Ni vuelves hácia mi la faz rosada,  
 Ni mi voz oyes por correr furiosa.  
 ¡ Ah ! tente, tente á mi dolor piadosa ;  
 Tente, y yo callaré : no tu nevada  
 Planta la selva hiera enmarañada,  
 Cual la de Venus, cuando erró llorosa.  
 Ni aun respirar ya puedes de rendida.  
 Vuelve... ¡ ay ! ¡ ay ! vuelve... mas, ¡ dolor  
 agudo !  
 Que por mejor correr, suelta el cayado.  
 Vuelve... dijo Damon ; pero no oida  
 De la ingrata su voz, seguir no pudo  
 En encendidas lágrimas bañado.

## SONETO VIII.

## EL DESEO Y LA DESCONFIANZA.

¡ OH si el dolor que siento se acabara,  
 Y el bien que tanto anhelo se cumpliese !

¡Cómo por desdichado que ora fuese,  
La mas alta ventura no envidiara!

Con la esperanza sola me aliviara;  
Y por mucho que en tanto padeciese,  
El gozo de que el mal su fin tuviese,  
Lo amargo de la pena al fin templara.

Por un instante de placer que hubiera,  
Con júbilo mis ansias sufriría;  
Ni en su eterno durar desfalleciera.

Pero si es tal la desventura mia,  
Que huyendo el bien, el daño persevera,  
¡Qué aguardar puedo en mi letal porfia!

## SONETO IX.

## EL PROFÓSITO INUTIL.

TIEMPO, adorada, fué cuando abrasado  
Al fuego de tus lumbres celestiales,  
Osé mi honesta fe, mis dulces males  
Cantar sin miedo en verso regalado..

¡Qué de veces en lágrimas bañado  
Me halló el alba besando tus umbrales;  
O la lóbrega noche, siempre iguales  
Mi ciego anhelo y tu desden helado!

Pasó aquel tiempo, mas la viva llama  
De mi fiel pecho inestinguible dura;  
Y hablar no puedo, aunque morir me veo.

Huyo; y muy mas mi corazon se infla-  
[ma:

Juro olvidarte, y crece mi ternura;  
Y siempre á la razon vence el deseo.

## SONETO X.

## LA ESQUIVEZ VENCIDA.

No temas, simplecilla: del dichoso  
Galan pastor no tardes la ventura:  
Apenado á ti corre; su ternura  
Premio al fin halle, y su anhelar reposo.

De rosa en la coyunda el cuello her-  
[moso

Por el yugo feliz: la copa apura  
Que Amor te brinda; y de triunfar segura,  
Entra en lides süaves con tu esposo.

¡La vista tornas! ¡del nupcial abrazo  
Huyes tímida, y culpas sus ardores,  
En rubor virjinal la faz teñida!

Mas Vénus... Vénus... su jenial regazo  
Sobre el lecho feliz llueve mil flores,  
Que Filis coje, y la esquivéz olvida.

## SONETO XI.

## LAS ARMAS DEL AMOR.

DE tus doradas hebras, mi señora,  
Amor formó los lazos para asirme;  
De tus lindos ojuelos, para herirme,  
Las flechas y la llama abrasadora.

Tu dulce boca, que el carmin colora,  
Su púrpura le dió para rendirme:  
Sus manos, si el encanto quise huirme,  
Nieve que en fuego se me vuelve ahora.

Tu voz süave, tu desden finjido  
Y el albo seno do el placer se anida,  
Pábulo añaden al ardor primero.

Amor con tales armas me ha rendido:  
¡Ay armas celestiales! ¡ay mi vida!  
Yo soy, yo quiero ser tu prisionero.

## SONETO XII.

## LA HUMILDE RECONVENCION.

DAME, traidor Aminta, y jamás sea  
Tu cándida Amarili desdenosa,  
La guirnalda de flores olorosa  
Que á mis sienes ciñó la tierna Alcea.

¡Ay! dámela cruel; y si aun desea,  
Tomar venganza tu pasion zelosa,  
He aquí de mi manada una amorosa  
Cordera; en torno fenecer la vea.

¡Ay! dámela, no tardes, que el precioso  
Cabello ornó de la pastora mia,  
Muy mas que el oro del Ofir luciente,

Quando cantando en ademan gracioso  
Y halagüeño mirar, merecí un día  
Ceñir con ella su serena frente.

## SONETO XIII.

## LA RESIGNACION AMOROSA.

¡QUÉ quieres, crudo Amor? deja al  
[cansado

Animo respirar solo un momento:  
Baste el veneno en que abrasarme siento,  
Y el dardo agudo al corazon clavado.

Ñi duermo ni reposo, y de mi lado  
Cual sombra huye el placer; ¡ah! ¡qué  
[lamento

Suena en mi triste oido! de tormento  
Basta, Amor, basta, pues de mí has triun-  
fado.—

Le ruego así; y á mi dolor movido,  
El me muestra la lumbre por que muero,  
Puro rayo de anjélica hermosura:

Yo me postro á adorarla, y encendido  
En fuego celestial, penar mas quiero,  
Y morir pido como gran ventura.

## SONETO XIV.

## EL RUEGO ENCARECIDO.

DEJA ya la cabaña, mi pastora,  
Déjala, mi regalo y gloria mia:  
Ven, que ya en el oriente raya el día,  
Y el sol las cumbres de los montes dora.

Ven, y al humilde pecho que te adora,  
Torna con tu presencia la alegría.

¡Ay! que tardas: y el alma desconfia:

¡Ay! ven, y alivia mi penar, señora.

Tejida una guirnalda de mil flores  
Y una fragante delicada rosa  
Te tengo, Filis, ya para en llegando.

Daréte las cantando mil amores,  
Daréte las, mi bien; y tú amorosa  
Un beso me darás sabroso y blando.

## SONETO XV.

## LOS TRISTES RECUERDOS.

EN este valle, do sin seso ahora  
En muda soledad tu malhadado  
Nombre, ¡ay Fili! repito, afortunado  
Decirte osé: mi corazón te adora.

Junto á este arroyo que tu muerte llora,  
Te hallé cojiendo flores; y turbado  
La guirnalda nupcial en tu dorado  
Cabello puse, y te juré señora.

Allí nos reveló sus deliciosos  
Misterios la alma Vénus, la sagrada  
Tea encendiendo plácido Himeneo.

¡Ay! dejadme, ¡recuerdos dolorosos!  
Mi Fili al claro Olimpo fué robada;  
Y yo en mil ansias fenecer me veo.

## SONETO XVI.

## LA FUGA INUTIL.

TÍMIDO corzo, de crúel acero  
El regalado pecho traspasado,  
Ya el seno de la yerba emponzoñado,

Por demás huye del veloz monterero:

En vano busca el agua, y el ligero  
Cuerpo revuelve hácia el doliente lado:  
Cayó y se ajita, y lanza congojado  
La vida en un bramido lastimero.

Así la flecha al corazón clavada  
Huyó en vano la muerte, revolviendo  
El ánima á mil partes dolorida:

Crece el veneno, y de la sangre helada  
Se va el herido corazón cubriendo,  
Y el fin se llega de mi triste vida.

## SONETO XVII.

## EN UNAS BODAS.

Hé aquí el lecho nupcial: ¡tiembles amada;  
Y para tí le ornó de gozo llena  
Tu tierna madre? el corazón serena,  
Y de santo pudor sube á él velada.

También yo como tú temí engañada  
Doblar el cuello á la feliz cadena;  
Cedí, y dichosa fui: tu esposo pena,  
Llega, y colma su suerte afortunada.

Veo asomar al Himeneo santo:  
Que fausta ya fecundidad te mira;  
Y en maternal amor arder tu pecho.

Llega..... La virgen entre risa y llanto  
Ansia y teme: la madre se refra;  
Y corre Honestidad el nupcial lecho.

## SONETO XVIII.

## EL REMORDIMIENTO.

PERDONA, bella Cintia, al pecho mio,  
Si evita cauto tu adorable llama;  
Que Fili solo su fineza inflama,  
Y él la idolatra aun en el mármol frio.

Si amarte intento, del silencio umbrío  
Su voz infausta por venganza clama:  
¡Así, me dice, ¡ó pérfido! se ama?  
¡Ay! ¡tiembla, tiembla mi furor, impío!

Vuélveme á mi inocencia y á mi pura  
Candidez virjinal: tú de mi pecho,  
¡Aleve! ¡aleve! has la virtud lanzado.

Vuélveme á mi virtud... Su sombra  
[oscura  
Me sigue así; y en lágrimas deshecho  
Me hallo en el duro suelo desmayado.

## SONETO XIX.

AL EMO. SR. D. EUJENIO DELLAGUNO,  
HABIÉNDOLE NOMBRADO EL REY  
CABALLERO GRAN CRUZ DE LA  
ÓRDEN DE CARLOS III.

ALIVIA el peso, soberana Astrea;  
Déjame un hora de feliz reposo:  
El crudo afán de tu servicio honroso  
Ceda una vez á mas feliz tarea.

Santa amistad en celebrar se emplea  
Del claro Elpino galardón glorioso,  
Merced justa de un rey que poderoso  
Su mérito y saber honrar desea.  
Vosotras, Musas, si á mi ruego un día  
Cedisteis gratas, y mi tierno acento  
Oyó afable por vos mi dulce Elpino;  
Prestas volad, decidme mi alegría,  
Del pueblo hispano el jeneral contento,  
De la virtud el júbilo divino.

## ELEJIAS.

## ELEJIA I.

EN UN EMPEÑO TEMERARIO.

AMOR, desdenes, ira, y todo junto  
El poder de la envidia y de los zelos,  
Se han unido en mi daño á un solo punto.

La medrosa inquietud con mil desvelos  
Cubre mi infeliz pecho de amargura:  
Doy lástima á la tierra y á los cielos.

Yo ví en mi daño una doncella pura,  
Término de beldad, y con mil dones  
Que esceden toda humana criatura.

Sus ojos son de fuego: sus razones  
Hacen al que las oye, temblar luego;  
Y encanta en su saber los corazones.

Yo la miré, y temí: y un blando fuego  
Sentí que por mis venas discurría;  
Y á todo lo demás halléme ciego.

Volvióseme tristeza la alegría,  
La paz del corazón tormenta brava,  
Y oscuridad infausta el albo día.

Nunca emperó del daño me apartaba;  
Mas antes vanamente confiado,  
Del puerto al ancho mar me abandonaba.

Ni de nubes el cielo encapotado,  
Ni de las roncadas olas el bramido,  
Ni el aquilón por ellas despeñado,  
Ni la negra tiniebla, ni el jemido

De los que anega el mar, ni de mi leño  
El crujir, ni el camino no sabido,

Bastaron á apartarme del empeño,  
Ni á volverme al lugar do me alejaba;  
Que Amor me arrebatava á mi despeño.

La orilla con los huesos blanqueaba  
De muchos que perdieron ya la vida;  
Y otros el viento por la mar llevaba:

Yo alegre en tanto en rápida corrida  
Las olas iba de la mar cortando,  
De la mar en mi daño embravecida;

Y en necio error en el Amor fiando,  
Que calmase aguardaba la tormenta,  
Así á solas conmigo razonando:

¡Oh flaco corazón! ¿qué te amedrenta?  
¿Qué recelas, cobarde, ó qué te espanta,  
Si un dios tu vela y tu esperanza alienta?

¿Pretendes por ventura gloria tanta  
Sin peligro alcanzar? ¡ay! que la gloria  
Es solo del que al riesgo se adelanta,

Y aquel solo es el digno de memoria,  
Que trepa á la difícil aspereza,  
Do eterna hará la fama su victoria.

¿No ves, no ves, cuitado, tu baja?  
Pues alza ya los ojos á la cumbre  
De aquella sobrehumana jentileza.

¡Oh beldad celestial! ¡oh gloria! ¡oh lum-  
[bre!

¡Oh anjélico semblante! ¡eterno día!

Tu esplendor fausto mi tiniebla alumbre.

Tú mi norte serás, serás mi guía,  
Tú eres mi estrella, tú mi aurora hermosa;  
Tuya es mi libertad y el alma mia.

A ti corre mi nave presurosa,  
Tú la encamina al puerto deseado;  
Y á mí vuelve los ojos amorosa. —  
Tal la ruego, y al mar abandonado  
Parécenme sus olas mas serenas,  
Y dolido el Amor de mi cuidado.

Así el veneno corre por las venas;  
Y en un ardor dulcísimo me abraso,  
Que revuelve en su llama amargas penas.  
¿Diré, ¡cuidado! lo que entonces paso?  
¿Ni el infierno y la gloria que en mí siento?  
Aun con cien lenguas me quedara escaso.

Cual Tántalo entre el agua estoy sedien-  
[to;

En el medio del fuego estoy helado;  
Y á un tiempo alegre río y me lamento.

Estoy contra mí propio conjurado;  
Y quiero y aborrezco en solo un punto;  
Y vivo y muero en tan fatal cuidado.

Siento placer y pena todo junto;  
A mi adorada busco; y si la veo,  
Me quedo en mi dolor como difunto.

¡Gloria inmortal del fortunado empleo  
Que en ciego afan codicia mi ternura!  
¡Oh cuán en ti me aflijo y me recreo!

¿Quién digno se hallará de tal ventura?  
¿A quién, divino Amor, á quién espera  
El premio de su anjélica hermosura?  
¡Oh si ganarle yo posible fuera!  
Suerte mayor no anhela mi deseo;  
Y despues, si así place, al punto muera.

Mas, ¡miserio de mí! que devaneo,  
Y alcanzarla presumo locamente;  
¡Ay! y su altura y mi humildad no veo.  
Cual fábula seré de jente en jente;  
Y el nombre infausto quedará en el mundo  
De mi temeridad y amor ardiente.

¡Ciego, dañoso error! ¿en qué me fun-  
[do,

Que á la altísima cumbre de su gloria  
Así aspiro á subir desde el profundo?

¡Oh caso digno de fatal memoria!  
Yo lo alcanzo, señora, lastimado;  
Pero Amor lleva siempre la victoria.

Yo sé que cual gigante despeñado  
Seré al fin, ó cual Icaro atrevido  
En medio el hondo mar precipitado.

Sé que el Ciego me arrastra embebecido  
Donde pueda acabarme: sé mi engaño,  
Y cuán alto mi error haya crecido.

Y el oríjen fatal de tanto daño  
Sé para mas dolor; y sé la llama,  
Donde ardí incauto para mal tamaño.

Y sé cómo el tirano á sí me llama;  
Y á mi rota barquilla en nada ayuda  
Contra el ventoso mar que hinchado bra-  
[ma:

Todo lo sé, señora: mas no muda  
Su voto Amor, ni yo tornar pudiera,  
Pues ya aun me veda que al remedio acuda.

¿Y qué gloria mayor, puesto que muera,  
Qué fenecer por vos? ¿quién lo alcanzara?  
¡Ay si el crudo me oyese, y luego faera!

Mi fatal caso al menos lastimara  
Un pecho en su crudeza empedernido;  
Y aun piadoso quizá mi fin llorara.

Con esto del camino no sabido  
Pisara yo la senda confiado;  
Y ni sombra temiera, ni alarido.

Mas, ¡ay misero! ¡ay triste! que el ai-  
[rado

Mar se embravece, y amenaza al suelo;  
Y á su furia el Amor me ha abandonado.

Los vientos silban, se oscurece el cielo,  
Cruje frájil el leño; y donde miro,  
Encuentro de la noche el negro velo.

Me quejo, jimo y por demás suspiro:  
La muerte á todos lados me saltea;  
Y mi barca infeliz perdió ya el jiro.

Tal merece quien tanto devanea,  
Y á imposibles osado se aventura:  
Si por su daño alguno los desea,  
Sírvale de escarmiento mi locura.

## ELEJIA II.

EN LA MUERTE DE FILIS.

¡Oh! rompa ya el silencio el dolor mio,  
Y al labio salga en dolorido acento  
La aguda pena en que morir porfio.

Con lastimeros ayes jima el viento;  
Y entre suspiros y mortal quebranto  
La falta de la voz supla el lamento:

Ciegos los ojos con su amargo llanto,  
Lejos de la alma luz, siempre en oscura  
Noche fenezcan en desastre tanto.

Truéqueseme la dicha en desventura,  
Ni jamás bien alguno esperar pueda,



Pues me robó la muerte mi luz pura.

¡ Fílis! ¡ amada Fílis! ¡ ay! ¿ qué queda  
Ya á mi dolor? ¿ faltaste, mi señora?  
¡ Cómo la voz el sentimiento veda!

Allá volaste al cielo á ser aurora,  
Dejando en llanto y sempiterno olvido  
Esta alma triste que tu ausencia llora.

¡ Qué! ¡ ni mi dulce amor te ha detenido?  
¿ Ni la amarga orfandad en que me dejas?  
¿ Tan mal, querida Fili, te he servido?  
¿ Así de este infeliz, así te alejas?

Vuelve, adorada, vuelve á consolarme;  
No mas desdeñes mis dolientes quejas.

Pero tú no pudiste abandonarme:  
El golpe de la muerte, el golpe fiero  
Solo de ti, mi bien, logró apartarme.

¡ Oh muerte! ¡ muerte! ¡ oh golpe lasti-  
[mero!

¡ Ay! ¿ sabes, despiadada, lo que hiciste...?  
De todos tus delitos el postrero.

¿ A quién con mano bárbara rompiste  
El feliz hilo de la tierna vida,

Y en el sepulcro despiadada hundiste?

¡ A Fílis! ¡ á mi Fílis! ¡ mi querida,  
Mi inocente zagala! Su ternura

¿ En qué ofenderte pudo, fementida?

¿ No te movió su anjélica hermosura  
A que no mancillases insolente

Tan delicada flor en su alba pura?

Jamás yo te creí tan inclemente;

Mas este golpe, golpe lamentable,

¡ Oh cuán á costa mía me desmiente!

¡ Oh dura mano! ¡ oh bárbara, ¡ impla-  
[cable!

¿ A quién, clamó sin fin, tu saña fiera  
Hirió con su guadaña abominable?

¡ A Fílis! ¡ á mi Fílis...! ¡ y esto espera  
A inocencia y amor, mientras riendo  
Eterno un siglo la maldad prospera!

Huye, inhumana, al Tártaro tremendo;  
Y en sus abismos húndete entre horrores,  
Húndete, ó monstruo, tus hazañas viendo...

Deliro en mi pasión; y mis dolores  
Crecen, inmensos como el mar; ¡ cuitado!

¿ Qué he de hacer sin mi bien, sin mis  
[amores?

¡ Que ya no gozaré su alegre lado!

¡ Ni oiré mas sus suavísimas razones!

¡ Ni he de ver de su rostro el tierno agrado!

¡ Sus ojuelos, imán de corazones,

Aquellos ojos cuya lumbre clara

Tras sí arrastraron tantas atenciones!

¡ Y aquel cuello, aquel talle, aquella rara  
Gracia que en noche eterna se oscurece!  
¡ Ay muerte dura, de mi bien avara!

Lloro, y llorando mi tormento crece;  
¡ Pero qué mucho! si en mi acerba pena  
Todo el orbe dolido se entornece:

Con horrísono silbo el aire suena,  
Ni el agua corre ya como solía,

Ni la tierra es fructífera ni amena:

Ni arrebolado asoma el albo día,  
Ni en la cima es del cielo el sol fulgente,  
Ni la luna en la noche húmida y fría.

El Tórmes el raudal de su corriente  
Detiene por seguir mi amargo llanto,  
De ciprés coronada la ancha frente:

Con lúgubre aparato y triste canto  
De sus Ninfas el coro le rodea:

¡ Ay cuál doblan sus voces mi quebranto!

No ya el nácar sus cuellos hermosea,  
Ni sembrado de perlas y corales

Su cabello en los hombros libre ondea.

Mustio taray y tocas funerales

Hoy visten todas por la Fílis mía,

De su agudo pesar ciertas señales.

¡ Oh, cuál con ellas yo la ví algun día  
Del seco agosto en la enojosa llama  
Triscar alegre en la corriente fría!

Hoy en llanto su pecho se derrama;

Y con doliente lúgubre alarido,

Cual si la oyese, cada cual la llama.

El raudal Tórmes con mortal quejido

Tambien las acompaña; y su lamento

Merece de Neptuno ser oído:

Neptuno, el que del húmido elemento

Modera la soberbia impetuosa,

Ocupando entre dioses alto asiento;

El que con voz y diestra poderosa,

Con su tridente en carro de corales,

Alza ó calma su furia sonora;

Retrajo el curso á repetir mis males,

Y en ronco son los hórridos Tritones

Dieron de su dolor ciertas señales.

Del húmido palacio los salones

Retumbaron con fúnebres jemidos,

Y temblaron columnas y artesones.

Las focas y delfines doloridos

En rumbo incierto tras su dios vagaban,

De tan nuevos prodijios aturdidos;

Y como que asombrados preguntaban,

¿ Qué horror es este y doloroso estruendo?

Y los míseros llantos remedaban ,  
 Las colas escamosas revolviendo ,  
 Y en las cerúleas ondas escitando  
 Desapacible son , ronco y horrendo.  
 Por las vecinas playas lamentando,  
 Sonaban de otra parte los zagales  
 En tristes coros el desastre infando.  
 ¡Mas ay! ¡ay! que sus cantos á mis males  
 En nada alivio dan; mas antes crecen  
 En mis ojos dos fuentes inmortales:

Que si ya , gloria mia , no merecen  
 Estar colgados de tu faz suave,  
 Mejor en ciego llanto así fenecen.

¡Oh dolor sobre todos el mas grave!  
 ¡Oh sombra ! ¡oh fugaz bien ! ¡ incierta

[vida !

Quien en ti se confia , poco sabe :  
 Apenas apareces , ya eres ida ,  
 Dejando la esperanza en ti fundada  
 Cual mastia flor del vástago partida.

¿Quién pudiera decirme que mi amada,  
 Mi tierna palomita , de repente  
 Así del seno me seria robada ,

Quando á guardarla fui junto á la

[fuente ,

La tarde antes del aciago dia ,  
 En la márjen del Tórmes trasparente ?

¡ Cómo me recibió ! ¡ con qué alegría  
 De mí burlando mi temor culpaba ,  
 Y fiel su eterna llama me ofrecia !

¡ Con qué halagüeños ojos me miraba !  
 ¡ Y con cuántos dulcísimos favores  
 Mis dudas , mis zozobras alentaba !

¡ Oh mi acabado bien ! ¡ oh mis amores !  
 ¿ Quién entónces creyera tal fracaso ,  
 Ni tras ventura tal estos dolores ?

Riéndote la vida al primer paso ,  
 ¿ Quién rezelara que su luz temprana  
 Corriera así tan súbito á su ocaso ?

Contino , Filis , de mis ojos mana  
 Un mar de ardiente lloro , ¡ ay sin ventura !  
 Aciago fruto en mi esperanza vana.

Su eterna ausencia mi dolor apura ;  
 Y el no haberla , ¡ ay de mí ! jamas pensado ,  
 Dobla al mísero pecho la amargura.

Bien debí , puesto que me ví encun-

[brado

A lo sumo del bien que en hombre cabe ,  
 Temblar el triste fin en que he parado.

¿ Pero quién con amor temerlo sabe ?  
 ¿ Ni entonces hace del agüero cuenta ?

¿ Ni del buho que suena aciago y grave ?  
 En vano desde el roble , en que se

[asienta ,

Anuncia la corneja el caso triste ,  
 Que á un pecho con pasion nada ame-

[drenta.

¡ Tú , Batilo infeliz ! volar la viste  
 La noche en que enfermó tu Fili amada ,  
 Y su fúnebre voz seguro oiste.

Acuérdome tambien que á la alborada ,  
 Dejando ya paciendo mi ganado ,  
 A hablarla fuera en su feliz majada ,

Y ví un lobo feroz haber robado  
 Una mansa cordera , blanca y bella ,  
 Que devoraba sobre el fresco prado.

Corrí compadecido á socorrerla ;  
 Y súbito... á mis ojos... ¡ qué portento !  
 En humo denso se me huyó con ella.

Yo hasta aquel punto de temor exento ,  
 Del espantable caso sorprendido ,  
 Caí sobre la yerba sin aliento.

¡ Oh qué de tiempo estuve allí tendido !  
 Y cuando ya en mi acuerdo hube tornado ,  
 ¡ Ay ! á llorar en tanto mal sumido ,

Sin poder proseguir lo comenzado ,  
 Y atónito de ver prodijios tales ,  
 Volví lleno de horror á mi ganado.

Allí luego encontré nuevas señales  
 Que algun terrible caso me anunciaban ,  
 Agüeros ciertos de mis crudos males.

Mis mansas ovejillas se espantaban ,  
 Y cual si las siguiera un lobo fiero ,  
 Jirando en torno del redil , balaban.

A un lado oí quejido lastimero :  
 A examinarlo corro... y de repente...  
 ¿ Callarélo , ó diré tan triste agüero ?

Ví dividida por agudo diente  
 La corderita á Filis prometida ,  
 Que mi mano cuidaba diligente.

Al pié de ella la madre dolorida  
 Con débiles balidos la lloraba ,  
 Queriendo con su aliento aun darle vida.

Entónces yo sentí que me apretaba  
 El corazon un miedo desusado ,  
 Y trémulo mil males me anunciaba.

¡ Oh mi Fili ! ¡ oh mi bien ! ¡ oh desgra-

[ciado !

¿ Qué pudieron decirme estos agüeros ,  
 Que era ya de tu vida el fin llegado ?

¿ Qué esto anunciaban los prodijios

[fieros ?

¿Y esto la triste ave y la cordera?  
 ¡Ay, acabados gustos verdaderos!  
 ¡Vida fugaz, cual sombra pasajera!  
 Ya á la mía no queda sino llanto,  
 Prueba aun bien débil de mi fe sincera.

Crecerá inmenso mi mortal quebranto,  
 Hasta que huyendo este nublado suelo,  
 En lazo á ti me una eterno y santo.

Ni, ¡oh mi luz! pienses que jamás con-  
 [suelo

Hallar podrá mi espíritu abatido;  
 Que en ti el bien me dejó con presto vuelo.

Y en lágrimas y penas sumergido,  
 Tu imagen sola cada vez mas viva  
 Mi pecho ocupa de su amor herido:

La horrible parca que de ti me priva,  
 La ansia no apagará con que él la adora,  
 Que su llama en tu falta mas se aviva,

Y acuerda al alma triste en cada hora  
 Tu dulcísimo amor, tu fe sincera;  
 ¡Ay cual padezco, y se me parte ahora!

La tierna débil voz, la voz postrera  
 Que en tu labio sonó ya moribundo,  
 Jamás podré olvidarla, aunque yo muera.

¡Pues qué si el espectáculo profundo  
 Se me presenta de tu muerte aciaga!  
 En un mar de mis lágrimas me inundo.

Deja, mi amor, que en ellas me deshaga,  
 Y que en largos suspiros exhalado  
 Mi espíritu á sus ansias satisfaga.

Paréceme mirarte en el cuitado  
 Trance de la postrera despedida,  
 Débil la voz, el rostro demudado,  
 Del todo casi ya desfallecido,  
 Fijos en mí con jesto lastimero  
 Los ojos, y su luz oscurecida,

Diciéndome: **BATILO, YO ME MUERO;**  
 Y al quererme abrazar aun débilmente,  
 En mi boca lanzando el ay postrero,  
 ¡Oh dolor! ¡cuánto estabas diferente  
 De aquella que antes por tus gracias fuíste,  
 El milagro de amor mas reverente!

¡Oh, no me aflijas mas, memoria triste!  
 Deja, deja acabarme en mi amargura:  
 Yo iré presto, mi bien, do tú subiste.

Mi fe, mi firme fe te lo asegura:  
 No puedo ya vivir de ti apartado,  
 Que el ansia de te ver mi vida apura.

Entonces de temores sosegado,  
 En lazo ardiente, casto, verdadero,  
 Por siempre á ti me gozaré ayuntado.

¡Ay! ¿qué en la tierra, miserable, espero?  
 Muerte cruel, tan pronta con mi amada,  
 En mí ejecuta, ¡en mí tu golpe fiero!  
 Arráncame esta vida quebrantada:

Llévame con mi Filis al sosiego  
 De que el ánima está necesitada.

Muévante, ó cruda, mi infelice ruego,  
 La vida que aquí paso dolorosa,  
 Y el largo llanto con que el campo riego.

No pienses, no, mostrarte rigurosa,  
 Mi pecho hiriendo en ansias abismado,  
 Que antes serás en tu rigor piadosa;

Pues yo de alivio ya desesperado,  
 Ni curo tener cuenta con mi vida,  
 Ni un breve alivio á mi infeliz cuidado.

Mis lágrimas son siempre sin medida;  
 Y en los suspiros con que canso al cielo,  
 El alma se me arranca dolorida:

Ni para alimentarme hallo consuelo,  
 Ni es otra mi bebida que mi llanto,  
 Ni del sueño me alivia el vago vuelo;

Pues cuando al fin, rendido en mi  
 [quebranto,

Entre sus blandas alas me adormece,  
 Despavorido al punto me levanto:

Que mil sombras tristísimas me ofrece,  
 Tendiendo yo la mano arrebatado  
 Al bien que niebla vana desaparece.

Tal es de mi vivir el triste estado:  
 Huyendo en torva faz siempre las jentes,  
 Y de ellas por sin seso baldonado:

Solo en mis ovejillas inocentes  
 Compasion halla mi amoroso anhelo,  
 Si es que cabe en mis ansias incoherentes:

Ellas solas me siguen en mi duelo;  
 Y en torno rodeándome apiñadas,  
 Doblan con su balar mi desconsuelo.

Las que tuve á mi Filis destinadas,  
 Todas sin quedar una han fenecido:  
 ¡Ay corderas, cual ella desgraciadas!

A las otras el prado florecido  
 Jamás mueve á pacer, aunque acabando  
 Las miro con tristísimo halido.

Aquí las tiernas crias van quedando,  
 Las madres allí caen sin aliento,  
 Todas en cuanto mueren suspirando;

Mientras Melampo fiel su sentimiento  
 Me muestra lastimado en ronco aullido,  
 Los pies me lame, y me contempla atento:

O ya el camino corre conocido  
 Que á la majada de mi Filis guia;

Torna, se para, y cae sin sentido.

Su compasion enciende el alma mia:

¡Oh! fenezca esta vida desastrada,  
Que de ir á acompañarte me desvía.

¡Oh mi bien! ¡mis amores! ¡oh

[eclipsada

Lumbre de estos mis ojos! ¡mi consuelo!

¡Rosa en abril florido marchitada!

Llévame donde estás con presto vuelo:

Acabe, acabe mi mortal quebranto;

Y allá te abraze en el sereno cielo.

Pídeselo con ruego y tierno llanto

A aquel que inmóvil ve desde su altura

Mi firme amor y mi deseo santo.

Entónces sí que libre de amargura,

Mi alegre suerte con la tuya uniendo,

Gozaré el lleno bien que acá me apura.

Entónces sí que el alma, en ti viviendo,

Se adormirá feliz en paz gloriosa,

Sus finas ansias coronadas viendo;

Y con habla dulcísima y sabrosa,

Conversando contigo mano á mano,

Podrá llamarse sin temor dichosa.

¡Qué! ¿no te mueve mi dolor insano?

¿De tu Batilo, Filis, ya te olvidas?

¿Su voz desdeñas? ¿su clamar es vano?

¿Dó están las voluntades tan unidas?

¿Dó están?... Mas no se cuida allá en el cielo

De las cosas viviendo prometidas;

Y ya en paz alma, roto el mortal velo,

De un infeliz en su dolor perdido

Tú las ansias no ves ni el desconsuelo;

Mientras sobre tu losa aquí tendido

Yo besándola estoy sin apartarme,

Ni templar, ¡ay! el mísero jemido,

Hasta que mi dolor llegue á acabarme,

Y suba en vuelo alegre arrebatado

Donde pueda por siempre á tí juntarme,

Y gozar tu semblante regalado.

### EPITAFIO

DEL SEPULCRO DE FILIS.

La gracia, la virtud y la belleza,

La fe y el corazon mas inocente,

Y el milagro mas raro de terneza,

Que Amor hará sonar de jente en jente;

Yacen debajo de esta triste losa,

Do la sombra de Fili en paz reposa.

### SONETO

RENUNCIANDO A LA POESIA DESPUES DE  
LA MUERTE DE FILIS.

QUÉDATE á Dios pendiente de este pino,  
Sin defensa del tiempo á los rigores,  
Cítara en que canté de mis amores

Las gracias y el ingenio peregrino.

Guárdala, ó tronco, que honras el ca-  
[mino,

Por muestra de la fe de dos pastores,

Do puedan cortesanos amadores

Tomar lecciones de un amor divino.

Mientras la oyó viviendo mi señora,

Con cuerdas de oro resonar solía,

Y fieras crudas amansó su canto:

Ya que el alma feliz los cielos mora,

Y en esta tumba su ceniza fría,

Cesen los versos, y principie el llanto.

### ELEJIA III.

LA PARTIDA.

En fin voy á partir, bárbara amiga,

Voy á partir, y me abandono ciego

A tu imperiosa voluntad. Lo mandas;

Ni sé, ni puedo resistir: adoro

La mano que me hiere, y beso humilde

El dogal inhumano que me ahoga.

No temas ya las sombras que te asustan,

Las vanas sombras que te abulta el miedo,

Qual fantasmas horribles, á la clara

Luz de tu honor y tu virtud opuestas,

Que nacer solo hicieran... En mi labio

La queja bien no está: jima y suspire;

No á culpar tu rigor de los instantes

Del mas ardiente amor tal vez postreros.

Tú, de tí misma juez, mis ansias juzga:

Mi dolor justifica, á mí no es dado

Sino partir. ¡Oh Dios! ¡de mi inefable

Felicidad huir! ¡en mis oídos

No sonará su voz! ¡no las ternezas

De su ardiente pasión! ¡mis ojos tristes

No la verán, no buscarán los suyos,

Y en ellos su alegría y su ventura!

No sentiré su delicada mano

Dulcemente tal vez premiar la mía,

Yo estático de amor... ¡Bárbara! ¡injusta!

¿Qué pretendes hacer? ¿qué placer cabe

En aflijir al mismo á quien adoras?

¿Que te idolatra ciego? no, no es tuyo  
 Este exceso de horror: tu blando pecho,  
 De dulzura y piedad á par formado,  
 No inhumano bastara á concebirlo.  
 Tu amable boca, el órgano suave  
 De amor, que solo articular palabras  
 De alegría y consuelo antes supiera,  
 No lo alcanzó á mandar. Sí: te conozco:  
 Te justifico, y las congojas veo  
 De tu inocente corazón... Mi vida,  
 Mi esperanza, mi bien, ¡ah! vé el abismo  
 Do vamos á caer: que te fascinas;  
 Que no conoces el horrible trance  
 En que vas á quedar, que á mí me aguarda  
 Con tan amarga arrebatada ausencia.  
 No lo conoces deslumbrada: en vano  
 Tranquila ya, despavorida y sola  
 Me llamarás con doloridos ayes.  
 Habré partido yo; y el rechinado  
 Del eje, el grito del zagal, el bronco  
 Confuso son de las volantes ruedas,  
 A herir tu oído y aflijir tu pecho  
 De un tardío pesar irán agudos.  
 Yo entre tanto abatido, desolado,  
 A tu estancia feliz vueltos los ojos,  
 Mis ojos ciegos en su llanto ardiente,  
 Te diré á Dios; y besaré con ellos  
 Las dichosas paredes que te guardan,  
 Mis fenecidas glorias repasando  
 Y mis presentes invencibles males.  
 ¡Ay! ¿dó si un paso das, donde no en-  
 [cuentres  
 De nuestro tierno amor mil dulces mues-  
 [tras?  
 Entra aquí, corre allá, pasa á otra estan-  
 [cia:  
 Aquí, ellas te diran, se postró humilde  
 A tus piés, y la mano allí le diste:  
 Allá, loco en su ardor, corrió á tu en-  
 [cuentro;  
 Y allí le viste en lágrimas bañado,  
 En lágrimas de amor: con mil ternezas  
 Mas allá fino te ofreció su llama;  
 Y al cielo hizo testigo y los luceros  
 De su lazada eterna, indisoluble,  
 En la noche feliz... Sedlo, fuljentes  
 Antorchas del olimpo, y tú, callada  
 Luna, que atiendes mis sentidas quejas,  
 Y antes mi gloria y sus finezas viste:  
 Sedlo; y benignas en mi amarga suerte  
 Ved á mi amada, vedla, y recordadle

Su santo indisoluble juramento.  
 Vedla, y gozad de su donosa vista,  
 De las sencillas animadas gracias  
 De su semblante. ¡Oh Dios! yo afortunado  
 Las gozaba tambien: su voz oía,  
 Su voz encantadora, que elevada  
 Lleva el alma tras sí; su voz que sabe  
 Hacer dulce hasta el no, gratas las quejas.  
 ¡Oh qué de veces de sus tiernos labios  
 Me enajenó la plácida sonrisa,  
 Las vivas sales y hechiceras gracias!  
 ¡Oh qué de tardes, de agradables horas  
 De nuestra dicha hablando, instantes bre-  
 [ves  
 Se nos huyeran! ¡qué de ardientes votos!  
 ¡Qué de suspiros y esperanzas dulces  
 Crédulas nuestras almas concibieron,  
 Y el cielo hoy en su cólera condena!  
 ¡Qué proyectos formáramos...! Mi vida,  
 Mi delicia, mi amor, mi bien, señora,  
 Amiga, hermana, esposa, ¡oh si yo ha-  
 [llara  
 Otro nombre aun mas dulce! ¿qué preten-  
 [des?  
 ¿Sabes dó quieres despeñarte? espera,  
 Guarda pocos días; no me ahogues;  
 Despues yo mismo partiré: tú nada  
 Tendrás que hacer, ni que mandar: hu-  
 [milde  
 Correré á mi destierro y resignado.  
 Mas ora, ¡irme! ¡dejarte! Si me amas,  
 ¿Porqué me echas de ti, bárbara ami-  
 [ga?...  
 Ya lo veo; te canso: cuidadosa  
 Conmigo evitas el secreto; me huyes:  
 Sola te asustas, y de todo tiembles.  
 Tu lengua se tropieza balbuciente;  
 Y embarazada estás, cuando me miras.  
 Si yo te miro, desmayada tornas  
 La faz, y alguna lágrima... ¡oh martirio!  
 Yo me acuerdo de un tiempo en que tus  
 [ojos  
 Otros, ¡ay! otros eran: me buscaban;  
 Y en su mirar y regaladas burlas  
 Alentaban mis tímidos deseos.  
 ¿Te has olvidado de la selva hojosa,  
 Do huyendo veces tantas del bullicio,  
 En sus oscuras solitarias calles  
 Buscamos un asilo misterioso,  
 Do alentar libres de mordaz censura?  
 ¿Qué sitio no oyó allí nuestras ternezas?

¿No ardió con nuestra llama? al lugar  
 [corre  
 Do reposar solíamos, y escucha  
 Tu blando corazón: si él mis suspiros  
 Se atreve á condenar, dócil al punto  
 Cedo á tu imperio, y parto. Pero en vano  
 Te reconvento: yo te canso; acaba  
 De arrojar me de tí, cruel... Perdona,  
 Perdona á mi delirio: de rodillas  
 Tus piés abrazo, y tu piedad imploro.  
 ¡Yo acusar tu fineza!... ¡yo cansarte!  
 ¡A tí que me idolatras!... no: la pluma  
 Se deslizó; mis lágrimas lo borren.  
 ¡Oh Dios! yo la he ultrajado: esto restaba  
 A mi inmenso dolor. Mi bien, señora,  
 Dispon, ordena, manda: te obedezco:  
 Sé que me adoras; no lo dudo: humilde  
 Me resigno á tu arbitrio... El coche se oye:  
 Y del sonante látigo el chasquido,  
 El ronco estruendo, el retañir agudo  
 Viene á colmar la turbacion horrible  
 De mi ajitado corazón.... Se acerca  
 Veloz, y para: te obedezco, y parto.  
 A Dios, amada, á Dios.... el llanto acabe,  
 Que el débil pecho en su dolor se ahoga.

## ELEJIA IV.

## EL RETRATO.

¿Si es él, Amor? ¡qué trémula la mano  
 Rompe el último nema! me lo anuncia  
 Con zozobra feliz saltando el pecho.  
 No, no puedo dudarle: el importuno  
 Velo cayó: tu celestial imájen,  
 Tu suspirado don... mi amante boca  
 Con mil ardientes besos, mi llagado,  
 Mi triste corazón con mil suspiros,  
 Ambos á par lo adoren; y el tributo  
 Primero denle de mi tierno pecho.  
 ¡Milagro del pincel, amable copia  
 Del mas amable objeto! ciego torno  
 A besarte otra vez; ojos, gozadla;  
 Sáciate, corazón... no estás ausente:  
 Injenuoso su amor buscarte supo;  
 Supo templar de su cruel imperio  
 El áspero rigor, y fino hallarte.  
 De tu ternura celestial, ó amada,  
 O mitad de mi vida, tal milagro  
 De cariño esperaba mi deseo:  
 Llegó; y puedo contigo consolarme;

En mi inmenso penar jemir contigo \*  
 Y en tu seno lanzar la ardiente vena  
 De lágrimas que inunda mis mejillas  
 En tan mortal insoportable ausencia  
 Sí, amada, ya te tengo: ya en mi pecho  
 Fino te estrecharé: mis tristes ojos  
 Te ven, el fuego de los tuyos sienten;  
 Y mis manos te tocan, y mis labios  
 Pueden saciarse de oprimirte finos;  
 Y mis suspiros animarte; y toda  
 Inundarte en mis lágrimas ardientes.  
 Las sientes, ¿y no lloras? ¿á mis ayes  
 Dolientes, ¡ay! los tuyos no responden?  
 ¿Y á mis quejas y míseros gemidos?  
 A tí me vuelvo desolado, te hablo,  
 ¿Y muda está tu cariñosa lengua?  
 Clori, Clori, mi bien.... ¡Loco deseo!  
 Fantástica ilusión.... á sombras vanas,  
 A un mentido color prestar quería  
 La vida, el fuego, la expresion, las sales  
 Que al prototipo celestial animan.  
 ¡Oh cómo, cómo en este punto siento  
 De mi suerte el horror, el hondo abismo,  
 Do sepultado y sin consuelo lloro!  
 ¡Ausencia! ¡ausencia! arráncame la vida;  
 No de ilusión en ilusión me llesves:  
 Un breve plazo tus dolores templas;  
 Y tornas luego, y mas cruel divides  
 En partes mil mi lastimado pecho.  
 ¡Ay! un instante en mi ilusión creía,  
 Mirando absorto el celestial trasunto,  
 Que mis ternezas, mis sentidos ayes  
 Halagüeña escuchabas; que tus labios  
 Se desplegaban en amable risa;  
 Que al esplendor del animado fuego  
 En que tus ojos agraciados lucen,  
 La llama se alentaba de los míos;  
 Y que amor coloraba tus mejillas,  
 Dulce señuelo á mi sedienta boca;  
 O el elástico seno conturbaba  
 En grata ondulacion... Me precipito  
 Frenético en mi error... Clori, tu imájen  
 Helada me recibe: no, no siente  
 Así cual tú... el encanto lisonjero  
 Se desvanece; y á una sombra abrazo,  
 Muda y sin alma, y una sombra oprimo,  
 Y una sombra acaricio, y mil finezas  
 Loco le digo, y que responda anhele.  
 ¡Ay! eres tú, adorada, ¿y callas tibia?  
 ¿Y á mi llanto tus lágrimas no corren?  
 ¿Porqué insensible á mis cariños eres?

¿Y eres de nieve al fuego en que me abra-  
 [so?  
 ¿Porqué en los ojos la inquietud graciosa,  
 El vivaz sentimiento, la ternura,  
 El delicioso hechizo hallar no puedo,  
 Que en los tuyos de amores me embriá-  
 [gan?  
 Háblame, idolatrada, ó no me burles,  
 Cual si á abrir fueras cariñosa el labio:  
 O en su mirar donoso tus pupilas  
 Se animen, ó falaces no remedén  
 Otras, do Amor su trono soberano  
 Sentó, y se gozan las sencillas Gracias.  
 No tu nevado torneado cuello  
 Inmóvil yazca; vuélvase y recline  
 En mi seno amoroso esa cabeza  
 Que enhiesto apoya; y gózeme dichoso  
 Cual veces tantas en su dulce peso.  
 Sienta tu pecho: á la ternura se abra:  
 Abrase al blando amor, y arda y palpíte;  
 Y en plácida efusion al pecho mio  
 Haga correr el celestial encanto  
 De su anjélica llama, de los puros  
 Afectos mas que humanos que en sí abriga;  
 O el lácteo pecho de mi bien no mienta,  
 Do todo es suave amor, dulzura todo,  
 Sencillez tierna y cariñosas ansias,  
 Placer, trasportes, éstasis, delicias.  
 No la alba mano el abanico ajite  
 En juego inútil; ó mi dócil cuello  
 En torno ciña en lazo venturoso,  
 Indisoluble lazo en que añudara  
 Nuestras almas el cielo para siempre;  
 O cual un tiempo cariñosa oprima  
 Mi palpitante corazon, y sienta  
 El fuego asolador que le consume.  
 ¡Ah mano! ¡hermosa mano! el pincel  
 [rudo  
 Trasladar quiso en vano tus contornos,  
 Tu gracia, tu candor.... De mármol era,  
 Si viéndola el artista.... No, profano:  
 Mis labios solo tributarla deben,  
 En su delirio idólatras, el culto  
 Que le ha votado amor: tu nieve y rosa  
 La manchan, no la tocan: ¡ay! ¡qué digo!  
 La menor de sus partes ¿puede acaso  
 Remedar el pincel? débil el arte  
 ¿No cede á empresa tanta y se confunde?

¿Esas cejas sin alma? ¿es esa frente  
 La tuya, Clori mia? ¿son tus labios  
 Festivos, purpurantes, halagüenos,  
 Estos labios helados? ¿las mejillas  
 Son la leche y carmin en deliciosa  
 Mezcla deshechos, como tú los llevas  
 En tus llenas mejillas sonrosadas?  
 ¿Y tu seno y tu tez, y el suave agrado  
 De tu semblante, y la donosa gracia  
 De tus razones....? ¡qué violenta hoguera  
 Circula por mis venas.....! ¡qué suspiros  
 Se exhalan sin sentirlo de mi pecho!  
 ¡Cómo ajitado el corazon palpita!  
 Con frenética sed me precipito  
 Sobre tu imájen muda.... irresistible  
 La májica virtud de tu presencia  
 Me arrastra.... desfallecen mis rodillas....  
 Cubren mil sombras mis llorosos ojos....  
 Un ardor... un ardor... mi bien, mi gloria,  
 Clori, amor, vida, esposa, ¡oh si pudiese  
 Llegar á ti la conmocion que siento,  
 Y este torrente de delicias puras  
 En que sin seso en mi ilusion me inundo!  
 ¡Si á ti alcanzasen mis dolientes ansias,  
 Mis sollozos, mis ayes, los furores  
 De mi delirio infausto! ¡si escuchases  
 La inmensa copia de ternezas que hablo  
 A tu divina imájen....! Tus mejillas,  
 Y tu frente, y tus ojos, y tu boca,  
 Y cuello, y pecho, y toda tú abrasada  
 Al fuego de mis ayes encendidos,  
 Y en mi llanto inundada te hallarias....  
 ¿Por qué estos cultos á una imájen muda  
 Se habrán de tributar? Ven, ven, amada,  
 A recibirlos, ven en los trasportes  
 Del mas violento amor: no se profanen  
 En una helada inanimada sombra:  
 Ven luego, ven, y unámonos por siempre,  
 O á mí me deja en tus amantes brazos  
 Fino volar, y colma mi ventura.  
 Una palabra, una palabra sola....  
 Díla, y feliz recibirás los cultos  
 Que idólatra tributo á tu retrato.  
 Él entre tanto sobre el pecho mio  
 Será alivio á mis penas, compañero  
 De mi destierro, inapreciable joya  
 De tu firmeza; y suplirá, ¡ay! en vano  
 De su divino orijinal la ausencia.

## SILVAS.

## SILVA I.

## EL SUSPIRO.

FANY, Fany, ¿qué es esto? ¡tú suspiras!  
 Tú en quejidos dolientes  
 Tornas la voz graciosa,  
 Delicia de mi ser, gozo del suelo!  
 ¡Tú al cielo triste y desolada miras!  
 ¡Y consternada, mísera, llorosa,  
 En ayes mas ardientes  
 Te vuelves á angustiar! ¿La calma pura  
 De tu pecho dó está? ¿quién su ventura,  
 Su grato olvido, su quietud gloriosa  
 Pudo anublarlos? ¿quién...? Benigno el

[cielo

Nos rie, idolatrada,  
 Y en fausta union, dulcísima lazada,  
 Que apuremos Citéres las delicias  
 De su imperio nos da. Nuestra fineza,  
 Nuestro embeleso, y votos, y caricias,  
 ¿Pueden, Fany, crecer? ¿mas mi ter-

[neza

Ser puede? ¿mas la llama  
 Que mi fiel pecho, que tu pecho inflama?  
 ¡Y suspiras, mi bien! ¡oh, que no sabes  
 Cuánto al Amor desconocida ofendes!

¡Cuál con un ay me enciendes!  
 ¡Cuál me afliges cruel! cada suspiro  
 Loco me vuelve, el corazon me abrasa:  
 Cada mirada el alma me traspasa,  
 Y en cada ay tuyo fenecer me miro.  
 Sí, Fany, sí: que el aura deliciosa,  
 Afable, tierna, plácida, que un día  
 Entre aromas y néctares suaves,  
 Tu apasionado seno despedía,  
 Y mi boca tal vez robó dichosa;  
 Los suspiros ardientes,  
 Los gratísimos ayes que apenas  
 Tu lengua regalada,  
 En los trasportes del amor mas fino,

Sonaba herida de su ardor divino;  
 Hoy de las penas, de las ansias graves,  
 De las zozobras que en el alma sientes,  
 Son efecto infeliz... ¡Desventurado!  
 Ni aun ya dudarlo á mi dolor es dado.  
 Tus ojos, tu tristeza, tu caido  
 Semblante de llorar desfallecido,  
 Tu débil anhelar, ese quedarse  
 Cual muda estatua, y súbito inflamarse  
 Cual la grana mas viva,  
 Ese buscarme y evitarme esquivo;  
 Obstinada en callar, todo descubre  
 El mal agudo que tu pecho encubre,  
 Que sus ternezas ominoso impide,  
 Y en partes mil lidiando lo divide.

¿De dó empero estemal? ¿qué te desvela?  
 ¿Qué tiembla ya el honor, ni que rezela,  
 Cuando á la sombra de mordaz censura  
 El aura del Amor mas blanda aspira  
 A nuestra feliz llama,  
 La luz sucede á la tiniebla oscura,  
 Y el cielo eterno bien nos asegura?  
 ¿Merecerá tu ira

La fe constante que mi pecho inflama,  
 Y absorto en ti de todo me enajena?  
 ¿Te cansa ya la celestial cadena  
 Con que un tiempo se unieron  
 Nuestras dos almas, y felices fueron?  
 ¿Los dulces himnos que en ternura iguales  
 Con los del 't'eyo armónica mi lira  
 Modular sabe, pero Amor le inspira,  
 Y á los dioses te allegan inmortales?

¡Ay! no; perdon, amada,  
 Perdona al dolor mio  
 Blasfemia tal, tan ciego desvarío;  
 Y á tu alma torne la quietud robada.  
 No mas tu pecho dolorido jima;  
 No mas el mio oyéndolo se oprima;  
 No mas.... ¡Pero de nuevo,  
 Cuanto mas fino á consolarte pruebo,  
 Vuelves á suspirar solo al mirarme.....!



De una vez , cruda , acaba de matarme.  
 Mas deja en tanto al labio apasionado  
 Que tu suspiro celestial aliente:  
 Benigna deja que en el hondo seno  
 Lo ponga reverente,  
 De mil y mil que exhalo , acompañado.  
 ¡ Oh corazon de sus encantos lleno!  
 Recíbelo feliz , y en el glorioso  
 Trono do reina mi Fany querida,  
 Do afables dulces leyes le prescribe ,  
 Y á par tus votos sin cesar recibe ,  
 Ponlo ; y por siempre tu sin par fineza,  
 Tu lealtad y desvelo cariñoso ,  
 Tu ciego ardor , tu voluntad rendida ,  
 Tu pura fe , tu natural llaneza ,  
 Y cuanto haya en amor de mas divino ,  
 Ante él lo ofrece en holocausto digno ,  
 Y tú , calma , mi bien , tan cruda pena:  
 Ria en sus gracia tu beldad serena.  
 Alienta , alienta , y mi dolor no agraves ,  
 Alienta , y no la gloria  
 En que inundarme afortunado siento ,  
 Destruyas , ó el futuro sentimiento  
 Despiertes hoy alevé  
 En mi exaltada , mi vivaz memoria.  
 En las desdichas que amagarnos sabes ,  
 Deja este espacio breve ,  
 Déjalo , Fany , á mi fugaz ventura ;  
 Y goze yo sin nieblas tu hermosura.  
 Gózela fino ; á mi cariño deja  
 Crédule abandonar á los suaves  
 Inefables encantos ,  
 Con que el deseo lisonjero aleja  
 El fatal plazo de dolor y llantos ;  
 Y ardiente apure mi felice boca  
 El dulce cáliz que su sed provoca.  
 No en mi ilusion me aflijas ; que inhu-  
 [mana  
 Vendrá , ¡ ó dolor ! la ausencia ,  
 La ausencia , Fany , cuyo espectro odioso  
 Contino asusta nuestro amor dichoso ,  
 A ejecutar bien presto  
 Del hado en mí la bárbara sentencia ;  
 Y en sañudo ademan , torvo semblante ,  
 Con violencia tirana ,  
 Voz imperiosa y diestra menazante ,  
 Lejos de ti me arrastrará..... ¡ Funesto  
 Recuerdo ! ¡ trance horrible ! ¡ Fany mia ,  
 Que yo haya de partir ! ¡ que mi ventura ,  
 Tan dulce union , tan íntimos amores ,  
 Tan claro dia , tan divinas flores ,

Hayan de fenecer ! ¡ ay ! aquel dia ,  
 Dia de duelo , y luto y amargura ,  
 Tú llorarás tambien : con tus plegarias  
 Las raudas horas á mi bien contrarias  
 Anhelará parar : bárbaro impío  
 Al ciclo llamarás : del cuello mio  
 Queriendo en vano desatar tus brazos ,  
 Perdida huir mis últimos abrazos.  
 Y solitaria , misera , cuidadosa  
 Vagarás por tu estancia pavorosa ,  
 Con planta vacilante ,  
 Espíritu azorado y vista errante ,  
 Llamando en débil voz , en grito triste ,  
 Al que no ha nada á tus rodillas viste ,  
 Ciego en su amor , perdido , enajenado ,  
 La cabeza en tu seno reclinada ,  
 Cantar apasionado  
 Su eterna fe , tu llama regalada ;  
 Y entónces abismado , confundido ,  
 Mísero , desolado , sin sentido ,  
 Pedirá en vano , anhelará la muerte ,  
 Cual blando alivio á su infelice suerte.  
 Los ayes pues , el suspirar quejoso  
 Con que aflijes mi pecho ,  
 A otros suspiros y zozobras hecho  
 En los delirios de un amor dichoso ,  
 Déjalos , Fany , á la ominosa hora  
 Del á Dios triste , que á la par tenemos ;  
 Y hoy en delicias crédulos gozemos  
 Del fugaz rayo que aun los montes dora.

## SILVA II.

## FANY ENOJADA.

¿ SERA posible , idolatrado dueño ,  
 Que contra un inocente  
 Dure en ti siempre el implacable ceño ?  
 Mírote , y tiemblo : ardiente solicito  
 Tu gracia , y me baldonas inclemente.  
 Callo , y tu lado respetuoso evito ,  
 Y huyendo , injusta , á mi pesar te irritó.  
 Vuelvo , y te ajitas mas : ¡ en cuántas iras  
 Arden tus lindos ojos , si me miras !  
 ¿ Por qué tanto rigor , tan fiero encono ?  
 ¿ Por qué , Fany adorada ,  
 Tras ruegos tales desdeñarme airada ,  
 Con jesto tal y tan amargo tono ?  
 ¿ Me cesarás de amar ? ¿ los celestiales  
 Juramentos que hiciste ,  
 Los que á mi labio apasionado oíste ,

Si en fe mas puros, en delirio iguales,  
Se pueden quebrantar? ¿el dulce encanto  
De tus tiernas caricias  
Se acaba para mí? ¿serán mis males  
Con tu rigor eternos,  
Y eterno mi llorar tus injusticias?

Duélete, ó cruda, de mi amargo llanto:  
Duélete, y cariñosa

Vuelvan tus ojos á mirarme tiernos,  
Tu suave boca á articular donosa  
El idioma de amor; finos tus brazos  
Ciñan mi cuello en deliciosos lazos,  
Tu pecho celestial abraza al mio,  
Y acabe, acabe, ese rigor impío.

Acabe ya, que la implacable saña  
Ni al tierno Amor, ni á Cíprida conviene:  
Todo en el mundo sus mudanzas tiene;  
Y encono tanto á tu hermosura daña.

Te idolatro, y mis dudas  
Son nobles hijas del amor mas fino,  
De este amor puro, celestial, supremo,  
Que hará por siempre mi feliz destino;  
Y así perderte á cada punto temo.

Si tú, mi bien, amases  
Cual yo sin seso tu beldad adoro,  
Si tu pecho inclemente  
Sentir pudiera mi pasión ardiente,  
Y cual mísero peno, tú penases;  
La gracia licieras, que rendido imploro.

Benigna disculparas  
Mi enojo ciego, mi furor demente,  
Mi error celoso y las palabras rudas,  
Que á tu dulzura anjelical comparas:  
Y que en mi oído sin cesar sonando  
Flechas semejan rápidas, agudas,  
Que ímpia disparas á mi pecho triste:  
Y por mi llanto mi dolor juzgando,  
Por este llanto ciego

Con que hoy tus plantas dolorido riego,  
Y antes de gozo derramar me viste;  
En lugar de asperezas,  
Y ese tu ceño indómito, ominoso  
Que indigno anubla tu semblante hermo-

[so,

Solicita doblaras tus finezas  
Y amorosos consuelos,  
Feliz castigo en mis soñados zelos.

Pero tú, Fany fiera,  
Tú anhelas solo que en mis ansias muera:  
Y así en ellas te gozas de mirarme,  
Burlándote, cruel, de mi tormento,

Y yo infeliz sin fruto me lamento...  
Perdon, perdon, ó acaba de matarme.  
Si horripilante tormenta  
Cubre en tiniebla el día,  
La luz y la alegría  
Vuelve riente el sol.  
Mírete yo contenta,  
Caiga tu ceño oscuro,  
Y alentaré seguro  
Mi afortunado amor.

### SILVA III.

EL CUMPLEAÑOS DE FANY, HABIENDO DE  
DEJARLA DENTRO DE BREVES DIAS.

YA entre arreboles la risueña aurora  
Cielos y tierra de su albor colora:  
De nuevas flores se engalana el prado:  
Y el viento bulle en ámbar bañado.

Fany, amable Fany, en rauda vuelo  
Fausto nos vuelve el cielo  
De tu feliz natal el claro día.  
Las aves en acorde melodía  
Proclamándolo van... ¿Oyes, amada,  
Sus trinos armoniosos?

¿De tu nombre los vivos deliciosos?  
¡Tus años son; ó suerte afortunada!  
Tus años, de tu vida  
El oriente feliz. Fany querida,  
Loco de gozo, embebecido todo,  
Mi fina llama, mi sin par ternura,  
Por mas que encarecérte lo procura  
Mi cariñoso labio, no hallan modo  
Como este día celebrar: quisiera  
Que tu pecho inundar dado me fuera  
Del júbilo, mi bien, que inunda el mio,  
Y embriagarlo en su anjélico contento.

Tierno quisiera el fugitivo plazo  
Que el cielo, ó cara, me destina pio  
Al de tu vida unir, unir mi aliento;  
Y en delicioso indisoluble lazo  
Hacer que por entrambos tu aspirases,  
Y yo acabando, de mi ser gozases.

¡Entonces, ay! en mi delirio ardiente  
Reclinado en tu seno blandamente,  
¡Cuán alegre muriera,  
Y á vida mas feliz en ti naciera!

Fin tan delicioso,  
De ti acariciado,  
No, dueño adorado,

No fuera morir.  
Éstasi glorioso  
De dulces amores,  
Fuera en mil ardores  
Por siempre vivir.

Esta cadena misteriosa que une  
Nuestras almas amantes,  
Mas cada vez en su pasión constantes,  
Que de ambas con suavísima armonía  
En solo un punto el anhelar reúne,  
Y un solo pensamiento,  
Siempre á mi gusto tú, yo al tuyo atento,  
Su firme nudo aun mas estrecharía,  
Y un solo ser de nuestro ser haría.

Nuestros dos pechos sin jamás saciarse,  
Amaran siempre para mas amarse.  
Feliz sintiera cuanto tú gustaras:  
Con tus suaves afectos mi ternura  
Natural escitaras:  
Néctar fuera en mis labios tu dulzura:  
Despertaran mis llamas tus ardores:  
Tu timidez amable mis temores,  
Y venturoso fuera en tu ventura.

Unida á la planta  
Que fiel la sustenta,  
La yedra alimenta  
Su humilde raiz;  
Y ufana levanta  
Sus tiernos pimpollos  
Hasta los cogollos  
Del árbol feliz.

Yo dejara de ser; pero en la vida  
De mi Fany querida  
Tornara á florecer: ¡oh si me oyese  
El cielo, y luego mi querer cumplierse!  
¡Qué en vano, idolatrada, la aspereza  
De la suerte envidiosa  
Atribulara entónces mi fineza;  
Ni en medio mi delirio apasionado  
Me vieras siempre en dudas abismado!  
¡Qué en vano, ay triste! la memoria odio-

[sa

De tener que ausentándome dejarte,  
Y á un bárbaro opresor abandonararte,  
Atosigara mi doliente seno,  
Aun en tus brazos de zozobras lleno!  
¡Qué en vano en fin el ansia de perder-

[te,

Muy mas amarga que la misma muerte,  
Hoy á anublararme en mi gozar vendría,  
Ni el vuelo á mi esperanza cortaría!

¡Quién te arrancara  
Del lado mio,  
De tu albedrío  
Fiero opresor?  
¡Quién me privara  
De las delicias  
Que en tus caricias  
Me brinda Amor?

Un ser con tu ser hecho,  
Y en nudo celestial á ti ayuntado,  
Nudo de amor dulcísimo y estrecho,  
Tú aspiraras mi aliento apasionado:  
Yo inflamara tu anjélica ternura:  
Y embebecido, loco en mi ventura,  
Cuanto ansio ciego sin cesar gozando,  
Feliz mi llama se alentara amando;  
Y cuanto mas ardiera, mas gozara,  
Y gozando sin fin, sin fin ansiara;  
Ni nada, dulce bien, nada temiera.

Cuando ora acaso en la celeste esfera  
El sol no acabará su presto jiro,  
Y léjos de ti... ¡oh Dios...! perdon, ama-

[da:

Permite á mi dolor solo un suspiro;  
Y años mil te haga el cielo afortunada.

Sobre tu amable vida  
Plácido el tiempo jire:  
De la vejez retire  
Lejos de tí el horror.  
Siempre en niñez florida  
Brillar tus gracias veas:  
Siempre adorada seas,  
Siempre pagues mi amor.

## SILVA IV.

A LAS MUSAS.

PERDON, amables Musas: ya rendido  
Vuelvo á implorar vuestro favor; el fue-

[go

Gratas me dad con que cantaba un dia  
Las dulces ansias del amor mas ciego;  
O de la ninfa mia  
Las gratas burlas, el desden finjido,  
Y aquel huir para rendirse luego.  
El entusiasmo ardiente  
Dadme en que ya pintaba  
La florida beldad del fresco prado,  
La calma ya en que el ánimo embargaba  
El escuadron fuljente,

Que en la noche serena  
 El ancho cielo de diamantes llena,  
 Deslizándose en tanto fujitivas  
 Las horas, y la candida mañana  
 Sembrando el paso de arrebol y grana  
 A Febo luminoso.  
 ¡Ah Musas! ¡qué gozoso  
 Las canciones festivas  
 De las aves armónico siguiera,  
 Saludando su luz el labio mio!  
 Ora mirando el plateado rio  
 Sesgar ondisonante en la ladera;  
 Ora en la siesta ardiente  
 Bajo la sombra hojosa  
 De algun árbol altísimo copado.  
 Al raudal puro de risueña fuente,  
 Gozando en paz el soplo regalado  
 Del manso viento en las volubles ramas.  
 Ni allí loca ambicion en peligrosos,  
 Falaces sueños embriagó el deseo;  
 Ni sus voraces llamas  
 Sopló en el corazon el odio insano;  
 O en medio de desvelos congojosos  
 Insomne se azoró la vil codicia,  
 Cubriendo su oro con la yerta mano.  
 Miró el mas alto empleo  
 El alma sin envidia: los umbrales  
 Del magnate ignoró; y á la malicia  
 Jamás espuso su veraz franqueza.  
 De rústicos zagales  
 La inocente llaneza  
 Y sus sencillos juegos y alegría,  
 De cuidados exento  
 Venturoso gozó; y el alma mia  
 Entró á la parte en su hermanal conten-

[to.

La hermosa juventud me sonreía,  
 Y de fugaces flores  
 Ornaba entónces mis tranquilas sienas,  
 Mientras el ardiente Baco me brindaba  
 Con sus dulces favores;  
 Y de natura al maternal acento  
 El corazon sensible,  
 En calma honancible,  
 Y en comun gozo, y en comunes bienes,  
 De eterna bienandanza me saciaba.  
 ¡Días alegres, de esperanza henchidos,  
 De ventura inmortal! ¡amables juegos  
 De la niñez! ¡memoria,  
 Grata memoria de los dulces fuegos  
 De amor! ¿dónde sois idos?

Decidme, Musas, ¿quién ajó su gloria?  
 Huyó niñez con ignorado vuelo:  
 Y en el abismo lundió de lo pasado  
 El risueño placer. ¡Desventurado!  
 En ruego inútil importuno al cielo;  
 Y que torne le imploro  
 La amable inesperienza, la alegría,  
 El injenuo candor, la paz dichosa  
 Que ornaron, ¡ay! mi primavera hermosa;  
 Mas nada alcanzo con mi amargo lloro.  
 La edad, la triste edad del alma mia  
 Lanzó tan hechicera  
 Majia; y á mil cuidados  
 Me condenó por siempre en faz severa.  
 Crudo decreto de malignos hados  
 Dióme de Témis la inflexible vara;  
 Y que mi blando pecho  
 Los yerros castigara  
 Del delincuente, pero hermano mio,  
 Astrea me ordenó: mi alegre frente  
 De torvo ceño oscureció inclemente;  
 Y de lúgubres ropas me vistiera,  
 Yo mudo, mas deshecho  
 En llanto triste su decreto impió  
 Obedecí temblando;  
 Y subí al solio, y de la acerba diosa  
 Las leyes pronuncí con voz medrosa.  
 ¡Oh quién entónces el poder tuviera,  
 Musas, de resistir! ¡quién me volviese.  
 Mi oscura medianía,  
 El deleite, el reir, el ocio blando  
 Que imprudente perdí! ¡quién convirtie-

[se

Mi toga en un pellico, la armonía  
 Tornando á mi rabel con que sonaba  
 En las vegas de Otea (\*)  
 De mis floridos años los ardores,  
 Y de Arcadio la voz le acompañaba,  
 Bailando en torno alegres los pastores!  
 El que insano desea  
 El encumbrado puesto,  
 Goze en buen hora su esplendor funesto.  
 Yo viva humilde, oscuro,  
 De envidia vil, de adulacion seguro,  
 Entre el pellico y el honroso arado;  
 Y de fáciles bienes abastado,  
 En salud firme el cuerpo, sana el alma  
 De pasiones fatales,  
 Entre otros mis iguales,

(\*) Sitio ameno muy inmediato á Salamanca.

En reciproco amor, entre officiosos  
 Consuelos, feliz muera  
 En venturosa calma,  
 Mi honrada probidad dejando al suelo;  
 Sin que otro nombre en rótulos pomposo  
 Mi losa al tiempo guarde lisonjera.  
 Bero ¡ah Musas! que el cielo  
 Por siempre me cerró la florecida  
 Senda del bien, y á la cadena dura  
 De insoportable obligacion atando  
 Mi congojada vida,  
 Alguna vez llorando.  
 Puedo solo engañar mi desventura  
 Con vuestra voz y májicos encantos.  
 Alguna vez en el silencio amigo  
 De la noche callada,  
 Puedo en sentidos cantos  
 Adormir mi dolor; y al crudo cielo.  
 Hago de ellos testigo,  
 Y en las memorias de mis dichas velo,  
 Musas alguna vez: pues luego airada  
 Témis me increpa; y de pavor temblando  
 Callo, y su imperio irresistible sigo,  
 Su augusto trono en lágrimas bañando.  
 Musas, amables Musas, de mis penas  
 Benignas os doled: vuestra armonía  
 Temple el son de las hárbaras cadenas  
 Que arrastro miserable noche y dia.

## SILVA V.

AL CÉFIRO DURMIENDO CLÓRIS.

Bate las sueltas alas amorosas,  
 Cefirillo suave, silencioso;  
 No de mi Clori el sueño regalado  
 Ofensas importuno: al fresco prado  
 Tórnate y á las rosas,  
 Tórnate, cefirillo bullicioso;  
 Y de su cáliz goza y sus olores.  
 A mi Clori perdona, tus favores,  
 Tu lisonjero aliento le escasea;  
 Y huye lejos del labio adormecido.  
 No agravies, no, atrevido  
 Su reposo felice,  
 Que Amor quizá en su idea  
 Me retrata esta vez, quizá le ofrece  
 Mi fe pura y le dice:  
 Duélete, ó desdeñosa,  
 De tan fina pasion, y con su fuego  
 Su tímida modestia desvanece,

Tornándola sensible y cariñosa.  
 ¡Oh! ¡mi ventura no interrumpas ciego!  
 Yo no sé qué, latiéndome gozoso,  
 Me anuncia el corazon al contemplarla.  
 Déjame ser en sueños venturoso;  
 Y escapa lejos á jugar al prado,  
 O respetoso pósate á su lado.  
 Empero ya travieso por besarla  
 Una rosa doblaste,  
 Y vivaz en sus hojas te ocultaste.  
 De nuevo tornas, y la rosa inclinas;  
 Y con vuelo festivo,  
 Bullicioso y lascivo,  
 La meces y á su pecho te avecinas.  
 ¡Oh! ¡que mi ardor provocas  
 Cada vez que lo tocas!  
 ¡Oh! que tal vez ese cogollo esconde  
 Letal punzante espina, que su nieve  
 Hiera con golpe aleve!  
 Cesa, y benigno á mi rogar responde:  
 Cesa, céfiro manso,  
 Y siga Clori en plácido descanso.  
 Cesa; y á tu deseo  
 Corresponda tu ninfa agradecida  
 En fácil himeneo.  
 ¡Oh nuncio del verano deleitoso!  
 Tú que en móviles alas vagaroso,  
 De las flores galan, del prado vida,  
 Vas dulce susurrando,  
 Con delicado soplo derramando  
 Mil fragantes esencias, ¡ay! no toques  
 Esta vez á mi Clori: no provoques,  
 Cefirillo atrevido,  
 Con tu aroma su aliento:  
 Guarda, que Amor con ella se ha dormido.  
 ¡Mas ay! ¡con qué contento  
 Parece que se rie y que me llama!  
 Su boca se despliega,  
 Y su semblante celestial se inflama,  
 Como la rosa pura  
 Que bañada en aljófares florece,  
 Emulando del alba la hermosura.  
 Llega festivo, llega  
 A sus párpados bellos,  
 Y con ala traviesa cariñosa  
 Asentándote en ellos,  
 Apacible los mece,  
 Que otra vez rie y su alegría crece.  
 ¡Ay! ajítala, llega, y tan dichoso  
 Momento no perdamos, cefirillo;  
 Que Amor me llama, y su favor me envía.

Acorre, vuela, y tu fugaz soplillo  
Al logro ayude de la dicha mía.

## SILVA VI.

## LAS FLORES.

NACED, vistosas flores,  
Ornad el suelo que lloró desnudo  
So el cetro helado del invierno rudo,  
Con los vivos colorés  
En que matiza vuestro fresco seno  
Rica naturaleza.  
Ya rie mayo, y céfiro sereno  
Con deliciosos besos solicita  
Vuestra sin par belleza;  
Y el rudo broche á los capullos quita.  
Pareced, pareced, jó del verano  
Hijas y la alma Flora!  
Y al nacarado llanto de la aurora  
Abrid el cáliz virjinal: ya siento,  
Ya siento en vuestro aroma soberano,  
Divinas flores, empapado el viento;  
Y aspira la nariz y el pecho alienta  
Los ámbares que el prado les presenta  
Do quiera liberal. ¡Oh, qué infinita  
Profusion de colores  
La embebecida vista solicita!  
¡Qué majia! ¡qué primores  
De subido matiz, que anhela en vano  
Al lienzo trasladar pincel liviano!  
Con el arte natura  
A formaros en una concurrieron,  
Galanas flores, y á la par os dieron  
Sus gracias y hermosura.  
¡Mas ah! que acaso un día  
Acaba tan pomposa lozanía,  
Imájen cierta de la suerte humana.  
Empero mas dichosas,  
Si os roba, flores, el ferviente estío,  
Mayo os levanta del sepulcro umbrío;  
Y á brillar otra vez naceis hermosas.  
Así, ó jazmin, tu nieve  
Ya á lucir torna, aunque en espacio breve,  
Entre el verde agradable de tus ramas,  
Y con tu olor subido  
Parece que amoroso,  
A las zagalas que te corten clamas,  
Para enlazar sus sienas venturoso.  
Mientras el clavel en púrpura teñido  
En el flexible vástago se mece;

Y officioso desvelo á la belleza,  
A Flora y al Amor un trono ofrece  
En su globo encendido,  
Hasta que trasladado  
A algun pecho nevado,  
Mustio sobre él desmaya la cabeza,  
Y el cerco encoje de su pompa hojosa.  
Y la humilde violeta, vergonzosa,  
Por los valles perdida,  
Su modesta beldad cela encojida;  
Mas el ámbar fragante  
Que le roba fugaz mil vueltas dando  
El aura susurrante,  
En él sus vagas alas empapando,  
Descubre fiel do esconde su belleza.  
Orgullosa levanta la cabeza,  
Y la vista arrebata  
Entré el vulgo de flores olorosas  
El tulipan, honor de los verjeles;  
Y en galas emulando á los claveles,  
Con fajas mil vistosas,  
De su viva escarlata  
Recama la riquísima librea.  
Pero ¡ah! que en mano avara le escasea.  
Cruda Flora su incienso delicioso;  
Y solo así á la vista luce hermoso.  
No tú, azucena virjinal, vestida  
Del manto de inocencia en nieve pura,  
Y el cáliz de oro fino recamado:  
No tú, que en el aroma mas preciado  
Bañando afortunada tu hermosura,  
A par los ojos y el sentido encantas.  
De los toques mecida  
De mil lindos Amores,  
Que vivaces codician tus favores,  
¡Oh cómo entre sus brazos te levantas!  
¡Cómo brilla del sol al rayo ardiente  
Tu corona esplendente!  
¡Y cuál en torno cariñosas vuelan  
Cien mariposas, y en besarte anhelan!  
Tuyo, tuyo sería,  
¡Oh azucena! el imperio sin la rosa,  
De Flora honor, delicia del verano:  
Que en fugaz plazo de belleza breve  
Su cáliz abre al apuntar el día,  
Y en púrpura bañada, el soberano  
Cerco levanta de la frente hermosa:  
Su aljófár nacarado el alba llueve  
En su seno divino:  
Febo la enciende con benigna llama,  
Y le dió Citerea

Su sangre celestial , cuando aflijida  
 Del bello Adónis la espirante vida ,  
 Que en débil voz la llama ,  
 Quiso acorrer : y del fatal espino  
 Ofendida , ¡oh dolor ! la planta bella,  
 De púrpura tiñó la infeliz huella.  
 Codíciala Cupido  
 Entre las flores por la mas preciada ;  
 Y la nupcial guirnalda que ciñera  
 A su Psíquis amada ,  
 De rosas fué de su pensil de Gnido ;  
 Y el tálamo feliz tambien de rosa ,  
 Donde triunfó y gozó , cuando abrasado  
 En su llama dichosa ,  
 Tierno exclamó en sus brazos desmayado:  
 ¡ Hoy , bella Psíquis , por la vez primera  
 Siento que el dios de las delicias era !  
 ¡ Oh reina de las flores!  
 ¡ Gloria del mayo ! ¡ venturoso fruto  
 Del llanto de la aurora !  
 ¡ Salve , rosa divina !  
 Salve ; y vé , llega á mi gentil pastora  
 A rendirle el tributo  
 De tus suaves olores ;  
 Y humilde á su beldad la frente inclina.  
 ¡ Salve , divina rosa ,  
 Salve ; y deja que viéndote en su pecho  
 Morar ufana , y por su nieve pura  
 Tus frescas hojas derramar segura ;  
 Loco envidie tu suerte venturosa ,  
 Y anhele en ti trocado ,  
 Sobre él morir en ámbar deshecho ;  
 Me aspirará su labio regalado.

## SILVA VII.

## EL SUEÑO.

¿ Por qué en tanta alegría  
 Se inunda mi semblante ,  
 Y enajenado el ánimo se goza ,  
 Curiosa me demandas , Fili mia !  
 Hállote , y al instante  
 Mi corazón palpita y se alborozza ;  
 Y río , si te miro ,  
 Y no de pena , de placer suspiro.  
 Un sueño , un sueño solo mi contento  
 Causa , Fili adorada ;  
 Oyelo , y goza el júbilo que siento.  
 En la fresca enramada  
 Cual solemos triscando ,

Y riendo y burlando ,  
 Soñé feliz que estábamos un día :  
 De lindas flores á tu sien tejía  
 Y amáracos olorosos  
 Yo una guirnalda bella :  
 Mas tú , cuando oficioso  
 Ceñírtela intenté , me la robaste ;  
 Y una cinta con ella  
 Flexible haciendo , blandamente ataste  
 Mis dos manos. Estrecha , Fili , estrecha ;  
 Dije , el nudo primero ;  
 Y otro y otro tras él y otro me echó ,  
 Que á gloria tengo el ser tu prisionero.  
 Luego viendo una rosa  
 En medio el valle descollar hermosa  
 Sobre todas las flores ,  
 De los besos del céfiro halagada ,  
 A cortarla corrí. ¡ Flor venturosa ,  
 Le dije , el lácteo seno de mi amada  
 De tu frescura goza y tus olores !  
 Y en él la puse lleno de ternura.  
 Mi rosa pareció mas encendida ,  
 Y su nieve mas pura  
 Contrapuesta á la púrpura subida.  
 Tú al punto la tomaste ,  
 Y no sin vanidad , ¡ ay ! la llegaste  
 Al carmin vivo de tus labios bellos ;  
 Y besándola , de ellos  
 A los míos riendo la pasaras.  
 El alma toda apenas los tocaras ,  
 El alma toda á recojer tu beso ,  
 Sobre la rosa se lanzó anhelante ;  
 Y por uno , sin seso  
 Su tierno cáliz te torné abrasado  
 Con mil y mil en mi pasión amante.  
 En tales burlas por el fresco prado  
 Vagando alegres fuimos ,  
 Cantando mil tonadas ,  
 O remedando en voces acordadas  
 Ya el trino delicado á los jilgueros ,  
 Ya el plácido balar de los corderos ;  
 Cuando á Lícidas vimos  
 Que á nosotros venía  
 Cual suele en torva faz , osco y zeloso.  
 De súbito nublóse tu alegría ,  
 Bien como flor cortada ,  
 Cuya mustia beldad cae desmayada ,  
 Y con labio medroso  
 Huyamos , me dijiste :  
 ¿ Zagal tan necio y tan odioso viste ?  
 Yo te idolatro ; y quiere

Que oiga su amor y alivie su cuidado ;  
 Y así me sigue cual si sombra fuera.  
 ¡ Ay zagal! aquí estás: en vano espera ;—  
 Y fiel mi mano al corazón llevaste:  
 Sobre él la puse, y fino palpítaba:  
 Y el mío de placer mil vuelcos daba.  
 Así en trisca inocente  
 Sin sentirlo llegamos á la fuente,  
 Que en torno enramamos el álamo pomposo.  
 Aquí evitemos la abrasada siesta,  
 Dijiste, pues á plácido reposo  
 Su sombra brinda, y brinda la floresta;  
 Y te asentaste en la mullida grama.  
 Yo cariñoso me senté á tu lado;  
 Y en torno se derrama  
 Con el tuyo paciéndonos mi ganado  
 Por la fresca pradera.  
 El albo vellocino á la cordera,  
 Que en grato don por el rabel me diste,  
 A rizar oficiosa te pusiste,  
 Y yo en tanto escribía  
 Tu nombre venturoso  
 En la lisa corteza ;  
 Y así apenado al álamo decía:  
 Crece, tronco dichoso,  
 Crece, y el nombre de mi Fili amada  
 Crezca á la par contigo,  
 Y á par también su amor y su firmeza ;  
 Y sé á los cielos de mí fe testigo.  
 De hoy mas por los pastores  
 Se escogerá tu sombra regalada,  
 Cuando traten en pláticas de amores,  
 O al viento envíen sus dolientes quejas.  
 Sus inocentes danzas  
 Tendrán en ti las lindas zagalejas ;  
 Y anidarán los dulces ruiseñores:  
 Ni sufrirás del tiempo las mudanzas  
 De tus sonantes hojas despojado,  
 Ya con su nombre á Fili consagrado.  
 Tú, que fina escuchaste  
 Mi apasionado ruego,  
 Cariñosa tomaste  
 La aguda punta, y escribiste luego  
 Tras FILI, DE DAMON; y por adorno  
 De mirto una lazada  
 Que los dos nombres estrechaba en torno,  
 Y tierna me miraste: ¡ oh qué mirada!  
 De ella alentado, mis felices brazos  
 A tu cuello de nieve  
 Lanzándose amorosos..... Un ruido  
 Suená á la espalda, y la enramada mueve.

Tú esquivas evitas los ardientes lazos:  
 Yo miro airado; y Lícida escondido  
 Torvo acechaba nuestra dulce llama:  
 Su odiosa vista en cólera me inflama:  
 Detiéneme tu brazo cariñoso:  
 Lícidas huye con fugaz carrera:  
 Despierto; y en mi sueño venturoso  
 Fué FILI DE DAMÓN tu voz postrera.

## SILVA VIII.

## LOS RECUERDOS TRISTES.

¡ Ah Clori! se anublaron  
 Los días del placer: nuestra ventura  
 Pasó, pasó dejando en la memoria  
 Solo tristes recuerdos y amargura.  
 Sombra fugaz volaron  
 Las horas fujitivas de mi gloria,  
 Muy mas que el ave que ni rastro deja,  
 Cuando hasta el cielo rápida se aleja.  
 Vuelvo atrás; y el deseo  
 Engañador te finje cual un día  
 Nos viera Amor, de sus ardientes flechas  
 Nuestras dos almas, para en uno hechas,  
 Gozándose llagadas, retirados  
 Del comercio importuno,  
 Y á su imperio feliz abandonados:  
 Ya en la alameda hojosa en el recreo  
 De un paseo inocente,  
 Ya en tu albergue glorioso, do ninguno,  
 Triste censor de nuestras ansias puras,  
 Ni tus palabras májicas oía,  
 Ni de mi loca lengua las ternuras,  
 Ni los suspiros de mi amor ferviente.  
 Solo el cielo nos viera,  
 Y sus puras antorchas rutilantes,  
 Y al cielo enajenado yo pedía,  
 Que en sus claras mansiones  
 Mis votos y tus votos recibiera;  
 Y en mis brazos amantes,  
 Mas fino, y tú mas tierna, te estrechaba;  
 Y así testigos mi delirio hacía  
 De mi inmensa ventura  
 Ya la lumbre de amor, ya los triones,  
 Mientras ardía y gozaba,  
 Y tornaba á gozar, y mas ardía.  
 ¿ Te acuerdas, adorada, la ternura  
 Con que anublando ya la imájen triste  
 De mi ausencia el placer, tú me dijiste:  
 ¡ Oh importuno! olvidemos



Momento tan fatal : ora gozemos ,  
 ¿Gozemos otra vez? ¡ Ah! ¿qué se hiciera  
 De aquella noche , en que el desden ren-

[dido,

Prorumpiste llorando: eres querido ;  
 Tuya soy , tuya ? ¡ O noche! si olvidarme  
 De ti puedo , mi pecho al gozo muera :  
 Clori deje de amarme .

Divididos apenas

Del blondo estío en los ardientes dias ,  
 Si el momentáneo trance se llegaba  
 De alejarme de ti , ¡ cuál te aflijas!  
 ¡ Cómo yo me apartaba ! ¡ ay horas llenas ,  
 Horas llenas de gloria y de ventura !  
 ¡ Horas que en vano detener procura  
 Mi insano amor ! ¿ dó estáis ? ¿ ó qué se

ha hecho

De aquel hallarme á su adorable lado ,  
 Y á sus plantas postrado ,  
 En ansias mil deshecho ?

Ya embriagado el oído

En su voz celestial , que el alma eleva ,  
 Y do le agrada estática la lleva :

Ya ciego , arrebatado , sin sentido

A los rayos lumbrosos

De sus ojuelos , vivos , cariñosos :

Ya plácido gozando la alegría

De su amable semblante ,

Do reina sencillez y cortesía ,

Y anjélica inocencia : el albo seno ,

De honestidad y de ternura lleno ,

Bajo la sutil gasa palpitante ,

Mientras furtivo mi mirar seguía

Su movimiento blando ,

Mi fiel imájen dentro contemplando ,

Clori , esta imájen indeleble sea ,

A pesar de la suerte

Que agostará nuestro florido suelo .

Idólatra en tu fe , constante vea

Arder hasta la muerte

La fiel llama que en ti me envidia el cielo .

O si débil acaso.....Clori mía ,

Sin que dejes de amarme ,

En tus brazos iluso en mi alegría ,

Hoy acabe , si un dia has de olvidarme .

## SILVA IX.

## EL LECHO DE FÍLIS.

¿Dó me conduce Amor? ¡ dó inadver-

[tido,

En soñadas venturas embebido

Llegué con planta osada ?

Esta es la alcoba de mi Fili amada .

Aquel su lecho , aquel : allí reposa :

Allí su cuerpo delicado , hermoso

En blanda paz se entrega

Al sueño mas süave: esta dichosa

Holanda la recibe: llega , llega

Con paso respetuoso ,

¡ Oh deseo feliz ! llega , y suspira

Sobre el lecho de Fili ; y silencioso ,

Si en él descansa , al punto te retira .

Retírate : no acaso á despertarla

En tu ardor impaciente

Te atrevas por tu mal : huye prudente ,

Huye de riesgo tal , ni á mirarla

Pararte quieras por estar dormida ,

Que aun corre riesgo , si la ves , tu vida :

Pero solo está el lecho : ¡ afortunado

Lecho , salve mil veces ,

Pues que gozar mereces

De su esquivia beldad ! ¡ salve , nevado

Lecho ; y consiente que mi fina boca

La holandá estreche , que felice toca

Los miembros bellos de mi Fili amada !

Su deliciosa huella señalada

En ti , lecho felice ;

Aquí posó dormida

La rubia frente , á mi deseo dice :

Allí tendió hácia mí su brazo hermoso ,

Del delirio de un sueño conmovida ;

Y aquí asentó su seno delicioso .

¡ Oh salve veces mil , y el atrevido

Tiempo no te consuma ,

Dichoso lecho , del Amor mullido !

Siempre entorno de ti las Gracias vuelen :

Los sueños lisonjeros ,

Cuando mi Fili tu süave pluma

Busque , sobre ella cariñosos vuelen :

En sus alas los céfiros lijeros

Todo el ámbar le ofrezcan de las flores ;

Y mi forma tomando ,

El placer en su seno mil ardores ,

Gozos mil mueva , su desden domando .

¡ Salve , lecho feliz , que solo sabes

Misterios tan suaves !

Tú , si su seno cándido palpita ,

Le sientes palpar : tú , si se queja ,

Tú , si el placer la ajita ,

Y embriagada le deja

Finjirse mil venturas ,

Todo lo entiendes, lecho regalado,  
 Todo lo entiendes con envidia mía.  
 Sus ansias inefables, sus ternuras,  
 Sus gozos, sus desvelos,  
 Su tímida modestia, sus recelos  
 En el silencio de la noche amado  
 Patentes á ti solo, con el dia  
 Para mí desaparecen,  
 Y cual la niebla al sol se desvanecen.  
 ¡ Oh lecho, feliz lecho, cuál suspiro  
 Cuando tu suerte y mis zozobras miro!  
 Si en ti el reposo habita,  
 ¿ De dó, lecho feliz, viene la llama  
 Que en delicias me inflama?  
 ¿ La grata turbacion que el pecho ajita?  
 ¡ Ah lecho afortunado!  
 Tú de mi bien en tu quietud recibes  
 El llanto aljofarado,  
 Si lastimada llora, tú percibes,  
 Tú solo en sus amores confidente,  
 Su delicada voz. ¿ Mis ansias sienten?  
 ¿ Se angustia como yo? ¿ teme? ¿ rezela?  
 ¿ Duda, si en verla tardo, y se desvela?  
 ¡ Ay! tú lo sabes: dímelo te ruego,  
 Y temple de una vez mi temor ciego:  
 Témplo, dulce lecho..... Así decia  
 El ardiente Damon, sin que pensase  
 Que Filis le atendia  
 A otra parte del lecho retirada.  
 La bella zagaleja lastimada  
 De que tanto penase,  
 Salió presta de donde se escondia.  
 Damon se turba, y Filis cariñosa  
 Se rie dulcemente y le asegura;  
 Mudando la serrana desdeñosa  
 Su rigor desde entónces en blandura.

## SILVA X.

## MI VUELTA AL CAMPO.

YA vuelvo á ti, pacífico retiro:  
 Altas colinas, valle silencioso,  
 Término á mis deseos,  
 Faustos me recibid: dadme el reposo  
 Por que en vano suspiro  
 Entre el tumulto y tristes devaneos  
 De la corte engañosa.  
 Con vuestra sombra amiga  
 Mi inocencia cubrid, y en paz dichosa  
 Dadme esperar el golpe doloroso

De la parca enemiga,  
 Que lento alcance á mi vejez cansada,  
 Cual de otoño templado  
 En deleitosa tarde, desmayada  
 Huye su luz del cárdeno occidente  
 El rubio sol con paso sosegado.  
 ¡ Oh cómo, vegas plácidas, ya siente  
 Vuestro influjo feliz el alma mia!  
 Os tengo, os gozaré; con libre planta  
 Discurriré por vos: veré la aurora,  
 Bañada en perlas que riendo llora,  
 Purpúrea abrir la puerta al nuevo dia,  
 Su dudoso esplendor vago esmaltando  
 Del monte que á las nubes se adelanta,  
 La opuesta negra cumbre:  
 Del sol naciente la benigna lumbre  
 Veré alentar, vivificar el suelo,  
 Que en nublosos vapores  
 Adormeciera de la noche el hielo:  
 Del aura matinal el soplo blando,  
 De vida henchido y olorosas flores,  
 Aspiraré gozoso:  
 El himno de alborada bullicioso  
 Oiré á las sueltas aves,  
 Estático en sus cánticos süaves;  
 Y mi vista encantada,  
 Libre vagando en inquietud curiosas  
 Por la inmensa llanada,  
 Aquí verá los fértiles sembrados  
 Ceder en ondas fáciles al viento,  
 De sus plácidas alas regalados:  
 Sobre la esteva honrada  
 Allí cantar al arador contento  
 En la esperanza de la miea futura:  
 Alegre en su inocencia y su ventura  
 Mas allá un pastorcillo  
 Lento guiar sus cándidas corderas  
 A las frescas praderas,  
 Tañendo el concertado caramillo:  
 Y el rio ondisonante,  
 Entre copados árboles torciendo,  
 Engañar en su fuga circulante  
 Los ojos que sus pasos van siguiendo,  
 Lento aquí sobre un lecho de verdura,  
 Allí celando su corriente pura;  
 Cerrando el horizonte  
 El bosque impenetrable y arduo monte.  
 ¡ Oh vida! ¡ oh bienhadada  
 Situacion! ¡ oh mortales  
 Desdeñados y oscuros! ¡ oh ignorada

Felicidad, alivio de mis males !  
¡ Cuándo por siempre en vuestro dulce  
[abrigo  
Los graves hierros que ahrojada siente,  
El alma romperá! ¡cuándo el amigo  
De la naturaleza  
Fijará en medio de ella su morada,  
Para admirar contino su belleza,  
Y celebrarla en su entusiasmo ardiente!  
Otros gustos entonces, otros cuidados  
Mas gratos llenarán mis faustos dias:  
De mis rústicas manos cultivados  
Los campos que labraron mis abuelos,  
Las esperanzas mías  
Colmarán y mis pródigos desvelos:  
Mi huerta abandonada,  
Que apenas ora del colono siente  
En su seno la azada,  
De hortaliza sabrosa  
Verá poblar sus niveladas eras:  
Mi mano diligente  
Apoyará oficiosas  
Ya el vástago á la vid , ya la caída  
Rama al frutal, que al paladar convida  
Doblada al peso de doradas peras:  
Veráme mi ganado  
A su salud, á su custodia atento,  
Solicito contarle cuando lento  
Torna al redil de su pacer sabroso :  
O en ocio afortunado,  
Mientras su ardiente faz el sol inclina,  
Solitario filósofo el umbroso  
Bosque en la mano un libro discurrendo  
Llenar mi pecho de tu luz divina,  
Anjélica verdad, las celestiales  
Sagradas voces respetoso oyendo,  
Que en himnos inmortales,  
En medio de las selvas silenciosas  
Do segura reposas,  
Al sencillo mortal para consuelo  
Tal vez dictaste del lloroso suelo.  
De las aves el trino melodioso  
Allí mi dulce voz despertaría ;  
Y armónica á las suyas se uniría  
Cantando solo el campo y mi ventura :  
Allí del campo hablara  
Con el pobre colono ; y en las penas  
De su estado afanoso  
Con blandas voces de consuelo llenas,  
Humano le alentara :  
O bien sentado á la corriente pura ,

Viva , fresca esplendente ,  
Del plácido arroyuelo, bullicioso ,  
Que entre guijuelas huye fujitivo ,  
Si del vicio tal vez la imájen fiera ,  
Mi memoria aflijera ,  
El ánimo doliente  
Se conhortara en su dolor esquivo ;  
Y en sus rápidas linfas contemplando  
De la vida fugaz el presto vuelo ,  
Calmara el triste anhelo  
De la loca ambicion y ciego mando.  
Imájen , ¡oh arroyuelo !  
Del tiempo volador y de la nada  
De vuestras mundanales alegrías ,  
Una de otra apremiada ,  
Tus ondas al nacer se desvanecen ;  
Y en raudo curso en el vecino rio  
Tu nombre y tus cristales desaparecen.  
Así se abisman nuestros breves dias  
En la noche del tiempo : así la gloria ,  
El alto poderío ,  
La ominosa riqueza ,  
Y lumbre de belleza ,  
Do ciega corre juventud liviana ,  
Pasan cual sombra vana ,  
Solo dolor dejando en la memoria.  
¡Oh cuántas veces mi azorada mente  
En tu márgen florida ,  
Contemplando tu rápida corriente ,  
Eloró el destino de mi frágil vida !  
¡Cuántas en paz sabrosa  
Interrumpí tu plácido rüido  
Con mi voz , ¡oh arroyuelo ! dolorosa ,  
Y en dulces pensamientos embebido ,  
A tu corriente pura  
Las lágrimas mezclé de mi ternura !  
¡Cuántas, cuántas me viste  
Querer de ti apenado separarme ;  
Y moviendo la planta perezosa ,  
Cien veces revolver la vista triste  
Hácia ti al alejarme ,  
Oyendo tu murmullo regalado ,  
Y exclamar conmovido  
Con balbuciente acento :  
¡Aquí moran la dicha y el contento!  
¡Oh campo! ¡oh soledad! ¡oh grato olvido!  
¡Oh libertad feliz! ¡oh afortunado  
El que por ti de lejos no suspira ;  
Mas trocando tu plácida llaneza  
Por la odiosa grandeza ,  
Por siempre á tu sagrado se retira !

¡Afortunado el que en humilde choza  
Mora en los campos, en seguir se goza  
Los rústicos trabajos, compañeros

De virtud é inocencia ;  
Y salvar logra con feliz prudencia  
Del mar su barca y huracanes fieros !

## ÉGLOGAS.

### EGLOGA I.

BATILO (\*).

BATILO, ARCADIO, POETA.

BATILO.

PACED, mansas ovejas,  
La yerba aljofarada,  
Que el nuevo día con su lumbre dora,  
Mientras en blandas quejas  
Le cantan la alborada  
Las parlerillas aves á la aurora.  
La cabra trepadora  
Ya suelta se encarama  
Por la áspera ladera:  
De esta alegre pradera  
Paced vosotras la menuda grama;  
Paced, ovejas mías,  
Pues de abril tornan los felices días.  
Corónase la tierra  
De verdor y hermosura,  
Y aparecen de nuevo ya las flores:  
Líquida de la sierra  
Corre la nieve pura,  
Y vuelven á sus juegos los pastores.  
Todo el campo es amores;  
Retañan los tomillos;  
Las bien mullidas camas  
Componen en las ramas  
A sus hembras los dulces pajarillos;

(\*) Esta égloga en alabanza de la vida del campo fué premiada por la real Academia española en junta que celebró en 18 de marzo de 1780.

Y el arroyuelo esmalta  
De plata el valle, do sonando salta  
Así cual es sabroso  
Después de noche triste  
El rocío del alba al mustio prado;  
O cual tras enojoso  
Invierno el mundo viste  
De gala el sol, gozándose el ganado;  
Así cual al cansado  
Pastor que tras hambriento  
Lobo corrió, es la fuente;  
Tras el marzo inementemente,  
Tal es á mí del céfiro el aliento:  
Y cual á abeja rosa,  
Del campo así la vida deliciosa.  
Apenas ha nacido  
El día en los oteros,  
De arreboles el cielo matizando,  
Por el alegre ejido  
Saco ya mis corderos,  
Y alegres los cabritos van saltando.  
Mientras el sol se va alzando,  
Mil zelosas porfías  
A la sombra en reposo  
Separo, si zeloso  
Mi manso está por las corderas mías;  
Y si la noche viene,  
El estrellado cielo me entretiene.  
Mas por aquella loma  
Con sosegada planta,  
Al viento dando el pastoril acento,  
El dulce Arcadio asoma:  
Su armoniosa garganta  
¡Cuán acordada sigue al instrumento!  
Tambien canta contento

De la estacion florida.  
 Para en torno seguirle,  
 Corro de cerca á oírle:  
 Algo acaso dirá de mi querida;  
 O la nueva tonada  
 Que Tirsi canta á su Licori amada.

## ARCADIO.

¿Quién viendo la hermosura.  
 De esta tendida vega,  
 Y el brillo y resplandores del rocío,  
 Los hincos, la soltura  
 Con que el ganado juega,  
 Y el soto lejos, plácido y sombrío,  
 El noble señorío  
 Con que el claro sol nace,  
 Las nieblas recojerse,  
 En ondas mil la yerba estremecerse,  
 Y los hilos de luz que el aire hace;  
 Tierno latirle el seno  
 No siente, y de placer su ánimo lleno?

Do quiera es primavera,  
 Que abril vertiendo viene  
 Nuevas galas y espíritu oloroso:  
 La novilla do quiera  
 Sobrado el pasto tiene  
 En tierna yerba de pacer sabroso.  
 El pastor en reposo,  
 Ya libre sus tonadas.  
 Puede cantar tendido,  
 Viendo su hato querido.  
 Lento buscar las sombras regaladas,  
 Y pueden las pastoras  
 Bailar alegres las ociosas horas.

No á mi gusto sea dado  
 Riquezas enojosas,  
 Ni el oro que cuidados da sin cuento:  
 No el ir embarazado  
 Entre galas pomposas,  
 Ni corriendo vencer al raudó viento;  
 Mas sí cantar contento,  
 Sentado á par mi Elisa  
 Viendo desde esta altura  
 Del valle la verdura,  
 Y de mi dulce bien la dulce risa,  
 Y mis vacas pastando,  
 Y el manso río entre árboles vagando.

Pero aquel que allí veo  
 Que por el prado viene,  
 ¿No es Batilo el zagal? Tan de mañana:

¡Cuán bien á mi deseo  
 La suerte lo previene!  
 Guarde el cielo, pastor, tu edad lozana.

## BATILO.

La gracia sobrehumana  
 De tu cantar divino  
 Guarde del lobo odioso:  
 Y sigue en tan sabroso  
 Tono, hechizo del valle y de Amor digno,  
 Que el ganado alborozó,  
 Y el choto jugueteó por él retoza.

## ARCADIO.

Tú mas antes al viento  
 Suelta esa voz suave  
 Que á todas las zagalas enamora,  
 Tañendo el instrumento  
 Que el desden vencer sabe,  
 Y ablandar como cera á tu pastora;  
 Y la letra sonora  
 Cántame que le hiciste,  
 Cuando te dió el cayado  
 Por el manso peinado,  
 Que con lazos y esquila le ofreciste;  
 O bien la otra tonada  
 De la vida del campo descansada.

Premio será á tu canto  
 Este rabel, que un día  
 Medió en prenda de amor el sabio Elpino;  
 Y en él con primor tanto  
 Pintó la selva umbría,  
 Que muestra bien su ingenio peregrino.  
 Del Tórmes cristalino  
 Formó en él la corriente,  
 Que ir riendo dijeras,  
 Lo largo en sus praderas  
 Vagando los rebaños mansamente;  
 Y la ciudad de lejos  
 Del sol como dorada á los reflejos.

A un álamo arrimado  
 Alegre un zagal canta,  
 Mientras su amada flores va cojiendo:  
 Por el opuesto lado  
 Un mastin se adelanta,  
 Y á otra zagala fiestas viene haciendo:  
 Todo lo que está viendo  
 Lejos un ciudadano,  
 El semblante aflijido,

Y en cuidados sumido,  
Haciéndole á otro señas con la mano,  
Que al umbral de una choza  
Ríe entre los pastores, y se goza.

## BATILO.

Y yo de Delio hube  
Una flauta preciada,  
Habrada de su mano diestramente.  
Tan guardada la tuve  
Que jamás fué tocada;  
Pero mi amor en dártela consiente.  
Los valles y la fuente  
Puso en ella de Otea:  
De vida el llano ameno  
Como por mayo lleno:  
Un muchacho en el cerro pastorea;  
Y el rabel otro toca,  
Y á contender cantando le provoca.

De flores coronadas,  
Mas lindas que las flores,  
Suelto el cabello al céfiro liviano,  
Van bailando enlazadas,  
Causando mil ardores,  
Las zagalejas en el verde llano:  
A un lado está un anciano  
Que la flauta les toca,  
Y algunas ciudadanas  
Mirándolas ufanas;  
Y como que la envidia les provoca  
Con regocijo tanto.  
Pero tú empieza, y seguiré yo el canto.

## ARCADIO.

Dulce es el amoroso  
Balido de la oveja,  
Y la teta al hambriento corderuelo:  
Dulce, si el caluroso  
Verano nos aqueja,  
La fresca sombra y el mullido suelo:  
El rocío del cielo  
Es grato al mustio prado,  
Y á pastor peregrino  
Descanso en su camino:  
Dulce el ameno valle es al ganado,  
Y á mí dulce la vida  
Del campo, y grata la estacion florida.

Mire yo de una fuente  
Las menudas arenas

Entre el puro cristal andar bullendo,  
O en la mansa corriente  
De las aguas serenas  
Los sauces retratarse, entre ellos viendo  
Los ganados paciendo:  
Mire en el verde soto  
Las tiernas avecillas  
Volar en mil cuadrillas;  
Y gozen del tropel y el alboroto  
Otros de las ciudades,  
Cercados de sus daños y maldades.

¿Dónde las dulces horas,  
De júbilo y paz llenas,  
Mas lentas corren, ni con mas reposo?  
¿Quién rayar las auroras,  
Como el zagal, serenas  
Ve, ni del sol el trasponer hermoso?  
¿Cuidado venturoso!  
¿Mil veces descansada  
Pajiza choza mía!  
Ni yo te dejaria,  
Si toda una ciudad me fuera dada;  
Pues solo en ti poseo  
Cuanto alcanzan los ojos y el deseo.

¿Para qué el vano anhelo,  
Ni los tristes cuidados  
Que enjendran el poder y los honores?  
Mejor es ver el cielo  
Que no techos pintados;  
Mejor que las alfombras nuestras flores,  
Los árboles mayores  
Nos dan fácil cabaña,  
Una rama sombrío,  
Otra reparo al frío;  
Y cuando silba el ábrego con saña  
En las noches de enero,  
Lumbre para bailar un roble entero.

Aquí en la verde grama  
Oiga yo en paz gloriosa  
El lento susurrar de este arroyuelo:  
Aquí evite la llama,  
Cabe mi Elisa hermosa,  
Del sol subido á la mitad del cielo;  
Y su dorado pelo  
Orne de florecillas,  
O teja en su regazo  
De ellas guirnalda ó lazo;  
Y arrúlleme las blandas tortolillas,  
Cuando yo la corone,  
Y la firmeza de mi amor le abone.

## BATILO.

Y á mí leche sobrada  
 Me da, y natas y queso,  
 Y su lana y corderos mi ganado:  
 Mis colmenas labrada  
 Miel de tierno cántueso,  
 Y pomas olorosas el cercado.  
 gobierna mi cayado  
 Dos hatos numerosos,  
 Que llenan los oteros  
 De cabras y corderos;  
 Y deja á los zagales envidiosos  
 Mi dulce cantilena,  
 Que á las mismas serranas enajena.  
 Mas bienes no deseo,  
 Ni quiero mas fortuna,  
 Contento con mi suerte venturosa.  
 En este simple arreo  
 No hay pastorcilla alguna  
 Que huya de mis cariños desdeñosa.  
 Su guirnalda de rosa  
 Me dió ayer Galatea,  
 Filis este cayado,  
 Y este zurrón leonado  
 La niña Silvia, que mi amor desea;  
 Mas yo á Filena quiero,  
 Ella me paga, y por sus ojos muero.

## ARCADIO.

Pues cuando el sabio Elpino  
 Se huyó de la alquería  
 A la ciudad por sus hechizos vanos;  
 Con su ingenio divino  
 ¡Qué cosas no decía  
 Después de los arteros ciudadanos!  
 Aun á los mas ancianos,  
 Si te acuerdas, pasmaba,  
 Contándonos los hechos  
 De sus dañados pechos.  
 Yo zagalejo entonces le escuchaba,  
 Y aun guarda la memoria  
 La mayor parte de su triste historia.  
 El semblante sereno,  
 Y el corazón roído,  
 Cual es el fruto de silvestre higuera;  
 Miel envuelta en veneno  
 Su razonar finjido;  
 Pechos lisiados de la envidia fiera;  
 Hijos que desespera  
 La vida de sus padres;

Muertes, alevosías,  
 Entre esposos falsías,  
 Y doncellas vendidas por sus madres:  
 Esto contaba Elpino  
 De la ciudad, después que al campo vino.

## BATILO.

Y Dalmiro cantaba  
 Aquel que fué á la guerra,  
 Y vió las tierras donde muere el día;  
 Que en nada semejaba  
 El río de esta sierra  
 Al mar soberbio que pavor ponía.  
 Me acuerdo que decía,  
 Que del viento irritado  
 Bramaba en son horrendo,  
 Con las olas queriendo  
 Estrellarse en el cielo encapotado,  
 Tragándose navíos,  
 Como á las enramadas nuestros ríos.  
 Que entonces el alarido  
 Y acabar de los tristes  
 Quebraba el corazón en tal cuita,  
 Cual si débil balido  
 De herida oveja oíste,  
 O choto que su madre solicita.  
 ¡Oh ceguedad maldita,  
 Fiar vida y ventura  
 A una tabla liviana!  
 Mejor es la galana  
 Vega, Arcadio, con planta hollar segura  
 Tras mis mansas corderas,  
 Que el ver navíos ni borrascas fieras.

## ARCADIO.

Ni yo, Batilo, quiero  
 Ver mas que nuestros prados,  
 Ni beban mis ganados de otro río.  
 Aquí no lobo fiero  
 Nos trae alborotados,  
 Ni nos daña el calor, ó hiela el frío.  
 No ajeno poderío  
 Nuestro querer sujeta,  
 Ni mayoral injusto  
 Nos avasalla el gusto.  
 Todos vivimos en unión perfecta;  
 Y el sol y helado cierzo  
 Nos dan salud y varonil esfuerzo.  
 Todo es amor sabroso,  
 Alegría y hartura,

Y descanso seguro y regalado.  
 Ni el pastor envidioso  
 Murmura la ventura  
 Del otro á quien da el cielo mas ganado:  
 Ni el mayoral honrado  
 Burla al zagal sencillo,  
 Ni con doblez le trata:  
 Ni su seno recata  
 La amada de su tierno pastorcillo;  
 Que el amante y la fuente  
 Gozan de su belleza libremente.

Como las ciudadanas,  
 A engañar no se enseñan  
 Nuestras bellas y cándidas pastoras;  
 Ni en su beldad livianas  
 Nuestro querer desdeñan,  
 O mudan de amador á todas horas.  
 Mejor que las sonoras  
 Canciones de la villa  
 Su voz suena á mi oído;  
 Y que el ronco alarido  
 De sus plazas, la voz de mi novillá.  
 Mas canta tu tonada  
 De la vida del campo descansada.

## BATIOLO.

¡Oh soledad gloriosa!  
 ¡Oh valle! ¡oh bosque umbrío!  
 ¡Oh selva entrelazada! ¡oh limpia fuente!  
 ¡Oh vida venturosa!  
 ¡Serenos y claro rio  
 Que por los sauces corres mansamente!  
 Aquí entre llana jente  
 Todo es paz y dulzura,  
 Y feliz armonía  
 Del uno al otro dia.  
 La inocencia de engaño está segura,  
 Y todos son iguales  
 Pastores, ganaderos y zagales.  
 El cielo despejado,  
 Y el canto repetido  
 De las pintadas aves por el viento,  
 El balar del ganado,  
 Y plácido sonido  
 Que del céfiro forma el blando aliento;  
 Tal vez el tierno acento  
 De alguna zagaleja  
 Que canta dulcemente,  
 Y este oloroso ambiente  
 En grata suspension á el alma deja;  
 Y á sueño descansado

Brinda la yerba del mullido prado.  
 No aquí esperanza ó miedo,  
 Las tramas y falsias  
 Que saben los soberbios ciudadanos:  
 El pastorcillo ledo  
 En paz goza sus días,  
 Sin entregarse á pensamientos vanos.  
 Los cielos soberanos  
 Bendicen su majada,  
 Y él con sencillo zelo  
 Da bendicion al cielo,  
 Tal vez acompañando la alborada  
 Con que en el campo adora  
 El coro de las aves á la aurora.  
 Sin fezelo ni susto  
 Los términos pasea  
 De las cabañas que nacer le vieron;  
 Y ora aparta con gusto  
 La cabra en su pelea,  
 O ve do los jilgueros nido hicieron:  
 Si al lagarto sintieron  
 Sus ternos corderillos,  
 Rie cuál se espantaron,  
 Corrieron ó balaron;  
 Ora al yugo acostumbra los novillos;  
 Ora fruta ó flor nueva  
 En don alegre á su zagala lleva.  
 Con las serranas viene  
 A triscar por el prado,  
 Y enguinalda la sien de frescas flores:  
 Ni entónces libre tiene  
 Su pecho otro cuidado,  
 Que cantarles ufano mil amores.  
 Mejor son sus favores  
 Que la villa y sus tristes  
 Cuidados y ruidos;  
 Pues no en tales jemidos  
 Dos tortolillas querrellarse vistes,  
 Cual canta en voz sonora  
 De amor un zagalejo á su pastora.  
 La fruta sazónada  
 ¡Con cuál dulce fatiga  
 De la rama se corta! ¡cuán gustoso  
 Es ver la acongojada  
 Lucha en la blanda liga  
 Del verdecilillo ú colorin vistoso!  
 ¡Cuán grato el armonioso  
 Susurrar y el desvelo  
 De abeja entre las rosas!  
 ¡O ver las mariposas  
 De flor en flor pasar con presto vuelo!



¡O mirar la paloma  
 Bañarse alegre, cuando el alba asoma!  
 Así Tirsi decía,  
 Que la primera jente  
 Como agora vivimos los pastores,  
 Por los campos vivia  
 En la edad inocente,  
 Antes que del verano los ardores  
 Marchitaran las flores;  
 Cuando la encina daba  
 Mieles, y leche el rio;  
 Cuando del señorío  
 Los términos la linde aun no cortaba,  
 Ni se usaba el dinero,  
 Ni se labraba en dardos el acero.  
 Y cierto ¿cuántas veces  
 Los mas altos señores  
 Vienen á nuestras pobres caserías  
 Sin pompa ni altiveces,  
 A gozar los favores  
 Del campo y sus sencillas alegrías?  
 Las rústicas porfías  
 Que los zagales tienen,  
 Miran embelesados:  
 Y en seguir los ganados  
 Por los tendidos valles se entretienen;  
 O de bailar se gozan,  
 Y al son de nuestras flautas se alborozan.  
 Aquí Delio y Elpino  
 Moraron, y el famoso  
 Que dijo de las magas el encanto  
 Con su verso divino  
 Junto al Bétis undoso;  
 Y aquí Albano entonó su dulce canto.  
 ¡Oh grata vida! ¡oh cuánto  
 Me gozo en ti seguro!  
 De flores coronado,  
 Y al cielo el rostro alzado,  
 Este vaso de leche alegre apuro:  
 Bebe, Arcadio, y gozemos  
 Tan feliz suerte, y á la par cantemos.

ARCADIO.

Cual la dulce llamada  
 De paloma rendida  
 Es al tierno pichon que la enamora;  
 Cual hiedra enmarañada  
 Que á reposar convida,  
 Y cual agrada el baile á la pastora;  
 Tal tu cancion sonora

VI.

Es, zagal, á mi oido:  
 Ni así es el prado ameno  
 De grata yerba lleno,  
 De las ovejas con hervor pacido  
 En fresca madrugada,  
 Cual me encanta tu música estremada.

BATIOLO.

No el lirio comparado  
 Con zarza montüosa  
 Ser debe, ó con el cardo la azucena.  
 Ni así aquel desagrado  
 Y altivez enojosa  
 De las de la ciudad con la serena  
 Gracia de mi Filena.  
 Ellas me desdeñaron  
 Allá en su plaza un dia:  
 Yo sus burlas reia;  
 Y ellas de mis desprecios se enojaron.  
 Volvíme á mis corderos,  
 Y á gozar, zagaleja, tus luceros.

ARCADIO.

Y yo á mi Elisa amada  
 Fuí compañero acaso  
 La tarde en la ciudad que fiesta habia:  
 Cual luna plateada  
 Reluce en cielo raso,  
 Así Elisa entre todas relucia.  
 ¡Cuán bella parecia,  
 Zagal! sus lindos ojos  
 Mil pechos abrasaron,  
 Envidias mil causaron,  
 Y se hicieron á un tiempo mil despojos.  
 ¡Ay, Elisa, bien mio,  
 De tu firmeza mi ventura fio!

BATIOLO.

Los surcos las labradas  
 Laderas hermosean,  
 Y del olmo la vid es ornamento:  
 Las pomas sazonadas  
 El paladar recrean,  
 Y al ánimo la flauta da contento;  
 Al bosque el manso viento:  
 Tú á todo nuestro prado  
 Le das, Filena mia,  
 La risa y alegría:

27

Al sentirte venir, bala el ganado:  
Y Melampo colea,  
Y haciéndote mil fiestas te recrea.

ARCADIO.

No así de la pastora  
La gala es deseada,  
Ni del zagal el dulce caramillo,  
Ni vaca mujidora  
Tanto en la zela agrada  
A enamorado cándido novillo,  
O á la liebre el tomillo,  
Cual á Elisa es sabrosa  
Pradera y selva umbria.  
Con menos agonía  
Huye del gavilan la garza airosa,  
Que Elisa desalada  
Corre de la ciudad á su majada.

BATILO.

Darme quiere Lisardo  
Por el mi manso un choto,  
Para llevarlo en don á sus amores:  
Yo para ti lo guardo,  
Y el nido que en el soto  
Ayer cojí con ambos ruiseñores.  
¡Ay, si yo en mis ardores  
Fuese abeja y volara,  
Mi bien, siempre á tu lado!  
¡O en colorin mudado,  
Continuo mis ardores te cantara!  
¡O hecho flor me cortases,  
Y á tu labio de rosa me allegases!

ARCADIO.

No á la cigarra es dado  
De voz haber porfía  
Con jilguero que canta en la enramada,  
Ni con cisne estremado  
En dulce melodía  
Puede ser abubilla comparada:  
Ni á tu voz regalada  
Mi tono desabrido.  
¡Oh fuente! ¡oh valle! ¡oh prado!  
¡Oh apacible ganado!  
Si el canto de Batilo es mas subido  
Que el de los ruiseñores,  
Grata escuche Filena sus amores.

BATILO.

La alondra en compañía  
De la alondra se goza,  
Y en su arrullo la tórtola lloroso:  
El ciervo en selva umbria  
Con su par se alborozó,  
Y con el agua el ánade pomposo.  
Yo con el amoroso  
Rostro de mi pastora;  
Ella con sus corderas,  
Y estas en las laderas,  
Cuando de nueva luz el sol las dora;  
Y á Arcadio mi tonada,  
Y á todo el valle su cantar agrada.

POETA.

Así loando fueron  
La su vida inocente  
Los dos enamorados pastorcillos;  
Y los premios se dieron  
Del álamo en la fuente,  
Llevando allí á pastar sus ganadillos;  
Y yo que logré oillos  
Detrás de una haya umbrosa,  
Con ellos comparado,  
Maldije de mi estado.  
De entónces la ciudad me fué enojosa;  
Y mil alegres días  
Gozo en sus venturosas caserías.

## ÉGLOGA II.

AMINTA.

A Aminta y Lísis en union dichosa  
Amor unido habia,  
El casto amor de la inocencia hermano.  
Lisi cual fresca purpurante rosa,  
Que abre su cáliz virjinal del día  
Al suave aliento, por Aminta ardia;  
Y él celebraba ufano  
En tierno acento su zagala bella.  
El fugaz eco plácido llevaba  
Su constante ternura  
A su querida, cuando lejos de ella  
Su cándido ganado apacentaba.  
Eran dos niños por comun ventura  
Ya dulce fruto de sus castos fuegos,  
Así blondos y hermosos,

Cual entre las zagalas bulliciosos,  
 Sin venda ni arco en infantiles juegos,  
 Porque esquivas sus llamas no rezelen,  
 Suelos los Amorcitos vagar suelen,  
 Cuando las danzas del abril florido.  
 En ellos y en su Lisi embebecido  
 Del pasto alegre del vicioso prado,  
 Aminta revolvia  
 A su feliz cabaña su ganado;  
 Y el sol laso entre nieblas se perdía;  
 Cuando asomar por el opuesto ejido  
 Los vio el padre feliz: ¡oh qué alegría  
 Con su vista sintió! ¡cómo su pecho  
 En plácida zozobra palpitaba,  
 Cual nieve al sol en blando amor deshecho!  
 En lágrimas bañado los miraba,  
 Y luego al cielo en gratitud ferviente;  
 Y así cantó con labio balbuciente.

## AMINTA.

¡Oh mis lindos amores!  
 ¡Mitad del alma mía!  
 ¡De vuestra madre bella fiel traslado!  
 Creced, tempranas flores,  
 De gloria y alegría  
 Colmando á vuestro padre afortunado:  
 Y cual risa del prado  
 Es el fresco rocío,  
 Dulce júbilo sed del pecho mio.  
 ¡Ah, con qué gozo veo  
 Plácidos ir jirando  
 En lenta paz mis años bonanzosos,  
 Cuando en feliz recreo  
 De mi cuello colgando  
 Inocentes reís; ó bulliciosos  
 En juegos mil donosos  
 Triscáis por la floresta  
 Tras los cabritos en alegre fiesta!  
 El colorín pintado  
 Que en la ramilla hojosa  
 Se mece, y blando sus cuidados trina;  
 El vuelo delicado  
 Con que la mariposa  
 De flor en flor, besándolas, camina;  
 La alondra que vecina  
 Al cielo se levanta,  
 Todo os es nuevo, y vuestro pecho

[encanta.

En vuestra faz de rosa  
 Ríe el gozo inocente,

Y en los vivaces ojos la alegría:  
 Vuestra boca graciosa  
 Y la alba tersa frente  
 Son un retrato de la Lisi mía.  
 La blanda melodía  
 De vuestra voz remeda  
 La suya, pero en mucho atrás se queda.  
 ¡Y el candor soberano  
 De su pecho divino!  
 ¡Y su piedad con todos oficiosa!  
 Yo ví su blanca mano  
 Del misero Felino  
 Socorrer la indijencia rigurosa.  
 Clori en su congojosa  
 Suerte llorar la viera,  
 De su amarga orfandad fiel compañera.  
 Sola estás; mas el cielo  
 Si te roba, exclamaba,  
 La cara madre, te dará una amiga;  
 Y á la triste en su duelo  
 Sollozando alentaba.  
 Clori la abraza en su cruel fatiga;  
 Y sus ansias mitiga  
 En su seno clemente:  
 Yo al verlo me inundaba en lloro ardiente.  
 De entonces mas perdido  
 La adoré, y ciego amante  
 Sus pisadas seguí por selva y prado.  
 Así en el ancho ejido  
 Con balido anhelante  
 Corre á su madre el recental nevado.  
 Oyó en fin mi cuidado;  
 Y mi feliz porfía  
 Coronando, su mano unió á la mía.  
 Vosotros, mis amores,  
 Sois el fruto precioso  
 Del dulce nudo y bendición del cielo,  
 De mil suaves ardores  
 Galardon venturoso,  
 De nuestras ansias plácido consuelo;  
 Renuevos que el desvelo  
 De mi cariño cria,  
 Para gozarme con su pompa un día.  
 Creceáis, y mi mano  
 Os cubrirá oficiosa,  
 Cual tiernas plantas, de la escarcha cruda.  
 El cielo soberano  
 Con bendición gloriosa  
 Hará que el fruto á la esperanza acuda;  
 Y deleitosa ayuda  
 En la vejez cansada

A mi seréis y á vuestra madre amada.

Entónces nuestra frente

El tiempo habrá surcado

De tristes rugas, el vigor perdido:

Tal el astro luciente

Se acerca sosegado

Al occidente en llamas encendido.

Pero habrémos vivido;

Y hombres os gozaremos;

Y en vosotros de nuevo viviremos.

El ganado que ahora

Mi blando imperio siente,

El vuestro sentirá; y en estos prados

Os topará la aurora

Tañendo alegremente

Mi flauta y caramillo concertados.

Los tonos regalados

Que ora á cantar me atrevo,

Hará mas dulces vuestro aliento nuevo.

En humilde pobreza,

Mas en paz y ocio blando,

Luego mi Lisi y yo reposaremos.

Sobre vuestra terneza

Nuestra suertelibrando,

A vuestra fausta sombra nos pondremos.

Plácidos gozaremos

Su celestial frescura;

Y os colmarán los cielos de ventura.

Porque el hijo piadoso

Es de ellos alegría,

Y habitará la dicha su cabaña:

Pasto el valle abundoso

Siempre á su aprisco cria:

Ni el lobo fiero á sus corderas daña;

Nunca el año le engaña;

Y en su trono propicio

Acoje Dios su humilde sacrificio.

A sus dulces desvelos

Rie blanda su esposa,

Corona de su amor y su ventura;

Y de hermosos hijuelos,

Cual oliva viciosa,

Le cerca, y en servirle se apresura:

De inefable ternura

Inundado su seno,

Cien nietos le acarician de años lleno.

¡Oh mis hijos amados!

Sed buenos; y el rocío

Vendrá del cielo en lluvia nacarada

Sobre vuestros sembrados:

Os dará leche el rio,

Y miel la añosa encina regalada:

Vuestra frente nevada

Lucirá largos dias;

¡Ay! oiga el cielo las plegarias mias!—

Con delicado acento

Así Aminta cantaba,

Bañado el rostro en delicioso llanto,

Y el feliz pecho en celestial contento:

Y con planta amorosa

A sus dulces hijuelos se acercaba.

Llegado estaban, y cesó su canto;

Que con burla donosa

Uno el cayado jugueteon le quita

Y el balante ganado ufano riye,

Que al redil conocido se dirige;

Mientras el mas pequenuelo se desquita

Con mil juegos graciosos,

Sonar queriendo con la tierna boca

La dulce flauta que su padre toca;

Y de Aminta en los brazos cariñosos

Llegando á la alquería,

Caen las sombras, y fallece el dia.

### ÉGLOGA III.

MIRTILO Y SILVIO.

SILVIO.

¿DÓNDE, Mirtilo amado,

Tan cuidadoso, tan veloz caminas?

¿Dónde? ¿el caro redil abandonado?

MIRTILO.

A ofrecer estas frescas clavellinas

A mi gentil zagala, Silvio mio,

Que cojí en el verjel: aun salpicadas

Ve en líquido rocío

Sus tiernas hojas; pero muy mas bellas

Sus mejillas rosadas

Son, y su boca mas fragante que ellas.

Voy, Silvio, pues; ¡el pecho se alborozó!

Y en la feliz ventana de su choza

En un ramo donoso

Las dispongo: y retirome de un lado

Con paso respetoso.

Luego al rabel le canto apasionado

La amorosa tonada

Que entre todas las mias mas le agrada,

Porque me sienta allí: la zagaleja

De timidez y gozo palpitando.

El blando lecho silenciosa deja,  
Y asómase á escuchar: Mira el fragante  
Vistoso ramo que feliz le ofrece  
Mi desvelo constante:  
Tómalo, y rie: á la nariz hermosa  
Lo llega, y en su aroma regalado  
Pensando en su Mirtilo cariñoso,  
Absorta se embebece,  
Yo envidiando mi ramo afortunado.

## SILVIO.

¡Zagal feliz! que de placer suspiras,  
Mientras las tristes iras  
Yo sin ventura lloro  
De Amarilis cruel, de linda boca,  
Ojos vivaces y cabello de oro,  
Que parte en rizos por el cuello tiende,  
Parte entre rosas agraciada prende,  
Mas rebelde al amor, cual dura roca.  
Así pues te dé blanda Galatea  
Los dulces premios que tu fe desea,  
Que me cantes te ruego esa tonada,  
Que cual tuya será tierna y suave.

## MIRTILO.

Harélo, Silvio amado,  
Así porque no sabe  
Mi sencilla afición negarte nada,  
Como por ocuparme afortunado  
En Galatea y mi sabrosa pena.  
La noche va tornando silenciosa;  
Y la alba luna, que en el alto cielo  
Su carro guía en majestad serena,  
Con su cándida luz bañando el suelo,  
Despiertan la gloriosa  
Llama de amor, mi espíritu conmueven,  
Y el labio y el rabel al canto mueven.  
Oye pues, Silvio: la zagala mia  
Un clavel oloroso  
Puesto galanamente  
En el baile llevaba:  
Viólo mi loco amor, y así decia,  
Mientras él insensible el cerco hermoso  
De sus purpúreas hojas levantaba  
Sobre su seno cándido y turjente:  
¡Oh, si yo feliz fuera  
Ese clavel fragante,  
Donosa Galatea,  
Que ufana al seno traes!  
¡Cuán fino y cariñoso

Su nieve palpitante  
Delicioso empapara  
En mi aliento suave!  
Sobre él las hojas tiernas,  
¡Oh dicha imponderable!  
Tendiera, y sin zozobra  
Lograra en fin gozarle.  
Viera si su alba esfera  
De rosas y azahares  
Hizo Amor, ó de nieve  
Mezclada con su sangre:  
La fuerza que lo ajita,  
Cuando turbado late,  
Y el valle de jazmines  
Que forma donde sale:  
De do el olor subido  
Le viene: y qué contraste  
Con sus turjentes globos  
La lisa tabla hace;  
Viera si el breve hoyuelo,  
De do esta tabla parte,  
Es lecho de azucenas,  
Do Amor dormido yace:  
Pues si á gozar el ámbar  
De mi encendido cáliz  
Tal vez la nariz bella  
Inclinaras afable,  
¡Oh y cuál lo dilatara!  
¡Cuán tierno, cuán amante  
El tuyo inundaría  
De gozos celestiales!  
¡Y con tu aliento unido  
Me deslizara fácil  
Por él, hasta que ardieras  
Del fuego que en mí arde!  
¡Bebiera tus suspiros:  
Mis encendidos ayes  
Envueltos en aromas,  
Bebieras tú anhelante!  
Mas ¡ah! que helada y muerta  
Gozar la flor no sabe  
Bien tanto; y en mil ansias  
Mi pecho se deshace.  
¡Clavel, oh amor, me torna,  
O cefrillo amable;  
Y siempre á mi bien siga,  
Y en mi ámbar la embriague!

Ya Mirtilo callaba,  
Y aun Silvio embebecido,  
Sin sentirlo prestaba  
Al eco tierno un silencioso oído



Volvió en fin , y le dice: el bullicioso  
 Curso del arroyuelo,  
 Y del favonio el susurrante vuelo  
 No igualan con tu voz, zagal dichoso.  
 Dulce al labio es la miel, y la mirada  
 Tierna de una pastora  
 Dulce al zagal que fino la enamora;  
 Pero muy mas el ánimo recrea  
 Tu amorosa tonada.  
 Toma, toma por ella esta cayada,  
 Que entallé diestro de arrayan y flores:  
 Tan fácil premio mi amistad desea  
 A tus tiernos ardores.  
 Recibíola Mirtilo; y mas contento  
 Que el ciervecillo jugueton y exento  
 Brinca en pos de su madre en la pradera,  
 A poner fino el ramo afortunado  
 Vuela en planta lijera,  
 A la ventana de su dueño amado.

## ÉGLOGA IV.

EL ZAGAL DEL TORMES.

FÉRTILES prados, cristalina fuente,  
 Bullicioso arroyuelo, que saltando  
 De su puro raudal plácido vagas  
 Entre espadañas y oloroso trébol;  
 Y tú, álamo copado, en cuya sombra  
 Las zagalejas del ardiente estío  
 Las horas pasan en feliz reposo,  
 A Dios quedad: vuestro zagal os deja;  
 Que allí del Ebro á los lejanos valles  
 Fiero le arrastra su cruel destino,  
 Su destino cruel, no su deseo.  
 Ya mas, ¡ oh Tórmes! tu corriente pura  
 Sus ojos no verán: no sus corderas  
 Te gustarán, ni los viciosos pastos  
 De tus riberas gozarán felices:  
 No mas de Otea las alegres sombras,  
 No mas las risas y sencillos juegos,  
 Pláticas gratas y canciones tiernas  
 De la dulce amistad. Aquí han corrido,  
 Cual estas lentas cristalinas aguas  
 Riendo jiran con iguales pasos,  
 De mi florida edad los claros días.  
 De las dehesas del templado extremo  
 Vine extraño zagal á estas riberas,  
 Cuando mi barba del naciente bozo  
 Apenas se cubría; y en las ramas  
 De los menores árboles los nidos

Pudo alcanzar mi ternezuela mano  
 De los dulces pintados colorines.  
 Aquí á sonar mi caramillo alegre  
 Me enseñó Amor; y el inocente pecho  
 Palpitando sentí la vez primera.  
 Aquí le ví temer; y á la esperanza  
 Crédulo dilatarse, cual fragantes  
 A los soplillos del favonio tienden  
 Sus tiernas galas las pintadas flores,  
 Cuando en mayo benigno el sol les rie.  
 Con planta incierta discurriendo ocioso  
 En inocencia y paz, libre y seguro  
 Cantar me oísteis, y volver mis trinos  
 Parlero el monte en agradable juego.  
 Llevar me visteis mi feliz ganado  
 Del valle al soto, y desde el soto al rio.  
 Bañado en gozo, cuando el sol heria  
 Mi leda faz con su naciente ama,  
 En dulce caramillo y voz suave  
 Su lumbre celebraba y mi ventura.  
 Mis ovejillas del caliente aprisco  
 Saltando huian con balido alegre,  
 Seguidas de sus cándidos hijuelos,  
 Al conocido valle, do seguras  
 Se derramaban; y ladrando en torno  
 Mi perro fiel con ellas retozaba.  
 Otros zagales á los mismos pastos  
 Sus corderos solícitos traian,  
 A par brindados de la yerba y flores:  
 Y juntos bajo el álamo que cubre  
 Con sombra amiga y susurrantes hojas  
 La clara fuente, en pastoriles juegos  
 Nos viera el sol en su dorado jiro  
 Perder contentos las ardientes horas,  
 Que en torno de él fugaces revolaban.  
 Víónos la noche y el brillante coro  
 De sus luceros repetir los juegos  
 Entre las sombras del callado bosque;  
 Y á mí embargado en contemplar el jiro  
 De tanta luz, ó la voluble rueda  
 Con que del año la beldad graciosa  
 Ornan del crudo enero el torvo ceño,  
 Del mayo alegre las divinas flores,  
 Las ricas mieses del ardiente estío,  
 Y de olorosas frutas coronado  
 El otoño feliz; las maravillas  
 Cantar de Dios con labio balbuciente,  
 En tierno gozo palpitando el pecho,  
 Y sonando otra voz muy mas canora  
 Que de humilde pastor, mi dulce flauta.  
 ¡ Delicia celestial, ante quien bajo

Es cuanto precia el cortesano iluso  
 De oro , de mando ú deleznable gloria !  
 No allí á nublar tan inocente gozo  
 El pálido temor, no los cuidados  
 Solicitos vinieran , ó la envidia  
 Sesga mirando , su cruel ponzoña  
 Pudo sembrar en nuestros llanos pechos.  
 Todo fué gozo y paz , todo süave ,  
 Santa amistad y llena bienandanza.  
 En plácida igualdad muy mas seguros  
 Que los altos señores , nunca el dia  
 Nos rayó triste , ni la blanca luna  
 Salió á bañar con su arjentada lumbre  
 Nuestra llorosa faz, cual allá cuentan  
 Que en las ciudades y soberbias cortes  
 La noche entera en míseros cuidados  
 Los ciudadanos desvelados lloran.  
 ¡ Tanto bien acabó ! Como deshace  
 Del año la beldad crudo granizo,  
 Que airada lanza tempestosa nube ;  
 Y la dorada mies , del manso viento  
 Antes movida en bulliciosas olas ,  
 Ya entre sus largos surcos desgranada,  
 Del triste labrador la vista ofende ;  
 Así el hado marchita mi ventura ,  
 Así á dar fin á mi apenada vida  
 A tan lejanos términos me lleva ,  
 ¡ Ay ! ¿ para qué ? De mis fugaces años  
 A mas nunca tornar , desaparecieron  
 Los mas serenos ya ; y acaso á hundirse  
 Los que me esperan de dolor , conmigo  
 Corren infaustos en la tumba fria.  
 Pasó cual sombra mi niñez amable,  
 Y á par con ella sus alegres juegos.  
 Relámpago fugaz en pos siguióla  
 La ardiente juventud : danzas , amores ,  
 Cantares , risas , doloridas ansias ,  
 Dulces zozobras , veladores celos ,  
 Paces , conciertos agradables , todo  
 Despareció tambien ; y el sol me viera ,  
 Entre rosas abriendo á la galana

Primavera las puertas celestiales ,  
 Seis lustros ya sus bienhechores rayos  
 Mirar contento con serenos ojos.  
 ¡ Y ora habré de dejar estas riberas ,  
 Dónde vivo feliz ! ¡ y estos oteros !  
 ¡ Este valle ! ¡ este rio en libre planta ,  
 Cantando veces tantas , de mí hollados ,  
 No veré mas ! ¡ y mis amigos fieles !  
 ¡ Y mis amigos ! ¡ oh dolor ! Con ellos  
 Aquí me gozo y canto : aquí esperaba  
 El trance incierto de mis breves dias ;  
 Y que cerrasen mis nublados ojos  
 Con officiosa mano : ¿ á qué otros bienes ?  
 ¿ Otras riquezas y cansados puestos ?  
 ¿ A qué buscar en términos distantes  
 La dicha que me guardan estas vegas ,  
 Y estas praderas y enramadas sombras ?  
 Mi choza humilde á mi llaneza basta ,  
 Y este escaso ganado á mi deseo.  
 Téngase allá la pálida codicia  
 Su inútil oro , y la ambicion sus honras ;  
 Que igual alumbra el sol al alto pino  
 Y al tierno arbusto que á sus plantas nace.  
 Mas ya partir es fuerza : bosque hojoso ,  
 Floridos llanos , cristalino Tórmes ,  
 Quedad por siempre á Dios ; dulces ami-  
 [gos ,  
 A Dios quedad , á Dios ; y tú indeleble  
 Conserva , árbol pomposo , la memoria  
 Que impresa dejo en tu robusto tronco ,  
 Y sus letras en lágrimas bañadas.  
 Aquí Batilo fué feliz , sus hados  
 Le conducen del Ebro á la corriente:  
 Pastores de este suelo afortunados ,  
 Nunca olvideis vuestro zagal ausente.  
 Id , ovejillas , id ; y tan dichosas  
 Sed del gran rio en los lejanos valles ,  
 Cual del plácido Tórmes lo habeis sido  
 Con vuestro humilde dueño en las orillas :  
 Id , ovejillas , id ; id , ovejillas.

# Las Bodas

DE

## CAMACHO EL RICO,

COMEDIA PASTORAL.

Habiendo determinado la villa de Madrid celebrar la paz ajustada en 1783 y el feliz nacimiento de los serenísimos Infantes gemelos, CARLOS y FELIPE, con festejos públicos extraordinarios, obtuvieron el premio *las Bodas de Camacho*, para representarse en ellos en el teatro de la Cruz.

### INTERLOCUTORES.

CAMACHO EL RICO, *amante de*  
 QUITERIA LA HERMOSA, *su novia, y amante de Basilio.*  
 PETRONILA, *su hermana, y amante de Camacho.*  
 BERNARDO, *padre de ambas.*  
 BASILIO EL POBRE, *amante de Quiteria.*

CAMILO, *amigo de Basilio.*  
 DON QUIJOTE, *caballero andante.*  
 SANCHO PANZA, *su escudero.*  
 UN PASTOR.  
 COROS Y ACOMPAÑAMIENTO DE ZAGALES Y ZAGALAS.

### PROLOGO.

#### EL AMOR.

¿Quién puede resistir al triste lloro  
 Y angustia lastimera  
 De un amante infeliz y abandonado?  
 ¿O qué bárbara fiera  
 Negarse puede á su clamor? el cielo,  
 El cielo mismo de su amargo duelo  
 Se mueve: y cual envia  
 Su benigno rocío al mustio prado  
 Que le alegra y fecunda, así á su alma  
 Torna por mí la suspirada calma,  
 Y alivia su cuidado.  
 Por mí, que soy el dios de la alegría,  
 Las risas y el placet, Amor en suma,

Cual lo dicen mis alas, mi semblante,  
 Estas mis flechas y mi aljaba de oro.  
 Entónces el amante,  
 Ledo y feliz, el sazonado fruto  
 De su fe recojiendo,  
 Goza en paz las ternuras de su amada,  
 De mis flechas dulcísimas llagada.  
 ¡Dichoso entónces él, que por tributo,  
 Sus deliciosas lágrimas bebiendo,  
 Ya le ciñe la sien de tiernas flores,  
 Ya escucha sus favores,  
 Ya canta su hermosura,  
 Ya encarece su ardor y su ventura!  
 ¿Y habrá quién acusarme  
 Pueda de ingratitud, y ose llamarme



Vengativo y cruel? Vengan y vean  
 Los hombres lo que soy, si es que desean  
 Al Amor conocer: darles me agrada  
 Hoy entre estos pastores inocentes  
 Un nuevo testimonio de mi pura  
 Sencilla inclinacion: hoy la ternura  
 Será galardonada  
 Del mísero Basilio; y sus dolientes  
 Ansias se trocarán en alegría.  
 ¡Cuál jime el infeliz! ¡cuál se querella  
 De su Quiteria bella!  
 Que estos los nombres son de los zagales,  
 En años, en ternura, en todo iguales:  
 La enojosa pobreza  
 Los lleva al duro trance de la muerte.  
 ¿Mas qué no puede amor? ¿qué la fineza  
 De los dos no merece? la lazada  
 Que en uno junte su felice suerte,  
 Por mí les será echada;  
 Y hoy Quiteria la hermosa  
 Será con su Basilio venturosa,  
 Y él con su amada vivirá seguro.  
 Yo llamaré al Injenio; y sus sutiles  
 Graciosas invenciones  
 A mi arbitrio usaré: de la locura  
 También he de valerme;  
 Y aun la misma amistad, su candor puro  
 Olvidando, usará de la librea  
 Del engaño falaz por complacerme.  
 ¡Oh inmenso poder mio, que á su grado  
 Todo lo ordena y muda! ¡oh bien hadado  
 Basilio fiel! ¡oh hermosa,  
 Y mucho mas dichosa  
 Quiteria! vendrá un día,  
 Cuando soneis en plácida armonía  
 Allá do besa humilde Manzanares  
 Los altos sacros lares  
 Del mayor de los reyes,  
 Que dió á la tierra atónita sus leyes.  
 Entónces deliciosa  
 La santa paz descenderá del cielo;  
 Y con su puro trasparente velo  
 El orbe cubrirá: mientras gozosa  
 En duplicada prole su ventura  
 Logra Iberia segura.  
 Prole del alto Empíreo acá enviada,  
 Y á los ardientes votos acordada  
 Del abuelo real y venerable,  
 ¡Vivid, creced, pimpollos florecientes!  
 Creced, preciosos niños, de las jentes  
 Españolas consuelo,

VI.

Y honor y gloria del humilde suelo!  
 ¡Oh PRÍNCIPE benigno! ¡oh LUISA amable!  
 ¡Oh grande! ¡oh justo CARLOS! ¡cómo os  
 [veo

De laurel coronados,  
 Y de Iberos felices rodeados,  
 En medio de la paz y la victoria  
 Subir al alto templo de la gloria!

## ACTO PRIMERO.

### ESCENA I.

BASILIO.

¡Ay! ¡cómo en estos valles,  
 Morada antes de amor, hoy del olvido,  
 Basilio fué dichoso!  
 ¡Oh tiempo! ¡tiempo! ¿dónde presuroso  
 Tan de presto has huido?  
 La crédula esperanza que mi pecho  
 Abrigó tantos años, ¿qué se ha hecho?  
 ¿Es esta, infiel Quiteria, la ventura  
 De tu zagal amado?  
 Amado sí, cuando inocente y pura,  
 Como la fresca rosa,  
 Y mucho mas hermosa,  
 Nos dió el Amor sus leyes celestiales.  
 En fin todo lo alcanza la riqueza;  
 Y en adorar el oro son iguales  
 Ciudades y alquerías.  
 El mérito es tener; y la belleza  
 Cede del poderoso á las porfias,  
 Cual débil caña al viento.  
 ¡Quién temiera traicion y finjimiento,  
 Ah Quiteria, en tu fe! ni que yo ahora  
 Maldijese impaciente  
 La lengua engañadora  
 Que decirme solía:  
 » Nada temas, Basilio; eternamente  
 » Quiteria será tuya: á ti se fia  
 » Mi virjinal decoro:  
 « Como tuyo le guarda y le venera.... »  
 ¡Qué guardarlo sirvió, si cuando menos  
 Debiera ser temido,  
 A Camacho tu padre te ha vendido!  
 ¡Oh pechos crudos de piedad ajenos!  
 ¡Oh Bernardo! no padre,  
 Tirano sí: tal joya

28

No te la dió para Camacho el cielo:  
Yo la merezcó solo: la he ganado  
Sirviendo y adorando tantos dias:  
Fruto es de mi cuidado  
Y de las ansias mias.  
¡Oh! dámela, cruel: no de mi seno  
Robes con mano fiera  
La inocente cordera  
Para encerrarla en el redil ajeno.  
Y tú, aleve pastora,  
¿Porqué el consejo de tu padre sigues?  
¿No basta ser señora  
Del cuitado Basilio? te faltaba,  
Sí, del feliz Camacho la riqueza:  
Pero ¡cuánta ventura te aguardaba  
En mi humilde pobreza!  
¡Cual yo trabajaria  
Alegre para tí de noche y día!  
Con abundosos bienes justo el cielo  
Premiara mi solícito desvelo.  
¡Y qué los bienes son con los placeres  
De un amor mutuo y fino!  
Pero tú sigues el comun destino,  
Y desmentir tu condicion no quieres.  
Sigue, sigue homicida,  
Que yo el camino seguiré que el hado  
Señala crudo á mi infelice vida,  
Acabando con ella y mi cuidado  
Por triste complemento  
De tus infieles bodas... Pasos siento:  
Huyamos hácia aquí, que ya insufrible  
Le es todo á mi dolor.

## ESCENA II.

BASILIO, CAMILO.

CAMILO.

¡Será posible  
Hallazgo tan feliz, ó mi deseo  
Me burla en lo que veo!  
¡Basilio! ¿tú en el valle? ¿tú en mis bra-  
[zos?  
¡Mi querido Basilio!  
BASILIO.  
¡Ay Camilo!  
CAMILO.  
¡Qué estrella tan dichosa  
A mis ojos te vuelve? yo temia  
Algun fin desastrado  
Desde el aciago día,

En que el fatal concierto fué ajustado  
De Camacho y Quiteria;  
Y tú, celoso, triste, dolorido,  
Cual novillo furioso que vencido  
Fué en la lucha, del valle te ausentaste,  
Llenándonos de amargo desconsuelo  
Con las sospechas de tu cruda muerte.

BASILIO.

¡Pluguiera al justo cielo  
Que ella hubiese acabado  
Con presto golpe mi infelice suerte!

CAMILO.

¡Y en el día á las bodas señalado,  
Tornas á renovar tus desventuras  
Entre sus regocijos y alegrías!  
¿O has olvidado á tu enemiga bella?

BASILIO.

No lo consiente mi contraria estrella,  
Pastor amigo: las desdichas mias  
Crecen como la llama  
Por intrincada selva en el estío.

CAMILO.

¿Pues qué causa te vuelve?

BASILIO.

El mas impío

Furor, la mas rabiosa  
Determinada voluntad que pudo  
Caber en pecho de pastor. Sí, bella  
Cuanto falsa Quiteria; está segura  
Que presto, presto acabará tan crudo  
Dolor, pues tú lo quieres.

CAMILO.

¡Oh anuncio infausto! ¡oh nueva des-  
[ventura!

¡Oh mísero zagal! vuelve á tu seso;  
Y tu clara razon no ultrajes loco  
Con tan culpable esceso.

BASILIO.

¡Aun te parece mi tormento poco!  
No, zagal; mi destino  
Es morir por Quiteria: yo vivia  
Para adorarla fino:  
Hoy á Camacho ha de entregar su mano;  
Y la esperanza mia  
Acaba de agostarse. ¡Quién tan vano  
Fruto cojer temiera  
De tan florido mies! ¡quién tus palabras,  
Quiteria fementida, no creyera!

CAMILO.

¡Ah zagal! que deliras con el cuento  
De tu pasada gloria,

Doblándote las ansias su memoria.

BASILIO.

No puedo refrenar el pensamiento.  
 Tú conoces mi amor: tú, amigo, sabes  
 Que de la edad mas tierna  
 Sola su ley mi voluntad gobierna.  
 Pared en medio la enemiga mia  
 De mi casa vivia:  
 Casi á un tiempo nacimos,  
 Y juntos nos criamos,  
 Y ya en la cuna misma nos amamos.  
 Apenas empezaba  
 A hablar aun balbuciente,  
 Ya con gracia inocente,  
 Su esposo me llamaba,  
 Y á mis brazos corria;  
 Y los suyos me daba, y se reia:  
 Yo la amaba tambien; y con mil juegos  
 Pueriles la alegraba,  
 Ya travieso saltando  
 Tras ella en la floresta,  
 Ya su voz remedando  
 Con agradable fiesta,  
 Ya en pos de algun nevado corderillo  
 Corriendo en rededor de los rediles,  
 O acechando el pintado jilguerillo  
 En las varas sutiles  
 Llenas de blanda liga.  
 Voluntad tan acorde y tan amiga  
 Jamás fué vista en una edad tan breve:  
 El par mas fiel de tórtolas amantes,  
 En el mas hondo valle retiradas,  
 Y solo á acariciarse abandonadas,  
 Eran para los dos ejemplo leve.  
 Una la voluntad, uno el deseo,  
 Una la inclinacion, uno el cuidado,  
 Amar fué nuestro empleo  
 Sin saber que era amor; y en tanto grado  
 Que ya por la alquería  
 De todos se notaba y se reia  
 Nuestra llama inocente.  
 Despues en la puericia floreciente  
 Mi anciano padre á gobernar mepuso  
 El hato de mis cabras; y su padre  
 Igualmente dispuso  
 Que ella á pastar por los alegres prados  
 Sacase sus ganados.  
 ¡Ay qué felices dias!  
 ¡Qué sencillas y puras alegrías!  
 Si ella se enderezaba hácia un otero,  
 Yo estaba allá primero;

Y si al valle bajaba,  
 En el valle esperándola me hallaba.  
 No hubo flor, no hubo rosa de mi mano  
 Cojida, que en su seno no parase:  
 No hubo dulce tonada  
 Que yo no le cantase,  
 Ni nido que en su falda no pudiese:  
 Mis cabritos saltando la seguian,  
 Y la sal sus corderas me lamian  
 En la palma amorosas.  
 De esta suerte las horas deliciosas  
 En grata union pasábamos felices,  
 Cuando un deseo de saber nos vino  
 Que era amor, de manera  
 Cual si un encanto fuera,  
 Y á un zagal ya maestro preguntando:  
 « Un niño hermoso, respondió burlando,  
 « Halagüeño, festivo, bullicioso,  
 « Con alitas doradas,  
 « Que causa mil placeres y dolores.  
 « Gusta de los pastores,  
 « Y de edad floreciente:  
 « El pecho ajita y mil suspiros cria:  
 « Hace hablar á los rudos dulcemente,  
 « Hace velar, y el corazon abrasa;  
 « Y olvida del ganado,  
 « Pensando solo en el sujeto amado,  
 « Y solo con su vista da alegría... »  
 Quiteria se encendia;  
 Y yo turbado estaba aquesto oyendo,  
 Consigo mismo cada cual diciendo:  
 Yo me ajito y suspiro,  
 Yo canto dulcemente, y yo me abraso,  
 Velo, me quejo y lloro;  
 ¡Ay! á Quiteria: ¡ay! á Basilio adoro.

CAMILO.

¡Discurso bien estraño! ¡y mas estraña  
 Simplicidad la vuestra!

BASILIO.

Desde entonces

Sabiendo que era amor, á amar nos dimos  
 Con inquietud tan rara,  
 Que en vano á ponderártelo bastara,  
 Contando un dia entero mis venturas.  
 ¡Qué promesas hicimos!  
 ¡Qué afectos! ¡qué ternuras!  
 ¡Qué dulce libertad! ¡y qué delicias!  
 Imajina, Camilo, las caricias,  
 Las miradas, los juegos, los favores  
 Que hallarian dos pechos abrazados  
 En el amor mas puro.

CAMILO.

Finjírseles no puede el mismo amante  
Fuera de aquel afortunado instante.

BASILIO.

Siete veces abril tornó florido,  
Y diciembre aterido,  
Viviendo yo seguro  
Sin rezelar mudanza,  
Cuando Camacho, ¡oh bárbara memoria!  
Vino á arrojar por tierra mi esperanza;  
Y yo resuelto me partí del valle  
A dar fin á mi vida,  
Desesperado y fiero.  
No de intencion mudé; mas ora quiero  
Que ante sus ojos sea,  
Y que la ingrata, la perjura vea,  
En el momento de sus tristes bodas,  
Con qué extremo la amaba  
Este desventurado,  
Y hasta qué punto mi despecho llega.

CAMILO.

¡Ay Basilio infelice! que te ciega  
Tu celosa pasion.

BASILIO.

Quizá mudado

Su pecho entonces llorará mi suerte,  
Vivo gozar queriendo  
Al que ahora por pobre da la muerte.

CAMILO.

¡Vano consuelo para mal tan grave!

BASILIO.

Éste me resta solo.

CAMILO.

Aun otro queda.

BASILIO.

¡Cuál? dímelo, Camilo....

CAMILO.

El que tú hablaras

A Quiteria esforzando  
Su corazon cobarde,  
Que aun constante te adora,  
Y por tus zelos agraviada llora.

BASILIO.

¡Yo á Quiteria...! primero  
El fuego será frio, el sol oscuro,  
Y el mayo irá sin flores,  
Que yo la hable ni vea.  
No, zagal, yo no quiero  
Ponerme de la infiel á los desvíos,  
Ni á su intencion contravenir en nada,  
Turbando en vano con los ruegos míos

La luz serena de sus claros ojos,  
Ni las purpúreas delicadas rosas  
De sus mejillas.

CAMILO.

¡Tu feliz ventura

Tú mismo estorbas!

BASILIO.

Tu rogar es vano.

CAMILO.

Pues por no hablarla perderás su mano.

BASILIO.

¡Cómo amigo! ¿qué dices?

CAMILO.

Que aun puede haber retorno tu fineza.  
De Quiteria el silencio, la tristeza,  
Su despego á Camacho, su desvío,  
Sus suspiros, sus ojos,  
Mas de una vez me han dicho que te  
adora.

BASILIO.

¡Cuán dichoso seria!

CAMILO.

Bailando en la enramada el otro dia,  
Sin ser notado, y viéndola elevada  
Como en ti contemplando,  
Yo le dije burlando:

«Olvídale, zagala, pues le niegas  
«El premio á tantas ansias merecido.»  
Turbóse en escuchándome, encendido  
Su rostro de vergüenza, y sus mejillas  
Salpicó alguna lágrima, que en vano  
Quiso ocultar su mano:  
Háblala pues.

BASILIO.

¡Oh firme,

Malograda esperanza! vuelve, vuelve  
De nuevo á florecer: ¡mas sin ventura!  
¡Cómo yo la he de hablar en este dia  
Y en tanta confusion! No, no me ha dado  
Amor tal osadía.

CAMILO.

Pues yo por ti lo haré; mira en qué  
grado

Tu dicha anhelo; y dispondré de modo  
Que en secreto os veais.

BASILIO.

¡Ah dulce amigo!

Pues eres de mis lágrimas testigo,  
Sensible le pondera  
Mi amor, mi fe sincera.  
Haz esto, y premio pide; mi ganado,

Cuanto vale Basilio, todo, todo  
Está, Camilo fiel, á tu mandado.  
Y á Dios, que podrán verme.

CAMILO.

Aquí me espera

Dentro de una hora.

BASILIO.

Tornaré lijero,

Cual hambriento cordero

De la madre al balido.

### ESCENA III.

CAMILO, DON QUIJOTE, SANCHO.

CAMILO.

¡Cuán fácil es, cuán fácil al olvido,  
Zagalas, vuestro pecho! la corriente  
Del arroyo, del céfiro el ambiente  
Tienen en su inconstancia mas firmeza;  
Pues torna un solo día  
En odio crudo la mayor terneza,  
Si el orgullo, el antojo, la porfia,  
O el interés el ánimo os provoca.  
¡Felice yo! que la esperanza loca  
Lanzar del pecho conseguí... ¿Mas cómo  
Haré en bullicio tanto, que se vea  
Con Quiteria Basilio? de su lado  
No se aparta Camacho... de zagales  
Todo el valle está lleno... la alegría....  
La confusion.... las danzas.... ¡Ah.....!  
su hermana.....

Petronila es buen medio;  
Ella es vana y sagaz; y con envidia  
Ve á Quiteria dichosa,  
Y ama á Camacho, y estará zelosa.  
Buscarla me conviene.

DON QUIJOTE.

¿Bien arrendado á Rocinante dejas?  
Que además la cuíta de Basilio  
Solicito me tiene.

SANCHO.

Yo me atengo

Al ricote Camacho: muy bien hizo  
La zagala en cojelle;  
No sino estar sin blanca, y por las nubes  
Querer luego casarse: cada oveja  
Vaya con su pareja... ¡cielo santo!  
¡Qué garrido zagal! tal sea mi vida.  
¡Qué sayo, qué limpieza!

DON QUIJOTE.

Calla, calla,

Sancho hablador, que tú como villano  
Sirves al interés. — Pastor hermano,  
Hoy que en esta floresta la alegría  
Y el regocijo viven,  
¿Licencia habrá un andante caballero  
De ver con su escudero  
Unas fiestas tan célebres y nuevas,  
Cual la fama pregona?

CAMILO.

Un huésped tal de nuevo las abona.  
Mas ¡qué traje! ¡qué arreo!...

DON QUIJOTE.

Non vos faga

Pavor, zagal amigo, su estrañeza.  
Un caballero soy de los que dicen  
Van á sus aventuras:  
É que magüer de tiempos tan perdidos  
Al ocio renunciando y las blanduras,  
Huérfanos acorriendo y desvalidos,  
Y enderezando tuertos y falsías,  
Si el cielo no le amengua su esperanza,  
Ha de resucitar la antigua usanza.

SANCHO.

Es mi señor el mas valiente andante  
Que tiene el mundo todo: á Rocinante  
Oprime el fuerte lomo; y deja fechos  
Cien mil desaguisados.  
Señora universal de sus cuidados  
Es la sin par princesa Dulcinea....

CAMILO.

Yo no os entiendo, amigo.  
Mas vos, señor, en tan felice día  
De aquí no partiréis: nuestra alegría  
Venid, venid á honrar: y del esposo  
A recibir obsequios y favores.

DON QUIJOTE.

Ya sabidor me hicieron dos pastores,  
Que es cortés cuanto rico,  
Siéndolo en todo estremo;  
Y otro que tal la desposada hermosa  
Como él rico y cortés; y la manera  
Insólita en que quiere  
Sus bodas celebrar y su ventura.

CAMILO.

Vence la verdad pura  
Cuanto contar pudieron: en riquezas  
No hay mayoral alguno que le iguale.  
Estas sierras pobladas

Tiene con sus vacadas,  
 Y valles y laderas  
 De cabras y corderas :  
 Siendo á par dadivoso que hacendado.  
 De la hermosa Quiteria enamorado ,  
 Al fin su honesta mano ha conseguido ;  
 Y celebrar los desposorios quiere  
 Con mil regocijadas invenciones.  
 Las grandes y abundosas prevenciones  
 No me es dado contar: veréis tendido  
 El albo y rico pan así en rimeros ,  
 Cual suele el trigo estar en el ejido.  
 Así veréis arder olmos enteros  
 Cociendo las viandas,  
 Cual si fuesen lumbradas de verano :  
 Así caza colgada por los robles ,  
 Cual si fruta fuera.  
 Ha enramado este valle de manera ,  
 Que á hurto el sol ha de entrar , si á ver-  
 nos viene :

Danzas y bailes de zagalas tiene,  
 Y de zagales juegos y carrera :  
 Finalmente este dia  
 Es todo del placer y la alegría ,  
 De Quiteria merced á la hermosa ,  
 Pues cual la rosa es reina de las flores ,  
 Ella lo es de la gracia y jentileza.  
 Sus ojos amorosos  
 Son mas que el sol lumbrosos ,  
 Y sus luengos cabellos  
 No hay valor para vellos.  
 De la boca destila miel y azahares ;  
 Y su cuello preciado  
 Alabastro es labrado ;  
 Venciendo á su heldad su gallardía ,  
 Y á esta su honestidad y cortesía.

SANCHO.

Pardiez que es la zagala ,  
 Despues de mi señora Dulcinea ,  
 Lo mejor que ver pienso. El oro , el oro  
 Sabe allanarlo todo ; y á la larga  
 A la liebre mas suelta el galgo carga.

CAMILO.

Decís bien : de Quiteria  
 Otros muchos la mano codiciaron ;  
 Y en mil tiernas canciones  
 Sus ansias y sus zelos ponderaron.  
 Estos olmos veréis de letras llenos,  
 Que en la dura corteza  
 Publican su desden y su belleza.  
 Sobre todos Basilio

Ya en la niñez mas tierna la servia ,  
 Y ella su honesto amor favorecia .  
 Mas el oro triunfó de este cuidado.  
 Es Basilio un zagal tan acabado  
 En gracias cuanto pobre :  
 Suelto y ágil al salto y la carrera ,  
 De dulce voz, de razonar suave  
 Y jentil hermosura ;  
 Y á mala de manera ,  
 Que cuantos sus finezas conocemos ,  
 Algun fin desastrado de él tememos.

DON QUIJOTE.

¡ Zagal cuitado !

SANCHO.

El que fortuna olvida ,  
 Há de sobra la vida.

CAMILO.

Así es verdad , y solo por ser pobre  
 Mientras Camacho rie ,  
 Basilio triste y despechado llora.

DON QUIJOTE.

¡ Oh riqueza ! en mal hora  
 La madre tierra de su seno duro  
 Te lanzó entre los hombres.  
 Tú lo conturbas todo , y el seguro  
 Amor tornas olvido :  
 Por ti el mérito yaz escurecido ,  
 Virtud es otrosí desacatada ,  
 É hubo en el suelo la maldad entrada.  
 Ya non vale ni afan esclarecido ,  
 Ni sangre por la patria derramada ,  
 Ni feridas gloriosas  
 De caballero fuerte.....

CAMILO.

Permitidme  
 Avisar de la dicha que hoy le viene ,  
 Al felice Camacho.

## ESCENA IV.

DON QUIJOTE, SANCHO.

SANCHO.

¡ Sancho ! ¡ Sancho !  
 ¡ Oh qué olor tan divino !  
 ¡ Qué calderas aquellas ! no las vide  
 Tamañas en mi vida: ¿ pues las ollas ?  
 Son seis grandes tinajas.  
 Bien la aventura empieza :  
 A esto me atengo , y no á la jentileza  
 Y gracias de Basilio.

DON QUIJOTE.

Sancho , lijo ,  
 Non denuestes al pobre , que los bienes  
 Por eso son llamados de fortuna ,  
 Porque los da sin discrecion alguna  
 Esta inconstante Diosa ;  
 Y es sandez además tanta alegría.  
 Mal haya , á decir vuelvo , el negro dia  
 En que topó codicia con el oro.  
 Por él se amengua el virjinal decoro  
 De la tierna doncella , y puerta tiene  
 Franca el recuestador....

SANCHO.

Habilidades

Son sin él necedades :  
 Nunca en casa del rico el duelo viene:  
 El dar peñas quebranta: los dineros  
 Vuelven en caballeros.

DON QUIJOTE.

El cielo te confunda y tus refranes.

SANCHO.

¡ Várame Dios ! ¡ qué danzas ! ¡ qué zagalas !  
 En solo vellas se me van los ojos.  
 ¡ Oh qué alegres ! ¡ qué sueltas ! no parece  
 Sino que sus cabellos estendidos  
 Semejan de oro puro unos manojos.  
 ¡ Qué sartas de corales ! no hay pagallas.  
 ¡ Pues montas los vestidos !  
 ¡ Oh bien haya Camacho y su riqueza !  
 Eso que tienes , vales.

CORO I.

Tras el divino fuego  
 De su adorada esposa  
 Camacho vuela ciego ,  
 Cual tierna mariposa.

CORO II.

Quiteria desdeñosa  
 Su ardor huir procura ,  
 Cual virjen vergonzosa ,  
 Cual niña mal segura.

LOS DOS COROS.

Pues basté de estrañezas ,  
 Y en tálamo de flores

CORO I.

Goze ya sus finezas ,

CORO II.

Temple ya sus ardores.

LOS DOS COROS.

En tálamo de flores  
 Goze ya sus finezas ,  
 Temple ya sus ardores.

DON QUIJOTE.

Fuyamos de aquí al punto; no, no quiero  
 Que el ocio muelle ó femeníl halago  
 Me embarguen en mis altos pensamientos.  
 Hay huérfanos, viudas, y pupilos  
 Que amparar, hay doncellas  
 Que acorrer, hay gigantes  
 Soberbios y arrogantes  
 Con quien lidiar, ¿ y yo me detendria?  
 Dulce señora mia,  
 Non, vuestro caballero  
 Non hará sandez tal: fuyamos, Sancho.

SANCHO.

¿Cómo es eso de huir? ¿para esto solo  
 Fué sin yantar dormir en la floresta,  
 Y hacerme despertar, cuando hacen salva  
 En sus nidos los pájaros al alba,  
 Hablando de la fiesta  
 Y de Basilio mísero? ¡Ay, abuelo!  
 Sembrasteis alazor, nació anapelo.

DON QUIJOTE.

Vamos digo.

SANCHO.

¿Quién sabe si aquí puede  
 Saltar tal aventura,  
 Que cuantas hasta ahora hemos tenido,  
 Nada con ella sean?

## ESCENA V.

DON QUIJOTE, SANCHO, BERNARDO, CAMACHO.

CAMACHO.

Bien venido

Seais á honrarme en mi felice boda ;  
 Que ya el zagal con quien habeis hablado,  
 De todo me ha informado:  
 Y así rendido os ruego  
 Deis el último punto á mi alegría  
 Con vuestra compañía.  
 Este es dia de gracia y regocijos ;  
 Venid á ver los que á Quiteria hermosa  
 Ordenar, aunque rústico , amor sabe ;  
 Y hacedla en esto solo mas dichosa.

DON QUIJOTE.

Yo, jentil mayoral, solo lo fuera,  
 Si ofertas tales disfrutar pudiera,  
 Como sé agradecellas comedido.

BERNARDO.

¿Cómo, señor?

DON QUIJOTE.

En fiestas non es dado

Por ley á caballero detenerse,  
De las altas empresas olvidado  
A que el cielo le llama.

Él te haga con Quiteria venturoso  
Luengos siglos, mancebo jeneroso;  
Y licencia me da...

SANCHO.

Señor, teneos:

¿Cómo quereis partir, y á ruegos tales  
Ser desagradecido,

Habiendo siempre sido  
La misma cortesía?

¡Miren qué monta un día  
Para un tan valeroso caballero!  
Vos pedídselo, hermano.

BERNARDO.

Aunque no quiero,

Señor, importunaros, si estas canas  
Y esta edad algo pueden,  
No hagais que nuestras súplicas sean va-  
[nas.

Y el anciano Bernardo, de Quiteria  
Padre feliz, añada esta ventura  
A cuantas hoy Camacho le asegura.

CAMACHO.

Pueda nuestra porfia...

SANCHO.

¡Qué dureza!

Dad luego y dais dos veces: que lo mismo  
Es negar que tardar.

DON QUIJOTE.

Agraviaria

Esas canas, Bernardo venerable,  
Y tu discreta afable cortesía,  
Jentil Camacho, en resistir mas tiempo.  
Vuestro me constituuyo, á vuestro grado  
Ordenad, os veréis obedecidos.

BERNARDO, CAMACHO.

Hacedlo vos, pues nos tenéis rendidos.

SANCHO.

¡Bueno! cayó: no ayuno  
Cuentes al importuno.  
Dios mejora las horas, Sancho: afuera  
La escuderil miseria; y al buen día  
Abre y mételo en casa. ¡Oh qué bien hue-  
[le!...

Conforta el airecillo. Buen Bernardo,  
¿Habrás, decid, manera..... solamente.....  
De probar... no el olor...?

DON QUIJOTE.

¡Oh vil, infame!

Mal nacido escudero! ¡así me amenguas!  
Viven los altos cielos,  
Donde mas latamente se contiene....

CAMACHO.

Templaos, señor.

BERNARDO.

Venid hácia este lado,  
Que yo os haré placer.

CAMACHO.

A mi Quiteria

La dicha á decir vamos, que en vos tiene.

## ESCENA VI.

DON QUIJOTE, SANCHO.

SANCHO.

¡Válame Dios, qué día á Sancho viene!  
Tiernas pollas... cabritos... y conejos....  
Pichones... lechoncillos... allá lejos  
Asándose un novillo... ¡ay dulces zaques!  
¡Aquí tambien os hallo! ya mis ojos,  
Fiuos enamorados  
No pueden de vosotros apartarse.  
Ea, Sancho, animarse;  
Y pues hay vino, afuera los cuidados.

DON QUIJOTE.

Fermosa y encantada Dulcinea,  
Soberana señora  
De este vuestro afincado caballero,  
Membraos de mí, pues yo por vos me  
[muero.

## CORO PRIMERO

DE ZAGALES Y ZAGALAS.

TODO EL CORO.

Ven, dulce Amor:  
De tus zagales  
Oye el clamor.  
Ven, dulce Amor,  
Ven, dulce Amor.

CORO DE ZAGALES.

Tú nos previenes  
Todos los bienes:  
Tú el orbe alientas,  
Y le sustentas  
Como señor.

TODO EL CORO.

Ven, dulce Amor.



CORO DE ZAGALAS.

Sin ti la rosa  
Fresca , olorosa  
No nacería ;  
Todo lo cria  
Tu suave ardor.

TODO EL CORO.

Ven , dulce Amor.

CORO DE ZAGALES.

Con dócil cuello  
El jóven bello  
Busca á su amada ,  
Por ti apiadada ,  
De su dolor.

TODO EL CORO.

Ven , dulce Amor.

CORO DE ZAGALAS.

Tú á la doncella  
Tímida y bella  
Rindes al blando  
Yugo, triunfando  
De su temor.

TODO EL CORO.

Ven , dulce Amor.

CORO DE ZAGALES.

Tú á sus desvelos  
Das mil hijuelos  
Bellos , graciosos ,  
Frutos preciosos  
De un mutuo ardor.

TODO EL CORO.

Ven , dulce amor.

CORO DE ZAGALAS.

Ven ; y en el suelo  
La paz del cielo ,  
Nunca alterada ,  
Reine ayudada  
De tu favor.

TODO EL CORO.

Ven , dulce Amor.

CORO DE ZAGALES.

De tus zagales  
Oye el clamor.

CORO DE ZAGALAS.

Ven , dulce Amor.

TODO EL CORO.

Ven , dulce Amor.

## ACTO II.

## ESCENA I.

QUITERIA.

¿Dó, Quiteria cuitada,  
Sin ventura Quiteria, dó engañada  
Tu corazon te lleva?  
Debes huir, ¿y con inciertos pasos  
De tu grado te vienes á la muerte?  
Le debes olvidar, ¿y los lugares  
Frecuentas do algun día  
Su honesta llama con la tuya ardía?  
¡Ay! esta misma vega  
Testigo fué de nuestro amor, testigo  
De mil hablas suaves,  
De mil tiernas promesas y mil juegos,  
Que eran un tiempo gloria,  
Y ahora son dolor en la memoria.  
Aquí dulce cantaba;  
Allí alegre reía;  
Aquí con su guirnalda me ceñía;  
Y allí loco de amor me la quitaba.  
El valle, ¡oh triste! florecido dura  
Cuando acabó agostada mi ventura.  
Feliz la pastorcilla,  
Pobre sí, pero libre, á quien concede  
El cielo en su llaneza  
Amar en libertad y ser amada,  
Sin que decoro ó paternal respeto  
Le dé el amante, ó le violente el gusto  
Con mandamiento injusto;  
Y triste la cuitada,  
A quien niegan sus hados esta suerte,  
Despiadados negándole la muerte.  
Ella rie; yo peno  
Cual esclava vendida:  
Ella se goza al lado  
De su zagal amado,  
Y yo lloro afijida,  
Del mio para siempre dividida.  
¿Qué vale el alto estado?  
¿Qué vale la riqueza,  
Y el don de honestidad y de hermosura,  
Cuando falta, Quiteria, la ventura?  
Desnudo amor se goza en la pobreza.....  
Mas Camilo á mi hermana  
Aquí muy en secreto hablando viene.  
¡Ay Basilio!... á esperarlos no me atrevo.

## ESCENA II.

CAMILO, PETRONILA.

CAMILO.

Él ha llegado en fin ; y tal le tiene  
Su amor desventurado,  
Que algun fin desastrado  
Rezelo, Petronila, ¡oh trance fuerte !  
¡ Oh mísero zagal !

PETRONILA.

Su acerba suerte  
Puede hallar compasion en una roca.

CAMILO.

Él en efecto se dará la muerte  
Desesperado.

PETRONILA.

¡ Ah triste ! ¡ cuánto , cuánto  
Me duele su miseria !

CAMILO.

La suya á mí no tanto  
Como la de Quiteria,  
Cuya llorosa quebrantada vida  
Será despues un infernal tormento.  
De imágenes contino combatida,  
El ciego, abandonado pensamiento  
Le traerá siempre á su Basilio amado.  
Hallarále á su lado  
Bañado en sangre por su amor vertida:  
Con triste voz le pedirá venganza:  
Le acusará su pérfida mudanza;  
O amoroso y rendido  
Le dirá mil finezas, que en su oído  
Falaces sonarán: iráse al lecho;  
Y al sueño en vano llamará: la aurora  
Tornará; y con su lumbre  
Crecerá su dolor y su amargura.  
¡ Oh cara Petronila ! ¡ qué ser puede  
De un lazo que han formado  
Solo interés y paternal decoro ?

PETRONILA.

Bien se me alcanza; mas ceder de grado  
Quiteria debe á su feliz destino,  
Las dichas contemplando y la riqueza  
Del alto no esperado casamiento.  
Es la riqueza puerta de contento;  
Y la cruda pobreza  
Puerta de desventura,  
Cuando amor cesa, y queda su amargura.  
Amor, cual niño alegre,  
Risas y juegos y donaires ama,

Cuanto pobreza lloros,  
Que al punto apagan su celeste llama.

CAMILO.

No, gentil Petronila;  
Ni mísera fortuna ni pobreza  
De un pecho fiel apagan la fineza.  
La inclinacion, el gusto,  
La union de voluntades  
Decretada del cielo,  
Las sencillas verdades,  
De agradar el solícito desvelo,  
Esto solo es amor, y á los esposos  
Ciñe la sien de venturosas flores,  
Que jamás se marchitan ni desdicen  
Sus primeros verdores:  
Lo demás es dureza y tiranía.

PETRONILA.

Así es verdad, pues que tal vez dospechos,  
Uno para otro hechos,  
Lloran amargamente divididos  
Por la cruel fortuna.

CAMILO.

Esto me mueve,

Como ya te decía,  
Y el amor tierno que feliz nos une  
Desde la edad primera,  
A que mil medios y caminos pruebe,  
Por si logro impedir la muerte fiera  
Del mísero Basilio, suspendiendo  
La triste infausta boda.

PETRONILA.

¿ Cómo, Camilo, suspenderla ? ¿ cómo ?  
¿ Estás en tí ? ¿ deliras ? ¿ ó te burlas  
Con pasatiempo vano ?

CAMILO.

Hacerlo, Petronila, está en tu mano.

PETRONILA.

¡ Yo turbar de mi hermana la ventura !  
¡ Yo en tramas ! ¡ yo en ardidés ! ¡ tú te  
atreves... !

CAMILO.

Amada Petronila, hacerlo debes  
Por la suerte de entrambos.

PETRONILA.

Camilo, no es posible:  
No; ni aun hablarse en tan revuelto día.

CAMILO.

Pues esto al menos sea:  
Véanse los cuitados, ¡ jman, ¡ lloren,  
Y quéjense y suspiren;  
Y démosle aunque leve este contento.

Acaso, Petronila... en un momento  
 Prodijios hace amor: dí, ¿ no es Camacho  
 Rico, gentil, amable? ¿ por ventura  
 No hallará cada hora  
 Otra y otra pastora,  
 Si Quiteria le deja?  
 Roba á Basilio aquesta sola oveja  
 Con tanto afan criada; y á la muerte  
 Hélo al instante dado.

PETRONILA.

Tú, Camilo, me vuelves á tu grado  
 Con tus dulces palabras: de Quiteria  
 Tentaré el corazon; y si hallo modo.....

CAMILO.

Tu agudo ingenio lo disponga todo;  
 Que yo al ciego Basilio ver deseo,  
 Temiendo su furor.

### ESCENA III.

PETRONILA.

¡ Qué devaneo

Es este, malhadada! olvida, olvida,  
 Petronila, tu amor; y pues nacida  
 Fuiste á zelos y llantos,  
 Llorá, cuitada, y cumplirás tu suerte.  
 ¡ Ah Camacho! ¡ Camacho! ¡ tú siguiendo  
 Vas á la que te huye; y la infelice  
 Desdeñas que te sigue! ¡ á Petronila  
 Desprecias; y á Quiteria haces felice!  
 Algun día, cruel, arrepentido  
 Tú llorarás, como hoy furiosa lloro.  
 Pero ¿ por qué llorar? ¿ no está en mi mano  
 Ayudar á Camilo, y mil ardides  
 Fragar contra un alevé?  
 ¡ Ah! que acaso Quiteria en tan dichosa  
 Suerte estará mudada.  
 El agua gotá á gota en fin horada  
 La peña, cuanto mas su tierno pecho  
 Ruego tan porfiado.  
 No importa, Petronila, con cuidado  
 Su inocencia provoca... ¡ qué aflijida  
 Por allí asoma! mi asechanza empieze.

### ESCENA IV.

PETRONILA, QUITERIA.

QUITERIA.

¡ Oh, cómo á un triste le parece

La mayor alegría!  
 Este valle... mi hermana... vida mia.  
 Para mí mas süave  
 Que el alba á desvelado pastorcillo,  
 Y á solícita abeja  
 Oloroso tomillo;  
 ¿ Tú aquí sola?

PETRONILA.

Ensayando

Estaba mi tonada.

QUITERIA.

Yo buscando

A Isabela venia; y ya dudosa  
 En volverme pensaba.

PETRONILA.

Mas, Quiteria, ¡ tú triste! ¡ tú llorosa!

QUITERIA

Yo, hermana...

PETRONILA.

De tu dicha

Tan cerca, ¡ y no te alegras! ¡ y no sientes  
 Aquel contento puro, aquel süave  
 Vivo placer que los demás sentimos!

QUITERIA.

Verse pasar de esta felice vida,  
 Petronila querida,  
 A ser de libre esclava,  
 Pender de ajeno gusto,  
 Y entrar en mil desvelos,  
 No es mucho para risas: si los cielos  
 Me diesen á elejir, yo libre y sola  
 En esta grata soledad hiciera  
 Mi inocente morada.  
 ¡ Ay! ni amante, ni amada,  
 Fueran mis compañeras  
 Mis nevadas corderas:  
 El arroyo, la vega, el verde soto,  
 Mi sencillo recreo,  
 Y mis galas las flores,  
 Y mis amantes tiernos ruseñores.  
 ¡ El cielo en otra forma lo ha ordenado!

PETRONILA.

Hablas, Quiteria, en el lenjuage usado.

QUITERIA.

Tú sabes bien que desdeñé mil ruegos  
 De importunos amantes; y que solo  
 Pudo el precepto paternal vencerme  
 De Camacho en favor. No, dulce hermana,  
 No hay dicha, no hay ventura  
 Cual la inocencia de una humilde vida,  
 De sujecion segura,

Y á quien el mundo olvida.  
 Los bienes no son bienes: son prisiones  
 Que nuestra dicha impiden; y un engaño  
 Do crédulos caemos,  
 Cual en la red el avecilla incauta.

PETRONILA.

Mas antes es forzoso  
 Que para asegurar nuestra ventura,  
 Al pacífico yugo el cuello demos:  
 Ninguna en libertad está segura.  
 Necesitamos de un arrimo: pasan  
 Los años; y belleza  
 Gracias y jentileza  
 Pasan tambien. La rosa  
 Somos, que con el dia  
 Abre el purpúreo seno vergonzosa,  
 Para perder con él su lozanía.  
 Nadie de amor se libra: jamás dejan  
 Sus tiros de acertar: es la ventura  
 Hallar, cual has logrado  
 En tu feliz estado,  
 La conveniencia con el gusto unida.

QUITERIA.

Sí, hermana, sí; mas pocas,  
 Pocas veces verás que juntos vayan,  
 Cuando solo interés las almas une,  
 Que inclinación debiera:  
 Mejor es pues en libertad entera  
 Vivir, que al yugo someter el cuello,  
 Querer despues, y no poder rompello.

PETRONILA.

¿Y tú estás libre?  
 Si en mi mano fuera,  
 Por siempre lo estaria.

PETRONILA.

¿Y el mísero Basilio, vida mia?  
 ¿Y aquel amor suave en la inocente  
 Tierna niñez criado?  
 ¿Aquel sacar entrambos el ganado  
 A un hora, á un valle mismo? ¿aquel con-  
 [ tarse  
 Hasta los pensamientos; y al hallarse  
 Quedarse embebecidos;  
 Y suspirar al verse divididos?  
 ¿Te enterneces, Quiteria?

QUITERIA.

La memoria  
 De tan plácidos dias,  
 Y tanto amor y puras alegrías  
 Connueve, hermana, mi sensible pecho,

Que no de dura roca,  
 Sino de cera delicada es hecho.

PETRONILA.

¿Mas Basilio?

QUITERIA.

¡Ay querida!

Basilio... ya el cuitado  
 Habrá con muerte dura  
 Sus ansias y sus zelos acabado.  
 Yo, yo la causa he sido: yo el agudo  
 Hierro llevé á su pecho; ¡ó sin ventura!  
 Vé si debo llorar.

PETRONILA.

Ne te angusties,

No; pues vive.

QUITERIA.

¿Qué dices?

PETRONILA.

Que en el valle  
 Le he visto, aunque á lo lejos, triste y solo,  
 Lloroso, macilento y aflijido,  
 Cual buscando los sitios do solia....

QUITERIA.

¡Ah dulce hermana mia!  
 El gozo me rebose, mi abatido  
 Corazon desfallece con tan grata,  
 Tan felice noticia: ¿vive el triste?

PETRONILA.

Sí: vive.

QUITERIA.

¿Dónde ciega

Me arrastró mi pasión?... en vano, en vano  
 Vive ya para mí. Cede á tu dura  
 Suerte, infeliz Qui eria: ya no eres,  
 No, la que ser solias.  
 La ley de honestidad, la fe jurada  
 Te mandan que su amor bárbara olvides.  
 ¡Ay esperanza mia malograda!

PETRONILA.

Templa el dolor y el mísero lamento,  
 Que no es, no, leve anuncio de ventura  
 Haber él vuelto al valle.

QUITERIA.

Para solo su daño y mi tormento.  
 Mejor allá estuviera  
 Do jamás yo sus justas ansias viera.

PETRONILA.

¿Y por qué no has de verle?

QUITERIA.

La ley dura  
 De recato lo veda.

PETRONILA

¡Oh simplecilla,

Cuál te ciega el dolor ! dime, ¿qué daño  
En esto puede haber ? ¿á quién estraño  
Será que habéis, lloréis, con los jemidos,  
Las quejas y los zelos confundidos ?  
¿No es sabida de todos su ternura ?  
¿Tu honestidad á ti no te asegura ?  
El así lo desea ; y congojoso ,  
En breve alivio de su amarga suerte,  
Me pidió, ¡triste amante! que en su nombre  
Y por su aciago amor te lo rogara.  
¿Negárselo podrás?

QUITERIA.

Será la muerte

Para entrambos , hermana.

PETRONILA.

¡Tan severa

Contra tanta humildad ! ; cuándo se vido  
Nacer de la cordera  
El lobo , ni de cándida paloma  
El basilisco fiero !  
Hazle este gusto ; y sea, sí, el postrero.

QUITERIA.

¡Ay ! ¿me lo mandas ? mas Camacho asoma...  
A Dios, que estoy turbada ; y peligroso  
Fuera que así me vieses.

PETRONILA.

¿En qué quedamos ?

QUITERIA.

En tu mano queda

Mi corazon cuitado ,  
Dispon dél lo mejor segun tu agrado.

## ESCENA V.

PETRONILA , CAMACHO.

CAMACHO.

¿Qué es esto , Petronila ? ¿ cómo huye  
Quiteria de mis ojos, cuando ciegos  
En su semblante anjélico anhelaban  
Consuelo hallar y plácida alegría ?  
¿Por qué tanto desden, rigor tan crudo?

PETRONILA.

Ni huyó Quiteria, ni sentirte pudo.  
El deseo solícito á las veces  
Los amantes engaña,  
Feliz Camacho.

CAMACHO.

Su tristeza estraña,

Su esquivez, su silencio  
Me aflijen de manera,  
Que antes verme quisiera  
Cercado de mil penas y dolores,  
Que hallarla con desden en mis ardores.

PETRONILA.

Siempre es la edad primera desdeñosa :  
Y la tierna doncella vergonzosa  
Ama , y rezela, y su deseo esconde ;  
Y si amante la mira,  
Se cubre de rubor , y se retira.

CAMACHO.

¿Mas con su esposo tímida ?

PETRONILA.

¡Qué tierno !

¡Qué tímido , qué fino y rezeloso !  
¡Feliz hermana !

CAMACHO.

Dulce Petronila ,

Mis rezelos perdona : pero dime ,  
¿Mi Quiteria me quiere ? ¿está contenta ?

PETRONILA

¿Puede no estarlo con tan tierno esposo,  
Y en el destino á que la llama el cielo ?  
Un mancebo jentil, rico y amable,  
De edad florida, de apacible pecho  
Y fácil trato, ¿á quién feliz no hiciera ?  
Mucho, mucho te debe  
Mi hermana en torno, si pagar espera  
Tal amor , tal fineza, tal ventura.

CAMACHO.

Solo anhela el deseo  
Que ella la goze en mi amoroso empleo.

PETRONILA.

El cielo liberal le dió hermosura ;  
Mas su edad ternezuela ser rejida  
Debe con asistencia cuidadosa ,  
Hasta que el trato y la costumbre la haga  
Diestra en las prendas que tener conviene  
La afortunada esposa  
De mayoral tan rico,  
Y en todo á tu esperanza satisfaga.  
¡Oh cuánto tiene que aprender Quiteria !  
¡Y qué mal cubre mi afición el pecho !

CAMACHO.

Tú me la enseñarás ; de tu amor fio  
Todo el contento mio.  
Y ahora oficiosa corre,  
Corre, y dile que ciego  
Ardo de sus ojuelos en el fuego.  
Haz tú por Dios que ingrata no me sea ,

Mientras yo pueda hablar á aquel criado  
Del nuevo huésped.

PETRONILA.

¡Triste Petronila!

¡De qué gentil mensaje vas cargada!

ESCENA VI.

CAMACHO, CAMILO, SANCHO.

CAMACHO.

Amigo, ¿cómo fué?

SANCHO.

Bien regalado:

De la espuma me dieron.

CAMACHO.

¿De la espuma?

SANCHO.

Salieron

Por espuma tres pollas, que añagazas

Al apetito hacian,

Y á la boca ellas mismas se venian.

Luego dos gazapillos

Y cuatro pichoncillos;

Y tras esto el licor, dulce embeleso

De Sancho, con que el seso

Pierdo regocijado.

¡Es de lo mas añejo y estremado!

¡Oh qué bien que sabia!

CAMILO

Mas decidme,

¿Qué es este vuestro amo? ¿á qué estas

[armas,

Cual si por tierra de enemigos fuera?

¿Qué busca? ¿cómo viene

Por estos despoblados?

SANCHO.

¡Dudas tales

Podeis tener! ¿no veis en las señales

Que es mi señor andante caballero?

¡Y de los mas famosos!

CAMACHO

¿Y qué es andante?

SANCHO.

Es una cosa, hermano,

Que no sabré decilla,

Porque ora se halla en la mayor mancilla,

Ora de un alto imperio soberano:

Entuertos endereza:

Soberbios desbarata:

De acá por allá corre

Malandrines venciendo;

Y el sabio encantador que le socorre,

Su pro y claras fazañas va escribiendo,

Vuela su fama, y viene al cabo á hallarse

De un gran rey en la corte, y á prendarse

De la señora Infanta,

Que es muy apuesta y bella;

Y por quítate allá casa con ella,

Y hace conde á lo menos su escudero.

CAMACHO.

¿Qué decís?

SANCHO.

Caballero

Como este mi señor no le hallaredes

Luengos siglos atrás, mas esforzado

En el acometer, ni en repararse

Mas diestro y avezado,

Mas cortés, liberal, ni mas sabido:

Así que de tenerle á vuestras bodas

Alegraros debeis.

CAMACHO.

Son dichas todas

De mi suerte feliz. Mas ya me llama

De la fiesta el cuidado.

Quedad á Dios.

ESCENA VII.

CAMILO, SANCHO.

CAMILO.

¿Con qué de tanta fama

Es este caballero?

SANCHO.

No hay deciros

Sus fechos y proezas.

Acometer le he visto denodado

Jigantes como torres, y meterse

De dos grandes ejércitos en medio,

Y al rey Pentapolin dar la victoria:

Fracasar un andante vizcaino:

Librar desaforados galeotes:

Ganar el rico yelmo de Mambriuro;

Y luego si encantado no se viera,

Del gran Micomicron rey estuviera.

CAMILO.

¡Cómo rey!

SANCHO.

Esperad, que no en un dia

La cabra el choto cria.

Al valeroso andante

Venció de los Espejos ;  
 Y luego cuerpo á cuerpo dos leones  
 Feroces y tamaños  
 Como una gran montaña ,  
 Cuyo nombre tomó para memoria  
 De tan grande aventura ,  
 Que antes el caballero se llamaba  
 DE LA TRISTE FIGURA ,  
 Sin otros mil encuentros y refriegas.  
 ¿Y todo para qué? para una dura ,  
 Sobajada señora ,  
 La sin par Dulcinea , que ferido  
 Le tiene de su amor.

CAMILO.

¿Luego sujeto

Vive al amor?

SANCHO.

Mirad , si así no fuera ,

No fuera caballero tan perfecto.

CAMILO.

¿Y quién es su señora?

SANCHO.

¿Quién? la esfera

De la belleza misma ,  
 Apuesta , comedida , y bien fablada ;  
 Princesa del Toboso cuando menos.

CAMILO.

¿Cómo!

SANCHO.

Y por ley á los vencidos pone

Que ante ella vayan á decir de hinojos:

« Encumbrada señora , aquel andante ,

« Lumbre de caballeros , norte y guia

« De valientes , famoso Don Quijote ,

« Nos manda ante la vuestra fermosura

« A que de nos ordene á su talante. »

Y así , ó me engaña la esperanza mia ,

O sus fechos estraños

Cuando menos un reino han de ganalle ;

Y luego encaja bien á Sancho dalle

La ínsula , que ha de estar yo no sé donde ;

Y verme así gobernador ó conde.

Arrímate á los buenos : con quien paces ,

Sancho , no con quien naces.

Mas hélo viene : al lobo se mentaba ,

Y él todo lo escuchaba.

CAMILO.

¿Qué estraño desvario!

Sin seso están.... no importa... en todo

[ caso

Hacerlo quiero mio.

## ESCENA VIII.

DON QUIJOTE , CAMILO , SANCHO.

CAMILO.

Felizmente , señor , os hallo al paso  
 Para besar rendido vuestras plantas ,  
 Si dicha tal en mi humildad merezco.

DON QUIJOTE.

Alzad , gentil zagal ; yo os lo agradezco.

CAMILO.

Esto á tanto valor hacer me toca.

DON QUIJOTE.

Alzad , alzad.

CAMILO.

Entre fortunas tantas ,

No es del rico Camacho dicha poca

Teneros á su lado ;

Pero mayor le vino á aquel cuitado ,

Que verse libre espera de la muerte

Por ese brazo justiciero y fuerte.

¡ Ay infeliz !

DON QUIJOTE.

Mi profesion , mi estado

Ayudar es á los que pueden poco ,

Y agravios desfacer : que esta es forzosa

Ley de caballería ,

Sin que cosa en contrario darse pueda.

¿ Algun menesteroso en este día

Necesita de mí? corramos luego....

CAMILO.

Tal vez.... pero yo os ruego .

Que modereis , en tanto

Que él mismo os pueda hablar , el justo

[ enojo.

DON QUIJOTE.

Toda tardanza para mí es quebranto.

¡ Ay alta emperatriz ! ¡ podrá ofrecerte

Algun nuevo despojo

Este tu sandio y reprochado amante !

SANCHO.

¿ Va que hay entre las bodas aventura ?

¿ Y son en un instante

Como el sueño del can mis dulces ollas?..

DON QUIJOTE.

Habédos otra vez con mas mesura ,

Sancho ; y no del alegre

Fagais , ni del juglar en demasía.

El pro del escudero

Es pro de su señor : su villanía

Amengua al caballero.

SANCHO.

¿Por lo pasado lo diréis? No pude  
Mas conmigo, señor; el aircillo  
Tras de sí me llevaba.

DON QUIJOTE.

Ven acá, ¿te faltaba  
Tiempo para comer? ¿ó mi persona  
Primero ser no debe?  
Nunca tan mal sirviera  
Escudero á señor, cual tú me sirves.  
Cuidado pues; y sígueme, que quiero  
A solas departir.... El cielo os guarde.

CAMILO.

Guárdeos, señor, á vos.

## ESCENA IX.

CAMILO, PETRONILA.

CAMILO.

Por fin ya libre  
Puedo esperar á Petronila. ¡Cómo  
Será que no la vea!  
Mucho temo que todo en vano sea  
Cuanto los dos trazemos. ¡Ah cuitado!  
Poco en tu bien solicitar me es dado.  
Petronila no asoma.... ¿qué camino,  
Basilio, seguiré para librarte,  
Si todo es mal cuanto de tí imagino?  
Esperaré otro rato.... no, mas cierto  
El buscarla ha de ser.... ¡Oh Petronila!

PETRONILA.

Felice yo, que en encontrarte acierto  
Aquí á solas, do pueda....

CAMILO.

Acaba, acaba:  
¿Vienes con muerte, ó vida?

PETRONILA.

Vida traigo,  
Pues ya dispuesta queda  
A verse con Basilio, aunque no hallaba  
Manera á ejecutarlo conveniente.  
Todo era rezelar: libreme el cielo  
Tener que persuadir á una inocente  
Tan simple como hermosa,  
Que al punto mismo que en amor se arde,  
Melindrosa y coharde  
Cien mil estorbos halla en cada cosa.  
Por último quedamos  
En que dentro de un hora aquí vengamos

Los cuatro, porque puedan  
Ellos hablarse, y acechar nosotros.

CAMILO.

¡Oh dulce Petronila! ¡oh voz suave!  
¡Muy mas grata á mi oído,  
Que de arroyuelo plácido el ruido!

PETRONILA.

Tú pues, Camilo, de Basilio cura,  
Que Quiteria, aunque tímida, es segura:  
Y vamos, que tal vez de nuestra falta  
Habrá ya la malicia rezelado.

CAMILO.

Vé pues por ese, y yo por este lado.

## CORO II.

DE ZAGALAS.

UNA ZAGALA.

Zagalas hermosas,  
Que en dulce armonía  
Tan alegre dia  
Debeis celebrar:  
Venid presurosas,  
Venid á cantar.  
Zagalas, venid;  
Y á la bienhadada,  
Bella desposada  
El himno decid.  
Zagalas, venid.

CORO I.

Los bienes, la ventura  
Que á todos los pastores  
Esta union asegura,  
¡Quién podrá encarecer!  
De guirnaldas y flores  
Nuestras sienes cñamos:  
Bailemos, y aplaudamos  
Tanta dicha y placer.

CORO II.

La vega de verdura  
Se cubre, y los collados:  
Sin guarda los ganados  
Pacen en libertad.  
Todo es paz, todo holgura  
Por el dichoso suelo.  
Baja del alto cielo,  
Alma fecundidad!

UNA ZAGALA.

Zagalas, seguid;  
El himno decid.



CORO I.

¡Qué vástagos frondosos,  
 Cual de fecunda oliva,  
 En torno de ella hermosos  
 Se verán florecer!  
 La palma mas altiva  
 Humílese á adorarlos;  
 Y llénese en gozarlos  
 El suelo de placer.

CORO II.

Colmad, piadoso cielo,  
 Ventura tan cumplida:  
 Y en sucesion florida  
 Sus vidas prolongad.  
 De angustias, de rezelos  
 Libradlos; y sellada  
 Quede la paz jurada,  
 Quede en la eternidad.

UNA ZAGALA.

Zagalas, seguid;  
 El himno decid.

CORO I.

Fecundidad dichosa,  
 Tú sola á los mortales  
 Concedes bienes tales:  
 Ven implorada, ven.

CORO II.

Contigo deliciosa  
 Baje la paz; y en una  
 Abundancia y fortuna  
 Con el amor estén.

UNA ZAGALA.

¡Oh dichosa vega,  
 Si á disfrutar llega  
 De tan alto bien!

CORO I.

La feliz serrana,

CORO II.

Su zagal querido,

CORO I.

En edad lozana  
 Viva siglos mil.

CORO II.

Con su amada unido  
 Viva siglos mil.

UNA ZAGALA.

Vivan siglos mil

CORO I.

La feliz serrana  
 En edad lozana,

CORO II.

Su zagal querido  
 Con su amada unido,

UNA ZAGALA.

Vivan siglos mil.

CORO I.

Vivan los esposos,

CORO II.

Alegres, dichosos;

TODO EL CORO.

Vivan siglos mil:

Vivan siglos mil.

## ACTO TERCERO.

## ESCENA I.

BASILIO, CAMILO.

*En esta escena y las siguientes se ve á San-  
 cho durmiendo á alguna distancia.*

CORO PRIMERO.

Ven, Amor poderoso,  
 Y une en firme lazada  
 La bella desposada  
 Con el feliz esposo.

CORO II.

Corónalos de flores,  
 Y el beso delicado  
 Dale, en que has cifrado  
 Tus mas tiernos favores.

CORO I.

Ven y dale al amante,  
 Dale su dulce esposa.

CORO II.

Dale á Quiteria hermosa  
 Su mayoral constante.

CORO I.

Dale su dulce esposa.

CORO II.

Ven; y dale al amante,

AMBOS COROS.

Dale á Quiteria hermosa.

BASILIO.

Dale á Basilio mísero la muerte  
 Con este triste canto,  
 Luto á su pecho, y á sus ojos llanto.  
 Camilo, yo no puedo,  
 No puedo sufrir mas: déjame, amigo,  
 El placer doloroso

De turbar su alegría,  
 ¡ Ay ! con la muerte mía.  
 Ni me envidies, cruel, este consuelo,  
 Que solo á mi dolor concede el cielo.  
 ¡ Oh Quiteria traidora !  
 ¡ Quiteria engañadora !  
 Mas venenosa que áspero torvisco  
 Para este desgraciado.

CAMILO.

Escesos tales  
 Modera, si no intentas  
 Tu ventura perder.

BASILIO.

¿ Puede la fuente  
 Suspender su corriente?  
 ¿ Su lumbré el sol, su lijereza el viento?  
 ¡ Oh ! ¡ con cuánto contento  
 En este mismo sitio yo le hablaba  
 En dias mas serenos y felices !  
 Aquí, aquí me alentaba cariñosa :  
 Aquí, Camilo mio, me juraba  
 Su fementido amor : aquí á los cielos  
 En mis justos recelos  
 Con promesa alevosa  
 Por testigos la pérfida traia :  
 Aquí dijo mil veces que era mía.

CAMILO.

Y lo será, si en ves de lamentarte,  
 Procuras ayudarla,  
 Y de temor y esclavitud sacarla.

BASILIO.

¿ Cómo ? dí....

CAMILO.

Si la vieras  
 Entre enemigos fieros,  
 Que con sangrientos dardos amagasen  
 Su delicado pecho, dí ¿ temieras  
 Acometer por las agudas puntas  
 A darle libertad?

BASILIO.

¡ Qué me preguntas !  
 Por ellas tan furioso me metiera,  
 Cual la tigre lijera  
 Lanzarse suele al cazador, que osado  
 Sus ternezuelos hijos le ha robado.

CAMILO.

Pues Camacho y Bernardo  
 Los enemigos son que lidiar debes,  
 Si valeroso á rescatar te atreves  
 A Quiteria infelice  
 De esclavitud entre sus manos fieras.

BASILIO.

Corre, corre: ¿ qué esperas,  
 Venturoso Basilio?...

CAMILO.

No la furia  
 Nos debe dar, sino la industria sola,  
 Zagal el vencimiento.  
 Quiteria es cual rapaza y cual doncella  
 Tímida y vergonzosa: la porfía  
 De Camacho y el duro mandamiento  
 Del severo Bernardo al fin vencella  
 Importunos lograron ;  
 Mas en su pecho el fuego no apagaron.  
 No, Basilio feliz, ella te quiere  
 Mucho mas ora que jamás te quiso,  
 Y por darte la mano ciega muere.

BASILIO.

¡ Ah ! ¡ conozco el ardid ! tú mis dolores  
 Intentas halagar con tan suaves  
 Lisonjeras palabras.

CAMILO.

¿ Pues no sabes  
 Que la mujer por condicion precisa  
 Ama lo que le vedan,  
 Sigue tenaz su antojo,  
 Huye del que la sigue con enojo,  
 Y á aquel que huyendo va, sigue impor-  
 [tuna ?

BASILIO.

Fuéme siempre contraria la fortuna.

CAMILO.

Si tan tierna y tan firme no te amase,  
 Solo por la porfía  
 De Camacho, Quiteria te amaria.

BASILIO.

No, Camilo cortés ; mi suerte escasa  
 No es digna de su fe ; ni mi pobreza  
 Me da esperar que de su grado deje  
 Al felice Camacho y su riqueza  
 Por la llaneza mía.  
 Conozco bien lo duro de mis hados :  
 Por demás te fatigas ; mis cuidados  
 Solo habrán fin, cuando Basilio muera.  
 Contino suena en mi doliente oido  
 Una voz infelice,  
 Que en lúgubre jemido,  
 Muere, muere, me dice.  
 Sombra fué mi esperanza y mi ventura :  
 Pasó mi amor, pasó el abril lozano ;  
 Y el diciembre inhumano  
 Vino de áspero hielo y de amargura.

Amar sin esperar es mi destino,  
Y sellar este amor con muerte dura.

CAMILO.

¡Qué ciego desatino!  
No mereces la dicha que te espera,  
Por ese vergonzoso abatimiento:  
Que el amante cobarde jamás hubo  
Ni premio ni favor. En un momento  
Quiteria va á llegar; ella te quiere;  
Insta, ruega, importuna,  
Llora, suspira, y cuanto mas temiere,  
Sé tú mas esforzado:  
Tú triunfarás: y tú serás dichoso.

BASILIO.

¡Ah! ¡déme Amor un corazon osado!

ESCENA.

BASILIO, CAMILO, PETRONILA, QUITERIA.

QUITERIA.

No, no puedo, no puedo, Petronila,  
Su vista soportar; déjame, hermana,  
Llorar triste y á solas mi amargura.

PETRONILA.

Ven; y nada receles....

QUITERIA.

Su ternura

Será mi confusion.

PETRONILA.

Será alegría

Para ti, para el triste  
Que en verte solo su consuelo espera.

QUITERIA.

No puedo, no: mi pecho lo resiste.

CAMILO.

Llega, hermosa Quiteria; y no severa  
Huyas de quien te adora.

BASILIO.

¡Ay Quiteria!....

QUITERIA.

¡Ay Basilio!

CAMILO.

Dejémoslos á solas, Petronila,  
Quejarse en libertad; y de ese lado  
Tú vela, que este queda á mi cuidado.

ESCENA III.

BASILIO, QUITERIA.

BASILIO.

Quiteria infiel, un día

Delicia y alegría  
Del infeliz Basilio, ora tormento;  
Un tiempo vida, hoy muerte....

QUITERIA.

¡Oh malaventurada!

BASILIO.

¿Está contento

Tu corazon cruel? ¿tienes mas penas,  
Mas agudas espinas, mas rigores  
Para este siervo mísero y paciente,  
Que de la edad mas tierna á ti obediente  
Amarte ciego es solo su pecado?

QUITERIA.

¡Ah zagal! ¡cuán errado

Juzgas de tu Quiteria!

BASILIO.

¡Cabe, cuitado yo, mayor miseria!

¡Cabe mas amargura!

¡Oh zagala mudable,

Tanto á los ojos bella y agradable,  
Cuanto cruel y dura!

¿Qué te hizo tu Basilio? ¿qué en su triste  
Pecho en tu ofensa, ¡ay enemiga! viste?

¿Es este el galardón, el premio es este  
Que dispuesto le habías?

¿Es esta, infiel, la fe que le debías?

¿Y esto pudo esperar de tu fineza?

¡Oh no vista crudeza!

Yo mismo á la serpiente ponzoñosa

Que ahora me envenena, abrí mi pecho:

A una paloma mansa y simplecilla

Dí nido, y se ha tornado

Aguila sanguinosa,

Que el tierno corazon me ha devorado.

QUITERIA.

No con agravios tales

Culpes á una infeliz: tú mismo, aleve,

Tú eres la causa de tan crudos males:

Tú de las penas, sí, del pecho mio,

Tú de este ciego dolorido llanto,

Que en vano, en vano detener porfio,

¡Cuitada! ¡quién creyera

Que Basilio ultrajarme así pudiera!

BASILIO.

¡Y quién imaginara

Que Quiteria á Basilio abandonara!

QUITERIA.

Yo no te abandoné: tú ciego y loco,

Ciego de furia y loco de rezelos,

Cobarde huíste, ó despechado, cuando

Menos huir debieras,

A mí triste dejando  
Sola y desamparada en ansias fieras.  
Yo mísera ¿qué haría?  
¿A quién me volvería?  
¿Con quién pude llorar ó aconsejarme?  
¿Con quién huir los ruegos y amenazas  
Que continuo sufría?  
¿Con qué ejemplo alentarme?  
Jemir fué mi destino cual viüda  
Tórtola solitaria, á quien el hado  
Robó su dueño amado:  
Pero jemir sin fruto. ¡Aleve! ¡aleve!  
¡Qué poco á tu fineza mi amor debe!..  
¡Tú me dejaste, y mi constancia acusas!..  
¡Oh Basilio! ¡Basilio! tu partida  
A ti eternos dolores,  
Y á este infelice costará la vida.

BASILIO.

¡Ay me! de ti por pobre desdeñado,  
Trocados en olvido los favores,  
El dichoso Camacho preferido,  
Yo de celos y angustias consumido;  
En tan acerba, ignominiosa suerte  
Otro medio no hallé sino la muerte.

QUITERIA.

Debieras esperar, y dar ayuda  
A esta triste, que nada,  
A tu lado feliz, jamás temiera,  
Ni en tamañas desdichas hoy se viera.

BASILIO.

No, ingrata; yo partía  
Despechado á morir; mas no quería  
Darte el bárbaro triunfo  
De acabar en mis ansias á tus ojos.  
Un lazo, el hierro, un precipicio horrendo,  
Las bocas sanguinosas  
De los lobos voraces  
Eran fácil camino  
Para mi dulce fin: y ya en mi furia  
Intentado le hubiera...

QUITERIA.

¡Ay infeliz!

BASILIO.

Si con mejor destino  
No me inspirara el cielo que ahora torne  
A turbar la alegría  
De este horroroso, desastrado día,  
Con mi mísera muerte: ante tus ojos  
Me verás acabar en el momento  
De tus infieles, execrables bodas.  
Mi sombra pavorosa y lamentable

Turbará tu contento:  
Te inquietará; traeráte al pensamiento  
Tu dura ingratitud. Jamás esperes  
Gozar de los placeres  
Sin este amargo, que de noche y día  
Te ha de aquejar, ¡ay enemiga mía!

QUITERIA.

¡Ah! ¡qué dices, cuitado!  
¡Tú, mi dulce Basilio!  
¡Tú acabar despechado!  
¡Tú perder esa vida mas preciosa  
A la infeliz Quiteria!  
¡Que su inocente hijuelo  
A cordera amorosa!  
En aquel punto el cielo  
Cerrara para siempre estos mis ojos.  
Yo, yo soy la culpada;  
Muera yo triste, y cesen tus enojos.

BASILIO.

No, mi bien, no, Basilio morir debe,  
Pues te pierde; y perdida,  
Pesada le es, y por demás la vida.

QUITERIA.

¡Tú morir!... vive, vive,  
Vive, Basilio idolatrado; y sea  
Tuya esta sin ventura, pues lo quieres.

BASILIO.

¿Qué dices? ¿qué palabra  
Pronunciaste? ¿es posible  
Que de mí te apiades?...  
QUITERIA.

QUITERIA.

¡Oh terrible

Estremidad! ohamor! ¡amor! no puedo,  
No puedo mas. Basilio, alienta, alienta:  
¡Ay! duelete de mí; y alienta, amado.  
Mi libertad, mi corazon es tuyo:  
Dispon, ordena de ellos á tu grado.  
Tu voluntad, tu corazon es mio;  
De su verdad y su fineza fio.  
Tuya soy, toda tuya; me sujeto  
Como tu fiel esposa  
Por siempre á tu albedrío: busca el modo  
Como esto pueda ser sin que yo falte,  
Basilio mio, al paternal respeto,  
Ni á la ley del recato:  
¡Bárbara ley!

BASILIO.

¡Oh! pueda,

Pueda el feliz Basilio  
Gozar sin fallecer tanta ventura,  
Mostrarte su ternura,

¡Adorarte, servirte! ¿sueño? ¿sueño?  
 ¡Oh es verdad, mi esperanza, vida mia,  
 Tal bien, tanta alegría?

SANCHO.

¡Qué es esto! ¡requiebrándose Quiteria  
 Con un zagal á solas!...  
 ¿Cuánto va que es Basilio?  
 Bueno, bueno: no asamos,  
 Quiteria, y ya empringamos...  
 Mas callar, que á hablar tornan.

QUITERIA.

¡Ay, amado! ¡imagina  
 Algun término honesto  
 Con que pueda alentarse mi esperanza.  
 ¡En qué estreño tan triste se halla puesto  
 Nuestro amor sin ventura!  
 Mi padre es inflexible:  
 El tiempo va á acabar; Camacho apura,  
 ¡Ay de mí! no es posible,  
 No, que medio haber pueda...  
 ¿Pues dividirnos?..... en pensarlo muero.

BASILIO.

No, dulce esposa, no, mi bien: primero  
 Basilio triste perderá la vida  
 Que de ti los aleves le separen.  
 Camacho no me asombra; amigos finos  
 Tengo y determinados.

QUITERIA.

¡Ay! no, fuerzas no quiero.

BASILIO.

Amor tiene, zagala, otros caminos.

QUITERIA.

¡Oh, cómo él nos engaña lisonjero!

#### ESCENA IV.

BASILIO, QUITERIA, CAMILO, PETRONILA.

CAMILO.

Basilio...

PETRONILA.

Hermana mia...

CAMILO.

Si mas os deteneis, es arriesgado  
 Que alguno os pueda ver.

PETRONILA.

Por ti venia

No sin algun cuidado  
 Preguntando Isabela, y aun me dijo  
 Que padre te buscaba; yo á la fuente  
 La encaminé sagaz. Vamos, Quiteria,  
 Que por esta vereda fácilmente

Llegar podremos antes.

QUITERIA.

¡Ay Basilio!...

BASILIO.

¡Ay Quiteria!... yo temo...

PETRONILA.

Vamos, vamos

Por aquí...

QUITERIA.

¡Oh desgraciada!

BASILIO.

¡Oh Basilio infeliz! Quiteria amada,  
 Ten lástima de mí...

QUITERIA.

Téngala el cielo

De esta triste, pues ve mi desconsuelo.

#### ESCENA V.

BASILIO, CAMILO.

BASILIO.

¡Qué amarga division! Camilo amado,  
 Mi suerte se ha trocado.  
 Envidia, envidia, amigo, mi alegría,  
 Mi gloria, mi esperanza, mi contento.  
 Quiteria me ama fiel: Quiteria es mia.  
 Dióme victoria Amor: ¡feliz tormento!

CAMILO.

¿Qué me dices? ¿ser puede?...

BASILIO.

Sí, Camilo:

Quiteria era inocente, me adoraba,  
 Y en mi ausencia lloraba;  
 Y á la dura violencia no pudiendo  
 Oponerse, á Camacho... de mi labio  
 Huya este nombre aleve.  
 Al fin resuelta, á resistir se atreve,  
 Y á premiar con su mano mi firmeza.  
 Yo ví cual mustia rosa su belleza  
 De padecer marchita; y ví sus ojos  
 Arder de amor, en lágrimas bañarse,  
 Y en mis felices brazos desmayarse;  
 Y luego rebosar en alegría  
 Al pronunciar mi nombre, y que era mia.

CAMILO.

¡Oh dichoso Basilio!

BASILIO.

¡Pero triste!

¡Triste! ¿cómo á lograrla llegar puedo!

¡Ay! ¡mi ventura es poca! Ya la mano

Irá á dar á Camacho... su riqueza,  
Sus amigos, Bernardo... ¡cuán tirano  
El hado me fué siempre! Cede, cede,  
Basilio miserable, á tu destino,  
Y olvida con morir tal desatino.

CAMILO.

¿Cuál es el que te arrastra?  
Zagal, ¿estás en ti? ¿de tu ventura  
Tan segura, tan cerca, y tan cobarde?  
¿Así de tu Quiteria la ternura  
Quieres pagar? ¡oh ciego!...

BASILIO.

Camilo, yo lo estoy, no te lo niego;  
Pero veo imposible  
Que en tal apuro, en punto tan terrible  
Término pueda haber para mi dicha.  
A hacerse van las infelices bodas:  
Si Quiteria resiste, ¿cómo puedo  
Ayudarla? Si cede á su desdicha,  
¡Ay! mi muerte...

CAMILO.

A tu lado

Para todo estaré determinado.  
Mas alienta, que aun hallo de remedio  
Alguna breve luz.

BASILIO.

¿Qué feliz medio  
Puedes hallar, Camilo? dílo, acaba:  
De tu agudeza mis venturas fio:  
Piensa sagaz, discurre... ¡Qué! ¿te ries?  
Tan corto te parece el dolor mio?

CAMILO.

El medio es tal que á risa me provoca.

BASILIO.

Dílo; y aquieta mi esperanza loca.

CAMILO.

Una vez, si te acuerdas,  
A ver las grandes fiestas que se hacian  
En la corte, Basilio, fuí curioso,  
Y entre mil invenciones, los astutos  
Ciudadanos finjieron un encanto,  
Que dejara dudoso  
De ser cierto á cualquiera, y temeroso  
Por sus invocaciones y conjuros:  
Tan bien lo remedaban.  
Un májico.... mas jente... aquí seguro  
No podrémos hablar; ven al vecino  
Bosque, y oirás el caso peregrino,  
Que nos puede valer.

BASILIO.

Pues vamos, vamos;

Y Amor nos dé la dicha que buscamos.

## ESCENA VI.

SANCHO.

¡Qué bien se lo han charlado!  
¡Qué engaños! ¡qué marañas! sí, bien di-  
[cen,

Que debajo los piés le sale al hombre  
Cosa donde tropieze. ¡La taimada!  
¡Qué pucheros! ¡y qué melificada!  
Cierta, mujer hermosa  
Loca ó presuntuosa.  
¡Ah Camacho, Camacho! ¡mucho temo  
Que la boda en bien pare!  
Que amor todo lo vence:  
Y diz que es un rapaz ese Cupido,  
Artero y atrevido,  
Que en nada se repara; y el deseo  
Hace hermoso lo feo.  
Mas, Sancho, en todo caso  
A Camacho con ello: ¿soy yo acaso  
Algun escuderrillo como quiera?  
¡Y montas, que cantárselo de coro  
¡No sabré bien! Dormios,  
Y injenio no tengais: reparos fuera,  
Que ese te quiere bien, que llorar te hace.  
A Camacho al instante...

## ESCENA VII.

DON QUIJOTE, SANCHO.

DON QUIJOTE.

Sancho, Sancho,

Ven acá: ¿cuándo, dime,  
Aquel dia será que á saber llegues  
Cómo debe servir un escudero?  
¿Quién solo dejará su caballero,  
Como tú en la floresta me has dejado?  
¿No hay mas, Don descuidado,  
Que olvidarse de mí, comer y holgarse?  
¿Cuándo al fiel Gandalin se vió apartarse  
De su señor? Tú estás á mis mercedes,  
Y el trabajo non curas.

SANCHO.

¿Soy de bronce?  
¿Entre tantos afanes quién hubiera  
Que la laceria escuderril sufriera,  
Sin reposar en estos entrevalos?

DON QUIJOTE.

Intervalos dirás.

SANCHO.

No acabaremos.

Digo que su nobleza y su señora,  
 Su encantador y profesion andante  
 Hacen llevar tamañas desventuras  
 Contento y de su grado al caballero.  
 Pero el pobre escudero,  
 ¿Tiene mas que estrecheces y amargura?  
 ¿Puede no ser ferido? ¿ó melecinas  
 Tiene para curarse por ensalmo?  
 ¿Sin comer ni dormir pasarse puede?  
 ¿Vence lides, jigantes y vestiglos  
 De solo á solo? ¿Reinos ó provincias  
 De acá para allá gana? ¿las Infantas  
 Se le rinden? ¿le cuidan las doncellas?  
 En los altos palacios, ya folgando,  
 Ya sus fechos contando,  
 Su señor con los reyes se entretiene;  
 Y él solícito y fiel entre desdichas,  
 De la esperanza sola se mantiene.  
 Señor, señor, diz al doliente el sano,  
 Haced salud, hermano.

DON QUIJOTE.

Bien, Sancho el bueno, ponderallo sabes;  
 Y á fe de Don Quijote, que de oírte  
 Hé gran placer. Mas ven acá: ¿las penas  
 Y menguas en que vive el caballero,  
 ¿Halas, Sancho, por dicha un escudero?  
 ¿Lidia, acomete empresas desiguales?  
 ¿Suda, se acuita, ó vese perseguido  
 De malos hechiceros, sin dar vado  
 A sus imaginados pensamientos?  
 ¿Encantado se ve? ¿se ve ferido  
 Cual él, ó en cosas tales  
 Que al andante ejercicio van anejas?  
 Sancho, mírame á mí, y á ti te mira,  
 Si es que tal vez te quejas.  
 Yo sudo, y tú reposas:  
 Tú duermes, y yo velo:  
 Mi espada vence, y los despojos ganas.  
 ¿De qué encuentro ó peligro me rezelo,  
 Por espantable ó desigual que sea?  
 El escudero sirva y acompañe  
 Fiel, callado, solícito y paciente,  
 Mientras que su señor lidia y guerrea;  
 Y del descanso y bienandanza goze  
 Que en su casa sin él jamás habria.  
 Bien como tú, pues mientras yo non curo,  
 Sin atender la pública alegría,

En al que en acorrer menoscabados;  
 Regocijado, suelto y bien seguro  
 Comes, hebes y ries  
 Sin otros pensamientos ni cuidados.

SANCHO.

No hay camino tan llano que no tenga  
 Su barranco y afan: y á veces caza  
 Quien ménos amenaza:  
 Y en los nidos de antaño  
 No hay pájaros ogaño:  
 Ni hay en nadie fiar: caza y amores  
 Un gusto y mil dolores...

DON QUIJOTE.

¿Podrás, Sancho, acabar? ¿hay aventura?

SANCHO.

Mala ventura sí.

DON QUIJOTE.

¿Pues qué tenemos?

SANCHO.

Yo lo diré; que no le duelen prendas  
 Al que es buen pagador, y en esta vida  
 No hay bien seguro, y mucho tiempo

[pide

El calar las personas: y á las veces  
 Uno se busca, y otro se tropieza;  
 Y do menos se piensa....

DON QUIJOTE.

Acaba, acaba;

En dos palabras, Sancho.

SANCHO.

Pues, señor, á Quiteria  
 Ahora Basilio requebrando estaba.  
 Yo los ví de mis ojos, que al ruido,  
 Aunque estaba dormido,  
 Despabilé, y quedaron  
 En casarse los dos. Punto por punto  
 Voy con todo á Camacho; que cabeza  
 Mayor quita menor....

DON QUIJOTE.

¡Oh Sancho! ¡Sancho!

Eso no puede ser: yo no lo creo.  
 Tú eres un vil, un sandio, malicioso,  
 Descompuesto, ignorante,  
 Mal mirado, infacundo y atrevido.  
 ¡Así de las doncellas hablar osas,  
 Y su recato en la presencia mía!  
 Esto quédese aquí....

SANCHO.

Si los he oído.

DON QUIJOTE.

Sueño tuyo sería,

Y sueño como tuyo, y de tu jenio  
 Embustero y villano. En todo caso  
 Yo te vedo que pienses ó imagines  
 Én tamaña sandez contra el decoro  
 De la honesta Quiteria, ó que te atrevas  
 A revelalla. Sancho  
 Llaman al buen callar; selo tu ahora,  
 Que el caso es arduo entre personas tales.  
 Y pues yo estoy aquí, no, no rezeles  
 Ningun desaguisado.

SANCHO.

Hágalo Dios: y vamos que ya empiezan  
 Las carreras.

DON QUIJOTE.

Cuidado.

CORO III.

DE ZAGALES.

UN ZAGAL.

Celebremos la ventura,  
 Cantemos el fausto dia,  
 Que á todo el valle asegura  
 Su mas rico mayoral.

TODO EL CORO.

Amor, amor nos le envia,  
 Gozemos de sus favores;  
 Y entre todos los pastores  
 Su memoria sea inmortal.

EL ZAGAL DEL CORO.

Celebremos la ventura,  
 Que á todo el valle asegura  
 Su mas rico mayoral.

CORO I.

¡Oh qué de bienes  
 Contigo tienes,  
 Amable paz!  
 Baja del cielo,  
 Gózete el suelo,  
 Amable paz.

CORO II.

¡Oh qué de males  
 Ven los mortales,  
 Si huye la paz!  
 Todo es temores,  
 Iras, rencores,  
 Si huye la paz.

CORO I.

Por ti en el prado  
 Vaga el ganado,  
 Amable paz;  
 Y los pastores

Cantan de amores,  
 Amable paz.

CORO II.

Misero el seno,  
 Que de ansias lleno  
 Deja la paz,  
 Porque lloroso  
 Huye el reposo  
 De do la paz.

EL ZAGAL DEL CORO.

Celebremos la ventura,  
 Que á todo el valle asegura  
 Su mas rico mayoral.

CORO I.

¡Feliz lazada!  
 Afortunada,  
 ¡Gloriosa paz!

CORO II.

Ven, que la vega  
 Te implora y ruega,  
 Gloriosa paz.

EL ZAGAL DEL CORO.

Celebremos la ventura,  
 Que á todo el valle asegura  
 Su mas rico mayoral.

TODO EL CORO.

¡Feliz lazada!  
 Afortunada,  
 ¡Gloriosa paz!  
 Ven que la vega  
 Te implora y ruega,  
 Gloriosa paz.

EL ZAGAL DEL CORO.

Afortunada,  
 ¡Gloriosa paz!

TODO EL CORO.

Ven, que la vega  
 Te implora y ruega,  
 Gloriosa paz.

## ACTO CUARTO.

### ESCENA I.

CAMILO, PETRONILA.

CAMILO.

No, cara Petronila, no desmayes,  
 Que yo esperanza tengo  
 De que logren un término dichoso  
 Los dos en sus amores.



PETRONILA.

En vano deshacerme estos temores,  
Zagal, en vano intentas.

CAMILO.

¡Tan dudoso  
Su estado te parece!

PETRONILA.

Dudoso no, mas sí desesperado.

CAMILO.

No, amada, no; que el medio  
Que te dije....

PETRONILA.

Escusado

Será cualquiera; y por demás discurre  
En atajar un mal do no hay remedio.  
El misero Basilio de Quiteria  
La mano perderá.

CAMILO.

Pues si la pierde,

Dale por acabado en su miseria.  
Tú sabes cuál la adora;  
Mas despues que se vieron, tal se aflije,  
Tal-desvaría, se lastima y llora,  
Tenaz en su furor, que en vano, en vano  
Ha de ser persuadirle sin la mano  
De su amada Quiteria, ya del ruego,  
Ya del rigor te valgas.

PETRONILA.

Pero dime:

¿Al instante no van á ser las bodas?  
¿No están ya juntas las personas todas  
Para la gran comida  
Que celebrarlas debe?  
¿Muchos no son, dispuestos y animosos,  
Los parientes y amigos de Camacho?  
¿Y él mismo por unirse á su querida  
No pugna de amor ciego?  
¡Petronila infeliz! ¡qué en vano alientas!  
¡Y en tantas ansias engañarte intentas!

CAMILO.

Todo, amada, es verdad; no te lo niego.

PETRONILA.

Quiteria es recatada y temerosa:  
Basilio desdichado cuanto pobre:  
Imposible el empeño, y poderosa  
La parte que lidiamos.  
¡Oh Camilo! ¡qué en vano nos cansamos!

CAMILO.

No, no ha de ser en vano, que este medio  
Llevarnos puede á un término felice.  
Él es ocasionado: mas la empresa

No lo es menos; y siempre  
Son en los graves daños  
Los remedios dificiles y estraños.  
Alienta, Petronila, alienta, amada,  
Que tú feliz, Quiteria afortunada,  
Seréis á un tiempo mismo.

PETRONILA.

¡Ay! ¿yo, Camilo?....

CAMILO.

Tú, Petronila; mas el tiempo vuela.  
Vé, vé, y de nuevo cuidadosa ensaya  
Tu tímida Quiteria, y con un velo  
Tráela cubierta aquí dentro de un rato:  
Que esto es preciso hacer, cual ya te dije,  
Para el ardid que desvelado trato.

PETRONILA.

¡Oh cómo temo!...

CAMILO.

Por demás se aflije  
Ciego en su amor tu corazon cobarde.  
Mas Basilio.... vé pues, que se hace tarde.

## ESCENA II.

BASILIO, CAMILO.

BASILIO.

Aquí manda Camilo que lo espere:  
Yo le obedezco fiel.. mas él es ido...  
Tarde, tarde he venido.  
La ocasion se perdió..... yo no le veo....  
¡Oh cuán en balde anhela mi deseo,  
Cuando contino el crudo amor me clama  
Que mi solo remedio es ya la muerte!  
Yo moriré; mi lamentable suerte  
Será ejemplo y memoria á los pastores....  
¡Ay Camilo! ¿qué nuevas?

CAMILO.

Avisado

Está ya Don Quijote, cual te dije;  
Y su auxilio en tu nombre demandado  
Con lastimera voz: él aquí debe  
Llegar en un momento.  
Esfuérzate, Basilio, y á sus plantas  
Rendido, con humilde sentimiento,  
Con tono triste y ademan quejoso,  
Llora, suspira, jímte, y ansias tantas  
Díle, que le enternezcas.

BASILIO.

¡Qué dudoso,  
Dulce Camilo, tu precepto sigo!  
Yo no quiero, no quiero de estas artes,

Ni de engaños valerme....

CAMILO.

Pues Quiteria

De Camacho será.

BASILIO.

¡ Ay sin ventura !

¡ Cruel estremidad !

CAMILO.

El tiempo apura ;

En nada , en nada dudes , ni te apartes  
De mis avisos , si en mi ingenio fias ,  
Y el dulce premio anhelas.

BASILIO.

¡ Qué aun porfias ,

Zagal , en tan extraño desvarío !

¡ Ah ! deja al dolor mio

De una vez acabar : todo remedio

Ínútil ha de ser.... ¡ Que con un loco  
Quieras darme salud , Camilo amado !

¡ Te lo parezco en mis desdichas poco !

CAMILO.

¿ Pues qué ? Si así no fuera ,

¿ Ayudarnos pudiera ?

Él es determinado , y con respeto

Todos aquí le miran :

Ninguno su flaqueza ha conocido :

Es cortés , es discreto y comedido ;

Y ó mi ingenio me engaña ,

O tú has de haber por su locura estraña  
Remedio en tu locura.

BASILIO.

¿ Tu amistad , fiel Camilo , lo asegura ?

Yo te obedeceré ; ni un solo punto

Saldré de tu querer . ¡ Oh malhadado !

¡ Que estoy viendo la muerte ,

Y aun la esperanza por salud anhela ,

Y en desvaríos tales se consuela !

CAMILO.

Véle allí venir ya : tu desventura ,

Si encarecerse puede ,

Encarécela , y llega con respeto.

BASILIO.

Yo llegaré ; mas tiene tan sujeto

Mi labio amor , que apenas me concede ,

¡ Oh triste ! suspirar en mi miseria .

¡ Ah , si á perderte llego , el hierro agudo

Solo , bella Quiteria ,

Podrá aliviarme en un dolor tan crudo !

### ESCENA III.

BASILIO, CAMILO, DON QUIJOTE, SANCHE.

CAMILO.

Llegad , llegad , ilustre Don Quijote ,  
Luz del valor y la virtud , sustento  
De los tristes y míseros , amparo  
De los que poco pueden :  
Vos sois aquel á cuyo esfuerzo raro  
La palma de valiente todos ceden :  
Aquel á quien los cielos  
Padre de desvalidos constituyen ,  
Para acallar sus lastimados duelos :  
Flor de los caballeros olorosa ,  
Del pundonor en el verjel cojida .  
Llegad ; y con piadosa  
Blanda mano acorred este cuitado ,  
Cuya infelice y amorosa vida  
Sin vos acabará .

DON QUIJOTE.

Cortés Camilo ,

Los loores que has dado

A mi persona , propios

Solo á mi profesion , yo te agradezco ;

Y con firme propósito me ofrezco

De todo mi talante á remedialle .

CAMILO.

Así él lo espera , y su socorro libra  
En vuestra gran bondad y brazo fuerte .

DON QUIJOTE.

Yo le haré salvo de la misma muerte .

Cuéntenos su dolor , y á cargo mio

Déjese lo demás .

BASILIO.

Es tan aguda ,

Tan terrible mi pena ,

Que de todo remedio el alma duda .

Señor , un infeliz á vuestras plantas

Os demanda besándolos rendido ,

Lo que á tantos habedes concedido .

Amparadme , amparadme....

DON QUIJOTE.

Alzad del suelo .

Y decid reposado vuestro duelo ,

Acuitado zagal .

SANCHE.

¡ Por vida mia ,

Que es como un brinco de oro ; y qué  
[impacienter

Estoy ya de escuchalle !

DON QUIJOTE.

Sancho, calla.

BASILIO.

Manera el labio de empezar no halla  
 En tanta desventura.  
 Amor, ingrátitud, pobreza dura  
 Mis enemigos son; y ya rendido  
 Fallece el corazón sin esperanza.  
 De mi dulce Quiteria la mudanza  
 Causa tan grave mal: yo la servía  
 Desde que vió la luz el primer día  
 De su vida dichosa.  
 ¡Oh, nunca fuera, nunca tan hermosa!  
 Yo soy Basilio el pobre, y á su lado  
 Desde niño criado,  
 Mirándola ¿podiera no querella?  
 ¡Ay! no: yo la adoré, y ella á mi ruego  
 Correspondió cortés; y el Amor luego  
 Nos echó cariñoso su lazada,  
 La fe sellando por los dos jurada.  
 Siete abriles así firmes vivimos,  
 Gozando embebecidos mil ternuras;  
 Mas Camacho por rico ya me quita  
 Mi amada palomita.  
 ¡Ay infeliz Basilio! Yo celoso,  
 Y en mi dolor atónito y furioso,  
 Corrí á los montes; y en la cruda muerte  
 Remedio buscar quise  
 A mi deshecha deplorable suerte.  
 De un alto precipicio iba á lanzarme:  
 Y una voz imperiosa de repente  
 Me dice: tente, tente.  
 Torno la vista; y á mi lado veo  
 Un venerable y reposado anciano,  
 Luengo el cabello y cano,  
 La barba prolongada á la cintura,  
 Y de una negra túnica vestido.  
 Con un baston nudoso  
 Que en la diestra traía,  
 El suelo hirió, y estremeciése el suelo.  
 Yo lleno de pavor y de rezelo,  
 Ni á mirarle asombrado me atrevía;  
 Mas él con blanda voz y faz serena,  
 Vuelve, dijo, Basilio, á la alquería,  
 Que yo vengo á librarte de la muerte.  
 Allí hallarás para acorrerte á un fiero,  
 A un soberbio león, con cuyo amparo  
 Quiteria será tuya, mas la suerte  
 Luego declinará; y además caro  
 El bien te costará, si no repara  
 Algun sabio tu amarga desventura,

Que al punto morirás: así los cielos  
 Premiando con su mano tu ternura,  
 Castigarán con muerte tus recelos.

DON QUIJOTE.

¡Estraño caso!

SANCHO.

En escuchallo solo

Temblando estoy: ¡oh, qué vision tan fea  
 Para mirada á solas!....

BASILIO.

Yo obediente me vuelvo á la alquería,  
 Y hállola envuelta toda en alegría  
 Por esta boda infausta. ¡Ay infelice!  
 Yo moriré, yo moriré: no huyo  
 La muerte, no: mis lastimeros hados  
 Con esto cesarán, mas antes quiero,  
 Que pues por ella y de adorarla muero,  
 Me dé su mano mi Quiteria amada.  
 Con este leve bien no ya angustiada  
 El alma partirá, ni congojoso  
 El último suspiro podrá serme.  
 Acabe, acabe de Quiteria esposo,  
 Pues que debe acabar este cuidado.  
 Yo á Camacho no estorbo la ventura:  
 Goze en buena hora, goze su hermosura,  
 Pues así plugo riguroso al cielo;  
 Y lleve yo en mi fin este consuelo.  
 Camilo y mis amigos  
 Su voluntad solícitos ganaron;  
 Y ella compadecida á tal fineza,  
 Sufre por un instante de ser mía.  
 Mas yo recelo, que en mi suerte impía,  
 Camacho me lo estorbe: su riqueza,  
 Sus amigos, sus deudos  
 Contra mí se armarán: á vos os toca  
 Ampararme, señor: vos sois el fuerte,  
 Bravo león que el adivino dijo:  
 Vos sois mi apoyo y mi sustento; humilde  
 A vos me acojo; y no dejéis que jima  
 Un triste á vuestras plantas sin consuelo,  
 Ni que el poder á la humildad oprima.

DON QUIJOTE.

Alzad, alzad del suelo,  
 Desdeñado zagal; y en mi animoso  
 Espíritu librad vuestra justicia.

BASILIO.

Hágaos por siempre el cielo venturoso.

DON QUIJOTE.

Yo soy mucho á Camacho agradecido  
 Por el buen hospedaje y agasajo;  
 Aunque esto al caballero hacerse deba,

Que en pro comun al áspero trabajo  
De las armas se ofrece; empero nunca,  
Nunca consentiré que la malicia  
A la inocencia denostar se atreva,  
Ni al puro amor. ¿Qué va á perder Ca-

[macho

En haceros feliz un solo instante?  
Presupuesto que debe todo andante  
A los menoscabados dar ayuda,  
Y ahuyentar de do asista  
La violenta opresion; ya con la mano  
Contad, Basilio el pobre, de Quiteria;  
¡Y ojalá el adivino  
En la vuestra miseria  
A acorremos viniese! Pero nada  
Faré por vos á ley de caballero,  
Si Quiteria primero  
Con libre voluntad á ello no asiente  
En la presencia mia.

CAMILO.

Mi verdad os la fia.

DON QUIJOTE.

Esto non basta, non.

CAMILO.

Pues á traerla

Yo me ofrezco ante vos.

DON QUIJOTE.

Id al instante,

Y non cureis en al.

## ESCENA IV.

SANCHO.

Señor, dejallos

Ha de ser lo mejor: ¿y quién nos mete  
En unir voluntades, ni á Basilio  
En quererse tan mal? Allá las haya  
Con su gusto en buen hora;  
Y case ó no con esa su pastora.

DON QUIJOTE.

¿Qué entiendes, Sancho el necio, de

[aventuras?

SANCHO.

Temo no por nosotros hoy se cuente,  
Que do cazar pensamos,  
Cazados nos quedamos.

## ESCENA V.

DON QUIJOTE, SANCHO, BASILIO, CAMILO,  
PETRONILA, QUITERIA.

CAMILO.

Angustiada Quiteria, aliente, aliente

Tu lastimado corazon: y llega  
Ante el gran Don Quijote,  
Que vado sabrá hallar á tu cūita.  
Aqui le tienes, su piedad implora,  
Jime, suspira, llora  
Compasiva á sus piés. Y vos, famoso  
Ilustre caballero, en valentía  
Sin par y en jenerosa bizzarria,  
No negueis el valor de vuestro brazo  
A dos tiernos y míseros amantes,  
Que se adoran constantes.

DON QUIJOTE.

Alzad, alzad del suelo,  
Fermosa lastimada, y non hayades  
Empacho en mi presencia,  
Que yo sé bien de amor por esperiencia.  
Mas decidme: ¿queredes vos, pastora,  
La vuestra mano dar en esta hora  
Al infeliz Basilio? ¿él os violenta?  
¿Convenis de buen grado  
En el don demandado?  
¿O solo por ceder á su porfia?

PETRONILA.

Su estremada vergüenza y cortesía  
La lengua le embarazan;  
Mas yo por ella humildemente os ruego,  
Que la ampareis, señor: ella se aviene  
En dar esta postrera  
Prueba de su cariño al sin ventura:  
Por Quiteria su hermana lo asegura.  
No hagais, no, que el poder se lo embaraze;  
Y el mezquino Basilio muera al menos  
Con este bien, pues este bien le place.

CAMILO.

¡Ay infeliz zagal!

BASILIO.

Si dicha tanta

Logro, no lo seré....

DON QUIJOTE.

Muy bien parece

La honestidad, zagala, en las fermosas,  
Cual joya inestimable que ennoblece  
Su nativo valor; empero nunca  
Ser debe en demasía,  
Menguando la discreta cortesía.  
Ni es usanza además que una doncella,  
Por muy gentil, apuesta y recatada,  
Haya de estar, cual vos lo estais, velada  
Ante el su caballero, al tiempo mismo  
Que trata en su cūita defendella.  
Alze pues, alze el velo

La angustiada Quiteria, y de su hermosa  
Vista no nos defraude vergonzosa ;  
Que por mí queda el acallar su duelo.  
Y diga, ¿ si consiente en que yo tome  
Sobre mí su defensa? ¿ y si á Basilio  
Se entrega de su grado?

QUITERIA.

¡ Ay señor! escusado  
El decíroslo es: el dolor mio,  
Mi confusion, mis lágrimas, mis ansias  
Lo publican bastante.

SANCHO.

¡ Santo Dios! ¡ qué semblante!  
¡ Qué belleza! ¡ qué brio!  
Pardiez que en solo vella, no soy mio.  
Un reino vale lo que encima lleva.  
¡ Qué arracadas! ¡ qué sartas! ¡ qué corales!  
Pues tomadme las manos, adornadas  
De anillos de oro y perlas orientales:  
O los luengos cabellos,  
Que á mi fe tiene el sol envidia de ellos.  
No sino ved su talle y jentileza,  
Y no la compareis con una palma  
Que cargada de dátiles se mece;  
Que á mí tal con los dijes me parece.  
Juro, juro en mi alma...

DON QUIJOTE.

Sancho, ¿ habrás de callar?

QUITERIA.

Señor, doleos

Del infeliz Basilio, de esta triste  
Que está llorando á vuestros piés rendida.  
Mi desdicha mirad, mi edad florida,  
Mi inocencia, mi amor, el don tan leve  
Que oprimidos y humildes os pedimos.  
El por mí morir debe,  
¿ Y yo mi mano le negara dura,  
Muy mas que dura roca?  
¡ Ay de mí!... no; yo quiero  
Cuanto él puede querer; de su albedrío  
Un leve punto no se aparta el mio.  
¡ Ay Basilio infeliz!... ¡ ay desdichada!

BASILIO.

¡ Ay Quiteria adorada!

DON QUIJOTE.

Llevadlos, buen Camilo, que me acuitan  
El corazon sus lastimadas penas;  
Y dejad lo demás á cuenta mia.

BASILIO.

Viva tanto valor y cortesía.

CAMILO.

El cielo, caballero jeneroso,  
Te haga en tus lides siempre venturoso.

PETRONILA.

Dete el amor cuanto tu fe desea:  
Vamos, hermana, vamos...

DON QUIJOTE.

¡ O ingrata, incomparable Dulcinea,  
Si así en los pechos rústicos él hiera,  
Qué el sandio sentirá que por vos muere!

## ESCENA VI.

DON QUIJOTE, SANCHO.

SANCHO.

¿ Podrá ya Sancho hablar?

DON QUIJOTE.

Dí lo que quieras,

Pero breve y al caso.

SANCHO.

Pues, señor, ¿ quién nos mete en sus amores?

¿ O en hacer usos nuevos?

¿ Ni por qué la zagala así se afiije?

Quien bien ha, y mal escoje,

Por muy mal que le venga, no se enoje.

Ella tiene á Camacho;

Déjese de Basilio. Habilidades

Que vendibles no son, no valen nada;

Y el bien no es conocido

Hasta que es ya perdido:

Dios bendijo la paz: coja en buena hora

Basilio otra pastora,

Que mil encontrará que bien le quieran

DON QUIJOTE.

¿ Y sufriré, si en mi valor esperan,

Que el poder los oprima,

Y acuitada á mis piés Quiteria jima?

¡ Oh! tú de amor non sabes: yo ferido

De sus flechas estoy; y ayudar debo

A los amantes fieles. ¡ Ay señora!

¡ Ay alta y encantada fermosura!...

SANCHO.

Mire, señor, no cara la aventura

Nos cueste, que Camacho es poderoso:

De juro han sus parciales de ayudalle:

Nosotros somos solos: nadie puede

Saber lo porvenir...

DON QUIJOTE.

¿ Y qué? no hasta

¿ Para todos mi aliento?

SANCHO.

¿Y así queréis pagalle  
El buen acojimiento?

DON QUIJOTE.

Yo ingrato no le soy, porque le prive  
Por un mínimo instante de Quiteria,  
Mientras muere Basilio mal ferido.

SANCHO.

¿Pues los habeis creído?  
Para mí no: que la mitad del año  
Con arte y con engaño;  
Y luego la otra parte  
Con engaño y con arte...

DON QUIJOTE.

¡Qué imagines tamaño desvarío!  
¿Así ante mi denuestas,  
Traidor, á una doncella? ¿puede darse  
Mas sencilla intencion en los cuitados?  
Miren lo que demandan...

## ESCENA VII.

DON QUIJOTE, SANCHO, UN PASTOR.

PASTOR.

A brindarse  
Va, señor, por los novios; y allegados  
Todos los convidados,  
Solo á vos os aguardan...

DON QUIJOTE.

Al momento.  
Zagal, te sigo. Sancho, á Rocinante  
No me le olvides.

SANCHO.

Le verá al instante.

## ESCENA VIII.

DON QUIJOTE.

Gracias vos rindo, soberanos cielos,  
Que de mis claros fechos la noticia  
Habedes por el mundo así estendido,  
Haciendo mi valor aun conocido  
De los rudos selváticos pastores.  
Gracias os rindo cada vez mayores;  
Y en tamaña merced de nuevo juro  
Ser, como bueno, valedor y amparo  
De miseros opresos. Y vos, alta  
Emperatriz, dechado de hermosura,  
Acorred, ¡oh señora! en la aventura  
Que acomete por vos, á este cautivo,

Pues mi pecho aleantais, y por vos vivo.  
No afinqueis mi esperar con crudo fecho:  
Que si vos me correis, mi brazo fuerte  
Sabrá estender vuestra sin par belleza  
A pesar del olvido y de la muerte,  
De do el sol muere, á do nacer empieza.

## CORO IV.

DE ZAGALES Y ZAGALAS.

TODO EL ORO.

Amor poderoso,  
Los votos recibe  
De un pueblo gozoso  
Que solo en ti vive.  
Pueblo afortunado,  
Pues de ti le viene  
Su feliz estado,  
Todo el bien que tiene.  
En tan fausto día  
Recibe los votos,  
Que alegre te envía  
Entre himnos devotos.

UNA ZAGALA.

¡Ay! sus favores  
Temed, pastores;  
Porque el Amor  
Es un traidor, es un traidor.

TODO EL CORO.

No, Amor, tú no eres  
Traidor, ni engañoso,  
Sino el delicioso  
Dios de los placeres;  
Ni crian dolores  
Las suaves llamas  
Con que el pecho inflamas  
De tus servidores.  
Ni cuando los prendes  
En tus redes de oro,  
Con amargo lloro  
Sus ojos ofendes.

UNA ZAGALA.

¡Ay! sus favores  
Temed, pastores;  
Porque el Amor  
Es un traidor, es un traidor.

TODO EL CORO.

No es traidor, es blando,  
Fácil, compasivo,  
Contino burlando,

Travieso y festivo.  
Él da al valle flores:  
Las selvas enrama,  
Y en dulces ardores  
Las aves inflama.  
No hay dicha en el suelo,  
Si en ella no entiende.  
Hasta el alto cielo  
Su imperio se estiende.

UNA ZAGALA.

¡ Ay! sus favores  
Temed, pastores;  
Porque el Amor  
Es un traidor, es un traidor.

TODO EL CORO.

¿ Quién dirá los bienes  
Y alegres cuidados,  
¡ Oh! Amor! que guardados  
A tus siervos tienes?  
¿ Quién del fino esposo  
Dirá la ventura?  
¿ La amable ternura  
De su dueño hermoso?  
Quien traidor te llama,  
Tus dichas no sabe;  
Solo aquel te alabe,  
Que goza tu llama.

UNA ZAGALA.

¡ Ay! sus favores  
Temed, pastores;  
Porque el Amor  
Es un traidor, es un traidor.

## ACTO QUINTO.

### ESCENA I.

CAMACHO, QUITERIA, BERNARDO, PETRONILA, DON QUIJOTE, SANCHO, Y NUMERO DE CONVIDADOS.

*Todos en un teatro enramado para ver las danzas.*

*Danza primera de zagales, cantando el coro en los intermedios.*

CORO F.

LLEGA, goza del premio  
De tu llama amorosa,  
Tierno esposo, en el gremio  
De tu Quiteria hermosa.

CORO F.

Y tú, zagala, el fruto  
Coje de tu belleza,  
Acetando el tributo  
De su amor y riqueza.

ZAGALES VITOREANDO.

Viva el feliz esposo  
Con Quiteria la bella.

OTROS.

Él á la par de rico, venturoso,  
Y cuanto hermosa, afortunada ella.

### ESCENA II.

*Danza segunda de doncellas, guiadas por un anciano y una matrona; y trayendo una guirnalda en un canastillo de flores.*

CORO I.

Zagalas y pastores,  
Venid, venid, á vellos.

CORO II.

Pues cantáis sus amores,  
Tomad licion en ellos.

LOS DOS COROS.

Venid, venid á vellos:  
Tomad licion en ellos.

*Los zagales de la primera danza bailan mezclados con las doncellas.*

CORO I.

Cual azucena bella  
Pagar los besos sabe  
Del céfiro suave,

CORO II.

La cándida doncella  
Dé al esposo querido  
El premio merecido.

CORO I.

Cual clavel oloroso  
Mas lozano se torna,  
Si un bello seno adorna;

CORO II.

Tal el feliz esposo  
En su cuello nevado  
Brillara reclinado.

LOS DOS COROS.

Denle, denle los cielos  
Sus dones á porfia;  
Y un enjambre de hijuelos  
Que colmen su alegría.

*Roban los zagales la guirnalda, y con ella coronan á Quiteria.*

ZAGALES VITOREANDO.

Viva, viva Quiteria y su hermosura.

CTROS.

Viva su honestidad y su ventura.

## ESCENA III.

BASILIO, LOS DICHOS.

CAMACHO.

¿A qué, Quiteria, suspender mas tiempo  
Mi anhelada ventura? premia, premia  
Con tu mano mi ardor, premialo, amada.

QUITERIA.

¡Petronila....! ¡ay cuidado!  
Él no viene.... ¡qué trance!

CAMACHO.

Dame la mano bella: alcance, alcance  
Mi fineza este bien, querida esposa.

BERNARDO.

No mas se lo dilates, mi Quiteria...

BASILIO.

*Coronado de ciprés y con un baston en la  
mano, empezando ya las jentes á bajar  
del tablado.*

Jente inconsiderada y apresurada,  
Parad, parad, y oid á este infelice  
En el último punto de su vida...

*Hincando denodado el baston en el suelo.*

Y tú, Quiteria infiel, tú, fementida,  
Tú, inhumana, á quien dieron

Leche las fieras crudas;

Tú, á quien los cielos por mí mal hicieron

Bella cuanto liviana; atiende, alevé,

En mi hora postrimera y dolorosa,

Y séme al menos en el fin piadosa.

Tú sabes lo que debe

Tu despiadado corazon al mio:

Tú sabes que ligado el albedrio

Ya en la niñez mas tierna, no te es dado

El vinculo sagrado

Romper, ni dar la mano al venturoso

Cuanto rico Camacho... ¡Ingrata! ¡in-

[grata!

Yo solo soy tu esposo,

Y tú solo eres mia.

¡Oh cielos, pues mirais su alevosía,

Por qué no confundís á la perjura!

¡Oh, mal haya, mal haya tu hermosura!

¡Mal haya amor y mi esperanza ciega,

Y el tiempo en adorarte malgastado!.....

Yo me abraso... me abraso... ya enojosa  
La vida le es al infeliz Basilio:

La vida en otro tiempo tan gustosa,

Cuando, tú, infiel, llorando le decias

Que su esposa serias.

¡Oh, no vista traicion! ¡cruda pobreza!

Por ella moriré: por su riqueza

Camacho te me roba. Goze, goze

Feliz de tu hermosura,

Mientras Basilio acaba en muerte dura...

Pero, ¡infiel! ¡inhumana! no, no esperes

De contento gozar desde este día.

Mi crudo fin, mi caso lamentable

Tus verdugos serán: mi sombra fria

Te seguirá, te acosará espantable

Culpando tu maldad... ¡Oh desgraciado!

¡Oh mísero Basilio....! muere... muere...

Así, Quiteria, este infeliz te quiere.

*Arrójase sobre el baston, y queda como  
traspasado y bañado en sangre.*

DON QUIJOTE, BERNARDO.

¡Estraña desventura!

QUITERIA.

¡Ay infelice!

¡Yo le maté, y aun vivo!... ¡ay Petronila!

PETRONILA.

¡Ay hermana!... ¡ay Camacho!

CAMACHO.

¡Qué es esto, amor!...

SANCHO.

Los ojos se me arrasan.

¡Pobre zagal! á fe que no mentia.

*Llegan á socorrer á Basilio Don Quijote,  
Sancho, Petronila y algunos de sus amigos.*

BASILIO.

¡Ay!... ¡ay Quiteria mia!...

Yo muero... sí... ¡tu esposo...

Quién fuera en este punto!... ¡qué alivia-  
[do....

Muriera! ¡qué go...zoso!

Mano... feliz! ¡quien con la suya... ahora...

Estrecharte... pudiese! ¡infiel... pastora!...

No...pue...do respirar... ¡ay!.. ¡si llevara...

Este... bien tu Basilio...! ¡qué fa...tiga!...

¡Oh... si ora fuese... tuyo! ¡ay enemiga!...

DON QUIJOTE.

Déjate de tamaño desvario,

Y cura en tu salud, pidiendo al cielo

De tu yerro perdon.

LOS ZAGALES AMIGOS DE BASILIO.

Quiteria, dale



Este alivio á lo menos, pues le matas :

Dale, dale la mano.

CAMACHO.

Yo no puedo

En ello convenir, ni en este trance

Él lo debe querer.

DON QUIJOTE.

¿Por qué tan duro,

Buen Camacho, seréis con la recuesta

De un tan liviano don? ¿ó mas honrado

Con Quiteria os habréis por recibilla

Del anciano Bernardo, que viüda

Del valeroso á quien habeis llevado

Al trance de la muerte? No, no sea

Tal por vos fecho, ó quede en su deseo

Menoscabado el triste, pues no embarga,

Zagal, vuestra ventura; y lo que pide

Es justo y hacedero.

Decir sí, y arrojar el postrimero

Aliento, ha de ser uno. De estas bodas

El lecho es el sepulcro....

LOS ZAGALES AMIGOS.

Ceded, ceded á nuestro ruego.

CAMACHO.

En vano,

En vano os fatigais.

DON QUIJOTE.

Pues qué ¿liviano

Será mi demandar? ¿ó así conmigo,

Camacho, vos habedes?...

BASILIO.

¡Ay me triste!... ¡traidora!...

¡Qué angustias!... qué ansias siento!...

Ya se acaba... el... aliento...

¡Damel.. tu mano... ¡infiel!.. ¡dolor... agu-  
[do!...

DON QUIJOTE.

¡Qué os hayades tan crudo!

No, Camacho gentil; dad á Quiteria

Permiso para hacello:

Y vos, bella acuitada,

No hayais á mengua, no, pagar el firme

Amor del infeliz: llegad á velle,

Si podeis pavorido concelle

En tan menguado doloroso trance.

Alcanze pues, en su despecho alcance

Tan triste premio su sin par fineza.

Ea, llegad, llegad: tanta braveza

Non vos dice bien, non...

LOS ZAGALES AMIGOS.

Quiteria hermosa,

Ceded, y con el triste sed piadosa.

CAMACHO.

Hazlo, si de ello gustas.

BERNARDO.

No le niegues,

Hija, tan leve bien: hazlo, querida.

Yo te lo mando, yo; y al punto sea,

Que se le va la vida.

QUITERIA.

¡Ay mísera!... Basilio...

Triste Basilio...

BASILIO.

¡Ay me...!... ¡Quiteria...!...

¡Cruel!... acaba... acaba...

De quitarme esta vida... Tú me fuiste...

Siempre mortal... ¿qué viste...

¡Ay!... en mí... para tantas desventuras?...

SANCHO.

Déjese de ternuras;

Que mas parece que en la lengua tiene,

Que en los dientes el alma: mal se aviene

Hablar tanto de amores,

Con estar acabando.

QUITERIA.

Tus dolores

Templa, Basilio mio, con mi mano.

Aquí está tu Quiteria sin ventura.

Tuya soy, toda tuya, ya inhumano

El cielo te me robe, ya dolido

De mis ansias y lágrimas te salve.

Tu esposa soy: mi fe te lo asegura.

Basilio...

BASILIO.

¡Ay! ¡ay!... ¡Quiteria!...

¡Feliz, feliz... mil... veces mi... miseria!...

Tuyo soy... tú mi esposa... qué... ale...gría!...

No puedo... res...pirar... tu esposo...tuyo...

Tuyo... soy... alma mia...

QUITERIA.

Vive, vive,

Vive, Basilio amado; y venturosa

Haz con tu vida á tu angustiada esposa.

#### ESCENA IV.

CAMILO DE MAJICO, Y LOS DICHO.

UNOS.

¡Qué asombro!

OTROS.

¡Qué vision!

DON QUIJOTE.

¡El mago es este!

MAJICO.

El cielo favorable te recibe,  
 Quiteria, ese deseo; y me ha ordenado  
 Que á darle venga presta medicina.  
 Yo soy el sabio Alberto, á quien se inclina  
 Cielo, tierra y abismo tenebroso..  
 El que puede tornar ensangrentado  
 El claro sol, y escurecer la luna  
 Parándola en su curso presuroso.  
 A mi raro saber dolencia alguna  
 Se resiste. Basilio... ¿me conoces?  
 Basilio...

BASILIO.

¡Ay! ¡ay!... ¿qué voces

Son estas?... Sabio amigo...

MAJICO.

A darte vengo.

La vida en premio de tu amor: levanta.

BASILIO.

*Curado de repente y sin la vestidura lúgubre,  
 de galano pastor.*

¡Ah! deja que tu planta

Bese humilde...

QUITERIA.

¿Basilio, vives, vives?

¡Oh felice Quiteria! Yo soy tuya:

De nuevo lo prometo.

ALGUNOS.

¡Caso extraño!

DON QUIJOTE.

¡Inaudito portento!

CAMACHO.

¡Fiero engaño!

¡Traidor! ¡falso traidor! infamia tanta

Tu sangre lavará... muera el aleve.

UNOS.

Muera, muera Basilio.

OTROS.

Viva, viva.

CAMACHO Y LOS SUYOS.

Muera, muera el traidor.

DON QUIJOTE.

Ténganse todos,

Envainen todos; y óiganme, si quieren

Quedar con vida.

SANCHO.

A las tinajas, Sancho,

Que es sagrado; y al duelo diz que huillo.

*Corre á guarecerse entre ellas.*

DON QUIJOTE.

Y pues salud el cielo favorable

Le dió, nadie sea osado

A tocalle ante mí, ni á sus decretos

El hombre ciego contrastar se atreva.

Goze, goze Basilio

De su hermosa Quiteria luengos años;

Y el buen Camacho su cuadrilla quiete

Sandia y desalumbrada,

O verála en un punto aniquilada.

Y si soberbio y temerario alguno

Osa no obedecer, por esta lanza

Pase, pase primero.

¡A este vuestro cautivo caballero

Acorred, ó señora!...

MAJICO.

Escuchad todos

Lo que el cielo me inspira

Por vuestra paz sin duda; y quien un

[punto

Lo osare repugnar, en aquel mismo

Se verá confundido. Con su amada

Basilio vivirá en afortunada

Prolongada vejez: quien lo estorbare,

Sus iras sentirá. Mas tú, ¡oh Camacho!

No habrás menores dichas, si ya sabes

Seguir por do te llama la ventura.

¡Ah! ¡con cuánta ternura

Te adora alguna que me atiende! ¡oh

[ciego!

¡Que no adviertes sus ansias y su fuego!

¡Qué gozos! ¡qué delicias á su lado

Cierto te guarda y favorable el hado!

*Retírase tan prestamente, que parezca des-  
 aparearse.*

PETRONILA.

¡Ay triste! ¡ay sin ventura!

¡Mi amor se descubrió!

CAMACHO.

¡Qué es lo que he oído!

¡Tú, Petronila!... ¡confusion extraña!

Adorada Quiteria, me ofendia:

Y su hermana ultrajada, así me adora.

¿Qué debo hacer?... mucho en el trueque

[gano.

Si logro hacerla mia

Perdonado mi error, Bernardo, padre,

Interceded por mí, dadme su mano.

BERNARDO.

¡Oh dichosa vejez!

PETRONILA.

¡ Ingrato !... ¡ ay triste !

CAMACHO.

No ingrato, esposo tuyo; tu ternura  
Tenga este leve premio.

PETRONILA.

¡ Esposo mio !...

CAMACHO.

Mi ceguedad disculpa deslumbrada;  
Y vive, Petronila, afortunada,  
Para que yo te sirva.

PETRONILA.

Mi ventura

Será hacerte feliz, zagal amado.

BASILIO.

Perdonad á un amante despechado,  
Cuanto fino y leal, pues todo ha sido  
Industria del amor: él ha sabido  
Finjir mi herida, y disponer la sangre  
De arte en este cañon, que pareciese  
Ser verdadera, y ordenó el encanto,  
Y trazó que Camilo el mago hiciese:  
Y á vuestros piés...

QUITERIA.

Quiteria desdichada...

CAMACHO.

Todo se olvide; y á mis brazos llega.

PETRONILA.

¡ Ay Quiteria !

QUITERIA.

¡ Ay amada !

¡ Tú le adorabas ! ¡ qué felices somos !

BERNARDO.

¡ O cielos ! cuánto bien en solo un día !

CAMACHO.

Siga pues de la fiesta la alegría;  
Cantando todos la sin par terneza  
De la zagala mia,  
Y de su hermana bella la fineza.

DON QUIJOTE.

Y hágaos, fieles esposos,  
Y hágaos Amor mil siglos venturosos:  
Que á despecho de cuantos  
Malignos hechiceros la memoria  
Quieran menoscabar con sus encantos  
De fecho tanto, durará su gloria.

CORO V.

DE ZAGALES Y ZAGALAS.

TODO EL CORO.

Y gozad, gozad ciegos  
Entre honestas caricias  
De sus plácidos fuegos,  
De sus tiernas delicias.

CORO DE ZAGALES.

Gozad; y las lazadas  
Que os unen, siempre sean  
De rosas, ni se vean  
Del crudo tiempo ajadas.

CORO DE ZAGALAS.

Cual álamo frondoso  
Florece en prado ameno,  
Así amor deleitoso  
Florezca en vuestro seno.

CORO DE ZAGALES.

Cual las purpúreas rosas  
Reinan entre las flores,  
Zagalejas hermosas,  
Reinad en los pastores.

CORO DE ZAGALAS.

Cual vuelve á los mortales  
El rubio sol el día,  
Sed, felices zagales,  
Del valle la alegría.

TODO EL CORO.

Y gozad, gozad ciegos  
Entre honestas caricias  
De mil plácidos fuegos,  
De mil tiernas delicias.

## ODAS.

## ODA I.

## LA VISION DE AMOR.

Por un prado florido  
Iba yo en compañía  
De la zagala mia  
Ocioso y distraido,  
Do suelta el alma de pasiones graves  
Con mi fácil rabel seguir curaba  
Del viento el silbo, el trino de las aves,  
O el *bé* que á mis corderas escuchaba;  
Y en gozo rebosaba  
Mi infantil pecho; que á un zagal divierte  
Cuanto en los campos de gracioso advierte.

Quando en faz placentera,  
Cuanto en bullir donosa,  
Vi á una doncella hermosa,  
Que nunca visto hubiera.  
La Musa, dijo, soy de los amores:  
Nada, simple zagal, nada rezeles;  
Y pues ves en suavísimos ardores  
Los hombres y aves, brutos y verjeles,  
No cantes ya cual sueles  
Esa rusticidad de la natura,  
Que bien mayor mi númen te asegura.

Dócil oye mis voces:  
Sigue el comun ejemplo,  
Ven de Vénus al templo,  
Ven con plantas veloces;  
Que allí es paz todo y célicas delicias.  
Sobre el ara feliz tu blando seno,  
Cual rosa virjinal que á las caricias  
Se abre alegre del céfiro sereno,  
De otros encantos lleno,  
La vivaz llama del placer aspire,  
Y de amor solo tu rabel suspire.

Dí en él de tu zagala  
La esplendente belleza,  
Su noble jentileza,

Su enbiesto cuello y gala.  
La luz divina de sus ojos bellos,  
Su dulce hablar y anjelical agrado  
Estro den á tu voz, y suenen ellos  
Y su nombre por todos celebrado.  
De rosas coronado  
Sigue, tierno zagal, sigue á Cupido  
Brazo con brazo á tu zagala asido.

En estos frescos valles  
El ánimo se encanta:  
Corra feliz tu planta  
Sus deliciosas calles,  
Que aquí alzó Vénus su dichoso imperio.  
Vé allí nudas triscar sus ninfas bellas;  
Y allá en brazos de amor y del misterio  
Dulces jemir las tímidas doncellas.  
Sigue alegre sus huellas;  
Sigue, tierno zagal, sigue á Cupido  
Brazo con brazo á tu zagala asido.

Mira allí prevenidas  
Entre parras espesas  
Cien opíparas mesas  
De Amorcitos servidas,  
Do risueño el placer insta á sentarse.  
Al Teyo mira que el festin ornando,  
Ya empieza con los brindis á turbarse;  
Y entre lindas rapazas retozando  
Te está dulce cantando:  
Sigue, tierno zagal, sigue á Cupido  
Brazo con brazo á tu zagala asido.  
Corre, jóven dichoso,  
Que el anciano te llama,  
Y con su copa inflama  
Tu pecho aun desdeñoso.  
Allá otros niños bellos al Parnaso  
Suben, do á Cintio Vénus los entrega,  
Cual Tibulo, Villégas, Garcilaso,  
Y alegre el niño Amor entre ellos juega.  
Ea, al coro te agrega:  
Sigue, tierno zagal, sigue á Cupido

Brazo con brazo á tu zagala asido.

Oye bullir sonantes  
Las melifluas abejas,  
Oye arrullar sus quejas  
Cien tórtolas amantes;  
Y allí bajo una yedra enmarañada  
Jemir dos venturosos amadores,  
La sien de mirto y rosa entrelazada,  
Y á Vénus derramar sobre ellos flores.

Aquí, que es todo ardores,  
Sigue, tierno zagal, sigue á Cupido  
Brazo con brazo á tu zagala asido.

Dijo Erato amorosa;  
Y en una vega amena  
De aves parleras llena  
Dejónos misteriosa:  
Y yo y mi zagaleja nos entramos  
En una gruta retirada, umbría,  
Y quién mas pudo arder, allí probamos  
Y ella mi amor, y el suyo yo vencía.  
Desde tan fausto día  
Sigo siervo feliz, sigo á Cupido  
Brazo con brazo á mi zagala asido.

## ODA II.

LOS DIAS DE FÍLIS AL ENTRAR  
LA PRIMAVERA.

DEL céfiro en las alas conducida  
Por la radiante esfera  
Baja de rosas mil la sien ceñida  
La alegre primavera;  
Y el mustio prado, que el helado in-

[vierno

Cubrió de luto triste,  
Al vital soplo de su labio tierno  
De yerba y flor se viste.  
Las aves en los árboles cantando  
Su venida celebran;  
Brotan las fuentes y su hervor doblando  
Entre guijas se quiebran;  
Y por do quier un celestial aliento  
De vida se derrama;  
Que en dulce amor, en plácido contento  
Al universo inflama.

Mas sale Fili en el glorioso día  
Que años cumple graciosa;  
Sale, y mas rosas tras su planta cria  
Que primavera hermosa.

La venturosa tierra, que animarse

Por su beldad divina  
Y de insólita pompa siente ornarse,  
Humilde se le inclina;  
Y del aroma y las delicias lleno  
Que aspiró de las flores,  
Hinchendo el viento de placer su seno,  
La embalsama en olores.

Las plantas á su vista reverdecen,  
Los arroyuelos saltan  
Entre los tallos, que ondeando mecen  
Y en su aljófár esmaltan.

Las dulces y parleras avecillas  
Le dan en voz canora,  
Con sus picos haciendo maravillas,  
Mas trinos que á la aurora;  
Y uniendo de sus tonos no aprendidos  
La música estremada,  
Le echan, dejando los calientes nidos,  
Otra nueva alborada.

Salve, le dicen, copia peregrina  
De la beldad eterna;  
Salve, virjinal rosa y clavellina;  
Salve, azucena tierna.

Salve; y al bajo mundo de tus dones  
Liberal enriquece.

¡Ay! ¡qué lazo á los tiernos corazones  
Y á tu hermosura ofrece!

¡Qué gracia celestial en tu semblante!  
¡Qué almíbar en tu boca!

De tus labios la rosa purpurante  
¡Qué de gozos provoca!

Amor, riente Amor desde tus ojos  
Flecha su arpon ardiente,  
Y mil fieles cautivos por despojos  
Te ofrece reverente.

¡Oh qué grato rubor, si se alborozó!  
¡Con qué embeleso apura  
Su adorno al gusto, y al cristal se goza  
Riente su hermosura!

¿Para qué bello jóven venturoso,  
Alma Vénus, preparas  
La víctima sin par? ¿quién anheloso  
La ofrecerá en tus aras?

¿A quién, Dione hermosa, has acor-

[dado

Tal premio? ¿ó quién es digno  
De ver tu pecho de su ardor tocado,  
Lucero peregrino?

Que en vano el cielo tu beldad no cria;  
Y aunque el rostro colores,  
Tu cuello á amor se doblará algún día,

Y ansiarás sus favores.

Así las avecillas van cantando  
Con bullicioso acento;  
Y vivas mil hasta el Olimpo alzando,  
Se esparcen por el viento.

## ODA III.

EL SUFRIMIENTO HACE LOS MALES  
LLEVADEROS.

No porque congojoso  
Al sordo cielo en tus angustias mires,  
O abatido y lloroso  
Sobre tu mal suspires,  
Lucio á templarlo querellando aspiras.

Que en orden inmutable  
Los casos ruedan de la humana vida;  
Y el hado inexorable  
Ya tiene decidida  
Tu fausto velo, ó tu infeliz caída.

Cuanto en contrario obrares,  
Es cual si opuesto á un rápido torrente,  
Nadando te obstinares  
Contrastar su corriente,  
O herir los cielos con tu altiva frente.

Afanarás en vano;  
Y el término infeliz de tu porfía  
Será, con necia mano  
Dar á la suerte impía  
Mas poder sobre ti que antes tenia:

Cual con la misma fuerza,  
Con que en su rabia al gladiador que osado  
Le hirió, alcanzar se esfuerza,  
De su estoque acerado  
Cae el toro á sus pies atravesado.

Cede al ímpetu fiero,  
Y calla y sufre cual sufrir conviene;  
Que así un pecho severo,  
O el nublado previene  
Que horrisono sobre él tronando viene,  
O con frente serena

Del rayo ve devastador las iras:  
Tal de calma y luz llena  
Jamás, Febe, retiras  
Tu faz del cielo que entoldado miras;  
Sino que hermosa subes  
Tu carro por el alto firmamento,  
Dejando atrás las nubes.  
Del mas rudo tormento  
Remedio es celestial el sufrimiento.

## ODA IV.

AL AMOR, CONFESÁNDOSE RENDIDO.

¿Qué mas quieres, ó Amor? ya estoy  
[rendido:

Ya el pecho indócil de tu arpon llagado,  
Humilde imploro tu favor sagrado:

Tu esclavo soy, si tu enemigo he sido  
Con furor obstinado.

Mi diestra débil ya dejó vencida  
Las inútiles armas por seguirte.  
¡Oh qué demencia ha sido el resistirte!  
Ya lo conozco, ya: desde hoy mi vida  
Consagraré á servirte.

No habrá ni un pensamiento ni un de-  
[seo

Que tú no inspires en el pecho mio.  
Como supremo rey de mi albedrío,  
Tuya es su dirección, tuyo su empleo,  
Tuyo su señorío;

Y el estro tuyo, y el trinar suave  
Que á mi labio feliz la musa inspira.  
Mi dulce verso solo amor suspira,  
Cual tierno el corazón solo amar sabe,  
Y amor cantar mi lira.

Si colmar de una vez mis votos quieres,  
Víbrame, Amor, aun mas ardientes fle-  
[chas,

Y en tus cárceles jima mas estrechas  
Al pié los grillos, grillos de placeres,  
Que á tus mas fieles echas.

Solo á la ninfa, de que te has valido  
Para rendirme con su vista hermosa,  
Haz que me alivie en la prision dichosa:  
Haz me regale el corazón herido,  
Mirándome graciosa.

## ODA V.

A DON SALVADOR DE MENA  
EN UN INFORTUNIO.

NADA por siempre dura:  
Sucede al bien el mal; al albo día  
Sigue la noche oscura,  
Y el llanto y la alegría  
En un vaso nos da la suerte impía.  
Trueca el árbol sus flores  
Para el otoño en frutos, ya temblando  
Del cierzo los rigores,

Que aterido volando  
Vendrá, tristeza y luto derramando,  
Y desnuda, y helada  
Aun su cima los ojos desalienta,  
La hoja en torno sembrada,  
Cuando al invierno ahuyenta  
Abril, y nuevas galas le presenta.

Se alza el sol con su pura  
Llama á dar vida y fecundar el suelo;  
Pero al punto la oscura  
Tempestad cubre el cielo,  
Y de su luz nos priva y su consuelo.

¿Qué día el mas clemente  
Resplandeció sin nube? ¿quién contarse  
Feliz eternamente  
Pudo? ¿quién angustiarse  
En perenne dolor sin consolarse?

Todo se vuelve y muda:  
Si hoy los bienes me roba, si tropieza  
En mí la suerte cruda;  
Las Musas su riqueza  
Guardar saben en misera pobreza.

Los bienes verdaderos,  
Salud, fe, libertad, paz inocente,  
Ni á puestos lisonjeros,  
Ni del metal luciente  
Siguen, Menalio, la fugaz corriente.

Fuera yo un César, fuera  
El opulento Creso; ¿acaso iria  
Mayor, si me midiera?

Mi ánimo solo haria  
La pequeñez, ó la grandeza mia.

De mi débil gemido  
No, amigo, no serás importunado;  
Pues hoy yace abatido  
Lo que ayer fué encumbrado,  
Y á alzarse torna para ser, hollado.

Vuela el astro del día  
Con la noche á otros climas, mas la aurora  
Nos vuelve su alegría;  
Y fortuna en un hora  
Corre á entronar al que abismado llora.

Si hoy me es el hado esquivo,  
Mañana favorable podrá serme;  
Y pues que aun feliz vivo  
En tu pecho, ofenderme  
No podrá, ni á sus piés rendido verme.

## ODA VI.

DE LA INCONSTANCIA DE LA SUERTE.

¿VES, ó dichoso Lícidas, el cielo

Brillar en pura lumbre,  
Sublime al sol en la celeste cumbre  
Animar todo el suelo?

¿La risa de las flores y el pomposo  
Verdor del fresco prado,  
Bullir lascivo el céfiro, el ganado  
Ir paciendo gozoso?

¿Cómo los altos árboles se mecen,  
Y entre el blando sonido,  
Los coros de las aves que el oído  
Y el ánimo adormecen?

¿Cómo el arroyo se desliza y salta,  
Y al salpicar las flores,  
Su grata variedad y sus colores  
De perlas mil esmalta?

¡Ay! tiembla, tiembla, que fatal un  
[hora  
Sople el cierzo inclemente,  
Revuelva el cielo, anuble el sol fulgente,  
Y su honor lleve á Flora.

Las hojas de los árboles sacuda  
Y esparza por la vega;  
Ate al arroyo que fugaz la riega,  
Y al ave deje muda.

Así ominosa la inconstante suerte  
A su antojo varía  
La faz del universo en solo un día,  
Y en mal el bien convierte.

Ella derroca el cedro mas altivo;  
Estremece al tirano;  
Da la púrpura á un mísero villano,  
Y hace á un rey su cautivo.

La negra ingratitude, la desabrida  
Dureza la acompaña,  
La vil doblez que á la bondad engaña,  
Y la insolencia erguida.

Evita pues un lamentable caso:  
Súfrela inexorable;  
Si la diestra te ofrece favorable,  
Modera cuerdo el paso.

Y no á un dudoso piélagó te entregues,  
Marinero inesperto;  
O infeliz llorarás sin luz ni puerto,  
Cuando en su horror te anegues.

Un tiempo yo la vi tambien contenta  
Y con rostro sereno:  
Engañóme cruel. Del daño ajeno,  
Lícidas, escarmienta.

## ODA VII.

DE LA VOZ DE FÍLIS.

AMABLE lira mia,  
Canta, acorde á mi llama deliciosa,  
La dulce melodía,  
La gracia sonora  
De la ninfa mas bella y desdeñosa.

¡Ay! canta, si te es dado  
Sus loores cantar como es debido,  
El suspiro apenado  
Que arrebató mi oído,  
Y en la gloria me tuvo embebecido.

O el brio y lijereza  
Con que los albos dedos gobernaba;  
Y la gentil destreza  
Con que el clave tocaba,  
Y con su amable voz lo acompañaba.

Su amable voz, que suena  
Cual la de los pardillos mas canoros;  
Y el alma así enajena  
Con sus trinos sonoros,  
Cual suele Amor en sus suaves coros,

Mudando blandamente  
A su placer el ánimo encantado,  
El ánimo que siente  
Todo su ardor mezclado  
Con el jemir ardiente, apasionado.

Sigue empero embebido  
El májico compas del son sabroso,  
Mientras por el oído  
Con ardid engañoso  
El ciego rey le roba su reposo.

Y la herida sintiendo,  
Y el volcan que la grata melodía  
Va en el pecho prendiendo,  
Oye aun con alegría  
El suave hechizo que sus penas cria.

Oye el labio que suena  
En feliz consonancia al instrumento:  
Y estático en cadena  
Detiene al pensamiento,  
Dudoso entre la pena y el contento.

¿Pero quién podrá tanto,  
O cuál lira será la celebrada,  
Que á seguirte en su canto  
Llegue, lengua adorada,  
Si el mismo Apolo no la da templada?

¿Quién podrá dignamente  
Ese don ponderar, ¡oh voz sonora!

Que al alma blandamente  
Rinde, embarga, enamora;  
Y aun haciéndola esclava la mejora?

¡Oh voz! ¡oh voz graciosa!  
¡Voz que todo me lleva enajenado!  
¡Oh garganta armoniosa!  
Pecho tierno y nevado,  
¡De do tono tan blando ha resonado!

Tú solamente puedes  
Tu dulzura cantar cómo es debido,  
Que á las Gracias escedes  
Feliz; y á quien ha sido  
Tan claro don del cielo concedido.

Y pues tú solamente  
Puedes bien celebrarte, ¡ay voz sonora!  
Suenen de jente en jente  
Tus trinos, mi señora,  
Y cesen ya las salvas á la aurora.

Ni los sueltos pardillos  
Que van la aura purísima surcando,  
Abran mas sus piquillos  
Mientras estás cantando,  
Y tu humilde zagal te esté escuchando.

## ODA VIII.

A LISI, QUE SIEMPRE SE HA DE AMAR.

LA primavera derramando flores,  
El cófiro bullendo licencioso,  
Y el trino de las aves sonoro  
Nos brindan á dulcísimos amores

En lazo delicioso.

Viene el verano, y la insufrible llama  
Agosta de su aliento congojado  
Arboles, plantas, flores, yerba y prado:  
Todo cede á su ardor, solo quien ama

Lo arrostra sin cuidado.

El amarillo otoño asoma luego,  
De frutas, yedra y pámpanos ceñido:  
La luz febea, su vigor perdido,  
Se encoje, mientras amor dobla su fuego  
Blando y apetecido.

Y en el ceñudo invierno, cuando atruen-  
[na  
Mas ronco el aquilon tempestuoso,  
Entre lluvias y nieves en reposo  
Canta su ardor, y rie en su cadena

El amador dichoso.

Que así plácido amor sabe del año  
Las estaciones, si gozarlos quieres,



Colmar, Lisi, de encantos y placeres.  
 ¡Ay! cójelos, simplilla; vé tu engaño,  
 Y á la vejez no esperes.

## ODA IX.

A LA FORTUNA.

CRUDA fortuna, que voluble llevas  
 Por casos tantos mi inocente vida,  
 De hórridas olas ajitada siempre,  
 Nunca sumida:  
 Tú que de espinas y dolor eterno  
 Pérfida colmas con acerba mano  
 Tus vanos gozos, de la mente ciega  
 Sueño liviano:  
 Aunque sañosa de tiniebla cubras  
 Lóbrega el cielo, que en humilde ruego  
 Férvido imploro, por huir tu odioso  
 Bárbaro juego:  
 Aunque el asilo de mi hogar me robes,  
 Aunque me arrastres ominosa y fiera  
 Desde los campos de la dulce patria,  
 Donde ligera  
 Tu undosa vena con alegre curso,  
 Ancho Garona, se desliza, y pura  
 Riega los valles, que de mieses orna  
 Rica natura:  
 Y solo y pobre en peregrino suelo  
 Mi labio el cáliz apurado lleve,  
 Con que á la envidia la calumnia unida  
 Me infama aleve:  
 Nunca rendido mi inocente pecho,  
 Nunca menguado mi valor aguardes,  
 Ni que mi plectro varonil querellas  
 Jima cobardes.  
 Como afirmado en su robusto tronco,  
 Añoño roble en elevada sierra,  
 Inmóvil burla del alado viento  
 La hórrida guerra;  
 El justo firme en su opinion, seguro  
 De su conciencia, reirá á la suerte.  
 Miedo, amenaza inútiles asaltan  
 Su ánimo fuerte.  
 Ponme, Fortuna, do en eterna nieve  
 Jime abismado el aterido mundo,  
 Que en noche envuelto nebulosa y sueño  
 Yace profundo;  
 Ponme, do Febo, su fogoso carro  
 Sin cesar rueda por el ancho cielo;  
 Do Sirio ardiente la arenosa tierra

VI.

Cubre de duelo:  
 Siempre tranquilo, moderado siempre,  
 Con igual frente me verás, ¡oh cruda!  
 Sin que provoque tu rigor, ni á viles  
 Lloros acuda.

## ODA X.

A UN AMIGO EN LAS NAVIDADES.

TEMPLA el laud sonoro  
 Del lírico de Teyo,  
 Y un rato te retira  
 Del popular estruendo;  
 Cantaremos, amigo,  
 Con alternado acento  
 En días tan alegres  
 Sus delicados versos:  
 Sus versos que del alma  
 Las penas y los dolores  
 Disipan, cual ahuyenta  
 Las nubes el sol bello.  
 Y el inocente gozo,  
 Las Gracias y el risueño  
 Placer nos acompañen,  
 Y enciendan nuestros pechos;  
 O en el hogar sentados  
 Las Musas y Liöo  
 Nos diviertan, y burlen  
 Las furias del enero.  
 ¿Qué á nosotros la corte  
 Ni el májico embeleso  
 De confusiones tantas,  
 Cual sigue el vulgo necio?  
 El sabio se retira,  
 Y admira dende léjos  
 Del mar alborotado  
 Las olas y el estruendo.  
 Gozoso en su fortuna,  
 Su rostro está sereno,  
 Sus manos inocentes,  
 Tranquilos van sus sueños:  
 Ni el oro le perturba,  
 Ni adula al favor ciego,  
 Ni teme, ni codicia,  
 Ni envidia, ni da zelos.  
 Por eso entre sus vinos,  
 Sus bailes y sus juegos,  
 De sabio dieron nombre  
 Los siglos á Anacröon:  
 Mientras el de Estajira,

33

Del Macedon maestro ,  
 Con obras inmortales  
 No alcanzó á merecerlo.  
 La vida es solo un punto ,  
 Las horas humo y viento ,  
 Cuidado los tesoros ,  
 Y sombra los contentos.  
 Feliz el sabio humilde ,  
 Que en ocio vive, exento  
 De miedo y esperanzas ,  
 Bastándose á sí mesmo.  
 Un libro y un amigo ,  
 Pacífico y honesto  
 Le ocupan, le entretienen ,  
 Y colman sus deseos.  
 Alegre el sol le nace :  
 De noche el firmamento  
 Consigo le enajena  
 En pos de sus luceros.  
 Sus horas deliciosas ,  
 Cual plácido arroyuelo ,  
 Se pierden , que entre flores  
 Con risa va corriendo.  
 ¡Dichoso el tal mil veces !  
 Su inmóvil planta beso ,  
 Pues supo así elevarse  
 Del miserable suelo.  
 Un tiempo á mi fortuna  
 Con rostro placentero  
 Tambien falaz me quiso  
 Contar entre sus siervos.  
 Llévome á que adorara  
 La imájen de su templo ;  
 Y al ánimo inocente  
 Detuvo prisionero.  
 Mas luego el desengaño ,  
 Bajando desde el cielo ,  
 Me muestra sus ardides ,  
 Y libra de su imperio.  
 De entónces , dulce amigo ,  
 Seguro de mas riesgos ,  
 La humilde medianía  
 En blanda paz celebro.

## ODA XI.

AL CAPITAN DON JOSE CADALSO ,  
 DE LA DULZURA DE SUS VERSOS SAFICOS.

DULCE Dalmiro , cuando á Filis suena  
 Tu delicada lira ,  
 El rio por oírte el curso enfrena ,

Y el mar temple su ira.  
 Alzan las Ninfas su nevada frente  
 Coronada de flores ,  
 Suelta Neptuno el húmido tridente  
 Absorto en tus amores.  
 Del céfiro en los brazos calma el vuelo  
 El ábrego irritado ;  
 Y el verdor torna al agostado suelo  
 Tu acento regalado.  
 Desde el Olimpo baja Citeera ,  
 Tanto con él se agrada ,  
 Y en sus canoros trinos se recrea ,  
 De Mavorte olvidada.  
 Siguen tus blandos ayes arrullando  
 Sus cándidas palomas ,  
 Sus Cupidos contino derramando  
 Sobre ti mil aromas :  
 Y otros tan fino am ar tiernos oyendo,  
 Una guirnalda bella  
 De mirto y rosas y laurel tejiendo ,  
 Ornan su sien con ella.  
 Las vagarosas parlerillas aves  
 Que ven la Cipria diosa ,  
 Aclaman con mil cánticos suaves  
 Sú llegada dichosa ;  
 Y en dulcimos tonos no aprendidos  
 Le dan la bienvenida ;  
 Mas de tu lira oyendo los sonidos ,  
 Calla su voz vencida :  
 O Filomena solo , que enardece  
 Tan celestial encanto ,  
 En blandos pios remedar parece  
 Las gracias de tu canto.  
 Mientras que de Dione los loores  
 Renovando divinos ,  
 La impioras favorable en tus amores  
 Con mil sáficos himnos ;  
 Que muy mas dulces que la miel mas  
 [pura ,  
 Que el aroma agradables ,  
 Solo respiran plácida blandura ,  
 Solo afectos amables ,  
 Delicias solo , y embeleso y gloria ,  
 Y paz y eterna calma ;  
 Bien que de Fili la llorosa historia  
 Renuevan en el alma :  
 Y aquel brillar cual fósforo esplendente  
 Que raudó cruza el cielo ,  
 Para hundirse en el lóbrego occidente  
 Dejando en luto el suelo.  
 Todo oyéndote calla : tu voz suena ;

Y el contento armonioso  
Puebla el aire y el ánimo enagena  
En éxtasi amoroso.

No cese pues, poeta soberano,  
Son tan claro y subido:  
Goza el sublime don, que en larga mano  
Te dan Febo y Cupido.

Gózale; y en mi oreja siempre suene  
Tu derretido acento,  
Que de ternura celestial me llene  
Y de inmortal contento.

## ODA XII.

## LA RECONCILIACION.

LIDIA.

INGRATO, cuando á hablarme  
A mi choza de noche te llegabas,  
¡Cómo para ablandarme  
Al umbral te postrabas,  
Y en dolorido llanto lo regabas!

FILENO.

Ingrata, cuando á verme  
A la huerta del álamo salías,  
¡Cuál, ay! por encenderme  
Donosa te prendías,  
Y estremos mil de apasionada hacías!

LIDIA.

¿Pues qué, cuando halagüeño  
A la sombra del álamo dijiste:  
Tú eres, mi Lidia, el dueño  
De esta alma que rendiste;  
Y al yo probar huir, me detuviste?

FILENO.

¿Pues qué, cuando zelosa  
En la vega aflijido me topaste,  
Y al verme así, amorosa  
Por detrás te acercaste,  
Y en tus cándidos brazos me enredaste?

LIDIA.

¿Y cuándo tú engañoso  
Me importunabas que la choza abriera,  
Jurándote mi esposo?  
¡Qué empeños no me hiciera  
Tu labio infiel, porque á tu ardor cediera!

FILENO.

¿Y cuándo tú enviabas  
Con Lálagé á avisar que allá tornase;  
Tierna no me ordenabas  
Que hasta el alba aguardase,

Clamando al alba que en salir tardase?

LIDIA.

Calla, pastor aleve,  
Calla, que por Dolira me has dejado;  
Y mas que el viento leve  
El voto has quebrantado,  
Que mi alma fina te creyó sagrado.

FILENO.

Calla, falaz pastora,  
Que das tu fe por Lícida al olvido;  
Y voluble y traidora  
El voto no has cumplido,  
Con que á ti me juzgué por siempre unido.

LIDIA.

Pues, ¡ay! zeloso mio,  
Calma tu ceño; cálmalo, y entremos  
Por este bosque umbrío,  
Do piques olvidemos,  
Y al dulce amor y nuestra union cantemos.

FILENO.

Pues canta, Lidia bella,  
Y aves y vientos párense á escucharte.  
Ven; con tus brazos sella  
La fe con que agradarte,  
Y nombre anhelo entre las bellas darte.

## ODA XIII.

## EL MEDIO DIA.

VELADO el sol en esplendor fulgente  
En las cumbres del cielo,  
Lanza derecho ya su rayo ardiente  
Al congojado suelo;  
Y al medio día rutilante ordena,  
Que su rostro inflamado  
Muestre á la tierra, que á sufrir condena  
Su dominio cansado.

El viento el ala fatigada encoje  
Y en silencio reposa,  
Y el pueblo de las aves se recoje  
A la alameda umbrrosa.

Cantando ufano en dulce caramillo  
Su zagaleja amada,  
Retrae su ganado el pastorcillo  
A una fresca enramada;

Do juntos ya zagales y pastoras,  
En regocijo y fiesta  
Pierden alegres las ociosas horas  
De la abrasada siesta:

Mientras en sudor el cazador bañado,

Bajo un roble frondoso,  
Su perro fiel por centinela al lado,  
Se abandona al reposo.

Y mas y mas ardiente centellea  
En el cenit sublime  
La hoguera que los cielos señorea,  
Y el bajo mundo oprime.

Todo es silencio y paz. ¡ Con qué ale-  
[gría

Reclinado en la grama  
Respira el pecho, por la vega umbría  
La mente se derrama!

¡ O los ojos alzando embebecido.  
A la esplendente esfera,  
Seguir anhelo en su estension perdido,  
Del sol la ardua carrera!

Deslúmbreme su llama asoladora;  
Y entre su gloria ciego  
Torno á humillar la vista observadora,  
Para templar su fuego.

Las pródidas abejas me ensordecen  
Con su susurro blando,  
Y las tórtolas fieles me enternecen  
Dolientes arrullando.

Lanza á la par sensible Filomena  
Su melodioso trino,  
Y con su amor el ánimo enajena  
Y suspirar divino.

Serpea entre la yerba el arroyuelo,  
En cuya linfa pura  
Mezclado resplandece el claro cielo.  
Con la grata verdura.

Del álamo las hojas plateadas  
Mece adormido el viento,  
Y en las trémulas ondas retratadas  
Siguen su movimiento.

¡ Cómo á lo lejos su enriscada cumbre  
Descuella la alta sierra,  
Que recamada de fulgente lumbre  
El horizonte cierra!

Estos largos collados, estos valles.  
Pintados de mil flores,  
Esta fosca alameda en cuyas calles  
Quiebra el sol sus ardores.

El vago enmarañado bosquecillo,  
Do casi se oscurece  
La ciudad, que, del dia al áureo brillo,  
Gual de cristal parece.

Estas lóbregas grutas.... ¡ oh sagrado  
Retiro deleitoso!  
En ti solo mi espíritu aquejado

Halla calma y reposo.

Tú me das libertad; tú mil süaves  
Placeres me presentas  
Y mi helado entusiasmo encender sabes,  
Y mi cítara alientas.

Mi alma sensible y dulce en ver se goza.  
Una flor, una planta,  
El suelto cabritillo que retoza,  
La avecilla que canta.

La lluvia, el sol, el ondeante viento,  
La nieve, el hielo, el frio,  
Todo embriaga en celestial contento  
El tierno pecho mio.

Y en tu abismo, inmortal naturaleza,  
Olvidado y seguro,  
Tu augusta majestad y tu belleza  
Feliz cantar procuro;

La lira hinchendo en mi delirio ardiente.  
Los cielos de armonía,  
Y siguiendo el riquísimo torrente  
Audaz la lengua mia.

#### ODA XIV.

A MI AMIGO DON MANUEL LORIERE  
EN SUS DIAS.

DESDEÑA, Anfriso, del enero triste  
Las rudas furias y aterido ceño:  
Su cana faz, su nebulosa vista  
Plácido mira.

Turbe su soplo por el yermo monte  
Los chopos altos: á la fuente pare  
Su jiro; y hiele el delicioso pico.  
De Filomena;

Tú no receles: en el hondo vaso  
El vino corra y el hogar se bebe,  
De entre mil vivas del ilustre padre  
Y los amigos;

El dia pierde que saliste fausto  
A la luz alma del alegre cielo,  
Que puro siempre y apacible luzca  
Para la tierra.

Lejos el llanto y veladora cuita  
El dia claro de mi tierno amigo:  
Solo las gracias, el amable gozo  
Plácido reine.

Vuele la risa cariñosa, llena  
Ruede la copa con alegre canto,  
Que eco vagando por el alto techo  
Grato repita.

Vive feliz, ¡oh de mi pecho amante  
 Parte dichosa! ¡de Batilo gloria!  
 Vive, mi Anfriso; y la voluble suerte  
 Ciega te sirva.

## ODA XV.

A JOVINO EL DÍA DE SUS AÑOS.

DEJA, dulce Jovino,  
 El popular aplauso, retirado.  
 Conmigo, do el divino  
 Apolo al concertado  
 Plectro te canta tu dichoso hado.  
 Y escúchale cual suena,  
 El luciente cabello desparcido.  
 Por la frente serena;  
 Y á su trinar subido  
 El Manzanáres queda embebecido.  
 Él canta como fuiste  
 Al nacer de sus Musas regalado;  
 Y como mereciste  
 Ser por él doctrinado  
 En pulsar diestro su laud dorado.  
 Y canta los favores  
 Que los cielos te hicieran, el lustroso  
 Nombre de tus mayores;  
 Y entre ellos cuán glorioso  
 Crece el tuyo y descuella, cual frondoso  
 Alamo, que, al corriente  
 De las aguas tendiéndose, levanta  
 Sobre todos la frente;  
 Y luego el son quebranta,  
 Y el triste lamentar del Bétis canta:  
 Cuando tú por la orilla  
 Del claro Manzanáres le dejaste,  
 ¡Ah! ¡cuánta pastorcilla  
 Partiéndote apenaste!  
 Y á los zagales ¡qué dolor causaste!  
 ¡Oh Jovino felice!  
 ¡Oh por siempre sereno, fausto día!  
 La voz alzando dice:  
 ¡Vive, vive, alegría  
 Del suelo ibero y esperanza mía!  
 ¡Oh, vive, afortunado!  
 Que el cielo te concede dadivoso  
 Larga edad. El sagrado  
 Plectro cesa, y lumbroso  
 Se ostenta el dios de su cantar gozoso.

## ODA XVI.

EN LA MUERTE DE FÍLIS.

CRUEL memoria, de acordarme deja  
 La gracia celestial de aquellos ojos,  
 Que al aflijido pecho un tiempo dieron  
 Serenidad y vida.  
 ¡Qué vale que fantástica retrates  
 Los delicados labios, do entre rosas  
 Amor adormecido reposaba,  
 Y el razonar divino?  
 El donaire, la gracia, el delicioso  
 Hechizo de su voz, el albo cuello  
 Y aquellas hebras do viví cautivo,  
 Y al oro deslucian:  
 Todo la muerte lo acabó, nublando  
 La tierra, Fili, que en gozarte ufana,  
 Mientras la hollaste con tu planta bella,  
 Semejó al claro cielo.  
 Mas ora yerta, mustia, en ciega noche  
 Sepultada y en luto sempiterno,  
 Solo se queja de su triste muerte  
 Con lastimeras ansias.  
 ¿Dónde está, dice, la real presencia  
 De la divina Fili; el manso halago  
 Y el brillar de sus niñas celestiales  
 Dónde se ha oscurecido?  
 ¿Cuándo no anticipó la primavera  
 Saliendo al valle, y el estío ardiente  
 No templó afable con la nieve pura  
 De su turjente seno?  
 El céfiro jugando bullicioso  
 Entre sus labios, ó besando amante  
 Las flores que tocándolas se abrian  
 A ofrecerle su aroma.  
 ¡Ay! danos, muerte cruda, el malogrado  
 Pimpollo que agostaste: restituye  
 Su milagro al amor y su tesoro  
 A la angustiada tierra.  
 Divina Fili, si mi ruego humilde  
 Algo alcanza contigo, desde el cielo  
 Tus ojos á mis lágrimas inclina,  
 Y templa mi quebranto.

ODA XVII.

HIMNO A VENUS. (Traducido.)

DESCIENDE del Olimpo, alma Citéres,  
 Madre de amor hermosa,

Brotarán en mi pecho mil placeres  
Con tu vista dichosa.

Crecerá la delicia y la alegría,  
En que por ti me veo,  
Y colmará feliz el alma mia

Su encendido deseo:  
Su deseo, Dione, que penado  
Solo á tu númen clama,

Y de amor lleno y de temor sagrado  
Dulce madre te llama.

Ven, ó de Gnido y Páfos protectora,  
Que un pueblo de amadores  
Tu auxilio celestial ferviente implora,  
Cantando tus loores:

Y espera, el seno en júbilo saltando,  
Que entre aromas suaves  
Sobre el fúljido carro que tirando  
Van tus cándidas aves,

Bajas á tu áureo templo, do en sus aras  
Cuando parado hubieras,  
De gloria al mundo con tu luz colmaras,  
Y eterno bien nos dieras.

De las mansiones del radiante cielo,  
El deleite inefable  
Con tu dulce mirar gozará el suelo,  
Y tu sonrisa amable.

Logrando que en un éstasi glorioso  
Tu numen lo adurmiese,  
Que en primavera perennal dichoso  
Para ti floreciese.

¡Para tí! ¡oh regocijo y hermosura  
Del estrellado asiento!  
Do la esperanza inmarcesible dura,  
Y es sin fin el contento.

### ODA XVIII.

#### LA AURORA BOREAL.

No tiembles, Lice, ni los ojos bellos  
De objeto tanto atónita retires:  
Perdone á tu mejilla

El miedo que su púrpura mancilla.  
¿Viste no ha náda la brillante llama  
Morir del sol, que lánguido su carro  
Deslizó al mar onduoso?

Hélo pues torna su esplendor glorioso.  
Esas ardientes flechas, esa hoguera,  
Viva, ajitada, que en su lumbre inflama  
Del aire el gran vacío,  
Rompiendo de la niebla el cerco umbrío:

Tantos grupos y piélagos de fuego  
Que hirviendo bullen, la riqueza suma  
De matices y albores,  
Que del íris apocan los primores;  
Son otra nueva aurora, que del polo  
Corriendo boreal con sus reflejos  
El horizonte dora,  
Cual la que al día en su nacer colora.

Allá en su natal suelo y su infinita  
Copia de luz, si rozagante tiende  
La undosa vestidura,  
Suple del sol la pompa y la hermosura.

Viérasla allí de mil y mil maneras  
El cielo esclarecer: ora lanzarse  
En rápido torrente,  
Ora alzar leda la rosada frente,  
Ora el oro del fúljido topacio  
Mentir sus llamas, ó el azul mas puro,  
Y ora de la mañana  
El claro albor y la encendida grana.

Si no se ajita en turbulentos rayos,  
Que aquí y allá flamíjeros discurren,  
Ahogando sus centellas  
El fuego brillador de las estrellas,  
O en arco inmenso se derrama, y sabe  
Hasta el cenit, do pródiga sembrando  
Su inexhausto tesoro,  
Tremola ufana su estandarte de oro:

Que el Lapon rudo estático contempla,  
O á su próvida luz atento vaca  
A sus pobres afanes,  
Y acata entre ella á sus paternos manes (\*).  
Así el imperio de la noche vence,  
Que aquellas plagas desoladas cubre,  
Llenando de alegrías  
Su eterno hielo y su tiniebla umbría.

Hija del sol, cual la que alegre rie  
Para nosotros en el rubio oriente,  
Recamada de albores,  
Bañando en perlas las dormidas flores.

Del caro padre el rutilante carro,  
Purpúreo manto y túnica vistosa  
Agraciada recibe,  
Y de su llama y sus favores vive.  
Así la nuestra, al empezar fogoso

(\*) *Paternos manes*, las almas de sus padres: creencia comun á los pueblos del norte, que, entre el brillo y las luces de este metéoro, se imaginaban ver á los Genios del país y las almas de sus mayores.

El mismo sol su plácida carrera,  
Le antecede lumbrosa,  
La cien ceñida de jazmin y rosa.

No temas pues sus ráfagas ardientes,  
Ni rayos tantos, ni vistosos juegos  
Como en sus pasos forma,  
Ni si en mil modos su beldad trasforma.

La misma siempre en apariencia varia,  
Si la ignorancia la tembló algun dia;  
Y amenazó esplendente  
Del tirano cruel la torva frente;

Hoy la verdad en colocar se place  
Su númen claro en el radiante trono,  
Donde inocente brille,  
Y nada aciago su fulgor mancille.

Rijiendo augusta con luciente cetro  
El yerto polo y páramos sombríos,  
Do en toda su grandeza  
Su majestad se ostenta y su belleza.

Goza pues, Lice, sin zozobra goza  
Del vistoso espectáculo que ofrece  
Un nuevo día al suelo,  
Ardiendo hermoso el ámbito del cielo.

## ODA XIX.

AL MAESTRO FRAY DIEGO GONZALEZ, QUE  
SE MUESTRE IGUAL EN LA DESGRACIA.

No con mísero llanto  
Aumentes tu penar; ni á la memoria  
Traigas los días de voluble gloria  
Que te robó fortuna;  
Si crecer tu quebranto  
En la queja importuna  
No anhelas sin provecho,  
Cerrando al bien el obstinado pecho.

Siente, Delio, que moras  
El reino del dolor, do nada puro  
Es dado ver, ni de temor seguro  
El contento se asienta:  
Y acaso mientras lloras,  
Ya blando el cielo alienta  
Tu seno; y la alegría  
En copa de oro liberal te envía.

Cuanto es so el claro cielo,  
El bien envuelve con el mal mezclado;  
Y cuando el mal el ánimo ha llagado,  
Luego el bien le sucede.

Así el lúgubre velo  
Descorre, á par que cede

Al sol la noche oscura,  
Con sus dedos de rosa el alba pura.

Verás que tempestuosa  
Tiniebla envuelve el dia, y el luciente  
Relámpago cruzar la nube ardiente,  
La ronca voz del trueno  
Sonar majestuosa,  
Y temblar de horror lleno  
El rústico inundados  
Entre lluvia y granizo sus sembrados:  
Y los vientos veloces

Robar las nubes de la etérea playa  
Verás; el iris que purpureo raya,  
Del pueblo alado mueve  
Las armónicas voces;  
Y el labrador se atreve  
A contar por segura  
Ya la esperanza de la mies futura.

Así lo ordena el cielo:  
Así van lo liviano con lo grave  
Enlazados, y lo áspero y suave  
En perenne armonía;  
Y el lloro y el desvelo  
Tras la vana alegría  
Con ala infausta vuela,  
Cuando esperanza menos lo rezela.

Quien vive prevenido,  
Ríe á la suerte, el pecho sosegado:  
Cantando va del mar alborotado  
Entre el bramar horrendo,  
Y de Marte al ruido  
Y funeral estruendo  
Canta, ó cuando el tirano  
A su cuello amenaza en fmpia mano.

Mas si en pos fausta aspira  
Fortuna, y le sublima en su engañosa  
Tornátil rueda, confiar no osa:  
Antes teme prudente  
Que torva ya le mira  
Desgracia; y diligente  
La frágil vela coje,  
Echa el ancla, y al puerto se recoje,

A que pase esperando  
La ola bramante, y calme bonanzoso  
Febo la mar; mas si en letal reposo  
Le aduerme la ventura,  
El huracan soplando  
Le arrastra en su locura,  
A do en tiniebla ciega  
Por mas que clame, el piélagos le anega.

## ODA XX.

## EL NACIMIENTO DE JOVINO.

Id, ó cantares míos, en las alas  
De la fiel amistad; y de Jovino  
Celebrad la alegría  
En su feliz y bienhadado día.

Id al dulce Jovino, á vuestro númen:  
Id, y dad el tributo de alabanza  
A su nombre glorioso,  
Pues su amor solo os inspiró oficioso.  
¡Qué cosa mas süave y deliciosa  
Que este tributo! ¡qué para la tierra  
De mas prez y contento

Que de un hombre de bien el nacimiento!  
Nace un héroe, y medrosa se estremece  
La tierna humanidad sobre una vida,  
Que del linaje humano  
Destruirá la mitad con cruda mano.

El envidioso nace; y mira al punto  
Al astro de la luz con torvo ceño,  
Solo porque derrama  
Sobre sus padres su benigna llama.

Nace un malvado; y á su vista el vicio  
Bate las palmas, y gozoso rie  
Viendo el nuevo aliado,  
Que en su cólera el cielo le ha otorgado.

Empero hombre de bien Jovino nace:  
Y á su cuna corriendo las virtudes  
En sus brazos le mecen,  
Y en su amable sonrisa se embebecen.

Naturaleza al verse ennoblecida,  
Se regocija; y mil alegres himnos  
Los ánjeles cantando,  
Sus venideras dichas van contando.

Su vida, dicen, correrá apacible,  
Bien cual sereno el sol brilla en un día  
De alegre primavera  
Por la tranquila purpurante esfera.

Será de niño de sus padres gozo;  
Después creciendo de su patria gloria,  
Y de premios colmado,  
De sus émulos mismos ensalzado.

Detendrá la vejez por contemplarle  
Su lento paso, y lucirán sus canas  
Como la luna hermosa  
En medio de la noche silenciosa.

Respetará la muerte su inocencia;  
Y en un plácido sueño á las alturas

Subirá de la gloria,  
Dejando al mundo eterna su memoria.

Será allí recibido con canciones  
De gozo celestial; su acorde lira,  
A los coros divinos  
Por siempre unida, seguirá sus trinos.

Ni la calumnia, ni la envidia fea  
Lo mancharon viviendo en su tranquila  
Muerte los tristes claman,  
Y dulce padre y protector le llaman.

La indulgente amistad moró en su seno,  
La piedad en sus manos dadivosas,  
Y en su rostro el gracioso  
Aire de la virtud y su reposo.

¡Oh mil veces felice quien merece  
Loores tales! ¡oh sin par Jovino,  
A quien naciendo el cielo  
Dió liberal en joya rica al suelo!

Vive; y en dotes y en aplausos crece,  
Que de mi musa ocupacion gustosa  
Será, Jovino, en tanto  
Decir tu nombre en regalado canto.

## ODA XXI.

## A LA ESPERANZA.

ESPERANZA solícita, á mi ruego  
Ven, alijera mi afanosa carga:  
Ven, que abismado el ánimo fallece  
Con pena tanta.

No me abandones á mi suerte cruda:  
Déjame al menos que me adule el aura,  
Con que á los tristes su dolor agudo  
Leda regalas.

Lóbrega noche, pavoroso trueno,  
De airado rayo agitadora llama,  
Ruedan en torno de mi triste frente,  
De horror helada.

Donde los ojos dolorido torno,  
Cien furias hallo que gritando claman:  
Caiga, y hollemos su abatido cuello:  
¡Bárbara saña!

Ven, y disipa el ominoso bando,  
Hija del cielo: tu presencia grata  
Torne al herido desolado pecho,  
Torne la calma.

Tú que benigna al arador avaro  
Sobre la esteva en su labor halagas  
Con la esperanza de la mies, que opima  
Julio le guarda.



Tú que al osado marinero alientas,  
 Cuando asaltado en la voluble barca  
 De hórridos vientos y revueltas olas,  
 Misero clama.

Al que agoniza en solitario lecho,  
 Entre las sombras de la triste parca,  
 Aun le confortas amorosa, y nunca  
 Déj te separas.

Todo lo endulzas favorable, y cubres  
 De un velo grato que enajena el alma;  
 Que hace la copa de la vida al hombre  
 Menos amarga.

Tal como el brillo de la blanca luna,  
 Deshecho el ceño de la noche opaca,  
 Del caminante el abatido aliento  
 Fausta levanta.

Madre del gozo, cariñosa amiga,  
 Siempre constante, deliciosa maga,  
 En cuyos brazos inefable alivio  
 Las penashallan;

Plácida corre á mi lloroso ruego,  
 Y aplica presta á la profunda llaga  
 Queen lo mas vivo de mi ser penetra,  
 Blanda triaca.

Dame tocar al mas humilde puerto:  
 Dame alentar en su dichosa playa:  
 Goze á su ocaso mi ajitada vida  
 Paz y bonanza.

## ODA XXII.

FÍLIS RENDIDA.

ALADO dios de Gnido,  
 Amor, mi gloria celestial delicia,  
 Ya el ánimo aflijido  
 Mereció hallar á tu deidad propicia.

Ya el laurel victorioso  
 Logré, y los premios que anheló el deseo.  
 ¡Dulce amor, qué dichoso  
 Es el estado en que por ti me veo!

De mi Fili adorada  
 La timidez domaste y los rigores,  
 Y en mi llama inflamada  
 Pagó mi suspirar con mil favores.

Sus ojuelos divinos  
 Que envidia el sol en su lumbroso oriente,  
 Me halagaron benignos.  
 ¡Ay mirar vivo, regalado, ardiente!

De su boca ¡qué perlas  
 Dulce riendo á mi rogar saltaron!

VI.

Loco corrí á cojerlas,  
 Y en néctares mis labios se inundaron.  
 Su mejilla de rosa

Miré inflamarse á mi feliz porfía,  
 Mas fresca y olorosa  
 Que cuantas Gnido en sus pensiles cria:

Despues, oh! ¡quién pudiera  
 Fiel retratar mi celestial ventura,  
 Las finezas que oyera,  
 Mi ciego ardor, su virjinal ternura!

Con su mas rico lazo,  
 Colmándonos amor de sus placeres,  
 Nos unió: en su regazo  
 Un beso, mil nos dió grata Citéres.

Y con amiga diestra  
 La copa de su néctar mas precioso  
 Brindándonos, nos muestra  
 La senda á un bosque retirado umbroso,

Do nuestros finos pechos  
 En llama ardieron súbito mas viva,  
 Cual cera al sol deshechos,  
 Ni yo cobarde, ni mi Fili esquiva.

En torno revolante  
 Coro de amores con alegre juego  
 Y bullicio incesante  
 A una alentaba nuestro dulce fuego;

Y las Gracias risueñas  
 Sobre mi Fili rosas derramaban:  
 Y aplaudiendo halagüeñas,  
 Ven, Himeneo, ven, dulces clamaban:

Ven fausto al delicioso  
 Vínculo del amor y la belleza,  
 Y al triunfo mas glorioso  
 Sobre el desden de la sin par fineza.

Ven, y al zagal que ahora  
 Tan alto bien por su firmeza alcanza,  
 Estreche su pastora;  
 Y eterna flor corone su esperanza.

Ven, que solo á ti es dado  
 Confirmar en la paz que han recibido,  
 Los que en uno han juntado  
 Propicia Vénus y el rapaz Cupido.

## ODA XXIII.

SEGUNDOS DIAS DE FÍLIS.

¡QUÉ dulcísimo canto el aire llena!  
 ¡Qué aplauso, qué armonía  
 Embebecido el ánimo enajena  
 En tan alegre día!

¡Qué espléndido fulgor, qué viva llama  
En su carroza de oro  
Con mano liberal el sol derrama  
De su inmenso tesoro!

Lleno favonio de ámbares suaves  
Regala los sentidos,  
Y el estrépito y trino de las aves  
Encantan los oídos.

Ríe ufana la tierra, y reanimada  
De galas se matiza;  
La nieve en arroyuelos desatada  
Sonante se desliza,

Que en purísimo aljófár por los valles  
Con vistosos colores  
Forman mil jiros y galanas calles,  
Jugando con las flores.

Todo inocente anjélica belleza,  
Se debe á tu luz pura,  
Que á adornar basta la naturaleza  
De no vista hermosura.

La tuya en su donaire peregrina  
Nos trae la primavera,  
Su júbilo y sus rosas, la divina  
Luz de la cuarta esfera.

De tus años el círculo dichoso,  
Esta riente aurora  
Cual tras lóbrega noche se alza hermoso,  
Y el sol los cielos dora,

Vivífico tornando en cuanto existe,  
El lustre antes perdido,  
De lozano verdor las selvas viste,  
De yerba el ancho ejido;

Así vuelven las Gracias y el contento  
A la dichosa vega,  
Que en raudal puro susurrando lento  
Undoso el Tórmes riega.

Sus zagalejas en vistosas danzas,  
Con bullicioso canto  
Dicen de tu heldad las alabanzas,  
Su irresistible encanto.

Y los tiernos amantes pastorcillos  
Las salvas repitiendo,  
Al compás sus acordes caramillos  
Sus letras van siguiendo.

Feliz, claman, feliz tan albo día,  
Y hermoso y puro brille:  
Jamás lo desampare la alegría,  
Ni lloro lo mancille.

Como fausto por siempre señalado  
Quede de jente en jente,  
Pues lo has, Filis divina, consagrado

Con tu primer oriente.

Anjélica heldad, del alto cielo  
Cual joya acá enviada  
Para gozo y honor del triste suelo  
Mientras allá seas tornada:

Idolo celestial de los zagales,  
Adorable hechicera,  
Causa feliz de mil sabrosos males,  
Gloria de esta ribera,  
Crece, temprana flor, en gracias crece  
Y en virtud te adelanta,  
Cual palma escelsa que en el val florece,  
Y al cielo se levanta.

Crece, y cual pomo que de rosas lleno  
Puebla el aire de olores,  
Así tus ojos, tu sensible seno  
Derramen siempre amores.

Por ti goza la tierra venturosa  
Pompa, flores, verdura,  
Y cándida verdad, y gloriosa  
Fe de inocencia pura.

Feliz el que á servirte consagrare  
Su bien lograda vida;  
Y tu hablar dulce y tu reir gozare  
Que á juegos mil convida.

Pero feliz sin par quien mereciere  
Fijarte, y á ti unido,  
Tu seno de jazmin latir sintiere  
De su amor derretido.

Así los coros y el aplauso suena  
Que á mi Filis aclama:  
Y el cielo en luz mas fúljida y serena  
En su loor se inflama.

#### ODA XXIV.

A LA MAÑANA, EN MI DESAMPARO  
Y ORFANDAD.

ENTRE nubes de nácár la mañana,  
De aljófares regando el mustio suelo,  
Asoma por oriente;  
Las mejillas de grana,  
De luz candente el trasparente velo,  
Y muy mas pura que el jazmin la frente.  
Con su albor no consiente  
Que de la opaca noche al triste manto,  
Ni su escuadra de fúljidos luceros  
La tierra envuelva en ceguedad y espanto;  
Mas con pasos lijeros,  
La luz divina y pura dilatando,

Los va al ocaso umbrífero lanzando.  
 Y en el diáfano cielo coronada  
 De rutilantes rayos vencedora,  
 Se desliza corriendo :  
 Con la llama rosada  
 Que en torno lanza, el bajo mundo dora,  
 A cada cosa su color volviendo.  
 El campo recojiendo  
 El alegre rocío, de las flores  
 Del hielo de la noche desmayadas,  
 Tributa al almo cielo mil olores :  
 Las aves acordadas  
 El cántico le entonan variado,  
 Que su eterno Hacedor les ha enseñado.  
 En el ejido el labrador en tanto  
 Los vigorosos brazos sacudiendo  
 A su afán se dispone ;  
 Y entre sencillo canto,  
 Ora el ferrado trillo revolviendo,  
 Las granadas espigas descompone ;  
 O en alto monton pone  
 La mies dorada que á sus trojes lleve ;  
 O en presto jiro la levanta al viento,  
 Que el grano purgue de la arista leve,  
 Con su suerte contento ;  
 Mientras los turbulentos ciudadanos  
 Libres se entregan á cuidados vanos.  
 Yo solo, ¡ miserable ! á quien el cielo  
 Tan gravemente aflige, con la aurora  
 No siento, ¡ ay ! alegría,  
 Sinó mas desconsuelo.  
 Que en la callada noche al menos llora  
 Sola su inmenso mal el alma mia ;  
 Atendiéndome pia  
 La luna los gemidos lastimeros ;  
 Que á un misero la luz siempre fué odiosa.  
 Vuelve pues rodeada de luceros,  
 O noche pavorosa,  
 Que el mundo corrompido, ¡ ay ! no me  
 [rece  
 Le cuente un infeliz lo que él padece.  
 Tú con tu manto fúnebre, sembrado  
 De brillantes antorchas, entretienes  
 Los ojos cuidadosos ;  
 Y al mundo fatigado  
 En alto sueño silenciosa tienes :  
 Mientras velan los pechos amorosos,  
 Los tristes, solo ansiosos  
 Cual estoy yo de lágrimas y quejas,  
 Para mejor llorar te solicitan,  
 Y cuando en blanda soledad los dejas,

Sus ansias depositan  
 En tí, ó piadosa noche ; y sus gemidos  
 De Dios tal vez merecen ser oídos.  
 Que tú en tus negras alas los levantas ;  
 Y con clemente arrebatado vuelo  
 Vas, y ante el solio santo  
 Las rindes á sus plantas ;  
 Y con clemente fervoroso vuelo  
 Que ledo temple el mas amargo llanto.  
 Aunque el fiero quebranto  
 Que este mi tierno corazón devora,  
 Por mas que entre mil ansias te lo cuento,  
 Por mas que el cielo mi dolor implora,  
 No amaina, no el tormento :  
 Ni yo, ¡ ay ! puedo cesar en mi gemido,  
 Huérfano, jóven, solo y desvalido.  
 Mientras tú, amiga noche, los mortales  
 Regalas con el bálsamo precioso  
 De tu süave sueño,  
 Yo corro de mis males  
 La lamentable suma ; y congojoso  
 De miseria en miseria me despeño,  
 Cual el que en triste ensueño  
 De alta cima rodando el suelo baja.  
 Así en mis secos párpados desiertos  
 Su amoroso rocío jamás cuaja :  
 Que en mis ojos, de lágrimas cubiertos,  
 Quiérote empero mas, ó noche umbria,  
 Que la enojosa luz del triste dia.

## ODA XXV.

EN LA MUERTE DE NISE.

¿Qué son tan triste lastimó mi oído ?  
 ¿Qué antorchas melancólicas, qué lutos ?  
 ¿Qué cánticos dolientes,  
 Qué lloro es este, qué tropel de jentes ?  
 ¡ Ay ! ¡ ay ! la pompa fúnebre de Nise,  
 De la inocente Nise, que á la vida  
 Robó en su albor primero  
 De la parca cruel el golpe fiero.  
 Cuando empezaba florecilla tierna  
 Su aroma á derramar, y el alma pura  
 A la impresion abria  
 Primera del placer, que le reia :  
 Cuando orgulloso en poseerla el mundo,  
 Preparándola cultos la fortuna  
 Mas dulce la adulaba,  
 Y el tálamo nupcial fausta le ornaba :  
 Cuando sus gracias, su sensible pecho,

Su amable sencillez... la muerte impía  
 ¡Ay! presa en ella hizo;  
 Y en polvo y humo todo se deshizo.  
 No ha nada yo la vi con planta airosa  
 La tierra despreciar: yo vi sus ojos  
 Arteros, rutilantes,  
 Y en sus labios las risas revolantes.  
 La vi de la discreta Galatea  
 Al lado en la carroza mil cautivos  
 Hacerse: ¡oh! ¡qué donoso  
 Semblante! ¡qué agasajo tan gracioso!  
 ¡Ilusion triste de la ciega mente!  
 ¿Qué fué de todo ya? ¿quién te dijera  
 ¡Oh Nise! en aquel día,  
 Que la tumba á tus piés el hado abría?  
 ¿Quién que á tus padres de perenne  
 [duelo  
 Causa infausta crecías? ¿ni á mi musa,  
 Que cuando te cantase,  
 Tus exequias llorando celebrase?  
 Mas no, llorar no debe: venturosa,  
 Rápida pasajera en plazo breve,  
 La orilla abandonada,  
 En blanda paz acabas la jornada.  
 Hallaste amargo de la vid el cáliz;  
 Y dél huyendo el inocente labio,  
 Mas beber no quisiste;  
 Y azorada en la tumba te escondiste.  
 Tu alma feliz, sin conocer del mundo  
 Los lazos, las traiciones, voló al cielo,  
 Do como vírjen pura  
 De eternal palma goza ya segura.  
 Y entre mil celestiales compañeras,  
 Los conciertos armónicos siguiendo,  
 Coronada de flores  
 Rinde al Señor altísimos loores.  
 ¡Nise! reposa en paz: mas si á la gloria,  
 Do ries, suben mundanales ansias,  
 Blanda oye estos gemidos  
 Por toda alma sensible á ti debidos.

## ODA XXVI.

AL CAPITAN DON JOSÉ CADALSO, DE LA  
 SUBLIMIDAD DE SUS DOS ODAS A

MORATIN.

DE pompa, majestad y gloria llena,  
 Baja, sonora Clio,  
 Y heroico aliento inspira al pecho mio

Con fausto soplo y redundante vena,  
 Para que cante osado  
 El verso de Dalmiro arrebatado.  
 Arrebatado al esplendente cielo,  
 Y á los dioses que atentos  
 A lo sublime están de sus acentos;  
 Dicha tal envidiando al bajo suelo,  
 Que goza en el poeta  
 Su gloria, su delicia y paz completa.  
 Y las fúlidas mesas olvidando,  
 Que Jove presidía,  
 El néctar abandonan y ambrosía  
 Bajando todos de tropel volando;  
 Y aun Jove al verse solo,  
 Tambien se inclina desde el alto polo,  
 A gozar trasportados los loores  
 Que de Moratin (\*) canta  
 El que al divino Herrera se adelanta;  
 Y tal vez algun dios de los menores,  
 Cual Bacante furiosa,  
 La cítara acompaña sonora.  
 ¿Mas qué sacro furor hierve en mi  
 [pecho  
 Que entró sin ser sentido,  
 Y en sobrehumano fuego me ha encen-  
 [dido?  
 Ya el orbe inmenso me parece estrecho,  
 Y mi voz mas robusta  
 Al número del verso no se ajusta.  
 Cual suele el sacerdote arrebatado  
 Del claro dios de Delo,  
 Mirar con faz ardiente tierra y cielo,  
 Y el pecho y el cabello levantado  
 Con sus voces espanta  
 La trípode oprimiendo con la planta;  
 Así yo tiemblo y el furor que siento,  
 Me inspira que le cante,  
 No blandiendo el acero centellante,  
 La roja cruz al pecho que ardimiento  
 Da al pundonor hispano,  
 Huyendo al verla el bárbaro africano:  
 No en el caballo que del dueño siente  
 El poderoso mando,  
 Tascando espumas y relinchos dando;  
 Y el casco bate, y gózase impaciente,  
 Cuando al son de las trompas  
 Su escuadron rije entre marciales pompas:  
 Mas si pulsando la grandiosa lira

(\*) D. Nicolás Fernandez de Moratin. insigne poeta y amigo suyo.

Con el marfil agudo,  
Que hombres y fieras domeñar bien pudo;  
O cuando en ayes flébiles suspira,  
Tu muerte, Filis, llora,  
Y al sordo cielo en tu favor implora.

Al sordo cielo, que ordenado hubiera  
Que el vil suelo dejases,  
Y á su alto asiento exhalacion volases:  
Planta fugaz de efímera carrera  
Que con el sol florecé,  
Y con su ocaso lánguida fenece.

Cañida de laurel la sien gloriosa,  
Que Febo agradecido,  
Sirviéndole las Musas, ha tejido:  
Y á la alma Vénus de mirar graciosa,  
Que con divina mano  
Un mirto enlaza al lauro soberano:

Con los dioses menores que le cercan,  
Y él trinando entre todos  
Con blando acento y lamentables modos;  
Atónitos algunos no se acercan,  
O en planta van callada,  
Por no turbar su música estremada.

¿Cuál claro vate por el ancho mundo  
Feliz lograra tanto?

¿Cuál pudo de los dioses ser encanto,  
No ya de los del tártaro profundo,  
Sino de las mansiones  
Do suben poco ínclitos varones?

Orfeo y Anfiton tanto ensalzados,  
Que en dulce son llevaban  
Hombres, fieras y aun riscos do gustaban,  
Y el que los hondos piélagos alzados  
Calmó á su blando acento,  
Y la vida salvó por su instrumento:

La cítara de Píndaro divino,  
Y la trompa de Homero,  
Y el claro cisne que cantó guerrero  
Las armas y el varon que á Italia vino,  
Atónitos atiendan,  
Y á herir, Dalmiro, el plectro de ti aprende.  
[dan.

Las dulces moradoras de Hipocrene  
No con labio canoro  
Unicas sigan tu vihuela de oro,  
Cuando su trino, rubio Cintio, llene  
Los cielos de alegría,  
Pues ya un mortal semeja su armonía.

Y tú salve, poeta soberano,  
Y con nueva corona  
Tu frente se orne, ó gloria de Helicon:

La patria te la ponga por su mano,  
Y en su amor tú encendido,  
Con tus versos la libre del olvido.

Salve, ó Dalmiro; salve, y venturoso  
De mil varones claros  
Las ínclitas virtudes y hechos raros  
Sublime canta en verso numeroso: (\*)  
Tu fama hinchendo el suelo,  
Rauda se encumbre al estrellado cielo.

## ODA XXVII.

EN UNA SALIDA DE LA CORTE.

¡Oh! ¡ con qué silbos resonando aflije  
El aquilon mi oído! en negras nubes  
Encapotado el cielo

El rápido huracan revuelve el suelo.

El blando otoño se amedrenta, y cede  
Al invierno sañudo, que entre nieblas  
Alza su frente umbría  
Por la enriscada cumbre del Fuenfria.

Cesan mudas las aves, largas lluvias  
Inundan los collados, á un torrente  
Otro torrente oprime:

Y el lento buey con el arado jime.

Oigo tu voz, Minerva: ya me ordenas  
La corte abandonar por el retiro  
Pacífico y el coro

De divinos poetas. El canoro  
Cisne de Mantua y el amable Teyo,  
La dulce abeja del ameno Tibur,  
Laso y el culto Herrera  
Del Tórmes á la plácida ribera

Me arrastran; y tú en lauro coronado,  
O gran Leon, que tu laud hiriendo,  
Tierno en el bosque umbrío  
Frenaste el curso al despeñado rio.

La falsa corte y novelero vulgo  
Desdeña el númen: los tendidos valles  
Y el silencio le agrada,  
Y la altísima sierra al cielo alzada.

En ocio y paz de la verdad atiende  
Allí la augusta voz, el alma dócil  
Su clara luz recibe,

Huye el error, y la virtud revive.

Y al cielo alzados los clementes ojos,

(1) Tratava de celebrar á los varones mas ilustres de España así en armas como en letras, imitando á Lope de Vega en su *Laurel de Apolo*.

Le seña con la mano la ardua cumbre  
Do la gloria se asienta,  
Y á su lauro inmortal el pecho alienta.

Con vuestra llama inflamaré mi acento,  
¡Oh blandos cisnes de Helicon! y alegre  
Burlaré del oscuro

Pluvioso enero en el hogar seguro:

Que tambien algun dia silbó el noto  
Sobre vuestras cabezas; y aterido

Tambien quiso el invierno

El eco helar de vuestro labio tierno.

¡Ay! ¡qué dura en el mundo! al albo  
[ dia

La noche apremia: desaparece el año;

Y juventud graciosa

Cede fugaz á la vejez rugosa.

¿A qué afanar para un instante solo?

Ya me acecha la muerte; y ni los ruegos  
Enternecen la cruda,

Ni hay escapar de su guadaña aguda.

Ella herirá, y en el sepulcro umbrío

Polvo y nada entraré; sin que mas deje,

¡Oh amargo desconsuelo!

Que un nombre vano y lágrimas al suelo.

### ODA XXVIII.

#### AL OTOÑO.

FUGAZ otoño, tente,  
Que embriagada en placer el alma mia  
Con tu favor se siente;  
Y en su dulce alegría,  
Porque atrás tornes, votos mil te envia.

Tente: deja que goze  
Tu plácida heldad feliz el suelo,  
Y el hombre se alboroze,  
Viendo cual colma el cielo  
Con tu abundancia opima su desvelo.

No atiendas, ó corona  
Deliciosa del año, eterno esposo  
De la amable Pomona,  
No atiendas desdeñoso  
El ruego de los hombres fervoroso.

Por ti la selva y prado  
De hojas viste y de flores primavera;  
Y en estío abrasado  
Con mas ardua carrera  
Se pierde el dia en la luciente esfera.

Todas las estaciones  
Te sirven á porfia; y dadivosa,

Desparciendo sus dones,  
Tu mano con vistosa  
Profusion orna el mundo cariñosa.

Yo cantaré tus bienes,  
Padre de la abundancia, coronado  
De pámpanos las sienas,  
Entre parras sentado  
Al rayo bienhechor del sol templado:

Ocioso, en paz suave,  
De vil adulacion libre el oido,  
Lejos la rota nave  
Del golfo embravecido,  
Y en tu belleza el ánimo embebido.

¿Qué perfumes? ¿qué olores  
Lleva el aura en sus alas? ¿qué verdura  
Es esta y tiernas flores?

¿Qué rica vestidura  
Cubre súbito el suelo de hermosura?

Do quier me torno, veo  
Mil delicados frutos: la granada  
Brinda hermosa al deseo;  
Y en la rama colgada  
Mece el viento la poma sazónada.

Los huertos, las laderas  
Brillan en mil colores á porfia:  
Las aves lisonjeras  
Hinchen con su armonía  
De deleite los pechos y alegría.

El rústico inocente  
De su sudor el fruto con usura  
Recoje diligente;  
Y ponderar procura  
Con sencillas palabras su ventura:

O en mas altas canciones  
Tus dones, rico otoño, alegre dice;  
Los celestiales dones  
Con que le haces felice,  
Y en su grato entusiasmo te bendice.

Que tú su pecho llenas  
De gozo y confianza; y al futuro  
Arado y á las penas  
Del ejercicio duro  
Le haces volar en corazon seguro.

A ti solo armoniosa  
Mi lira ensalzará: no los ardores  
Del Leon, ó la ociosa  
Estacion de las flores,  
Ni del sañudo invierno los rigores.

Ensalzará cantando  
Tu belleza, tu calma, tu frescura;  
Mientras su hervor templando.

Deja el sol que segura  
Trisque y vague en el prado la hermosura.  
Arrebolado el cielo,  
La atmósfera tranquila, manso el río,  
Del viento el leve vuelo  
Y el soto verde umbrío  
Saltar hacen de gozo al pecho mío.  
¿Mas qué insanos clamores?  
¿Qué algazara de súbito ha sonado?  
Ya de vendimiadores  
Las lomas se han poblado,  
Y el dios del vino la señal ha dado.

Remuévense las cubas:  
Entre confusas voces y tonadas  
Las sazonadas uvas,  
Del vástago cortadas,  
Danzando son del pisador holladas.  
El tórculo resuena:  
En purpúreos arroyos espumante  
El mosto el lagar llena;  
Y con grita triunfante  
Corre en torno, y lo aplaude el tierno

[infante.]

Todo es risas y gozo:  
La sencilla rapaza á su querido  
Halaga sin rebozo,  
O con desden finjido  
Sus brazos huye, y déjale corrido.  
La cándida alegría  
Vaga de pecho en pecho, celebrado  
En coros á porfía  
El néctar regalado,  
En que el tierno racimo se ha tornado.

Ven pues, ¡oh dios del vino!  
Ven, que todos te llaman calurosos  
Con tu licor divino;  
Y rije sus dudosos  
Pasos y sus cantares silenciosos.  
Ven, que ya de occidente  
Silban las tempestades; y ya el cielo  
De tiniebla inclemente  
Cubierto, el desconsuelo  
Del aterido invierno anuncia al suelo.

## ODA XXIX.

QUE ES LOCURA ENGOLFARSE EN PROYEC-  
TOS Y EMPRESAS DESMEDIDAS, SIENDO LA  
VIDA TAN BREVE Y TAN INCIERTA.

HUYE, Licio, la vida,  
Huye fugaz cual rápida saeta

Del arco despedida,  
Cual fúljido cometa  
Que al ciego vulgo pavoroso inquieta.  
Ensueño desaparece,  
Niebla del sol al rayo se derrama,  
Sombra se desvanece,  
Y espira débil llama  
Que apaga un soplo, si otro soplo inflama.  
¿Qué fué de los pasados  
Hervores del amor? ¿de la alegría  
Y cantos regalados,  
Y ufana lozanía,  
En que tu seno y juventud bullia?  
Nada quedó: la rosa,  
Que un día cuenta en su vital carrera,  
Renace mas hermosa,  
Cuando la primavera  
Rie purpúrea en la celeste esfera.  
El bosque á quien impío  
Abrego roba su gentil belleza,  
Con nuevo señorío  
La entoldada cabeza  
Levanta, y á brillar con mayo empieza;  
Grato asilo á las aves,  
Que en su verde follaje en voz canora  
Trinando van suaves;  
Y en sombra bienhechora  
Brinda al cansancio que á Morfeo implora.  
Solo el vital aliento  
Pasa, y no tornará: tu clara mente,  
Y este mi llano acento  
Por siempre al inclemente  
Orco irán, que á los piés temblar se siente.  
Él su boca insaciable  
Abre inmenso, y sepulta en sus horrores  
A par del miserable,  
Del mundo á los señores,  
Y al seno virjinal bullendo amores.  
Recoje pues el vuelo:  
De árboles tanta copia derramada  
Con que abrumas el suelo,  
La casa alta, labrada,  
De mármoles lustrosos adornada,  
La estrangera vajilla,  
Tanto milagro del pincel, y tanta  
Costosa maravilla,  
Que los ojos encanta,  
Y en que á natura el arte se adelanta;  
Todo, cuando ominoso  
Te hunda en la tumba inexorable el hado,  
Lo dejarás lloroso:

Solo ¡ ay desventurado !  
 De un lienzo vil tu cuerpo rodeado.  
 Sin que en tu inmenso duelo  
 Ni el alto grado do te alzó la suerte ,  
 Ni tanto claro abuelo ,  
 Basten á guarecerte  
 Del dardo inevitable de la muerte ;  
 Entrando en pos gozosa  
 La mano á derramar de un heredero  
 Cuanto hoy junta afanosa  
 De alhajas y dinero  
 La tuya, en feudo grave al mundo entero.  
 ¡ Y aun te ajitas y sudas ,  
 Y en negocios te engolfas noche y día,  
 Planes , empresas mudas :  
 Y en eterna agonía  
 De inerte culpas la prudencia mia !  
 Mejor será que imites  
 Esta feliz prudencia : en lo presente  
 La esperanza limites ;  
 Y cedas al torrente  
 Que nos arrastra, como yo paciente.  
 Un velo denso , oscuro ,  
 Que en vista humana traspasar no cabe,  
 Envuelve lo futuro ;  
 Y el cielo en triple llave  
 Lo guarda, que abrir solo el tiempo sabe.  
 Así pues sin rüido  
 Dias y casos presurosos vuelen ,  
 Tú en pacífico olvido ;  
 Y otros teman y anhelan ,  
 O en la corte falaz míseros velen.  
 Minerva nos convida ,  
 Dándonos la amistad su dulce abrazo :  
 Sin duelo de la vida  
 Llegarse el fatal plazo  
 Miremos, Licio, en su jenal regazo.

## ODA XXX.

CONSEJOS Y ESPERANZAS DE MI JENIO EN  
LOS DESASTRES DE MI PATRIA.

Tus alas de oro de felice vuelo  
 Dame, ó Jenio divino,  
 A quien impuso favorable el cielo  
 Velar en mi destino.  
 Huiré veloz de esta llorosa tierra  
 A otra rejion mas pura ,  
 Do libre y lejos tan infanda guerra,  
 Respire en paz segura.

Do quier incendios, crímenes, jemidos  
 Sangre y muertes, y horrores,  
 Y tigres miro, sin piedad ni oídos  
 Al ruego y los clamores.  
 ¡ Execrable maldad ! ciego el Ibero  
 De un furor inhumano ,  
 Fulmina impío el reluciente acero  
 Contra su propio hermano.  
 Sopla la inmensa llama en faz alevé  
 La anarquía orgullosa ,  
 Y el sello forja que su frente lleve  
 De servidumbre odiosa :  
 Aguijando con fiera gritería  
 Del vulgo atroz la saña.  
 ¿ Será, ¡ ay ! que llegue el postrimero día  
 A la infeliz España ,  
 Así dispuesto, por ejemplo al mundo  
 Y á todas las edades,  
 Del cielo, airado en su saber profundo  
 Contra nuestras maldades ?  
 ¡ Y su nombre otro tiempo tan temido,  
 Y su prez y alta gloria,  
 Blason tanto y afan esclarecido,  
 Que engrandece la historia  
 De nuestros padres , y feliz la Fama  
 De las puertas de oriente  
 Con su trompa inmortal volando aclama  
 Al lóbrego occidente ,  
 Al hondo olvido irán por la lajeza  
 De sus degenerados  
 Bastardos nietos, en la vil pobreza  
 Y el oprobio abismados ?  
 ¡ Y á ultraje tanto á la enemiga suerte  
 En su encono inflexible  
 Guardarme plugo, sin ahogar la muerte  
 Mi corazón sensible !  
 Tus alas, paraninfo, vagarosas  
 Dame, dame benigno :  
 A las esferas prepararé lumbrosas,  
 Y huiré este suelo indigno ;  
 Donde al delator entronizado veo,  
 La virtud lacerada,  
 La verdad santa del error trofeo,  
 Y la inocencia hollada.  
 O vido, ó parecióme que á mi anhelo  
 Mi Jenio condolido,  
 Rauda bajando del escelso cielo  
 Así sonó en mi oído :  
 Firme sosten y con serena frente ;  
 Que nunca al pecho entero  
 Hundió la tempestad : pasa el torrente,



Y él se alza muy mas fiero.

Seguirá el sol tras la tiniebla oscura ;  
Y á la discordia que ora  
Trastorna el mundo, tu constancia aprura,  
La paz consoladora.

Héla cual iris asomar radiante,  
Y á su luz las naciones

Al fausto cielo en júbilo incesante  
Colmar de bendiciones.

Vuelto el Ibero de su error impío ,  
Y en el hogar colgado  
El acero fatal , su ceño umbrío  
Verá en amor tornado ;

Con lazo firme y fraternal unirse  
Su juventud lozana ;  
Y á una todos con lágrimas reírse  
De esta cólera insana.

Plácidos dias de inmortal contento  
Correrán y reposo,  
Cual en pos del invierno turbulento  
Asoma abril hermoso :

Y de su helado sueño despertando ,  
Parece que revive  
El ancho suelo con su aliento blando,  
Y un nuevo ser recibe.

Tú el choque en tanto con inmóvil

[planta

Resiste del destino ,

Que así las olas hórridas quebranta  
Escollo al mar vecino.

Ruedan en tumbos mil, con rabia fiera  
Su erguida frente hieren ,  
Instan , bátenlo , tornan ; y en lijera  
Niebla deshechas mueren.

Tu asilo sea tu constante pecho ,  
Inaccesible muro  
Al miedo , al interés , á un vil despecho ;  
Y allí espera seguro ,

Mientras que el cielo plácido se ostenta ;  
Y un viento mas suave  
Lleva al puerto en tan áspera tormenta  
La malparada nave.—

Dijo, y desapareció..... Tu aviso santo  
Dócil y humilde sigo ,  
O Jenio celestial , séme tú en tanto  
Guarda y potente abrigo.

## ODA XXXI.

A MI AMIGO DON MANUEL MARÍA CAM-  
BRONERO , POR SU SENSIBILIDAD Y  
SU AMOR A LA PATRIA.  
ESCRITA EN DICIEMBRE DE 1813.

¡ Oh qué don tan funesto  
Es , Fabio mio , un corazon sensible !  
Cual débil muro puesto

De un mar airado al ímpetu terrible.

Siempre inerme y desnudo  
Al punzante dolor , mal reparado

Contra su dardo agudo ,  
Va quien lo abriga , sin cesar llagado ;

Pues cual vivaz espejío ,  
Que cuantas formas fúljido recibe ,

Nos presenta en reflejo ,  
En él grabado el mal ajeno vive.

Tierno padre y esposo  
Por su grey cara pródigo se azora ,

Hijo humilde y cuidadoso  
Sus canos padres padeciendo adora.

De cuantos seres ama ,  
La aciaga suerte el ánimo le oprime ;

Por su patria se inflama  
De santo amor, y en sus angustias jime.

Hombre ve esclavo al mundo  
Del error y la odiosa tiranía ;

Y en su duelo profundo  
Sin la virtud su ser maldeciría.

Sufren el bruto , el ave  
Del aterido invierno la aspereza ,

Y á sus ansias no sabe  
Solicita negarse su terneza.

Cuantos objetos mira ,  
Tantos le llevan desvelado el pecho ,

Y por todos suspira ,  
Y anhela y tiembla en lágrimas deshecho.

Bien cual tú , Fabio mio ,  
Cuyo sensible corazon padece

Por cuanto el hado impío  
Ora aciago á nuestra patria ofrece.

Vesla , su paz perdida ,  
Su Augusto nombre y su blason ajado ,

Y con tu propia vida  
Tornarle ansiaras su esplendor pasado.

De mil hijos que anhelan  
Servirla fieles y de sí aun separa ,

Las cuias te desvelan ;  
Y del tuyo su bien tu amor comprara.

Del encono ominoso,  
 Que en ella atiza la discordia impía,  
 El término azaroso  
 Tu seno abisma en mísera agonía;  
 Y allá en tu clara mente  
 No hay mal que sufra, que infeliz la ama-  
 [gue,  
 Por que tu amor ferviente  
 No jima, y feudo en lágrimas le pague.  
 Ella podrá engañada  
 Lanzarnos, Fabio, de su amado seno,  
 Nuestras fortuna hollada,  
 De oprobio el nombre y de calumnias lleno.  
 Podrá hacer que bebamos  
 El cáliz hasta el fin de la amargura;  
 Que míseros jimamos  
 En orfandad y en indijencia dura;  
 Mas hacer jamás puede  
 Que nuestro hourado pecho la desame;  
 Ni aunque el suelo nos vede,  
 Que madre el labio sin cesar la llame.  
 Madre que ilusa ó ciega  
 La espalda vuelve á nuestro justo ruego;  
 Y á escucharnos se niega,  
 Cuanto es mas puro nuestro noble fuego.  
 Empero en quien perdidos  
 Los ojos fijarémos espirando,  
 Mas y mas á ella unidos:  
 En trance tal aun su ventura ansiando.

## ODA XXXII.

QUE LA FELICIDAD ESTA EN NOSOTROS  
 MISMOS.

No es, Julio, la riqueza  
 El oro amontonado;  
 Ni huye la dicha de un humilde estado;  
 La dicha, amiga aun de la vil pobreza.  
 Ten acorde á tu suerte  
 Sin cesar el deseo:  
 Frena un ciego anhelar, el devaneo  
 Que en la nada hundirá luego la muerte;  
 Y alegre y venturoso  
 Adularán tu seno,  
 Ora de nubes y zozobras lleno,  
 La blanda paz, el celestial reposo.  
 Providente natura  
 Para tu bien presenta  
 Do quier placeres fáciles, y ostenta  
 Tierna madre á tus ojos su hermosura.

Escoje: un claro día,  
 El sol que con su llama  
 Señor del cielo el universo inflama,  
 Y la beldad le torna y la alegría:  
 El viento que bullente  
 Jugando entre las flores  
 Regala tu nariz con sus olores,  
 Y el pecho te dilata dulcemente:  
 Las flores que embelesan  
 Con sus galas vistosas,  
 Las abejas volando entre las rosas,  
 Que abrazados sus vástagos se besan:  
 El incansante triuo  
 Con que avecilla tanta  
 Su gozo esplica, sus amores canta;  
 De Filomena el suspirar divino;  
 Y hasta en la noche oscura  
 El sínfin que en su velo  
 Arde de luces y tachona el cielo,  
 Del sol mismo emulando la hermosura:  
 Si bien sabes mirarlo,  
 Todo alegrarte puede;  
 Que á todos y sin precio se concede,  
 Porque todos á par puedan gozarlo.  
 Ni hay alfombradas salas,  
 O riquezas iguales;  
 Ni llegan los alcázares reales  
 A pompa tanta y naturales galas,  
 O mas grato embebece  
 Un armónico coro,  
 Que el arroyuelo de cristal sonoro,  
 Que serpeando el ánimo adormece,  
 Salta y rie, y la vista  
 Con májico atractivo  
 Deslumbra y fija: ¿en su bullir festivo  
 Qué pecho habrá que al júbilo resista?  
 El llanto mismo, el llanto  
 En que un llagado pecho  
 Prorumpen á veces, ¡oh dolor! deshecho,  
 Aun tiene su placer, y es un encanto.  
 El alma que oprimida  
 Siente ahogarse en su pena,  
 Con sus lágrimas dulces se serena;  
 Y entre ellas torna á recobrar la vida:  
 Bien como el caminante,  
 Que en medio la agria cuesta  
 Aliento toma, y á doblar se apresta  
 Su cima que enriscada ve delante.  
 Veces mil, Julio mio,  
 Lo llevo así probado.

¡Triste, ay! de aquel á quien maligno el  
 [hado  
 Abisma en un dolor mudo y sombrío!  
 Que siempre, siempre al cielo  
 Torvo hallará y sañudo;  
 Ni jamás del dolor el dardo agudo  
 De su pecho arrancar verá al consuelo.  
 No pues, necio, te exhales  
 En quejas ominosas:  
 Que nosotros labramos, no las cosas,  
 Si bien lo estimas, nuestros crudos males.

## ODA XXXIII.

QUE NO SON FLAQUEZA LA TERNURA Y  
 EL LLANTO.

¿Te admiras de que llore?  
 ¿De que mi blando pecho  
 Brote en lluvia de lágrimas deshecho,  
 Y al santo cielo tan ferviente implore?  
 No femenil flaqueza,  
 Ni torpe cobardía  
 Causa á mi lloro son; que el alma mía  
 Sabe sufrir con ríjida entereza.  
 Y ya un tiempo pudiste  
 Impávida en los males  
 Notar mi frente igual: ¿viste señales  
 De miedo en mí, ni lamentar me oíste?  
 Hoy por do quier que miro,  
 En eterna amargura  
 Hallo al mortal jemir: de mi ternura  
 Mi llanto nace, y por su mal suspiro:  
 Que un dulce sentimiento  
 Uniéndome á sus penas,  
 Me veda ya el mirarlas como ajenas;  
 Y hombre, los males de los hombres siento.  
 ¿Y qué, tú no has probado  
 El placer delicioso  
 De llorar, Julio, alguna vez? ¿lumbroso  
 Te rió siempre el cielo y despejado?  
 ¿Grata siempre tu amante  
 Oyó tu fe amorosa?  
 ¿Nunca esquivas te huyó, nunca zelosa?  
 ¿Nunca por otro te dejó inconstante?  
 ¿Siempre á tu fino amigo  
 Miró fausta su estrella?  
 ¿No hirió tu oído su infeliz querella?  
 ¿Ni un desgraciado mendigó tu abrigo?  
 ¿No viste en triste duelo  
 Tus padres venerandos,  
 Ni en los horrores de la guerra infandos

Taladas mieses, devastado el suelo?  
 ¿Mísero tú, si entonces  
 Seco el rauda torrente  
 Que ora inunda mi faz, de yerta frente  
 Fuiste á mal tanto, y corazón de bronce!  
 Pero tu pecho es bueno,  
 Y condolerte sabes:  
 No pues de ver al infeliz te alabes  
 Con ojo enjuto y ánimo sereno.  
 A mí no es concedido  
 Frenar, amigo, el llanto  
 En su suerte fatal, sensible tanto,  
 Cuanto he casos mas ásperos sufrido:  
 Y el que olvidado jime,  
 O en destierro ominoso,  
 O á la calumnia y á la envidia odioso,  
 Tiembla al poder que bárbaro le oprime;  
 Siempre mi pecho abierto  
 Hallarán á su pena,  
 Siempre mi lengua de consuelos llena,  
 Y mi rostro de lágrimas cubierto.  
 Otro aplauda en buen hora  
 Su firmeza insensible;  
 Y roca á la piedad inaccesible  
 Ria al que triste con el triste llora:  
 Que yo obligado al cielo  
 Del don de mi ternura,  
 Si no alcanzo á aliviar la desventura,  
 De llorar logro el celestial consuelo.

## ODA XXXIV.

A MIS LIBROS.

FAUSTO consuelo de mi triste vida,  
 Donde continuo á sus afanes hallo  
 Blandos alivios, que la calma tornan  
 Plácida al alma:  
 Rico tesoro, deliciosa vena,  
 Do puros manan, cual el almo rayo  
 Que Febo lanza esclareciendo el orbe,  
 Santos avisos:  
 Donde Minerva providente zela  
 Sus maravillas, monumento ilustre  
 Del jenio escelso que feliz me anima,  
 Libros amados:  
 Do de los siglos la fugaz imájen,  
 Donde, natura, tu opulenta suma,  
 Del seno humano el laberinto ciego  
 Quieto medito:  
 Nunca dejeis de iluminarme, nunca  
 En mi cansada soledad de serme

Util empeño, pasatiempo dulce,  
Séquito grato.  
Vuestro comercio el ánimo regala  
Vuestra doctrina el corazón eleva,  
Vuestra dulzura célica el oído  
Májica aduerme:  
Cual reverdece la sonante lluvia  
Al seco prado, y regocija alegre  
La árida tierra, que su seno le abre,  
Madre fecunda.  
Por vos escucho en el aonio cisne  
La voz ardiente y cólera de Ayace;  
Los trinos dulces que el amor te dicta,  
Cándido Teyo.  
Por vos admiro de Platon divino  
La clara lumbré; y si tu mente alada,  
Sublime Newton, al Olimpo vuela,  
Raudito te sigo.  
En la tribuna el elocuente labio  
Del claro Tulio atónito celebra:

Con Dido infausta dolorido lloro  
Sobre la hoguera:  
Sigo la abeja, que libando flores  
Ronda los valles del ameno Tíbur;  
Y oigo los ecos repetir tus ansias,  
Dulce Salicio (\*).  
Viéndome así del universo mundo  
Noble habitante, en delicioso lazo  
Con las edades que en el hondo abismo  
Son de la nada.  
Nunca preciados, de la suerte, ó libros,  
Lleve mi vida, cesaréis de serme,  
Ora me encumbre favorable, y ora  
Fiera me abata.  
Bien me revuelva en tráfragos civiles,  
Bien de los campos á la paz me torne;  
Siempre maestros de mi vida, siempre  
Fieles amigos.

(\*) El dulcísimo poeta Garcilaso.

## EPISTOLAS.

### EPISTOLA I.

AL ESCMO. SR. PRÍNCIPE DE LA PAZ.  
EXHORTANDO A SU ESCLENCIA A QUÉ EN LA  
PAZ CONTINUE SU PROTECCION A LAS  
CIENCIAS Y LAS ARTES.

En alas de la pública alegría  
Por la anhelada paz, de gozo llena  
A vos llega feliz la musa mía.  
Disculpáda, señor, si acaso ajena  
De un delicado acento cortesano  
Ruda os saluda, sí de afecto llena.  
Benigno sois, y miraréis humano  
A quien solo agradaros fiel procura,  
Y en vuestro nombre se complace ufano.  
Del congojoso manó en la amargura

Las dulces Musas que atendais os deñan  
Alguna vez su armónica dulzura:  
Las celestiales Musas, que nos llevan  
En mil nobles ficciones embebidos  
Al alto cielo, si su canto elevan;  
O halagándonos blandas los oídos,  
Saben la vida ornar de alegres flores,  
Y hacer gratos del triste los gemidos.  
Magas divinas, que colmar de honores  
Pueden á un tiempo á quien su plectro  
[suenan,  
Y á sus tonos responde con favores.  
Así dura inmortal, de olvido ajena,  
La memoria de Augusto y su valido;  
Y el nombre Mediceo el orbe llena.  
Llamadas pues al premio merecido,  
Y que las bellas artes reanimadas

Salgan tambien de su infeliz olvido.

Vedlas ir desvalidas, desoladas  
Demandando el amparo, con que un dia  
De gloria se gozaron coronadas.

Dádselo vos; y todas á porfía  
Vuestro alto nombre por el patrio suelo  
Celebrarán en himnos de alegría.

El cincel, el buril con noble anhelo  
Al bronce vida den y al marmol rudo;  
Y el compás mida el ámbito del cielo.

Aun mas que protector, sed firme es-  
[cudo  
De cuantos sigan, príncipe, sus huellas,  
Que el ingenio sin vos se encoje mudo.

Un tiempo fué feliz, que á las estrellas  
En sus brillantes alas sublimado,  
Pudo inflamarse entre sus luces bellas,  
Y allí tal vez de la deidad tocado,

Imajinó, creó; y osadamente  
Logró seguirla en su inmortal traslado:  
Atinando la ley con que la ardiente

Llama del sol á Júpiter camina,  
Y alza la luna su nevada frente;  
O al suelo de la esfera cristalina

Bajando, al hombre en su estension per-  
[dido,  
De las ciencias mostró la luz divina.

Mas hoy mísero yace; y oprimido  
Del error jime y tiembla, que orgulloso  
Mofándole camina el cuello erguido.

No lo sufrais, señor; mas poderoso  
El monstruo derrocad que guerra impía  
A la santa verdad mueve envidioso.

En la España feliz su fausto dia  
Lucirá puro, cual el orbe llena  
De vida el rubio sol y de alegría.

Es la civil prudencia una cadena,  
Que enlazada en mil modos altamente,  
El seso mas profundo abarca apena.

La antorcha de las ciencias esplendente  
Por ella entre arduos riesgos nos dirige  
Del comun bien á la dichosa fuente.

Del prudente varon la mente rije  
Solicita en pos dél; y en su carrera  
Hace que el pié jamás dudoso fije.

Que atienda dócil la verdad severa;  
Y ausiando aplausos de la dulce fama,  
Al grito ria de la envidia fiera.

Adiéstrale á calmar la infausta llama  
De las pasiones; ó servir las hace

Del pueblo al bien, que su veneno infla-  
[ma.

De adulacion la máscara deshace;  
El pecho humano á conocer le enseña,  
Y con la paz y la virtud se place.

Quien sus avisos útiles desdeña,  
Juguete de la suerte desgraciado,  
En mil tristes errores se despeña.

Mientras quien como vos arde abrasado  
En su amor puro, y el odio inclina  
De su labio al concento regalado;

En la llorosa tierra la divina  
Esencia semejando, venturoso  
Sobre las almas por su bien domina:

Y cual se rije en órden misterioso  
Este inmenso universo, y blandamente  
Se acuerda y jira en círculo armonioso:

La florida estacion, el Can luciente,  
La escarcha ruda del enero umbrío,  
El rápido huracan, el rayo ardiente,

La grata lluvia, el líquido rocío,  
Todo concurre á la comun ventura,  
Y ostenta del gran Ser el poderío:

Así un sabio ministro el bien procura  
Universal al pueblo, confiado  
A sus luces y próspera ternura.

Todo á este bien dirijelo acertado:  
Sabe aun del mismo mal sacar provecho;  
Mientras el pueblo que rije afortunado,  
Le aclama Padre, en lágrimas deshecho.

## EPISTOLA II.

AL SR. D. GASPARD DE JOVELLANOS,  
DEDICÁNDOLE EL PRIMER TOMO DE POESIAS  
EL AÑO DE 1785.

A ti, querido amigo, las primicias  
Ofrece de su voz mi blanda musa,  
En prenda cierta de su amor sencillo.

A ti ofrece sus versos, dulce fruto  
De la alegre niñez, juegos amables  
Que en las orillas del undoso Tórnies

Canté algun dia entre Dorila y Fílis,  
Para templar mi llama, y sus oídos  
Regalar con la plácida armonía.

A ti, querido amigo, los consagra,  
Cual suele al padre el inocente hijuelo  
Con los dones brindar, que su oficioso  
Afecto le procura. Tú alentaste

Mis primeros conatos; y el camino  
 Me descubriste en que marchar debía.  
 El ardiente Tibulo, el delicado  
 Anacreon y Horacio á la difícil  
 Cumbre treparon por aquí; sus huellas  
 Sigue, dijiste, síguelas sin miedo,  
 Que Amor y Febo al término te aguardan  
 Para ceñir tu sien de lauro y rosas.—  
 Quise empezar; y tú con diestra mano  
 El templado laud poniendo al pecho,  
 Mil armónicos sonos repetias,  
 Enseñándome á herir las dulces cuerdas;  
 O si tal vez cobarde rezelaba,  
 Tornar me hiciste á la labor difícil  
 Con poderoso ruego. A ti debidos  
 Los frutos son de mi sudor: tú solo  
 Puedes ser su defensa y firme amparo.

Otros, Jovino, cantarán la gloria  
 De los guerreros, el sangriento choque  
 De dos fieros ejércitos, los valles  
 De sangre y de cadáveres cubiertos;  
 Y la desolacion siguiendo el carro  
 De la infausta victoria: horrendas, tristes  
 Escenas de locura, que asustada  
 Mira la humanidad. Otros el vicio  
 Hiriendo con su azote, harán que el hom-

[bre

De sí mismo se ria; ó bien al cielo  
 Su tono alzando, explicarán las leyes  
 Con que en torno del sol la tierra gira,  
 Quién la luz lleva hasta Saturno, ó cómo  
 Del desórden tal vez el órden nace,  
 Y este gran todo invariable existe.

Mi pacífica musa no ambiciosa  
 Se atreve á tanto: el delicado trino  
 De un colorín, el discurrir suave  
 De un arroyuelo entre pintadas flores,  
 De la traviesa mariposa el vuelo,  
 Y una mirada de Dorila ó Filis,  
 Un favor, un desden su voz incitan;  
 Y reclinado en la mullida yerba,  
 Tranquilo ensayo mil alegres tonos,  
 Que el valle escucha, y que remeda el eco.  
 Tú mientras tanto al tribunal augusto  
 Subes, Jovino; y desde el alto escaño,  
 Organo de la ley, sus infalibles  
 Oráculos anuncias. A tu diestra  
 Gozosa la Justicia los atiende;  
 Y á los pueblos la Fama los pregona.  
 La santa humanidad y el amor patrio  
 Tu pecho encienden y tus pasos guian;

Y como activo el fuego su ardor presta  
 A cuanto toca, el duro bronce ablanda,  
 Y todo en sí lo vuelve; así tu zelo  
 De tan clara virtud y amor guiado,  
 Por los sabios liceos se difunde:  
 La feliz llama en sus alumnos prende,  
 Y Madrid goza los opimos frutos  
 De tu constante afán. ¡Oh! ¡qué de veces  
 Mi blando corazón has encendido,  
 Jovino, en él; y en lágrimas de gozo  
 Nuestras pláticas dulces fenecieron!

¡Qué de veces tambien en el retiro  
 Pacífico las horas del silencio  
 A Minerva ofrecimos, y la diosa  
 Nuestra voz escuchó! Las fugitivas  
 Horas se deslizaban; y embebidos  
 El alba con el libro aun nos hallaba.  
 ¿Pues qué, si huyendo del bullicio insano  
 En el real jardín?... ¡A dónde, á dónde  
 Habeis ido, momentos deliciosos!  
 ¡Disputas agradables, dó habeis ido!  
 Tú me llevaste de Minerva al templo,  
 Tú me llevaste; y mi pensar, mis luces,  
 Mi entusiasmo, mi lira todo es tuyo.

Borra, tilda, corrije, perfecciona  
 Lo que empezaste; y de una vez se sepa  
 Que tú has sido mi númen, ó Jovino!  
 Y que hijos son de tu amistad mis versos.  
 ¡Oh! ¡cuán alegre el corazón publica  
 Esta dulce verdad! ¡cómo se goza  
 Mi tierna gratitud en confesarla!

Sí, tú volviste á mí, cuando ignorado  
 Yacía y sin vigor en noche oscura  
 Mi inculto númen, los clementes ojos  
 Con que las artes y el ingenio animas:  
 Tú estendiste la mano generosa  
 Para alzarne á la luz; y mi maestro,  
 Y mi amigo, y mi padre ser quisiste.  
 Yo desde entónces, cual la tierna planta  
 Del hortelano á los desvelos crece,  
 Fruto de su cultivo y sus tareas;  
 A sentir, á pensar por ti enseñado,  
 Obra soy tuya, y de tu noble ejemplo,  
 Y tuyos son mi nombre y mis laureles.  
 Si oso trepar al templo de la Gloria  
 Con generoso ardor; si repetidos  
 Son de mi lira los acordes tonos  
 Por nuestros descendientes, ¡cuán suave  
 Mi gratitud ha de sonar entre ellos!  
 ¡Oh alegre día! ¡ó venturoso punto,  
 Aquel en que se unieron nuestras almas

En tan estrecho y delicioso lazo!  
 Un pensar, un querer, un gusto, un jenio,  
 Una ternura igual, un modo mismo  
 De ver y de sentir; todo pedia  
 Esta union, ó Jovino: todo dobla  
 Cada día su encanto, y la hará eterna.

¡Indulgente amistad, placer divino,  
 Remedo acá en la tierra de la pura  
 Felicidad de los celestes coros,  
 Fuente de todo bien, apoyo firme  
 De la santa virtud! tú sola puedes  
 Amable hacer la vida, y deliciosa  
 Nuestra existencia triste: ven, inflama  
 A Batilo y su amigo; y que los hombres  
 De ti tomen ejemplo en ellos solos.  
 Tú mis versos dictaste, tú me inspiras,  
 Y hoy al dulce Jovino los ofreces:  
 Tú los conserva favorable y guarda  
 A los lejanos siglos, porque sean  
 Muestra de tu poder, y á los mortales  
 Nuestros nombres y amor eternos digan.

## EPISTOLA III.

AL ESCMO. SR. D. EUJENIO DE LLAGUNO Y  
 AMIROLA, EN SU ELEVACION AL MI-  
 NISTERIO DE GRACIA Y JUSTICIA.

EN fin mis votos el benigno cielo  
 Oyó, querido Elpino, y sus anuncios  
 Felices mi amistad colmados goza.  
 Te ve en la cima del poder, al lado  
 Del trono moderar de la alma Témis  
 Las sacrosantas riendas, de la patria,  
 De la virtud, el mérito y las letras  
 En comun beneficio: la alegría  
 Oye del pueblo al repetir tu nombre,  
 Tu modesta virtud, tu zelo ardiente;  
 Y en su entusiasmo á las amigas Musas  
 Ve coronadas de laurel sagrado,  
 Cual suyo celebrar tan fausto día,  
 Apolo en medio á su vihuela de oro  
 Cantando en voz divina tus loores:  
 Tus loores, Elpino; de las letras  
 El imperio feliz, de la justicia,  
 De la blanda equidad, de las virtudes.

Sí, amigo; amanecióles claro un día,  
 Amaneció á la patria, que gozosa  
 De ti anhela su gloria y su ventura.  
 No ya escusarse tu modestia puede:  
 Ni de tu pecho al jeneroso impulso

Negarte es dado; óyela, y mil hijos,  
 Cuyo zelo y saber su cetro tornen  
 A su antiguo esplendor, dale oficioso.  
 Tú los conoces, ó á crearlos bastas;  
 Cual el ardiente sol abre fecundo  
 El seno en mayo á mil alegres flores.  
 Tu jenio, tus avisos celestiales,  
 Tu ejemplo los formó: tras ti treparon  
 Al despeñado templo de las Musas:  
 De ti oyeran del Pórtico y Liceo  
 Los nombres venerados; y les diste  
 Que dóciles gustasen las lecciones  
 Del morador de Túsculo elocuente.  
 Tú de la musa de la historia amantes  
 Los hiciste tambien; y ante los ojos  
 De la olvidada Iberia les pusieras  
 Con docto afan los polvorosos fastos.  
 Las artes hechiceras con el dedo  
 Les señalaste; y los encantos nobles  
 Del cincel, del buril, del engañoso  
 Animado pincel por ti preciaran.

Cortesano, filósofo, ministro  
 A un tiempo todo, y para todos fuiste.  
 ¿Quién si no te buscó? ¿quién á tu lado,  
 Si te escuchó feliz, (siempre en la dicha  
 Hallándote ocupado de los pueblos,  
 O en útil ocio con las dulces Musas)  
 No se inflamó en anhelo jeneroso  
 Por trepar á la cumbre, do Sofia  
 Y alma virtud inaccesibles guardan  
 A los vulgares ojos sus misterios?

¿O quién gozó cual yo de esta ventura?  
 Tierno muchacho, en su divina llama  
 Tocado el pecho, te busqué, y tú blando  
 A mi rudeza descender quisiste,  
 Y con diestra oficiosa mis dudosos  
 Pasos guiar en la difícil senda,  
 Ora alentando mi cobarde musa,  
 Ora su voz formando á la armonía  
 Del hispano laud, tan bien pulsado  
 Del dulce Laso y el divino Herrera;  
 Y ora inflamando el desmayado aliento  
 Con el laurel de inmarcesible gloria,  
 Que en la remota edad por premio justo  
 Guardado á anhelo tanto me mostrabas.  
 ¿Con qué tornar mi gratitud sencilla  
 Podrá tales oficios? ¿dónde voces  
 Hallar, que llenen los afectos tiernos  
 De mi inflamado corazon? Amigo,  
 Querido amigo, jeneroso padre,  
 No tu modestia mi entusiasmo culpe:

Permíteme gloriar, cantar me deja  
 Tu sencilla bondad: sepan los hombres  
 Que tu has dignado de llamarme amigo,  
 Y dirigir mis juveniles pasos;  
 Que virtud y saber de ti aprendiera.  
 ¡Oh! déte el cielo el galardón debido  
 A tu indulgente humanidad: que amado  
 De tus señores y los hombres seas:  
 Que tu nombre en los siglos con los nom-

[bres

De Aristides y Sócrates divinos  
 En uno se venere, y fausto corra  
 De boca en boca, y de uno en otro pueblo.  
 Ministro de la paz, déte que gozes  
 De tu amor patrio los opimos frutos  
 En colmada sazón: por ti animado  
 Brille el hispano ingenio, cuanto brilla  
 Puro el sol en la bóveda esplendente.

¡Qué inmensa perspectiva ante tus ojos  
 De dulce gloria desplegarse veo!  
 ¿Dónde volverlos que estender no puedas  
 Tu jenerosa mano? La española  
 Juventud llora en su rudez sumida;  
 Y la llama feliz que en ella el cielo  
 Grato encendió, sin pábulo se estingue.  
 Dale maestros que sus tiernas almas  
 Formen á la virtud y al amor patrio.  
 ¡Ah! ¡cuánto, cuánto bien se libra en ellas!

Las casas del saber, tristes reliquias  
 De la gótica edad, mal sustentadas  
 En la inconstancia de las nuevas leyes,  
 Con que en vano apoyadas titubean,  
 Piden alta atención. Crea de nuevo  
 Sus venerandas aulas: nada, nada  
 Harás sólido en ellas, si mantienes  
 Una columna, un pedestal, un arco  
 De esa su antigua gótica rudeza.

Torna despues los penetrantes ojos  
 A los templos de Témis, y si en ellos  
 Vieres acaso la ignorancia intrusa  
 Por el ciego favor, si el zelo tibio,  
 Si desmayada la virtud los labios  
 No osaren desplegar, en vil ultraje  
 El ignorante de rubor cubierto  
 Caiga; y tú, Elpino, de la santa Astrea  
 Ministro incorruptible, cabe el trono  
 Sé apoyo firme de la toga hispana.

Dale, y á ti y á sus amigos caros,  
 Y al carpentano suelo aquel que en noble  
 Santo ardor encendido noche y día  
 Trabaja por la patria; raro ejemplo

De la alta virtud y de saber profundo.  
 ¡Pueda abrazarle yo! ¡goze estrecharle  
 Luego, luego en mi seno; y de sus brazos  
 A los tuyos lanzarme, Elpino mio,  
 Estático de gozo al verme en medio  
 De mis mas caras prendas! no, no tardes  
 El fausto plazo de tan claro día.  
 Débate mi amistad tan suspirada  
 Justa demanda, y subiré tu nombre  
 De nuevo, dulce amigo, al alto cielo.  
 Tú le conoces; y en sus hombros puedes  
 No leve parte de la enorme carga  
 Librar seguro, en que oprimido jimes.

Mientras tu zelo y tu atención imploran  
 Los ministros del templo y la inefable  
 Divina relijion. ¡Oh! ¡cuánto! ¡cuánto  
 Aquí hallarás tambien!... pero su augusto  
 Velo no es dado levantar: tú solo  
 Con respetosa diestra alzarlo puedes,  
 Y entrar con pié seguro al santuario.

Vé en él jimir al mísero colono;  
 Y al comun padre demandar rendido  
 El pan, querido amigo, que tú puedes  
 Darle, de Dios imájen en el suelo.  
 Vé su pálida faz; llorar en torno  
 Vé á sus hijuelos y su casta esposa.  
 La carga vé con que espirando anhela,  
 Misera carga, que la suerte inicua  
 Echó sobre sus hombros infelices;  
 Mientra el magnate con desden soberbio  
 Rie insensible a su indijencia, y nada  
 En lujo escandaloso y feos vicios.

Elpino, aquí tu caridad invoco,  
 Tu jeneroso corazón: sus ayes  
 Recoje fiel, sus lágrimas honradas,  
 Sus justas quejas; y el clemente pecho  
 Por ti conmuevan del piadoso Carlos.  
 Su hollada profesion es la primera,  
 La mas noble, mas útil: de ti clama  
 Luces y proteccion; la valedora  
 Mano le tiende, y sus plegarias oye.  
 No; ya no es dado revelar: la santa  
 Humanidad, la relijion, las leyes,  
 El honor, la verdad, todos te imponen  
 Tan alta obligacion: habla, importuna,  
 Clama, y débate el pobre su sustento:  
 Labren tus velas su dichoso alivio:  
 Y tus decretos la abundancia lleven  
 A las provincias, que tu nombre adoren.

Hélas, hélas á ti vueltos los ojos,  
 Humildes demandarte su anhelada



Felicidad, á su plegaria unido  
 El Indio vago en los inmensos climas  
 De la ignorada América: tu injenio  
 Su tibieza mueva, su pereza aguije,  
 Alumbra su ignorancia, poderoso  
 Débiles las ampare; y feliz llene  
 De espíritu de vida entrambos mundos.  
 Renazca en ellos la virtud amable,  
 El candor inocente y fe sencilla  
 De las costumbres sobre el firme apoyo:  
 Ellas de nuestros padres bienhadados  
 La herencia afortunada un día hicieron:  
 Del honrado Español fueron la gloria.  
 Consumiolas el tiempo: empresa tuya  
 Es darles hoy su antiguo poderío,  
 Y despertar las perezosas almas  
 Que en sueño indigno y en olvido yacen.  
 ¿Pues qué es, ¡ah! de las leyes el imperio?  
 ¿Qué de las armas la funesta gloria,  
 La opulencia, el poder, la ciencia, el oro  
 Sin las costumbres? Enojosa llama  
 Que brilla devastando, y luego muere.  
 Costumbres pues, costumbres; y á su  
 Florecerán las leyes olvidadas,  
 Y ellas solas harán felice al pueblo.  
 ¡Cuánto de ti no espera! ¡qué no puedes  
 Hacer al lado del escelso amigo,  
 Cuya feliz prudencia acompañando  
 Tu íntegra fe, tu zelo jeneroso,  
 Juntos marcharais ya con firme planta  
 Del aula en los difíciles senderos!  
 Su noble corazón, exento y puro  
 De plebeyas pasiones, mas de gloria  
 Lleno y amor al bien, labre contigo  
 La ventura comun; y unidos siempre  
 En santa y útil amistad, que tornen  
 Haced, amigo, los dorados dias,  
 Que al suelo hispano mi esperanza anhela.

## EPISTOLA IV.

A UN MINISTRO, SOBRE LA BENEFICENCIA.

¿Cómo humilde rendir podrá mi Musa  
 Las gracias merecidas al desvelo,  
 Con que tu tierno corazón acoje  
 La virtud infeliz, al ruego mio?  
 ¿Dó acentos hallaré, que á mi oficiosa  
 Gratiitud correspondan? ¿dó palabras  
 Que al vivo, amigo, repetirte puedan

VI.

Las bendiciones justas, con que al cielo  
 Sube tu humanidad una inocente  
 Mísera, desvalida, mas felice  
 Ya en la esperanza con tu sombra ilustre?

No, mi Musa no basta: y tu sencilla  
 Modesta probidad huye el aplauso,  
 Contenta solo en bien hacer, ni menos  
 La mano presta ofrecer al desvalido,  
 Que cuidadosa retirarla sabe  
 Para ocultar sagaz el beneficio.

Amigo, tu bondad tu premio sea:  
 Ella te haga gustar de aquel secreto  
 Vivo placer que la acompaña siempre,  
 Tu espíritu inundando del mas puro  
 Dulce contento en las calladas horas,  
 Cuando las almas insensibles oyen  
 Entre las sombras de la noche triste  
 La olvidada piedad que las acusa,  
 Y sus helados pechos estremece.  
 Ella tu premio sea; en tus oídos  
 Sin cesar clame, y poderosa te haga  
 Poner fin á la empresa jenerosa,  
 Dando sustento y pan á la viüda,  
 Al orfanico, tierno y desvalido,  
 Que á ti convierten sus llorosos ojos.  
 ¡Oh! ponte en medio de ellos, si lo puede  
 Tu ternura llevar: vé su cuitada  
 Soledad indijente: vé sus manos,  
 Sus inocentes manos estendidas  
 Hacia ti; amparo suyo, sombra suya:  
 Vé sus tristes semblantes, sus gemidos,  
 Y la alegre esperanza, que al mirarte  
 Baja y conforta sus llagados pechos.  
 ¡O dulce, ó celestial beneficencia!  
 Virtud, que abarcas las virtudes todas,  
 Tan rico don, cuan poco conocido,  
 Tú que al débil mortal con Dios semejas,  
 Cuya esencia es bondad, de cuyas manos  
 Contino dones mil al mundo bajan;  
 ¡Dichoso aquel que ejercitarte puede,  
 Sus lágrimas cortando al atijido,  
 Y en diestra amiga al abatido alzando,  
 Del comun Padre imájen en el suelo!

Tú, ilustre amigo, mis deseos sabes;  
 Tú, mi amor á la dulce medianía,  
 Do en ocio blando, en plácido retiro  
 Gozo el favor de las benignas Musas,  
 Lejos de la ambicion y el engañoso  
 Mar de las pretensiones, do á la orilla  
 En tabla débil por milagro escapa  
 Algun afortunado, y mil zozobran

36

En inútil leccion; por nada empero  
 Anheló alguna vez en la alta cumbre  
 Mirarme del favor, cual tú te miras;  
 Sino por enjugar con bianda mano  
 Su amargo lloro al pobre, y estenderla  
 Al mérito modesto y desvalido.  
 Mi tierno pecho á resistir no alcanza  
 Tan grata tentacion: él fué formado  
 Para amar y hacer bien; y una corona  
 Tiene en menos que hacer un beneficio.

Mil veces tú dichoso, que los puedes  
 Con larga mano dispensar, y al trono  
 Subir haces la voz de la miseria,  
 Gozando cada instante el placer puro,  
 El íntimo placer de que te miren  
 Como un padre comun los desvalidos.

No basta, no, ser justo. El juez severo  
 Que la vara de hierro alzada siempre  
 Contra el delito, inexorable el rostro,  
 Jamás sintió la compasion llorosa  
 Llenar de turbacion su helado pecho,  
 Al ver de un reo el pálido semblante,  
 Y oír el ronco son de las cadenas;  
 Odioso debe ser. El sabio triste  
 Que en áridos problemas engolfado,  
 Por no aquejar su espíritu insensible  
 Cierra los ojos, y la espalda torna  
 Al infeliz que á su dureza clama;  
 Odioso debe ser. Serlo aun mas debe  
 El héroe sanguinario que se place  
 Entre el horror de las infaustas guerras,  
 Sus feas muertes y alaridos tristes,  
 La sangre, el polvo y el tronante bronce,  
 Tras un vano laurel. Aquel que sabe  
 Llorar con el que llora, condolerse  
 De su suerte cruel, con sus consejos  
 Hacerle llevaderos sus rigores,  
 Testificarle la amistad mas viva,  
 En su seno acogerle compasivo,  
 Buscarle, hacerle sombra, y en su amparo  
 Solícito ocuparse; aqueste solo  
 Es de todos amado; su memoria  
 Con bendiciones mil corre en las jentes;  
 Brilla inmortal su gloria; de la tierra  
 Es delicia y honor, y viva imájen  
 De la Divinidad entre los hombres.  
 Así el astro del día sus tesoros  
 Derrama liberal, el aura pura  
 Esclarece, la tierra vivifica,  
 Templá los hondos mares, y es fecundo,  
 Benéfico motor del universo.

Mostrarse indiferente á las desdichas,  
 Dohlarlas es; y hacer un beneficio,  
 De aquel que lo recibe hacerse dueño.  
 Lo que solo da el hombre, aquello guarda,  
 Y ni muerte ó fortuna se lo roba.  
 Salgamos de nosotros: estondamos  
 A todos nuestro amor; y la suprema  
 Bienandanza á morar del alto empiéreo  
 Al suelo bajará de angustias lleno.  
 ¡Ah! ¿cómo puede ser que en faz serena,  
 Ni enjutos ojos el magnate mire  
 Peñar al indijente? El tigre fiero,  
 Si al tigre ve sufrir, manso se duele:  
 ¡Y el hombre es insensible á la miseria!  
 ¡Y en el lujo dormido al pobre olvida!

Nuestros días fugaces, sabio amigo,  
 De amargos ayes, de cuidados llenos,  
 Cual hermanos vivamos. Con la carga  
 De nuestros males encorvados vamos  
 Por la difícil senda de la vida;  
 Aliviémonos pues: al que padece  
 Redimamos del peso; un infelice  
 Es un justo acreedor á nuestro auxilio.  
 A un pecho noble y jeneroso basta  
 Ser hombre y desgraciado. ¿Quién no

[debe  
 Temer contino la cruel desdicha,  
 Querido amigo? ¿quién vivió hasta ahora  
 Sin conocer las lágrimas? mil fieros  
 Enemigos acechan nuestros días,  
 Y el hombre á padecer nace en la tierra.  
 Ley es sagrada remediar sus males  
 Segun nuestro poder, y al que en la cum-  
 bre  
 Coloca Dios del mando, allí le pone  
 Para que en él el triste halle su alivio,  
 El pobre amparo, el mérito un patrono.

Prosigue pues tu empresa jenerosa,  
 O dulce amigo; acábala, y mis voces  
 Olvidadas no sean con los graves  
 Cuidados que te abruma noche y día.  
 Oye á tu alma sensible: da á la patria  
 Una familia, y sé segundo padre  
 De un huérfano infeliz: ambos deudores  
 Le somos y á la madre desgraciada.  
 Tú piadoso favor, y yo mis ruegos,  
 Le debo encarecidos. ¡Oh! ¡lograsen  
 La suerte favorable cabe el trono,  
 Que á tu benigno corazón merecen!

## EPISTOLA V.

AL DOCTOR DON GASPAR GONZALEZ DE CANDAMO, CATEDRATICO DE LENGUA HEBREA DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA, EN SU PARTIDA A AMERICA DE CANONIGO DE GUADALAJARA DE MÉJICO.

¿HUYES, ¡ay! huyes mis amantes brazos,  
Dulce Cándamo, y entre el Indio rudo,  
En sus inmensos solitarios bosques  
Corres á hallar la dicha que en el seno,  
En el fiel seno de tu tierno amigo  
El cielo y la amistad te guardan solo?  
Surta en el puerto la atrevida nave,  
Ya las velas fugaces libra inquieta  
A los alados vientos: ya impaciente  
Clama la chusma por levar el ancla:  
Lévala; ciégá entre confusas voces,  
Salvas y vivas á la mar se arroja.

¡Oh! tente, tente, navecilla frágil,  
¿Dó te abandonas?... despeñado el noto,  
Mira cuál corre la llanura inmensa  
Del antiguo océano, infausto padre  
De borrascas y miseros naufragios.  
Los ciegos vados, los escollos tristes,  
Las negras nubes sobre ti apiñadas,  
Y tanto monstruo que las aguas cria,  
Miedo y horror al ánimo y los ojos,  
Mira desventurada: cauta el puerto  
Torná á ganar, y deja de mi amigo  
La venturosa carga. Amigo, vuelve,  
Vuelve á mis brazos, y con blanda mano  
Mis dolorosas lágrimas enjuga.  
Tu ciego arrojó á mi sensible pecho  
Se las hace verter... ¿y mas contigo  
Podrán las leyes de un respeto injusto,  
La opinion ciega, el pundonor vidroso,  
Que la ley santa de amistad? ¿no tienes  
Aquí cuanto te debe hacer felice?  
¿Tus hermanas, tu amigo...? ¿y de ellos

[huyes?

Y entre bárbaros dicha hallar esperas?

No, ingrato, no: la sólida ventura  
Solo mora en las almas inocentes  
Que une amistad con su sagrado lazo.  
Solo esta llama celestial los pechos  
Hinche de verdaderas alegrías  
Y de eterno placer, que en sombra triste  
Jamás se anubla de pesar tardío.  
Lejos del ciego mundanal tumulto,

Tesoros, honras, dignidades, todo  
Estraño le es, y con desden lo mira.

¿Aquellas dulces pláticas, aquellas  
Íntimas confianzas en que á un tiempo  
Nuestra razon con la verdad se ornaba,  
Y el pecho en entusiasmo jeneroso  
Por la santa virtud movido ardía:  
Tantos plácidos dias discurriendo  
Del hombre y su alto ser, del laberinto  
Oscuro de su pecho y sus pasiones;  
Las horas que asentados nos burlaban,  
En rauda vuelo huyéndose fugaces,  
Ya de un arroyo la márjen, ya perdidos  
Por estos largos valles; aquel fuego  
Con que tú orabas en favor del pobre,  
Víctima triste de enemigos hados;  
Y escuchándote yo bañadas vieras  
Mis mejillas en lágrimas: las gratas  
Disputas nuestras depurando el oro  
De la verdad, de las escorias viles  
Con que el error y el interés la ofusca;  
Los heroicos propósitos mil veces  
Renovados de amarla sobre todo:  
Las útiles lecturas, los festivos  
Y sazonados chistes... ¿tantas, tantas  
Celestiales delicias en mis brazos  
Detenerte no pueden? ¿ó es que esperas  
Hallar acaso en los remotos climas  
Otro amigo, otro pecho como el mio?

¡Ah! que ciego te engañas: ¡ah! que

[triste,

Solo, aburrido, despechado un dia  
En tu abandono y tu dolor perdido,  
Me has de llamar; y los turbados ojos,  
Turbados de llorar hácia estos valles  
Volverás, que ora, ¡ó misero! abandonas.  
Sí, sí, los volverás, y en ruego inútil  
Demandarás el olvidado nombre,  
Mis cariños, mis brazos... ¿mas qué digo?  
Yo le ruego; y la nave ya lijera  
Con sesgo vuelo por el mar cerúleo,  
Atrás dejando la galaica playa,  
Hiende las olas espumosas, y huye  
Como el viento veloz. Querido amigo,  
Mitad del alma mia, compañero  
De mi florida juventud, amparo,  
Consuelo de mis penas, de virtudes  
Y de bondad tesoro inagotable,  
Y archivo fiel de mis secretos tristes,  
Vé en paz; navega en paz: pródigo el cielo  
Sobre ti vele; y tus preciosos dias

Fausto conserve para alivio mio.  
 Consérvelos el cielo; y de su trono  
 El Dios clemente que en tu pecho puso.  
 El heroico propósito, y te arranca  
 De la querida patria y mi fiel seno,  
 Por mil afanes y peligros rudos  
 Alegre sus delicias conmutando;  
 Con mano poderosa te sostenga  
 Salvo del mar en el inmenso abismo.  
 A su benigno omnipotente imperio  
 Los raudos vientos su furor enfrenen;  
 Y aquellos solo blandamente soplen  
 Que al puerto afortunado te encaminen:  
 Cual corre al grato albergue la paloma  
 Buscando fiel su nido y sus hijuelos.

Él puede, y yo le ruego fervoroso:  
 No mis ardientes súplicas, nacidas  
 De inocente amistad, de fe sincera,  
 Vanas, ¡ah! no han de ser; que Dios atiende  
 Grato al que ruega por el dulce amigo;  
 Y ante su trono subirán mis voces,  
 Cual el fragante aroma de las aras  
 En sacrificio acepto. Y tú que llevas  
 En mi amigo esta vez, vasto océano,  
 Mi vida y la mitad del alma mia  
 Librada á tus abismos; las sonantes  
 Alzadas olas calma por do fuere  
 La frágil navecilla, que conduce  
 Tan sagrado depósito á las playas  
 Del opulento mejicano imperio.  
 ¡O padre venerando! ayuda fácil  
 Su arduo camino: mis plegarias oye;  
 Y lejos dél la tempestad ahuyenta.  
 Yo agradecido con sonante lira  
 Te cantaré por siempre de los mares  
 Supremo rey; y en himnos reverentes  
 Subiré á las estrellas tus loores.  
 Favorable le ampara; que no loca  
 Presuncion, ni osadía temeraria,  
 O ciega sed de atesorar, mas solo  
 La tierna humanidad, el vivo anhelo  
 De conocer al hombre en los distintos  
 Climas, do sabio su Hacedor le puso,  
 Y de ilustrarle el zelo jeneroso,  
 A tan remotas tierras le arrebatan.

¡Tierras dichosas, que esperais gozarle!  
 ¡Cuántos os envidio! ¡cuánto! ¡y qué tesoro  
 En él os va de probidad sencilla!  
 ¡Ah! ¿por qué este tesoro á mí se roba?  
 ¡Ah! si unidos alientan nuestros pechos,  
 ¿Por qué, mares inmensos nos separan?

¿Cómo, querido amigo, al lado tuyo  
 Participe no soy de tus fortunas?  
 ¿Por qué, por qué mi espíritu angustiado  
 Su inmenso mal no ha de llorar contigo?  
 ¿Por qué contigo no verán mis ojos,  
 No estudiarán ese ignorado mundo,  
 Tantas incultas, peregrinas jentes?  
 ¡Oh! ¡á tu mente curiosa qué de objetos  
 Van á ostentarse! ¡cuánta maravilla  
 A ese tu jenio observador aguarda!  
 Otro cielo, otra tierra, otros vivientes,  
 Plantas, árboles, rios, montes, brutos,  
 Insectos, piedras, minerales, todo,  
 Todo nuevo y extraño; cuán opimos,  
 Cuán ricos frutos cojerá tu ingenio!  
 Tu ingenio conducido á la luz clara  
 De la verdad en su sagaz exámen.

Sacia la ardiente sed: admira, estudia  
 La gran naturaleza; y con divina  
 Mente su inmensidad feliz abarca:  
 Sus vínculos descubre; y un hallazgo  
 Sea cada paso que en sus reinos dieres.  
 Mientras yo, ¡ay Dios! en mi dolor pro-  
 [fundo

Perdido y solo, de esperar cansado,  
 Cansado de sufrir, víctima triste  
 De mil ciegas pasiones, estos valles  
 Vago sin seso; y despedido imploro  
 La muerte con los tristes perzosa.  
 Que de ti lejos, fiel amigo, ¿dónde  
 Podrá alivio encontrar el alma mia?  
 ¿Dónde aquel zelo de mi bien, aquellos  
 Saludables avisos que templaban,  
 Cual un divino bálsamo, las penas  
 De mi pecho, hallaré?.. mudo y lloroso,  
 Solitario, aburrido, los felices  
 Lugares correré, donde solías  
 Mi gozo hacer un tiempo y mi ventura.  
 Iré al aula, á tu estancia: el nombre tuyo  
 Repetiré llamándote; y mi anhelo  
 Solo hallará por ti dolor y llanto.

¡Ay! ¡en qué amarga soledad me dejas!  
 ¡Ay! ¡qué tierra! ¡qué hombres! la ca-  
 [lumnia,

La vil calumnia, el odio, la execrable  
 Envidia, el zelo falso, la ignorancia  
 Han hecho aquí, lo sabes, su manida,  
 Y contra mí infeliz se han conjurado.

¿Podré, ¡oh dolor! entre enemigos tales  
 Morar seguro sin tu amiga sombra?  
 ¿Podré un mínimo punto haber reposo?

¿Gozar un solo instante de alegría?

Dichoso tú, que su letal veneno  
Logras seguro huir, y entre inocentes,  
Semibárbaros hombres, las virtudes  
Hallarás abrigadas, que llorosas  
De este suelo fatal allá volaron.  
Disfruta, amigo, sus sencillos pechos :  
Bendice, alienta su bondad selvaje,  
Preciosa mucho mas que la cultura  
Infausta, que corrompe nuestros climas  
Con brillo y apariencias seductoras.  
¡Oh! ¡quién pudiera sepultarse entre ellos!  
¡Quién abrazar su desnudez alegre,  
De sí lanzando los odiosos grillos  
Con que el error y el interés le ataron !  
Entonce la alma paz, el fausto gozo,  
El sosiego inocente, el sueño blando,  
Y la quietud de mí tan suspirada,  
Que hoy de mi seno amedrentados huyen,  
A morarle por siempre tornaría.

Tú esta ventura logras: tú felice  
En medio de ellos gozarás seguro  
Los mas plácidos dias... Vé sus almas,  
Su inocencia, el reposo afortunado  
Que les dan su ignorancia y su pobreza.  
Vélos reir, y envidia su ventura:  
Lejos de la ambicion, de la avaricia,  
De la envidia cruel, en sus semblantes  
Sus almas nuevas se retratan siempre.  
Naturaleza sus deseos mide,  
La hambre el sustento, su fatiga el sueño.  
Su pecho solo á la virtud los mueve;  
La tierna compasion es su maestra,  
Y una innata bondad de ley les sirve.  
La paz, lo necesario, el grato alivio  
De una consorte tímida y sencilla,  
Una choza, una red, un arco rudo,  
Tales son sus anhelos; esto solo  
Basta á colmar sus inocentes pechos.  
¡Afortunados ellos muchas veces!  
¡Afortunado tú que entre ellos moras!

Mas, ¡ay! si vieres al odioso fraude,  
Al ímpio despotismo el brazo alzado  
Sus dias afligir; si á almas de hierro  
De su incauta bondad abusar vieses,  
Y espilar inhumanas su miseria ;  
Opónle denodado á estos furores.  
Opón, amigo, el pecho firme: clama,  
Increpa sin pavor, insta, importuna ;  
Y tu elocuente voz suba hasta el trono  
Del justo, el bueno, del clemente Carlos.

Ministro eres de paz; á ti encomienda  
El sumo Dios la humanidad hollada.  
Ceda todo á este empleo jeneroso,  
Quietud, saber... hasta la vida misma:  
Que ya pródigo el cielo la corona  
Teje á tu sien de inmarcesibles flores ;  
Y despues que hayas sido entre esos pue-  
[blos  
Claro ejemplo de todas las virtudes ,  
Te ha de tornar á mis amigos brazos,  
Do bajo un mismo techo venturosos,  
Juntos gozemos nuestros breves dias ;  
Y en un sepulcro mismo inseparables  
Juntos tambien reposen nuestros huesos.  
A Dios, Candamo, á Dios: la amistad  
[santa  
Distancias no conoce; y de los mares  
Y del tiempo á pesar, tuya es mi vida...  
A Dios, á Dios... ¡ Amarga despedida !.....

## EPISTOLA VI.

## EL FILÓSOFO EN EL CAMPO.

Bajo una erguida populosa encina,  
Cuya ancha copa en torno me defiende  
De la ardiente canícula, que ahora  
Con rayo abrasador angustia el mundo,  
Tu oscuro amigo, Fabio, te saluda.  
Mientras tú en el guardado gabinete  
A par del feble ocioso cortesano,  
Sobre el muelle sofá tendido yaces,  
Y hasta para alentar vigor os falta ;  
Yo en estos campos por el sol tostado  
Lo afronto sin temor, sudo y anhelo ;  
Y el soplo mismo que me abraza ardiente,  
En plácido frescor mis miembros baña.  
Miro y contemplo los trabajos duros  
Del triste labrador, su suerte esquivá,  
Su miseria, sus lástimas; y aprendo  
Entre los infelices á ser hombre.

¡Ay Fabio! ¡Fabio! en las doradas salas,  
Entre el brocado y colgaduras ricas,  
El pié hollando entallados pavimentos ;  
¡Qué mal al pobre el cortesano juzga!  
¡Qué mal en torno la opulenta mesa,  
Cubierta de mortíferos manjares,  
Cebo á la gula y la lascivia ardiente,  
Del infeliz se escuchan los clamores!  
Él carece de pan: cércale hambriento  
El largo enjambre de sus tristes hijos,

Escuálidos, sumidos en miseria ;  
 Y acaso acaba su doliente esposa  
 De dar , ¡ ay ! á la patria otro infelice ,  
 Victimá ya de entónces destinada  
 A la indijencia , y del oprobio siervo ;  
 Y allá en la corte en lujo escandaloso  
 Nadando en tanto el sibarita rie  
 Entre perfumes y festivos brándis ,  
 Y con su risa á su desdicha insulta .

Insensibles nos hace la opulencia ,  
 Insensibles nos hace. Ese bullicio ,  
 Ese contino discurrir veloces  
 Mil doradas carrozas , paseando  
 Los vicios todos por las anchas calles ,  
 Esas empenachadas cortesanas ,  
 Brillantes en el oro y pedrería  
 Del cabello á los piés ; esos teatros ,  
 De lujo y de maldades docta escuela ,  
 Do un ocioso indolente á llorar corre  
 Con Andrómaca ó Zaida ; mientras sordo  
 Al anciano infeliz vuelve la espalda ,  
 Que á sus umbrales su dureza implora ;  
 Esos palacios y preciosos muebles ,  
 Que porque mas y mas se infle el orgullo ,  
 Labró prolijo el industrioso Chino ;  
 Ese incesante hablar de oro y grandezas ;  
 Ese anhelo pueril por los mas viles  
 Despreciables objetos , nuestros pechos  
 De diamante tornaron : nos fascinan ,  
 Nos embebecen , y olvidar nos hacen  
 Nuestro comun orijen y miserias .

Hombres , ¡ ay ! hombres , Fabio amigo ,  
 [ somos ,  
 Vil polvo , sombra , nada ; y engreidos  
 Cual el pavon en su soberbia rueda ,  
 Deidades soberanas nos creemos .

¿ Qué hay , nos grita el orgullo , entre el  
 [ colono  
 De comun y el señor ? ¿ tu jenerosa  
 Antigua sangre , que se pierde oscura  
 Allá en la edad dudosa del gran Nino ,  
 Y de héroe en héroe hasta tus venas corre ,  
 De un rústico á la sangre igual sería ?  
 El potentado distinguirse debe  
 Del tostado arador ; pródigo el cielo  
 Así lo ha decretado , dando al uno  
 El arte de gozar , y un pecho al otro  
 Llevador del trabajo : su vil frente  
 Del alba matinal á las estrellas  
 En amargo sudor los surcos bañe ,  
 Y exhausto espire á su señor sirviendo ;

Mientras él coje venturoso el fruto  
 De tan ímprobo afan , y uno devora  
 La sustancia de mil . ¡ Oh cuánto ! ¡ cuánto  
 El pecho se hincha con tan vil lenguaje !  
 Por mas que grite la razon severa ,  
 Y la cuna y la tumba nos recuerde  
 Con que justa natura nos iguala .

No , Fabio amado , no ; por estos campos  
 La corte olvida : ven y aprende en ellos ,  
 Aprende la virtud . Aquí en su augusta  
 Amable sencillez , entre las pajas ,  
 Entre el pellico y el houroso arado ,  
 Se ha escojido un asilo , compañera  
 De la sublime soledad : la corte  
 Las puertas le cerró , cuando entre muros  
 Y fuertes torreones y hondas fosas ,  
 De los fáciles bienes ya cansados  
 Que en mano liberal su autor les diera ,  
 Los hombres se encerraron imprudentes ,  
 La primitiva candidez perdiendo .  
 En su abandono triste relijiosas  
 En sus chozas pajizas la abrigaron  
 Las humildes aldeas , y de entónces  
 Con simples cultos fieles la idolatran .

Aquí los dulces , los sagrados nombres  
 De esposo , padres , hijos , de otro modo  
 Pronuncia el labio y suenan al oido .  
 Del entrañable amor seguidos siempre  
 Y del tierno respeto , no tu vista  
 Ofenderá la escandalosa imájen  
 Del padre injusto que la amable vírjen ,  
 Hostia infeliz arrastra al santuario ,  
 Y al sumo Dios á su pesar consagra ,  
 Por correr libre del burdel al juego .  
 No la del hijo indigno , que pleitea  
 Contra el autor de sus culpables dias ,  
 Por el ciego interés : no la del torpe  
 Impudente adulterio en la casada  
 Que en venta al Prado sale , convidando  
 Con su mirar y quiebro licenciosos  
 La loca juventud ; y al vil lacayo ,  
 Si el amante tardó , se prostituye .  
 No la del ímpio abominable nieto ,  
 Que cuenta del abuelo venerable  
 Los lentos dias ; y al sepulcro quiere  
 Llevarlo en cambio de su rica herencia .  
 Del publicano el corazon de bronce  
 En la comun miseria : de la insana  
 Disipacion las dádivas ; y el precio  
 De una ciudad en histriones viles .  
 Ni en fin de la belleza melindrosa

Que jamás pudo ver sin desmayarse  
De un gusanillo las mortales ansias;  
Empero hasta el patíbulo sangriento  
Corre, y con faz enjuta y firmes ojos  
Mira el trájico fin del delincuente,  
Lívida faz y horribles convulsiones,  
Quizá comprando este placer impío,  
La atroz curiosidad te dará en rostro.

Otras, otras imágenes tu pecho  
Conmoverán á la virtud nacido.  
Verás la madre al pequeñuelo infante  
Tierna oprimir en sus honestos brazos,  
Mientras officiosa por la casa corre,  
Siempre ocupada en rústicas tareas,  
Ayuda, no ruina del marido:  
El cariño verás con que le ofrece  
Sus llenos pechos, de salud y vida  
Rico venero: jugueteon el niño  
Rie. y la halága con la débil mano;  
Y ella enloquece en fiestas cariñosas.  
La adulta prole en torno le acompaña  
Libre, robusta, de contento llena;  
O empezando á ser útil, parte en todo  
Tomar anhela: y gózase ayudando  
Con manecillas débiles sus obras.  
En el vecino prado brincan, corren,  
Juegan y gritan un tropel de niños  
Al raso cielo, en su agradable trisca,  
A una pintados en los rostros bellos  
El gozo y las pasiones inocentes,  
Y la salud en sus mejillas rubias.  
Lejos, del segador el canto suena,  
Entre el blando balido del rebaño  
Que el pastor guía á la apacible sombra;  
Y el sol sublime en el zenit señala  
El tiempo del reposo: á casa vuelve  
Bañado en sudor útil el marido  
De la era polvorosa; la familia  
Se asienta en torno de la humilde mesa:  
¡Oh, si tan pobre no la hiciese el yugo  
De un mayordomo bárbaro, insensible!  
Mas espilada de su mano avara,  
De Tántalo el suplicio verdadero  
Aquí, Fabio, verías: los montones  
De mies dorada enfrente están mirando,  
Premio que el cielo á su afanar dispensa,  
Y hasta de pan los míseros carecen.  
Pero, ¡ó buen Dios! del rico con oprobio,  
Su corazón en reverentes himnos  
Gracias te da por tan escasos dones,  
Y en tu entrañable amor constante fia.

Y mientras charlan corrompidos sabios  
De ti, Señor, para ultrajarte, ó necios  
Tu inescrutable ser definir osan  
En aulas vocingleras, él contempla  
La hoguera inmensa de ese sol, tu imájen,  
Del vago cielo en la estension se pierde,  
Siente el aurabullir, que de sus miembros  
El fuego teñe y el sudor copioso,  
Goza del agua el refrigerio grato,  
Del árbol que plantó la sombra amiga,  
Ve de sus padres las nevadas canas,  
Su casta espesa, sus queridos hijos;  
Y en todo, en todo con silencio humilde  
Te conoce, te adora relijioso.

¿Y estos miramos con desden? ¿la clase  
Primera del estado, la mas útil,  
La mas honrada, el santuario augusto  
De la virtud y la inocencia hollamos?  
¿Y para qué? Para esponer tranquilos  
De una carta al azar ¡ó noble empleo  
Del tiempo y la riqueza! lo que haría  
Próvido heredamiento á cien hogares;  
Para premiar la audacia temeraria  
Del rudo gladiador, que á sus pies deja  
El útil animal que el corvo arado  
Para sí nos demanda; los mentidos  
Halagos con que artera al duro lecho,  
Desde sus brazos, del dolor nos lanza  
Una impudente cortesana; el raro  
Saber de un peluquero. que elevando  
De gasas y plumaje una alta torre  
Sobre nuestras cabezas, las rizadas  
Hebras de oro en que ornó naturaleza  
A la beldad, afea y desfigura  
Con su indecente y asquerosa mano.

¡Oprobio! ¡ó vilipendio! La matrona,  
La casta vírjen, la viuda honrada  
¿Ponerse pueden al lascivo ultraje,  
A los toques de un hombre? ¿esto toleran  
Maridos castellanos? ¿el ministro  
De tan fea indecencia, por las calles  
En brillante carroza y como en triunfo  
Atropellando al venerable anciano,  
Al sacerdote, al militar valiente,  
Que el pecho ornado con la cruz gloriosa  
Del patron de la patria, á pié camina?  
Huye, Fabio, esa peste. En tus oídos  
De la indijencia mísera ¿no suena  
El suspirar profundo, que hasta el trono  
Sube del sumo Dios? ¿su justo azote  
Amenazar no ves? ¿no ves la trampa,

El fraude, la bajeza, la insaciable  
 Disipacion, el deshonor lanzarlos  
 En el abismo del oprobio, donde  
 Mendigarán sus nietos infelices,  
 Con los mismos que hoy buellan confundi-

[dos?

Huyelos, Fabio: ven, y estudia dócil  
 Conmigo las virtudes de estos hombres  
 No conocidos en la corte. Admira,  
 Admira su bondad: vé cuál su boca  
 Llana y veraz como su honrado pecho,  
 Sin velo, sin disfraz, celebra, increpa  
 Lo que aplaudirse ó condenarse debe.  
 Mira su humanidad apresurada  
 Al que sufre, recorrer: de boca en boca  
 Oirás volar, ó Fabio, por la corte  
 Esta voz celestial; mas no imprudente  
 En las almas la busques, ni entre el rico  
 Brocado blando abrigo al infelice.  
 Solo los que lo son, solo en los campos  
 Los miserables condolerse saben,  
 Y dar su pan al huérfano indijente.  
 Goza de sus sencillas afecciones  
 El plácido dulzor, el tierno encanto:  
 Vé su inocente amor con qué enerjía,  
 Con qué verdad en rústicos conceptos  
 Pinta sus ansias á la amable vírjen,  
 Que en mutua llama honesta le responde,  
 El bello rostro en púrpura teñido:  
 Y bien presto ante el ara el yugo santo  
 El nudo estrechará, que allá forjaran  
 Vanidad ó ambicion, y aquí la dulce  
 Naturaleza, el trato y la secreta  
 Simpática virtud que unió sus almas.  
 Sus amistades vé: desatendida,  
 En las altas ciudades do enmudece  
 Su lengua el interés, solo del rudo  
 Labio del labrador oirás las voces  
 De esta santa virtud, gozarás pura  
 Solo en su seno su celeste llama.

Admira su paciente sufrimiento;  
 O mas bien llora, viéndolos desnudos,  
 Escuálidos, hambrientos, encorvados,  
 Lanzando ya el suspiro postrimero  
 Bajo la inmensa carga que en sus hombros  
 Puso la suerte. El infeliz navega,  
 Deja su hogar, y afronta las horrascas  
 Del inmenso océano, porque el lujo  
 Sirva á tu gula, y su soberbio hastío  
 El café que da Moca perfumado,  
 O la canela de Ceilan. La guerra

Sopla en las almas su infernal veneno,  
 Y en insano furor las cortes arden;  
 Desde su esteva el labrador paciente,  
 Llorando en torno la infeliz familia,  
 Corre á la muerte; y en sus duros brazos  
 Se libra de la patria la defensa:  
 Su mano apoya el anhelante fisco:  
 La aciaga mole de tributos carga  
 Sobre su cerviz ruda, y el tesoro  
 Del estado hinche de oro la miseria.

Ese sudor amargo con qué inunda  
 Los largos surcos que su arado forma,  
 Es la dorada espiga que alimenta,  
 Fabio, del cortesano el ocio muelle.  
 Sin ella el hambre pálida.... ¿Y osamos  
 Desestimarlos? Al robusto seno  
 De la fresca aldeana confiamos  
 Nuestros débiles hijos, porque el dulce  
 Néctar y la salud felices hallen,  
 De que los privan nuestros feos vicios:  
 ¿Y por vil la tenemos? ¿Al membrudo  
 Que nos defiende, injustos desdeñamos?  
 Sus útiles fatigas nos sustentan;  
 ¿Y en digna gratitud con pié orgulloso  
 Hollamos su miseria, porque al pecho  
 La roja cinta ó la brillante placa,  
 Y el ducal manto para el ciego vulgo  
 Con la clara Escelencia nos señalen?  
 ¿Qué valen tantas raras invenciones  
 De nuestro insano orgullo, comparadas  
 Con el monton de sazoadas mieses  
 Que crió el labrador? Débiles niños  
 Fináramos bien presto en hambre y lloro  
 Sin el auxilio de sus fuertes brazos.

## EPISTOLA VII.

AL ESCMO. SR. PRÍNCIPE DE LA PAZ, CON  
 MOTIVO DE SU CARTA PATRIÓTICA A LOS  
 OBISPOS DE ESPAÑA RECOMENDANDOLES  
 EL NUEVO SEMANARIO DE AGRICULTURA.

¡Qué ven mis ojos! ¡al augusto Carlos,  
 A vos, señor, desde su trono escelso  
 Del desvalido labrador la muerte  
 Con lágrimas mirar; y hasta la esteva  
 Bajando honrada, en su feliz alivio  
 Con atencion solícita ocuparos!  
 ¡Qué, á la ignorancia desidiosa os veo  
 Querer lanzar de los humildes lares,  
 Do abrigada hasta aquí, tantas fatigas,



Desvelos tantos disipando ciega,  
 Sus infelices víctimas arrastra  
 De la indijencia al criminal abismo!

Ya á vuestro mando poderoso corren  
 Las luces, la enseñanza: tiembla y jime  
 Azorado el error; de espigas de oro  
 La madre España coronada encumbra  
 Su frente venerable; y cual un tiempo  
 Sobre el orbe domina triunfadora.  
 Gozad, señor, de la sublime vista  
 De tan gloriosa perspectiva: afable  
 Tended los ojos, contemplád el pueblo,  
 El pueblo inmenso que encorvado jime  
 Con sus afanes y sudor creando,  
 Tutelar númen, las doradas mieses,  
 En que el estado su sustento libra.  
 Miradlo, oídlo celebrar gozoso  
 El día que le dais: alzar las manos  
 A vos y al trono, y demandar al cielo  
 Para Carlos y vos sus bendiciones.

Seguid, seguid; y nuevo Triptolemo,  
 Sed el amigo, el protector, el padre  
 Del colono infeliz: raye la aurora  
 Des su consuelo; y en su hogar sobrado  
 Por vos ria el que á todos nos sustenta.  
 Alguna vez con pecho jeneroso  
 La grandeza olvidad, dejad la corte  
 Y el fausto seductor: y á él descendiendo,  
 Ved y llorad. En miserables pajas  
 Sumida yace la virtud: fallece  
 El padre de familias que al Estado  
 Enriqueció con un enjambre de hijos:  
 Jime entre andrajos la inocente vírjen,  
 Por su indigna nudez culpando al cielo;  
 O el infante infeliz transido pende  
 Del seno exhausto de la triste madre.  
 Las lágrimas, los ayes desvalidos  
 Calmad humano en la infeliz familia:  
 Y vedla en su indijencia aun celebrando  
 A su buen rey, en su defensa alegre  
 Ansiar verter su sangre jenerosa:  
 Vedla humilde adorar la inescrutable  
 Providencia; y con frente resignada,  
 Relijiosa en su mísero destino,  
 Besar la mano celestial que oprime  
 Tan ruda su cerviz, y le convierte  
 El pan que coje, en ásperos abrojos.

Comparad justo, comparad entónces  
 Su honradez, su candor, su sufridora  
 Paciencia, su bondad, con el orgullo  
 Del indolente y rico ciudadano.

Aquel afana, suda, se desvela  
 Del alba rubia el Véspero luciente:  
 Sufre la escarcha ríjida, las llamas  
 Del Can abrasador, la lluvia, el viento:  
 Cria, no goza; y sin quejarse deja  
 Que el pan mil veces le arrebate el vicio.  
 Y el otro, rico, cómodo, abundoso  
 De regalo y placer en el teatro,  
 En el ancho paseo, en el desórden  
 Del criminal festin, siempre al abrigo  
 Del sol, del hielo, con soberbia frente  
 Censura, increpa, desconoce ciego  
 La mano que le labra su ventura;  
 Y osado acaso.... el ocio y el regalo  
 Le hacen ingrato, desdenoso, injusto;  
 Y su honradez al labrador, paciente.  
 ¿Qué sería, señor, si al cielo alzara  
 La frente mas holgado? ¿si sobre ella  
 La palidez, el esualor, el triste  
 Tímido abatimiento no afeasen  
 Indignos su virtud? ¿qué si arrastrando  
 Cual siervo vil, de la pobreza amarga  
 No llevase do quier los rudos grillos?

Rompedlos vos; y le veréis que alegre  
 Corre á la esteva y al afan: que tierno  
 La mano besa que su bien procura.  
 Instruidle, alentadle; y la abundancia  
 Sus trojes colmará: nuevas semillas,  
 Nuevos abonos, instrumentos nuevos  
 A servirle vendrán: las misteriosas  
 Ciencias el pan le pagarán que cria  
 Para el sustento de sus nobles hijos.  
 No será, no, la profesion primera  
 Del hombre y la mas santa, que honró un  
 [dia

Inclitos consulares y altos reyes,  
 Y aun sonar pudo en el divino labio  
 Del sumo Autor en el Eden dichoso;  
 Ruda y mofada en su ignorancia ciega.

Los anchos llanos de Castilla, ora  
 Desnudos, yermos, áridos, que claman  
 Por frescura y verdor, verán sus ríos  
 Útiles derramarse en mil sonantes  
 Risueños cauces, á llevar la vida  
 Por sus sedientas abrasadas vegas.  
 Desplegará sus jérmenes fecundos  
 La tierra; y alzarán su frente hermosa  
 Mil verdes troncos su nudez cubriendo.  
 La Bética será, cual fuera un dia  
 Entre la docta antigüedad, el suelo  
 Donde los dioses los Elíseos campos

Plantaron, premio á las ilustres almas:  
Mieses, ganados, perfumadas frutas  
Do quier, y paz, y cándida alegría.  
Volveránse un jardín los agrios montes:  
Todo se animará: sobre la patria  
Sus faustas alas tenderá la alegre  
Prosperidad; y al indio en largos rios  
La industria llevará vuestras riquezas.

El labrador que por instinto es bueno,  
Lo será por razon; y el vicio en vano  
Querrá doblar su corazon sencillo.  
Será su religion mas ilustrada;  
Y ei que ora bajo el esplendente cielo,  
Abrumado de afan, sieute y no admira,  
Cual el buey lento que su arado arrastra,  
El activo poder que le circunda  
De su Hacedor, la diestra protectora,  
Ostentada do quier, ya en el milagro  
De la jermiacion, ya de las flores  
En el ámbar vital, ó el raudo viento,  
En el enero ríjido, en la calma  
Del fresco otoño, en la sonante lluvia,  
En la nieve fecunda: en todo, en todo  
Podrá instruido levantar la frente  
Llena de gozo á su inefable dueño:  
Ver en sus obras su bondad inmensa,  
Y en ellas adorarle relijioso:

Ora su mano próvida á sus campos  
Envíe la abundancia, y los corone  
Su bendicion de sezonadas mieses;  
Ora le agrade retirarla, y mande  
Al hielo, al viento, al áspero granizo  
Talarlos; ¡ ay! con ominoso vuelo.

¡ Gran Dios! ¡ qué perspectiva tan su-

[blime

Para una alma sensible y jenerosa!  
¡ Con qué ternura estática se place  
Mi musa en ella; y se adelanta alegre  
En los dias de gloria de mi patria!  
¡ Cuán dulces bendiciones! ¡ qué loores  
Os guardan ya sus venideros hijos!  
Traspad con la mente el tardo tiempo:  
Vedlos por vos sobrados, virtuosos,  
Hombres, no esclavos ya de una grosera  
Rudez indigna, ó de miseria infausta.  
Ved el plantel de vigorosos brazos  
Que en torno de ellos la abundancia cria:  
Fruto feliz de vuestro zelo ardiente,  
Gozaos en ellos cual su tierno padre.  
Oid en sus labios vuestro fausto nombre;  
Y á la vejez que al escucharlo, al cielo

Los ojos alza en júbilo inundados.  
Ved y gozad, si en los presentes males  
Llorasteis hasta aquí; y abrid el seno  
Con tantas dichas al placer mas puro.  
Sed en el alma labrador... la mia  
Se arrebatá, señor; habla del campo,  
Del colono infeliz: criado entre ellos,  
Jamás pudo sin lágrimas su suerte,  
Sus ansias ver mi corazon sensible.  
Fueron mis padres, mis mayores fueron  
Todos agricultores: de mi vida  
Ví la aurora en los campos: el arado,  
El rudo apero, la balante oveja,  
El asno sufridor, el buey tardío,  
Gavillas, parvas, los alegres juegos  
Fueron, ¡ oh dicha! de mi edad primera.  
Vos lo sabeis: nuestra provincia ilustre  
Héroes y labradores solo cria.  
De sus arados á triunfar corrieron  
Del Nuevo-Mundo las sublimes almas  
De Pizarro y Cortés; y con su gloria  
Dejaron muda, atónita la tierra.  
Al forzudo Estremeño habréis mirado  
Mas de una vez, sobre el monton de mie-

[ses

Burlar de Sirio abrasador los fuegos,  
Lanzando al viento los trillados granos  
Con el dentado bieldo, ó de la aurora  
Los rayos aguardar sobre la esteva.  
Pues Estremeño sois, sed el patrono,  
El padre sed del labrador: los pasos  
De los buenos seguid. Pero ¡ ah! no basta  
Que le instruyais, que á socorrerle ven-

[gan

A vuestra voz mil útiles doctrinas.  
Do quier se vuelve entre cadenas graves,  
Sin accion ve sus miembros vigorosos.  
Parece que la suerte un muro ha alzado  
De bronce entre él y el bien: trabaja y

[suda;

Y en vano anhela despedir el yugo,  
El grave yugo que su cuello oprime.  
Busca la tierra do afanoso pueda  
Sus brazos emplear, y ansia llorando  
La dulce propiedad, que una ominosa  
Vinculacion por siempre le arrebatá.  
No tiene un palmo do labrar, y en torno  
Leguas mira de inútiles baldíos.  
Abierta su heredad, pídele en vano  
Los frutos en sazón, y está con ellos  
Brindando al buey y la golosa oveja.

Perderse ve las sonoras linfas  
 Del claro arroyo; y fecundar no puede  
 Sus secos campos con su grato riego.  
 Aislado en su hogar pobre, le circundan  
 Sendas impracticables: el altivo  
 Inútil ciudadano le desdeña.  
 Sus hombros llevan la pesada carga  
 De los tributos: el honor, los premios  
 Al artesano, al fabricante buscan,  
 Mientras él yace en infeliz olvido.  
 Si la guerra fatal sus ímpias teas  
 Enciende, él corre á defender la patria;  
 Y mil y miles tan glorioso empleo  
 Logran huir á la cobarde sombra  
 De una odiosa exención: obras, gabelas,  
 Duros bagajes... abrumado siempre,  
 Hollado, perseguido, en vano, en vano  
 Su dicha anhelaréis, si tantos grillos  
 Dejais, señor, á sus honradas plantas.  
 Sin fruto le instruí: el denso velo  
 Mejor le está de su rudez grosera.  
 En su ignorancia estúpida no siente  
 La mitad de su mal: le abris los ojos  
 Para hacerle mas mísero; y que lllore  
 De su destino la desdicha inmensa.

Volvedla humano en plácida ventura,  
 Alzando del buen rey al blando oído  
 Su justo llanto, su ferviente ruego.  
 Cortad, romped con diestra valedora  
 El tronco del error; y amigo, padre  
 Del campo y la labor, un haz de espigas  
 Cima gloriosa en vuestras armas sea.

## EPÍSTOLA VIII.

AL ESCMO. SR. DON GASPAR MELCHOR DE  
 JOVELLANOS EN SU FELIZ ELEVACION  
 AL MINISTERIO UNIVERSAL DE  
 GRACIA Y JUSTICIA.

¿DEJARÉ yo que pródiga la Fama  
 Cante tus glorias, y que el himno suene  
 De gozo universal, callando en tanto  
 Mi tierno amor su júbilo inefable?  
 JOVINO, no: si atónito hasta ahora  
 No supo mas mi corazón sensible  
 Que en ti embeberse, en lágrimas bañada  
 La cariñosa faz, lágrimas dulces  
 Que brota el alma en su alegría inmensa;  
 Ya no puedo callar: siento oprimido  
 El pecho de placer, trémulo el labio  
 Hablar anhela, y repetir los vivas,

Los faustos vivas de los buenos quiere.

Sí, mi Jovino; por do quier tu nombre  
 Resuena en gritos de contento; todos,  
 Todos te aclaman, las amables Musas,  
 La ardiente juventud, la reposada  
 Cobarde ancianidad, el desvalido  
 Y honrado labrador, en su industrioso  
 Taller el menestral... yo afortunado  
 Los oigo, animo, y gózome en tu gloria,  
 Y lloro de placer, y gozo y lloro.

¡Gloria! ¡felicidad! JOVINO amado,  
 Dulce amigo, mitad del alma mia,  
 Al fin te miro do anhelaba; fueron  
 Agradables mis súplicas... huyera  
 La niebla vil que tu virtud sublime  
 Mancillar intentó; cual la deshace  
 El dios del dia del zenit, do brilla  
 Rico de luz en el inmenso espacio,  
 Tú la ahuyentaste así. CARLOS te llama,  
 Te acoge afable cabe sí, te entrega  
 De la alma Témis el imperio, y quiere  
 Que tú su reino á sus Hispanos tornes,  
 Reino de paz y de abundancia, y dulce  
 Holganza y hermandad... JOVINO mio,  
 ¡Gloria! ¡felicidad!... sí, volverásle  
 Este reino del bien: tu zelo ardiente,  
 Tu patriotismo, tu saber profundo,  
 Tu afable prohibid labrenle á una.

Todos lo anhelan de tu justa diestra:  
 La humanidad, la lacerada patria  
 Con lágrimas te muestran sus amados  
 Hijos; y todos hácia ti convierten  
 Los solícitos ojos, de inefables  
 Esperanzas del bien las almas llenas.  
 Vélos, vélos, Jovino, en estos dias  
 De alegría inmortal, vélos llamarte  
 Padre, reparador; vélos, y goza  
 El sublime espectáculo de un pueblo,  
 Un pueblo inmenso y bueno que en ti es-  
 [pera.

Cayó del mal el ominoso cetro,  
 Clama, y el brazo asolador: radiante  
 Se ostente la verdad, si antes temblando  
 Ante el hinchado error enmudecia.  
 Fué, fué á sus ojos un atroz delito  
 Buscarla, amarla, en su heldad augusta  
 Embriagarse feliz: la infame tropa  
 Que insana la insultó, como ante el viento  
 Huye el vil polvo, se disipe, y lllore  
 Su acabado favor: Jovino el mando  
 Tiene: los hijos de Minerva alienen.

Aliente la virtud: tímida un día  
Si osó al aula llegar, tornó llorosa,  
Desatendida, desdeñada, en tierra  
Su helada faz, y del favor hollada:  
Mas ya le tiende la oficioso mano  
Su ardiente adorador; y el merecido  
Lauro decora sus brillantes sienes.

La misma mano cariñosa enjuga  
El sudor noble al arador, y aguija  
Su ardiente afán; y la esperanza rie  
De espigas de oro coronada á entrambos.  
No ya taladas llorarán sus mieses,  
Ni el ancho río los sedientos surcos  
Verán correr inútil, su rocío  
Al sordo cielo demandado en vano.  
Vuelve á los campos la olvidada Témis,  
Y la igualdad feliz; en pos te rien  
La oficioso hermandad, y los deleites  
Del conyugal amor, de atroz miseria  
Hoy cuasi estinta su celeste llama.  
Su habitador de sus pajizos lares  
Seguro goze ya, y alze la frente  
Al cielo sin rubor: ama Jovino  
Los campos y el arado: á vuestro número  
Corred, colonos, y aclamad su nombre.

Así la voz del bullicioso pueblo:

¡Y á su anhelante ardor negarte osaras,  
Sorda la oreja al ruego fervoroso  
De la querida desolada patria?  
¡Y al yugo hurtabas la cerviz robasta?  
¡O de trepar á la elevada cumbre,  
Donde la gloria á coronar te lleva  
Tu carrera inmortal, cobarde huías?

Vilo, sí; yo lo ví: (\*) pueblos, sabedlo,  
Y acatad la virtud: yo ví á Jovino  
Triste, abatido, desolado, al mando  
Ir muy mas lento, que á Gijón le viera  
Trocar un día por la corte. Nunca  
Mas grande lo admiré: por sus mejillas  
De la virtud las lágrimas corriendo,  
Yo atónito y lloroso le alentaba.  
Callaba, y yo también: si revolvia  
A su albergue de paz los turbios ojos,  
De ti me arrancan, suspiraba, ¡ay horas  
De delicia inmortal, do en el silencio  
Apuré ansioso las sublimes fuentes  
Del humano saber! ¡Queridos hijos

(\*) Apenas supe la elevación de mi amigo, corri á encontrarle y abrazarle hasta más arriba de León.

De mi incesante afán! por mí guiados  
Al templo augusto que á natura alzara  
Mi constancia y mi amor, do inmensa os-

[tenta

Su profusión y altísimos misterios,  
Mas vuestro padre no os verá; felices  
Guardad su amor y eterna remembranza;  
Y tornaba á esclamar... Yo enmudecía,  
No osando hablarle en su dolor profundo,  
Y el coche en tanto rápido volaba.

No, no era hijo de un cobarde miedo  
Tan solícito ansiar: horribles vía  
Los torpes monstruos que continuo asaltan  
Al cansado poder, la ímpia calumnia,  
La adusta envidia, el rezelar insomne,  
La negra ingratitud que á los umbrales  
Del aula espían fieros su inocencia.  
El muro vía, que á la sombra alzara  
De un falaz bien el interés mañoso,  
Firme, altísimo, inmenso, que su brazo  
Debe por tierra echar; la incorruptible  
Posteridad sus hechos reseñando;  
Y mil escollos y vadosas sirtes,  
Do acaso zozobrar su heroico zelo,  
¡Ah! lo que emprende, y lo que deja!

[cuanto

De un alma al soplo de ambición helada  
Puede la dicha hacer: en su retiro  
Brillaba augusto como el sol; no el fausto,  
No grandeza ó poder, su escelsa mente,  
Su oficioso virtud eran Jovino.

¡Inefable virtud, sagrada hoguera  
Que al hombre haces un dios, y ante tu

[trono,

Cuando su pecho omnipotente inflamas,  
Haces que ofrezca en sacrificio alegre  
Reposo y vida, y cuanto abarca inmenso  
En la tierra su amor, de almas sublimes  
Consuelo, encanto, anhelo, número, todo!  
Hablaste, y dócil se rindió mi amigo,  
Y á tu imperio obediente á hacer dichosos  
Corrió, infeliz en la común ventura.  
¡Infeliz! no; tus gozos inefables  
Sacian el corazón: do quier te ostentas,  
Rie altísima paz, se oye el sublime  
Grito inmortal de la conciencia pura,  
Y los siglos sin fin que en raudos jiro  
Eterno el nombre de tus hijos suenan.  
Entre ellos brillará, Jovino, el tuyo,  
Y de uno en otro crecerá su gloria.  
La humanidad y tus canoras musas

Suyo le aclamarán ; dirán que diste  
Grandes ejemplos, y que empresas gran-  
Consumaste feliz ; la encantadora  
Arte de Apéles lo dirá , el sonoro  
Cinzel y el jenio del grandioso Herrera ,  
Y el ancho Bétis , y Madrid , y el suelo  
De tu caro Gijon , la antigua cuna  
Del cetro hispano en sus riscosas cimas  
Sobre las nubes de tu planta holladas ,  
Infatigable para el bien : diráno  
Cuantos rijes en paz , mansa y suave ,  
Cual la altísima mano que sustenta  
El orbe, y sabe pródida, invisible  
Llevarlo siempre al bien : tu así en el

[mando

Afable ordenarás ; verán los hombres  
Que no es yugo la ley , que es dulce nudo  
De feliz libertad , y paz , y holganza.

Veráno ; y yo les clamaré , inflamado  
De un fuego celestial, fuego en que arden  
Nuestros dos pechos, inmortal ejemplo  
De fino amor y fraternal ternura :  
Este es mi amigo, y me crió, y su labio  
Me enseñó la virtud, y al lado suyo  
A ser bueno aprendí, y amar los hombres.  
Él en mi seno el delicioso anhelo  
Prendió y la sed del bien, y él me decia  
Que una lágrima es mas sobre las penas  
Del infeliz vertida, que oro y mando,  
Y cuanto escelso prez el mundo adora.  
Lloré, y gozé con él ; juntos nos vieron  
Las prestas horas revolver tranquilos  
Los sagrados depósitos, do cierra  
Minerva sus riquísimos tesoros ,  
Fastos sublimes de la mente humana ;  
Y apurélos con él : al templo augusto  
Él me introdujo de la santa Témis ,  
Y débole su amor ; y cuanto abriga  
Sentir sublime el corazon, le debo.

¡ Gloria ! ¡ felicidad , Jovino amado ,  
Y eterna gratitud !... pueblos, conmigo  
Venid , uníos ; y que el bimno suene  
De perdurable honor , que estienda el eco  
Al Zembro helado, y donde nace el dia ;  
Y el ancho espacio de los cielos llene.  
Tú en tanto afana, lidia, vence, ahuyenta  
El fatal Jenio, que su trono infausto  
En la patria asentó ; caiga el coloso  
Del error de una vez , alzando al cielo  
Libre el ingenio sus brillantes alas.

Un hombre sea el morador del campo :  
No los alumnos de Minerva lloren  
Entronizada á la ignorancia altiva ;  
Ni cabe el rico la inocencia tiembla.  
Justa la ley al desvalido atienda ,  
Inalterable, igual, sublime imájen  
De la divinidad ; y afable ria  
La confianza en los hispanos pechos.  
Haz su ventura así ; lábrala cuanto  
Te consume su amor, siempre embargada  
La escelsa mente en inefables gozos ;  
Gozos sublimes, que sin fin florecen ;  
Que en vano hiere calumniosa envidia ;  
Fortuna acata ; de los siglos triunfan ;  
Y eterno lauro á la virtud ostentan.  
Del individuo librase en la dicha  
Del todo el bien, y al universo entero  
La inocencia infeliz de duelo llena ;  
Con tan estrecho vínculo se añuda  
El linaje humanal. — Así inflamado  
Tú me decias, y en mi blando seno  
Tu heroico afan solícito inspirabas.  
Llegó el dia feliz : dase á tu diestra  
Válida obrar cuanto enseñó tu labio :  
A tu injénio asentar el gran sistema  
Que dió á los campos tu saber profundo ;  
Y á tu pecho filántropo embriagarse  
En la dicha comun , pródigo haciendo .  
Que do el mal antes, bienes mil florezcan.

Si ; florezcan por ti, cual en los dias  
De mayo el suelo de la blanda llama  
Regalado del sol, llama fecunda ,  
Benéfica, vital ; y hasta el remoto  
Manilo de tu amor los dones lleguen.  
Y gratos él, de América los hijos,  
Y los dichosos de tu cara Iberia ,  
Artistas, sabios, labradores, cuantos  
En ella precian, y en el ancho mundo ,  
Las letras, la virtud, el almo fuego  
De la amistad, y un corazon sencillo,  
La ansia noble del bien, y la indulgente  
Solícita bondad ; todos te aclamen :  
Eterna admiracion á todos seas :  
Tu claro nombre en sus idiomas suene ;  
Y á mi entusiasmo y mi ternura unidos ,  
Cuando tu mando alegres recordemos ,  
Tu fausto mando, el grito fervoroso  
En júbilo inefable enajenados ,  
¡ Gloria ! ¡ felicidad ! por siempre sea.

## EPISTOLA IX.

AL DOCTOR DON PLACIDO UGENA,  
PREBENDADO DE LA IGLESIA CATEDRAL DE  
VALLADOLID, SOBRE NO ATREVERME  
A ESCRIBIR EL POEMA ÉPICO  
DE PELAYO.

No, Ugena mio, con rugosa frente  
Mas censures mi musa silenciosa:  
No perezoso, llámame prudente.

Quisieras que con trompa sonora  
Ahora cantara, cual ansié algun día,  
Del gran Pelayo la virtud gloriosa;

Y el brazo que á la goda monarquía,  
Por tierra hollado el arrogante moro,  
Rompió la vil cadena en que jemía.

Digno argumento del Cilenio coro,  
De invencible constancia, de altos hechos,  
Y patrio honor riquísimo tesoro.

Llano Gijon, los bárbaros deshechos,  
Los dardos vueltos en la horrenda cueva  
A herir, ¡oh pasmo! sus infieles pechos,

Un monte desplomarse sobre el Deva,  
Y el hondo valle, y despeñado río,  
Que armas y huesos aun rodando lleva;

Otro sonoro plectro, Ugena mio,  
Piden que iguale la materia el canto;  
Que yo mi paz de mi silencio fio.

Tú me conoces bien, tú sabes cuánto  
Inflamó al númen la inmortal memoria  
De tantas lides, de prodijio tanto.

Cuál de la patria la sublime historia,  
El nombre augusto al corazón tocaba;  
Hirviendo en gozo al contemplar su gloria.

¡Oh memoria! ¡oh dolor! ya me acechaba  
La vil calumnia, y con su torpe aliento  
La alma verdad y mi candor manchaba.

Indignéme en su insano atrevimiento.  
Indignéme y jemí; y arrebatado  
Me ví al furor de un huracan violento.

Sin nombre, sin hogar, proscrito, ho-  
llado  
Me viste; empero en sufrimiento honroso  
Inmoble, en Dios y en mi virtud fiado.

¿Quién del trueno al estruendo pavoroso  
No desmayó? ¿de tal horror testigo,  
Quién por sí no tembló y huyó medroso?

Tú y otros raros cariñoso abrigo  
Me disteis solo, la clemente mano  
Tendiendo do apoyarse, al triste amigo.

¡Honor á la amistad, al soberano  
Feliz venero de inmortal ventura,  
Que ennoblece y consuela al ser humano!

Pasó el nublado asolador: mas dura,  
Aun viva dura en la azorada mente  
La infausta imájen de su sombra oscura.

¡Oh si pudiese hablar! ¡oh si patente  
Poner la iniquidad, rompiendo el velo  
De horror, do esconde su ominosa frente!

Que al fin pródigo y justo al santo cielo  
Plugo amparar á la bondad hollada,  
Tornando en bien mi amargo desconsuelo.

Una mano sagaz cuanto ignorada  
Ya en mi poder los monumentos puso,  
Blason de mi inocencia immaculada.

Todo lo hallé feliz: ni es ya confuso  
El crimen para mí: la trama infame,  
La mano sé que en sombras la dispuso.

No empero aguardes que indignado  
[clame:  
No, aunque holladas vilmente, que en  
[mi ayuda

La religión y la justicia llame.

Pasóse el tiempo: mi conciencia es muda:  
Mi ajado pundonor nada apetece;  
Y en su paciencia mi bondad se escuda.

Fortuna en vano su favor me ofrece:  
Quiero ignorado, en plácido sosiego,  
Mientras voluble á miles embebece,

Gozar mi noble ser, sin que ni el ciego  
Favor me deba, ó la ambición cuidosa  
Ni justa queja, ni oficioso ruego.

¡Cuán bien, amigo, oscuro se reposa!  
¡Cuán bien del yugo de afanoso mando  
Vaga exenta y feliz la mente ociosa!

Y del saber humano contemplando  
El tesoro inmortal, que del olvido  
Fué en cien siglos el jenio acrisolando:

Ya sobre el sol con cálculo atrevido  
El vuelo de un cometa persiguiendo  
En los espacios de la luz perdido:

Ya edades y naciones recorriendo,  
Con noble ardor en la vivaz memoria  
Mil útiles avisos imprimiendo:

Riendo ya los hijos de la gloria;  
O repasando en reflexión severa  
De errores mil la lamentable historia.

Atesore por mí, mande quien quiera;  
Con que en grata inocente medianía  
Yo arribe al puerto en mi fugaz carrera.

Pasamos vaga sombra en breve día;

Y aun ciegos anhelamos: ¡oh culpable  
Hidrópico furor, necia agonía!

Pueda yo, el vuelo alzando á la inmu-  
[table

Fuente del bien, en su corriente pura  
Ahogar la sed del ánimo insaciable,

Y embriagado aun beber: de la impos-  
[tura

Mi bondad pueda y del letal encono  
Los fieros golpes contrastar segura.

De hueca vanidad el necio entono,  
De ambicion loca, ó de servil baja  
La frente vil, el humillante tono

Desdeñe cruda en su veraz llaneza,  
Y lejos de adular al vulgo insano,  
Preciando noble de mi ser la alteza,

Pueda feir al ímpetu liviano  
Con que ciego el poder al uno aleva,  
Y al otro abate con airada mano:

Y huyendo alegre tan amarga prueba,  
Mi mente ejerza el celestial empleo  
Que anhela el gusto y la razon aprueba.

Logre de un huerto el plácido recreo,  
El grato halago de alameda umbría,  
De fresco viento el delicioso oreo;

Do el fácil jiro, la corriente fria  
De un arroyuelo murmurante y puro  
Vista y pecho me colmen de alegría.

Y en grata soledad libre y oscuro  
Una casilla cómoda, aunque breve,  
Asilo ofrezca á mi humildad seguro:

Do al fuego el ceño del invierno lleve,  
Me goze en mayo, el inflamado estío,  
Huya, espire de octubre el afa leve.

Y allí los cisnes de Castalia rio,  
El cano Homero, el culto Matüano,  
Y el del perdido Eden cantor sombrío:

Horacio amable siempre, siempre hu-  
[mano,

El que, ó Delia, en tus ojos se abra-  
[saba,

Y el que oyó el Jeta ríjido inhumano;  
El que tu amor frenético pintaba,

Fedra infeliz, ó la clemencia augusta  
Que á Cina criminal su diestra daba;

O el que en Alcira á la opresion injusta,  
Veugando, en César, á la audaz grnadeza,  
Y en su Maboma al fanatismo asusta;

Del dulce Laso la feliz llaneza,  
Del grave Herrera la sonante lira,  
Del gran Leon el gusto y la belleza,

Vengan, y cuantos Cintio afable inspira,  
A acordar con sus números rientes  
Los trinos que mi cítara suspira.

Mi espíritu arrebatado elocuentes  
El jenio ardiente que arredró al malvado  
Catilina en sus furias inclementes;

Del gran Benigno (\*) el labio, que ins-  
[pirado

La nada muestra de su orgullo ciego  
Al poder sobre el trono sublimado;

Del cisne de Cambray el suave fuego,  
Y tu voz, ó Granada, fervorosa,  
Que alza al trono de Dios mi humilde

[ruego.

Lleve tras ellos mi razon medrosa  
A tus pies, inmortal filosofía,  
Del gran Bacon la antorcha luminosa.

Profundo Newton me dirá, quien guía  
Cual ordenado ejército a sol tanto,  
Rodaando inmenso en la rejion vacía.

Buffon, natura, tu sublime manto  
A alzar me enseñe, y á inflamar mi seno  
Platon de la virtud al nombre santo.

De vicios á Nerón y horrores lleno  
En Tácito temblar despavorido  
Mire, y morir á Séneca sereno.

Oiga en Livio del foro el gran ruido,  
La voz de Bruto que venganza clama,  
O de Virginia el último gemido;

Y arder á Roma en la gloriosa llama  
De patriotismo y libertad, que activa  
Mi sangre ajita, y su desmayo inflama.

Tanta es de la palabra fujitiva  
La naïja virtud, cuando imperioso  
La inspira el jenio, la pasion la aviva.

Así ocupado viviré gozoso;  
Sin que del ocio el insufrible hastío  
Mi espíritu atosigue congoso.

Cual sueño en tanto de la vida el rio  
Se huye fugaz; y hundirse resignado  
En él contemplo de mi aliento el brio.

De la dura desgracia así enseñado,  
Me hago mejor, como la encina añosa  
Al hierro, el oro al fuego depurado.

Despareció la juventud fugosa,  
Y en pos de obrar el turbulento anhelo,  
Y de gloria la llama jenerosa.

Ya de la edad el perezoso hielo  
Mi frente amaga, á decorarla empieza

(\*) Bossuet.

La nieve, y miro con desden el suelo.  
 Téngase pues su brillo y su nobleza  
 Orgullosa el favor: llene engreida  
 El mundo la ambicion de su grandeza.  
 Jima en medio su espléndida comida  
 La opulencia infeliz: pierda insaciable  
 La gula en ella la salud, la vida;  
 Mientras yo, Ugena mio, inalterable  
 Mi suerte ordeno: silencioso adoro  
 La alma virtud en su candor amable;  
 Y mil altas verdades atesoro,  
 Ya que no es dado el revocar los años,  
 Los locos años que perdidos lloro.  
 ¡ Ah si pudiera ser ! ¡ oh, si los daños  
 Ora en ellos borrar que amargos veo,  
 A la luz de mis cuerdoes desengaños !  
 Otro fuera, ¡ oh dolor ! otro su empleo.  
 Solo, ó sublime celestial Sofia,  
 De inmenso bien llenaras mi deseo:  
 Y mientras uno en mísera agonía  
 Jimiera de medrar; ó tras liviana  
 Beldad otro en amor sin seso ardía;  
 A otro ajítara la codicia insana;  
 Corriera aquel al funeral estruendo  
 De Marte; y este tras el aura vana:  
 Yo escarmentado de la playa viendo  
 Ya el Ponto hervir en furia borrascosa,  
 Su falaz calma sin cesar perdiendo,  
 Y al vendaval con ala pavorosa  
 Cubrir volando de tiniebla oscura  
 Del desmayado sol la faz lumbrosa,  
 A par que el hombre en su fatal locura  
 Ciego, en los grillos del error se ajita,  
 Perdiendo entre ellos su fugaz ventura,  
 Y mientras mas la tempestad concita  
 El turbulento mar, mas sin sentido  
 En medio su furor se precipita;  
 En suave paz, en inocente olvido  
 Solo en atar de la razon cuidara  
 Al útil yugo el corazon rendido;  
 Lo necesario sin afan buscara;  
 Nunca al ajeno bien contrario hiciera  
 El bien sencillo que dichoso ansiara:  
 Inmoble al mal, al aura lisonjera  
 Que el cielo á veces favorable envia,  
 El ciego porvenir igual me viera:  
 Con solícito afan la noche, el día  
 Para elevarme hasta su escelso Dueño  
 Su obra inmensa sagaz estudiaria;  
 Y sin temblar del poderoso el ceño,  
 Tras el fausto correr, ó fascinado

Compran un nombre con mi dulce sueño.  
 Tan seguro y veraz cuanto ignorado,  
 Siempre mi rostro el sol viera gozoso,  
 Ni de nadie envidioso ni envidiado:  
 Que aquel, Ugena mio, es mas dichoso,  
 Que mas oscuro en su rincon se encierra;  
 Y el oro y todo el mando de la tierra  
 Ni un dia valen de feliz reposo.

## EPÍSTOLA X.

## LA MENDIGUEZ.

No en balde, no, si el infeliz jemido  
 De la indijencia desvalida alzaba,  
 Príncipe, á vos, para su bien fiaba  
 Entre el séquito y boato cortesano  
 Encontrar siempre un favorable oído.  
 Presto á tender la valedora mano,  
 Presto á enjugar las lágrimas que vierte  
 La triste humanidad; de la ominosa  
 Vil mendiguez, y de la horrible muerte  
 Que ya sus frentes pálidas cubria,  
 Mis niños redimís, fijais su suerte;  
 Y en vez del vicio y la vagancia odiosa  
 En que su infancia mísera jemia,  
 Nueva vida le dais, vida que un dia  
 Util, honrada, laboriosa, el cielo  
 Fausto bendecirá, y el patrio suelo  
 Sobre el rico telar verá empleada.  
 En vano al hambre ya su desolada  
 Orfandad temblará, ni el inocente  
 Cuello abrumado con el yugo odioso  
 De un mísero abandono, los umbrales  
 Del rico, aun mas que su indolente oreja,  
 Conmoverán en tono doloroso.  
 Lejos de oprobio vil, de amarga queja,  
 Del ocio torpe y sus horribles males,  
 En el sudor que inundará su frente,  
 Y en el salario de sus diestras manos,  
 Colmándolos la industria de sus dones,  
 Su vida librarán y su ventura;  
 Y hombres serán de hoy mas y ciudadanos.  
 Afable recibid de su ternura  
 Las lágrimas, señor, las bendiciones  
 De su inocente gratitud, mezcladas  
 Con las sencillas que mi afecto os debe.  
 Bendiciones de amor, no inficionadas  
 Del interés ó la lisonja fea:  
 Plácida á vos la caridad las lleve;  
 Y ella sola á bien tanto el premio sea.



Ella os inunde el bondadoso seno  
 Del júbilo inefable que consigo  
 Trae la dulce piedad: dar blando abrigo  
 Al desvalido, y de ternura lleno  
 Mezclar al suyo el delicioso llanto  
 De un solícito amor: ¡celeste encanto!  
 ¡Sólido bien divino, inmarcesible!  
 Que en vano anhela el feble sibarita,  
 En vano el hielo y las entrañas duras  
 Del egoista bárbaro, insensible:  
 Y siempre igual en sus delicias puras  
 El gozo eterno del olimpo imita.

¡ Ah ! ¡ qué á su lado son cuantas el oro  
 Da de ilusiones, ni el inquieto anhelo  
 De la hinchada ambicion! cuantos la tierra  
 Prodigas dones, ó su seno encierra,  
 ¡ Cebo infeliz del humanal desvelo!  
 De delicias riquísimo tesoro,  
 Jamás se agotará: nunca su hastío,  
 Nunca de tibia indiferencia el hielo  
 Ahogan el pecho en inaccion amarga.  
 Entre el silencio de la noche umbrío,  
 Las puntas del dolor, la odiosa carga  
 Del grave mando que sus ansias zela,  
 Y el crudo afan del velador cuidado,  
 Su recuerdo feliz plácido vuela  
 Acariaciando el corazon penado:  
 Bálsamo de salud sus llagas cura,  
 Y alivio, y paz, y sueño nos procura.

En él veréis mis niños inocentes,  
 Príncipe, alguna vez en su asqueroso  
 Pálido horror de fetidez cubiertos,  
 Quebrando el pecho en su jemer dolientes,  
 Solo en andrajos míseros envueltos,  
 Sin pan ni abrigo; oprobio vergonzoso  
 Del ser humano, y de la patria afrenta,  
 Que por sus hijos, ¡oh dolor! los cuenta.  
 Y en torno luego de ignominia tanta  
 Redimidos por vos, en el semblante  
 El vivaz gozo y la salud radiante,  
 Triscando alegres con lijera planta.  
 O al obrador llevados por la santa  
 Humanidad del templo, en su contino  
 Preciado afan enriqueciendo el suelo,  
 Que su tumba infeliz sin vos seria,  
 Bendecir gratos el dichoso día,  
 En que á su voz os condoleis benigno,  
 Trocando en tanto bien su amargo duelo.

Hoy para un nuevo ser de vuestra mano  
 En faz alegre y oficioso anhelo  
 La patria en su regazo los recibe.

Hoy gozosa en sus fastos los escribe  
 De vuestro zelo jeneroso, humano,  
 Señor, por hijos: ¡oh, feliz, si viera  
 Cumplirle un día favorable cuanto  
 La fama anuncia y la razon espera!  
 Estos asilos pródigos que el santo  
 Fervor del bien á la vagancia opone;  
 Que á la indijencia humilde desvalida  
 Refugio son, y la vejez helada  
 Implora en el ocaso de la vida:  
 Puertos sagrados, do en salud se pone  
 La mísera orfandad, abandonada  
 A los acasos de la suerte inciertos:  
 De la alma relijion santificados,  
 Que es toda amor como su Autor divino:  
 Por vos, solo por vos lógrense abiertos;  
 Y al saber cuerdo y la virtud fiados,  
 Llenen al fin su altísimo destino.

¡ Oh cuán alegre España aplaudiria,  
 Príncipe, á tanto bien! ¡ cómo el deseo  
 Lo que ahora anhela, entónces gozaria!  
 Pródigo acelerad tan fausto día,  
 Y al ocio dad y la indijencia empleo.  
 Dádselo; ved cómo do quier se ofrece  
 Cubierto el vicio de infeliz laceria,  
 Y erijiendo en virtud su oprobio mismo,  
 Osado vaga; y se derrama y crece  
 Impune, embrutecido en su miseria,  
 Corrompe el pueblo; la nacion infama,  
 Abriéndole á sus plantas el abismo.

Ella, señor, á su socorro os llama:  
 Su nombre augusto vuestro zelo inflame:  
 Miren mis ojos la vagancia infame  
 Proscrita de una vez: libre se vea  
 De tan hórrida plaga el suelo hispano:  
 Vil el mendigo por sus vicios sea:  
 Su suerte odiada y de piedad indigna;  
 Y al que es baldon, no se le llame hermano.  
 Contra tal peste fervorosa truene  
 La relijion, y su contajio enfrene.  
 Sancione en fin la caridad divina  
 Tan sagrada verdad; y en una mano  
 La vara... y otra el pan, severa abuyente,  
 A par que al pobre verdadero aliente,  
 Al que en su jesto y flébil alarido,  
 Sucio, flaco, asqueroso, á un palo asido,  
 ¡ Oh descuido! ¡ oh vil mengua! ¡ oh des-  
 [ventura!

Vincula de sus vicios el sustento.  
 No su indigno gritar hiera mi oido:  
 Ni espectro tal á mis umbrales mire.

Cuenta yo , cuenta mi salud segura ,  
Y no en mi propio hogar incanto aspire  
La fatal fiebre con su torpe aliento.

El zelo y la piedad á ambos retire  
De la vista comun : á ambos reciba ,  
Si no el taller , el afanoso arado :  
Su pecho inflame la ganancia activa ,  
Y cada cual solícito , aplicado ,  
De su noble jornal cual hombre viva.  
El zelo y la piedad , que en officiosa  
Santa hermandad los jenerosos pechos  
A empresa apellidados tan gloriosa ,  
De patriotismo en vínculos estrechos  
Unir sabrán , su llama difundida  
Del solio escelso hasta la humilde aldea.  
Y una la accion y el fin , los medios unos,  
Darle al público amor sublime vida ;  
Al mal do quier remedios oportunos ,  
Y harán que obra tan ardua fácil sea.  
¿ Y por qué no lo harán ? ¿ podrá el tardío  
Bátavo allá en su suelo pantanoso ,  
El Anglo odiado con su cielo umbrío ,  
O el áspero Aleman lo que , ¡ ay ! en vano  
El jenio nacional ansie afanoso ?

¿ Menos grande será , menos humano ?  
¿ Ellos tendrán asilos , do segura  
Labor se apreste á la indijente mano ,  
Do la doncella mísera , inocente ,  
Gane en su noble dote su ventura ;  
Do cierto abrigo á su flaqueza cuente  
La edad caduca y la niñez cuitada ;  
Do del saber y la piedad guiada  
La aplicacion se instruya , y la pereza  
Tiemble del crudo azote la aspereza ?  
¿ Tendránlos , y acá no ?... ¿ qué estrella

[impía  
Nos domina , señor ? ¿ dó está el sagrado  
Amor del bien y la virtud ? ¿ qué fuera  
Del noble y gran carácter , algun dia  
Digno blason del Español honrado ?  
¿ Su llama jenerosa qué se hiciera ?  
¿ O cuál soplo en las almas le ha apagado ?  
De vos , solo , de vos remedio espera  
La congojada patria en tan continos  
Desoladores males cual la oprimen :  
En vos la suma está de sus destinos.  
En hambre y muertes las provincias ¡ jimen  
Ahogadas en amargo desaliento ,  
Y el Anglo avaro , ¡ ó ultraje ! en impía

[guerra  
Cual vil pirata nuestros puertos cierra ,

Déspota infiel del líquido elemento.  
Yace el antiguo honor en sombra oscura ,  
Y del estado la ínclita grandeza :  
Gloria , jenio , esplendor , poder , riqueza ,  
Todo pasó , y en pos nuestra ventura.  
Do quiera el dios del mal su cetro estiende ,  
Cetro de llanto y amargura y duelo ;  
Mientras la infame mendiguez segura ,  
De su peste inundando el ancho suelo ,  
Bajo sus alas fúnebres se tiende  
Cual torrente sin límites ; y osada  
Luto , horrores y vicios nos presenta.  
Firme , firme oponed la diestra airada ,  
Y acabe en fin proscrita y encerrada.  
Medios la patria os prestará abundantes ,  
Teson en torno y voluntad constantes  
Vos consagradle , y redimid su afrenta.  
Nuevo Atlante seréis que en hombros lleve  
Su suerte incierta y nuestro mal repare :  
Que la orfandad y la indijencia ampare ,  
Y el ser humano á su nobleza eleve.

## EPISTOLA XI.

AL PRÍNCIPE DE LA PAZ SIENDO MINISTRO  
DE ESTADO , SOBRE LA CALUMNIA.

En el silencio de la noche , cuando  
En profunda quietud el ancho mundo  
Sumido yace entre su manto umbrío ,  
Huye azorado de mis tristes ojos ,  
Señor , el sueño plácido , acosado  
Del monstruo horrible de la atroz calum-  
[nia.

Ella silbando furibunda anhela ,  
Su ponzoña fatal vertiendo en torno ,  
Cubrir de sombras mi inocencia inerme :  
Abulta , finje , infama ; y á vos osa  
Llegar , príncipe amado , por lanzarme  
De vuestro noble jeneroso pecho.

Brama ; y ya corren á su infausto grito-  
El falso zelo y la ignorancia ruda ,  
Que en vagos ecos su clamor repiten :  
Baten las palmas , y á fantasmas vanos  
Dar saben forma y menazante ceño.  
Su pérfida piedad con voz aguda  
Veloz los lleva de uno en otro oido ;  
Y en todos , ¡ ah ! con misteriosas voces  
Mañosos siembran el infiel rezelo.  
Llaman delito mi franqueza honrada ,  
Mi amor del bien delirio , mi constante ,

Inviolable lealtad..... De horror la pluma  
De la trémula mano se desliza :  
Un sudor frio por mis miembros corre ;  
Y mi ser todo desfallece y tiembla  
De noble indignacion á ultraje tanto.  
Sufrir no puede un alma jenerosa  
Tan infaustas ideas ; ni á alentarme  
Mi zelo fiel ó mi inocencia bastan ,  
Ni tus avisos , ó sublime bija  
Del cielo , alma virtud , consoladora.

Veo , señor , entre dudosas nieblas  
Vacilar vuestro espíritu : los gritos  
Del error oigo : á la funesta envidia  
Sesga mirarme , y retorcer las manos  
Lívidas , yertas , sus horribles furias  
Llamando contra mí ; y al justo cielo  
Llorando clamo en doloridas voces.

¿Será , le digo , la virtud hollada  
Siempre de la maldad ? ¿su infausto trono  
Sobre mi patria asentará por siempre  
El ominoso error , en que sumida  
Jimíó juguete vil de sombras vanas ?  
¿Ni á derrocarle de su asiento umbrío  
Bastará el zelo , el poderoso brazo  
Del ministro feliz , que ardiente anhela  
Del desmayado injenio la divina  
Llama prender en ella , -cual su lumbré  
El sol desaparece en el inmenso cielo ?  
Cuantos en pos de esta divina llama  
Osen correr con planta jenerosa ,  
Del comun bien el ánimo inflamado ,  
¿ Beberán tristes el amargo cáliz  
De la persecucion ? ¿ los pensamientos  
Se tildarán del que afanoso emprende  
De la verdad la ruda áspera senda ,  
O trepar de la gloria á la alta cumbre ?  
Y el que su honor mancilla , en ocio infame  
Sumido , inútil , ignorante , oscuro ,  
De olvido solo y de desprecio digno ,  
¿ Con frente erguida , de impudencia ar-

[mado

Osará demandar el alto premio ,  
Debido á la virtud que él asesina ?

¿Qué es esto , justo Dios ? Allí entre grillos  
A España torna por el mar cerúleo ,  
El que del mundo el ámbito doblando ,  
Logró añadir la América ignorada  
De Castilla al blason. El que á sus reyes  
Dió de la rica Nápoles el cetro ,  
Si en la gloria inmortal , jime acosado  
De la calunnia y de la negra envidia.

Allá doblando el áspero Pirene ,  
Escapa apénas del hispano suelo  
El que en trueque feliz sus agrias sierras ,  
Antes solo mansion de fieras bravas ,  
Supo en pensiles convertir , do opima  
Rie Pomona y la dorada Céres :  
Mientras muere el pacífico Ensenada  
Desdeñado en Medina ; y su suspiro  
Ultimo es por el bien que ardiente anhela.  
Allí apartado de los hombres jime  
En Bátres Cabarrus ; y el noble fuego  
Siente apagarse de su escelsa mente.  
A par que tú , Jovino , gloria mia ,  
Honor ilustre de la toga hispana ,  
De patriotismo y de amistad dechado ,  
Ves anublada tu virtud sublime :

La envidia vil y la ignorancia ruda  
Se armaran contra tí ; pero tu nombre  
Fausto crece en tu plácido retiro.

Y aquí malgrado que en su diestra lleva  
La suma del poder , miro del dardo

Tambien herido de la atroz calunnia  
De mi príncipe el seno : da á los pueblos  
La dulce paz por que llorando anhelan ,  
Y esta dichosa paz es un delito ,

Que estúpida le increpa la ignorancia.

De la nacion la dignidad sostiene

Que el Italo falaz burlar quería ;

Y es otro crimen su constancia noble.

Tienta ilustrado que recobre el César

La parte del poder , que en siglos rudos

De densas nieblas le robó insidiosa

Estraña mano , á su interes atenta :

Tiéntalo solo ; y la calunnia clama

Impiedad , impiedad , con grito horrible.

¡ O aleve voz ! ¡ ó pérfida calunnia !

¿ Qué es esto , santo Dios ? ¿ jamás ni un paso

Podrá darse hacia el bien , sia que un  
[delito

Sea en los ecos de su lengua infame ?

¿ Serán la luz y la virtud opuestas ?

El que trabaja y se desvela , y ansia

El bien , recto en sus obras ¿ delincuente

En sus pasos será ? Yo en mi llaneza ,

En mi simple bondad , en el olvido

De mi oscuro rincon , ¿ tambien jimiedo ,

Y herido y acosado , y hasta el trono

Alzando su clamor la negra envidia ?

¿ Qué es esto , justo Dios ? ¿ dónde in-  
[dignado

Los hijos llevas de tu amada España ?

¿Qué horrible abismo ante los piés les  
 [abres?  
 ¿Por qué destierras de sus nobles pechos  
 La amistad, la virtud? ¿por qué enemigos  
 Los haces, y arman sus honrados brazos  
 En mutua destruccion? Mi ruego humilde  
 Fué atendido, señor: ante mis ojos  
 Un resplandor desde el escelso cielo  
 Parecióme bañar mi humilde estancia:  
 El aire rutilar mas claro y puro;  
 Y una divina voz que poderosa,  
 Sigue, clamó, no temas; sigue y lidia,  
 Que el día llega de la luz: la patria  
 Mira á lo lejos hácia ti las manos  
 Tender, y el lauro plácida ofrecerte.  
 Tiempo será, que tu inocencia brille  
 Pura así como el sol: que tus anhelos,

A término felice al fin llevados,  
 La ansiada gloria de tu patria vean;  
 Y de las ciencias el augusto imperio,  
 Derrocado el error al reino oscuro.  
 Yo embebecido en la vision divina  
 Alzé los ojos, que hasta allí caidos  
 El dolor y las lágrimas tuvieron;  
 Y os ví, señor, con plácida sonrisa  
 Oír mis voces, y alentar mis penas:  
 Bien como cuando de la vil calumnia  
 Quejándome ante vos, en vuestro seno,  
 De bondad lleno y de indulgencia afable,  
 Depositaba mis dolientes ansias.  
 Tal os viera, señor: así de entónces  
 Tranquilo aliento, y su clamor insano.  
 Alzará contra mí la envidia en vano.

## ODAS

### filosóficas y sagradas.

#### ODA I.

EL INVIERNO ES EL TIEMPO  
 DE LA MEDITACION.

SALUD, lúgubres días, horrorosos  
 Aquilones, salud. El triste invierno  
 En ceñudo semblante  
 Y entre velos nublosos  
 Ya el mundo rinde á su áspero gobierno  
 Con mano asoladora: el sol radiante  
 Del hielo penetrante  
 Huye, que embarga con su punta aguda  
 A mis nervios la accion, mientras la tierra  
 Yerta enmudece, y déjala desnuda  
 Del cierzo alado la implacable guerra.  
 Falsos deseos, júbilos mentidos,  
 Lejos, lejos de mí: cansada el alma  
 De ansiaros días tantos  
 Entre dolor perdidos,  
 Halló al cabo feliz su calma.

A la penada queja y largos llantos  
 Los olvidados cantos  
 Suceden; y la mente que no via  
 Sinó sueños fantásticos, ahincada  
 Corre á tí, ó celestial filosofía,  
 Y en el retiro y soledad se agrada.  
 ¡Ah! ¡Cómo en paz, ya rotas las ca-  
 denas,  
 De mi estancia solícito contemplo  
 Los míseros mortales,  
 Y sus gozos y penas!  
 Quien trepa insano de la gloria al templo,  
 Quien guarda en su tesoro eternos males:  
 Con ansias infernales  
 Quien ve á su hermano y su felice suerte,  
 Y entre pérfidos brazos le acaricia:  
 O en el lazo fatal cae de la muerte,  
 Que en doble faz le tiende la malicia.  
 Pocos sí, pocos, ó virtud gloriosa,

Siguen la áspera senda que á la cumbre  
De tu alto templo guía,  
Siempre la faz llorosa ,  
Y el alma en congojosa pesadumbre ,  
Ciegos hollar con mísera porfia  
Queremos la ancha vía  
Del engaño falaz : allí anhelamos  
Hallar el alma bien á que nacemos ;  
Y al ver que espinaas solas abrazamos,  
En inútiles quejas nos perdemos.

El tiempo en tanto en vuelo arrebatado  
Sobre nuestras cabezas precipita  
Los años, y de nieve  
Su cabello dorado  
Cubre implacable, y el vigor marchita,  
Con que á brillar un día la flor breve  
De juventud se atreve.  
La muerte en pos, la muerte en su omi-

[noso,

Fúnebre manto la vejez helada  
Envuelve, y al sepulcro pavoroso  
Se despeña con ella despiadada.

Así el hombre infeliz que en loco anhelo  
Rey de la tierra se creyó, fenece :  
En un fugaz instante ,  
El que el inmenso cielo  
Cruzó en alas de fuego, desaparece  
Cual relámpago súbito, brillante ,  
Que al triste caminante  
Deslumbra á un tiempo, y en tinieblas

[deja.

Un día, un hora, un punto que ha alentado,  
Del raudal de la vida ya se aleja ,  
Y corre hacia la nada arrebatado.

¡Mas qué mucho, si en torno de esta

[nada

Todos los seres jiran ! Todos nacen  
Para morir : un día  
De existencia prestada  
Duran, y á otros ya lugar les hacen.  
Sigue al sol rubio la tiniebla fría ;  
En pos la lozanía  
De jenial primavera el inflamado  
Julio, asolando sus divinas flores ;  
Y al rico octubre de uvas coronado  
Tus vientos, ó diciembre, bramadores,  
Que despeñados con rabiosa saña ,  
En silbo horrible derrocar intentan  
De su asiento inmutable  
La enroscada montaña,  
Y entre sus robles su furor ostentan.

Jime el desnudo bosque al implacable  
Choque ; y vuelve espantable  
El eco triste del desigual estruendo,  
Dudando el alma de congojas llena ,  
Tanto desastre y confusion sintiendo ,  
Si el dios del mal el mundo desordena ;  
Porque todo fallece, y desolado  
Sin vida ni acción yace. Aquel hojoso  
Arbol, que antes al cielo  
De verdor coronado

Se elevaba en pirámide pomposo ,  
Hoy ve aterido en lastimado duelo  
Sus galas por el suelo.  
Las fértiles llanuras, de doradas  
Mieses antes cubiertas, desaparecen  
En abismos de lluvias inundadas,  
Con que soberbios los torrentes crecen.

Los animales tímidos huyendo,  
Buscan las hondas grutas : yace el mundo  
En silencio medroso,  
O con chillido horrendo.  
Solo algun ave fúnebre el profundo  
Duelo interrumpe y eternal reposo.  
El cielo que lumbroso  
Estática la mente entretenía,  
Entre importunas nieblas encerrado ,  
Niega su albor al desmayado día,  
De nubes en la noche empavesado.

¡Qué es esto, santo Dios ! ¡tu protectora  
Diestra apartas del orbe ! ¡ó su ruina  
Anticipar intentas !

La raza pecadora  
¡ Agotar pudo tu bondad divina !  
¡ Así solo apiadado la amedrentas !  
¡ O tu poder ostentas

A su azorada vista ! tú que puedes  
A los astros sin fin que el cielo giran,  
Por su nombre llamar, y al sol concedes  
Su trono de oro, si ellos se retiran.

Mas no, padre solícito ; yo admiro  
Tu infinita bondad : de este desorden  
De la naturaleza,  
Del alternado jiro  
Del tiempo volador nacer el orden  
Haces del universo y la belleza.  
De tu saber la alteza

Lo quiso así mandar : siempre florido  
No á sus seres sin número daría  
Sustento el suelo : en nieves sumerjido,  
La vital llama al fin se apagaría.

Esta constante variedad sustenta

Tu gran obra , Señor : la lluvia , el hielo ,  
 El ardor congoso  
 Con que el Can desalienta  
 La tierra , del favonio el suave vuelo ,  
 Y del trueno el estruendo pavoroso ,  
 De un modo portentoso  
 Todos al bien concurren : tú has podido  
 Sabio acordarlos ; y en vigor perenne ,  
 De implacables contrarios combatido ,  
 Eterno empero el orbe se mantiene.

Tú , tú á ordenar bastaste , que el ligero  
 Viento que hiere horrisono volando  
 Mi tranquila morada ,  
 Y el undoso aguacero  
 Que baja entre él las tierras anegando ,  
 Al julio adornen de su mies dorada.  
 Así su saña airada  
 Grato el oído atiende , y en sublime  
 Meditación el ánimo embebido ,  
 A par que el huracán fragoso jime ,  
 Se inunda el pecho en gozo mas cumplido.

Tu rayo , celestial filosofía ,  
 Me alumbre en el abismo misterioso  
 De maravilla tanta :  
 Muéstrame la armonía  
 De este gran todo , y su orden milagroso ;  
 Y plácido en tus alas me levanta ,  
 Do estática se encanta  
 La inquieta vista en el inmenso cielo :  
 Allí en su luz clarísima embriagado  
 Hallaré el bien que en el lloroso suelo  
 Busqué ciego , de sombras fascinado.

## ODA II.

A UN LUCERO.

¡ Con qué placer te contemplo  
 Desde mi estancia tranquila ,  
 O hermosísimo lucero ,  
 Que sobre mi frente brillas !  
 ¡ Cómo en tu animada lumbre  
 Parece que de ti envías  
 Incesante mil centellas ,  
 Con que mas y mas te avivas !  
 ¡ Cómo en la lóbrega noche  
 Con dulce violencia fijas  
 En ti estáticos los ojos ,  
 Y con tu fulgor me hechizas !  
 Arde pues , arde : y vistoso  
 Haz mi inocente delicia ,  
 Ejercicio de la mente  
 Y ocupación de la vista.  
 Arde , y con tus alas de oro

En incansable fatiga ,  
 Cruza antes que el alba asome  
 Esa bóveda infinita.  
 Arde ; y entre tantos miles  
 En que atónico vacila  
 El espíritu y por ella  
 En rápido vuelo jiran ,  
 Galán descuella y preside  
 Por tu beldad peregrina ,  
 Cual los astros señorea  
 El sol en mitad del día.

¡ Oh , con qué inexhaustos fuegos  
 Brillan todos ! ¡ cuánto es rica  
 La vena de luz que ceba  
 Sus llamas , y los anima !  
 ¡ Por qué enmarañados rumbos ,  
 Y en órbitas cuán distintas  
 Hacen sus largos caminos ,  
 Van , vuelven , nacen , se eclipsan !

Pero sin jamas tocarse ;  
 Siempre en acorde medida  
 Desde que fué el tiempo , siempre  
 Llevando las mismas vías.

Los sabios que desde entónces  
 Con solicitud prolija  
 Los contemplan , embriagados  
 En su belleza divina ,  
 Como el celebrado Atlante ,

Que la fábula nos pinta  
 Con sus hombros sustentando  
 Las esferas cristalinas ;

Así en ellos siempre fijos ,  
 Llegaron con atrevida

Profunda mente á alcanzarlos  
 En la inmensidad do huían :

Marcándoles con el dedo ,  
 ¡ O pasmo ! las sendas mismas ,  
 Que alumbran desde que el soplo  
 Les dió del Eterno vida.

Entónces al Can dijeron :  
 Tú serás quien la agonía  
 Del estío al mundo agrave ,  
 Y al seco agosto presida.

Y tú , al lucero del alba ,  
 Quien amante al sol persiga ,  
 Ya á la tierra en faz riente  
 Anunciando su venida ,

O bien , héspero radiante ,  
 Si él laso al mar se retira ,  
 Tornad , clamando á los astros ,  
 Que ya las sombras dominan.

Tú, Orion tempestuoso,  
 Quien las rápidas corridas  
 De los animosos vientos  
 Y del mar muevas las iras.

Y vos, plácidos hermanos, (\*)  
 Cual la aurora matutina  
 La delicia es de los cielos  
 Y del campo fausta risa,  
 Seréis los que las amainen,  
 Y en paz cureis, que adormidas  
 De asustar dejen la tierra,  
 Y amenazaros impías.

Los de las plagas eóas,  
 Los que el polo cerca mira,  
 Y los que la lente apénas  
 Por altísimos divisa,

Todos estudiados fueron,  
 Y sus órbitas descritas,  
 Y señalados los puntos  
 En que ascienden ó declinan.

¡O inconcebible delirio!  
 Súbito la esfera henchida  
 De dioses que allí forjara  
 La ignorancia ó la mentira,

Adoró el hombre á una estrella;  
 Fué de un cometa maligna  
 La llama, y tembló su suerte  
 La tierra en el cielo escrita.

Luego á un ánjel semejante  
 Sentó un mortal (\*\*) en su silla  
 Inmóvil al sol, que en torno  
 Rodar sus planetas mira.

Y ya en verdad rey del cielo  
 Dió cabe sus piés rendidas  
 Acatarle mil estrellas,  
 Que su fausta luz mendigan.

Empero el divino Newton,  
 Newton fué quien á las cimas  
 Alzándose del empireo,  
 Do el gran Ser mas alto habita,

De él mismo aprendió felice  
 La admirable ley que liga  
 Al universo, sus fuerzas  
 En nudo eterno equilibra,

Y hace en el éter inmenso,  
 Do sol tanto precipita,  
 Que pugnando siempre huirlo,  
 Siempre un rumbo mismo sigan.

(\*) Castor y Pólux.

(\*\*) Copérnico.

Los ánjeles se pasmaron  
 De que humanal osadía  
 Llegase do ellos apénas  
 Con arduo afan se subliman;

Y el inapeable coro  
 De estrellas, cuya benigna  
 Fúljida llama en su duelo  
 Agracia á la noche umbria,  
 Ya descifrado á los hombres,

De beldad mas peregrina  
 Fué á sus ojos, que en pos de ellas  
 En su etéreo albor se abisman.

¡Oh, si con iguales alas  
 Al ansia en que ora se ajita,  
 Sobre vosotras lograrse  
 Alzarse mi mente altiva!

¡Con qué indecible embeleso  
 En vuestra luz embebida,  
 La sed en que se consume,  
 Saciar feliz lograría!

¿Cuál es vuestro ser? ¿en dónde  
 Arde la inexhausta mina  
 Que os inflama? ¿qué es un fuego  
 Que los siglos no amortiguan?

¿Sois los soles de otras tierras,  
 Do en mas plácida armonía  
 Que aquí, sus débiles hijos  
 Vivan sin odios ni envidias?

¿Por qué en tan distintos rumbos  
 Todas jirais? ¿por qué unidas  
 Como un ejército inmenso  
 No formais sola una línea?

¿Por qué...? La mente se ahoga,  
 Y á par que atónita admira,  
 Mas y mas que admirar halla,  
 Y mas, y cuanto mas medita.

¿Pero mi lucero hermoso  
 Dónde está? ¿de su encendida  
 Vivaz llama qué se biciera?  
 ¿Quién, ¡ay! de mi amor me priva?

Mientras yo el feudo á sol tanto  
 De admiracion le rendia,  
 De sus celestiales huellas  
 Toda el alma suspendida,

Él se hundió en las negras sombras,  
 Y fué á brillar á otros climas,  
 Hasta que en su manto envuelto  
 Lo torne la noche amiga.

Así las dichas del mundo,  
 Levé un soplo las mancilla;  
 O sombra fugaz volaron,

Crédulos corriendo á asirlas.

ODA III.

LA PRESENCIA DE DIOS.

Do quiera que los ojos  
Inquieto torno en cuidadoso anhelo,  
Allí, gran Dios, presente  
Atónito mi espíritu te siente.  
Allí estás; y llenando  
La inmensa creacion, so el alto empireo  
Velado en luz te asientas,  
Y tu gloria inesfable á un tiempo ostentas.  
La humilde yerbecilla  
Que huella, el monte que de eterna nieve.  
Cubierto se levanta,  
Y esconde en el abismo su honda planta:  
El aura que en las hojas  
Con leve pluma susurrante juega,  
Y el sol que en la alta cima  
Del cielo ardiendo el universo anima,  
Me claman, que en la llama  
Brillas del sol; que sobre el rauda viento  
Con ala voladora,  
Cruzas del occidente hasta la aurora;  
Y que el monte encumbrado  
Te ofrece un trono en su elevada cima:  
La yerbecilla crece  
Por tu soplo vivífico, y florece.  
Tu inmensidad lo llena  
Todo, Señor, y mas: del invisible  
Insecto al elefante,  
Del átomo al cometa rutilante.  
Tú á la tiniebla oscura  
Das su pardo capuz, y el sutil velo  
A la alegre mañana,  
Sus huellas matizando de oro y grana:  
Y cuando primavera  
Desciende al ancho mundo, afable ríes  
Entre sus gayas flores,  
Y te aspiró en sus plácidos olores.  
Y cuando el inflamado  
Sirio mas arde en congojosos fuegos,  
Tú las llenas espigas  
Volando mueves, y su ardor mitigas.  
Si entonces al bosque umbrío  
Corro, en su sombra estás; y allí atesoras  
El frescor regalado,  
Blando alivio á mi espíritu cansado.  
Un relijioso miedo  
Mi pecho turba y una voz me grita:  
En este misterioso  
Silencio mora, adórale humildoso.

Pero á par en las ondas  
Te hallo del hondo mar, los vientos llamas  
Y á su saña lo entregas;  
O si te place, su furor sosiegas.  
Por do quiera infinito  
Te encuentro, y siento en el florido prado,  
Y en el luciente velo,  
Con que tu umbrosa noche entolda el  
[ cielo:

Que del átomo eres  
El Dios, y el Dios del sol, del gusanillo  
Que en el vil lodo mora,  
Y el ánjel puro que tu lumbre adora.  
Igual sus himnos oyes,  
Y oyes mi humilde voz, de la cordera  
El plácido balido,  
Y del leon el hórrido rujido.  
Y á todos dadivoso  
Acorres, Dios inmenso, en todas partes,  
Y por siempre presente;  
¡Ay! oye á un hijo en su rogar ferviente.  
Oyele blando, y mira  
Mi deleznable ser: dignos mis pasos  
De tu presencia sean,  
Y do quier tu deidad mis ojos vean.  
Hinche el corazon mio  
De un ardor celestial, que á cuanto existe  
Como tú se derrame,  
Y, ó Dios de amor, en tu universo te ame.  
Todos tus hijos somos:  
El Tártaro, el Lapon, el Indio rudo,  
El tostado Africano  
Es un hombre, es tu imájen; y es mi her-  
[ mano.

ODA IV.

A LA VERDAD.

VEN, mueve el labio mio,  
Anjélica verdad, prole dichosa  
Del alto cielo, y con tu luz gloriosa  
Mi espíritu ilumina.  
Huya el error impio,  
Huya á tu voz divina;  
Cual se despeña la tiniebla oscura  
Del albo dia ante la llama pura.  
No desdeñes mi ruego,  
Que hasta aquí siempre cariñosa oíste,  
Tú, que mi númen soberano fuiste,  
Y encanto delicioso;  
Que deslumbrado y ciego  
Se lanza presuroso  
Del pestilente vicio en la ancha via



El mortal triste, á quien tu luz nó guia.  
Mas aquel que elemento  
Miras con blanda faz, en su belleza.  
Absorto alzarse á tu inefable alteza  
Ansia con feliz vuelo;  
Y hollando osadamente  
Cuanto el mísero suelo  
Mentido bien solícito atesora,  
Su ilusion ríe, y tu deidad adora.

Tu deidad, que tremenda  
La mente turba del feroz tirano:  
Y hace que el grito que su orgullo insano  
Arranca al oprimido,  
Despavorida atienda  
Su oreja entre el lucido  
Estrépito, en que el aala le adormece,  
Y un vil incienso por do quier le ofrecé.

Mientras con amorosa  
Plácida diestra de los tristes ojos  
Limpias el llanto, y calmas los enojos  
Del infeliz opresso,  
Aliviando officiosa  
El rudo indigno peso  
Que oprimir puede la inocente planta,  
Que á Dios su ánimo libre se levanta.

Ven pues, ó deidad bella:  
Fácil desciende del escelso cielo,  
Do te acojiste, abandonando el suelo  
Con vieios mil manchado;  
Y cual radiante estrella  
Conduce al engañado  
Mortal: tu luz su espíritu ilumine;  
Y el orbe entero á tu fulgor se incline.

Yo en tu gloria embestado  
Siempre te aclamaré con frente osada;  
Y á tu culto la lengua consagrada,  
En mi constante seno  
Un templo te he erijido,  
Do de tu númen lleno  
Te adoro, alma verdad, libre si oscuro,  
Mas de vil miedo y de ambicion seguro.

Por ti cuanto en su inestable  
Inmensidad el universo ostenta,  
O el Altísimo en gloria se presenta,  
Como posible existe:  
Que en su mente inefable  
Tú el prototipo fuíste,  
A cuya norma celestial redujo  
Cuanto despues su infinidad produjo.

Y eterna precediendo  
Del tiempo el vuelo rápido, inconstante,

Mientras se pierde el orbe en incesante  
Deleznable ruina,  
Por ti propia existiendo,  
Ante tu luz divina  
Al sistema falaz el velo alzado,  
Y al error ves cual niebla disipado.

Y centro irresistible  
Del humanal deseo, quanto hallara  
Sagaz en la ancha tierra y en la clara  
Rejion del alto cielo  
Su teson invencible,  
Todo al ferviente anhelo  
Lo debe, ó pura luz, con que la mente  
Te busca inquieta, y tus encantos siente.

En ellos embestado  
A Siracusa el Griego á saco entrada  
No ve: y herido de la atroz espada  
Da su vida gloriosa:  
Y el gran Newton subido  
A la mansion lumbrosa,  
Cual jenio alado tras los astros vuela,  
Y al mundo absorto la atraccion revela.

¡O augusta, firme amiga  
De la escelsa virtud! Tú al sabio oscuró  
Que adora de tu faz el lampo puro,  
Cariñosa sostienes  
En la ilustre fatiga:  
Sus venerandas sienes  
De inmortal lauro ciñes; y su gloria  
Durar haces del tiempo en la memoria.

O si el triste nublado  
De la persecucion hórrido truena,  
Tú le confortas; y su faz serena  
Escucha el alarido  
Del vulgo fascinado,  
Contra sí embravecido;  
O á la infame venganza que maquina  
En las tinieblas su fatal ruina.

Así en plácida frente  
Pudo el divino Sócrates mostrarse  
Al frenético pueblo, y entregarse  
A sus perseguidores,  
Que la copa inclemente  
Le ornaste tú de flores,  
Y en su inocente diestra la pusiste,  
Y en néctar la cicuta convertiste.

Mártir él jeneroso  
De tu escelsa deidad así decía,  
El tósigo mirando: vendrá un día  
Que útil al mundo sea  
Mi suplicio afrentoso;

Y la verdad se vea  
Con el gran Dios de todos acatada,  
La vil supersticion por tierra hollada.

Del punto que propuse  
Impávido anunciarla, el error fiero  
Alzar contra mi pecho su úmpio acero  
Vi con diestra ominosa:  
A morir me dispuse  
En la empresa gloriosa:  
Dócil, mas firme abrazo las cadenas,  
Con que hoy me oprime la engañada

[Aténas.  
Si Anito me persiguè,  
Le perdono, y al crédulo Areopago;  
Y muriendo, á la patria satisfago  
El feudo que la debo.  
Hoy mi virtud consigue  
Su prez, el caliz bebo  
Con que me brinda el fanatismo impío;  
Y, ¡ó Ser eterno? en tu bondad confío.

Así dijera el sabio:  
Y el tósigo letal tranquilo apura.  
Inmóvil le contempla en su amargura  
Fedon: Cebes y Crito  
Con desmayado labio  
Jimen: al vil Melito  
Critóbulo maldice ciego de ira,  
Y él en los brazos de Platon espira:

Cual la encendida frente  
Hunde escondido en nubes nacaradas  
En las sonantes ondas, recamadas  
De sus rubios ardores,  
El sol resplandeciente:  
En pálidos fulgores  
Fallece el dia, y su enlutado velo  
La noche tiende por el ancho cielo.

## ODA V.

## LA GLORIA DE LAS ARTES. (\*)

¿A dónde incauto desde el ancha vega  
Del claro Tórmes, que con onda pura  
Y paso sosegado  
De Otea el valle fertiliza y riega,

(\*) Esta oda fue recitada en la junta pública que celebró la real Academia de S. Fernando el dia 14 de julio de 1781, para la distribucion de premios jenerales de pintura, escultura y arquitectura.

Hoy el númen procura  
Su vuelo levantar? ¿De qué sagrado  
Espíritu inflamado,  
Dejando ya á los tímidos pastores  
El humilde rabel, canta atrevido  
La gloria de las Artes, sus primores,  
Y de la patria el nombre esclarecido?

Cual el ave de Jove, que saliendo  
Inesperta del nido, en la vacía  
Rejion desplegar osa  
Las alas voladoras, no sabiendo  
La fuerza que la guia;  
Y ora vaga atrevida, ora medrosa;  
Ora mas orgullosa  
Sobre las altas cimas se levanta;  
Tronar siente á sus piés la nube oscura,  
Y el rayo abrasador ya no la espanta  
Al cielo remontándose segura:

Entonce el pecho jeneroso, herido  
De miedo y alborozo, ufano late:  
Riza su cuello el viento,  
Que encambiantes de luz brilla encendido:  
El ojo audaz combate  
Derecho el claro sol, le mira atento;  
Y en su heroico ardimiento  
La vista vuelve, á contemplar se pára  
La baja tierra, y con acentos graves  
Su triunfo engrandeciendo, se declara  
Reina del vago viento y de las aves:

Yo así saliendo de mi humilde suelo  
En dia tan alegre y venturoso  
A gloria no esperada,  
Dudo, temo, me inflamo, y alzo el vuelo,  
Do el afan jeneroso  
Al premio corre y palma afortunada:  
Palma que colocada

Al pié de la Verdad y la Belleza,  
Quien de divino jenio conducido  
Consigue arrebatarla, á ser empieza  
En fama claro, y libre ya de olvido;

Al modo que en la olímpica victoria  
El vencedor en la feliz carrera  
La ilustre sien ceñía  
Del ínclito laurel; y su memoria  
Eterna despues era.  
Mas tú la voz y plácida armonía,  
Noble Academia, guia,  
Mi verso al cielo cristalino alzando.  
¡Felice yo, si tu favor consigo!  
Y el dulce plectro de marfil sonando

Las Artes canto tras mi dulce amigo. (\*)

Desde estos lares, su palacio augusto,  
Cual vivaz fénix renacer las veo  
Del hondo y largo olvido,  
En que la Iberia con desden injusto  
Vió un tiempo su alto empleo.  
¡O nombre de Borbon esclarecido!

A ti fué concedido  
Las Artes restaurar: con tus favores  
A nueva gloria y esplendor tornaron:  
La fama resonó de sus loores,  
Y los cisnes de Mantua las cantaron.

Ellas alegres en union amiga  
La frente levantaron con ardiente  
Afan, hasta encumbrarse  
A la ideal belleza. A su fatiga  
Cede el bronce obediente;

Y el mármol del cincel siente animarse:  
Tus seres mejorarse,  
¡O natura! en el lienzo trasladados  
El carmin puro de la fresca rosa,  
Los matices del iris variados,

El triste lirio y la azucena hermosa.

¿O divina pintura, ilusion grata  
De los ojos y el alma! ¿De qué vena  
Sacas el colorido,

Que al alba el velo cándido retrata,  
Cuando asoma serena

Por el oriente en rayos encendido?

¿Cómo el cristal bruñido  
Finjes de la risueña fuentequilla?

De los alegres prados la verdura?

Tanta varia y fragante florécilla?

El rutilante sol, la nube oscura?

¿Cómo en un plano inmensos horizon-  
[tes,

La atmósfera bañada de alba lumbre,  
Serenos y puro el cielo,

La sombra oscura de los pardos montes,  
Nevada la alta cumbre,

La augusta noche y su estrellado velo,  
Del ave el raudos vuelo,

El ambiente, la niebla, el polvo leve,

Tu májico poder tan bien remeda,

Que á competir con la verdad se atreve,  
Y el alma enajenada en ellos queda?

Tú de la dulce poesía hermana,

Tú de la dulce poesía hermana,

(\*) El S. D. Gaspar Melchor de Jovellanos, académico de honor, que acababa de pronunciar una elocuente oracion sobre las Artes.

Cual ella el pecho blandamente ajitas,

Y en amoroso fuego

Con tu espresion y gracia soberana

Le enciendes, ó le escitas

A tierna compasion, á rencor ciego,

A desmayado ruego,

Y amargo lloro. ¡O Sancio! ¡oh! ¡tu admi-  
[rable

Pincel cuál ha mi espíritu movido!

¡Oh! al contemplar tu Vírgen adorable

En su extremo dolor, (\*) ¡cuánto he gemido!

La dolorida madre, arrodillada

Piedad pide á los bárbaros sayones

Para el hijo postrado.

Su rostro está cual la azucena ajada:

Sus humildes razones

Resuenan en mi oido: ¡ay! ¡cuán sagrado

Aspecto, aunque ultrajado,

El del Hijo de Dios! ¡cuál la ternura

De Magdalena y Juan! ¡cuál la fiereza

Del que herirte, ó Jesus, brutal procura!

Y en tu celestial mano, ¡qué belleza!

¡O pinceles! ¡ó alteza peregrina

Del grande Rafael! ¡ó bienhadada

Edad, en que hasta el cielo

En alas del ingenio la divina

Invencion se vió alzada,

Cuando su alma sublime el denso velo

Corrió con noble anhelo

De la naturaleza, y vió pasmado

El hombre ante sus ojos reverente

El universo estar, y hermoseado

De su mano salir y augusta mente!

Admira, ó hombre, tu grandeza; admira

Tu espíritu creador, y á la estrellada

Mansion vuela seguro,

Donde tu aliento celestial suspira.

La mente allí inflamada

Cruza con presto jiro del Arturo

A do tiene el sol puro

Su rutilante trono; y con brioso

Pincel, guiado de furor divino,

Copia el concento raudos y armonioso

Con que se vuela el orbe cristalino.

Que no tú sola, ó música, el ruido

Finjes del arroyuelo trasparente,

O imitas las undosas

(\*) El bellissimo cuadro de Rafael, llamado comunmente el PASMO DE SICILLA, y con mas propiedad EL EXTREMO DOLOR.

Corrientes de la mar, ó el alarido  
 Del soldado valiente  
 En las lides de Marte sanguinosas.  
 No ménos pavorosas,  
 O fiero Julio, en tu batalla (\*) siento  
 Crujir las roncás armas y la fiera  
 Trompa, estrépito, gritos y ardimiento,  
 Quesi en el medio de su horror me viera.  
 ¡ Pues qué, si entre los vientos brama-

[dores  
 Nave de airadas olas combatida  
 Diestro pincel me ofrece?  
 Yo escucho el alarido y los clamores  
 De la chusma aflijida;  
 Y si de Dios los cielos estremece  
 El carro, y se enardece  
 Su cólera, y el trueno en son horrendo  
 Retumba por la nube pavorosa;  
 De la pálida luz y el ronco estruendo  
 Mi vista siente la impresion medrosa.

Pero el mármol se anima, del agudo  
 Cíncel herido, y á mis ojos veo  
 A Laocoon (\*\*) cercado  
 De silbadoras serpientes: en su crudo  
 Dolor escuchar creo  
 Los jemidos del pecho congojado,  
 Y al aspirar alzado.  
 Los hórridos dragones con ñudosos  
 Cercos le estrechan, y su mano fuerte  
 En vano de sus cuerpos sanguinosos  
 Librarse anhela, y redimir la muerte.  
 ¡ Mira, cómo en su angustia el sufrimien-

[to  
 Los músculos abulta, y cuál violenta  
 Los nervios estendidos!  
 ¡Cuál sume el vientre el comprimido  
 [aliento,  
 Y la ancha espalda aumenta!  
 Y en el cielo los ojos dolozidos,  
 Por sus hijos queridos  
 ¡Ay! ¡cuán tarde su auxilio está imploran-  
 [do!  
 En tan terrible afán aun la ternura  
 Sobre el semblante paternal mostrando,  
 Cual débil luz por entre niebla oscura.

(\*) Célebre cuadro de la batalla de Majencio, dibujado por el gran Rafael, y pintado por Julio Romano su discípulo.

(\*\*) El grupo de Laocoon, obra admirable del arte griego.

Ellos á él vueltos, con la faz llorosa  
 Y débil jesto al miserable llaman  
 En quejido doliente,  
 Rodeados de lazada ponzoñosa.  
 ¡Oh! ¡cuán en vano claman!  
 ¡Oh! ¡cómo el padre por los tristes siente!  
 ¡Y cuál muestra en su frente  
 La fortaleza y el dolor luchando;  
 Y con las serpientes en batalla fiera,  
 Sus vigorosos muslos ajitando,  
 Los fuertes lazos sacudir quisiera!

Mientras en Apolo (\*) la beldad divina  
 Se ve grata animar un cuerpo hermoso,  
 Do la flaqueza humana  
 Jamás cabida halló. Su peregrina  
 Forma, y el vigoroso  
 Talle en la flor de juventud lozana,  
 Su vista alta y ufana,  
 De noble orgullo y menosprecio llena,  
 El triunfo y el esfuerzo sobrehumano  
 Muestran del dios, que en actitud serena  
 Tiende la firme omnipotente mano.

Parece en la soberbia escelsa frente  
 Lleno de complacencia victoriosa  
 Y de dulce contento,  
 Cual si el coro de Musas blandamente  
 Le halagara: la hermosa  
 Nariz hinchada del altivo aliento:  
 Libre el pié en firme asiento,  
 Ostentando gallarda jentileza;  
 Y como que de vida se derrama  
 Un soplo celestial por su belleza,  
 Que alienta el mármol, y su hielo inflama.

Ni el lugar merecido á ti, ó divina  
 Venus, (\*\*) tampoco faltará en mi canto:  
 ¡Ay! ¡dó fuiste formada!  
 ¡Quién ideó tu gracia peregrina!  
 Tu tierno y dulce encanto  
 Al ánimo enajena en regalada  
 Suspension: tu delgada  
 Tez escede á la cándida azucena,  
 Cuando acaba de abrir: tu cuello erguido  
 Al labrado marfil: la alta y serena  
 Frente al sol claro en el zenit subido.  
 ¡Oh reina de las Gracias, blanda diosa  
 De la paz y el contento, apasionada

(\*) El Apolo de Belvedere, la más sublime obra ideal que nos ha quedado de la antigüedad.

(\*\*) La Venus de Medicis, una de las más bellas y gráciosas estatuas de la antigüedad.

Madre del Niño alado !  
 Tus soberanos ojos de amorosa  
 Ternura, tu preciada  
 Boca, do rie el beso delicado,  
 Tu donaire, tu agrado,  
 Tu suave espresion, tus formas bellas  
 Del suelo me enajenan : yo me olvido ;  
 Y de cincel en ti no hallando huellas,  
 Absorto caigo ante tus piés rendido.

Tan divinos modelos noche y dia  
 Contempla atenta, ó juventud hispana ;  
 Y el pecho así escitado,  
 La senda estrecha que á la gloria guia,  
 Emprende alegre, ufana.  
 El jenio creador vaya á tu lado :  
 Aquel que al cielo alzado,  
 Huye lo popular, cual garza hermosa,  
 Cuando del suelo rápida se aleja,  
 Al firmamento se levanta airosa,  
 Y el vulgo de las aves atrás deja.

¡Oh venturoso, el que en las Artes siente  
 Propicio al cielo, que al nacer le infunde  
 Su vivifica llama !

Dadme, Musas, guirnalda floreciente  
 Que su frente circunde ;  
 Mientras el pecho latíendole se inflama  
 De noble ardor, esclama  
 Desvelado en su afan, no halla reposo  
 Al inquieto furor, teme, suspira  
 De un númen lleno, y con pincel fogoso,  
 Odio, miedo, terror y amor me inspira.

Quizá algun jóven al mirar la gloria  
 De tan augusto dia, y de mi canto  
 Quizá tambien herido,  
 Se escita ya á la próxima victoria ;  
 No la duda, y en llanto  
 Se baña de placer. ¡Oh esclarecido  
 Premio, muy mas subido  
 Que el tesoro mas rico ! Quien merece  
 Que tú le enjugues el sudor dichoso,  
 Inmortal vuela por el orbe, y crece  
 En cada edad con nombre mas famoso.

Así Fídias, Lisipo, Apeles viven  
 En eterna memoria ; así la rara  
 Fama de Zéuxis dura,  
 Y el grande Urbino y Micael reciben  
 Cual ellos honra clara :  
 Ni á ti, ó Velázquez, en tiniebla oscura  
 Sumió la muerte dura.  
 Sus huellas, noble juventud, sus huellas  
 Sigue, imitalos, insta ; y denodada

Hiere con alta frente las estrellas,  
 En sus divinas obras inflamada.

Mas de las Musas y el crinado Apolo  
 Oye tambien la celestial doctrina,  
 Que á Fídias dió el modelo  
 El cantor frijio del que el alto polo  
 Conturba, su divina  
 Frente moviendo, y estremece el suelo.  
 Y no en torpe desvelo

Al vicio el pincel des : la virtud santa,  
 O artistas, retratad, y disfamado  
 El vicio huirá con vergonzosa planta,  
 Cual sombra triste al resplandor sagrado.

Y los que de la noble arquitectura  
 La ardua senda seguís, los cuidadosos  
 Ojos volved contino  
 A la augusta grandeza y hermosa  
 De los restos preciosos,  
 Que del griego poder y del latino  
 Guardar plugo al destino.

Allí estudiad la majestad suntuosa,  
 Sólida proporcion, sencilla idea,  
 Que á Herrera hicieron claro, y su di-  
 [chosa

Edad de nuevo amanecer se vea.

Mas tú, en quien Carlos de la patria fia  
 La suerte y el honor, ó esclarecido  
 Conde, escucha oficioso  
 Lo que me inspira el cielo en este dia.  
 Si de ti protegido

Sigue el jenio español, si el lauro honroso  
 En su afan jeneroso  
 Galardon fuere que al artista anime ;  
 Ni envidiaremos la Piedad Toscana, (\*)  
 Ni tus estancias, (\*\*) Rafael sublime,  
 Ni la soberbia mole vaticana.

Feliz entónces el pincel ibero  
 Del gran Carlos la imájen gloriosa  
 Copiará reverente,  
 Y al príncipe brillando, cual lucero,  
 A par su augusta esposa.  
 Brille el valor impreso en su alta frente,  
 Y el consejo prudente ;  
 Las gracias todas en la amable Luisa,

(\*) Insigne grupo de Maria santísima con su  
 hijo difunto en los brazos, ejecutado por Miguel  
 Anjel, príncipe de la escuela florentina.

(\*\*) Salas del Vaticano pintadas por el gran Ra-  
 fael, y bien conocidas de los profesores y aficion-  
 nados á las Artes.

Y en el real pimpollo, ¡ay! el consuelo.  
De dos mundos la paz y tierna risa  
Con que recrea al venerable abuelo.

## ODA VI.

DE LA VERDADERA PAZ.

AL MRO. FR. DIEGO GONZALEZ.

DELIO, cuantos el cielo  
Importunan con súplicas, bañando  
En lloro amargo el suelo,  
Van dulce paz buscando,  
Y á Dios la están contino demandando.

Las manos estendidas  
En su hogar pobre el labrador la implora,  
Y entre las combatidas  
Olas de la sonora  
Mar, la demanda el mercader que llora.

¿Por qué el feroz soldado,  
Rompiendo el fuerte muro, á muerte dura  
Pone su pecho osado?  
¡Ay Delio! así asegura  
El ocio blando que la paz procura.

Todos la paz desean,  
Todos se afanan en buscarla, y jimen;  
Mas por artes que emplean,  
Las ansias no redimen  
Que el apenado corazón comprimen.

Porque no el verdadero  
Descanso hallarse puede ni el oro,  
Ni en el rico granero,  
Ni en el eco sonoro  
Del bélico clarín, causa de lloro;

Sinó solo en la pura  
Conciencia, de esperanzas y temores  
Altamente segura,  
Que ni bienes mayores  
Anhela, ni del aula los favores;

Mas consigo contenta  
En grata y no envidiada medianía,  
A su deber atenta,  
Solo en el Señor fia,  
Y veces mil lo ensalza cada día:

Ya si de nieve y grana  
Pintando asoma el sonrosado oriente  
La risueña mañana;  
Ya si en su trono ardiente  
Se ostenta el sol en el zenit fulgente:

O ya si el velo umbroso  
Corre la augusta noche, y al rendido

Mundo llama al reposo;  
Y el escuadron lucido  
De estrellas lleva el ánimo embebido,  
Ensalzado; y le entona  
Humilde en feudo el cántico agradable  
Que su bondad pregona,  
Su ley santa, inefable  
Con faz obedeciendo inalterable.

¡Oh vida! ¡oh sazonado  
Fruto de la virtud! ¡de la del cielo  
Remedo acá empezado!  
¡Cuándo el hombre en el suelo  
Podrá seguirte con derecho vuelo!

¡Cuándo será que deje  
El suspirar, temer, y el congojoso  
Mandar, ó que se aleje  
Del oro á su reposo,  
Muy mas letal que el áspid ponzoñoso!

Entonces tornaría  
Al lagrimoso suelo la sagrada  
Alma paz; y sería  
Tan fácil, Delio, hallada,  
Cuan ora es, ¡ay! en vano procurada.

## ODA VII.

AL SER INCOMPRENSIBLE DE DIOS.

¡PRIMERO, eterno Ser, incomprendible!  
Patente y escondido,  
Aunque velado en gloria inmarcesible,  
De todos conocido:

Santo Jehová, cuya divina esencia  
Adoro, mas no entiendo,  
Cuando su influjo y celestial presencia  
Dichoso estoy sintiendo:

En quien existe todo, en quien respira,  
Fuerza y virtud recibe;  
El ave vuela, el pez las aguas jira,  
Y el hombre entiende y vive!

Mientras mas te contemplo, y con mas  
[ansia

Te sigo, mas te alejas,  
Y tu bondad inmensa y mi ignorancia  
Tan solo ver me dejás.

¿Mas cómo, si los cielos de los cielos  
No bastan á encerrarte,  
De mi flaca razon los tardos vuelos  
Llegarán á alcanzarte?

Ella se pierde en el escelso abismo  
De tu lumbré esplendente,

Y te adora, Señor, por esto mismo  
Mas ciega y reverente ;

Pues si le fuera comprenderte dado,  
Igual á ti sería :  
El cetro te quitara, y mal tu grado  
Tu trono ocuparía.

Pero tú, Señor Dios, vences mi ciencia,  
Que eternos siglos vives ;  
Y el primero y el último en esencia,  
De nadie ley recibes :

Tú que mueves los cielos, y al profundo  
Mar linde señalaste ;  
Y con columnas de diamante al mundo,  
Poderoso afirmaste.

Tu solio es el empíreo, y de tus leves  
Piés alfombra la tierra ;  
Y hasta el abismo á descender te atreves,  
Y ves cuanto en sí encierra :

De do sobre tus tronos te sublimas ;  
Y velado en luz pura  
Del orgullo del hombre te lastimas,  
Burlando su locura.

Pues siendo tú mayor que el ancho cielo  
Y que el mar insondable,  
Y ante quien nada es, remonta el vuelo  
A tu faz adorable ;

Cuando los serafines acatando,  
Señor, tu inmensa alteza,  
Los rostros con las alas ocultando,  
Publican su bajeza.

¡Oh riqueza eternal ! ¡oh inmenso  
[ abismo !

¡Oh ser ! ¡oh luz sagrada !  
Tan solo comprendida en ti mismo,  
Y á mi anhelo eclipsada.

¿Quién eres ? ¿dónde estás ? ¿no me res-  
[ ponde ?

Préstame tus lijeras  
Alas, y treparé donde te escondes  
En las claras esferas.

Mas que el viento veloz, al proceloso  
Orion, á la aurora,  
Al aquilon, al austro sin reposo  
Demandaré en una hora.

Demandaré... Destierra la osadía  
De querer comprenderte  
De mí, gran Dios, hasta que el alma mia  
Llegue en tu gloria á verte :

Que no es del lodo humilde en cuanto  
[ vive,

Tanto alzarse del suelo,

Ni con débiles ojos se percibe  
La inmensa luz del cielo.

Ella me ofusca : mas del vil gusano  
Del sol al carro ardiente,  
Todo tu ser me anuncia soberano  
Con lenguaje elocuente.

Yo lo toco, lo siento, y cuidadoso  
En la planta lo admiro,  
Lo bendigo en el bruto, respetoso  
Lo aliento, si respiro.

Pero si osada á su inefable altura,  
Absorta en su belleza,  
La curiosa razon trepar procura  
Por la naturaleza,

Ella misma me grita : ¡Oh ciego ! tente  
En tu afan importuno,  
Que entrar en su sagrario no consiente  
El Escelso á ninguno.

Los objetos mas claros se me mudan,  
Y al revés se me tornan ;  
De todo mis nublados ojos dudan,  
Y todo lo trastornan.

Que el que arder hace al sol, su lum-  
[ bre ciega

Y una voz en mi oido,  
Contempla, dice, adora, admira y ruega ;  
Y gózame escondido.

Yo así abismado en tanta maravilla,  
Con miedo reverente  
Ceso, y humilde inclino la rodilla  
Y la devota frente.

## ODA VIII.

LA NOCHE Y LA SOLEDAD (\*).

AL SR. D. GASPARD DE JOVELLANOS, DEL  
CONSEJO DE LAS ÓRDENES.

VEN, dulce soledad, y al alma mia  
Libra del mar horrísono, ajitado  
Del mundo corrompido,  
Y benigna la paz y la alegría  
Vuelve al doliente corazón, llagado:  
Ven, levanta mi espíritu abatido:  
El venero crecido  
Modera de las lágrimas que lloro,  
Y á tus quietas mansiones me trasporta.  
Tu favor celestial humilde imploro :

(\*) Primera composición filosófica del autor .  
año de 1780.

Ven; á un triste confora,  
Sublime soledad, y libre sea  
Del confuso tropel que me rodea.

¡Ay! ¿por qué así ajitarse el hombre  
[insano;

Y viendo ya á los pies, ¡oh ciego! abierto  
El sepulcro gozarte?

Pon, pon freno á la risa, polvo vano,  
Calma de tu anhelar el desconcierto,  
Y entra en tu corazon á contemplarte.

¿Qué ves para gloriarte?  
¿Qué ves dentro de ti? Vuelve los ojos

A tus míseros días; de tus gustos  
La flor huyó, quedaron los abrojos  
Como castigos justos;

Y fugaces las horas se volaron...

¿Qué poder tornará las que pasaron?

Tú, Augusta soledad, al alma llenas  
De otra sublime luz; tú la separas

Del placer pestilente,  
Y mientras en silencio la enajenas,

A la virtud el ánimo preparas,  
Y á la verdad inclinas trasparente

Del cielo refulgente,  
Haciendo que nos abra el hondo abismo,

Do esconde sus tesoros celestiales.

El hombre iluminado ve en sí mismo  
Las señas inmortales,

Merced á tu favor, de su grandeza,  
Del mundo vil hollando la bajeza.

La mente sin los lazos que detienen  
Su generoso ardor, en raudo vuelo

Las vagas nubes pasa,  
Llegando á do su trono alzado tienen

Al inmenso Hacedor los altos cielos,  
Y á su divina norma se compasa:

De su lumbré sin tasa  
Gozosa se alimenta y satisface.

El fuego celestial con que se atreve  
A las grandes empresas, cuanto hace

Bueno el hombre, lo debe,  
¡Oh soledad! á tu silencio augusto,

Donde Dios habla, y se descubre al justo.

Mas los hombres que ilusos no perciben  
Su misteriosa voz, cuyos oidos

A la verdad cerrados,  
Y al error son patentes, así viven

Del mundo en el estrépito metidos,  
Cual en galera míseros forzados:

Siervos aherrojados  
Al antojo liviano y las pasiones,

Sorpréndelos de súbito la muerte.

El sabio, solo el sabio las prisiones

Rompe con mano fuerte:

Intrépido de todo se retira,

Y de la playa la borrasca mira.

Entonces adormido en paz gloriosa,

Pesa con lo pasado lo presente,

Con remontado vuelo

Al ciego porvenir lanzarse osa,

Y eleva á las estrellas la ardua frente.

¿Puede á tu ser, nacido para el cielo,

Embebecer el suelo?

¿Puede á un alma inmortal, con quien

[son nada

Esos soles y globos cristalinos,

Tener el bajo suelo así apegada;

O en juguets mezuquinos

Ocuparte, olvidando el alto grado

A que el gran Ser al hombre ha sublimado?

Ves las esferas de eternal ventura,

Reales mansiones del Señor, labradas

Por su poder divino,

Del sinfin de luceros la hermosura,

Todos jirando en órbitas variadas:

Alzándose en el éter cristalino

La luna, que el benigno

Rayo de su alba luz al mundo envia,

Las pardas sombras y su horror sagrado;

Del fugaz viento por la sombra umbría

El son dulce, acordado:

¿Qué son los pasatiempos do te encantas,

A par, ó ciego, de grandezas tantas?

Tú, espíritu sublime, que metido

Del mundo en el estrépito, suspiras

Por el retiro al cielo,

Del ser humano para honor nacido;

Tú que los yerros de los hombres miras,

Y á Témis templas el ardiente zelo

Con que hiere en el suelo,

Do cual Jenio benéfico defiendes

Al huérfano y viuda miserables;

Si desde el foro mi cantar entiendes,

Los tonos lamentables

Mira en plácida faz, dulce Jovino,

Si de honor tanto humilde verso es digno.

La amistad melo inspira; y pues cono-

[ces

El valor de las lágrimas, y sabes

Con tu divino canto

Mitigar mi dolor, las tiernas voces

Oye, que el pecho en sus tormentas graves



Solo halla alivio en el amargo llanto.  
 El celestial encanto  
 De la dulce armonía, que pusieron  
 Los cielos en mis labios, y mezquinos  
 Engaños hasta aquí absorto tuvieron,  
 Los avisos divinos  
 Oye de la verdad: los lazos deja:  
 La virtud canta, y de su error te queja.  
 ¿Cuándo el día será luciente y puro,  
 Que en suave soledad contigo unido,  
 El ánimo cuidadoso  
 Pueda enjugar sus lágrimas seguro?  
 Do en el bosque mas solo y escondido,  
 Libres, y al pié del árbol mas frondoso,  
 En celestial reposo  
 Tan sublimes verdades contemplemos.  
 Acelerad, ¡oh cielos! tales dias,  
 Y la cítara fúnebre templemos,  
 ¡Oh Young! que tú tañias,  
 Cuando en las rocas de Albion llorabas,  
 Y á Narcisa á la muerte demandabas.

¿Por qué delitos tantos? ¿por qué ho-  
 lladas

Las leyes de los cielos descendidas?  
 ¿Los lechos conculcados,  
 Los conyugales lechos? ¿y empapadas  
 De humana sangre manos homicidas?  
 ¿Los padres por sus hijos ultrajados?  
 ¿Los templos profanados?  
 ¿Quién, nuevo Catilina, quién demente  
 Contra la patria armó tu inicua mano?  
 El soplo del ejemplo pestilente  
 Corrompe el ser humano.  
 ¿Pero de dónde los ejemplos nacen?  
 ¡Ay! de las juntas que los hombres hacen.

El vicio, sagacísimo guerrero,  
 Asalta el corazón, que embelesado  
 Ni aun acercarle siente:  
 Adúlanos el mundo lisonjero:  
 El deleite con soplo envenenado  
 Nos adormece, y de la sed ardiente  
 Que hartura no consiente,  
 El avaro nos toca: ¿quién holgarse  
 Pudo en loco festin, que entre el lucido  
 Estrépito saliera sin mancharse?  
 Y el falaz gozo ido,  
 ¿Quién halla el alma sosegada y pura,  
 Y la conciencia de aflicción segura?

La cándida virtud, cual pura rosa  
 Que al rayo de la aurora la cabeza  
 Levanta aljofarada,

VI.

Da á solas su fragancia deliciosa:  
 Un soplo ajó su virjinal belleza.  
 A veces sin cuidado una mirada  
 Encendió la dañada  
 Hoguera del amor: tal vez el ciego  
 Rencor nació por un enojo breve,  
 Y una ciudad devora con su fuego.  
 Del mal la causa es leve,  
 Y de sus flechas pérfido el amago,  
 Cuanto crudo y sin límites su estrago.

Retiro celestial, tú, ó dulce puerto.  
 Do exhalado se acoje el pecho mio  
 De los hombres huyendo,  
 De tanto mal me pones á cubierto:  
 A ti seguro mi dolor confío,  
 Con mis ansias el cielo conmoviendo.  
 ¿Qué lágrimas corriendo  
 Por mis mejillas van? ¿por qué ajitado  
 Me late el corazón enternecido  
 En los males del hombre malhadado?  
 ¡Oh asilo apetecido!  
 ¡Oh soledad, que en mi dolor imploro,  
 Benigna acoje el encendido lloro!

En estas horas, que del raso cielo  
 Tanto fúljido sol vela guardando  
 Al mundo adormecido,  
 Cubiertos vagan del nocturno velo,  
 A la virtud los malos acechando;  
 Tú de tu solio que los ves bruñido,  
 ¿Dónde, ó luna, te has ido?  
 ¿Huyes de maldad tanta horrorizada?  
 ¿Tu faz pálida escondes?... ¡Oh malvados!  
 Rubor, rubor os dé su luz sagrada;  
 Ved, que por vos manchados  
 Los orbes puros que el Escelso habita,  
 Su diestra santa á su pesar se irrita.

El justo en tanto reverente alzando  
 Las inocentes manos, engrandece  
 La inmensa omnipotencia,  
 Su enojo con mil lágrimas templando;  
 Y cuanto al vano mundo desaparece,  
 Tanto mas cerca siente su presencia.  
 ¡Los cielos!... ¡la conciencia!...  
 ¿Qué augustos compañeros! ¡qué sagradas  
 Verdades mostrarán á el alma mia,  
 Ahora que estas aguas despeñadas  
 Y la acorde armonía  
 Del triste ruiseñor al manso viento  
 Despiertan mi adormido pensamiento!  
 ¿Quién puede ver el cielo tachonado  
 De lumbre tanta, y la beldad gloriosa



De la noche serena,  
 El arboleda umbrosa, el concitado  
 Batir de la corriente procelosa,  
 Que allá á lo lejos pavoroso suena,  
 Y este valle, do appena  
 El rayo de la luna pasar puede;  
 Que alegre el seno palpitar no sienta,  
 Y en suavísimos éstasis no quede?  
 El alma descontenta,  
 Divina soledad, por ti suspira,  
 Do atónita al gran Ser do quier admira.

Yo apenas entro en turecinto umbroso,  
 Siento el ánimo libre y descargado  
 Del peso que me abruma;  
 Todo ardiendo en un fuego jeneroso  
 A seguir la virtud me atrevo osado.  
 El liviano contento ¿qué es en suma  
 Sino viento y espuma?  
 Si en la tierra se fija el pensamiento,  
 Cuanto en el mal feraz en bien mezuina,  
 ¿Para volar al cielo tendrá aliento?  
 ¡Ay! la virtud divina,  
 Que del vil suelo escelso le levanta,  
 Solo la debe á ti, soledad santa.

Los hombres siempre en la maldad osa-  
 [dos,

Del Señor los altísimos decretos  
 Sacrilegos burlaran;  
 Y á sueño vergonzoso el día dados,  
 En las tinieblas fúnebres inquietos,  
 Todo á su libre antojo lo trocaran.  
 ¿Mas porqué tanto osaran?  
 ¿Qué furor los tomó? siendo el traslado  
 Mejor la noche del poder eterno,  
 Do el malo entre las sombras ve azorado  
 Casi abierto el averno;  
 Y el ímpio á Dios descubre confundido,  
 Y ante él se humilla de su error corrido.

No así los solitarios que guardaban  
 En otra edad las selvas pavorosas  
 En olvido dichoso,  
 Las silenciosas horas ocupaban  
 En delitos ó en pláticas ociosas;  
 Mas antes embriagados en sabroso  
 Dulcísimo reposo,  
 Al común padre ardientes sublimando  
 Entre inefables éstasis la mente,  
 Su celestial imájen contemplando  
 En tanto sol luciente,  
 Como la alteza soberana muestra  
 De su bondad y omnipotente diestra.

De noche el Señor reina: los horrores  
 De su lumbrosa faz sirven de velo  
 Al Todopoderoso,  
 Do mas bien que del sol en los fulgores  
 Al alma alumbra el vagaroso cielo.  
 Su silencio tranquilo y misterioso  
 Da á la mente el reposo,  
 Que le roba la luz del albo día.  
 El estrépito y vanos menesteres,  
 Las inútiles hablas, la alegría  
 Y vedados placeres,  
 Del dulce meditar el alma alejan,  
 Y en triste error y ceguedad la dejan.

¡O noche! oh soledad! en vuestro seno  
 Solo hallo el bien, y en libertad me miro.  
 Entónces las pasiones  
 Pierden su fuerza, el corazón sereno,  
 Y al cielo atento, tras sus astros jiro:  
 O á la razón niveló mis acciones;  
 O en mil contemplaciones  
 Utilmente me ocupo; y desprendido  
 De los lazos del cuerpo, me levanto  
 Al supremo Hacedor: ante él rendido  
 Sus maravillas canto;  
 Y con los pies hollando lo terreno,  
 Con él me gozo, alivio y enajeno.

¿Cómo pues insensato el hombre te  
 [huye,

Divina soledad? ¿Cómo lamenta  
 Su venturosa suerte,  
 Si en tu seno se ve, y al cielo arguye?  
 ¿Por qué en miseras sombras se contenta?  
 ¿Le robarán los hombres á la muerte?  
 ¿Su golpe es menos fuerte,  
 Si en descuido le hiere? Los agudos  
 Pesares, la miseria, los dolores  
 ¿No le amenazan sin cesar sanudos,  
 Aunque duerma entre flores?  
 Y el hombre triste á padecer nacido,  
 ¿Reposar osa en tal letal olvido?

¿No ha de verle el sepulcro pavoroso  
 En ciega noche y soledad, comida  
 De fétidos gusanos,  
 Hasta que agrade al Todopoderoso  
 Con su imperiosa voz darle otra vida,  
 Alzándole del polvo con sus manos?  
 ¿Beldad y años lozanos  
 No han de parar en esto? ¡ay! ¡qué insu-  
 [frible  
 Te será aquel estado, si no sabes  
 Vivir en soledad! ¡ay! ¡cuán terrible

Ver que en ansias tan graves  
Solo te hace otro polvo compañía!....  
Se estremece en pensarlo el alma mia.  
Tú, dulce amigo, que el valor conoces  
De la meditacion, y el alma cuánto  
Con el retiro gana,  
Ven; y esquivadas turbulentas voces,  
Al cuidado civil te roba, en tanto  
Que el sonrosado manto de oro y grana  
Desplega la mañana;  
Y con Young silenciosos nos entremos  
En blanda paz por estas soledades,  
Do en sus noches sublimes meditemos  
Mil divinas verdades;  
Y á su voz lamentable enternecidos,  
Repitamos sus lúgubres jemidos.

## ODA IX.

AL DR. D. ANTONIO TAVIRA, CAPELLAN  
DE HONOR DE S. M., EN LA MUERTE DE  
UNA HERMANA.

¡Ay! ¡con qué voces en tu amargo duelo  
Alentarte podré! ¡dónde palabras  
Hallará de consuelo  
Mi musa dolorida  
Para tan cruda herida!  
De pena mudo, en lágrimas bañado,  
Y el pecho en mil sollozos oprimido,  
Tú ruegas angustiado  
A la muerte inhumana  
Por la inocente hermana;

Por tu hermana, tu amor, mitad pre-  
[ciosa

Del alma tuya, sin sazón perdida;  
Cual delicada rosa,  
Que se agosta y fenece  
El día en que florece.

¡Ay! clama en vano tu dolor profundo:  
Su candor, su inocencia, sus virtudes  
No eran, no para el mundo;  
Donde fugaz un hora  
Brilló cual pura aurora.

Es campo de milicia el suelo triste;  
Ella ganó la palma en breves días,  
Y en la gloria do asiste,  
La goza ya segura  
En eternal ventura.

Deja pues de llorar y enternecerte,

Ni en su anjélico gozo te conduelas;  
Que es de Dios oponerte  
A la ley adorable  
Con voluntad culpable.

Él alargó la diestra cariñosa,  
Para darle su herencia inmarcesible  
En la mansion dichosa,  
Do nunca fuera oido  
Ni queja ni alarido.

¡Y tú, que sus consejos con rendida  
Frente hasta aquí, Tavira, has adorado,  
Jimes hoy sin medida!  
¡Oh! lejos tal locura,  
Lejos de tu cordura.

Justo es en golpe tal el desconuelo;  
Mas pon los ojos en la dulce hermana  
Coronada en el cielo;  
Y en regocijo santo  
Se tornará tu llanto.

## ODA X.

VANIDAD DE LAS QUEJAS DEL HOMBRE CON-  
TRA SU HACEDOR.

AL ESCMO. SR. D. FELIPE PALAFOX Y  
PORTOCARRERO, CONDE DEL MONTIJO.

¿Es el orgullo, es la razón quejosa  
La que airada se vuelve, y cuenta pide  
Al Hacedor divino  
De esta fábrica hermosa,  
Y la grandeza de sus obras mide?  
En este todo inmenso y peregrino,  
¿Por qué el grado mas digno  
Al linaje del hombre no fué dado?  
¿Por qué fué echado en el humilde suelo?  
¿No es rey universal de lo criado?  
Pues suba y more el cristalino cielo.

¿La luna plateada para el solo  
No recibe la luz que al suelo envía?  
¿Las fulgentes estrellas  
Del uno al otro polo  
Sus esclavas no son? ¿y al albo día  
Por él no baña con sus luces bellas  
El sol, cuando huyen ellas?  
Una pues, una su grandeza cuanto  
Llevan los seres todo repartido:  
Sus quejas cesen y su justo llanto,  
Y sea en el mundo cual señor servido. ---  
El hombre osado en su soberbio pecho

Se queja así de Dios, y romper quiere  
Vasallo rebelado

Aquel vínculo estrecho,  
Que cada parte á su lugar refiere,  
Y ata y sostiene cuanto está creado.

Yo fui, dice, formado  
Por término de todo: el fin primero  
Del universo soy: á mí es debida  
La luz del sol, el brillo del lucero,  
Y la tierra de yerba y flor vestida.

¿Y no se debe al ave el rauda viento,  
Preso al lobo rapaz, pasto á la oveja,  
Lluvias al verde prado?

¿El líquido elemento  
Al pez no se le debe? ¿Dónde deja  
El Hacedor ni un átomo olvidado?  
Todo está colocado

Cual debe en su gran obra; y nada puede  
Del círculo salir que le ha cabido,  
Sin que en desórden ciego al punto quede,  
Pues todo en ella mueve y es movido.

No, escelso Palafox; si el hombre osa  
Á el ánjel emular, cuando quisiera

Llenar mas alto grado,  
La soberbia orgullosa  
Habla en su corazón; no la severa  
Razon con que por Dios fué sublimado.  
Por el primer pecado

Su pecho está en dos bandos dividido:  
El apetito arrastra por la tierra,  
Cual humilde reptil; y el atrevido  
Animo al cielo mismo pone guerra.

La modesta razon no encumbra el vuelo,  
Sino hácia sí se vuelve, y asombrada  
Ve la inmensa cadena

Que ata el abismo al cielo.  
¿Del infinito en medio y de la nada,  
Qué es el hombre ignorante? ¿quién serena  
Las borrascas, ó enfrena

Los bravos huracanes? ¿A las aves  
Quién enseña á surcar el vago viento,  
Y á sus lenguas los cánticos suaves?  
¿O quién dió al árbol hojas y alimento?

Entonces cuando el hombre alcanzar  
[pueda

Qué es la hoguera del sol; de dónde viene  
La lluvia y el rocío;

Qué fuerza impele á la celeste rueda;  
Dónde suspenso el universo tiene  
De Dios el infinito poderío;

Podrá en su orgullo impío

A los seres decir: á ti te toca  
Llenar este lugar, á ti este grado;  
Y así adular á su soberbia loca,  
En el centro de todos colocado.

Mas no tanto: si el siervo los secretos  
Ve del señor, ó si el vasallo sabe  
Qué sistemas medita  
Y sagrados decretos

El rey en su hondo seno: si en ti cabe  
Sondar como tu cólera se irrita,  
¡Oh ciego! y quién la escita;  
Quién á tu sangre por las venas mueve;  
Por qué causa la piedra al centro baja;  
Por qué es líquida el agua, el viento leve:  
En tachar necio á tu Hacedor trabaja.

¡Hijo del polvo, si elevarla osas,  
Alza la vista al cielo, y ve la esfera  
De estrellas tachonada,  
Todas á par hermosas!

¿Es solo para ti tanta lumbreira?  
Acaso cada cual será empleada  
En bañar con dorada

Llama, como acá el sol, otro gran suelo;  
Y los que el globo de Saturno moran,  
Tan lejos como tú miran el cielo,  
Y que tú habitas este punto ignoran.

Los ojos vuelve hácia la baja tierra,  
Y á sus vivientes llega á tu despecho:  
El mas imperceptible  
Mil otros en sí encierra.

¿Del mosquito sutil, qué inmenso trecho  
Al que apenas la lente hace visible!  
¿Y acaso no es posible  
Descender aun de aquel? pues él contiene  
Dentro en sí otros, que á vivir dispone;  
Cada cual movimiento y partes tiene,  
Y cada parte de otras se compone.

El hombre comparado, jeneroso  
Amigo, al universo es cual el punto  
Con la tendida esfera,  
O un ola al mar undoso.

Su saber es que empieza y muere junto,  
Y menos que un instante su carrera.

Mas años mil viviera,  
Jamás otros misterios sondaria.

Las cosas todas en la nada nacen,  
Y en lo infinito paran: quien las cria,  
Contará solo los guarismos que hacen.

¡Hombre mortal, escucha: al órden mira  
De todo; el órden es la ley primera  
Del cielo soberano!

La inmensidad admira  
Del universo; y gózate en tu esfera,  
Que tu felicidad está en tu mano.  
Deja de anhelar vano  
Por el lugar del ángel: á él subiendo,  
Tambien al tuyo el bruto encendería;  
La planta al animal fuera impeliendo,  
Y del orden por ti todo saldria.

La Providencia es justa: á ti te ha dado  
En suerte la virtud, y al tosco bruto  
El deleite grosero.  
No estés, no, mal hallado  
Con la angusta virtud: su dulce fruto  
Es del alma la paz, y el verdadero  
Gozo su compañero,  
Que nada acá en la tierra darte puede.  
¿Y qué en ella ó los cielos comparable  
Merece ser al justo? ¿quién le escede!  
¿O es hechura de Dios mas admirable?

La grande ley que vivifica todo,  
Es el comun amor: ama á tu hermano,  
Ama á la patria, y ama  
Todo el mundo, de modo  
Que antepongas al dueño soberano  
Que bienes tantos sobre ti derrama.  
Si este ardor bien te inflama,  
Ora en la tierra mores largos días,  
O en flor te anuble un ábrego enojoso,  
No temas las mortales agonias,  
Que como justo acabarás gozoso.

Así naturaleza al hombre dice:  
Y la blanda esperanza hasta él descende  
Que le conforta el pecho;  
Y él con ellas es felice.  
Mas si su osada vanidad entiende,  
Le deja en sus sistemas satisfecho  
Trabajar sin provecho.  
Su presuncion con risa mira el cielo;  
Y él nunca en su locura bien hallado,  
Mientras anhela el bien con mas desvelo,  
Mas parece que el bien huye su lado.

## ODA XI.

## LA TEMPESTAD.

¿Oyes, oyes el ruido  
Del aquilon que en la selva  
Entre los alzados robles  
Con rápidas alas vuela?  
¡Oh! ¡cuál silba! ¡cómo ajita

Las ramas! sus hojas tiernas  
En torbellinos violentos  
Desparce con rabia fiera.  
Una nube le acompaña  
De negro polvo: la niebla  
Se lanza en un mar undoso  
Del cóncavo de las peñas,  
Y cubre el cielo. La llama  
Del sol desaparece envuelta  
En calijinosas nubes,  
Y la noche á reinar entra.  
Las aves huyen medrosas:  
De espanto inmóvil se queda  
El tardo buey, y el establo  
Azorado á hallar no acierta.  
Crece el huracan: del trueno  
La imperiosa voz resuena,  
Que el Omnipotente anuncia  
A la congojada tierra.  
Ya llega: otra vez horrible  
El trueno la voz aumenta,  
Y los relámpagos hacen  
Del cielo una inmensa hoguera.  
¡Señor! ¡Señor! compasivo  
Mi albergue mira: tu diestra  
No lo aniquile: perdona  
A un ser que te adora y tiembla.  
Tú eres, Señor, te descubro  
Entre el manto de tinieblas,  
Con que misterioso al mundo  
Tu faz y tu gloria velas.  
Tú eres, Señor: poderoso  
Sobre los vientos te llevan  
Tus ánjeles: de tu carro  
Retumba la ronca rueda:  
Tu carro es de fuego.— El trueno,  
El trueno otra vez: se acerca  
El Señor: su trono en medio  
De la tempestad asienta.  
La desolacion le sigue;  
Y el rayo su voz espera  
Prestas las alas: lo manda;  
Y el monte abrasado humea.  
Arden las nubes: veloces  
Los relámpagos serpean  
Del Eterno en torno. Impíos,  
¡Ay! temblad que Jehová llega.  
Jehová la cóncava nube  
Retumba, las hondas vegas  
Jehová, sonoras responden  
Jehová las altas esferas.

Despavorido al estruendo  
 El libertino despierta ;  
 Y confundido el ateo  
 Su inefable ser confiesa.  
 De miedo y horror transidos ,  
 Al Dios que insultaron ruegan.  
 Temblando ; y ante sus iras  
 Aniquilarse quisieran.  
 Él entre tanto imperioso  
 Domina : la frente escelsa  
 Mueve ; la tormenta crece ,  
 Y los montes titubean.  
 Llama al áspero granizo ;  
 Y que anonade le ordena  
 De la vid el dulce fruto ,  
 Y las ricas sementeras.  
 Le obedece ; y con funesto  
 Estrépito se despeña  
 Al bajo suelo , y lo tala :  
 ¡ Señor ! tus iras modera.  
 Mira al labrador que inmóvil ,  
 De espanto la obra contempla  
 De tu poder ; sus hijuelos  
 Y su esposa le rodean.  
 Todos lloran : todos tienden  
 A ti las manos , y esperan  
 El pan de ti que hoy les robas.  
 ¡ Buen Dios ! ¿ dó está tu clemencia ?  
 ¿ Vienes á asolarnos ? ¿ vienes  
 A mover al hombre guerra ?  
 ¿ No hay un justo que te implore ?  
 ¿ O á las súplicas te niegas ?  
 Tú , en quien un padre oficioso  
 Hasta el vil insecto encuentra ,  
 Qué á millones de vivientes  
 Abres la mano , y sustentas ;  
 ¿ Olvidas hoy á tus hijos ?  
 ¿ O dejarás que perezca  
 Sin pan el pobre ? tus iras  
 Ya desarma la inocencia.  
 Del justo el humilde ruego  
 Prevaleció : Jehová reina  
 Sobre el trueno ; su alto cetro  
 Pasó sobre mi cabeza.  
 Ledo pasó : yo asombrado  
 No osé alzar la frente . ¡ Oh ! deja ,  
 Señor , que humilde en el polvo  
 Adore tu providencia ,  
 Que ya la benigna lluvia  
 De tu bendición recrea  
 La árida tierra : ya baja ,

Y blanda el aura refresca.  
 Con júbilo la reciben  
 Las aves ; y en dulces lenguas  
 Por el mundo agradecido  
 Tu inmensa bondad celebran.  
 Pasó el nublado : la mano  
 Del Señor la ardiente fuerza  
 Del rayo imperiosa calma ,  
 Y el viento y el trueno arredra.  
 Quiérelo ; y las torvas nubes  
 Bajo sus piés se congregan :  
 Mándalo ; y rápidas parten  
 De su trono mil centellas.  
 Oyónos ; y á la montaña  
 La tempestad voló presta.  
 ¿ No veis el horrendo estruendo ?  
 ¿ Y cuál el bosque se anega ?  
 Ya , Padre , ya nos indultas ;  
 Y el iris de paz nos muestras  
 En señal de la alianza  
 Que has jurado con la tierra  
 Al cielo el Escelso torna :  
 Mortales , su omnipotencia  
 Cantad ; y que el universo  
 Un himno á su gloria sea .

## ODA XII.

## LA TRIBULACION.

¿ Por qué , por qué , me dejas ?  
 Señor , Dios mio , Padre , vuelve y mira :  
 ¿ De mis ardientes quejas  
 Tu bondad se retira ?  
 ¿ Tú cesas , y mi labio á ti suspira ?  
 De tu nombre en la gloria  
 Los míseros fiaron ; tú les diste  
 Del opresor victoria :  
 Sus plegarias oíste ;  
 Y su esperanza y su salud cumpliste.  
 La muerte y sus dolores  
 Rompen mi corazon ; en mis oídos  
 Suenan ya los clamores  
 De los apercebidos  
 Monstruos á devorarme y sus bramidos.  
 A las fauzes pegada  
 Mi lengua está ; y al polvo me ha lanzado  
 Del olvido tu airada  
 Diestra : en torno he mirado ,  
 Y el mar de la aflicción me ha circundado.  
 Mi pecho como cera

De dolor se liquida y desfallece :  
 Cual la llama lijera  
 Muy mas mi angustia crece ;  
 Y aguja el enemigo , y me estremece.

Gusano soy , no hombre ,  
 Oprobio de los hombres y su ira :  
 Sin que mi mal le asombre ,  
 Me mofa quien me mira ;  
 Y mueve la cabeza , y se retira.

A voces dicen : venga ,  
 El Dios venga en que espera neciamente :  
 Su brazo le sostenga ,  
 O en su solio fuljente  
 De gloria ciña su abatida frente.

Entonce acatarémos  
 Su mísera orfandad y su inocencia ;  
 En tanto devoremos  
 Su pan ; y la clemencia  
 De ese su Dios sustente su indigencia.

Mas tú sobre las alas  
 De querubines vas : los montes toca  
 Tu dedo , y los igualas  
 Con los valles : tu boca  
 Sopló , y en polvo vuela la ardua roca.

Cual madre compasiva ,  
 En mi débil infancia me has guiado.  
 Contra la suerte esquiva  
 En hombros me has tomado ;  
 Y siempre entre tus alas me has guardado.

Solo soy , y tú fuiste  
 Mi padre : enfermo te imploré en el lecho ,  
 Y salud me trajiste.  
 ¡ Ay ! ven , cubre mi pecho ,  
 Que blanco todos de su saña han hecho.

Ven , corre poderoso :  
 Confúndelos , Señor : nó mas dilates  
 El brazo victorioso  
 Con que fuerte combates  
 Y los cedros altísimos abates.

Corre , corre , que crece  
 Cual ola de la mar el dolor mio ,  
 Y á mis piés se estremece  
 El averno sombrío :  
 Ven , Señor ; llega , que en tu diestra fio.

## ODA XIII.

AL SOL.

SALUD , ó sol glorioso ,  
 Adorno de los cielos y hermosura ,

Fecundo padre de la lumbre pura ,  
 O rey , ó dios del día ,  
 Salud : tu luminoso  
 Rápido carro guia  
 Por el inmenso cielo ,  
 Hinchendo de tu gloria al bajo suelo.

Ya velado en vistosos  
 Albores alzas la divina frente ;  
 Y las cándidas horas tu fuljente  
 Corte alegres componen :  
 Tus caballos fogosos  
 A correr se disponen  
 Por la rosada esfera  
 Su inmensurable , sólita carrera.

Te sonrie la aurora ,  
 Y tus pasos precede , coronada  
 De luz , de grana y oro recamada.  
 Pliega su negro manto  
 La noche veladora ;  
 Rompen en dulce canto  
 Las aves , cuán to alienta ,  
 Saltando de placer tu pompa aumenta.

Todo , todo renace  
 Del fúnebre letargo en que envolvía  
 La inmensa creacion la noche fria.  
 La fuente se deshiela ;  
 Suelto el ganado paece ;  
 Libre el insecto vuela ;  
 Y el hombre se levanta  
 Estático á admirar belleza tanta :

Mientras tú derramando  
 Tus vivíficos fuegos , las riscosas  
 Montañas , las llanadas deliciosas ,  
 Y el ancho mar sonante  
 Vas feliz colorando.

Ni es el cielo bastante  
 A tu carrera ardiente  
 De las puertas del alba hasta occidente :

Que en tu luz regalada  
 Mas que el rayo veloz todo lo inundas ;  
 Y en alas de oro rápido circundas  
 El ámbito del suelo.  
 El Africa tostada ,  
 Las rejiones del hielo ,  
 Y el Indo celebrado

Son un punto en tu círculo dorado.  
 ¡ Oh ! ; cuál vas ! ; cuán gloriosa  
 Del cielo la alta cima enseñoareas ,  
 Lumbreira eterna , y con tu ardor recreas  
 Cuanto vida y ser tiene !  
 Su ancho gremio amorosa

La tierra te previene:  
 Sus jérmenes fecundas;  
 Y en vivas flores súbito la inundas.  
 En la rauda corriente  
 Del océano en convugales llamas  
 Los monstruos feos de su abismo inflamas.  
 Por la leona fiera  
 Arde el leon rujiente;  
 Su pena lisonjera  
 Canta el ave: y sonando  
 El insecto á su amada va buscando.  
 ¡Oh padre! ¡oh rey eterno!  
 De la naturaleza! á ti la rosa,  
 Gloria del campo, del favonio esposa,  
 Debe aroma y colores,  
 Y su racimo tierno.  
 La vid, y sus olores  
 Y almibar tanta fruta,  
 Que en su feudo el rico otoño te tributa.  
 Y á ti del caos umbrioso  
 Debíó el salir la tierra tan hermosa;  
 Y debíó el agua su corriente undosa;  
 Y en luz resplandeciente  
 Brillar el aire frio,  
 Cuando naciste ardiente  
 Del tiempo el primer día:  
 ¡Oh de los astros gloria y alegría!  
 Que tú en profusa mano  
 Tus celestiales y fecundas llamas,  
 Fuente de vida, por do quier derramas,  
 Con que súbito el cielo,  
 El inmenso océano,  
 Y el trasparente cielo  
 Respiran; todo vive,  
 Y nuevos seres sin cesar recibe.  
 Próvido así reparas  
 De la insaciable muerte los horrores;  
 Las víctimas que lanzan sus furores  
 En la rejion sombría,  
 Por ti á las luces claras  
 Tornan del almo día;  
 Y en sucesion segura  
 De la vida el raudal eterno dura.  
 Si mueves la flamante  
 Cabeza, ya en la nube el rayo ardiente  
 Se enciende, horror al alma delincuente:  
 El pavoroso trueno  
 Retumba horrrisonante;  
 Y de congoja lleno,  
 Tiembla el mundo vecina  
 Entre aguaceros su eternal ruina.

Y si en serena lumbre  
 Arder velado quieres, en reposo  
 Se aduerme el universo venturoso  
 Y el suelo reflorece.  
 La inmensa muchedumbre  
 Ante ti desaparece  
 De astros en la alta esfera,  
 Donde arde solo tu inexhausta hoguera.  
 De ella la lumbre pura  
 Toma que al mundo plácida derrama  
 La luna, y Vénus su brillante llama.  
 Mas tu beldad gloriosa  
 No retires: oscura  
 La luna alzar no osa  
 Su faz; y en hondo olvido  
 Caer Vénus, cual si nunca hubiera sido.  
 Pero ya fatigado  
 En el mar precipitas de occidente  
 Tus flamjéras ruedas. ¡Cuál tu frente  
 Se corona de rosas!  
 ¡Qué velo nacarado!  
 ¡Qué ráfagas vistosas  
 De viva luz recaman!  
 El tendido horizonte, el mar inflaman!  
 La vista embebecida  
 Puede mirar la desmayada lumbre  
 De tu inclinado disco: la ardua cumbre  
 De la opuesta montaña  
 La refleja encendida,  
 Y en púrpura se baña,  
 Mientras la sombra oscura  
 Cubriendo cae del mundo la hermosura.  
 ¡Qué majia! ¡qué ostentosas  
 Decoraciones! ¡qué agraciados juegos  
 Hacen do quiera tus volubles fuegos!  
 El agua de ellos llena  
 Arde en llamas vistosas;  
 Y en su calma serena  
 Pinta, ¡oh pasmo! el instante  
 Do al polo opuesto te hundes centellante.  
 ¡A Dios, inmensa fuente  
 De luz! ¡astro divino! ¡á Dios, hermoso  
 Rey de los cielos, símbolo glorioso  
 Del Escelso! y si ruego  
 A ti alcanza ferviente,  
 Cantando tu almo fuego  
 Me halle la muerte impía  
 A un postrer rayo de tu alegre día.



## ODA XIV.

## LA NOCHE DE INVIERNO.

¡Oh! ¡cuán hórridos chocan  
 Los vientos! ¡oh, qué silbos,  
 Que cielo y tierra turban  
 Con soplo embravecido!  
 Las nubes concitadas  
 Despiden largos rios,  
 Y aumentan pavorosas  
 El miedo y el conflicto.  
 La luna en su albo trono  
 Con desmayado brillo  
 Preside á las tinieblas  
 En medio de su jiro;  
 Y las menores lumbres,  
 El resplandor perdido,  
 Se esconden á los ojos  
 Que observan sus caminos.  
 Del Tórmes suena lejos  
 El desigual ruido,  
 Que forman las corrientes  
 Batiendo con los riscos.  
 ¡Oh invierno! ¡oh noche triste!  
 ¡Cuán grato á mi tranquilo  
 Pecho es tu horror! tu estruendo  
 ¡Cuán plácido á mi oído!  
 Así en el alta roca  
 Cantando el pastorcillo,  
 Del mar alborotado  
 Contempla los peligros.  
 Tu confusion medrosa  
 Me eleva hasta el divino  
 Ser, adorando humilde  
 Su inmenso poderío;  
 Y ante él absorto y ciego  
 Me anego en los abismos  
 De gloria, que circundan  
 Su solio en el empíreo.  
 Su solio desde donde  
 Señala los lucidos  
 Pasos al sol, y encierra  
 La mar en sus dominios.  
 ¡Oh Ser inmenso! ¡oh causa  
 Primera! ¿dónde activo  
 Con vuelo temerario  
 Me lleva mi delirio?  
 ¡Señor! ¿quién sois? ¿quién puso  
 Sobre un eterno quicio  
 Con mano omnipotente

VI.

Los orbes de zafiro?  
 ¿Quién dijo á las tinieblas,  
 Tened en señorío  
 La noche, y vistió al alba  
 De rosa el manto rico?  
 ¿Quién suelta de los vientos  
 La furia; ó llevar quiso  
 Las aguas en sus hombros  
 Del aire al gran vacío?  
 ¡Oh providencia! ¡oh mano  
 Súave! ¡oh Dios benigno!  
 ¡Oh padre! ¿dó no llegan  
 Tus ansias con tus hijos?  
 Yo veo en estas aguas  
 La mies del blondo estío,  
 De abril las gayas flores,  
 De octubre los racimos.  
 Yo veo de los seres  
 En número infinito  
 La vida y el sustento  
 En ellas escondido.  
 Yo veo... No sé cómo,  
 Dios bueno, los prodijios  
 De tu saber esplique  
 Mi pecho enternecido.  
 Cual concha nacarada,  
 Que abierta al matutino  
 Albor, convierte en perlas  
 El cándido rocío;  
 La tierra el ancho gremio  
 Prestando al cristalino  
 Humor, con él fecunda  
 Sus jérmenes activos;  
 Y un dia el hombre ingrato  
 Con dulce regocijo  
 Las gotas de estas aguas  
 Trocadas verá en trigo.  
 Verá el pastor que el prado  
 Da yerbas al aprisco,  
 Saltando en pos sus madres  
 Los sueltos corderillos;  
 Y en las labradas vegas  
 Tenderse manso el rio,  
 Los surcos fecundando  
 Con paso retorcido.  
 Los vientos en sus alas,  
 Cual ave que en el pico  
 El grano á sus polluelos  
 Alegre lleva al nido,  
 Tal pródigos estienden  
 A términos distintos

41

Las fértiles semillas  
 Con soplo repetido.  
 Las plantas fortifican  
 En recio torbellino,  
 Del aire desterrando  
 Los hálitos nocivos;  
 Y en la cansada tierra  
 Renuevan el perdido  
 Vigor, porque tributo  
 Nos rinda mas opimo.  
 ¡ Oh de Dios inefable  
 Bondad! ¡ oh altos designios,  
 Que inmensos bienes causan  
 Por medios no sabidos!  
 Do quiera que los ojos  
 Vuelvo, Señor, yo admiro  
 Tu mano derramando  
 Perennes beneficios.  
 ¡ Ay! siéntalos mi pecho  
 Por siempre, y embellido  
 En ellos te tribute  
 Mi labio alegres himnos.

## ODA XV.

EN LA ELEVACION DE UN AMIGO.

RAPIDA vuela por el aura leve,  
 Musa feliz, hasta el ilustre amigo  
 En el glorioso día,  
 Que ya predijo fiel la amistad mia.  
 Alza tu voz en lisonjero aplauso  
 De alegres vivas, que la fama lleve  
 Por todo el ancho suelo,  
 Y encumbre presta al rutilante cielo.  
 Este es el día de las Musas; esta  
 La fausta aurora de su triunfo: Apolo  
 Ve su hijo coronado,  
 Y la virtud y el mérito ensalzado  
 Sobre las alas de la dulce Gloria  
 Por el honor, de generosas almas  
 Anhelo esclarecido,  
 Y entre trabajos mil tarde obtenido.  
 ¿ Mas qué mi pecho atónito me dice  
 De tus hados, amigo? No, no es este  
 El galardón postrero,  
 Si el cielo no me burla lisonjero.  
 Mayor orden de cosas te destina  
 Para bien de la Hesperia, nuevas honras  
 Previene á tus sudores,  
 Y de Carlos mas íntimos favores.

Que no fortuna á la virtud contraria  
 Siempre ha de hollar, ó la voluble mano  
 Dará su arbitrio ciego  
 A la sangre, al favor, ó indigno ruego.

Otra es la edad feliz del rey clemente  
 Que en cetro justo y potestad nos rije;  
 Por quien la hórrida guerra  
 Brama aherrojada, y duerme en paz la  
 [tierra.

Él ve tus claros méritos, la augusta  
 Prudencia de tu mente y fe sencilla,  
 Y ese tu honesto seno  
 De amor del bien y de la patria lleno:

Y cabe sí te llamará algun día,  
 ¡ Día feliz! y partirá contigo  
 Los cuidados profundos  
 Y afán inmenso de rejir dos mundos.

Henchirá entonces la virtud la tierra,  
 Cual el sol rubio con sus rayos de oro,  
 Cuando entre nieve y rosa  
 Las puertas abre al día el alba hermosa.

Lloverá el cielo de sus almos dones  
 Con mano larga; y volará atendido  
 El jenio tras tus huellas  
 Con sus alas de fuego á las estrellas.

Verá el colono la abundancia opima  
 Cariñosa reírle, en rubias mieses  
 La frente coronada;

Y el poder su cerviz verá quebrada  
 De nuestros padres las costumbres rudas  
 Renacerán, la probidad austera  
 Jamás de oro vencida,  
 Y aquel su honor mas caro que la vida.

Sí, amigo, sí: mis codiciosos ojos  
 Esto verán, cuando en la cima toques  
 Del mando afortunado:

¡ Ven luego, ven, ó tiempo suspirado!  
 Ven, y tú, España, de esperanzas llena  
 Tu seno augusto; y en alegre pompa  
 Del amigo dichoso  
 Las glorias canta y hado venturoso.

## ODA XVI.

A LAS ESTRELLAS.

¿ Dó estoy? ¿ qué presto vuelo  
 De alada inteligencia me levanta  
 Desde la tierra vil á los reales  
 Alcázares del cielo?  
 Parad, soles ardientes,

Lámparas eternas,  
Que huís jirando en lijereza tanta,  
Las alas esplendentes  
Cojed, cojed; y en vuestra luz gloriosa  
Abísemese mi vista venturosa.

Por do quiera fulgores,  
Y viva accion y presto movimiento.  
El Dios del universo aquí ha sentado  
Su corte entre esplendores:  
Del infinito coro  
De ángeles acatado,  
Grato aquí escucha el celestial concento  
De sus laúdes de oro;  
Cual alma celestial el orbe alienta;  
Y en sola una mirada lo sustenta.

¿Qué es de la tierra oscura?  
Este átomo de polvo que orgulloso  
Devastándolo ajita el hombre insano,  
; Ay! ¿ora en guerra dura?  
Despareció; y perdido  
Su Sol con ella: en vano  
Ansia el ánimo hallarlo cuidadoso  
Entre tanto encendido  
Fanal, ni á sus planetas: allí estaba  
La blanca Luna, y Marte allá tornaba.

Sobre ellos sublimado  
Corro en la inmensidad: la Lira ardiente,  
El Oríon, las Pléyadas lluviosas,  
Y á ti, ó Sirio, inflamado  
En viva, hermosa lumbre  
Dejo atrás, y las Osas.  
Sobre el fanal del polo refulgente  
Del empíreo á la cumbre  
Trepo: la mente aun mas allá se lanza,  
Y de la creacion el fin alcanza.

¡Qué digo el fin!... empieza  
Otro y otro sistema, y otros cielos,  
Y otros soles y globos cristalinos  
De indecible belleza.  
¿Qué serafín mas glorioso  
En sus vagos caminos  
Podrá alcanzarlos con sus raudos vuelos?  
Mi espíritu congajoso  
Por do quier halla mas, si mas desea;  
Y el infinito en torno le rodea.

Sí, sí, que la inefable  
Diestra del Hacedor no se limita  
Cual la mente humanal á cerco breve.  
El mar ancho, insondable  
Tan nada le ha costado  
Cual la arenilla leve:

Lo propio un claro sol, que esa infinita  
Multitud que ha sembrado  
Como el polvo en el ancho firmamento,  
Y hoy de nuevo encender miles sin cuento.  
Ante él como la nada

Así es la creacion, menos que un puro  
Rayo solar á su orbe luminoso:  
Ni en su mente sagrada  
Hay HASTA AQUÍ: su diestra  
Jamás yace en reposo,  
Del punto que animando el caos oscuro,  
En soberana muestra  
De su alto mando le intimó: fenece;  
Y á esta ancha, inmensa bóveda aparece.  
¡Ojalá en ella unido

A algun cometa ardiente su carrera  
Rápida, inmensurable acompañara!  
En el éter perdido,  
Curioso indagaría  
Tanta y tanta luz clara.  
Ya en su jiro cien siglos me escondiera:  
Ya cabe el Sol veria  
¿De dó su llama sempiterna viene?  
¿Qué brazo así colgado le sostiene?  
¿Qué es el opaco anillo

Del helado Saturno, y si al radiante  
Júpiter los satélites aumentan  
Su benéfico brillo?  
¿En la cándida zona  
Cuántos soles se cuentan?  
¿Cuántos en el zodiaco centellante?  
¿Quién puso la Corona  
Do está, y la Hidra, y el Centauro fiero?  
¿Dó la Andrómeda brilla, y dó el Boyero?  
Y á todos demandara

Por su infinito autor; ¿dónde asentado  
Entre esplendores y eternal ventura  
Su escelso trono alzara?  
¿Por cuál feliz camino  
La humilde criatura  
Puede trepar á su inefable estado?  
¿Dó su confin divino  
Toca, y qué sol le alumbrara? ¿ó dónde  
[dijo

De mis obras el término aquí fijo?  
Cesemos: este sea  
Postrer lucero, el valladar lumbroso  
A la gran obra que yacia acordada  
En mi inefable idea:  
Coluna majestuosa  
Entre el ser y la nada

Alzada por mi brazo poderoso.  
 Mi bondad ve gozosa  
 Del postrer mundo al átomo primero ;  
 Y en todo brilla, y mi supremo esmero.

Decid pues, encendidos  
 Globos, que ardeis sin número; fanales,  
 Que ornais el manto de la noche umbria,  
 Los hombres embebidos  
 Alzando hasta la altura  
 Del Ser grande que os guia  
 Rodando en esas plagas eternas :  
 Vosotros que segura  
 Senda al sabio mostrais, que os mira

[atento

Por el tendido, líquido elemento :

O en voluble semblante  
 Dierais al labrador en la apartada  
 Edad lecciones, como fiel partiese  
 Su trabajo incesante,  
 Y la rauda presteza  
 De los tiempos midiese :  
 Decid, globos, decid ¿dónde le agrada  
 De su faz la belleza  
 Mostrar á ese gran Ser? ¿dónde mi anhelo  
 La verá de su gloria caido el velo ?

Buscárale cuidadoso  
 Por todo el ancho mundo, á la indistinta  
 Variedad de los seres demandando  
 Por su Hacedor glorioso.  
 El insecto brillante  
 Me responde sonando :  
 El que de oro y azul mis alas pinta  
 Está mas adelante :  
 Está mas adelante, me responde  
 La garza que en la nube audaz se esconde.

Y la mar procelosa,  
 Mas adelante, rebramando suena,  
 Y el fiero Leviatan en su hondo abismo :  
 En la aura vagarosa  
 Trinando al pueblo alado  
 Decir oigo lo mismo ;  
 Y el rayo asolador que el mundo llena  
 En su vuelo inflamado  
 De horror y pasmo, mas allá, me clama,  
 Mora el que enciende mi sonante llama.

¿Dónde, soles gloriosos,  
 Está este *mas allá*, que nunca veo ?  
 ¿Jamás ni un alma vencerá atrevida  
 Los lindes misteriosos  
 De este imperio inefable,  
 Por mas que enardecida

Avanze en su solícito deseo?  
 ¡ Ah! siempre inmensurable  
 Al hombre agobiará naturaleza,  
 Abismado en su mísera baja.  
 Siempre, lumbres sagradas,  
 Vosotras arderéis : en pos la mente  
 Vuestro áureo jiro seguirá afanosa  
 Con alas desmayadas,  
 Y caerá sin aliento.  
 La noche misteriosa  
 Colgará con su velo refulgente  
 El ancho firmamento ;  
 Y yo en mi amable error luego embria-  
 [gado  
 Tornaré inquieto á mi feliz cuidado.

## ODA XVII.

EL DESEO DE GLORIA EN LOS PROFESORES DE LAS ARTES (\*)

Don grande es la alta fama,  
 Inclito premio de virtud, que al cielo  
 Encumbra envuelto en nube voladora  
 Desde el afan del circo polvoroso  
 Al atleta dichoso,  
 Que arrebató la oliva triunfadora.  
 O ya á la muerte, ardiendo en noble  
 [anhelo,  
 Entre el plomo tronante, entre la llama  
 Al ciudadano aclama,  
 Que impávido obedece á su mandado  
 Por la brecha trepando con pié osado :  
 De agudas picas una selva espesa  
 A su pecho se opone ;  
 Mientras en glorioso fin de la ardua em-  
 [presa  
 Su heroica diestra denodada pone  
 El vencedor pendon firme en el muro,  
 Y fruto coje de su afan seguro.  
 Desde la popa hincharse  
 Ve el ínclito Colon la onda enemiga :  
 El trueno retumbar ; la quilla incierta  
 Vagar llevada á la merced del viento :  
 La chusma sin aliento ;  
 Y una honda cima hasta el abismo abierta :

(\*) Leyóse esta oda el dia 14 de julio de 1787, en la junta jeneral de la real Academia de San Fernando, para la distribucion de premios de pintura, escultura y arquitectura.

¡ Vil galardón a su inmortal fatiga !  
 Pero él en tanto escribe sin turbarse  
 La ínclita acción : hallarse  
 Podrá un día , exclamando , tan preciado  
 Depósito , y mi nombre celebrado  
 De la fama será . Quiso benigno  
 Darle la mano el cielo ;  
 Y entre las ondas plácido camino  
 Abrirle fausto hasta el hispano suelo .  
 El hombre por su arrojo sin segundo  
 Goza doblado el ámbito del mundo .

La fama á tanto alienta :  
 Ella al alma feliz que en luces nace  
 Rica , del bajo vulgo la retira  
 Al templo do Sofía es adorada ;  
 Y en su luz embriagada  
 Sus inmensos tesoros muda admira .  
 ¡ Qué vijilia ! ¡ qué afán le satisface !  
 ¡ O en qué invención su anhelo se con-

[tenta !

Todo lo ansia sedienta  
 A par que alcanza mas : la noche , el día  
 Son breves á su ardor . Solo ella guía  
 Del mando en el sendero peligroso  
 Al varón que eminente ,  
 Mientras el vil ocio duerme perezoso ,  
 Busca profundo y forma en su alta mente  
 Leyes que hagan el mundo afortunado ,  
 Fruto de su vijilia y su cuidado .

Mas la gloria lo ordena ,  
 La gloria de almas grandes alimento ,  
 Que á la virtud divina confiada  
 Peligros y sudores desestima .  
 Esta llama que anima  
 El frágil mortal pecho , denodada  
 Todo lo emprende y tienta , ¡ á su ardi-

[miento

Qué puede huir ? la inmensidad terrena  
 El corazón no llena ,  
 Que aun es su ámbito al hombre espacio  
 [breve ;  
 Y en su mente sublime á mas se atreve .  
 Ya el águila caudal suelto le mira  
 Partir su señorío ,  
 Cuando en los aires se remonta y jira ;  
 Baja alijero el rayo á su albedrío ;  
 Y el raudó Sena aun se paró asustado  
 De hispano , enjuto pié viéndose hollado .  
 ¡ Oh de ingenio divino  
 Sumó poder ! La mente creadora ,

Émula del gran Ser que le dió vida ,  
 Hasta las obras enmendar desea  
 De su alta , escelsa idea .  
 Así en la llana tabla colorida  
 Nuevos seres enjendra , y los mejora  
 De diestra mano el toque peregrino .  
 Así en feliz destino  
 El dibujo halló Ardíces contornado :  
 El color Polignoto variado ,  
 Las líneas otro , y otro los pinceles .  
 La sabia perspectiva  
 Los cuerpos ordenó , dejando á Apéles  
 La gracia celestial , nunca mas viva  
 Que al admirarla Grecia compendiada  
 En su COA DEIDAD , aun no acabada .  
 ¿ Al arte engañadora  
 Qué entonces resistió ? duda la mano  
 Sombras palpando , si la vista , ó ella  
 Es la burlada , y torna y se asegura .  
 Una inmensa llanura  
 Encierra espacio breve ; y por corrella  
 La planta anhela con ardor liviano :  
 De Helena infiel la sombra me enamora ,  
 Y aun tierno el pecho llora ,  
 Dido infeliz , tu trance doloroso ,  
 Viendo estático un lienzo mentiroso (\*),  
 ¡ Oh májico poder ! el delicado  
 Botón , la hórrida nube ,  
 La vaga luz , el verde variado ,  
 El ave que volando al cielo sube ,  
 Solo unas líneas son : y al pensamiento ,  
 Cual la misma verdad , llevan contento .

Ni los mas escondidos  
 Movimientos del alma y sus pasiones  
 Pueden el reino huir de los pinceles .  
 Sorpréndelos el arte : indaga el pecho ;  
 Y velo un volcán hecho  
 De turbados deseos , que los fieles  
 Matices le trasladan . Las razones  
 Del Itacense escuchan los oídos ,  
 Yelmo y pavés bruñidos ,  
 Y el hasta del gran hijo de Peleo  
 Al Griego demandando (\*\*). El Jenio veo ,  
 El ateniense Jenio , vario , airado ,  
 Feroz , fugaz , injusto ,  
 Clemente , compasivo y elevado

(\*) La muerte de Dido , célebre cuadro del Guido .

(\*\*) Célebre cuadro de Limántes , en que venció á Parrasio .

A un tiempo todo (\*); y al mirar me asusto  
La faz de la ímpia guerra, que indignada  
Al carro brama de Alejandro atada (\*\*).

Tanto el deseo alcanza  
De fama eterna, si su llama prende  
En un pecho mortal. Ella al divino  
Apéles lleva á Ródas de sus lares  
Por los tendidos mares :  
Tiene años siete en un afan contino  
De Yaliso al autor : el jenio enciende  
De Rafael ; y el cetro le afianza  
Con eterna alabanza ,  
De la pintura en su Tabor pasmoso :  
Várgas, Céspedes, Juánes el reposo  
Pierden por ella el Lacio discurriendo :  
Y tú, Mengs sobrehumano ,  
Tú, malogrado Mengs, en ella ardiendo  
Los pinceles no sueltas de la mano :  
Ve tus divinas tablas envidiosa  
Natura; y tu alma grande aun no reposa.

Pero ¡oh memoria aciaga !  
Él muere, y en su tumba el jenio helado  
De la pintura yace. La hechicera  
Gracia, la ideal belleza, la ingeniosa  
Composicion, la hermosa  
Verdad del colorido, la lijera  
Espresion, el dibujo delicado...  
¡ Ah ! ¿ dónde triste mi memoria vaga ?  
Deja que satisfaga ,  
Noble Academia, á mi dolor : de flores  
Sembrad la losa fria : estos honores  
Son al PINTOR FILÓSOFO debidos,  
Al émulo de Apéles.

Y tú, insigne Carmona, repetidos  
En el cobre nos da de sus pinceles  
Los milagros; que ¡oh cuánta, oh cuánta

[ gloria  
Guarda el tiempo á la suya y tu memoria!

Mas yo del mármol mudo,  
Del mármol espirante arrebatado,  
Do volverme no sé. Por cualquier parte  
Un númen halla atónito el deseo.

Aquí estasiado veo  
Que al mismo Amor amor infunde el  
[ arte (\*\*).

(\*) Cuadro de Parrasio, de que hace memoria  
Plinio, como ingenioso.

(\*\*) Escelente obra de Apéles, consagrada por  
Augusto en su foro, de donde tomó Virjilio su  
sublime descripcion del Furor bélico.

(\*\*\*) El bellissimo Cupido de la Academia.

Alli del fiero Atleta  
Huyo (\*); y siento acullá que al golpe rudo  
El gladiador forzado  
Cae, agoniza, y lanza por la herida  
Envuelta en sangre la infelice vida (\*\*):  
Quiero ahuyentar el ave que arrebatá  
Al barragan troyano (\*\*\*) :  
Por el dolor que á Niobe maltrata  
Tierno se ajita el corazon liviano (\*\*\*\*) ;  
Y en él cual cera cada bulto imprime  
El mismo afecto que falaz esprime.

Émula y compañera  
Del májico pincel, tú en el grosero  
Mármol con mano diestra vas buscando  
La divina beldad que en sí tenia :  
Tú á su materia fria  
Dar sabes vida y movimiento blando,  
Y haces eterno al ínclito guerrero.  
Aun de Antonino al sucesor venera  
Presente Roma (\*\*\*\*) ; aun fiera  
La faz del Macedon reina entallada.  
Y tú en inmensas fábricas osada,  
Con arcos y palacios suntuosos  
Tambien, ó Arquitectura,  
Sabes eternizar : siempre famosos  
Serán Délfos y el Faro : intacta dura  
De Artemisa la fama; y de Palmira (\*\*\*\*\*)  
La opulenta grandeza el mundo admira.

¡ Oh Corte suntuosa !  
¡ Oh muestra eterna del poder humano!  
¡ De la ínclita Zenobia augusta silla !  
¿ A quién estrago tanto no estremece ?  
¿ Quién, ¡ ay ! no se enternece  
Al ver el templo inmenso, maravilla  
Del arte, desolado, al verde llano  
Igual ya la muralla portentosa,  
La selva vasta hermosa  
De columnas del tiempo destrozada,  
Relieve tanto é inscripcion hollada ?  
Entre escombros y mármoles, los valles  
Solitarios la mente  
Finje azorada dilatadas calles :

(\*) El Atleta combatiendo, obra escelente.

(\*\*) El Gladiador moribundo, estatua sublime.

(\*\*\*) El hermoso Ganimédes.

(\*\*\*\*) El grupo de la Niobe, lleno de espresion  
y belleza.

(\*\*\*\*\*) La insigne estatua ecuestre de Marco  
Aurelio.

(\*\*\*\*\*) Las inmensas ruinas de Palmira aun  
son hoy el asombro y la lástima de cuantos via-  
jeros las visitan.

Oye el ruido y voces de la jente;  
Y á mil sombras gritar: ¡ay! ¡ay Pal-  
[mira!

Y entre miedo y horror tambien suspira.  
Pace triste el ganado

Los soberbios salones: son zarzales  
Los pavimentos; do el poder moraba,  
La mísera indijencia habita ahora.

¿La mano asoladora  
Del implacable tiempo qué no acaba?  
Así del rejió alcázar las señales  
Irritan el dolor, y el destrozado  
Obelisco sagrado,  
Y el pórtico y escelsos capiteles,  
Que á inmenso afan pulieron los cinceles.  
Pero en tanta reliquia venerable  
Escrita está la gloria  
Del asiano esplendor siempre durable,  
Y de Zenobia la ínclita memoria:  
Y así, ó CARLOS, tu nombre esclarecido  
Fábrica tanta libraré de olvido.

Oh pio, feliz, justo,  
Oh comun padre, oh triunfador, amigo  
Y amparo de las Artes jeneroso,  
Benigno CARLOS, tu real largueza  
Las sublimó á la alteza  
En que hoy las mira el Español dichoso.  
Desde tu escelso trono el blando abrigo,  
¡Oh! síguele induljente; y deja, Augusto,  
Deja acercar sin susto  
A tus plantas mi musa, y reverente  
Ceñir de lauro tu sagrada frente.  
Deja á las Artes, al hispano anhelo  
Gozar tu deseada  
Forma en estatuas mil: da este consuelo  
A tus hijos: tu corte decorada  
Del domador de Nápoles se vea:  
¡Oh! ¡alcánzelo mi ruego; y luego sea!

Y tú que con él partes  
Los inmensos cuidados, embebido  
En la comun salud, tambien patrono  
De las Musas munífico Mecénas,  
Las congojosas penas  
Depon del mando, y oficioso al trono  
Subé el ferviente voto repetido,  
Que hacen conmigo tus amigas Artes.  
Tú que aquí les repartes  
Mil dones liberal, tambien al lado  
Del TERCER CARLOS te verás copiado:  
Ya en faz benigna y mano cariñosa  
Dando á esta turba ardiente

De jóvenes la palma gloriosa;  
Ya oyendo al artesano dilijente;  
O ya al triste colono el yugo grave  
Lejislador tornando mas súave.

## ODA XVIII.

PROSPERIDAD APARENTE DE LOS MALOS.

EN medio de su gloria así decia  
El pecador: En vano  
Tender puede el Señor su débil mano  
Sobre la suerte mia.

A las nubes mi frente se levanta,  
Y en el cielo se esconde.  
¿Dónde está el justo? ¿las promesas dónde  
Del Dios que humilde canta?

Hiel es su pan, y miel es mi comida,  
Y espinas son su lecho,  
¿Con su inútil virtud, qué fruto ha he-  
[cho?

Insidemos su vida.

A hierro por mis hijos sean taladas  
Sus casas y heredades;  
Y ellos mi ínclita fama á las edades  
Lleven mas apartadas:

Que el nombre de los buenos como  
[nube

Se deshace en muriendo;  
Solo el del poderoso va creciendo,  
Y á las estrellas sube.

Caiga, caiga en mis redes su simple-  
[za.—

Él habló, yo pasaba;  
Mas al tornar, por verle, la cabeza,  
Ya no hallé donde estaba.

Su gloria se deshizo: sus tesoros  
Carbones se volvieron:  
Sus hijos al abismo descendieron;  
Sus risas fueron lloros.

La confusion y el pasmo en su alegría  
Los pasos le tomaron;  
Y entre los lazos mismos le enredaron  
Que al bueno prevenia.

Del injusto opresor esta es la suerte:  
No brillará su fuego;  
Y andará entre tinieblas como ciego,  
Sin que á salvarse acierte.

La muerte le amenaza, los disgustos  
Le esperan en el lecho:  
Contino un áspid le devora el pecho:

Contino vive en sustos.

Amanece, y la luz le da temores:  
La noche en sombras crece;  
Y á solas del averno le parece  
Sentir ya los horrores.

Dará, huyendo del fuego, en las es-  
[padas:

El Señor le hará guerra;  
O caerán sus maldades á la tierra  
Del cielo reveladas:

Porque del bien se apoderó inhumano  
Del huérfano y viuda,  
Le roerá las entrañas hambre aguda;  
Y huirá el pan de su mano.

Su edad será marchita como el heno:  
Su juventud florida  
Caerá, cual rosa del granizo herida  
En medio el valle ameno.

Tal es, gran Dios, del pecador la suerte.  
Pero al justo que fia  
En tu promesa y por tu ley se guia,  
Jamás llega la muerte.

Sus años correrán cual bullicioso  
Arroyo en verde prado;  
Y cual fresno á sus májenes plantado,  
Se estenderá dichoso.

#### ODA XIX.

INMENSIDAD DE LA NATURALEZA, Y BON-  
DAD INEFABLE DE SU AUTOR.

¡Oh gran naturaleza,  
Cuán magnífica eres!  
¡Cuán to el Señor te enriqueció de seres  
En profusa largueza!  
Del musgo humilde al álamo encumbrado,  
Del mínimo arador al elefante,  
Del polvo vil, hollado,  
Del sol al globo inmenso, rutilante,  
¿Qué espíritu bastante  
Será á contar los hijos que en perenne  
Verdor tu seno pródigo mantiene?  
¿Pues qué de ese glorioso  
Ejército sin cuento,  
Que en viva luz y acorde movimiento  
La noche orna vistoso?  
¿De esos cometas por la inmensa esfera  
Perdidos en la fuga arrebatada  
De su vaga carrera?  
¿Y esa gran zona, en cuya luz nevada

La mente enajenada,  
Cual la arena del mar, así apiñados  
Los soles vé? ¿de quién serán contados?  
Del Escelso tan solo:

De aquel que en valedora  
Diestra sabio encerró la mar sonora;  
Y en uno y otro polo  
Asentó los firmísimos quiciales,  
Do eterno rueda el orbe, y se sustenta:  
Del que los perennales  
Veneros de las fuentes alimenta;  
Y vuelve y tiene cuenta  
Del polluelo del águila en su nido,  
Y el pez al hondo piélago sumido.

Aquel, á cuyo acento  
Salieron de la nada;  
Y que sustenta pródigo alentada  
Con su alto mandamiento  
Esta máquina inmensa: á cuyo ardiente  
Soplo reparador naturaleza  
Fecundo el gremio siente,  
Y el valle se orna en su fugaz belleza:  
Mientras en ruda firmeza  
Asienta el monte con su escelsa mano,  
Sino, cayera sobre el verde llano.

Él, de alta ciencia lleno,  
Grande en poder, de vida  
Fuente eterna, lo quiso; y sin medida  
Los seres de su seno

Se lanzaron al punto: el gran vacío  
Inundó presurosa  
La luz: el sol con noble señorío  
Se alzó del caos umbrío,  
Del pueblo alado á ver la aura serena,  
Y la ancha tierra de vivientes llena.

Entónces de sus flores  
Galanas se vistieron  
Las vegas, y los árboles sintieron  
Entre suaves olores  
El peso de su fruta perfumada;  
Riqueza todo y profusion dichosa.  
La tierra coronada  
De yerba y mies, que en ala cariñosas  
Con inquietud gozosa  
Nuevo en volar el céfiro movía,  
La bondad suma del Señor decía.

Su bondad que, velando  
Cual madre diligente  
Sus amados hijuelos, blandamente  
Lo va todo acordando  
Con grata variedad: ella señala,



Natura inmensa, el grado mas cumplido  
 En tu inefable escala  
 A tanto ser, del serafin lucido,  
 ¡Oh portento! encendido  
 En sacrosanto amor, á la bajeza,  
 Del primer punto que en la nada em-  
 [pieza.

¡Qué mente esta armoniosa  
 Proporcion y acabados  
 Contrastes á un gran fin siempre orde-  
 [nados

En su serie asombrosa  
 Correrá! Formas, movimientos, vidas,  
 Especies, climas, estacion, terreno,  
 Todo en las mas subidas  
 Felices consonancias. ¡Oh Dios bueno!  
 ¡Dios de consejo lleno,  
 Y altísimo en poder! en cuanto obraras,  
 En todo sabio lo mejor buscaras.

A tu obra convenia  
 La luz; y de una amable  
 Sonrisa de tu faz clara, inefable  
 Procedió luego el dia.  
 En pos el manto lóbrego medroso  
 De la noche callada  
 Debí adormirla en plácido reposo;  
 Y de soles sin fin súbito ornada  
 La luna plateada,  
 Nació á empezar su jiro refulgente  
 Del ceño augusto de tu escelsa frente.  
 El tiempo á tu imperiosa  
 Voz su curso modera.  
 Hablas, y rie en la luciente esfera  
 La primavera hermosa,  
 De do en alas del céfiro templado  
 Baja á la tierra y puéblala de flores.  
 El trino regalado  
 De las aves, sus plácidos amores,  
 Del viento los olores,  
 Y un soplo celestial de nueva vida  
 El universo á júbilo convida.

Si al estío inflamado  
 Llamas; y él respetoso  
 A sazonar el pan que dadivoso  
 Al hombre has preparado,  
 Corre á tu imperio tras el Can luciente,  
 Tu gloria el mundo ve de pasmo lleno:  
 Ya en el solano ardiente,  
 Ya en el fragor horrísono del trueno,  
 Ya en el cristal sereno  
 Del sesgo rio, en cuya linfa pura

Libra el valle su plácida frescura.  
 Tu bondad resplandece  
 En el opimo octubre;  
 Y la ancha tierra de sus dones cubre.  
 ¡Oh! ¡cuán rica aparece  
 En él la creacion! Tus bendiciones  
 Los frutos son, los frutos regalados  
 Con que la mesa pones,  
 Do tus hijos sin número llamados,  
 En comun sustentados,  
 Cantan tu mano larga bienhechora  
 Del pardo ocaso al reino de la aurora.

¡Pues qué, cuando volando  
 Sobre hórridas tormentas  
 Tu escelso trono entre las nubes sientas;  
 Y el invierno velando  
 Su helada faz en majestad umbría,  
 Oye tu voz, y el aguacero crece;  
 Y la tiniebla el dia  
 Roba, y fragoso el viento se embravece?  
 Ante ti se estremece  
 Turbado el orbe: atónito te adora;  
 Y tu clemencia y tu bondad implora.

Mientras en tu inmensa alteza  
 De paz una mirada  
 Lanzando, en ella gózase apoyada  
 La gran naturaleza;  
 Y el coro fiel de espíritus gloriosos,  
 Que en eterna alegría  
 Tu lumbré acata, en trinos armoniosos  
 Los himnos misteriosos  
 Sigue, que el universo reanimado  
 Suena á tu ardiente paternal cuidado.

De él la dichosa llama  
 De inefable amor viene,  
 Que á cuanto existe, encadenado tiene;  
 Y vivifica inflama  
 Del globo luminoso inmensurable,  
 Que un punto luce en el inmenso cielo,  
 Al átomo impalpable;  
 Del gusano que arrastra por el suelo,  
 Al ave que su vuelo  
 Sobre las nubes vagarosa tiende,  
 Y ve do el rayo asolador se enciende:  
 Y dél tanta armonía,  
 Tanta union soberana,  
 Que no alcanza á sondar la mente humana.  
 La sombra al claro dia  
 Se opone; y de su acuerdo misterioso  
 En blando alivio al laso mundo viene  
 Tras la accion el reposo.

El líquido elemento opuesta tiene  
La tierra; y en perenne  
Dulce acuerdo, en amantes y en amados,  
Duran los entes todos separados.

Así elevada, umbrosa  
La encina ve á su planta,  
Que el humilde junquillo se levanta  
Bajo su pompa hojosa.  
Sobre la flor la mariposa vuela,  
Do el tardo insecto reposado yace:  
La tortolilla anhela  
La soledad; y Progne se complace,  
Si el blando nido hace  
Entre los hombres; y á su mano impía  
El seno inerme y los hijuelos fia.

Y en union todos viven,  
Y gózanse y se aman:  
A tu bondad menesterosos claman,  
Y de ella el bien reciben.  
Las tinieblas, la luz, el sol dorado,  
El ancho mar, abismo de portentos,  
El monte al cielo alzado,  
El hondo valle, los alados vientos  
En místicos concertos  
Tu escelso nombre humildes glorifican;  
Y en himnos mil su gratitud publican.  
¡Y el hombre embrutecido,  
O en su furor demente,  
Os acusa, y tu bondad no siente!...  
Abre, padre querido,  
Su labio á la alabanza; y todo cante  
En éstasis de júbilo en el suelo  
Tu amor, y lo levante  
Sobre la inmensa bóveda del cielo.  
Todo en rendido anhelo,  
Todo, Señor, del austro á los triones  
Resuene de este amor las bendiciones.

## ODA XX.

EL HOMBRE IMPERFECTO A SU  
PERFECTÍSIMO AUTOR.

SEÑOR, á cuyos dias son los siglos  
Instantes fujitivos, Ser eterno,  
Torna á mí tu clemencia,  
Pues huye vana sombra mi existencia.

Tú, que hinchas con tu espíritu inefable  
El universo y mas, Ser infinito,  
Mírame en faz pacible,  
Pues soy menos que un átomo invisible.

Tú, en cuya diestra escelsa valedora  
El cielo firme se sustenta, ó Fuerte;  
Pues sabes del ser mio  
La vil flaqueza, me defiende pio.

Tú, que la inmensa creacion alientas,  
O fuente de la vida indefectible,  
Oye mi voz rendida;  
Pues es muerte ante ti mi triste vida.

Tú, que ves cuanto ha sido, en tu  
[honda mente,  
Cuanto es, cuanto será, Saber inmenso,  
Tu eterna luz imploro,  
Pues en sombras de error perdido lloro.

Tú, que allá sobre el cielo el trono  
[santo  
En luz gloriosa asientas, ó Inmutable,  
Con tu eternal firmeza  
Sosten, Señor, mi instable lijereza.

Tú, que si el brazo apartas, al abismo  
Los astros ves caer, ó Omnipotente,  
Pues yo no puedo nada,  
De mi miseria duélete estremada.

Tú, á cuya mano por sustento vuela  
El pajarillo, ó bienhechor, ó Padre,  
Tus dones con largueza  
Derrama en mí, que todo soy pobreza.

Ser eterno, infinito, fuerte, vida,  
Sabio, inmutable, poderoso, padre,  
Desde tu inmensa altura  
No te olvides de mí, pues soy tu hechura.

## ODA XXI.

## EL FANATISMO.

TRONÓ indignado el cielo,  
Y sus polos altísimos temblaron  
Contra el ciego mortal, que en torpe rito  
Mancillara en el suelo  
La imájen soberana  
De su Autor infinito.  
Al Dios del universo abandonaron  
Sus hijos por la vana  
Deidad, que impíos de su mano hicieran,  
Y nuevos cultos crédulos le dieran.

Aquí acatar se via  
La piedra bruta, mientras allá abrasado  
Entre los brazos del helado viejo  
El infante jemía.  
En el remoto Nilo  
Con infame cortejo

Iba en danzas y cánticos llevado  
 El feroz cocodrilo ;  
 Y la casta matrona incienso daba  
 Al adulterio que su pecho odiaba.

Tronó el cielo en oscura  
 Noche y en tempestad hórrida y fiera,  
 Y á la tierra el sangriento fanatismo  
 Lanzó en su desventura.  
 Las cadenas crujieron  
 Del pavoroso abismo :  
 Tembló llorosa la verdad sincera :  
 Los justos se escondieron,  
 Triunfando en tanto en júbilo indecente  
 El fraude oscuro y la ambicion ardiente.

El monstruo cae, y llama  
 Al zelo y al error, sopla en su seno,  
 Y á ambos al punto en bárbaros furores  
 Su torpe aliento inflama.  
 La tierra ardiendo en ira,  
 Se ajita á sus clamores ;  
 Iluso el hombre y de su peste lleno,  
 Guerra y sangre respira ;  
 Y envuelta en una nube tenebrosa,  
 O no habla la razon, ó habla medrosa.

Y él va, y crece, y se estiende  
 Del suelo en la ancha faz, los altos cielos  
 Su frente toca, la soberbia planta  
 Al abismo descende.  
 Con su cetro pesado  
 Los imperios quebranta :  
 De pálidos espectros, de rezelos  
 Y llamas rodeado,  
 El orbe cual un dios ciego le implora,  
 Y sus leyes de sangre humilde adora.

Entónces fuera cuando  
 Aquí á un iluso estático se via  
 Vuelta la inmóvil faz al rubio oriente,  
 Su tardo dios llamando :  
 En sangre allí teñido  
 Al bonzo penitente :  
 Sumido á aquel en una gruta umbría :  
 Y el rostro enfurecido  
 Señalar otro al vulgo fascinado  
 Lo futuro, en la tripode sentado.

Do quier un nuevo rito,  
 Y un presajio fatal, que horrible llena  
 La tierra de mil pánicos terrores.  
 Confundido el delito  
 Con la virtud gloriosa :  
 Coronada de flores  
 La infeliz virjen que á morir condena

La cazadora diosa,  
 Y en medio un pueblo que su zelo admira,  
 La Indiana alegre en la inflamada pira.

Así el monstruo batiendo  
 Las rudas palmas en su trono umbroso,  
 Rije insolente al orbe consternado :  
 Cual con fragor tremendo  
 Su hondo seno estremece  
 El Vesubio inflamado,  
 El cielo envuelto en humo pavoroso  
 Su alba faz oscurece,  
 Y cubre un ancho mar de ardiente lava  
 El rico suelo do Pompeya estaba.

De puñales sangrientos  
 Armó de sus ministros y lucientes  
 Hachas la diestra fiel : ellos clamaron,  
 Y los pueblos atentos  
 A sus horribles voces  
 Corriendo van : temblaron  
 Los infelices reyes, impotentes  
 A sus furias atroces ;  
 Y ¡ay! en nombre de Dios jimió la tierra  
 En odio infando, en execrable guerra.

Cada cual le ve ciego  
 En su delirio atroz : oír le parece  
 Su omnipotente voz ; y armar su mano  
 Siente del crudo fuego  
 De su ira justiciera.  
 Del hermano el hermano,  
 Del hijo el padre víctima perece ;  
 Y en la encendida hoguera  
 Lanza el esposo á la inocente esposa :  
 Ni un ¡ay! su alma feroz despedir osa.

¿Qué es esto, Autor eterno  
 Del triste mundo ? ¿ tu sublime nombre  
 Que en él se ultraje á moderar no alcanzas ?  
 ¿ Desdeñas el gobierno  
 Ya de sus criaturas ?  
 ¿ Y á infelices venganzas,  
 Y á sangre y muerte has destinado el  
 [hombre ?

¿ O en tantas desventuras,  
 Sin que haya un coto á su dominio odioso,  
 Satan por siempre triunfará orgulloso ?

Vuelve, y á tu divina  
 Nuda verdad en su pureza ostenta  
 Al pavorido suelo : el azorado  
 Mortal su luz benigna  
 Goze, y ledó respire :  
 No tiemble desmayado,  
 No tiemble, no, tu cólera sangrienta,

Quando tu cielo mire.  
 Dios del bien, vuelve; y al averno oscuro  
 Derroca omnipotente el monstruo impuro.  
 ¡Ay! que toma la insana  
 Ambicion su disfraz; y ardiente irrita  
 Su rabia asoladora y sus furores.  
 La cuadrilla inhumana,  
 ¡Cuál vaga! ¡qué encendido  
 El rostro, y qué clamores!  
 ¡Cómo á abrasar, á devastar se incita!  
 Y en tremendo ruido  
 Corre, vibrando la sonante llama,  
 Y al Dios de paz en sus horrores llama.  
 Vedla, vedla rejida  
 Del fiero Mahomet, cual un torrente  
 Que ondisonante la anchurosa tierra  
 Devasta sumerjida,  
 De la Arabia abrasada  
 Con la llorosa guerra  
 Precipitarse en el tranquilo oriente,  
 En la diesta la espada,  
 Y el Alcoran en la siniestra alzando,  
 Muere ó cree, frenética clamando.

De allí de luto llena  
 El Africa infeliz, y tu luz clara  
 En su ira ardiente, ¡oh España! ¡oh patria  
 [mia!

A esclavitud condena.  
 El trono de oro hecho  
 Y rica pedrería,  
 Que opulenta Toledo un tiempo alzara,  
 En polvo cae deshecho.  
 Alcázares, ciudades, templos, todo  
 Se hunde, ¡oh dolor! con el poder del  
 Godo.

El de Ismael domina  
 Del Indo al mar Cantábrico; y la mora  
 Llama en el ancho suelo arde lijera.  
 En medio la ruina  
 Del orbe amedrentado,  
 La ominosa bandera  
 Se encumbra de la Luna triunfadora;  
 Y ¡ay! en tigre mudado,  
 Ciego el Califa en su sangriento zelo,  
 Despuebla el mundo por vengar el cielo.

Súbito en niebla oscura  
 Sumir se vió la tierra desolada;  
 Y el jeno y las virtudes se apagaron:  
 Su divina hermosura  
 Las ciencias congijosas  
 Entre sombras lloraron

A manos del error vilmente ajada;  
 Y de mil pavorosas  
 Supersticiones la conciencia llena,  
 Se dobló el hombre su infeliz cadena.

## ODA XXII.

EL PASO DEL MAR ROJO,

TRADUCCION DE LA VULGATA.

CANTEMOS al Señor, que engrandecido  
 Gloriosamente ha sido,  
 Y al mar lanzó caballo y caballero.

Mi fuerza y mi alabanza el Señor fuera,  
 Y mi salud se hiciera;  
 Mi Dios es, gloriarélo:  
 Dios de mis padres fué, y ensalzarélo.

Apareció el Señor como un guerrero.  
 El POTENTE es nombrado:  
 De Faraon los carros y escuadrones  
 Ha en el mar derrocado;  
 Y en sus rápidas ondas sepultado  
 Sus mas fuertes varones.

Abismos los cubrieron;  
 Y al profundo cual piedra descendieron.  
 Con valerosa muestra  
 Magnificada ha sido,  
 Señor, tu fuerte diestra;  
 Señor, tu diestra al enemigo ha herido.

Con tu gloria infinita despeñaste  
 Tus contrarios: tus iras enviaste,  
 Que como paja así los devoraran.

De tu furor al soplo se juntaran  
 Las aguas: las corrientes se frenaron,  
 Y del mar los abismos se estancaron.

El enemigo dijo: seguirélos;  
 Partiré sus despojos, cojerélos;  
 Desnudaré mi espada,  
 Heriránlos mis manos, y saciada  
 Se verá el alma mia.

Tú espíritu sopló, y el mar cubriólos;  
 Y la corriente rápida sorbiólos,  
 Como á plomo pesado.

¿Cuál, Señor, de los fuertes comparado  
 Puede á ti ser? ¿ó tienes semejante  
 En santidad brillante,  
 Tan laudable y tremendo,  
 Maravillas haciendo?

La tu mano estendiste;  
 La tierra hálos tragado.

Caudillo al pueblo fuiste  
 Por tu misericordia rescatado;  
 Y con tu poderío  
 A tu morada santa lo has llevado.

Los pueblos lo supieron,  
 Y en ira se encendieron.  
 Al Filisteo impío  
 Dolores penetraron.

Los príncipes de Edon se conturbaron:  
 Los fuertes de Moab se estremecieron;  
 Y los que habitan en Canaan se helaron.  
 Sobre ellos el espanto  
 Caiga y pavor de muerte;  
 En la grandeza de tu brazo fuerte  
 Queden cual piedra inmóviles, en cuanto  
 Tu pueblo haya salido,  
 Pueblo que tú, Señor, has poseído.

De tu herencia en el monte has de po-  
 [nerlo,  
 Señor, y establecerlo.  
 Firmísima morada que has obrado,  
 Santuario que han tus manos afirmado.

Del Señor será eterno  
 Y mucho mas el reino.

Pues cuando con sus carros se metiera  
 Y su caballería  
 En el mar Faraon, él revoliera  
 Sobre ellos la corriente;  
 Mientras á pié enjuto y sosegadamente  
 Su camino Israel por medio hacia.

## ODA XXIII.

A LA LUNA.

DETEN el presto vuelo  
 De tu brillanté carro luminoso,  
 O luna celestial; deja á un lloroso  
 Mortal que lastimado  
 Te contempla en el suelo,  
 En tu rostro nevado  
 Gozarse; y tu alba lumbre  
 Posada ver del cielo en la alta cumbre.

Déjame, ó luna bella,  
 Que con ojos estáticos te mire,  
 Y al verte torne, y en mi mal respire.  
 Y mientras en pos la mente  
 Va de tu escelsa huella,  
 Cante yo balbuciente  
 Tu majestad gloriosa,  
 Plácida reina de la noche umbrosa.

Ella su pavonado  
 Fúnebre manto por la inmensa esfera  
 Volando en torno desplegó lijera,  
 Con rica bordadura  
 De luceros ornado;  
 Y en majestad oscura  
 Lanzando al rubio día,  
 Con negro cetro al mundo presidía.  
 Todo al cáos pavoroso  
 Semejaba tornar, todo callaba.  
 Su movimiento rápido paraba  
 La gran naturaleza:  
 Con un velo nubloso  
 La divina belleza  
 Del orbe confundida;  
 Y entre el horror su inmensidad perdida.

Cuando tú levantando  
 La frente clara por las altas cimas,  
 En tu trono de nácar te sublimas  
 Con marcha reposada;  
 Y el velo desgarrando  
 De la esfera estrellada,  
 Las tinieblas abuyentas,  
 Y el bajo suelo á par plácida alientas.  
 ¡Oh! ¡ con cuánta alegría  
 Se baña el cielo en tu esplendor sereno!  
 ¡Oh! ¡ cuál renace el universo, lleno  
 De tu arjentada llama,  
 Del duelo en que yacia!  
 ¡Cuán presta se derrama  
 Por el ancho horizonte;  
 Inunda el valle, y esclarece el monte!

En el vecino rio  
 Que sesga ondisonante en la pradera,  
 Saltando entre sus ondas va lijera.  
 En centellantes fuegos  
 Entre el bosque sombrío  
 Brilla y graciosos fuegos;  
 Y la vista engañando,  
 Se pierde al fin mil llamas reflejando.

Tú sigues coronada  
 De puros rayos la nevada frente;  
 Y con la undosa túnica esplendente  
 El ancho cielo llenas;  
 En torno acompañada  
 De las horas serenas  
 Y tanta estrella hermosa,  
 Que humilde acata tu deidad gloriosa.

Mas con escelsa lumbre,  
 Que el sol tu hermano de su trono de oro  
 Te presta grato, del fuljente coro

Las llamas oscureces;  
 Y sola en la alta cumbre  
 De los cielos pareces,  
 Do tu beldad divina  
 Sobre la inmensa creación domina.  
 Así en vuelo incesante  
 Te arrastra en pos de sí la tierra oscura.  
 Ya lleno el ancho disco de luz pura  
 Al sol rojo sucedes;  
 Ya cual línea radiante  
 Empiezas; ya precedes  
 Al alba, circundada  
 De soles que ornan tu beldad menguada.  
 Y siempre saludable  
 Al bajo mundo, en movimiento blando  
 Tus rayos van la atmósfera ajitando:  
 Hasta el profundo seno  
 Del mar vasto, insondable  
 Su ardor baja; y él lleno  
 Se derrama en la arena,  
 Y luego vuelve y su correr enfrena.  
 Cuanto las aguas claras,  
 Cuanto la tierra próspera sustenta,  
 Y el aura leve de vivientes cuenta,  
 Todo, luna, te adora:  
 Tú las selvas amparas,  
 Tú engalanas á Flora,  
 Y tú en grato rocío  
 Su blonda mies sazonas al estío.  
 ¡ Oh! ¿sin ti qué sería  
 Del suelo en negras sombras sepultado  
 Las largas noches del invierno helado?  
 ¿Y qué, cuando el Can arde;  
 A un inflamado día  
 Muy mas sigue la tarde;  
 El mundo desfallece,  
 Y la congoja abrasadora crece?  
 Mas llena de ternura  
 Tu deidad sale, y la tiniebla espesa,  
 ¡ Oh enero triste! de tus noches cesa.  
 Vese el hielo punzante  
 Entre la lumbre pura  
 Revolar centellante;  
 Y en calma venturosa  
 El orbe yerto de su horror reposa.  
 O si en voluptuosos  
 Rayos de Sirio el triste desaliento  
 Calmar te place, bullicioso el viento  
 Te sigue; y de la tierra  
 Con soplos vagarosos  
 La congoja destierra,

Do el mortal alentado  
 Respira y goza, en tu fulgor bañado.  
 Entónces todo vive:  
 Tu luz, luna, tu luz clara y suave  
 Tornar en día las tinieblas sabe.  
 Entre la sombra oscura  
 El soto la recibe:  
 Goza de la verdura  
 La vista; y fujitiva  
 Se pierde en una inmensa perspectiva.  
 ¡ Oh del cielo señora!  
 ¡ Del Dios del día venturosa hermana!  
 ¡ De los brillantes astros soberana!  
 A ti en triste gemido  
 En alta mar implora  
 El náufrago perdido;  
 Y á ti gozoso mira  
 El caminante, y por tu luz suspira.  
 El congojado pecho  
 Te adora humilde: su aficción te cuenta;  
 Y en muda soledad contigo alienta,  
 Cuando con voz doliente  
 En lágrimas deshecho  
 Se lastima; y clemente,  
 Para templar su duelo,  
 Tus ruedas paras en el alto cielo.  
 En lecho de dolores  
 Por ti el enfermo desvelado clama;  
 Y el ferviente amador tambien te llama,  
 Ya en la inmensa ventura  
 De sus ciegos favores,  
 Ya en su triste amargura,  
 Si jime abandonado,  
 O arde su pecho en infeliz cuidado.  
 Y á todos oficiosa  
 Acorrer sabes y amainar sus penas;  
 Y de esperanzas y dulzuras llenas  
 Los míseros mortales.  
 ¡ Consoladora diosa!  
 ¡ Luna! calma mis males,  
 Y vuelve al alma mía  
 La paz, la blanda paz que antes tenia.  
 Horrisona tormenta  
 Brama: la envidia de su atroz veneno  
 Hiciera blanco mi inocente seno:  
 La calumnia me infama:  
 El poder me amedrenta:  
 Sopla el odio la llama;  
 Y en mi duelo profundo  
 Tú sola me oyes en el ancho mundo.  
 Sola tú; ¡ mas qué miro!

Una nube fatal sali6te al paso,  
Te envuelve en sus tinieblas, y al ocaso  
Arrastra tu luz pura.

Cesa el brillante jiro,  
Cesa; y no tu hermosura  
Así infamarse quiera:  
Y tú, nube cruel, huye lijera.

Le hundiste ya, y perdida  
Entre su horror el orbe se oscurece,  
Y el luto infausto y la tiniebla crece:

¡Ah heldad desgraciada!  
Tambien fugaz mi vida  
Brilló, y fué sombra y nada;  
Tú empero á rayar tornas,  
Y de luz nueva el universo adorna.

## ODA XXIV.

A MI MUSA.

CONSUELOS DE UN INOCENTE, ENCERRADO  
EN UNA ESTRECHA PRISION.

HASTA en los grillos venturoso sienta  
Tu grata inspiracion: el pecho mio,  
Mi triste pensamiento  
Te reconocen ya; y entre el medroso  
Son de los hierros y el clamor lloroso  
De miserable tanto, al hado impio  
Que mi inocencia oprime,  
Contrasta el alma, y mi prision redime.

Tú, musa, favorable darme sabes  
Consuelos y vigor: con tu armonía  
Los tormentos mas graves,  
Cual brilla el sol tras hórrido nublado  
Ledo amainando el piélagos ajitado,  
Se truecan en pacífica alegría;  
Y de mi encierro oscuro  
Discurro libre por el aire puro.

Libre discurro, y libre me imagino,  
Libre, libre soy, pues cuando atada  
A arbitrio del destino  
De mi ser jime la porcion grosera,  
Con rauda vuelo por la inmensa esfera  
Huyéndose fugaz la mente alada,  
Hasta el empíreo cielo  
Osa encumbrarse en un dichoso anhelo:

Do del bien sumo en la perenne fuente  
Sacio la hidalga sed, y en un tesoro  
De consuelos se siente  
La razon abismar. Allí gloriosa  
La verdad rie en su nudez hermosa:

La oficiosa piedad enjuga el lloro  
Del mísero oprimido;  
Y humanidad abraza al desvalido.

Uno mismo el lugar, igual la suerte  
Del siervo vil y el sátrapa orgulloso,  
Y en la llorosa muerte  
El olvido final: en el de hermanos  
Vuelos del mundo ya los nombres vanos;  
Y mas claro, ó virtud, que el poderoso,  
El que osó en la bajeza

Siempre adorar tu virjinal pureza.  
O bien de eterna paz en claro asiento  
Serie de héroes mirando peregrina,  
No aquellos que sangriento  
Marte corona, y cuyo imperio aciago  
Fuéazote á la equidad, del mundo estrago,  
Jenios de maldicion; su luz divina  
Hiere el alma y la inflama,  
Su nombre adora, y semideos los llama.

Allí en sacro laurel la cien cenida,  
Brillan los que á su patria en amor santo  
Prodigaron la vida;  
Los que las artes útiles hallaron;  
Al hombre rudo en sociedad juntaron,  
O de Apolo al laud con dulce canto  
Relijioso le hicieron,  
Y alivio grato á sus fatigas dieron.

Radiantes ora, y númenes divinos,  
De las plagas de luz que faustos moran,  
Mirando los destinos  
Del ser humano, y con clementes ojos  
Condoliendo sus lástimas y enojos;  
Mientras mil tristes su favor imploran,  
Por norte los elijen,  
Y á su norma feliz sus pasos rijen.

Y allí tambien resplandeciente y pura  
Aizan su frente á par los que en la tierra  
El cáliz de amargura  
Bebieron en la afrenta y las prisiones;  
Ora en paz del encono y los baldones  
Con que el mundo les hizo cruda guerra,  
Cuando viviendo un dia  
Con su ciencia y virtud se engrandecia.

¡Sublimes jenios, almas venturosas,  
Salud, gloria inmortal del nombre hu-  
[mano,  
Que en ansias jenerosas  
Dél comun bien vuestra delicia hicistes,  
Y astros de luz para la tierra fuistes!  
¡Quién en sí vuestro esfuerzo soberano  
No siente, cuando os mira!

¡ Y quién por emularos no suspira  
 Con frente y pecho igual, si el vulgo  
 [uecio  
 Su honor mancilla ó su virtud abate!  
 Jeneroso desprecio  
 Que al justo estima su altivez liviana.  
 ¡ Qué no sufristeis vos de su ira insana,  
 Héroes sin par, en criminal combate  
 Acosados, proscritos;  
 Y viendo, ¡ oh horror! en triunfo los de-  
 litos!  
 ¿ Serán algo mis penas con los rudos  
 Trabajos vuestros? con agudo diente  
 Y alaridos sañudos  
 La atroz calumnia os atacó viviendo:  
 Entre los grillos y su ronco estruendo  
 Pobreza amarga os aflijó inclemente;  
 Y delito á la lengua,  
 Y fué á la patria vuestro nombre mengua.  
 Aun de los brazos la amistad benignos  
 Os arrojó cruel: visteis volveros  
 Cien amigos indignos  
 La espalda con desden, sorda la oreja  
 Y helado el pecho á vuestra amarga queja:  
 Con bárbara impiedad desconoceros;  
 Y aun al vulgo adunarse,  
 Y en la vil delacion torpes gloriarse.  
 Firmes empero cual la añosa encina  
 Inmóvil al soplo de aquilon violento,  
 O roca al mar vecina,  
 Que olas ve inmensas á sus piés romperse,  
 Y en tumbos de alba espuma deshacerse;  
 Os contempló el gran Ser de su alto asiento  
 Impávido el semblante,  
 Y el pecho á la desgracia de diamante.  
 Y de su seno celestial lanzando  
 Un rayo de dulcísimo consuelo,  
 Contra el inicuo bando  
 Sostuvo vuestro esfuerzo jeneroso,  
 Dejándoos ver el galardón dichoso  
 Que allá os guardaba en el escelso cielo;  
 Do la virtud segura  
 Ríe á los silbos de la envidia impura.  
 Ligur insigue, que al antiguo mundo,  
 Inmensos mares sojuzgando osado  
 Con tu jenio profundo,  
 Otro mundo añadiste y otros hombres  
 De estrañas leyes, peregrinos nombres;  
 Tú volviste cual siervo encadenado,  
 Émulos te oprimieron,

Y al sepulcro los grillos te siguieron (1).  
 Tú de alta trompa y tajadora espada  
 Los arrastraste, ó Cámoes (2). Tú, festivo  
 Quevedo, en olvidada  
 Y hórrida cárcel como yo penaste;  
 Do tú, ¡ oh baldon! tus llagas te curaste (3).  
 Y tu aliviando el padecer esquivo,  
 Leon, la lira de oro  
 Bañabas en tú encierro en largo lloro (4).  
 A él debieron tu fábula sublime  
 Las Musas, gran Cervántes; ¿ el destino  
 Que inocente te oprime,  
 Pudo inspirarte tan alegres sales?  
 Bienhechor de los hombres, de tus males  
 Corrió de gracias el raudal divino,  
 Que á todos entretiene:  
 En el mundo tu ejemplo igual no tiene. (5)  
 Y otros y otros sin fin, que hoy en hon-  
 [rosa

(1) El inmortal Cristóbal Colón fué enviado á España por el inicuo Bobadilla, cargado de prisiones, desde el Nuevo-Mundo que acababa de descubrir. Los reyes católicos Fernando é Isabel, justos apreciadores de sus grandes servicios, cuidaron mucho de reparar este atentado, colmándole de honores. Pero el almirante, indignado altamente del ultraje, conservó siempre sus honrosos grillos: se mandó enterrar con ellos, y quiso que le acompañasen hasta el sepulcro.

(2) Luis de Camoens, autor de las *Lusíadas*, epopeya, con que se honra la nación portuguesa, estuvo muy mal preso en la India, donde le llevara su valor, por celos y envidias de sus compatriotas. Dicen que en un naufragio salvó su poema en una mano, nadando con la otra: murió despues indigente en un hospital de Lisboa, y hoy es la gloria del Parnaso y las Musas lusitanas.

(3) En la del convento de S. Marcos de Leon. como caballero del orden militar de Santiago. Allí sufrió Quevedo, víctima de la envidia y la calumnia, una prisión de muchos años, llegando en ella á tal extremo de miseria, que pedía de limosna una camisa; y tuvo que curarse por sí mismo y cauterizarse unas llagas, nacidas de la escesiva humedad del encierro en que estaba sepultado.

(4) El célebre poeta Fr. Luis de Leon, encerrado por mas de cinco años en la cárcel de la inquisición de Valladolid, donde padeció (como él se explica) indecibles trabajos: compuso en ella muchas de sus obras y poesias, y salió al cabo declarado por inocente, y vuelto á sus honores.

(5) Todos saben que nuestro insigne D. Quijote se concibió y compuso en una cárcel de la Man-



Celebridad volais de jente en jente.  
 ¡Raza de héroes gloriosa!  
 La verdad nos mostró con su luz clara  
 De vuestras vidas la inocencia rara:  
 La tierra os da tributo reverente,  
 Mansion el alto cielo,  
 Y aquí sois mi esperanza y mi consuelo.  
 Musa, no ceses; y en mi mente fija  
 Tu doctrina inmortal: de la memoria  
 Tú que eres feliz hija,  
 Grata me cuenta las ilustres penas,  
 De cuantos el oprobio y las cadenas  
 Justa en sus fastos consagró la historia:  
 Suba yo con su ejemplo  
 Por la paciencia de virtud al templo.

## ODA XXV.

EN LA DESGRACIADA MUERTE DEL CORONEL DON JOSE CADALSO, MI MAESTRO Y TIERNO AMIGO, QUE ACABÓ DE UN GOLPE DE GRANADA EN EL SITIO DE GIBRALTAR.

SILENCIO augusto, bosques pavorosos,  
 Profundos valles, soledad sombría,  
 Altas desnudas rocas,  
 Que solo precipicios horriblos  
 Mostrais á mi azorada fantasía;  
 Tú que mis ojos á llorar provocas,  
 Y al hondo abismo tocas  
 Rodando, ó fuente, de la escelsa cumbre:  
 Marchitos troncos, que la edad primera  
 Visteis del tiempo, y á la dulce lumbre,  
 Con frente altiva y fiera,  
 De la alba luna, que esclarece el mundo  
 Cerrais la entrada en mi dolor profundo;  
 ¿Vuestra mas triste y fúnebre morada  
 Dó está, y el laberinto mas umbrío,  
 Do mi melancolía  
 Del silencio y el duelo acompañada  
 Se pierda libre? El sentimiento mio  
 Huye la luz del enojoso día,

cha, donde estuvo preso su pobre y desgraciado autor, que perseguido siempre de la adversa fortuna, y mal juzgado de sus contemporáneos, murió en Madrid tan indigente y oscuro, como hoy es celebrado. Es cosa inconcebible que la obra mas entretenida y alegre, toda sales y gracias, se pudiese escribir entre las penalidades y el horror de una cárcel, y por un ingenio tan lastimado.

Y el canto y la alegría,  
 Cual ave de la noche el sol dorado.  
 Solo este valle lóbrego y medroso  
 De riscos y altos árboles cercado,  
 Que en eco lastimoso  
 El nombre infausto de mi amigo suena,  
 Mi pecho adula y su dolor serena.

Aquí algun tiempo en pláticas sabrosas  
 De Sirio el fuego asolador burlamos:  
 Aquí á su lira de oro  
 Y en sus alas alzándole fogosas  
 La inspiracion, sus hijos le escuchamos,  
 De los luceros el brillante coro  
 Con su cantar sonoro  
 Cual un Dios suspender; y aquí elevaba  
 Mi tierno númen á la inmensa alteza,  
 De su inefable autor, ó me enseñaba  
 A domar la aspereza  
 De la virtud con esforzado aliento...

¡Cuánto, ¡ay me! cuánto estas memorias  
 [siento!

Ya todo feneció: la mano dura  
 De la muerte cruel, aquella mano  
 Que de sangre sedienta  
 Postra al poder, la fuerza, la hermosura,  
 Cuál débil heno el áspero solano,  
 Solo en duelos y lágrimas contenta,  
 Le arrebató violenta  
 A su negra mansion; y allí cerrado  
 Con llave de diamante, la espantosa  
 Eternidad le guarda aprisionado  
 En noche tenebrosa:  
 Para él los seres todos fenecieron,  
 Y fugaz sombra ante sus ojos fueron.

¡Terrible eternidad! ¡vasto océano  
 Donde todo se pierde! ¿qué es la vida  
 Contigo comparada?  
 ¿Dó no alcanzó tu asoladora mano?  
 Naturaleza ante tus piés rendida  
 Al abismo insondable de la nada  
 Desciende despeñada  
 Por tu inmenso poder, del sol divino  
 Apagada la luz, y ese silencio  
 De astros, al cielo adorno peregrino,  
 Ciegos en un momento.

¡Y aun llega al hombre, al polvo de-  
 [leznable  
 Tu ansia de aniquilar, jamás saciable!  
 ¡Pudo el amable, el plácido Dalmiro  
 Tus iras encender! el virtuoso,  
 El bueno ¿en qué ofendia,

Para ser blanco al ominoso tiro?  
 ¡Oh mi Dalmiro! ¡oh nombre doloroso,  
 Cuanto un tiempo de gloria al alma mia!  
 ¡Deten la accion impía,  
 Oh muerte, oh cruda muerte...! el golpe  
 [parte,  
 Retiembla el suelo al horrído estampido;  
 Y nada en tu furor basta á apiadarte.  
 ¡Ay! yo le véo tendido,  
 Fiero, espantable en la abrasada arena;  
 Y un grito de dolor el campo atruena.  
 ¡Imájen cara! ¡idolatrado amigo!  
 ¡Dalmiro, mi Dalmiro! ¡sombra fría!  
 Aguarda, espera, tente;  
 Tu cuerpo abrazaré, le daré abrigo,  
 Te prestaré mi aliento, el alma mia  
 Dividida en los dos, tu seno aliente.....  
 ¡Imajinar demente!  
 ¡Vana ilusion...! mis ruegos, mis clamores  
 Ni al cielo ablandan, ni Dalmiro escucha,  
 Que en el trance final con los rigores  
 De la atroz muerte lucha;  
 Y á mí tomando el rostro desmayado,  
 Ansia á llamarme, y siente el labio helado.  
 No, jamás esta imájen desastrada  
 Mi mente olvidaré, ni el lastimoso  
 Espectáculo horrendo  
 De herirme acabará. La quebrantada  
 Frente y trémulos ojos, el hondoso  
 Rio de hervidora sangre el lago hinchendo  
 Viendo estoy, el estruendo  
 Oigo del bronce atroz: y ¡ay! del herido  
 Tronco la gran ruina y convulsiones  
 Con que en tierra se vuelve sin sentido,  
 Los ayes, las razones  
 No pronunciadas, y el tender la mano  
 Favor á todos demandando en vano.  
 ¡Miserio! ¿contra el golpe irresistible  
 Del infernal obus tus peregrinas  
 Virtudes qué valieron?  
 El alto pecho, el ánimo invencible,  
 El profundo consejo, y las divinas  
 Luces que aplausos tantos le trajeron,  
 Las sales que corrieron  
 De su labio feliz, la voz sagrada,  
 Organo de las Musas, con su muerte  
 Hoy llorosas y mudas, nada, nada,  
 ¡Desapiadada suerte!  
 A salvarle alcanzó; de tanta gloria  
 Durando solo la infeliz memoria:

Durando solo para infando duelo,  
 Y objeto triste de dolor y espanto.  
 Estranjero en la tierra  
 Yo al gozo y á la paz, culpando al cielo,  
 Siempre en suspiros y bañado en llanto  
 Ya si la lumbre matinal destierra  
 Y el negro ocaso encierra  
 A la azarosa noche, ya si el dia  
 Torna á apagar su rayo postrimero,  
 Y se hunde el mundo en la tiniebla fria,  
 Imájen del primero  
 Desierto caos, do vagó perdido  
 En hondo sueño y sempiterno olvido.  
 Y nunca, nunca mi doliente queja  
 Término alcanzará: ni el malogrado,  
 Porque le llame tierno,  
 Grato cual antes prestará su oreja,  
 Mis lágrimas verá, ni mi cuidado.  
 Tinieblas, soledad, silencio eterno,  
 Y un insondable averno  
 Nos separaron ya: muy mas distantes,  
 Sin cuento, mas que el que felice mora  
 Las plagas de la aurora rutilantes,  
 Y el que aterido llora,  
 Del polo ansiando entre la inmensa nieve  
 Del sol un rayo, aunque apocado y breve.  
 ¡Oh fatal Calpe! ó rocas, que rizadas  
 Subís al cielo la sañosa frente,  
 Gratas tanto al abrigo  
 De la altiva Albion, cuanto infamadas  
 Por ominosas á la hispana jente.  
 Desde la edad del infeliz Rodrigo  
 Siempre halló el enemigo  
 En vosotras favor, gozando abierto  
 Sus fuertes naos y cargadas flotas,  
 ¡O vil traicion! vuestro seguro puerto.  
 Siempre sus haces rotas,  
 Mi patria en luto envuelta vió perdida  
 A vuestros piés su juventud florida.  
 ¡Y ora á los canos padres qué desvelos  
 Y honroso afan! ¡qué lágrimas no oprimen  
 Las madres castellanas!  
 ¡Cuál abismadas en amargos duelos  
 Por sus amados las doncellas jimen!  
 Llegando á las provincias mas lejanas  
 Les nuevas inhumanas  
 De cuantos siega en vos la muerte impía.  
 Guardad, guardad, guerreros: no fiados  
 Corrais en vuestra impávida osadía  
 A escalar malhadados

Tantoy tanto cañon, quehórrido atruena;  
O á España dejaréis de lutos llena..... (\*)

## ODA XXVI.

AFECTOS Y DESEOS DE UN ESPAÑOL AL VOL-  
VER A SU PATRIA.

BENIGNO en fin el cielo  
Mis suspiros oyó: raya fulgente  
El día que mi anhelo  
Ansió tan impaciente:  
Que en ruegos tantos le imploré ferviente.  
Los huracanes fieros  
Y las hórridas nubes que amagaron  
Inmensos aguaceros,  
Al rayo se abuyentaron  
De un claro sol, y el éter despejaron.  
La discordia ominosa  
Que en su cólera odiosa  
Sus teas apagó, y ahogóse el fuego  
Soplaba el error ciego;  
Y el esplendor, el júbilo, el sosiego  
Te robó, patria mia:  
O dulce patria, cuyo nombre santo  
Confunde hoy mi alegría  
Con el plácido llanto,  
En que me anego, si tus dichas canto.  
Ya en perenne bonanza  
Tus días correrán: podrás segura  
Reir á la esperanza;  
Y á tu augusta hermosura,  
Y á tu gloria volver y tu ventura.  
Abriste, madre tierna,  
Tu seno al fin á tus dolientes hijos,  
Que en orfandad eterna  
Tras males tan prolijos  
Penaban, siempre en ti sus ojos fijos.  
Lo abriste; y obedientes,  
Finos, leales á lanzarse vuelan  
En tus brazos clementes;  
Tu fausto amor anhelau,  
Y en alcanzarlo ahincados se desvelan.

(\*) Una enfermedad del autor le estorbó continuar, sin que despues fuese posible ni volver á tomar la serie de imágenes y pensamientos en que hervia su imaginacion, ni ponerse en el grado de sentimiento y de calor en que se hallaba al empezar su oda, que ahora se publica tal como quedó entónces, en memoria y justo tributo de la amistad y la ternura que le unieron con su desgraciado amigo.

Todos en uno unidos,  
Todos en santa paz, todos hermanos,  
Lejos ya los partidos,  
Lejos los hombres vanos,  
Que enconos atizaron tan insanos.  
Así españoles todos,  
(Lo fuimos siempre en el amor, lo fuimos,  
Bien que en diversos modos;  
Allí do á España vimos,  
Allí á salvarla crédulos corrimos.)  
Sobre tus aras santas  
Serlo sin fin juremos; y postrados  
De nuevo ante tus plantas,  
Mas y mas inflamados  
Vínculos estrechemos tan sagrados.  
Tal, ó patria, lo juro  
Con inviolable fe, si el noble zelo  
De un Español oscuro  
A él puede de consuelo,  
Y acepto ser en su verdad al cielo.  
Españoles, juradlo,  
Juradlo todos á la par; contino,  
Contino renovadlo;  
Uno el ser y el destino,  
Y el nombre nuestro, y su blason divino  
Deja, ó patria querida,  
Este grito á mi amor; da á mi ternura  
Que anhele embebecida,  
Que en gloria y en ventura  
Por siempre brilles con la luz mas pura.  
Lejos de ti la llama  
De mi fe se avivó, cual se renueva  
Mas y mas en quien ama,  
Y el hado ausente lleva,  
La hoguera dulce en que sus ansias prueba.  
¡ Oh cuánta vez iluso  
Con presto vuelo de este amor llevada,  
En la cumbre me puso  
Del Pirene elevada  
Mi fogosa aficion en ti embriagada!  
Gozosa allí en mirarte  
Y en llamarme hijo tuyo, me finjia  
Tiernamente abrazarte;  
Y en mi dulce agonía  
Tu nombre apenas pronunciar podía.  
Pero ¡ay! ¡qué de dolores  
Me has causado á la par! ¡cuánto he je-  
[mido:  
Viendo entre mil horrores  
Tu suelo destruido,  
Tu yermo suelo en soledad sumido,

Del extranjero odioso  
Hollada tu beldad, la vil pobreza  
Con su vuelo ominoso  
Nublando tu belleza,  
Tú derrocada en tu heredada alteza!

Tus voces escuchaba;  
Tu hondo gemir y dolorido llanto  
Mi seno desgarraba;  
Y aun ahora con espanto  
Oigo el eco sonar de tu quebranto.

Aun ahora el rayo agosto  
De tu luz tibio, y pálida te veo,  
Y tu inmenso disgusto  
Sobre tu frente leo,  
Tu manto ajado y tu divino arreo.

Y, ó madre, el pecho mío,  
(Bien, bien mi amor llamártelo merece)  
Con tu dolor impío  
Misero desfallece;  
Y el llanto mis mejillas humedece.

Espanoles, hermanos,  
Sus, á acorrerla rápidos volemos:  
Sus trances inhumanos  
Solicitos calmemos,  
Y en sustentarla en su penar volemos;

En uno en sus amores  
Con el jóven real, qué al cetro de oro  
Tornó de sus mayores,  
Riquísimo tesoro,  
Si antes asunto de perenne lloro.

Vuelva la agricultura  
Sus campos á animar: torne el ganado  
A holgarse en la verdura  
Del ya seguro prado;  
Y su hogar sea al labrador sagrado.

La industria destruida  
De esta guerra letal al sople ardiente,  
Descollando florida  
El comercio alimento;  
Y alze el saber su desmayada frente.

Nuevos cultos reciba  
La olvidada justicia: de las canas  
La majestad reviva;  
Reinando soberanas  
Por su pudor las fемbras castellanas.

Reparados los templos,  
Ferviente al cielo la piedad se eleve:  
Mil sublimes ejemplos  
La moral nos renueve;  
Y el patriotismo á la virtud nos lleve.

No haya, ó Espanoles, nada,

Nada que olvide nuestro ardiente zelo,  
Que á todos va fiada  
La empresa por el cielo;  
Y España jime en ominoso duelo.  
Será nuestra memoria  
Con alto nombre entre las jentes clara,  
Y oficiosa la gloria  
Ya de belleza rara  
Su inmortal lauro á nuestra sien prepara.

Las huellas pues sigamos  
De nuestros padres, do sin fin verémos,  
Porqué dignos vivamos  
Del nombre que tenemos,  
Los nobles hechos que emular debemos.—

Tras su largo camino,  
El patrio suelo hollando, así decia  
Mísero un peregrino;  
Y el júbilo en que hervia,  
Para seguir su lengua enmudecia.

## ODA XXVII.

A MI PATRIA, EN SUS DISCORDIAS CIVILES.

¿ CUANDO el cielo piadoso  
Te dará fausta paz, ó patria mia,  
Y roto el cetro odioso  
De la discordia impía  
Reirá en tu agosto seno la alegría?

Tus hijos despiadados,  
Alzáronse en tu mal por destrozarte:  
¿ Cuándo en uno acordados  
Correrán á abrazarte,  
Y en tu acerbo dolor á confortarte?

¡ Misera! ¿ dó los ojos  
Vuelvas, sin ver allí tu inmenso duelo?  
Estériles abrojos  
Cubren el yermo suelo,  
Que antes de espigas de oro pobló el cielo.

La llama asoladora,  
Igualando el palacio y la cabaña,  
Tus entrañas devora;  
Y en su implacable saña  
En lloro y sangre tus provinciasaña.

¿ Y tú el delirio alientas  
Contrá ti de tus jentes, y en su seno  
Los odios alimentas,  
Y del mortal veneno  
Tú propia el cáliz les presentas lleno?  
¿ Dó vas, ó qué pretendes?  
¿ Qué furor te arrebató? ¡ cuánta hoguera

¡Ay! en tu estrago enciendes!  
 ¡Ay! ¡cuál la atroz Meguera  
 Te aguija impía en tu infeliz carrera!  
 ¡Y con jesto espantable  
 De su crin las culebras desprendiendo,  
 Con su diestra implacable  
 Sobre ti, en son horrendo  
 Está sus alas fúnebres batiendo!  
 Sus alas, que concitan  
 A mil y miles en delirio insano,  
 Y pavorosos gritan:  
 Hiera el hierro inhumano,  
 El hacha tale de la cumbre al llano;  
 No haya paz ni acomodo,  
 El fatal bronce sin descanso truene;  
 Y asolándolo todo,  
 Con sus destrozos llene  
 El hondo abismo, que bramando suena...  
 Caiga, patria querida,  
 Caiga tanto furor: cobre el arado  
 El hierro que homicida  
 La cólera ha afilado,  
 Y va en tu noble sangre mancillado.  
 Hermanos nos herimos,  
 Y viuda impíos nuestra madre hacemos;  
 Bajo un cielo vivimos,  
 Y unas aguas bebemos,  
 Y á emponzoñarlas bárbaros corremos.  
 Anjeles, que de España  
 Fieles guardáis la inmarcesible gloria,  
 Ahogad tan fiera saña,  
 Robad á la memoria  
 De horrores tantos la llorosa historia.  
 No dure ni en la pluma  
 Ni en el labio tan bárbara ruina,  
 Jamás finible suma  
 De estragos, do mezquina  
 La patria á hundirse rápida camina.  
 ¡Ay! ¡qué plaga, ni jente  
 De lucha tal ignora los furores,  
 Y el delirio inclemente,  
 Y los ciegos rencores  
 Con que ilusos doblamos sus errores!  
 Bastante á nuestros nietos  
 De lágrimas y amargos funerales,  
 Espantables objetos,  
 Memorias inmortales  
 Dejamos ya de nuestros largos males:  
 Hasta allá do entre el hielo  
 El rudo Escita derramado mora,  
 Se oyen con grave duelo;

Y el reino de la aurora  
 La gran caída congojado llora.  
 Y todos del divino  
 Indomable valor que nos inflama,  
 Pasmados, el destino  
 Maldicen y la trama,  
 Que atizar pudo tan infanda llama.  
 Ella en la tumba ha hundido  
 Una jeneracion: tanta grandeza  
 Cual sombra ha fenecido:  
 La española riqueza  
 Cebo fué del soldado á la fiereza.  
 Nada, nada quedara  
 Del antiguo esplendor.... ¡Y aun ciega  
 gritas!  
 ¡Y el puñal se prepara!  
 ¡Y las teas ajitas!  
 ¡Y á estragos nuevos el rencor concitas!  
 ¡Infeliz! ¡en qué horrendo  
 Abismo jemirás precipitada  
 Con funeral estruendo!  
 Despues yerma, menguada,  
 Tu error maldecirás desengañada.  
 Demandarás tus hijos,  
 Y ¡ay! perecieron, sonará en respuesta,  
 Los ojos en ti fijos  
 En su ausencia funesta:  
 ¡Cuánto, ¡ay! ¡tu engaño de virtud te  
 cuesta!  
 ¡Oh, luzca el fausto día,  
 Oh, luzca al fin, en que la paz gloriosa  
 Te abraze, ó patria mia!  
 En calma deliciosa  
 Torne el cielo tu cólera ominosa:  
 Y en tu amor inflamados  
 Cual hijos á tus plantas nos postremos;  
 De errores olvidados,  
 Hermanos nos amemos,  
 Y en tu seno felices descausemos.

## ODA XXVIII.

A MI MUSA.

No en tan curioso anhelo  
 Mas, musa mia, derramada veles  
 Por el inmenso cielo,  
 Ni el abismo del Ser sondar anheles:  
 Del gran Ser que en su mano  
 Sustenta el universo: tú has corrido  
 Del átomo liviano

Al último lucero, que encendido  
 Cabe su trono brilla ;  
 Y del vil gusanillo hasta el ardiente  
 Serafin, que se humilla,  
 Temblando ante su faz omnipotente.  
 ¿Qué has visto ? te perdieras  
 En tanta inmensidad ; y nada, nada,  
 Musa, alcanzar pudieras :  
 Cuerda pues coje el ala despeñada.  
 Seguir deja, y adora  
 Las leyes que á la máquina infinita  
 Puso la protectora  
 Deidad que por el éter precipita  
 Su jiro, y la sostiene  
 Con valedora accion. En su hondo seno  
 Todo su lugar tiene ;  
 Y el universo dura de orden lleno.  
 Orden que á par se ostenta  
 En el bullir del cefirillo blando,  
 Que en la hórrida tormenta,  
 Que brama el hondo mar al cielo alzando.  
 Arder ve á la abrasada  
 Canícula, y del mundo el desaliento :  
 Y ve en su mies dorada  
 A un tiempo dél el pródigo sustento.  
 Ve al día rutilante  
 Cuanto existe, mover : el ave vuela :  
 Jira la bestia errante ;  
 Y en rudo afan el hombre se desvela.  
 Pero la pavorosa  
 Noche su velo en pos tiende lucido ;  
 Y ya el suelo reposa,  
 Y el vigor cobra con la accion perdido.  
 Sabio así lo dispuso  
 El grande Ordenador: cuanto ha creado,  
 Todo en orden lo puso.  
 Nunca, ¡ oh ! nunca él por tí jima alte-

[rado.

Por ley sentó primera  
 El bien universal: en él te aplace:  
 Ley dulce, lisonjera,  
 Que una familia á cuanto existe, hace.  
 Cuando amorosa un alma  
 La inmensidad abarca de los seres,  
 Gusta en gloriosa calma  
 Del cielo anticipados los placeres.  
 ¿ Jimes en vida oscura,  
 En soledad y olvido ? ¡ error insano !  
 Ve en cada criatura  
 Un hijo de tu Autor, goza un hermano.  
 Sus arcánjeles puros

Cercándote, el bien que obras están vien-  
 [do ;  
 De los lazos oscuros  
 Que el vicio armó, tus pasos defendiendo.  
 Y aun á su lado un día  
 Sublime sobre el sol, si el orden amas,  
 La eterna compañía  
 Podrás gozar de cuanto bueno hoy llamas.  
 Allí la sed ardiente  
 Del bien apagarás que ora te apura,  
 Cabe la misma fuente.  
 Do el raudal brota de eternal ventura.  
 Abrete pues gozosa  
 A un inmenso esperar, cuanto recojes  
 Tu ardor en la llorosa  
 Tierra ; ni combatida te acongojes.  
 Si el vil supersticioso  
 Te roe atroz con viperino diente ;  
 De su trono lumbroso  
 Dios ve tu pecho, y lo verá inocente.  
 Débil, mas fiel siguiendo  
 Su dulce ley, de amor, tierna le amas ;  
 Y por su error jimiendo,  
 A tu enemigo mismo hermano llamas.  
 Cual de tu escelsa altura  
 El gozar hace pródigo, inefable,  
 Del sol la llama pura  
 A par al inocente y al culpable,  
 Y sin número dones  
 Al suelo llueven de su larga diestra,  
 Eternas bendiciones  
 Con que su amor al universo muestra.  
 Él te ve, musa, y esto  
 Baste á tu dulce paz, firme confía :  
 Quien en la lid te ha puesto,  
 Tu sien de eterno lauro ornará un día.

## ODA XXIX.

## LA MEDITACION.

HUYE, pensamiento mio,  
 Huye el afanoso estruendo  
 De la ciudad y los hombres,  
 Y haz de tí mismo un desierto.  
 ¿ Qué hallas, dime, en sus caminos  
 Sino zozobras y duelos,  
 Y enconos y envidias viles  
 Tras míseros devaneos ?  
 Al uno la sed del oro  
 Engolfa en mares inmensos,

Y otro tras un nombre vano  
 Pierde la quietud y el sueño:  
 A aquel la guerra embriaga,  
 Y en el estrépito horrendo  
 Del mortal cañon y el parche  
 Colocó su bien supremo:  
 A este en pos lleva el deleite,  
 A otro un ominoso empleo,  
 Y al otro el aura voluble  
 Del favor le tiene ciego.  
 Dejémoslos que deliren;  
 Y de sus errores lejos,  
 Para nosotros vivamos  
 En soledad y sosiego.  
 ¿No vale mas estudioso  
 Gozar en libre comercio  
 De esa infinidad de seres  
 Que en sí encierra el universo?  
 ¿Correr con ansia dichosa  
 Desde la tierra á los cielos,  
 Descender al hondo abismo,  
 Volar sobre el rauda viento?  
 ¿Y preguntarles á todos,  
 Qué son, dó vienen, qué fueron,  
 Quién ordenador y grande,  
 Tal, les dijo, es vuestro puesto:  
 Tales leyes os conservan,  
 Y con tales encadenó  
 Ese sinquenta de soles,  
 Que enciende eficaz mi aliento,  
 Del inmesurable espacio  
 Velocísimos corriendo  
 Las sendas, que les marcara  
 Con mi omnipotente dedo?  
 ¿No vale mas, alma mia,  
 Ofrecer tu humilde incienso  
 A un Dios que á un mortal? ¿la gloria  
 No vale mas que el vil suelo?  
 ¿Y exhalar tus hondos ayes  
 En el dulcísimo seno  
 De tu Hacedor, que importuna  
 Cansar al poder con ellos?  
 Despréndete pues del lodo,  
 Despréndete, y al Escelso  
 Por el éter infinito  
 Trepa con alas de fuego.  
 Salud, purísimos seres,  
 Que de inefable amor llenos,  
 Ante su sagrario el himno  
 De loor trinais eterno:  
 Entre estáticos ardores

Y humos de un aroma etéreo,  
 Rindiéndole el feudo antiguo,  
 Siempre á vuestras arpas nuevo.  
 Recibid en vuestros coros,  
 Recibid á un compañero,  
 Si del polvo la bajeza  
 Puede de vosotros serlo.  
 ¡Oh quién el fervor me diese,  
 Y el santísimo embeleso  
 Con que vos servís! ¡quién limpio  
 De mundanales afectos,  
 Postrar pudiera su frente  
 Bajo el altísimo asiento  
 Del gran Ser! ¡quién de su gloria  
 Temblando hesar el velo,  
 Y con sus nublados ojos  
 Llevar débil no pudiendo  
 Luz tanta, precipitarse  
 Entre ella atónito y ciego,  
 Clamándole: un vil gusano  
 Os adora fiel: mi ruego  
 No desdeñeis: ved la nada  
 Cabe vos, padre, Dios bueno!  
 Vedla; y dad plácido oído  
 A mis ayes lastimeros,  
 Lanzándome una mirada  
 Que avive mi desaliento.  
 Una mirada de aquellas,  
 En que cual Señor supremo  
 Sustentais el bajo mundo,  
 Y de gracia henchís los cielos.  
 Y de allá dó entré esplendores  
 De gloria os gozais cubierto,  
 Tended la clemente mano  
 Al abismo en que me veo,  
 Y alzadme dél amoroso.  
 Cual del gavilan huyendo  
 El ave al callado asilo  
 De su nido aguija el vuelo;  
 Así yo ahincado me arrojo  
 En vuestro adorable gremio,  
 Y en él mis delicias hallo,  
 Y en él mi esperanza aliento.  
 ¿Me desdeñaréis, Dios mio?  
 ¿Será que el mísero feudo  
 De mi gratitud rendida  
 Os pueda encontrar severo?  
 ¿Lanzaréis de vuestra casa  
 Por vil al humilde siervo,  
 Y las lágrimas de un hijo  
 Las veréis, Señor, con ceño?

No, no; que sois el amigo,  
El protector, el consuelo,  
El padre, el Dios, del que jime  
En orfandad y desprecio;

Del que acosado del mundo,  
Y blanco á sus tiros puesto,  
Solo en su amargura vive  
De un pan de lágrimas lleno:

Vos le alzais en vuestros brazos  
Y con solícito empeño  
En sus desmayados ojos  
Enjugais el llanto tierno;

Y la calma bonancible  
Tornais á su triste pecho,  
Y en gozo trocáis sus penas,  
Y en paz su desasosiego.

Iris, que aplacais benigno  
Con vuestro gracioso aspecto  
Las hórridas tempestades,  
Y los vendavales fieros,

Apareceis; y en un punto  
Vientos, olas, aguaceros,  
Todo atónito enmudece,  
Todo os adora en silencio.

Yo os adoro á par; mis ojos  
Fuentes de lágrimas hechos,  
La lengua os canta y bendice  
Con balbucientes afectos;

Que la piedad fervorosa,  
El alma exhalada entre ellos,  
El alma toda, recoge  
Con blando oficioso anhelo:

Mientras el corazón llagado  
De amor y santo respeto,  
Ante vos, cual grata nube,  
Arde de fragante incienso.

Y asombrado, embebecido  
Por do quiera que me vuelvo,  
Amoroso padre os hallo,  
Y Dios grande os reverencio:

Que do quier de vuestra gloria  
Inagotable el proceso  
Se ostenta, de vuestro brazo  
Se palpa un nuevo portento.

Esas bóvedas inmensas,  
Ese sinfin de luceros  
Que sobre mi frente brillan,  
Siglos y siglos ardiendo;

Y pregonando, aunque mudos,  
En el orden estupendo  
Con que misteriosos ruedan,

La mano que los ha puesto.

La tierra, abreviado punto,  
De seres tantos cubierto,  
Que de vos solo reciben  
Orden, ser, vida, sustento:

Y do en jiro invariable  
Rauda en comun bien el tiempo  
Alterna del Can las llamas  
Con los erizados hielos,

Sembrando do quier profuso  
Los tesoros, que del seno  
De vuestro amor inefable  
Recoje en alivio nuestro.

Ese crecer cuanto vive,  
Y el insondable misterio  
De encerrarse en uno solo  
Millones de seres nuevos.

El mar, el mar que halla dócil,  
Obedeciendo el imperio  
De vuestra voz poderosa,  
En cada arenilla un freno;

Ora en sus rabiosos tumbos  
Asaltar tienta soberbio  
Las estrellas, y los montes  
Bata con ímpetu horrendo;

Ora plácido y callado  
Semeje á un inmenso espejo,  
En que los cielos se pintan,  
Y arde y se goza el sol bello.

Esas pavorosas nubes,  
En que retumbando el trueno  
Y el alado ardiente rayo,  
Me llenan de pasmo y miedo:

La nieve, el hielo, la lluvia,  
Que en largos rios corriendo  
Vuelve á la mar los tesoros,  
Que el sol le robó y los vientos.

Yo mismo, abreviado mundo,  
Donde en felice compendio  
De vuestro universo unidas  
Las leyes todas encuentro;

Que cual la yerba que piso  
Me nutro y me desenvuelvo,  
Respiro á par del gusano,  
Y como el ángel entiendo:

Yo que en mí el fuego divino  
De la virtud hervir siento,  
Y con vos por ella unirme  
Desde mi nada merezco.

Todo á una voz os proclama,  
Todo por su inmenso dueño,



Hacedor omnipotente,  
 Y conservador supremo.  
 Alienta, espíritu mío,  
 Alenta, y con noble empeño  
 Del ser por la inmensa escala  
 De este Ser llégate al centro.  
 Llega, llega confiado,  
 Que ese jeneroso esfuerzo  
 Que en tí sientes, no es del lodo,  
 Ni de un instinto grosero.  
 Tu ambicion es mas sublime:  
 El polvo apegado al suelo,  
 Jamás, jamás se desprende  
 De su miserable cieno.

Tú eres inmortal: la llama  
 De tu alado pensamiento  
 Arderá siempre, aunque acabe  
 Ese pábulo terreno,  
 Do sus brillos se oscurecen,  
 Como al tajador acero  
 La vaina guarda, y se esconde  
 En el pedernal el fuego.

Arderá; y feliz un dia,  
 De los ángeles en medio  
 Te asentarás, con sus himnos  
 Mezclando tus ayes tiernos;  
 Y llamándoles hermanos,  
 Y el vestido recibiendo  
 De inmaculada blancura,  
 Con que te ornará el Escelso.

Toma pues las prestas alas  
 Del querubin: como estrecho  
 El bajo mundo abandona,  
 Y trepa cielos y cielos.

Trépalos; y venturoso  
 Al in exhausto venero  
 De la verdad pon el labio,  
 Y bebe, bebe sediento.

Raudal de inmensa dulzura,  
 Donde jamás satisfecho:  
 Mas ansia cuanto mas goza,  
 De amor llagado el desco.

Allí embriagado en delicias,  
 Verás con desden y tedio  
 Quanto hasta aquí tus sentidos  
 Fascinó, y preciabas necio.

Que allí la ilusion fenece:  
 Allí el bien es siempre el mesmo,  
 Inmarcesibles las flores,  
 Y perenne el embeleso.

Vuela pues, vuela afanoso,

VI.

Redobla tu heroico anhelo:  
 La distancia es infinita;  
 Pero infinito es el premio.  
 La fe por seguro norte,  
 Y en el suavísimo incendio  
 De la caridad mas viva  
 Cual fino amador deshecho,  
 Por la airada mar del mundo  
 Entre huracanes y riesgos,  
 Condúzcate la esperanza  
 De eterna ventura al puerto.

ODA XXX.

LOS CONSUELOS DE LA VIRTUD.

No es sueño, no ilusion: las arpas de  
 [oro

Con su armónico trino  
 Me elevan de los ángeles: divino,  
 Divino es el concerto;  
 La esfera se abre al rozagante coro,  
 Y una fragancia siento,  
 Con que nada seria  
 Cuanta goma y copal Arabia cñia.  
 No ceséis, paraninfos celestiales,  
 Vuestro inefable canto,  
 Que ledo acalle mi perenne llanto.  
 Solo, él solo á ser hasta  
 Salud segura en los horribles males,  
 Con que el mundo contrasta  
 A un mísero inocente,  
 Blanco á sus tiros y furor demente.

No de tal mundo la impotente saña  
 Así apocado llores,  
 Ni á seco tronco le demandes flores;  
 Y alza, ¡oh ciego! los ojos  
 A ese inmenso esplendor que el cielo baña,  
 Que allí de tus enojos,  
 Allí mora el consuelo:  
 Sombra y nada los júbilos del suelo.

Sombra y nada, que leve un soplo eleva  
 Del menor vienteçillo;  
 Y otro que sigue, róbales el brillo,  
 Y espuma se deshacen.  
 Mancíllalos la edad, y en pos los lleva,  
 Con el uso desplacen,  
 Y el hastío sus rosas  
 Torna al cabo en espinas dolorosas.

Espera pues en tu bondad seguro;  
 Que al fin pura y triunfante

Saldrá, y hermosa como el sol radiante.  
 Tu Hacedor soberano,  
 Que justo sonda el laberinto oscuro  
 Del corazón humano,  
 Tus ansias compadece;  
 Y ya su sombra tutelar te ofrece.

La virtud brilla con su propia lumbré:  
 Ni como el vil deleite  
 Bella se ostenta de mentido afeite,  
 Mientras con firme planta  
 De mortal gloria á la sublime cumbre  
 Modesta se adelanta,  
 La alcanza vencedora;  
 Y el vicio mismo á su pesar la adora.

Dios, el Dios que en su diestra omni-  
 [potente

La creación sustenta,  
 Con su soplo vivífico la alienta;  
 Y á su ángel dió el destino  
 De la justicia, que do quier presente  
 Con su escudo divino  
 La cubra, ante quien vano  
 Caen de los hombres el orgullo insano.

Ara es de Dios el corazón del bueno,  
 De do al cielo incesante  
 La nube de su amor sube fragante.  
 La paz y la divina  
 Ferviente caridad de gozos lleno  
 A sus piés le avecina;  
 Y allí sacia, ¡oh ventura!

Su ansia del bien cabe su fuente pura.  
 Con santa envidia su inefable suerte  
 Absortos consideran  
 Los serafines, que abrazarle esperan.  
 ¿Y qué entónces la impía  
 Persecución, la infamia, ni la muerte?  
 Nube que en medio el día  
 Al sol loca se opone,  
 Que en fugaz niebla á su fulgor traspone.

Las lágrimas que ansiado á veces llora,  
 Son de la primavera  
 Grata lluvia, que esmalta la pradera  
 De mil galanas flores.  
 La piedad que su aljófar atesora,  
 Entre santos fervores  
 Por feudo las ofrece,  
 Y una mirada á su Señor merece.

Los torvas nubes que del bajo suelo  
 Se alzan en toldo oscuro  
 Viles á mancillar su lampo puro,  
 Entre el grito ominoso

De la maldad y su impotente anhelo,  
 Hacen que mas lumbroso  
 Con las pruebas se torne  
 El lauro augusto que su frente adorne.

Muere en la paz que la virtud da sola:  
 Todo cabe él se afije;  
 Y él ledo al ángel que sus pasos rije,  
 Ve ya como á un hermano  
 Presto á ceñirle la inmortal estola,  
 Que el dueño soberano  
 A los suyos prepara,  
 Y él en lid tanta triunfador ganara.  
 Los alcázares suenan estrellados  
 Y de oro los quiciales,  
 Abriéndose las puertas eternas  
 A recibir al justo.

Mientras un coro de espíritus alados  
 Trina el cántico augusto,  
 Con que á la compañía  
 Se aduna celestial desde aquel día.

Ven, ven feliz, tú que del ciego mundo  
 Ya los grillos rompiste,  
 Y ángel al centro de tu ser volviste;  
 Tú, en quien halló un amigo  
 Siempre el opreso en su jemir profundo,  
 Del indigente abrigo,  
 Y en su soledad cruda

Padre al pupilo, amparo á la viüda:  
 Tú, en quien ardió coa llama inestin-  
 [guible

La caridad süave,  
 Que amar y perdonar tan solo sabe:  
 A par que la justicia  
 Contra el crimen tronar te vió inflexible,  
 De bronce la malicia,  
 La flaqueza indulgente,  
 Los hombres grato, la amistad ferviente:

Ven á cojer afortunado el fruto  
 De tus largos sudores:  
 Ven á gozar las eternas flores  
 Que aheló tu esperanza;  
 A dar ven el dulcísimo tributo  
 De inefable alabanza  
 Al que en su inmenso seno  
 Padre hoy te inclina de ternura lleno.

Aquí todo es solaz, todo alegría,  
 Todo inmortal dulzura,  
 Todo consuelo y paz, todo ventura.  
 Eterno resplandece  
 Sin niebla y claro el sol, plácido el día,  
 Con rosas mil florece

Perennial primavera,  
 Sin fin bulliendo un aura lisonjera.  
 Y sobre nubes de esplendor divino  
 El Señor asentado,  
 El himno entiende de eternal agrado,  
 Que sus loores suena.  
 Ven, entra, llega á tan feliz destino;  
 Corre á la inmensa vena  
 Del rio de la vida,  
 Y al mundo en su raudal por siempre ol-  
 [vida.  
 Luego con cuanto un tiempo honrara  
 [el suelo

En sociedad amante,  
 De rosas y laurel la sien radiante,  
 Se estrecha venturoso,  
 Goza, y renace sin cesar su anhelo,  
 Y á gozar vuelve ansioso;  
 Ni mente humana llega  
 Al bien inmenso en que feliz se anega.  
 ¿Y jemerás, porque un espacio breve  
 Penes ora entre grillos,  
 Sandio anhelando los falaces brillos  
 De un mundo injusto y loco?  
 ¿Tan poco, ¡oh ciego! la virtud te debe,  
 Y su esplendor tan poco?  
 ¿O igual se te presenta  
 Al gozo eterno el que un instante cuenta?  
 No así, no así: tu lacerado pecho  
 Abre, enancha á la rara  
 Suerte feliz que el cielo te prepara:  
 Que el premio solo sigue  
 Al que lidió y venció, y hollar derecho  
 La ardua senda consigue,  
 Que lleva hasta la cumbre,  
 Do arde de gloria la inexhausta lumbre.  
 ¡Cesaís, oh santos ángeles...! seguro  
 Ya por vos, no suspiro:  
 Y en manos del gran Ser mi suerte miro;  
 Mientras con pecho entero  
 La amarga copa del dolor apuro,  
 Y constante prefiero  
 La virtud indijente  
 Al vicio entre la púrpura fuljente.

## ODA XXXI.

LA CREACION, Ó LA OBRA DE LOS SEIS DIAS.

¿DÓNDE la mente en tus etéreas alas  
 Se encumbra, el viento impávida surcau-  
 [do,

Inspiracion divina?...  
 Ya las nubes hollando  
 Al valle el monte escelso ante ella iguales;  
 Ya el sol contigo altísima domina.  
 A Urano, ese invisible  
 Lucero, y cuanto por la inmensa esfera  
 Arde sol claro al lente inaccesible,  
 Atrás los deja en su fugaz carrera,  
 Hasta tocar los últimos confines  
 Del reino de la luz, donde velado  
 En majestad gloriosa,  
 Yace el Señor sentado  
 En tronó de inflamados serafines.  
 Allí en gozo inefable asistir osa  
 Al solemne momento,  
 Cuando imperioso le intimó á la nada,  
*Acaba;* y á su escelso mandamiento  
 Esta máquina inmensa fué ordenada.  
 Ostar quisó de su augusta mano  
 La infinita virtud, el inefable  
 Saber de su honda mente,  
 Y allá en su perdurable  
 Quietud contempla el tipo soberano  
 Del universo su bondad clemente.  
 ¡Cuánto plan en un punto  
 Anhela su eleccion! Este prefiere  
 De su insondable amor feliz trasunto,  
 Do en larga vena derramarlo quiere.  
 Súbito en vuelo rápido se lleva  
 Sobre el abismo solitario, ansioso  
 De trazar obra tanta;  
 Y en torno el caos medroso  
 El muro eterno con su vista eleva  
 Fijo á la creacion. La escuadra santa  
 De espíritus, que dichosa  
 Acata su deidad, enmudecía  
 Atónita ante el trono y respetosa;  
 Cuando en potente voz Jehová decia:  
*Que la luz sea;* y de arreholes llena  
 Resplandeció la luz, saltó exhalada  
 De entre aquel yermo oscuro  
 Una llama dorada,  
 Que inundó en rauda trasparente vena  
 De la lóbrega noche el reino impuro.  
 Los jérmenes primeros  
 Por la fecunda voz á unir se empiezan,  
 Ciegos jirando en vértices lijeros  
 Que en su incesante vuelo se tropiezan.  
 Y alzándose entre etéreos resplandores  
 Un pabellon magnífico, suspenso  
 A la voz soberana

Por el ámbito inmenso,  
Ornólo de vivísimos fulgores.  
La esmeralda, el azul, el oro y grana,  
Mezclados altamente,  
Tejen sus ricos transparentes velos;  
Y arde en vistosos fósforos lucientes  
La infinidad, do rodarán los cielos.

Ya al feliz mando del Autor divino  
La hermosa luz existe, noble mnestra,  
Espléndido portento  
De su sagrada diestra,  
Si material de altísimo destino;  
Pues las mansiones de inmortal contento  
Orna, do él mismo mora.  
Resuena en inefable melodía  
El anjélico coro, y fiel le adora:  
El cesa, y hubo fin aquel gran día.

Con él súbito el tiempo que en olvido  
Yacia y sueño eterno, despertando  
Asió su rueda inmutable;  
Y el vuelo desplegando,  
Vió ya á sus piés cuanto será, rendido.  
Cesó la eternidad inmensurable,  
Que su diestra imperiosa  
En sombra y luz su duracion divide;  
Y hundiéndose en la nada silenciosa,  
El fugaz curso de los seres mide.

La luz empero el término no fuera  
De la virtud vivífica infinita;  
Ni el celestial venero  
A tan nada limita  
De su amor el Señor, y aunque igual viera  
La flor del valle, el brillo del lucero,  
Del ave el matutino  
Canto, y del serafín que en llama pura  
Arde de amor, el inefable trino,  
En sí gozando su eternal ventura;

Vuelve, y hallando en su divino seno  
Ser tanto que su voz ansia obediente,  
*Las aguas se dividan,*  
Ordena omnipotente,  
*Y el firmamento estiéndase sereno.*  
Las rápidas corrientes se retiran  
Sobre el cielo lumbroso,  
En torno en ancha bóveda afirmado,  
Muro inmenso al abismo proceloso  
Del eterno á la voz súbito alzado.

Inmenso muro en su labor divina,  
De su largueza y su poder trasunto,  
Do alzará su morada.  
¡Qué armonioso conjunto

De eterno albor que en torno lo ilumina,  
Orden, belleza, variedad estremada!  
Cuanto encumbrarse puede  
Mente humana, ó de mayor riqueza  
Idear feliz á el ánjel se concede,  
Nada es con su magnífica grandeza.

Sienta en medio su trono; y, ¡oh  
[consuelo!

Bienes allí sin número atesora  
Su inefable elemencia.  
La piedad que le implora,  
Tierna á él se vuelve en su ferviente anhelo,  
Y á él se acoge exhalada la inocencia.  
Ve el Señor complacido  
Por alfombra á sus piés el firmamento,  
Mas que el oro purísimo lucido;  
Y á mandar torna en divinal acento.

*Las aguas se unan, que á la tierra impiden  
Aparecer.* En tumbos espumantes  
Por entre el aire vano  
Las ondas resonantes  
Dóciles parten, rápidas dividen  
Su inmensa madre con furor insano.  
Ya hay mar: ruje y se humilla  
Rendido ante el Señor; y en grato es-  
[trueno

Su gloria anuncia, y nacarado brilla  
De ola en ola su nombre repitiendo.  
En su incesante anchísima carrera  
Con misterioso círculo del nacen  
Ya los eternos rios,  
Y á él vueltos se deshacen.  
Tiéndese el Indo en su feliz ribera:  
Reina inmenso entre páramos sombríos  
El Amazona undoso:  
Nilo en sus aguas la abundancia lleva;  
Y el Rin, que hoy guarda al Bátavo indus-  
[trioso,

Del Ponto inmenso las corrientes ceba.  
Él rueda en su hondo abismo y se con-  
[mueve;  
Llega, huye, torna, apártase; y bramando  
De hórridos vientos lleno,  
Las rocas desgarrando,  
Ya el cielo en sierras de agua á herir se  
[atreve;

Ya su azul pinta plácido en su seno:  
¡Oh pasmo! en leve arena  
Por siempre atada la voluble planta,  
Hirviendo entre alba espuma el paso en-  
[frena,

Y hermosa ante él la tierra se adelanta,  
 Cual de inocencia y rosicler teñida  
 En su fiesta nupcial brilla esplendente  
 La virjinal belleza,  
 Alzan su augusta frente  
 Los altos montes enriscada, erguida;  
 Rudas columnas de eternal firmeza  
 Contra los elementos  
 Que el tiempo asolador en vano ofende;  
 Y en paz segura de fragosos vientos  
 El ancho valle entre sus piés se tiende.

Allí abreviados en la mina oscura  
 Siglos de ardua labor, fúljido crece  
 El oro en vena rica:  
 Sus brillos esclarece  
 El hermoso diamante, y la luz pura  
 Ya en prismas mil aun tosco multiplica.  
 La faz de ella inundada,  
 La hora á la tierra de animarse llega,  
 Y en su calor prolífico empapada,  
 Fecunda brota, y su vigor despliega.

El bosque sacudió la cima hojosa  
 De sus escelsos hijos: los collados  
 De yerba se matizan;  
 Los árboles, cargados  
 De flor á un tiempo y fruta deliciosa,  
 La mano que los viste, solemnizan:  
 Y tú, ó rosa, rompiste  
 Tu cáliz virjinal, y los favores  
 Del nuevo vivaz céfiro sentiste,  
 Bañandolo en balsámicos olores.

Ufana en sus racimos deleitosos  
 La vid los largos vástagos derrama,  
 Ya el néctar preparando  
 Que en gozo el pecho inflama;  
 Y los pensiles de Pañcaya umbrosos,  
 Al firmamento en galas emulando,  
 Exhalan una nube  
 De etérea suavidad, feudo agradable  
 Que el ángel de Sabá volando sube, (\*)  
 Y aceptó en faz de amor el Inefable.

Mientras siguiendo plácido decia:  
*Reinen en las altísimas esferas*  
*Los astros esplendentes;*  
*Y en sus vagas carreras*  
*Formen la umbrosa noche, el claro día,*  
*Y tiempos y estaciones diferentes.*  
 Súbito á la imperiosa

Voz de Jehová los astros se inflamaron,  
 Y á dar su vuelta eterna, silenciosa,  
 Cual ordenado ejército empezaron.

Tú entonces, claro Erídano (1), vestiste  
 Tu luz en urnas de oro: sus divinos  
 Fuegos prender sintieron  
 Los soles matutinos;  
 Y tú, Aquilon, los tuyos recibiste:  
 A sus inmensas órbitas corrieron  
 Los cometas brillantes;  
 Y en su inmóvil quicial el polo viera  
 Miles en derredor de astros brillantes,  
 Que contar solo su Hacedor pudiera.

Las Osas, el Dragon, el Cancro fiero,  
 El lóbrego Orion, ese lumbroso  
 Largo surco nevado,  
 Cintó del cielo hermoso (2),  
 Y cuanto esmalta fúljido lucero  
 El manto de la noche pavonado,  
 A una voz fué: con ella  
 Poblóse de esplendor el gran vacío;  
 Y en pos del alba y su riente estrella  
 Se ostentó el sol en noble señorío.

Salve, ignífero sol, fuente abundosa  
 De sempiterna luz, del rubio día  
 Padre, señor del cielo,  
 Tú que hinchas de alegría  
 Su ámbito inmenso, y con tu faz gloriosa  
 Fecundas creador el bajo suelo;  
 De tu Hacedor divino  
 Lumbroso trono en la fulgente altura,  
 Salve, y su brillo apaguen peregrino  
 Los astros todos con tu lumbre pura.

Salve, y pródigo inunda en suave llama  
 Tu hermana celestial, que en paso lento  
 Ya en el zenit domina,  
 Y al mundo soñoliento  
 De su alba rueda tu esplendor derrama.  
 ¡Deidad siempre á los miseros benigna!  
 ¡Luna consoladora!  
 De tu lóbrega noche el manto estiende  
 Ante quien de ella te aclamó señora,  
 Y á un tiempo tanto sol profuso enciende.

Pero, ¡ah! que él vuelve á su inefable  
 [mando:  
 Silencio, astros lucientes. — *El profundo*  
*Golfo animado sienta,*  
*Dando de sí fecundo*

(\*) Segun la opinion que da á cada r-ñion, reino ó provincia por custodia ó protector un ángel.

(1) La constelacion de este nombre.

(2) La via láctea.

*Cuanta ave el aire diáfano cortando,*  
*Cuanto pez raro en sus abismos cuenta.* —  
 De escama aquel bruñida  
 Deslízase fugaz: cual perezoso  
 Se arrastra incierto de su nueva vida;  
 Cual á la presa lánzase furioso.  
 Y á par que inmóvil en las ciegas rocas  
 En trémalo falaz (1) su presto fuego  
 Eléctrico despide,  
 El incesante juego  
 Salta el rebaño de las mansas focas.  
 Cruza el salmon, y el piélagos divide  
 Tras la dulce corriente,  
 Do en paz deponga sus fecundas ovas;  
 Y un vulgo inmenso espárcese impaciente  
 A morar libre entre cerúleas tobas.

Vió el glacial polo á la ballena fiera  
 Señora de las olas, cual un día  
 La Grecia fabulosa  
 Su Délos ir decia  
 Sobre el piélagos Ejeo, y la lijera  
 Dorada anteceder la onda espumosa.  
 Al tiburón alevé  
 Con el manso delfín: al ave iguales  
 Vagar sus hijos por el viento leve (2);  
 Y á mil gozarse en selvas de corales.

Selvas, que ornando de purpúrea alfom-

[bra

Las llanuras del mar, en su galana  
 Espesura repiten  
 La alta tierra, lozana  
 Con bosques, prados y agradable sombra.  
 En formas y matiz allí compiten  
 Sin cuento los vivientes,  
 En paz rodando su crustáceo manto;  
 Y feliz cuaja en perlas esplendentes  
 La ostra del alba el cristalino llanto.  
 Todo es vida y acción: por los menores  
 Rios revuelven con fugaz presura  
 Sus nadantes hijuelos:  
 Mientras el aura pura  
 Se ve inundar de alados pobladores.  
 Alzase audaz el águila á los cielos,  
 Do al sol sus ojos prueba,  
 Del pueblo volador reina se aclama,

(1) La raya tremela, especie de raya, cuyas emanaciones eléctricas adormecen cuanto se les presenta. Oppian. *Alitica*. lib. 2. v. 36.

(2) Los peces volantes, que se hallan así en nuestros mares como en los del ecuador: la *golondrina del mar*, el *milano marino*, etc.

A una altísima roca el nido lleva,  
 Y en fiero canto á su consorte llama:  
 Allí el pavón de su lumbrosa cola,  
 Tornasolada de esmeraldas y oro,  
 La rueda ufano tiende;  
 Y alegre su canoro  
 Pico soltando por los vientos sola  
 La alondra, cual un punto inmóvil, pende.  
 Desplega arrebatada  
 Sus alas la fragata vagarosa (\*);  
 Y pule al sol el ave celebrada  
 De Eden las sedas de su pluma hermo-

[sa (\*\*).

Miles se pierden por el bosque espeso,  
 Y al ciego encanto del amor se entregan;  
 O en los floridos prados  
 Van, vuelven, saltan, juegan.  
 Cuanto jime en dulcísimo embeleso  
 Sus ayes filomena lastimados,  
 Sesga el cisne pompudo  
 Con alto cuello por el ancho río;  
 Y el pavoroso buho en grito agudo  
 Suspira ya por el silencio umbrío.

Y todo el pueblo alijero vagando  
 Se estiende, y goza de su nueva vida;  
 Y en canora garganta  
 Con salva repetida

De valle en valle el eco resonando,  
 Su divino Hacedor alegre canta.  
 Con paternal ternura  
 Él los oye y bendice; en arpas de oro  
 Himnos trinando de inmortal dulzura  
 De querubines el radiante coro.

Vivifica entre tanto su vos suena:  
 ¡Sus! bestias de la tierra. Y de repente  
 Animándose, lanza  
 De sí cuanto viviente  
 Su faz no bien sabida alegre llena.  
 De las selvas el rey feroz se avanza,  
 El cuello vedijoso  
 Con orgullosa pompa sacudiendo;  
 Y de Eden por el valle deleitoso

(\*) Ave de vuelo tan rápido como incansable, que suele hallarse por los navegantes á 200 leguas de la tierra, á donde vuelve á reposarse y dormir.

(\*\*) El pájaro del sol, del *paraiso*, la *manucordiata*, el *ave de Dios*; de la cual se han contado mil fábulas. Sus colores son muy vistosos, y sus plumas cubiertas de unos hilos como de seda delicada, muy buscadas en la India y de gran precio.

Pausado jira, y hórrido ruiendo.

Un collado cabe él siente y se ajita,  
Y hélo súbito vuelto un elefante:  
Bullicioso su brio  
Muestra el potro en sonante  
Casco, y rápido el paso precipita:  
Anhela el ciervo por el bosque umbrío,  
La cabeza ramosa

Alzando al cielo: mansa la cordera  
Bala y pace: la liebre rezelosa  
Párase, acecha, escucha en la pradera.

Vagan por ella en muchedumbre in-  
[ mensa

Las bestias cuantas son, aun de su instinto  
Cual despues, ¡ ay ! no esclavas;  
Y aun que en breve recinto  
Cabra y lobo hermanados, sin ofensa  
Juegan, en grata union mansas con bravas.  
Todas ¡ oh malogrado  
Tiempo ! ¡ suerte feliz ! ¡ santa armonia !  
En paz gozando del glorioso estado,  
En que inocente el mundo se adormía.

Así impaciente con su frente ruda  
Por juego el bravo toro el aire hiere:  
Sin daño el tigre fiero

Sus garras probar quiere:  
Brama el rinoceronte en voz sañuda;  
Y tras la pista el can cruza lijero.  
Mientras con la cabeza  
Las copas de los árboles tocando,  
Entre ellas con gallarda lijereza  
La pintada jirafa (\*) huye saltando.

Cuanto vive y alienta del florido  
Mas hondo valle hasta la cima helada  
Del Ande, que en el cielo  
Despárese encumbrada,  
Todo, todo el vivir ha recibido  
De Jehová, que lo esparce por el suelo  
Con diestra valedora.  
Los hijos de la tierra en grato acento  
Del aquilon lo anuncian á la aurora,  
Jehová, gloria á Jehová, sonando el viento.  
Cuando hubo un gran silencio, misterioso  
Su obra mayor el Hacedor ordena:  
Cielo y tierra asombrados  
Escuchaban: se llena  
Atónico de un pasmo respetuoso  
El bando fiel de espíritus alados,

(\*) El mas alto, gallardo y bien manchado de los cuadrúpedos, cuya estatura pasa de 15 piés.

Y todo enmudecía.

Jehová entonces, *al hombre*, en su hondo  
[ seno

*A imájen nuestra hagamos*, se decia,  
Y el barro el hombre fué de beldad lleno:  
Ardua labor de perfeccion sublime,  
Con que inefable su universo seila.

En su saber profundo  
Complaciéndose en ella,  
Su aliento celestial vida le imprime,  
Y aclámale señor del ancho mundo.

Ya en él hay, ¡ oh portento !  
Quien del clavel los ámbaros aspire,  
Oiga alave su armónico concento,  
Y la hoguera del sol absorto admire.

Hay quien feliz del acabado enlace  
De la divina creacion anhele

Sondar las perfecciones;  
Quien los cielos nivele;  
Quien, aunque inmenso, al universo abra-  
[ ze,

Y en prez alcance de tan altos dones.

Que hasta allí todo mudo,  
Ciego, insensible á maravilla tanta,  
Jiró en las sombras de un instinto rudo:  
Él solo á lo infinito se levanta.

¡ Qué augusta majestad ! ¡ Qué jentileza !  
¡ Qué acuerdo en movimientos y figura !  
¡ Qué gracia encantadora !  
Sí: todo le asegura

Que es para el infinito. Su belleza  
Cuanto do quier hay bello, en sí atesora.  
Albo trono la frente  
De inocente candor, escelso mira  
Con faz al cielo plácida, riente;  
Y del vago horizonte en torno jira.

Desplégase la rosa delicada  
En su risueña boca, que sentido  
Dar sabe al aura leve,  
El material sonido  
Fácil tornando en plática ordenada,  
Que útil enseña, apasionada mueve;  
Los ojos retratando  
Fiel, vivo espejo, do se pinta el alma,  
Ya su ternura ó su dolor llorando,  
Ya en mas benigna luz su alegre calma.

Mientras la mente con el ángel vuela,  
Y á su inmenso Hacedor alzarse osa;  
Y del brillo encantado  
De la virtud gloriosa,  
Otra patria mejor gozoso anhela.

A su inefable posesion llamado,  
Allá en dulce fatiga  
Lánzase en alas de oro la esperanza;  
Nada su ser y noble ansiar mitiga;  
Ni el mismo Eden á que la olvide, alcanza.

Eden feliz, que la atencion divina  
Le plantó liberal, de almo reposo  
Fausta mansion, que encierra  
Cuanto mas deleitoso  
Hubo, y de encantos y pompa peregrina,  
Rico verjel del dueño de la tierra,  
¡Qué de fuentes y flores,  
Qué de frutas suavísimas guardabas!  
En tus vitales céfiros ¡qué olores,  
Qué amable sombra á la inocencia dabas!

Allí floridas las alegres sienas  
De eterna juventud gozar debia,  
Sin penas ni desvelo,  
Santísima alegría;  
Bosquejo fiel de los inmensos bienes  
Que en perenne raudal le guarda el cielo,  
Cuando en nueva dulzura  
Súbito se inundó, viendo á la amable  
Eva á su lado, que inocente y pura  
Formó de él en su ayuda el Inefable.

Hermosísimo don, milagro raro  
De gracia y perfeccion, do resplandece  
Muy mas la escelsa idea:  
Mira tierna, y parece  
Que en sus ojos se anima un sol mas claro.  
Su aliento, cual el céfiro, recrea:  
Si ríe, la mañana  
Nace en su frente, y sus mejillas dora:  
Marcha, y se inclina á su esveltez lozana  
La alta palma, del Líbano señora:

De los vivientes el inmenso bando  
Por reina la aclamó, mientras en la cumbre  
Del cielo respetuoso  
El sol de su áurea lumbre  
Sus miembros va castísimos bañando.  
Gratamente á su rayo delicioso  
Su cuerpo se estremece:  
La embriaga su nariz de ámbar suave:  
Ve absorta el cielo: el trino la embebece  
Del colorin: y dó atender no sabe.

Que ya en su seno la celeste llama  
De afectos mil purísimos se enciende;  
Ya sensible palpita;  
Admira, y se sorprende:  
Vese tan bella, y cariñosa se ama;

Y entre donosa timidez se ajita.  
La mano á una flor llega,  
Y á cortarla dudosa aun no se atreve:  
La encanta el ave que volando juega,  
Y ansia seguirla por el aura leve.

El comun padre estático la admira,  
Y Eva se inunda en virjinal ternura.  
Desciende el amor santo  
De la estrellada altura,  
Y en mutuo ardor su corazon suspira,  
Ya en lazo atados de divino encanto.  
¡Ser de mi ser querido!  
Adan esclama: en tu inocencia hermosa  
Hallo el bien sumo al embeleso unido;  
Y ella en su seno inclinase amorosa.  
¡Oh sombra! ¡oh bien fugaz! ¡fatal deseo  
De vedado saber! La compañera  
De tan alto destino  
Cayó en el mal lijera,  
Sedujo al infeliz..... ¡Cielos! ¡qué veo!  
En faz sañuda un querubin divino,  
Y espada centellante

Les cierra el santo Eden: la pena aguda  
De Adan anubla el varonil semblante;  
Y Eva á su lado va llorosa y muda.

Huyen los brutos su dañado imperio:  
Sorda la tierra su favor les niega;  
Y su frente culpable  
Hierre la muerte ciega....  
¡Oh culpa felicísima! ¡ó misterio!  
¡Víctima! ¡redencion! ¡precio inefable!  
Ya es gloria la caída.

Llover el claro Empíreo al Deseado  
Miro, á su mismo Autor mi carne unida,  
Y al polvo sobre el ángel sublimado.  
¡Lenguas del universo, criaturas  
De Dios, almos espíritus! cantemos  
Bondad tan infinita;  
Y el loor que le demos,  
Suba cual grato incienso á las alturas,  
Do en pura luz inaccesible habita  
Su celestial grandeza.  
Ordenador de mundos soberano,  
En cuanto obró de tu saber la alteza,  
Brilla en gracias magnífica tu mano.

Tus obras son cual tuyas, acabadas,  
Buenas, pródidas, sabias, y te admiro  
Do quier omnipotente.  
Sobre los cielos jiro,  
Cruzo del mar las bóvedas saladas,



De las heladas zonas á la ardiente;  
Y todo es un portentoso.  
¡Sublime creacion! al bosquejarte,

Falta al númen atónito el aliento:  
Jamás la mente acaba de admirarte.

## LA CAIDA DE LUZBEL,

### Canto épico.

#### LA CAIDA DE LUZBEL.

Dí, musa celestial, de dónde pudo  
Subir de Dios al trono luminoso  
La atroz discordia, de Luzbel el crudo  
Infiel tumulto, el brazo poderoso  
Que su frente postró, cuando sañudo  
Fijar quiso triunfante y orgulloso  
Junto á la silla de Jehová su silla,  
Negándose á doblarle la rodilla.

Por qué el anjel de luz fué trasformado  
En sombra horrible en el fatal momento  
Que cayó al hondo abismo derrocado,  
Mansion de luto y fúnebre lamento,  
Con la hueste precitada aferrado  
Con frente audaz en su nefario intento,  
Sufre sin fin bajo la diestra airada  
Del Señor, para herirle siemprealzada.

Tú que allá en Pátmos revelar quisiste  
Tan gran misterio á tu profeta santo;  
Y el Cordero sin mancha ver le hiciste,  
Por quien ganado fuera triunfo tanto;  
Tú que el trono á sus ojos descubriste,  
Ante quien siempre el inefable canto  
Se tributa de altísima alabanza,  
Que humano oído á percibir no alcanza:

Tú, Espíritu de Dios, que el Dragon  
[fiero

Le mostraste y la lid ardua, dudosa  
En que triunfó Miguel, cayó el Lucero,  
Y á Dios subió la humanidad dichosa:  
Ven, fácil, ven, que con tu auxilio espero,  
Si es mortal voz á tanto poderosa,  
Las venganzas decir del Invencible,  
Y del soberbio el precipicio horrible.

En el principio, el brazo omnipotente

VI.

Los cielos estendido acaso habia,  
Y en su ancho espacio el escuadron lucenté  
De soles ya ordenado discurría;  
En la nada tal vez confusamente  
La inmensa creacion se contenía,  
Silenciosa aguardando el dulce acento  
De su eficaz divino mandamiento.

Quiso en sus ricos dones deslumbrado  
Luzbel al monte del Señor subirse;  
Y allí en silla de luz ante él sentado,  
Con su inmenso Hacedor loco medirse.  
Sonó su aleve orgullo, y fué aclamado  
De nul ciegos espíritus, que á unirse  
Corrieron al infiel, y en guerra impía  
El reino de la paz turbado ardía.

Entendió que en el tiempo (así en su  
[seno

Lo acordó el Padre) cabe Dios subido  
Sería el Hijo del hombre de honor lleno,  
Y el polvo vil en él ennoblecido.

Lo entendió: vióse; y de consejo ajeno,  
Igual se quiso hacer con el Unjido,  
Gritando arrebatado y orgulloso  
Así en medio el ejército glorioso:

¡Otro ser sobre mí!... ¡leyes tan duras  
Sufrirá mi nobleza! ¡colocarse  
La baja humanidad sobre las puras  
Anjélicas sustancias! ¡humillarse  
Debe Luzbel! ¡Luzbel! ¡oh desventuras!  
¡Oh eterna infamia! No, no ha de jactarse  
De que se doble en servidumbre odiosa  
Ante el polvo mi esencia luminosa.

Anjeles, querubines, ¿entendido  
Lo habeis? ¿ó yo me engaño? ¿Nuestra  
Gloria y nuestro ser eterno esclarecido  
De qué nos sirven ya? la ejecutoria

45

De dioses dónde está? ¿dónde se han ido  
 Los timbres de que hacemos vanagloria,  
 Si el lodo, el lodo vil se nos prefiere,  
 Y el tirano en su antojo así lo quiere?  
 ¡Oh confusión! ¡oh mengua! ¿la debida  
 Merced es esta del servir contino  
 Su deidad impotente? Merecida,  
 Merecida es la ley, pues el camino  
 Le abrió á mandar la voluntad readida.  
 Mas crédulo se engaña: de su indino.  
 Imperio huyamos ya; y aquel le adore,  
 Que su afrentosa tiranía ignore.

Iguales somos en la esencia, iguales  
 En luz y potestad: ¿qué le debemos?  
 ¿Acaso el don odioso de inmortales  
 Para acatarle esclavos? ¿llevaremos  
 En vil silencio abatimientos tales  
 Por siempre, invictos príncipes?.. hollemos  
 El pacto de alianza y vituperio;  
 Y lejos dél alzemos otro imperio.

Al aquilon corramos; y divida  
 La inmensidad del suyo nuestro estado.  
 Firmes, firmes duremos, y en renda  
 Súplica le veréis. El principado  
 Debido es á Luzbel: mi planta mida  
 Las cumbres de su gloria; en el sagrado  
 Monte hollaré la luz á él semejante,  
 Mayor que ese su Hijo, y dél triunfante.

Yo reinaré... Clamaba el altanero  
 Apóstata, y la turba de precitos  
 Su ímpia furia con plauso lisonjero  
 Loca celebra, y sediciosos gritos.  
 No así el vasto océano, cuando fiero  
 Los lindes rompe por su autor prescritos,  
 Derramándose horrisono, espumoso  
 Retumba entre las rocas espantoso.

Suena el reino de Dios confusamente  
 Con la execrable sedición turbado;  
 Y el ánjel fiero se sublima, y siente  
 Crecer su orgullo viéndose aclamado.  
 En un punto y mas suelto que la mente  
 Del bando del Altísimo apartado,  
 Corre mil veces mas con fugaz vuelo,  
 Que dista del abismo el alto cielo.

Tan rápido se huyó, porque á la activa  
 Presteza de un espíritu la inmensa  
 Estension es un punto: en pos la altiva  
 Proterva hueste como nube densa  
 Su lado infiel circunda fujitiva;  
 Y aprestándose firme á la defensa,  
 Reine, gritaba con bramido insano,

Reine el que nos redime del tirano.

Del hórrido tumulto el alarido  
 Vaga en el ancho espacio; y se renueva  
 Por encontrados ecos repetido,  
 Que al solio escelso la justicia lleva:  
 De las sonantes armas el ruido  
 Dobla el triste fragor; y en furia ciego  
 Clamando libertad la turba loca,  
 A cruda lid á su Hacedor provoca.

Reverente entre tanto y silencioso,  
 Lleno de un pavor santo, se estrechaba  
 Ante el trono el ejército dichoso  
 De los justos, y á Dios firme adoraba;  
 Temblando que su brazo poderoso  
 Contra la turba vil que le insultaba,  
 De su inmenso furor el dique abriese,  
 Y en un punto á la nada los volviese.

Mas el Escelso su jactancia ímpia  
 Burlando en el sagrario rutilante,  
 Do entre nubes altísimas yacia,  
 De su trono de gloria, con semblante  
 De inalterable majestad, oía  
 Los fijos del arcánjel arrogante,  
 Revolviendo su inmensa justa pena  
 En la honda mente de consejos llena.

Y al Hijo vuelto, con la faz bañada  
 En amor é inefable complacencia,  
 Hijo, le empezó á hablar, en quien se  
 [agrada

Tu almo padre, figura de mi esencia,  
 Por los siglos y mas á ti fué dada  
 La plenitud del cetro y la potencia.  
 Todo se postre á ti, delicia mia,  
 Y consorte en mi escelsa monarquía.

Así en mi eternidad lo he pronunciado  
 Con firme, irrefragable juramento,  
 Luzbel va con los suyos despeñado  
 Por la senda del mal; yo les consiento  
 Guardar su obstinacion: helo entregado,  
 Cual leve arista al ímpetu del viento,  
 A su vano sentido, en él se afirme;  
 Y ose, pues que lo quiere, resistirme.

Mas tema, tema de mi diestra el brio.  
 Yo Dios de las venganzas, ¿del torrente  
 De mi furor dó huirá? su cuello impío  
 Conculcará tu planta: y reverente  
 Vendrá: te adorará como á igual mio,  
 Y confundido en su furor demente,  
 Dios, aunque tarde, clamará, Dios era;  
 Y por ti jurará su lengua fiera.

Que yo te suscité y armé del trueno

De mi cólera; allá cuando en la cumbre  
De mi asiento real te uní en mi seno.  
Y vosotros en justa servidumbre  
Al Verbo confesad de gloria lleno,  
A la Lumbre nacida de la Lumbre,  
Anjeles; y aclamad mi augusto Hijo  
En himnos de alabanza y regocijo. —

Habló el Señor; y el Verbo reclinado  
En su seno divino con amable  
Aspecto, lleno de bondad y agrado,  
Se complació en su plática inefable.  
Atónito y rendido el pueblo alado,  
Empezó al punto el cántico aceptable  
De eterna adoracion, las arpas de oro  
Armónicas siguiendo el almo coro.

¡ Señor, Dios Sabaot! reine cumplida  
Tu inmensa voluntad: tú poderoso,  
Tú dador inefable de la vida,  
Tu Verbo de su asiento alto lumbroso  
Mire su feliz tropa ante él rendida,  
Que ensalza fiel su nombre glorioso;  
Y tu deidad y su deidad confiesa:  
Y el santo coro en su cantar no cesa.

Todo era gozo y salvas: el gran día  
En que en orden se puso el caos oscuro,  
Cuando á la voz de Dios el sol nacia  
Como en carro triunfal, ni fué tan puro,  
Ni semejó su altísima alegría.  
Aquel solo que vió, vencido el duro  
Infierno, entrar á Cristo en la alta esfera  
De justos rodeado, igual le fuera.

Cuando en medio del júbilo imperiosa  
Tronó la voz del Padre; y de repente  
Cesó el aplauso en la mansion gloriosa,  
Y él mirando á Miguel: resplandeciente  
Paraninfo, mi escuadra numerosa  
Guia, le manda, y rinde al impotente  
Enemigo de Dios: riúdelo; y muestra  
La fuerza en él de mi sagrada diestra.

Tu zelo fiel he visto con agrado,  
Y por él de mi ejército invencible  
Príncipe te escogí: yo he confortado  
Tu brazo: nada temas: mi terrible  
Rayo fulmina, y caiga derrocado  
Ruiendo el bando pérfido al horrible  
Abismo, donde el fuego eterno arde;  
Y que temple mi cólera no aguarde.

Los montes turba: los collados huella:  
Y espárceles cual polvo. — Así decia  
La Justicia inefable: humilde ante ella  
Con sus doradas alas se cubria

Silencioso el arcánjel, la faz bella  
Poner no osando al fuego que salia  
A manera de un rápido torrente  
Del rostro del airado Omnipotente.

Ardia en llamas vivas la montaña:  
Y en nubes de humo el trono luminoso  
Se oscureció: tronó su inmensa saña  
Tres veces con son hórrido, espantoso;  
Y el escuadron que cerca le acompaña  
De puros serafines, pavoroso  
Se postró ante su faz, clamando: gloria,  
Gloria á ti, Señor Dios de la victoria.

Parte Miguel al punto rodeado  
De miles de millares de escojidos,  
Que en el reino de paz tienen guardado  
Su eterno galardón, esclarecidos  
Hijos de luz con el blason sagrado  
Del Cordero en la frente distiguidos,  
En fuerza confirmados invencible,  
Y en las manos el rayo irresistible.

Las olas que sin fin rompe en la tierra  
La mar, cuando sus playas bate airada,  
La inmensa arena que su abismo encierra,  
Suma hicieran bien leve, comparada  
Con la fiel turba que á la sacra guerra  
Se apresta, corre, llega acelerada:  
Ni por esto el Señor solo se via,  
Que otra hueste aun mayor corte le hacia.

¡ Oh musa celestial, tú que asististe  
Al alarde glorioso, y las hileras  
De los fuljentes querubines viste  
Tendidas ya las inclitas banderas;  
Los nombres dime que en el cielo oíste  
De tanto campeón, que en duraderas  
Láminas guarda el libro de la vida:  
Honra á sus altos triunfos bien debida!

Callarlos el Altísimo ha querido;  
Ni un humilde mortal, aunque tocado  
Fuese su labio audaz del encendido  
Carbon con que el profeta fué abrasado,  
A contarlos bastara: el merecido  
Tributo de loor á ellos negado,  
Sagrada musa, á los caudillos demos;  
Y sus inclitos nombres celebremos.

En alas cuatro el batallon divino  
De fondo impenetrable parecia  
La ciudad, que de jaspes y oro fino  
El águila de Dios labrada un día  
Vió del cielo bajar. Cual matutino  
Sol, al frente Miguel resplandecia,  
Y de oriente á occidente cobijaba,

Cuando sus anchas alas desplegaba.  
 Menos temible entre la zarza ardiente  
 Le vió en Oreb el mayoral sagrado,  
 O el grande Josué con el luciente  
 Acero en Jericó desenvainado:  
 Su aspecto un fuego vivo, en la alba  
 [ frente  
 ¿Quién como Dios? impreso, el brazo al-  
 [ zado

Con firme accion á combatir dispuesto  
 Y un rayo en él á fulminarlo presto.  
 Gabriel, fuerza de Dios, la diestra guía:  
 No cual despues pacífico y rendido  
 Trajo el *Ave* suavísimo á María,  
 Nuncio feliz; mas del furor tendido  
 Ahora el arco potente, parecia  
 Su voz la voz del trueno, el encendido  
 Rostro un horno ferviente, el recio aliento  
 Cual huracan del aquilon violento.

Rije Uriel el contrapuesto lado,  
 Espiritu á Dios fiel, de una nevada  
 Estola y faja de oro circundado,  
 Y en la alta diestra la fulmínea espada.  
 Con loriga de fuego el pecho armado  
 Y en rubia luz la frente coronada,  
 Tremendo Rafael la marcha cierra;  
 Y el solo hasta á fenecer la guerra.

Tales fueran los grandes jenerales,  
 Que al ejército el Todopoderoso  
 De sus furoros dió, todos iguales  
 En zelo y en lealtad, del ambicioso  
 Luzbel y sus sacrílegos parciales  
 Enemigos sin fin; y el pecho honroso  
 Ardiendo en comunal alto deseo  
 De hacer sus frentes de su pié trofeo.  
 Unense en líneas, mil y mil se ordenan  
 Y millares sin cuento; blandamente  
 Sus grandes alas al plegarse suenan;  
 Y en rededor el delicado ambiente  
 De olor de gloria y mil esencias llenan:  
 Sigue á una voz el himno reverente  
 De loor al Escelso: y acabado,  
 De un vuelo el gran caudillo en medio  
 alzado,

Cual un cometa hermoso: campeones,  
 Les habla, en quien su honor el Señor fia,  
 Y alistó la lealtad en sus pendones,  
 De Luzbel la sacrílega osadía  
 Visteis; y por sus locas sugestiones  
 La tercer parte de astros que servia  
 Obsequiosa ante el trono, deslumbrada

De su inefable autor mofar osada.  
 ¡ Insensatos! ¿ ignoran que su mano  
 Los sacó de la nada, y que si aleja  
 De sobre ellos su aliento soberano,  
 A nada tornarán? ¿ Burlar se deja?  
 ¿ O el rayo asolador enciende en vano?  
 Este rayo nos da: su justa queja  
 Vengüemos; y en nosotros el impío  
 De Dios sienta el inmenso poderío.

Hijos suyos, esclavos venturosos  
 Somos de su bondad: serlo queremos,  
 Y estos son nuestros timbres mas glorio-  
 [ sos.  
 Él con nosotros va: ¿ de qué tememos?  
 ¿ Quién como Dios?—Los vítores gozosos  
 No le dejan seguir; y á los extremos  
 Del infinito el eco los llevaba:  
 Dios, Dios, ¿ quién contra Dios? solo so-  
 [ naba.

Las prestas alas súbito deplegan  
 Entre salvas de bélica armonía;  
 Y mas veloces que los rayos llegan  
 Del solar globo hasta la tierra umbría,  
 Con sesgo vuelo rápidos navegan  
 Del vasto espacio la rejion vacía,  
 Con quien el ancha tierra fuera nada,  
 Toda en sola una línea prolongada.

No llega en resplandor á los radiantes  
 Parainfos la nube mas hermosa,  
 Que al mar cayendo el sol de mil cam-  
 [ biantes  
 Riquísimos matiza, ó tan vistosa,  
 Boreal aurora en ondas centellantes  
 Se descubre al Lapon: solo medrosa  
 En el medio una nube amenazaba,  
 Que las plagas eternas encerraba:

Plagas que allá en el hondo tenebroso  
 Pozo del ciego abismo á su mandado  
 Prestas el brazo apremia poderoso,  
 ¡ Mas ay! que el dia del furor llegado,  
 Las soltará otra vez: el sol lumbroso  
 Irá tinto de sangre y eclipsado:  
 Arderá el vasto mar; arderá el suelo;  
 Y á pedazos caerá deshecho el cielo.

Llega del aquilon á los distritos  
 La milicia invisible, donde habia  
 El apóstata terco en sus delitos  
 Fijado la nefanda tiranía.  
 Allí una banda inmensa de precitos  
 Ufana á todas partes le seguía,  
 Creyéndose por él libre y segura:

Ciega, inflexible en su infernal locura.

La execración blasfema, el insolente  
Escarnecer de Dios son sus canciones,  
Sus mas gratos saludos. Quién demente  
Se jacta de escederle en los blasones:  
Quién á arrastrar el solio refulgente  
Llevar quiere los fieros escuadrones:  
Quién se finje un Jehová: quién al im-

[pío

Medita ya usurpar el poderío.

Éntre tanto un trono levantado  
Del monte del Oprobio en la alta cumbre,  
Con mentido fulgor, y en él sentado  
Concita la confusa muchedumbre.  
Satan se jacta indómito á su lado,  
Casi con él igual; aunque la lumbré  
De su faz apagado antes se hubiera,  
Cuando con Dios airado contendiera.

Síguele Belzebú en ira ardiendo,  
A una gran torre igual en la estatura,  
A quien la guerra y sanguinoso estruendo  
Siempre agradó: con majestad oscura  
Del gran Nesroch, que príncipetremendo  
Es de los principados, la segura  
Frente entre las lejiones se sublima;  
A todos su soberbia dando grima.

De otra parte Moloch está horroroso,  
Biforme, en sangre tinto, en la montaña  
Creyéndose de Dios frente al glorioso  
Solio, Dagon, de su tremenda saña  
Triste ejemplo, Fegor torpe, asqueroso,  
Remon y Belial que le acompaña,  
Espíritu sin ley, protervo, osado,  
A Luzbel cercan de uno y otro lado;

Y otros príncipes mil que allá nacieron  
En las plagas de luz pura inefable,  
Y eternos bienes disfrutar pudieron;  
Mas su dureza los perdió execrable.  
Del libro santo de la vida fueron  
Con sentencia justísima inmutable,  
Arrancados sus nombres, y una impía  
Blasfemia el pronunciarlos hoy sería.

Pero él soberbio en todo remedando  
Del sumo Altitonante el señorío,  
Su forma vasta, desmedida alzando,  
En medio está cual un planeta umbrío  
Que á todos amenaza; y señalando  
Con el cetro silencio á su albedrío  
La confusion blasfema sosegada,  
Así empieza con furia despeñada:

¿ Del antiguo tirano la indolencia

No veis? ¿venir á combatirnos osa?

¿ Dónde está su aclamada omnipotencia?  
Yo le veo temblar; y á su medrosa  
Turba de serafines la clemencia  
Implorar de Luzbel... ¡ Memoria odiosa!  
Viles, viles esclavos le servimos;  
Mas la torpe cadena al fin rompimos.

Invictas potestades, conozcamos  
Nuestra nobleza clara; ignominioso  
Todo imperio nos es: libres seamos.  
¿ Cómo servir el ánjel?... Tan glorioso  
Teson á todo trance mantengamos.  
¿ Es mas ese Jehová, que al yugo odioso  
Rendirnos quiere? Puros, inmortales,  
Somos dioses cual él, y en todo iguales.

Su luz mentida deslumbrarnos pudo,  
Porque entre rayos escondió la frente;  
Temblamos ciegos, y á su mando crudo  
Se abatió humilde la cerviz paciente.  
Yo, yo os lo descubri; vedle desnudo  
De su falso poder; en el fulgente  
Reino que indigno obtuvo, le asaltemos,  
Y sus tímidas haces debelemos.

Su silla ocuparé... ¡ Jactancia impía!  
El gran Miguel de súbito asomando,  
Clama con voz de trueno: ¡ tu osadía  
Bastó á decirla! Pérfido, ¿ hasta cuándo  
Con tu Dios pugnarás? ¿ en qué confía  
Tu maldad loca á tu Hacedor juzgando?  
¿ Querrán tus pensamientos execrables  
Penetrar sus consejos insondables?

Tan lejos de ti van, cual de la senda  
Tú del bien, y en tu réprobo sentido  
Abandonado corres: mas tremenda  
Su indignacion santísima ha venido  
De lleno sobre ti, cual plaga horrenda  
De eterno perdicion: apercibido  
El arco está en su mano: tú el primero  
Caerás, estrago de su golpe fiero.

¡ Ay protervo! ¡ ay de ti! ciegos par-  
[ciales,  
Que su demencia deslumbró orgullosa,  
Y falaz precipita á inmensos males,  
¡ Ay de vosotros! ¡ ay! ¿ por la dichosa  
Obediencia al Señor sus infernales  
Imperios conmutais? ¡ oh lastimosa  
Ceguedad! ¿ vuestro dueño soberano  
Dejais por la obra infame de su mano?  
Al Unjido del Padre, á su Hijo augusto,  
Igual con él, que en su divina mente  
Sin principio enjendró, ¿ negais el justo

Feudo de adoracion? él vuestra frente  
Hollará triunfador, y tan injusto  
Teson dispará. Luzbel demente,  
¡Hollarme! ¡hollarme á mí! ¡blasfemia!

[clama,

Y presto rayo en cólera se inflama.

Sus pérfidos parciales á él unidos  
Claman tambien: ¡blasfemia! y con tre-

[mendo

Tumulto y discordantes alaridos  
A batallar se aprestan, repitiendo:

¡Blasfemia, audaz blasfemia escandecidos.

Este fué el grito del combate horrendo,

En que el dragon postrado y sus secuaces,

Triunfó el Señor y sus potentes haces.

¡Quién contarle sabrá! ¡cómo en hu-

[mano

Sentido caber puede! ¿dónde ciego

Voy? ¿qué estrépito se oye? Del tirano

Los golpes son, el centellante fuego

Del rayo de Miguel. Ven, soberano

Espíritu, ven pío al tierno ruego

De un mortal que de Dios las iras canta:

Oid todos, y temblad su diestra santa.

Ordénase de presto el feroz bando,

Y al ejército fiel su inmensa frente

Toda de fuego opone, como cuando

Arde un antiguo bosque, y refulgente

La llama al cielo sube rechinando;

Que el trueno y rayo, y torbellino ar-

[diente,

Si de temple inferior, también llevaba,

Y su soberbia misma los forjaba.

Cada cual se imagina un Dios terrible

Lleno de majestad y poderío;

Y con furor avanza irresistible.

Los gritos y humo y resplandor sombrío

Los trances doblan del encuentro horrible;

Y la infernal discordia con impío

Soplo las líneas corre, enciende, incita,

Y á todos mas y mas los precipita.

Luzbel, cual el relámpago lijero

Vaga por todas partes, lo mas rudo

Del combate buscando, insta severo;

Alienta fervoroso, y firme escudo

De las lejiones es; gritando fiero:

Cargad, dioses, cargad, que de este crudo

Punto el quedar en libertad gloriosa

Pende; ó volver á la cadena odiosa.

Del sumo Rey el tercio numeroso

No así se ajita audaz, ni en furor tanto,

Sino firme, paciente, silencioso.

El orden sigue del caudillo santo:

Semejante á un nublado tempestoso,

Que inmóvil á la vista pone espanto;

Pero en todos bien claro Dios se via,

Y el inmenso poder que los rejia.

El choque llega al fin, el choque hor-

[rendo.

Estréchanse las líneas, los veloces

Rayos chispeando cruzan, el estruendo

Del trueno brama entre discordes voces.

Gabriel, el gran Gabriel vibra un tre-

[mendo

Huracan, que derriba los atroces

Parciales de Asmodeo, y pasa osado,

Hollando invicto el escuadron postrado.

La confusion los turba, la rabiosa

Discordia á unirlos corre, y con demente

Furia los lanza entre la lid dudosa,

Va delante, y les presta el rayo ardiente;

Mas del ánjel la banda victoriosa,

Cual duro escollo opuesto al impotente

Proceloso batir del oceano,

Firme, inmóvil resiste el choque insano.

Todo con él se estremeció medroso;

Solo el monte en que fija la morada

Tiene el Escelso, en eternal reposo

Duró quieto, de donde en su encumbra-

Silla velado en esplendor glorioso,

Su ejército en la accion ruda obstinada,

Con faz de gloria inalterable via,

Y la victoria ante sus piés yacia.

Así el ciego conflicto y teson crece;

El relámpago presto centellea,

Y el reino de las luces se oscurece

En nubes de humo negro: aquí guerrea.

Línea con línea firme; allí se ofrece

Un nuevo choque y orden de pelea:

Dos lejiones se ven en alto alzarse;

Y una con otra crudas aferrarse.

Y cual dos vastas nubes que en su seno

La desolacion llevan, impelidas

De huracanes contrarios, el sereno

Cielo con llamas turban repetidas,

Y en sus cóncavos jime ronco el trueno;

Así en sus raudas alas sostenidas,

Violentas chocan y discordes claman;

Y en ráfagas de luz todo lo inflaman.

Las plagas del Señor, sus eternas.

Plagas entónces horribidas resuenan:

Azórnanse las huestes infernales,

Y de atroz rabia y confusion se llenan.  
Mas tornan fieras de sus crudos males  
Y otra vez y otras mil se desordenan:  
Hiere el fiel bando, hiere, y el impío,  
Mas ciego, carga en su impotente brío.

Ni hay ceder por ningunos: los dañados  
Anjeles cada vez mas inflexibles  
Y en su letal orgullo mas cerrados:  
Los altos paraninfos de invisibles  
Esfuerzos sostenidos, y abrasados  
Por la causa de Dios. ¡Cuántos terribles  
Trances y encuentros, y batallas fieras,  
Sacra musa, en un punto entonces vieras!

Que cada cual á derrocar bastaba  
Este nuestro universo al caos oscuro,  
Solo al Señor menor; y batallaba  
Contra otra igual virtud. Si en su ser puro  
La sustancia del ánjel fuese esclava  
De la muerte fatal, con cada duro  
Golpe de un querubín mil fenecieran,  
Y al primer choque todos ya no fueran.

Porque así se cargaban, como cuando  
Consumados los siglos, en el cielo  
La pavorosa trompa resonando,  
Se hundan los montes al abismo, el suelo  
Se suba á las estrellas, fluctuando  
Los astros choquen entre sí, de duelo  
Se vista el dia; y caiga despeñada  
Naturaleza al seno de la nada.

Por todas partes ínclitas acciones  
Se obran á par: con ímpetu invencible  
Postra de Belzebut los batallones  
De Rafael la diestra irresistible:  
Al trueno asolador los campeones  
Mas obstinados ceden: el horrible  
Caudillo ante sus piés ciego, perdido  
Cae; empero sin darse por rendido.

Satanás vuela á darle presta ayuda  
Seguido de millares; mas la mano  
De Uriel le detiene; de su aguda  
Centella herido, y en rencor insano  
Ardiendo Moloch yace: la ceñuda  
Frente de Belial, que el soberano  
Esfuerzo de Gabriel probar queria,  
Tambien hollada ante su pié yacia.

Y tú, almo jeneral, ¿en cuánto hor-  
[rendo  
Trance te viste? ¿á cuántos debelaste?  
¿Quién decirlo podrá? con tu tremendo  
Rayo devastador á mil cargaste,  
Rendiste á miles: de Jehová luciendo

La inefable virtud atrás dejaste;  
Al rápido huracan del impío bando  
Las largas filas súbito arrasando.

Otro blason mas ínclito te espera:  
Ser el impuro príncipe debía  
Víctima de su diestra: en rabia fiera  
Viendo desórden tal sin seso ardía;  
Y entre mil rayos de una en otra hilerá  
Dando á todos aliento discurría:  
A quien cubre, á quien hiere, incita, clama;  
Y á singular combate á Miguel llama,  
Gritando: Anjel cobarde, vergonzoso  
Ministro del Tirano, á quien mas gusta  
Que ser libre y ser Dios, su imperio odioso,  
Mercenario cantor, siempre en injusta  
Adoracion rendido, temeroso  
No huyas de mi furor, si no te asusta  
La escelsa diestra que invencible osa  
A el ánjel dar su libertad gloriosa.

Ven; no te aplaudas ya, porque han  
[cejado

Tal vez mis campeones inflexibles:  
En rebelion tan justa despeñados,  
Nuestros odios serán inestinguibles:  
Opondré al de tu Dios un nuevo estado;  
Y Luzbel reinaré. Guerras, horribles  
Guerras levantaré: tema en su trono,  
Tema mi eterno, mi implacable encono.

Cesa, nefario, apóstata atrevido,  
Autor del mal, que la discordia impía  
En el reino de Dios has encendido:  
Su maldicion te oprima; y tu osadía  
De su siervo reciba el merecido  
Galardon esta vez. — Así decia,  
Respondiendo Miguel; y el brazo alzaba,  
Que el Altísimo mismo confortaba.

Uno para otro parten mas veloces  
Que va la vista rápida: el estruendo  
Del trueno los seguía: á los atroces  
Golpe tiembla el espacio en son horrendo  
Y arde el tirano en ímpetus feroces.  
Pero el ánjel de luz, fiel repitiendo  
¿Quién como Dios? un rayo agudo vibra,  
Al que el estrago del protervo libra.

Ibale á despedir sobre él cargado,  
Cuando el cordero súbito se ofrece  
En su trono de gloria, y circundado  
Del iris entre nubes resplandece,  
Que así el Padre en su seno lo ha orde-  
[nado;  
Y á él solo el alto triunfo pertenece.

Diez mil miles delante armados vuelan,  
Y otros y mas en su servicio velan.

Los pasos le allanaba un mar de fuego;  
Y el terror y el espanto le seguian.

Cesó al verle la accion: perdido y ciego  
Tembló Luzbel: sus fuertes se cubrian  
Deslumbrados la faz, mientras en juego  
Plácido recibiéndole corrian

Las seráficas huestes: Santo, Santo,  
Repetiendo delante en dulce canto.

A ti solo victoria, ó Poderoso,  
Pues se alza sobre todo tu grandeza.

¿Quién se opondrá á tu brazo glorioso,

De los siglos Señor? la fortaleza  
A tu derecha está, tú, belicoso,  
Tú eres grande y escelso; empieza, empieza  
Tus venganzas, ó rey; y la traidora  
Turba ahuyente tu diestra triunfadora.

Él se alzó sobre el trono, y de su asiento  
Corrió otro mar de fuego; el detenido  
Rayo el ánjel fulmina, y sin aliento  
Cae bramando el Dragon ante él vencido.  
Disipóse cual humo al raudo viento,  
Seguida del ejército escojido  
Su infiel tropa; y la altísima morada  
La echó de sí al abismo despeñada.

## ELEJIAS MORALES.

### ELEJIA I.

#### EL DELEITE Y LA VIRTUD.

¡Oh loca ceguedad! ¿será que rompa  
Las cadenas que me atan con la tierra?

¿Oh dejaré que el ocio me corrompa?

¿Rebelaréme al vicio, y cruda guerra  
Le haré con firme pecho? ¿ó comunero  
Con el vulgo seré, que siempre yerra?

¿Osaré declararme compañero  
Del bardo vencedor, que heroico pisa  
De la virtud el áspero sendero?

¿Seré del pueblo la cancion y risa?

¿O su malsana vanidad siguiendo,  
Correré á mi despeño aun mas aprisa?

Las altísimas cumbres que estoy viendo,  
Van del honor al templo... Allí me llama,  
Allí el deleite plácido riendo.

Sus vinos, cebo al paladar, derrama  
En transparentes copas, con su fuego  
El ya movido corazon me inflama.

¿A quién no arrastrarán el blando ruego,  
La música y balsámicos olores,

Y de tanto amador la trisca y juego!

Toda es gala la tierra y lindas flores,  
Del céfiro adormece el manso aliento,  
Los trinos de las aves son amores.

Írme mal grado yo tras ellas siento:

La razon me detiene: el apetito

Aguija, y corre mas veloz que el viento.

¿Será, me dice, disfrutar delito

Los frescos valles que á la vista tienes?

¿O yerro entrar en tan feliz distrito?

¿No ves los lisonjeros parabienes,

Con que la alegre turba solicita

Que á gozar corras sus inmensos bienes?

Naturaleza pródiga te incita,

Y su abundante mesa te prepara:

¿Sordo serás, cuando placer te grita?

Escúchala; y no necio tan avara

La juzgues con el hombre que ha criado

A que sus dones como rey gozara.

El pesar sigue al gozo; el abrasado

Estío á la apacible primavera;

Y al abundante otoño el cierzo helado.

El tiempo vuela; la ocasion no espera;

Goza tu edad lozana; y los oídos



Tapa, y no escuchen la razcn severa.

Corre, corre estos prados que floridos,  
Son viva imájen de tus verdes años;  
Y á la vejez remite los jemidos.

Así me disimula sus engaños  
Con halagüeña voz; así procura  
Ciego arrastrarme á sempiternos daños.

Mas luego la razon que á su luz pura  
Del ánimo la niebla desvanece,  
De la virtud me muestra la hermosura.

Ella dolida de mi error, me ofrece  
Su diestra celestial; y la gloriosa  
Palma me ostenta que jamás perece.

¿Qué los placeres son, con amorosa  
Boca me acusa, y el fugaz contento,  
Sino envuelta en espinas frágil rosa?

Que apénas abre entre fragante aliento  
De suave aroma el seno delicado,  
La agosta el sol, ó la deshoja el viento.

Evita, evita el lazo do enredado  
Was mísero á caer; y la engañada  
Tropa desdeña y su falaz cuidado.

Presto verás cuál la vejez helada  
Trueca su risa en lágrimas, y en mudo  
Silencio el canto y música acordada.

El pesar y el tenor con diente agudo  
Su infeliz pecho romperán, las flores  
Lozanas vueltas en invierno crudo.

Y en pos la enfermedad y los dolores  
A quejarlos vendrán con mil insanos  
Recuerdos y fantásticos pavores.

Hasta el sepulcro tenderán las manos,  
Buscando asilo entre su horror: ¡ay! huye,  
Huye, y no atiendas los clamores vanos.

No los atiendas, necio.—Así me arguye;  
Y la razon con su favor deshace  
El ciego ardor que el corazon destruye.

Y yo, como el enfermo á quien desplace  
En fiebre ardiente amarga medicina,  
Y odioso el que la sirve, se le hace;

Así de la razon la luz divina  
No puedo resistir, mirar no osando  
La virtud en su alteza peregrina.

Y en encendidas lágrimas bañando  
Las pálidas mejillas, aun suspiro  
Por el mentido bien que voy dejando:  
¡Tan dulce es la prision en que me miro!

## ELEJIA II.

A JOVINO: EL MELANCÓLICO.

CUANDO la sombra fúnebre y el luto  
De la lóbrega noche el mundo envuelven  
En silencio y horror, cuando en tranquilo  
Reposo los mortales las delicias  
Gustan de un blando saludable sueño;  
Tu amigo solo, en lágrimas bañado,  
Vela, Jovino, y al dudoso brillo  
De una cansada luz, en tristes ayes  
Contigo alivia su dolor profundo.

¡ Ah! ¡ cuán distinto en los fugaces dias  
De sus venturas y soñada gloria  
Con grata voz tu oido regalaba!  
Cuando ufano y alegre, seducido  
De crédula esperanza al fausto soplo,  
Sus ansias, sus delicias, sus deseos  
Depositaba en tu amistad paciente,  
Burlando sus avisos saludables.  
Huyeron prestos como frágil sombra,  
Huyeron estos dias; y al abismo  
De la desdicha el mísero ha bajado.

Tú me juzgas feliz... ¡ Oh si pudieras  
Ver de mi pecho la profunda llaga,  
Que va sangre vertiendo noche y dia!  
¡ Oh si del vivo, del letal veneno,  
Que en silencio le abrasa, los horrores,  
La fuerza conocieses! ¡ Ay Jovino!  
¡ Ay amigo! ¡ ay de mí! Tú solo á un triste,  
Leal, confidente en su miseria estrema,  
Eres salud y suspirado puerto.

En tu fiel seno, de bondad dechado,  
Mis infelices lágrimas se vierten,  
Y mis querellas sin temor piadoso  
Las oye, y mezcla con mi llanto el tuyo.  
Ten lástima de mí: tú solo existes,  
Tú solo para mí en el universo.  
Do quiera vuelvo los nublados ojos,  
Nada miro, nada hallo que me cause  
Sino agudo dolor ó tedio amargo.  
Naturaleza en su hermosura varia  
Parece que á mi vista en luto triste  
Se envuelve umbría; y que sus leyes rotas,  
Todo se precipita al caos antiguo.

Sí, amigo, sí: mi espíritu insensible  
Del vivaz gozo á la impresion suave,  
Todo lo anubla en su tristeza oscura,  
Materia en todo á mas dolor hallando:  
Y á este fastidio universal que encuentra

En todo el corazon perenne causa.  
 La rubia aurora entre rosadas nubes  
 Plácida asoma su risueña frente  
 Llamando al dia; y desvelado me oye  
 Su luz modesta, maldecir los trinos  
 Con que las dulces aves la alborean,  
 Turbando mis lamentos importunos.  
 El sol velando en centellantes fuegos  
 Su inaccesible majestad, preside  
 Cual rey al universo, esclarecido  
 De un mar de luz que de su trono corre.  
 Yo empero huyendo dél, sin cesar llamo  
 La negra noche; y á sus brillos cierro  
 Mis lagrimosos fatigados ojos.  
 La noche melancólica al fin llega  
 Tanto anhelada; á lloro mas ardiente,  
 A mas gemidos su quietud me irrita.  
 Busco angustiado el sueño: de mí huye  
 Despavorido; y en vijilia odiosa  
 Me ve desfallecer un nuevo dia,  
 Por él clamando detestar la noche.

Así tu amigo vive: en dolor tanto,  
 Jovino, el infelice de ti lejos,  
 Lejos de todo bien sumido yace.  
 ¡Ay! ¿dónde alivio encontraré á mis penas?  
 ¿Quién pondrá fin á mis extremas ansias?  
 ¿O me dará que en el sepulcro goze  
 De un reposo y olvido sempiternos?...  
 Todo, todo me deja y abandona.  
 La muerte imploro; y á mi voz la muerte  
 Cierra dura el oido: la paz llamo,  
 La suspirada paz que ponga al menos  
 Alguna leve tregua á las fatigas  
 En que el llagado corazon guerrea:  
 Con fervorosa voz en ruego humilde  
 Alzo al cielo las manos: sordo se hace  
 El cielo á mi clamor; la paz que busco,  
 Es guerra y turbacion al pecho mio.

Así huyendo de todos, sin destino,  
 Perdido, estraviado, con pié incierto,  
 Sin seso corro estos medrosos valles:  
 Ciego, insensible á las bellezas que ora  
 Al ánimo do quiera reflexivo  
 Natura ofrece en su estacion mas rica.  
 Un tiempo fué que de entusiasmo lleno  
 Yo las pude admirar; y en dulces cantos  
 De gratitud holgaba celebrarlas  
 Entre éstasis de gozo el labio mio.  
 ¡Oh cómo entonces las opimas mieses,  
 Que de dorada arista defendidas  
 En su llena sazon ceden al golpe

Del abrasado segador! ¡oh cómo  
 La ronca voz, los cánticos sencillos  
 Con que su afán el labrador engaña,  
 Entre sudor y polvo revolviendo  
 El rico grano en las tendidas eras,  
 Mi espíritu inundaran de alegría!  
 Los recamados centellantes rayos  
 De la fresca mañana, los tesoros  
 De llama inmensos que en su trono ostenta  
 Majestuoso el sol, de la tranquila  
 Nevada luna el silencioso paso.  
 Tanta luz como esmalta el velo hermoso  
 Con que en sombras la noche envuelve el

[mundo,

Melancólicas sombras, jamás fueran  
 Vistas de mí, sin bendecir humilde  
 La mano liberal que omnipotente  
 De sí tan rica muestra hacernos sabe:  
 Jamás lo fueran sin sentir batiendo  
 Mi corazon en celestial zozobra.

Tú lo has visto, Jovino, en mi entusiasmo  
 Perdido dulcemente fujitivas  
 Volársemle las horas..... Todo, todo  
 Se trocó á un infeliz: mi triste musa  
 No sabe ya sino lanzar suspiros,  
 Ni saben ya sino llorar mis ojos,  
 Ni mas que padecer mi tierno pecho.  
 En él su hórrido trono alzó la oscura  
 Melancolía; y su mansion hicieran  
 Las penas veladoras, los gemidos,  
 La agonía, el pesar, la queja amarga,  
 Y cuante monstruo en su delirio infausto  
 La azorada razon abortar puede.

¡Ay! ¡si me vieses elevado y triste,  
 Inundando mis lágrimas el suelo,  
 En él los ojos, como fria estatua  
 Inmóvil y en mis penas embargado,  
 De abandono y dolor imájen muda!  
 ¡Ay! ¡si me vieses, ¡ay! en las tinieblas  
 Con fugaz planta discurrir perdido,  
 Bañado en sudor frio, de mi propio  
 Huyendo, y de fantasmas mil cercado!  
 ¡Ay! ¡si pudieses ver..... el devaneo  
 De mi ciega razon, tantos combates,  
 Tanto caer, y levantarme tanto:  
 Temer, dudar, y de mi vil flaqueza  
 Indignarme afrentado, en vivas llamas  
 Ardiendo el corazon al tiempo mismo!  
 ¡Hacer al cielo mil fervientes votos;  
 Y al punto traspasarlos..... el deseo.....  
 La pasion, la razon ya vencedoras.....

Ya vencidas huir !... Ven, dulce amigo,  
 Consolador y amparo, ven y alienta  
 A este infeliz, que tu favor implora.  
 Estiende á mí la compasiva mano;  
 Y tu alto imperio á domeñar me enseñe  
 La rebelde razon: en mis austeros  
 Deberes me asegura en la escabrosa  
 Difícil senda que temblando sigo.  
 La virtud celestial y la inocencia  
 Llorando huyeran de mi pecho triste,  
 Y en pos de ellas la paz; tú conciliarme  
 Con ellas puedes; y salvarme puedes.  
 No tardes, ven; y poderoso templa  
 Tan insano furor: ampara, ampara  
 A un desdichado que al abismo que huye,  
 Se ve arrastrar por invencible impulso;  
 Y abrasado en angustias criminales,  
 Su corazón por la virtud suspira.

## ELEJIA III.

DE MI VIDA.

¿DÓNDE hallar podré paz? el pecho mio  
 ¿Cómo alivio tendrá? de mi deseo  
 ¿Quién bastará á templar el desvarío?  
 Cuanto imagino, cuanto entiendo y veo  
 Todo enciende mi mal: todo alimenta  
 Mi furor en su ciego devaneo.

Se alza espléndido el sol, y el mundo  
 [alienta  
 De vida y acción lleno: á mí enojosa  
 Brilla su luz, y mi dolor fomenta.

Corre el velo la noche pavorosa,  
 Bañando en alto sueño á los mortales;  
 Y en plácida quietud todo reposa.

Yo solo, en vela, en ansias infernales  
 Jimo, y el llanto mis mejillas ara;  
 Y al cielo envío mis eternos males.

¡Ay! ¡la suerte enemiga cuán avara  
 Desde la cuna se ostentó conmigo!  
 Jamás el bien busqué, que el mal no hallara.

En cuitada orfandad, niño, de abrigo  
 Falto, solo én el mundo, quien me hiciese  
 No hallé un halago, ó me abrazase amigo.

¿Justicia pudo ser que así naciese  
 Para ser infeliz? ¿que de mi seno  
 Nunca el gozo señor ni un punto fuese?

¿Nacen los hombres á penar? ¿ajeno  
 Es el bien de la tierra? ¿ó me castigas  
 A mí tan solo, Dios clemente y bueno?

Perdona mi impaciencia, si me obligas  
 A tan miserables quejas: ¿por qué el crudo  
 Dolor en breve punto no mitigas?

¿Por qué, por qué me hieres tan sañudo?  
 ¿Quieres, justo Hacedor, romper tu he-  
 [chura?

El polvo, ¡ay padre! ¿en qué ofenderte  
 [pudo?

Da paz á este mi pecho; de la oscura  
 Tiniebla en que mis pies envueltos veo,  
 Llévame por tu diestra á la luz pura.

El iluso y frenético deseo  
 Rije, Señor, con valedora mano;  
 Y haz la santa virtud mi eterno empleo.

Yo de mí nada puedo: que liviano  
 Si asirle quiero, escapa: si frenarle,  
 De mi flaco poder se hurta insano.

¡Cuántas, oh cuántas veces arancarle  
 Del abismo do está! ¡cuántas del puro,  
 Del casto bien propuse enamorarle!

¡Oh si alcanzase en soledad seguro  
 Vivir al menos! exclamé llorando  
 Mi estado fuera entonces menos duro.

Ferviente hasta el gran Ser la mente al-  
 [zando,

La quieta noche, el turbulento día  
 Pasara yo sus obras contemplando.

Con el alba la célica armonía  
 De las aves del sueño me llamara;  
 Y á las suyas mi lengua se uniría

A adorar su bondad: cuando vibrara  
 Mas sus fuegos el sol, del bosque hojoso  
 La sombra misteriosa me guardara.

Si tu pendón la noche silencioso  
 Alzara, y en su trono la alba luna  
 Bañara el mundo en esplendor gracioso;

Yo sus pasos siguiendo de una en una  
 Recordara, seguro de mas daños,  
 Las vueltas que en mí usara la fortuna.

Allí alegre riera sus engaños,  
 Su falaz ofrecer, el devaneo  
 De mis perdidos juveniles años.

Amé, y hallé dolor: volví el deseo  
 A las ciencias, creyendo que serian  
 Al alma enferma saludable empleo:

Las ciencias me burlaron, me ofrecian  
 Remedios que mis llagas irritaban;  
 Y á la hidalga razon grillos ponian.

Dejélas y corrí do me llamaban  
 La oficiosa ambición y los honores  
 Entre mil que sus premios anhelaban.

Mas fastidiéme al punto ; y á las flores  
Me torné del placer tras un mentido  
Bien, que á mi pecho causa mil dolores.

¡Oh! ¡hubieses siempre en soledad vivido!  
¡Siempre del mundo al ídolo cerrado  
Los ojos, y á su voz mi incauto oído!

Y hubiera tantas ansias escusado,  
Tanto miedo, y vergüenza, y cruda pena,  
Vijilia tanta en lágrimas bañado.

Pero el cielo parece que condena  
Los hombres al error; y que se place  
En que arrastren del vicio la cadena.

Nunca el seguro bien nos satisface:  
El placer nos fascina: la paz santa  
Morada nunca entre sus flores hace.

¿Quién hay que huella con segura planta  
La ardua senda del bien? ¿y quién, perdida,  
La torna á hallar, y en ella se adelanta?

Toda es escollos nuestra frágil vida:  
Tiende el vicio la red; y la dañosa  
Ocasión por mil artes nos convida.

El deseo es osado, cuan medrosa  
Y flaca la razón. A quién el oro,  
A quién mirada encanta cariñosa:

Otro al son corre del clarín sonoro  
Tras la gloria fatal; y en grato acento  
Le suena el bronce horrible, el triste lloro.

Aquel con ímpia audacia al elemento  
Voluble se abandona en frágil nave;  
Y los monstruos del mar mira contento.

Nadie se rije por razón, ni sabe  
Qué codicia, qué teme, qué desea,  
Cuál cosa vitupere, y cuál alabe.

Así el hombre infelice devanea,  
Sin que jamás el justo medio acierte:  
Y el mal de todos lados le rodea,  
Hasta que da por término en la muerte.

#### ELEJIA IV.

##### DE LAS MISERIAS HUMANAS.

¡Cox qué silencio y majestad caminas,  
Deidad augusta de la noche umbrosa,  
Y en la alta esfera plácida dominas!

Llena de suave albor tu faz graciosa,  
Ver no deja el ejército de estrellas,  
Que sigue fiel tu marcha perezosa,

Mientras el carro de cristal entre ellas  
Rijiendo escelsa vas; y el hondo suelo  
Ornas y ajumbras con tus luces bellas.

Salve, ó brillante emperatriz del cielo  
Y reina de los astros; salve, hermana  
Del almo sol, de míseros consuelo.

A ti me acojo en la tormenta insana  
Que me abisma infeliz, á ti, que amiga  
Oírme sabes, y acorrerme humana.

Que en ti de alivio cierto, su fatiga  
Descarga el triste; y el que en grillos llora,  
Con tu presencia su penar mitiga.

Perdido el rumbo, el náufrago te implora  
Contra la tempestad en noche oscura;  
Y el solitario tu deidad adora.

Y á todos tu solícita ternura  
Acoje y cura su llagado seno,  
Lanzando de sus rostros la amargura.

¡Luna! ¡piadosa luna! ¡cuánto peno!  
No, jamás otro en tu carrera viste,  
A otro infeliz cual yo de angustias lleno.

Un tiempo en lira de marfil me oíste  
Cantar insano mi fugaz ventura;  
Y envidia acaso de un mortal tuviste.

¡Oh! ¡cómo iluso en juvenil locura  
El mundo ante mis ojos parecía  
Risueño y de la vida el aura pura!

Crédulo yo á los hombres ofrecía  
Mi llano inerte seno: entre sus manos  
Cual simple corderillo me metía.

Injennos siempre, fáciles, humanos,  
Y la alma paz pintada en el semblante,  
Hermanos los creí; y hallé tiranos.

De oído sordo y pecho de diamante,  
Cuando en su amparo el infeliz los llama;  
Y en solo el mal su corazón constante.

A quién ciego furor el pecho inflama;  
Quién en muelleplacer se aduerme ciego;  
Y quién en ira atroz sangriento brama.

Sopla la envidia su dañado fuego,  
Mientras de oír hinchada se desdora  
La vanidad de la indijencia el ruego.

¡Ay! ¡ay de aquel que abandonado  
[llora;

Y vil ultraje de enemigos hados  
Crédulo en ellos fia solo un hora!  
Burlado jimirá, cual disipados  
Al puro rayo del naciente día  
Los palacios del sueño fabricados:

El que iluso en su ardiente fantasía  
Cuanto anheló, gozaba, congajoso  
Maldice despertando su alegría.

Apénase burlado; y sin reposo  
Del bien soñado, que cual sombra vana

Huye, en pos corre, y llámale lloroso.

Cada cual solo en adorar se afana

El ídolo que alzó su devaneo;

Y al cielo su aficion lo encumbrainsana.

¿Quién hace, quién de la virtud su  
[empleo?

¿Quién busca osado la verdad divina?

¿O al aura del favor cierra el deseo?

Llorosa al suelo la inocencia inclina

Su lastimada faz, y tiembla, y jime;

Y el vicio erguido por do quier camina.

Fiero el poder con ruda planta oprime

La sencilla bondad, que desolada

Ni aun huyendo su vida al fin redime.

La lumbré del saber yace eclipsada

En brazos del error, que omnipotente

Oprime la ancha tierra sojuzgada.

Y el mortal ciego, cuya escelsa mente

Sublimarse debiera en rauda vuelo

Sobre el trono del sol resplandeciente,

Y allí fijar en el confin del cielo

Su mansion inmortal; siempre en llorosa

Pena, en mísero afan jime en el suelo.

Jime, y adoracion rinde afrentosa

A otro mortal cual él; ó si se aía,

Mudo, azorado, ni aun quejarse osa.

Muy mas que si en su cólera le mira

Indignado el Señor, cuando su mano

Vibra el rayo, ministro desu ira;

El rápido huracan con vuelo insano

Trastorna el bajo mundo; y de la sierra

El roble erguido precipita al llano.

Yo vi correr la asoladora guerra

Por la Europa infeliz: á su bramido

Jemir el cielo, retemblar la tierra;

Y un pálido esqueleto sostenido

Sobre ella y sobre el mar, con mano airada

Miles hundir en el eterno olvido:

El fuego asolador la mies dorada

Aniquilar, la mies, ¡oh saña impía!

Del dueño inerte en lágrimas regada;

Y á un pueblo en solo el círculo de un día

Desaparecer de sobre el triste suelo,

Que el temblon viejo y la niñez huía.

En tal devastacion ciego el anhelo

Del humanal orgullo complacerse;

Y en locos himnos insultar al cielo.

Tanto el hombre infeliz embrutecerse

Puede, ¡oh dolor! el hombre que debiera

De una gota de sangre estremecerse;

Y en fraternal union en tanta fiera

Peste, como su ser mísero amaga,

Tierno acorrerse en su fugaz carrera.

Si como atiende la ilusion aciaga

De la pasion que su razon fascina,

Y el blando fuego de su seno apaga,

Dócil supiese oír su voz divina,

Su voz que entonce incorruptible suena,

Y á la mansa piedad siempre le inclina.

El daño universal mi propia pena

Me hizo, luna, olvidar: miro á mi her-

[mano,

Al hombre miro en infeliz cadena;

Y aunque gravemí mal, ya me es liviano.

## ELEJIA V.

### MIS COMBATES.

¡Qué sedicion, oh cielos, en mí siento,

Que en contrapuestos bandos dividido,

Lucha en contra de sí mi pensamiento!

Ora flaco el espíritu y rendido,

La espalda vuelve y parecer no osa:

Ora carga triunfante y atrevido.

La razon huye tímida y medrosa:

Síguela el sentimiento denodado;

Y cual hambriento lobo así la acosa.

El confuso tropel, el lastimado

Alarido, la queja y vocería

Tiene al cobarde corazon helado.

Gruesa niebla á mis ojos roba el día;

Y en tinieblas me deja y sin consuelo,

Llorando de la muerte en la agonía.

Una parte de mí se encumbra al cielo,

Otra entre crudos hierros jime atada

Al triste, oscuro, malhadado suelo.

Busco en vano la paz en la sagrada

Lumbré del albo día; y el sombrío

Fúnebre imperio de la noche helada

No es poderoso á dar al pecho mio

La tregua mas liviana, ó de mis ojos,

¡Ay! modera de lágrimas el rio.

¿Qué causa he sido yo de estos enojos?

¿No rezelé y temí, y al escarmiento

Dí ya en mi error los últimos despojos?

¿No resolví con jeneroso aliento

Jamás, jamás rendirme? ¿pues qué guer-

[ra,

Qué cruda guerra, ¡cielos! en mí siento?

¿A qué ignorado clima de la tierra

Para librarme huiré, si el enemigo

Dentro en el corazon la carga cierra?  
 ¿Por qué paz, ¡ay! no lie de tener con-  
 [migo?  
 ¿No será en sus locuras ya templado  
 De la virtud el sentimiento amigo?  
 ¿Quéés el hombre infeliz, si contrastado  
 Siempre de la ocasion ó del deseo,  
 Una vez entre mil es coronado?  
 ¿Será de la razon el noble empleo  
 Vencida ser del polvo?... Ensálze ahora,  
 Eusalze aquel divino, escelso arreo  
 Con que las ciencias todas atesora,  
 Y con alas de fuego se levanta  
 Sobre el inmenso espacio que el sol dora.  
 Fuérole mas seguir la virtud santa,  
 Que ante el vicio llorando estar rendida,  
 Y besar sierva vil su inmundada planta.  
 El eterno saber no nos dió vida  
 Para el cielo medir ó el mar salado,  
 Sino para á él labrarnos la subida.  
 Y el hombre en el error enajenado  
 Clama llorando lejos del camino,  
 Cual barco de las olas azotado,  
 Que sin timon ni velas, al contino  
 Batir de hórridos vientos, va lijero  
 A fenecer en misero destino.  
 Un mentido placer; un lisonjero  
 Halago de la suerte, el vil encanto  
 Del ocio, un nombre vano y pasajero,  
 Le tendrán siempre con desden ó llanto:  
 ¡Y la augusta virtud ni una mirada  
 Podrá deberle entre desvelo tanto!  
 ¡Ay! la frente serena y elevada,  
 La gallarda estatura, el alto pecho,  
 De tan escelso espíritu morada,  
 ¿Diceu acaso al hombre que fué hecho  
 Para este suelo humilde, deleznable,  
 Do apenas se halla el bruto satisfecho?  
 ¡Hombre! ¡ser inmortal! ¿tan desprecia-  
 [ble  
 ¿Quieres hacerte? el corazon levanta;  
 Y sé una vez en tu ambicion laudable.  
 Lo que mas ciego anhelas, lo que en-  
 [canta  
 Tus fascinados ojos, ¡cuán mezquino  
 Es mirado á tu luz, oh virtud santa!  
 Esa bóveda inmensa, do el divino  
 Poder sembró los astros, el lumbroso  
 Sol en su trono, el rápido camino  
 Que hacen torno la tierra, el pavoroso  
 Abismo, y cuanto puede de la nada

Sacar de Dios el brazo poderoso,  
 ¿No lo abarcas con sola una mirada  
 De la presta y ardiente fantasia.  
 Y te creas mil mundos, si te agrada?  
 ¡Y en la tierra tu fin y tu alegría  
 Fijas, partiendo con el vil gusano  
 La suerte de gozarla un solo dia!  
 Puedes al querubin llamar hermano;  
 Y á las arpas anjélicas unido  
 Seguir feliz el coro soberano,  
 Con que ante el trono del Señor ren-  
 [dido,  
 El pueblo celestial alegre suena  
 En himno de loor no interrumpido;  
 ¡Y el oro te deslumbra y enajena,  
 O por el mando y el favor suspiras,  
 Y del placer arrastras la cadena!  
 Corre con mente alada cuanto miras,  
 Esos globos de luz que en la callada  
 Noche en sus orbes rápidos admiras:  
 El ancho mar, do en vano fatigada  
 La vista busca un término: la tierra  
 De tanto bruto y árbolos poblada:  
 Las pavorosas nubes, do se encierra  
 La grata, fértil lluvia entre el lijero  
 Rayo que al mundo en su fragor aterra:  
 Del supremo poder el lisonjero  
 Encanto: y luego finje en tu albedrío  
 Otros mundos, y en todos sé el primero;  
 Y amontona con ciego desvario  
 Los bienes á los bienes, que horroroso  
 Has de hallar siempre el corazon vacío.  
 ¿No es inferior el oro al luminoso  
 Sol, que lo forja con su vista ardiente  
 De la tierra en el seno tenebroso?  
 ¿No es menos el placer que el indecente  
 Idolo que te arrastra? ¿y la fortuna,  
 Que el gran pueblo á quien sirve reve-  
 [rente?  
 ¿Y acaso de estas cosas puede alguna  
 Con tu divino espíritu igualarse,  
 Que brilla ya inmortal desde la cuna?  
 ¿Un inmundo carbon podrá preciarse  
 Cual el claro crisólito? ¡y al cielo  
 El vil lodo que huellas, compararse?  
 Pues menos, menos es el ancho velo  
 Contigo de su bóveda sagrada  
 Con cuanto cubre en el humilde suelo.  
 Tiempo vendrá que al seno de la nada,  
 La cadena del ser por Dios rompida,  
 Caiga naturaleza despeñada.

Fenecerán los astros, desunida  
 Su masa de cristal: en el medroso  
 Cáos la tierra vagará perdida;  
 Y el luminar del día del reposo  
 Saldrá de tantos siglos, impelido  
 Del brazo de un arcánjel glorioso.  
 Mas tu ser inmortal al alarido  
 Y universal ruina preservado,  
 Brillará á par del querubin lucido.

La eternidad le abrazará; y pasmaño  
 Verá siglos á siglos sucederse,  
 Mas y mas que olas lleva el mar airado.

¿En qué éatónes podrá reconocerse  
 Este barro caduco, ahora espuesto,  
 Cual humo á un débil soplo, á deshacerse?

¡Oh eternidad! ¡eternidad! ¡cuán presto  
 Mi espíritu en tu morada tenebrosa  
 Entrará, sin que aun nada haya dispuesto!

¡Acaso en plazo breve la medrosa  
 Campana sonará! ¿Qué es, ¡ay! la vida  
 Sino nave en las aguas presurosa?

¿Dó están los años de la edad florida?  
 ¿Dónde el reir? ¿el embeleso insano  
 De los placeres? ¡ilusion mentida!

Todo pasó: la asoladora mano  
 Del tiempo en el abismo de la nada  
 Lo despeñó con ímpetu inhumano.

Cuanto fué, feneció: la delicada  
 Beldad que ayer idolatré perdido,  
 Hoy sin luz yace del solano ajada.

Al que de un pueblo ante sus piés ren-  
 [dido  
 Ví aclamado, en la casa de la muerte  
 Le hallo ya entre sus siervos confundido.

Al que oí con envidia de tan fuerte  
 Jactarse, un soplo de lijero viento  
 Súbito en polvo su vigor convierte.

El sabio que con alto entendimiento  
 Señalaba al cometa su ardua via,  
 Cual él se esconde, si brilló un momento.

Y el que en sus cofres encerrar queria  
 Todo el oro fatal del rubio oriente,  
 Desnudo baja á la rejion sombría.

Perecen los imperios: grave siente  
 El peso del arado el ancho suelo,  
 Do la gran Troya se asentó potente.

Desierto triste la ciudad de Belo  
 De fieras es guarida: en la memoria  
 Esparta dura para eterno duelo.

¿Dó blason tanto y célebre victoria,  
 Dó se han hundido? ¡oh suerte miserable

Del ser humano! ¡oh frágil, fugaz gloria!  
 ¡Alma inmortal! ¿qué es esto? ¿en qué  
 [durable

Ventura anhelas? ¿la esperanza vana  
 Límitas ciega al barro deleznable?

Hija del cielo, ¿tras el vicio insana  
 Así te prostituyes?... el camino  
 Emprende de tu patria soberanía.

Empréndele, no tardes; tu destino  
 Es la virtud aquí; y en las mansiones  
 De gloria el premio á tus victorias digno.

No jactes, no, tu ser, si las pasiones  
 Te han degradado; ¿el mundo te recrea?  
 Bestia te torna; olvida tus blasones.

Un alma que se afana, que se emplea  
 En nadas de la tierra, es un lucero  
 Caido del cielo al lodo que le afea.

La virtud, la virtud: este el primero  
 De tus conatos sea, de tu mente  
 Estudio, de tu pecho afan sincero,  
 De tu felicidad perenne fuente.

## ELEJIA VI.

LA VIRTUD: EN LA TEMPRANA Y DOLO-  
 ROSA MUERTE DE UN HOMBRE  
 DE BIEN.

VIRTUD, alma virtud, don inefable,  
 Que Dios al hombre en su bondad envia;  
 Y al puro serafin gloriosa igualas  
 Su humilde y flaco ser, mis ruegos oye:  
 Llena mi pecho de tu escelso fuego,  
 Y mis pasos sosten. Por ti respiro:  
 Por ti soy libre; y traspasar me es dado  
 Muy mas presto que el águila las cinas  
 Del claro empireo, hasta llegar felice  
 A la altísima corte del Eterno.

Canto; y mi voz tus alabanzas suena,  
 Y el coro de los ángeles sus himnos  
 Une á los míos, y al Señor loamos.  
 Cesó; y callando el ánimo te goza.  
 Suspiro tierno; y la oracion ferviente  
 Con presto vuelo estática sublima  
 Mis blandos ayes al escelso trono.  
 Cuando mas grato el Inefable escucha  
 Con solícito amor las ansias tristes  
 Del polvo vil, que su bondad implora,  
 O jimo y lloro del ansiar contino,  
 Y entre mil sombras de mentidos bienes  
 Errar perdidos los mortales ciegos.

¡Oh! ¡cuántos días mi esperanza anduvo  
Colgada de un cabello! ¡cuántos, cuántos  
Cubierto el pecho de horrosas nubes,  
Temblé del trueno el pavoroso estruendo;  
Y el rayo asolador mi frente hería!  
Busqué la dicha, y abrazé un fantasma:  
Torné á buscar, y hallé miseras penas;  
Y jemí triste de mi hallazgo infausto,  
Aquí y allí, como la arista leve,  
Entre el temor y la inquietud perdido.

Tú lo has visto, Fani, sublime amiga  
De la virtud, idólatra de cuanto  
Honesto y bueno las delicias hace  
De las almas sensibles, cuyo seno  
Vence en candor á la brillante aurora,  
Vence á la nieve immaculada, siempre  
Del pobre abierto al clamoroso labio  
Y del triste á las lágrimas amargas.  
Tú lo has visto, Fani: ¡miseros días  
De horror y luto, y de zozobra y llanto!  
Que ya pasaron; y á mis ojos lucen  
Otros mas claros de inefable calma,  
De constante placer, jamás habidos  
Del que á la tierra vil la mente apegó.  
Tu oficiosa amistad sostuvo entonces  
Mi desaliento; y cual benigna lluvia  
De primavera tus palabras fueron  
Al agostado corazón, que aromas  
Y flores goza de llevara abrojos.  
Quísolo el cielo: y á curar mis llagas,  
Y á sustentarme con potente diestra  
Plácida la virtud corrió á mi ruego.

Ella que al sabio á la rejion sublima  
De quietud eternal, donde no alcanzan  
Ni los cuidados, ni las torvas nubes  
En que jemimos en la tierra oscura,  
Batidos siempre de sañosos vientos.  
Igual su pecho sin zozobra mira  
Rodar los días; y al profundo abismo  
Hundirse del no ser, en sombra y humo  
Vidas, triunfos, blasones disipando.  
La paz le rie afable, la sencilla,  
Sublime paz del bien obrar: sus plantas,  
Mas que á altísima roca el mar soberbio,  
Baten en vano las alzadas olas  
De las pasiones: inmutable espera  
A el alma cielo fuertemente asido;  
Y del Eterno en el inmenso seno  
Arrojándose fiel, cual hijo amado  
Goza feliz sus pródidas caricias.

El solo, él solo en inexhausta fuente

Sabe embriagarse de delicias puras,  
De verdaderos gozos: sombra y nada  
Los gozos son del turbulento mundo.  
Siempre el cuidado, la inquietud medrosa,  
La inconstancia fatal el alma aflijen;  
Y al fin la risa en lágrimas convierten.  
Anhela hoy loca, y exhalada vuela  
Tras lo que al punto insípido le cansa:  
Lánzase ciega á asir la rosa; y jime  
No hallando en ella sino agudas puntas,  
Que mil y mil el corazón le hieren.  
Y cual las flores fúnebres que exhalan  
Un cansado fotor, si en ricos tintes  
Brillan, engaño á los incantos ojos,  
Tal en mil formas al deseo iluso  
El contento falaz su imájen vana  
Muestra, encubriendo la fatal ponzoña.

No así, virtud, tus inefables gozos;  
Eternos como tú, siempre son nuevos.  
Sobre la impura atmósfera encumbrados  
De las pasiones y el voluble autojo,  
El alma siempre regalarse puede  
En su inmortal dulzor, y siempre gratos,  
Tiempo, penas, hastío, nada el gusto  
Del sabio apaga que á gozarlos llega.  
Su ilustrada razon tranquila rije  
Su vida igual; y su conciencia llama  
De la noche en el fúnebre silencio,  
En que su voz mas imperiosa truena,  
Sus pensamientos á imparcial exámen.  
Mira un deseo: y si traspasa indócil  
El alto valladar con que el Escelso  
Próvido encierra su vagar liviano,  
Al punto en pos lanzándose, las alas  
Le rompe locas; y en el cerco estrecho  
De su inefable ley torna á encerrarle.

Ante él sin fruto su engañosa rueda  
Tiende la vanidad, que al cielo encumbra  
La frente necia; y en el lodo hundida  
Lleva en el suelo la disforme planta.  
Sin fruto ostenta sus cadenas de oro  
El funesto poder; mas soberano  
Que los que el mundo silencioso adora  
En sus brillantes y caducas sillas,  
Sobre sí mismo reina: los sentidos,  
El corazón sus leyes obedecen.  
Y mientras ve la adulacion astuta,  
La mentira, el error que en torno espian  
Las coronadas frentes, mil fatales  
Sutiles lazos á sus piés tendiendo;  
Él recojido y en silencio escucha



La augusta voz de la verdad divina;  
Y corre en pos de su brillante antorcha,  
Que fiel le guía al paraíso eterno.

Mira á esta luz cuanto liviano el mundo  
Mas precia; y rie en sus juicios vanos.  
Ve en la beldad un fósforo agradable  
Que al quererle tocar, se apaga, y deja  
Solo dolor y funerales sombras.

En las grandezas un fantasma de humo  
Formado y nombres bárbaros, que esconden  
Dudoso el tiempo: en la ambicion funesta  
De la infeliz humanidad el duelo:

Y al orbe en sangre y lágrimas bañado.

Y en la elacion el impotente ahinco  
Del pigmeo que alzándose, la helada  
Cima del Atlas igualar pretende.

Su mente alada jenerosa vuela  
Sobre soles y soles, que sin cuento  
Rodando pueblan el inmenso espacio.  
Dios solo para su carrera ardiente:  
Vélo, y se postra ante el escelso trono;  
Y allí en deleite altísimo embriagado,  
Le adora y goza, y en su luz se anega,  
Mientras su seno en lágrimas se inunda  
De etérea suavidad, que en largo rio  
Plácidos brotan sus felices ojos.

O si tal vez hácia la tierra triste  
De allá los vuelve, con desden burlando  
Su inmensa pequeñez, ¿do está, pregunta,  
Dó está la Europa? ¿los imperios dónde,  
Que así ciegan los míseros mortales?  
Dios y su pecho ocupacion le prestan  
Larga y sabrosa; y la virtud benigna  
Despierta en él mil altos pensamientos.

Contino en ellos embebido, aprende  
Su nobleza á preciar: obra estremada  
Del gran Dios, hijo suyo y heredero  
Del reino eterno de la luz, hermano  
Feliz del ánjel, su nobleza es esta,  
Estos sus timbres y ascendencia augusta.  
De ella glorioso las congojas tristes  
Tu pecho ignora de la torva envidia;  
Ama tierno á su hermano: y en sus bienes  
Se abre sensible al inocente gozo,  
Cual al rayo solar fragante rosa.

Buen padre, amigo fiel, buenciudadano,  
Cuantos su lado afortunados ciñen,  
Cuantos su claro nombre lejos oyen,  
Todos cual númen tutelar le adoran.  
Inclina reverente el vicio mismo  
La frente ante sus piés; y si en su altura

Osa mirarle, atónito enmudece.  
Él entre tanto en afecciones tiernas,  
Inmenso cual su autor, á cuantos existe,  
Se derrama solícito, inflamado  
De esta llama de amor, que eterna arde  
Por la infinita creacion, dichosa  
Cadena que al gran Ser la nada enlaza,  
Corre sus milagrosos eslabones  
Del polvo al querubin, y en todos viendo  
El propio bien en el comun librado,  
Mas y mas vivos sus afectos arden.

Perseguirale con sus negras teas  
La atroz venganza; la calumnia aleve  
Le lanzará sus invisibles dardos,  
O la injusticia de su hogar sañuda  
Le arrojará, sin que el enojo un punto  
Nuble su corazon, que vuelto al cielo,  
Mi amigo, esclama, es Dios, y alegre rie.  
Plácida acaso le pondrá la suerte  
Sobre su instable rueda; los honores  
Coronarán su mérito sublime;  
Y el bajo orgullo encontrará cerrado  
Siempre su pecho; rejirá un imperio:  
Y jemirá en la púrpura importuna  
Por el retiro y su feliz llaneza;  
Mientras á Dios casi igual, pródigo entiende  
En la dicha del último vasallo.

Su continente es firme: débil caña  
Bulle el vicioso al ímpetu del viento,  
Que va, dóblase, y vuelve en jiros vagos.  
No el justo así, mas cual robusta encina  
Dilata firme sus pomposas ramas;  
Y en vano el huracan su planta bate.  
Pálida enfermedad, vejez caduca,  
Nada le turbará: la muerte llega;  
Y cual su amiga plácido la abraza.  
Lidié, canta, y vencí: la mano beso  
Que á sí me llama. La virtud sostiene  
Su cuello en la ardua lid desfallecido;  
Y el claro empíreo á recibirle se abre.

Faní, así vive el virtuoso y muere:  
Así brilló tu malogrado esposo,  
Tu Belardo infeliz, mi noble amigo,  
Mi protector, mi padre. Su nobleza  
Fué sola su virtud, no de su cuna  
El escelso esplendor, los largos bienes  
Amó viviendo el bien: amó los hombres,  
Y en ellos al gran Ser con tierno pecho.  
La hora sonó; y asido al hilo de oro  
De esperanza inmortal, por siempre á  
[unirse,

Cual á la palma jeneroso atleta,  
Voló seguro á su Hacedor inmenso.  
Todos lloraron en su muerte: él solo  
La vió el dardo lanzar con faz serena,  
De ti cercado y de sus dulces hijos;

Y alentó afable vuestro amargo duelo.  
Su vida un día fué cándido y puro:  
Su fin, cual sol que en el cerúleo ocaso  
Se hunde de llamas y arreboles lleno.

## DISCURSOS.

### DISCURSO I.

#### LA DESPREZADA DEL ANCIANO. (\*)

POR un valle solitario,  
Poblado de espesas hayas,  
Que á la silenciosa luna  
Cierran el paso enramadas,  
Un anciano venerable,  
A quien de la dulce patria  
Echan el odio y la envidia,  
Con inciertos pasos vaga.  
De cuando en cuando los ojos  
Vuelve hácia atrás, y se para;  
Y ahogársele el pecho siente  
Con mil memorias aciagas.  
¡Oh! ¡quiera el cielo benigno,  
En voz dolorida esclama,  
Que sobre ti patria ciega,  
Mi persecucion no caiga!  
Tú te ofendes de los buenos;  
Y de tus hijos madrastra  
Sus virtudes con oprobios,  
Con grillos sus luces pagas.  
Si la calumnia apadrinas,  
La desidia y la ignorancia,  
¿Dónde los varones sabios  
Podrás hallar que hoy te faltan?

(\*) Este discurso se imprimió antes de ahora en el número ciento cincuenta y cuatro del *Censor*, periódico tan útil como conocido.

La verdad ser gusta libre,  
Y con el honor se inflama:  
El no preciarla, la ahuyenta,  
Las cárceles la degradan.  
Nunca el saber fué dañoso;  
Ni nunca ser supo esclava  
La virtud. Si ciudadanos  
Quieres, eleva las almas  
¡Qué carrera tan inmensa,  
Se te descubrel labranza,  
Poblacion, letras, costumbres,  
Todo tu atencion aguarda.  
Aduladores te pierden,  
Que tus dolencias regalan:  
Cierra el pecho á sus consejos  
Y el oido á sus falacias.  
Las virtudes son severas;  
Y la verdad es amarga:  
Quien te la dice, te aprecia;  
Y quien te adula, te agravia.  
Contempla la edad augusta,  
Cuando en tu seno brillaban  
Mil héroes, dichosa envidia  
De las naciones estrañas;  
Siglo de oro de tus glorias,  
En que á la tierra humillada  
Enseñoreaste á un tiempo  
Con las letras y las armas.  
¿Qué se hiciera de tus timbres?  
¿De la sangre derramada  
De tus valerosos hijos  
¿Cuál fruto, dime, sacáras?

¿Por qué al menos no los premias,  
 Y su virtud no consagras  
 En honrosas inscripciones  
 Y en inmortales estatuas?  
 A tu juventud presentas,  
 Cuando aun no sabe imitarlas,  
 Las venganzas y adulterios  
 De las deidades paganas;  
 ¿Y un Pelayo, y un Ramiro,  
 Y otros mil que con su lanza  
 Quebrantaron las cadenas  
 Do jemías aherrojada,  
 En olvido sempiterno  
 Será que sumidos yazgan?  
 ¡Oh mengua! ¡oh descuido! ¡oh siglo!  
 ¡Cuán mal el mérito ensalzas!  
 Vieran sus débiles nietos  
 En sus venerables canas  
 Las virtudes, que les dieron  
 Nombre eterno, retratadas.  
 En esto, en esto debieras  
 Gastar los montes de plata  
 Que de las remotas Indias  
 Traen las flotas á tus playas.  
 El labrador, descendiente  
 De aquellos que por su espada  
 Te las dieron, con gemidos  
 Tristes el pan te demanda.  
 Su miserable familia  
 Por lecho tiene unas pajas,  
 ¿Y tú en locas vanidades  
 Sumas inmensas derramas?  
 ¡Guarte que á tu fin caminas!  
 El velo fatal arranca  
 De tus ojos, y contempla,  
 Contempla, ¡infeliz! tus llagas.  
 Esos superfluos tocados,  
 Esos airones y gasas  
 Que te ofrece el extranjero,  
 Venenos son que te acaban.  
 Con la virtud de tus hijos  
 Los compras: tus recatadas,  
 Antiguas fembas, ¡oh tiempos!  
 Del vicio mismo hoy se jactan.  
 Míralas la frente erguida,  
 Que altaneras y livianas,  
 Cual vano pavon provocan  
 La juventud castellana.  
 Un tiempo fué, cuando apenas  
 En lo interior de su casa  
 Como deidad la matrona

A sus deudos se mostrara.  
 Las labores y los hijos,  
 Entre dueñas y criadas,  
 Del alba á la media noche  
 Santamente la ocupaban;  
 Y hoy del adúltero al lado,  
 Sin seso calles y plazas  
 Corre impudente, y abona  
 Las mas viles cortesanas.  
 Vé tus jóvenes perdidos;  
 Y dile á su degradada  
 Naturaleza, que al Moro  
 A la Libia volver haga.  
 Sus rizadas trenzas mira,  
 Entre polvos y fragancia,  
 Mentir del sesudo anciano  
 La cabellera nevada,  
 Cuando del femeníl sexo  
 Usurpan dijes y galas;  
 Y de fatiga incapaces,  
 Un sol, un soplo los aja.  
 ¿Dó están los brazos velludos,  
 De cuyo esfuerzo temblaran  
 Un tiempo la Holanda indócil  
 Y la discorde Alemania?  
 ¿Dónde aquellos altos pechos,  
 Que en las Cortes de la patria  
 Su dignidad sostenian,  
 Y sus sanciones dictaban?  
 ¿Dónde aquellos de virtudes  
 Dechado augusto, en la Italia  
 Elocuentes defensores  
 De las vacilantes aras?  
 ¿Dónde el candor castellano,  
 La parsimonia, la llana  
 Fe, que entre todos los pueblos  
 Al Español señalaban?  
 Faltó el entusiasmo honroso;  
 La jenerosa crianza  
 Faltó, que un héroe algun dia  
 De cada hidalgo formara.  
 El hijo del padre al lado  
 Aprendió de sus palabras  
 La prudencia, y de su diestra  
 El manejo de las armas.  
 Rejir un bridon indócil  
 Supo, la cota acerada  
 Sufrir, y de sus vasallos  
 Responder á las demandas.  
 Vivió en sus campos entre ellos:  
 Vió del cultivo las ansias;

Y apreciar supo la espiga  
 En triste sudor regada.  
 Ni se desdenó á su mesa  
 De admitirlos, que á la usanza  
 Española los aliños  
 Peregrinos ignorara.  
 Con ellos partió sus bienes :  
 Entró á la humilde cabaña  
 Del pobre ; y trató las bodas  
 De la inocente aldeana.  
 Mas hoy todo se ha trocado :  
 Las ciudades desoladas  
 Por su nobleza preguntan ,  
 Por sus ricos-hombres claman ;  
 Mientras ellos en la corte ,  
 En juegos , banquetes , damas ,  
 El oro de sus estados  
 Con ciego furor malgastan.  
 Y el labrador indigente  
 Solo llorando en la parva  
 Ve el trigo, que un mayordomo  
 Inhumano le arrebatara.  
 ¿ Son para aquesto señores ?  
 ¿ Para esto vela y afana  
 El infelice colono ,  
 Espuesto al sol y la escarcha ?  
 Mejor, sí , mejor sus canes  
 Y las bestias en sus cuabras  
 Están. ¡ Justo Dios ! ¿ son estas ,  
 Son estas tus leyes santas ?  
 ¿ Destinaste á esclavos viles  
 A los pobres ? ¿ de otra masa  
 Es el noble que el plebeyo ?  
 ¿ Tu ley á todos no iguala ?  
 ¿ No somos todos tus hijos ?  
 Y esto ves ; ¿ y fácil callas ?  
 ¿ Y contra el déspota injusto  
 Tu diestra al débil no ampara ?  
 ¡ Ah ! sepan que con sus timbres  
 Y sus carrozas doradas  
 La virtud los aborrece ,  
 Y la razon los infama.  
 Solo es noble ante sus ojos  
 El que es útil, y trabaja ,  
 Y en el sudor de su frente  
 Su honroso sustento gana.  
 Ella busca, y se complace  
 Del artesano en la hollada  
 Familia ; y sus crudas penas  
 Con gemidos acompaña.  
 Allí el triste se condeue

Del triste ; y con mano blanda  
 Le da el alivio , que el rico  
 En faz cruda le negara.  
 Allí encuentra las virtudes :  
 Allí la mujer es casta ;  
 Y los obedientes hijos  
 Cual un Dios al padre acatan ;  
 Mientras en los altos techos  
 La discordia su ímpia rabia  
 Sopla, y tras la vil codicia  
 A todos los vicios llama.  
 La madre al hijuelo tierno  
 Echa del pecho inhumana ,  
 Partiendo su nombre agosto.  
 Con la triste mercenaria.  
 En vano las vivas fuentes  
 Del dulce néctar la sabia  
 Providencia le abre ; en vano  
 La enfermedad le amenaza.  
 Otros gustos la entretienen ;  
 Salga el tierno infante, salga ,  
 Que sus débiles gemidos  
 Los adúlteros espantan.  
 ¡ Ministros de Dios ! ¿ qué es esto ?  
 ¿ Cómo no clamais ? ¿ La espada  
 Del anatema terrible  
 Por qué ha de estar en la vaina ?  
 Cíerrese, cíerrese el templo ;  
 Nótese de eterna infamia  
 A quien cierra á un inocente  
 Insensible las entrañas.  
 De aquí el mal, la peste toda  
 De las familias, que abrasa  
 El cuerpo entero, y anuncia  
 La ruina mas infausta.  
 El padre busca otros lechos :  
 El hermano de la hermana  
 No es conocido ; y la madre  
 Es para entrambos estraña.  
 El ciego interés completa  
 La desunion : él consagra  
 A Dios la vírjen, ó al necio  
 Vicioso y rico la enlaza.  
 Llore la infelice , llore :  
 Y víctima desdichada  
 El cuello al yugo someta ,  
 Que cual dogal ha de ahogarla.  
 Llore, llore ; que al hermano  
 La ley de su alta prosapia  
 Pasó las rentas ; y á ella  
 La destinó á ser esclava.

¡ Justo Carlos ! ¿ á tu trono  
 Sus vivas quejas no alcanzan ?  
 Si les prestas blando oído ,  
 ¿ Por qué el remedio nos tardas ?  
 ¿ Porqué estos bárbaros usos  
 Que á naturaleza ultrajan ,  
 Y á los que ella iguales hizo ,  
 Tus leyes no los igualan ?  
 ¡ Oh interés ! tú solo eres ,  
 Tú de tantos males causa ;  
 Y en su cólera los cielos  
 En los pechos te sembraran.  
 Tú forjaste las cadenas  
 Del hombre : inhumano armas  
 Contra el padre al hijo ; y soplas  
 De la sedicion la llama.  
 Tú del mérito modesto  
 Mofas : al ruin ensalzas ;  
 Y de la verdad divina  
 El labio anjélico callas.  
 Tú al avaro mercadante ,  
 Sin que muerte ni borrascas  
 Pavor en su pecho infundan ,  
 Al vasto océano lanzas.  
 Tú de dañosas preseas  
 Su nave en las islas cargas ;  
 Y con ellas rica en vicios  
 Tornas con su peste á España.  
 ¡ Ay ! ¡ que á las orillas llega ,  
 Y en ellas suelta entre salvas  
 Su ponzoña ! ¡ ay ! que la plebe  
 Bate viéndola las palmas ,  
 Corred , corred , ciudadanos ,  
 Hundid en las ondas bravas  
 Esos aromas y joyas ,  
 Que lloros mil os preparan.  
 Perezcan por siempre en ellas ;  
 Y eterno anatema caiga  
 Sobre el que á fiar tornare  
 Su vida á una frágil tabla.  
 Mas tú , siglo corrompido ,  
 Que hasta los cielos levantas  
 Este interés , y lo adoras  
 La frente en tierra inclinada ,  
 ¿ Tu instruccion es está ? ¿ el fruto  
 Este de tus luces sabías ?  
 ¡ O ciego ! el abismo mira  
 Que bajo los piés te labras.  
 Imagina , inventa medios  
 De agotar toda la plata  
 De las minas : con tus naos

Inmensos piélagos pasa.  
 Los talleres multiplica :  
 Manchen la cándida lana  
 Ricos tintes : el capullo  
 Con prolijo afan trabaja.  
 Sustituye cada hora  
 Trajes á trajés , que ufana  
 La beldad vista en oprobio  
 De su inocencia y sus gracias.  
 Pon premios á quien descubra  
 Un placer nuevo : proclama  
 Su fatal nombre ; y altares.  
 Al lujo execrable alza.  
 El oro tu afan , el oro  
 Solo tu afan sea : nada  
 Sinó oro suene ; él la guerra  
 Sople , la dulce paz haga.  
 Al taller tus hijos lleve :  
 De la tierra en las moradas  
 Hondas los suma : corone  
 Sus mas heroicas hazañas.  
 Mas entre ellos ciudadanos  
 No busques , que sobre el ara  
 De la patria á morir corran  
 Con voluntad denodada :  
 No el pudor busques antiguo ,  
 No el candor en las palabras ,  
 Ni en sus corrompidos pechos  
 La inocencia , la paz alma.  
 El disfraz de las virtudes ,  
 Un honor ciego , una falsa  
 Probidad , la vil lisonja ,  
 La sencillez afectada ,  
 La astuciaalzada en prudencia ,  
 Las ceremonias en franca  
 Amistad , de Dios el nombre  
 Mofado con ímpia audacia :  
 Hé aquí los letales frutos  
 De la riqueza ; á esto arrastra  
 Al corazon el culpable  
 Ciego ardor de atesorarlas.  
 Su falaz brillo los pechos  
 Fascina : del alto alcázar  
 A la choza humilde á todos  
 Devora su sed insana.  
 Todo es menos que ellas : letras ,  
 Virtud , ascendencia clara ,  
 Mérito , honor , nobles hechos ,  
 Todo humilde las acata.  
 Las leyes yacen : sucede  
 Al amor del bien la helada

Indiferencia : en la sangre  
 Del pobre el rico se baña.  
 Los estados no se precian  
 Por razon : quien mas estafa ,  
 Es mas honrado : la esteva  
 El labrador desampara ;  
 Vuela á la corte , y vilmente  
 La libertad aldeana  
 Vende al rico , y sus virtudes  
 Con todos los vicios mancha.  
 El maestro de ellos , bien presto  
 Mil familias asoladas  
 Con su industria pestilente ,  
 En oro y grandezas nada.  
 Elévase , y tiraniza :  
 Funda un estado , y traspasa  
 Con él sus pérfidas artes  
 A su projenie bastarda.  
 Las fortunas son de un día :  
 El que es hoy señor , mañana  
 Mendiga : nada hay estable :  
 Todos trampean y engañan.  
 En medio en su trono de oro  
 La opulencia atroz , con vara  
 De hierro y sañuda frente ,  
 Al pueblo agobia tirana.  
 Y tras ella , sí , tras ella...  
 ; Ah España infeliz !... en agua  
 Mi faz se inunda en tan cruda  
 Memoria , y la voz me falta.  
 ; Dios bueno ! los ojos torna  
 Compasivo á mi plegaria ;  
 Y echa de mi patria lejos  
 Los desastres que la amagan.  
 Y vosotros , Castellanos ,  
 Aun hay tiempo ; las infaustas  
 Riquezas rendid gozosos  
 A la virtud sacrosanta.  
 Tantos ínclitos abuelos  
 Recordad , no hagais que baja  
 Su projenie sierva sea  
 De superfluidades vanas.  
 Tengan vuestros enemigos  
 Su fatal lujo ; mas haya  
 Honradez y ciudadanos ,  
 Cual hubo un tiempo en España.  
 Así el anciano decia  
 Entre lágrimas cansadas ;  
 Y triste á caminar vuelve ,  
 Viendo que rie ya el alba.

## DISCURSO II.

EL HOMBRE FUÉ CRIADO PARA LA  
 VIRTUD: Y SOLO HALLA SU FE-  
 LICIDAD EN PRACTICARLA.

¿Nació, Amintas, el hombre  
 Para correr tras la apariencia vana ,  
 Cual bestia, del placer ? ¿ó en sed insana.  
 Por las riquezas míseras ardiendo  
 Del alto Potosí, sin que le asombre  
 El inmenso océano ,  
 Turbará en frágil pino  
 La paz del inocente Americano ?  
 El roto muro impávido venciendo ,  
 Cubierto el pecho fuerte  
 De acero y saña , ¿afrontará la muerte  
 Con faz leda, el camino  
 Creyéndola engañado  
 De una gloria sin fin ? ¿abandonando.  
 Al ocio muelle, en torpe indiferencia  
 De su alto ser, de su destino augusto,  
 Su frágil existencia  
 Dejará fenecer en sueño injusto ?  
 Esta llama divina ,  
 Pura, inmortal, que en nuestro pecho  
 [arde,  
 Del supremo Hacedor plácido aliento,  
 Tampoço al vano alarde  
 De congijosa ciencia se destina.  
 Bien puede con osado pensamiento ,  
 De tanto sol lucente  
 Como ornando su velo trasparente  
 Jira en la noche lúgubre callada,  
 Medir el velocísimo camino  
 Solicito el mortal: del mas vecino  
 Planeta al mas lejano  
 Pesar la mole inmensa : separada  
 Ver la luz en el prisma; ó de liviano  
 Ardor herido por el aura leve  
 Trepár , do appena el águila se atreve :  
 Puede al lóbrego abismo de la tierra  
 Calarse; y cuidadoso ,  
 Cuanto ser raro y misterioso encierra  
 Su ancho seno , explorar: de las edades  
 Con ardor fastidiosos  
 Los fastos revolver, vicios, maldades,  
 Errores mil entronizados viendo ;  
 Y á ti, santa virtud, siempre oprimida ,  
 Pobre, ajada, llorosa ;  
 O bien al pueblo indómito rijiendo

En vela triste; en inquietud medrosa,  
 De su arbitrio la vida  
 De miles ver colgada:  
 ¿Qué es tanto afán al cabo? amigo, nada.  
 No, la Augusta grandeza  
 Del hombre no se debe  
 Fijar sobre apariencias exteriores,  
 Que á par del justo el delincuente lleve.  
 Si iluso de la tierra en la bajeza  
 Se anonada su espíritu, mejores  
 Las bestias son; y el Padre soberano,  
 Avaro con la muestra milagrosa  
 Que en su escelso consejo producía  
 A su imájen gloriosa,  
 Y á quien rey sumo de la tierra hacia,  
 Pródigo en su bondad abrió la mano  
 Para dotarlas, sometiéndolo injusto  
 A los medios el fin. Jamás se daña  
 El bruto en sus deseos,  
 O vanidad, ó míseros empleos  
 Le acibaran el gusto:  
 El hombre solo en su anhelar se engaña.  
 A fin mas alto el númer le destina,  
 La virtud celestial es su nobleza,  
 El lodo vil por ella se avecina  
 A su inefable Autor: su inmensa alteza  
 Participa dichoso;  
 Y al ánjel casi igual, con planta pura  
 Entre sus coros de laurel glorioso  
 Ceñida en torno la serena frente,  
 El alcázar de estrellas esplendente  
 En eterna ventura  
 Sublime hollará un día.  
 ¿Y habrá quien tenga en mísera agonía  
 Su pecho? ¿habrá quien vele?  
 ¿Y por el cetro ó por el fausto anhele?  
 El heredero, el morador del cielo,  
 De allá al reino del llanto desterrado,  
 ¿De su alma patria, de su ser se olvida?  
 ¿El augusto traslado  
 Del Dios del universo no alza el vuelo  
 A contemplarle, en la apariencia vana  
 Fascinado del bien? ¿con sed ardiente  
 De ser feliz, de la insondable fuente  
 Huye de eterna beatitud? ¡Oh insana,  
 Culpable ceguedad! ¡jime sumida  
 Del vicio el alma en el infame lodo;  
 Y su nobleza ilusa,  
 Menos en lo que debe, busca en todo:  
 Búrlase, y luego á su Hacedor acusa.  
 ¿Mas qué? ¿tus graves yerros, ser liviano,

Harán trocar el órden soberano  
 Que dió el gran Ser á su acabada obra?  
 No, no; ni en ella tu locura sobra.  
 Todo en órden está: solo tu pecho  
 Trastornarlo sacrílego porfía,  
 Cuando una fragua de pasiones hecho,  
 Anhela, teme, espera, desconfía.  
 De no meditar nace  
 Nuestro mísero estado. La alta mente,  
 A quien se dió pesar con ley severa  
 El bien y el mal, ó soñolienta yace,  
 O en fútiles objetos se derrama,  
 O del placer llevada suavemente  
 Del aura lisonjera,  
 En su imájen falaz ciega se inflama:  
 El bien mentido, cual verdad recibe,  
 Y de esperanzas y de sombras vive.  
 A la llorosa puerta de la vida  
 Nos acecha el error, con faz doblada  
 Riendo adulator, en aparente  
 Mentida luz su túnica esplendente:  
 Y una ancha senda de otros mil hollada  
 Con la siniestra mano señalando,  
 De su diestra fatal la nuestra asiendo,  
 A ir en pos de la turba nos convida.  
 Luego el vicio nos hacen,  
 El pecho inocentillo al mal torciendo,  
 Entre la leche y el arrullo blando  
 Nuestros padres beber; y se complacen,  
 Si en ellos el hijuelo los remeda.  
 Vanidad loca, envidia pestilente  
 De su labio imprudente  
 Oye el niño; y estudia cuidadoso  
 Sin saberlo, á ser vano y envidioso.  
 Viene el maestro, y en borrar se afana,  
 Si del primer candor aun algo queda,  
 Y aplausos coje por su ciencia vana.  
 De voces sin sentido  
 Del viejo Lacio nuestra mente abruma;  
 Y de autores haciendo larga suma,  
 En su estéril saber desvanecido  
 Grita, contiende, opina,  
 De ignorados errores nos instruye,  
 Nada edifica, cuanto mas destruye:  
 ¡Oh instruccion saludable y peregrina!  
 La sociedad, fecunda enjendradora  
 De culpas, de su mano nos recibe,  
 Y el veneno mortífero nos dora  
 Con ilustres ejemplos.  
 En trono de oro al vicio nos presenta,  
 Que jactancioso sus victorias cuenta

De la inocencia ó la virtud mofada;  
 Consagra el interés; erige templos  
 Al placer indecente:  
 Y por ley el delito nos prescribe  
 Con firme voz de miles aclamada.  
 Gritan luego irritadas altamente  
 Las infaustas pasiones, cual rabiosos  
 Opuestos huracanes,  
 Del mar en las llanuras despeñados;  
 Y el triste pecho en míseros cuidados  
 Dividen, y en anhelos congojosos.  
 Crece la edad, y crecen los afanes:  
 Trepas es fuerza á la escarpada cumbre  
 Del fastidioso deleznable mando;  
 Y fuerza atesorar, por mas que jima  
 El infelice que el hogar me cede.  
 Quede la tierra, quede  
 De miles de cadáveres sembrada,  
 Y brille de laurel mi frente ornada.  
 ¡Oh! ¡con qué ciega furia se desvela!  
 ¡Cuál trabaja en su daño el miserable  
 Mortal! cuanto suspira, cuanto anhela,  
 Cuanto á gozar llegó tras mil sudores,  
 Para su mal lo quiere.  
 Espinas en su seno son las flores:  
 Un instante agradable  
 De fujitivo dia  
 Luengos años le cuesta de agonía,  
 Si de sus vicios víctima no muere.  
 Del deseo al dolor, de otro deseo  
 A otro nuevo dolor sin cesar veo  
 Correr al hombre triste,  
 Sin que de tanto error, de tanto daño  
 Le corrija jamás un desengaño.  
 ¿En qué desórden tal, en qué consiste?  
 ¿El cielo en verle mísero se place?  
 ¿O libre solo para el vicio nace?  
 Siguen los seres todos el camino  
 Por el dedo divino  
 Del Hacedor marcado. En rauda vuelo  
 Rodea la tierra al luminar del dia  
 Con ley igual por la rejion vacía.  
 Miles de soles el inmenso cielo  
 Sin tropezarse cruzan: crece hojoso  
 Con ornato florido y verde pompa  
 El árbol en el valle; y sabe diestro  
 Su alimento escojer, sin que le engañe  
 Un jugo extraño: en jiro bullicioso  
 La abeja sin maestro  
 Juega en el prado, y con la débil trompa  
 Tambien sabe librar sus dulces mieles,

Sin que la flor mas delicada dañe.  
 Las avecillas fieles  
 De amor el blando impulso, cuando llega  
 El ordenado plazo,  
 Unirse saben en felice lazo;  
 Y cuando al aire tímido se entrega  
 De su ternura el fruto, ya instruido  
 De cuanto saber debe, surca el viento:  
 ¿Y solo el racional, siempre perdido,  
 Cual ciego entre tinieblas, irá á tiento  
 ¿Él solo, esclavo de fantasmas vanos,  
 De funestos errores  
 Que abortó el interés, siempre en temores  
 Sus sueños mismos adorando insanos,  
 Dará en la tumba con su triste vida,  
 Contando en cada paso una caída?  
 ¿El fugaz punto que infeliz alienta,  
 El solo, él solo en cólera sangrienta,  
 En torpe gula, en avaricia infame,  
 En hinchada altivez y envidia triste  
 Jemirá aberrojado,  
 Por mas que aústera la razon le clame?  
 ¿En qué trastorno tal, en qué consiste?  
 Tú, Améntas estudioso, que apartado  
 Del liviano furor con que la corte  
 Ora se ajita, en meditar te empleas  
 Tranquilo el ser humano al cierto norte  
 De la alma celestial filosofia;  
 Y á un tiempo te lastimas y recreas  
 Con su inconstancia y ceguedad: ¿cuál,  
 [dime,  
 Del abismo de penas en que jime,  
 La causa puede ser? ¿qué estrella impía  
 Su suerte va de la llorosa cuna  
 Hasta el sepulcro mísero rijiendo?  
 ¿Por qué el mal sigue siempre, el bien  
 queriendo?  
 En vano acusa la cruel fortuna,  
 Hacer pretende cómplices en vano  
 El hombre de su suerte á las estrellas.  
 El grande Ordenador dejó en su mano  
 El bien y el mal: las huellas,  
 Cual el alado poblador del viento,  
 Que en él se pierde á su placer esento,  
 Torna libre do quiera que le agrada;  
 Y si triunfante rie el apetito,  
 Y jime la razon abandonada,  
 Suyo ha sido el querer, suyo el delito.  
 No infame pues á la verdad, si yerra;  
 Si en pago de una osada confianza  
 Se ve del mar sorbido con la nave,



Que fué ocasion á su desdicha grave:  
Si á desastrada guerra  
Le arrebató la voz de la venganza;  
O si en lecho de espinas los ardores  
De un loco amor espía entre dolores.

Presta, iluso mortal, presta el oído,  
Si de verdad anhelas ser dichoso,  
De la razon al grito repetido,  
Y sus avisos sigue religioso.

Firme le cierra al seductor acento  
De las pasiones: ni el antojo vano  
Tu pecho ajite en soplo turbulento;  
O des la rienda á un desear insano.  
En tu fugaz carrera  
Deja al cuidado de tu Autor divino,  
Pues él solo lo alcanza, tu destino,  
Y de su diestra tu ventura espera.  
No á ajena potestad tu suerte fies,  
Ni del vicio en las sendas te desvies,  
Porque no gozarás ni el alto empleo,  
Ni el fresco rosicler de la hermosura,  
Tras quien tan loca tu pasión se afana,  
Si lidiá en ciega guerra tu deseo;  
Que á la rosa mas pura  
De su ámbar dulce y delicada grana  
Priva el delito, y pavoroso abismo  
Hacer puede de horror al cielo mismo.

Entra pues, entra en ti: con detenida  
Observacion estúdiate á la lumbre  
De la augusta verdad; y cuerdo aprende  
Los altos fines de tu presta vida.  
Que quien su pecho enciende,  
Quien su divino ser, no la grandeza,  
Siervo de vil costumbre,  
Fija en el bajo, miserable suelo,  
Ni á los piés jime de la infiel belleza;  
Y libre en el oprobio y las prisiones,  
Con frente escelsa en contemplar se place  
Su faz torva al tirano sin rezelo,  
Por mas que muerte indigna le amenace.

Rico en sublimes dones,  
Del Padre soberano  
La omnipotencia sabia  
Te dió á la comun luz: cuanto debiera  
Para hacerte feliz, tanto pusiera  
Pródigo en sus bondades á tu mano.  
Tu labio querellándose le agravia  
Con necedad sacrilega, y pidiendo  
Al ser tuyo atributos no debidos,  
La severa razon desatendiendo,  
Se fatiga en inútiles jemidos.

VI.

A esta razon divina ¿qué prefieres  
De cuanto el cielo inmensurable encierra,  
Y la ancha faz adorna de la tierra?  
Todo á tu bien con ella no refieres?  
¿Su luz hasta el gran Ser no te encamina,  
De ente tanto la escala peregrina  
Siguiendo? ¿no le ves en el lumbroso,  
Ardiente sol sentado?  
¿De la nube en el rayo arrebatado?  
¿De la noche en el velo misterioso?

Cultiva pues esta razon, si anhelas  
Al verdadero bien: á su luz pura  
Solicito nivela tus acciones,  
Y la ardua senda de virtud emprende,  
Que en tu esfuerzo se libra tu ventura.  
La pompa por que insano te desvelas,  
Jeneroso abandona; y cuerdo entiende  
Que el grande, siervo vil de las pasiones,  
Por mas que en su palacio suntuoso,  
Do inmensas sumas su fastidioso encierra,  
El oro le deslumbre, y lisonjero  
Aparato de tímidos clientes;  
Inútil á la tierra,  
Si la verdad lo juzga, es el postrero  
De todos los vivientes;  
Y el pobre, cuanto oscuro virtuoso,  
Que el pan divide en su sudor regado  
En mesa humilde á un escudron de  
[hijuelos,  
De mísera fortuna ultraje triste,  
Honor del ser humano; y de los cielos  
Por los ánjeles mismos acatado,  
Con ellos en dichosa compañía,  
Por mas, Aminta, que en la tierra asiste,  
Goza del claro empíreo la alegría.

## DISCURSO III.

ÓRDEN DEL UNIVERSO, Y CADENA ADMIT-  
RABLE DE SUS SERES.

DESFALLECE mi espíritu, la alteza  
De tu ordenada fábrica admirando,  
¡O inapeable, ó gran naturaleza!  
Los ojos subo al cielo; y centellando  
Soles sin cuento en tirones de oro veo  
Sobre mi frente atónita jirando.  
Loco anhela alcanzarlos el deseo,  
Sus pasos acordar, hallar curioso  
Su final causa y soberano empleo.  
Afanase sin fruto; y silencioso

48

Solo adora al gran Ser que bastó á echarlos,  
Cual polvo, en el espacio luminoso.

Su escelsa diestra alcanzará á pesarlos:  
Su dedo á demarcarles el camino;

Y su inmenso saber podrá contarlos.

¡Sirio! ¡brillante Sirio! ¿mas vecino  
Cómo no estás á mí? ¿por qué no siento,  
Cual el del sol, tu resplandor benigno?

Y tú, sol, rey del día, ¿dó alimento  
Para tu luz recibes? quién, dí, guía  
La tierra en torno de tu inmóvil asiento?

La blanca luna en la tiniebla fría  
Rije su rueda en esplendor velada,  
Cual diosa Augusta de la noche umbría.

¡Oh! ¡cuál va silenciosa! ¡cuán callada  
Con cetro igual la esfera enseñorea,  
Aunque á la negra tierra torne atada!

Vénus allí graciosa se pasea;  
Y á distancia sin fin entre sus lunas  
Tibio el cano Saturno centellea.

¿A qué le alumbran cinco? acaso algunas  
Vanas le son? ¿á tu pausado jiro  
Por qué siempre, astro infausto, las adu-

[nas?

Mientras mas lo medito, mas me admiro:  
La mente en calcular se desvanece;  
Y entre horror santo ciego me retiro.

Mas todo hubo su fin, do resplandece,  
Jovino, sabio el númer: concertado  
Todo está: el orbe una cadena ofrece

De inmensos eslabones al callado  
Meditador: estúdiala, y humilla  
La frente ante el Señor que la ha formado.

Ni en el átomo tenue menos brilla  
Que en el disco del sol: si mas subieres,  
Tu pasmo crecerá en su maravilla.

Do quier te vuelvas, por do quier que  
[fueres,

Un órden has de hallar; pero abarcarle  
Jamás, jamás con la razon esperes.

Acuérdome que el cielo (aun no mirarle  
Supiera bien ni en mi pueril rudeza  
Con la atención de un sabio contemplarle)

Un tiempo me elevaba en su belleza,  
Y las horas absorta entretenía  
Del alma alada la fugaz viveza.

¡Cuán ledo en medio de la noche umbría  
Sobre la muelle yerba reclinado  
Sus lámparas sin fin contar quería!

Por el éter inmenso estraviado,  
De astro en astro vagando, aquel forjaba

Mayor, el otro en luz mas apagado.

Las tiernas flores que mi cuerpo hollaba,  
En ámbar me inundaban delicioso:  
De lejos triste el ruiseñor trinaba.

La soledad Augusta, el misterioso  
Silencio, las tinieblas, el ruido  
Del aura blanda por el bosque hojoso

Me llevaban en éstasi embebido;  
Y un supremo poder engrandecía  
Mi espíritu del vil lodo desprendido.

En medio yo impaciente me decía:  
¿Que no haya de alcanzar, cómo á moverse  
Bastan? ¿qué reglas guardan? ¿quién los

[guía?

¡Señor! ¡Señor!.. la esfera esclarecerse  
Sentí; y alada Inteligencia pura  
A mis curiosos ojos ví ofrecerse.

Con un cendal de celestial blancura  
Los tocó; y sonriendo cariñosa,  
Mi helado pecho plácida asegura.

Alza, dijo, á la bóveda lumbrosa  
La vista; y los milagros considera,  
Do se estremó la diestra poderosa.

Alzéla, y ver logré la inmensa esfera,  
Y el paso de las lumbres eternas  
En su perenne rápida carrera.

¡Qué de globos ardientes! ¡qué audaces!  
¡Qué océanos de luz! ¡qué de ostentosos  
Soles, del claro empiéreo altos fanales!

De maravilla tanta codiciosos  
Mis atónitos ojos se perdían  
Del espacio en los términos dudosos.

Mas alcanzar aun ciegos no podían,  
Por qué en órbita tanta diferente  
Tan desiguales todos discurrían.

Tocó otra vez mi vista su clemente  
Divina diestra; y considera, ó ciego,  
Tornó á decir, la bóveda esplendente,

Que el Escelso atendió tu humilde ruego,  
Y en este punto el velo ha levantado;  
Y envuelta desaparece en santo fuego.

Yo ví entónces el cielo encadenado,  
Y alcancé computar por qué camina  
En torno el sol Saturno tan pausado.

¡O traicion! ¡ó lazada peregrina,  
Con que la inmensa creación aprietta  
Del sumo Dios la voluntad divina!

Tú del crinado, rápido cometa  
Al átomo sutil el móvil eres,  
La ley que firme ser á ser sujeta.

Recorre el globo: al cielo volar quieres

Trepa pues: sonda el mar: la mente activa  
Cala al abismo de ignorados seres:

La hallará siempre estar obrando viva:  
La atmósfera apremiar: llevar riendo  
El aura por los valles fujitiva.

Los ciegos senos de la tierra hundiendo  
Labrar lagos anchísimos, las fuentes  
De los eternos rios disponiendo;

Y con brazos tajando omnipotentes  
Rocas y abismos, pródigo camino  
Dispensar á sus rápidas corrientes,

Hacer que suba en modo peregrino  
La sabia, erguido roble, á tu corona;  
Y alzar su helada frente al Apenino.

Muy mas activa en la abrazada zona  
La espalda al mar ondízono ajitando,  
En grillos de arenillas lo aprisiona.

El trono al sol asienta descansando  
En sus planetas, y ellos en él á una  
La mas subida proporcion guardando.

Mientras de otro sistema este es columna,  
Y firme á un tiempo en otro se sostiene,  
Y otro sobre otro sin mudanza alguna:

Hasta llegar al Númen de quien tiene  
Su ser el universo; y la balanza  
En su potente diestra igual mantiene.

¡O inmensa sucesión, á que no alcanza  
Saber mortal! ¡ó variedad estable,  
Grande aliento á la tímida esperanza!

Sí, sí, Jovino; el bueno, el inmutable  
El poderoso, el sabio cuanto hiciera,  
Lo enlazó en nudo y órden inefable.

Todo es union, la parte mas lijera  
De impalpable materia al sol luciente  
Sostiene, y carga en su inexhausta hoguera.

Nada hay que no sea efecto, y juntamente  
Causa no sea: igual el vil insecto  
Cabe el gran dueño al querubin ferviente.

En su inmenso saber no hay mas perfecto:  
Vió, quiso, obró; y á cada ser ha dado  
Virtud con relacion á su alto objeto.

Esas mínimas formas que ha creado  
Al parecer sin fin, ruedas son leves  
Que altamente en las otras ha engastado.

Tal en lago sereno cercos breves  
Forma al caer la piedra: van creciendo;  
Y atónito á contarlos no te atreves.

Quita la mas sutil; y estoy temiendo  
Ya el todo en desunion: una le aumenta;  
Y un órden diferente voy sintiendo.

Esa que en nada tu ignorancia cuenta,

En nudo firme á otra mayor se unia;  
Y otra aun mayor sobre las dos se asienta.

¿Qué? ¿el granillo de arena que corria  
No ha nada en el torrente cristalino  
De sus ondas á arbitrio, un fin tendria?

¿Solo tampoco está? No: del vecino  
Monte al llano bajo: si él no existiera,  
Tampoco el monte, ni el favor benigno

Que útil dispensa á una provincia entera  
Con la nevada frente y fértil rio,  
Que dél nace sesgando en la pradera.

Cuando las aguas que el diciembre frio  
Tornó en blancos vellones, mas clemente  
Desata abril en líquido rocío,

El bullendo entre peñas mansamente  
Se apresura por dar frescor y vida  
Al valle desmayado en sed ardiente.

Besa las florecillas de corrida;  
Y en su cristal el álamo pomposo  
Dobla por verla su corona erguida.

Turbio tal vez y con rumor fragoso,  
Arboles, chozas, mieses arrebatada,  
Anegando los surcos espumoso.

Rompe puentes, aceñas desbarata;  
Hasta que en brazos del antiguo oceano  
Se hunde, y su húmeda planta humilde

[acata.

Pródigo empero con abierta mano  
De fértil limo hinchó su señorío,  
Que el suelo vivifica comarcano.

¿Mas al cabo granillo?... Al poderío  
Del rubio sol en tierra trasformado  
Lo verá espiga algun tostado estío,

Y pan despues de un sabio, que al estado  
Leyes dé acaso; y rija virtuoso  
Un pueblo á sus vijillas confiado.

¡O Jovino! ¡Jovino! ¡qué asombroso  
El universo es! ¡oh! ¡quién pudiera  
Lince indagar su abismo tenebroso!

Vé la materia inánime, grosera  
Ajitándose activa, hasta encumbrarse  
De su nobleza en la superna esfera;

Cocerse el oro, el talco organizarse,  
La sensitiva de la mano huyendo;  
Y el pulpo tras la presa audaz lanzarse.

Llega al reino animal, si en su estupendo  
Orden, su graduacion, sus perfecciones  
Un religioso horror no estás sintiendo.

¡Oh cuántos! ¡cuán trabados eslabones  
Desde el sutil, incalculable insecto  
Al crustáceo encerrado entre prisiones:

De este al torpe reptil ya mas perfecto,  
O al mudo pez en sus familias raras,  
Bruñida escama y portentoso aspecto!

¿Qué? ¿en el inmenso Leviatan te paras  
De horror lleno? Un ejército volante  
Turba ya el aire en trinos y algazaras.

Ven, no fugaz escape: del gigante,  
Libio avestruz al mosca matizado,  
De la tórtola al buitre devorante,

Del cuervo al colorin, del tachonado  
Pavon al triste buho, ¿á quién la suma  
De especies tantas recorrer fué dado?

En índole, color, grandeza, pluma,  
Organos, fuerzas, voz, ¡cuán sabiamente  
Ostentó el númen su largueza suma!

¿Y habrá quién no la admire? ¿quién  
[ demente

Los fines niegue, ó que su diestra santa  
Cuanto él pudo tener, dió á cada ente?

De Filomena el trino su garganta  
Pide, y húbola en dote: ala ligera  
La garza audaz, que al cielo se levanta.

Tal tuvo, y demandara la onza fiera  
Suelta garra; y la liebre temerosa  
Vencer al viento en su fugaz carrera.

Ni si en familia menos numerosa  
Cede en órden el bruto, ni hermosura  
A la turba en las auras vagarosa.

Crece la perfeccion, y en su estructura  
Va la sustancia orgánica en el suelo  
Feliz rayando en su mayor altura.

Jenio inmortal, que con sublime anhelo  
Su abismo tenebroso has indagado,  
Alzando un tanto al universo el velo,

Ven; ¿dí las perfecciones que has ha-  
[ llado,

Buffon, en cada cual? ¿díme el destino  
Que en escala animal le has señalado?

¿Cuál órden la materia, qué camino  
Desde el feo murciélago asqueroso  
Sigue hasta el pongo, al hombre tan ve-  
[ cino?

El sagaz elefante, ese coloso  
Animado, y tras él, Jovino, mira  
El raton en su nido cavernoso.

Del rujiente leon, que ciego en ira  
Por los desiertos de la Libia ardiente  
Con grave paso cernejudo jira;

Baja del corderillo á la clemente  
Mansedumbre, que lame la ímpia mano  
Que alza el cuchillo á herirle ferozmente.

Sube del asno rudo al soberano  
Instinto del castor, en ser dudoso,  
Sabio arquitecto á un tiempo y ciudadano.

Compara ser á ser: maravilloso  
Cualquiera en sí, con el inmenso todo,  
Jovino, aun lo hallarás mas milagroso.

¿Cuál divino saber bastó á dar modo  
A tanta relijion? ¿Quién tan distinto,  
Quién tornar pudo un mismo inerte lodo?

Desde el órden supremo del instinto  
Va lenta la materia descendiendo  
En variosinuso laberinto

Al primer elemento: ¿cómo siendo  
Una en sí misma, á distinguirse empieza,  
La primitiva sencillez perdiendo?

¿Cuál es su último grado de rudeza?  
Y si el fuego es su esencia, ¿en pura nieve  
Cómo se torna?.. inapeable alteza!

¡Abismos del gran Ser, si á ello se atreve,  
Mientras yo reverente vos adoro,  
El puro querubin sondaros pruebe!

En el ojo y la luz, entre el sonoro  
Aire y mi oido fines ciertos veo:  
Cómo obrar puedan, asombrado ignoro.

Solo ofrécese un ser: sagaz rastro  
Su esencia y calidades; ya le admiro  
En relacion cumplida con su empleo.

Cada cual es un centro, de do tiro  
Líneas á los demás: ninguno existe  
Sin que otro exista en finible jiro.

El árbol que de pompa el mayo viste,  
Debe al hombre su fruto perfumado;  
Y antes á seres mil pródigo asiste.

Da en sus hojas un pueblo alimentado  
De insectos, de aves otro con la fruta;  
Y hé allí el punzante erizo aun va cargado.

De la tierra el humor su pié disfruta;  
En torno empero en su agostada hoja  
Calor noviembre y sales le tributa.

La undosa lluvia apaga la congoja  
De la tierra; y del monte en la agria frente  
Benéfica la nube á par se aloja.

Su seno esconde el mineral luciente,  
De la insomne avaricia vil cimiento;  
Y allí bajó á labrarle el sol ardiente.

¿Dónde hallarémos fin, do tome asiento  
Tan vasta sucesion? Acaso el hombre....  
Un noble orgullo en tu interior ya siento,

Apénas resonó tan alto nombre;  
Y solo para ti crédulo esperas  
Que mayo en flores mil el campo alfonibre;

Los vientos surque el ave con ligeras  
Alas; discurra por la selva el bruto;  
Y alumbren soles tantos las esferas;

De todo escelso fin, justo tributo  
Todo al hombre dará, que ha merecido  
La divina razon en atributo.

Si, sí, que él solo, ¡oh dicha! es admitido  
A la inmortalidad: solo en su seno  
El númen su alto ser dejó esculpido.

Lo demás es vil lodo: él ve lo bueno,  
Adora la virtud, lidia, merece,  
Y á su autor se unirá de gloria lleno.

¿No es, Jovino, verdad? ¿no se en-  
grandece

Tu jenio á cima tan gloriosa alzado?  
Mas ya otra nueva escala aquí se ofrece.

Ven; subámosla á par. El hombre atado  
El espíritu al barro nos presenta  
Con nudo estrecho, sí, mas ignorado.

El crece con la planta, y se alimenta:  
Se mueve cual el bruto, siente y vive;  
Y en querer y entender ánjelse cuenta.

Goza el alma el deleite que recibe  
La nariz en la rosa: el alma ordena;  
Y el brazo á obedecerla se apercibe.

Si la mente se angustia, desordena  
Del cuerpo las funciones: si él padece,  
Siente el ánimo á par su acerba pena.

¿Qué de misterios un misterio ofrece!  
¿Dónde se obra esta union? ¿cuándo? ¿al  
formarse

El hombre? ¿y cómo con su fin fenece?

En ciegas conjeturas fatigarse,  
Sabios gritar, escuelas reñir veo;  
Y tercios, no entendiéndose, impugnarse.

La causa ocasional colma el deseo  
Del uno: la armonía á aquel agrada;  
Y otro al físico influjo de este empleo.

Natura en tanto en majestad velada  
Signe en nuevos milagros; y escarnece  
Del saber vano la arrogancia hinchada.

Uno es el hombre; pero cual le ofrece  
El Senegal ardiente, el bezo alzado,  
Liana la faz que al ébano oscurece,

¿Qué hay entre este comun y el bien  
formado

Rubio Aleman? El Patagon compara  
Al Samojedo torpe y abreviado:

Vé el feo Albino; y la belleza rara  
Que á un vil serrallo en tráfico afrentoso  
Vende en Bizancio la Georjia avara.

Del Hotentote indócil, asqueroso,  
Pasa al Francés social y delicado,  
Del Indio inerte al Bátavo industrioso.  
¿Qué estraña variedad! ¿dónde ha

[empezado?  
¿Cuántas sus formas son? ¿dónde natura  
Pone el primero, fija el postrer grado?

Corre de pueblo en pueblo: la estatura,  
Color, aspecto, voz, uno se ofrece;  
Y á hallar vienes al fin otra figura.

El mismo el tipo, sí, ¿mas lo parece  
Al que á un tiempo sagaz el hombre mira  
Que bajo el polo y cabe el Gánjes crece?

Aun mas estraña variedad se admira  
En la forma mental. ¡Oh! ¡qué desprecio!  
¡Oh! ¡qué respeto celestial me inspira!

Contemplo al gran Newton; y no hallo  
[precio

Para la humanidad: torno la mente  
Alrudo Huron, y aun mas la menosprecio.

De la patria en el ara heroicamente  
Se ofrece el gran Leonidas; Catilina  
Corre á incendiarla en su furor demente.

Sustituyo Lucrecia á Mesalina;  
Y á Tito, las delicias de la tierra,  
El monstruo parricida de Agripina.

Aquí el hombre en sus cálculos encierra  
La fuga del cometa en el vacío;  
Y contando allí seis, perdido yerra.

Mientras en el mármol rudo el poderío  
Sentir del Pitio númen me parece,  
Estático en su angusto señorío;

El Africano estúpido me ofrece  
De informe lodo la deidad mas fea,  
Y en su arte igual á Fídias se envanece.

Un fútil vidrio al Iroques recrea,  
Si absorto Galileo en su ingenioso  
Lente en el cielo inmenso se pasea.

Ora en paz blanda, en sociedad dichosa  
Este ser libre de comun concierto  
Rinde á la ley su independenciam odiosa;

Negándose ora al yugo con pié incierto  
Vaga en las anchas selvas, y de un oso  
A distinguirle en su rudez no acierto.

Ya la diestra bendice religioso  
Que ordenó el universo, allá elevado  
Do alzó el Señor su trono misterioso;

Y corre de su lumbr encaminado  
Cual fijo norte al lauro inmarcesible,  
Que en el Eden eterno le ha plantado.

Ya sumido en tinieblas inconcebible,

Doblando la vil faz al bajo suelo,  
Al grito de su ser, sordo, insensible,  
El Dios que le pregona tierra y cielo,  
Desconoce; ¡oh dolor! ¡y cuál la fiera  
La fatal hora afronta sin rezelo!

¿Es este el hombre mismo? ¡tu severa  
Profunda reflexion, al contemplarle  
Tan desigual, tan vario, lo dijera?

He aquí el orden, Jovino: el que al  
[formarle  
Rey le alzó de la tierra en su nobleza,  
Sabio acordó á sus climas apropiarle:

Perfecto aquí, del polo en la aspeza  
Le vistió su rudez, en el ferviente  
Congo la tizne con que el sol le ateza.

El mismo siempre, y siempre diferente:  
Del placer y el dolor á par movido,  
El bien ansia, y á obrarlo es impotente,

Compasivo en su ser corre á un gemido:  
Culpado tiembla, y con severo acento  
La olvidada razon truena en su oído.

Este es el hombre, en su inmortal  
[aliento  
Imájen de su autor, que la estructura  
Del orbe abarca en su hondo pensamiento.

¿Y quién desde él la inmensurable altura  
Que corre hasta el gran Ser, trepará osado,  
Y de una en otra inteligencia pura?

¿Quién desde la inferior al abrasado  
Mas alto serafín las perfecciones  
Intermedias dirá?... ¿quién lo ha tentado?

Un santo velo sus sublimes dones  
Envuelve misterioso á nuestra mente,  
Ciega en mil insondables opiniones.

Mas iguales no son; ¡quién diferente  
Formó un átomo y otro recojiera  
Con el ánjel su diestra omnipotente!

Acaso alguno absorto considera,  
¡Suerte inefable! del Señor el seno;

Y en él la creacion abarca entera.

Otro tal vez de encojimiento lleno.  
Menos verá sin desigual ventura,  
En paz eterno de zozobra ajeno:

O á par que otro de un mundo se apre-  
[sura

La suerte á moderar, otro al destino  
De mil puede rejir en paz segura.

Todos cantando en arpas de oro el trino,  
Con que al Santo de santos, de esplendores  
Velado, acata el escudatron divino:

Bebiendo entre purísimos amores  
De eternal vida en la inexhausta fuente,  
Sin ver jamás templados los ardores.

¡Oh dicha! ¡oh pasmo! ¡oh diestra om-  
[nipotente!

¿Quién bastará á ensalzarte? ¿quién la alteza  
Jamás vió de tus obras dignamente?

¿Quién ¡oh! de tanta, tan distinta pieza  
Sintió la proporcion? ¿quién la armonía  
De ser tanto, sus fines, su belleza?

Me confundo, me abismo: el alma mia  
Se pierde, una flor sola contemplando,  
Una de cuantas mayo alegre cria.

¿Qué será? ¿qué? si al cielo el vuelo  
[alzando,

Ve tanto sol y mundo allá esparcido  
Sobre un centro comun sin fin jirando;

Y este y ellos, y todo dirigido  
Por una sola ley, y acaso en ellos  
Millones de entes... ¿dónde voy perdido?

¿Mas qué? ¿el gran Ser no es poderoso  
á hacellos?

¿Es de su saber sumo acaso indigno?

¿A qué ese cuento de luceros bellos?

Solo á la tierra don tan peregrino,  
Inexhausto fulgor... Pues que no alcanza,  
Jovino, la razon su alto destino,  
Ansiele otro al menos la esperanza.



# Índice.

ODAS ANACREONTICAS.

No con mi blanda lira. . . . .	30
Tras una mariposa. . . . .	31
Viendo el Amor un día. . . . .	31
¡Oh! ¡cómo en tus cristales. . . . .	32
Pensativo y lloroso. . . . .	32
La blanda primavera. . . . .	33
¡Cómo se van las horas. . . . .	34
Pensaba cuando niño. . . . .	34
Salud, riente Aurora. . . . .	35
Ya torna mayo alegre. . . . .	36
Ya de mis verdes años. . . . .	37
¡Con qué alegres cantares. . . . .	37
La rosa de Citéres. . . . .	38
Un día que en la vega. . . . .	38
Ved, amigos, cuál llega. . . . .	38
Siendo yo niño tierno. . . . .	40
En esta breve tabla. . . . .	40
De mi donosa al lado. . . . .	41
Las zagales me dicen. . . . .	41
Toma el luciente espejo. . . . .	42
¡Oh dulce tortolilla! . . . . .	42
¿De dó tus quejas vienen. . . . .	43
No ha nada que las nubes. . . . .	43
Dan tus labios de rosa. . . . .	44
Con una dulce copa. . . . .	44
¡Dónde están, lira mía. . . . .	45
¡Oh cuál con estas hojas. . . . .	45
Apliquéme á las ciencias. . . . .	46
Al prado fué por flores. . . . .	47
¡Cuán grata la memoria. . . . .	47
Pues vienen navidades. . . . .	48
Solicitas abejas. . . . .	48
¡Oh! ¡cómo, gayas flores. . . . .	49
Al partir y dejarla. . . . .	49
¡Honor, honor á Baco. . . . .	50

Qué te pide el poeta? . . . . .	51
Dorila esquiva, tente. . . . .	51
Ven, plácido favonio. . . . .	52
¿Por qué en ocio y olvido. . . . .	53
Todo á Baco, Dorila. . . . .	53
Cuando á mi pobre aldea. . . . .	54
Por morar en mi pecho. . . . .	54
¡Con qué indecible gracia. . . . .	55
¿Dó está, graciosa noche. . . . .	56
Combatida la encina. . . . .	57
Cual un claro arroyuelo. . . . .	57
Preciados son los vinos. . . . .	58
Dame, Dorila, el vaso. . . . .	59
¿Sabes, dí, quién te hiciera. . . . .	59
Retórico molesto. . . . .	60
En las vueltas fugaces. . . . .	60
Dicen que alegre canto. . . . .	61
Triste el Amor un día. . . . .	61
No hayas miedo que turbe. . . . .	62
¿Dónde estás, avecilla. . . . .	63
No suena ya, no suena. . . . .	64
¡Oh! ¡con cuánta delicia. . . . .	66
Perseguido y hollado. . . . .	67
Si en mis sencillos versos. . . . .	67
¿Será que salvar logren. . . . .	69

LA INCONSTANCIA — ODAS A LISI.

¡Cuál vaga en la floresta. . . . .	70
¡Con cuán plácidas ondas. . . . .	71
¿De dónde alegre vienes. . . . .	72
No, Lisi, esa constancia. . . . .	72

LA PALOMA DE FILIS.

Otros cantan de Marte. . . . .	74
Donosa palomita. . . . .	74

Filis, ingrata Filis. . . . .	75	Parad, airecillos. . . . .	98
No, no por inocente. . . . .	75	Venid, avecillas. . . . .	99
Teniendo su paloma. . . . .	75	Deja que en tu seno. . . . .	100
¡Oh, con qué gracia, Filis. . . . .	75	Sal, ¡ay! del pecho mio. . . . .	101
Simplecilla paloma. . . . .	76	Rizito donoso. . . . .	102
¿Para qué, insana, picas. . . . .	76	Bronce á su llanto. . . . .	102
Con su paloma estaba. . . . .	77	Aves, que canoras. . . . .	103
Suelta mi palomita. . . . .	77	La noche y el día. . . . .	104
Pues que de mi paloma. . . . .	77	A Dios, mi dulce vida. . . . .	105
Entre tantos halagos. . . . .	78	Bebamos, bebamos. . . . .	106
No culpes, palomita. . . . .	78	Al viento las penas. . . . .	106
Vé, donosa paloma. . . . .	78		
Palomita querida. . . . .	79	IDILOS.	
No estés, simple paloma. . . . .	79	Allí está la gruta. . . . .	108
Despues que hubo gustado. . . . .	80	Corderita mia. . . . .	109
Graciosa palomita. . . . .	80	Del cárdeno cielo. . . . .	110
Parece, palomita. . . . .	80	La mi queridita. . . . .	112
Al baile de la aldea. . . . .	81	Zagal de mi vida. . . . .	113
Mira, Fili adorada. . . . .	81	Ya la primavera. . . . .	114
Pensando en tu paloma. . . . .	81		
Inquieta palomita. . . . .	82	ROMANCES.	
¿Sabes, ó palomita. . . . .	82	Oye, señora, benigna. . . . .	117
¿Para qué, atrevidilla. . . . .	82	Del sol llevaba la lumbre. . . . .	118
Si yo trocar pudiera. . . . .	83	No por mi, bella aldeana. . . . .	119
		¿Alamo hermoso, tu pompa. . . . .	120
GALATEA, Ó LA ILUSION DEL CANTO.		Si tu gusto favorece. . . . .	121
¡Cuánto tu voz divina. . . . .	84	Bajo el álamo que hojoso. . . . .	122
Amable Galatea. . . . .	85	Para las fiestas de mayo. . . . .	123
¿Será, mi bien, posible. . . . .	85	Esta es, adorada Clori. . . . .	123
Repite, Galatea. . . . .	86	Bien venida, ó lluvia, seas. . . . .	125
¡Cuán dulce es, Galatea. . . . .	86	Mañana de san Juan. . . . .	126
¡Oh, si feliz mi labio. . . . .	87	No juzgues, bella aldeana. . . . .	127
¡Qué ardor hierve en mis venas! . . . . .	88	Llegó en fin el fausto día. . . . .	128
Encantada mi Erato. . . . .	88	Si á los tiernos sentimientos. . . . .	130
¡Oh! ¡cuán hermosa al piano. . . . .	89	Si me quieres como dices. . . . .	131
No tan rápido el labio. . . . .	90	Tras aquel ceñudo monte. . . . .	132
¿Qué sombras oscurecen. . . . .	91	Segadores, á las mieses. . . . .	134
Mientras tú regalabas. . . . .	91	Por entre la verde yerba. . . . .	136
Sí, cruda Galatea. . . . .	92	Quita, quita, Clori mia. . . . .	137
No culpes, Galatea. . . . .	92	¡Con qué dolor, Clori mia. . . . .	138
¡Qué mal tus juramentos. . . . .	93	Miraba Filis un día. . . . .	138
¿Ves fósforo radiante. . . . .	94	No embarazes, dulce amiga. . . . .	140
		Nunca yo hallado te hubiera. . . . .	142
LETRILLAS.		No me rindieron, bien mio. . . . .	143
Si quiero atreverme. . . . .	95	¿Tú triste, serrana bella?. . . . .	144
Tus lindos ojuelos. . . . .	95	¿Qué es esto, colorin mio. . . . .	145
Mi linda guirnalda. . . . .	96	Permite, insensible amiga. . . . .	146
Merced á tus traiciones. . . . .	97	Basta de enojoso ceño. . . . .	148
A la mas dulce. . . . .	98	¡Ves cuán benigno el otoño. . . . .	149



Si tan niña te casaron. . . . . 151  
 Dejad el nido, avecillas. . . . . 152  
 ¡Qué sirve que viva ausente. . . . . 154  
 Con Pascuala Jil se casa. . . . . 155  
 ¡Oh! ¡cómo me encanta, Filis. . . . . 155  
 ¡Qué me aprovechan los libros!. . . . . 157  
 Ya el Héspero delicioso. . . . . 158  
 ¡Oh, qué bien ante mis ojos. . . . . 159  
 ¡Oh, qué mal se posa el sueño. . . . . 162  
 Vé, Delio, con qué delicia. . . . . 163  
 Ya dió alegre el fresco otoño. . . . . 164  
 ¿Cuándo, inconstante fortuna. . . . . 166  
 Era la noche, y la luna. . . . . 169  
 Un tiempo en las dulces redes. . . . . 172  
 No sé qué grave desdicha. . . . . 174  
 Yace la infeliz Elvira. . . . . 176

SONETOS.

Las blandas quejas de mi dulce lira. 179  
 Los ojos tristes, de llorar cansados. 179  
 No en vano, desdeñosa, su luz pura. 179  
 Cual suele abeja inquieta revolando. 180  
 Quiso el Amor que el corazón helado. 180  
 Suelta mi palomita pequenuela. . . 180  
 Ora pienso yo ver á mi señora. . . 180  
 Huyes, Cínaris bella, y desdeñosa. 180  
 ¡Oh si el dolor que siento se acabara. 180  
 Tiempo, adorada, fué cuando abra-  
 sado. . . . . 181  
 No temas, simplecilla: del dichoso. 181  
 De tus doradas hebras, mi señora. 181  
 Dame, traidor Aminta, y jamás sea. 181  
 ¿Qué quieres, crudo Amor? deja al  
 cansado. . . . . 181  
 Deja ya la cabaña, mi pastora. . . . 182  
 En este valle, do sin seso ahora. . . 182  
 Tímido corzo, de cruel acero. . . . 182  
 He aquí el lecho nupcial: ¿tiemblas,  
 amada. . . . . 182  
 Perdona, bella Cintia, al pecho mio. 182  
 Alivia el peso, soberana Astrea. . . 183

ELEJÍAS.

Amor, desdenes, ira y todo junto. 183  
 ¡Oh! rompa ya el silencio el dolor mio 184  
 La gracia, la virtud y la belleza. . 188  
 Quédate á Dios pendiente de este  
 pino. . . . . 188  
 En fin, voy á partir, bárbara amiga. 188

¿Si es él, Amor? ¡qué trémula la  
 mano. . . . . 190

SILVAS.

Fany, Fany, ¿qué es esto? ¡tú suspiras! 192  
 ¿Será posible, idolatrado dueño. . 193  
 Ya entre arreboles la risueña aurora. 194  
 Perdon, amables Musas: ya rendido. 195  
 Bate las sueltas alas amorosas. . . 197  
 Naced, vistosas flores. . . . . 198  
 ¿Por qué en tanta alegría. . . . . 199  
 ¡Ah Clori! se anublaron. . . . . 200  
 ¿Dó me conduce Amor? ¿dó inad-  
 vertido. . . . . 201  
 Ya vuelvo á ti, pacífico retiro. . . . 202

ÉGLOGAS.

Paced, mansas ovejas. . . . . 204  
 A Aminta y Lisis en union dichosa. 210  
 ¿Dónde, Mirtilo amado. . . . . 212  
 Fértiles prados, cristalina fuente. . 214

BODAS DE CAMACHO EL RICO, COMEDIA  
 PASTORAL.

Prólogo. . . . . 216  
 Acto primero. . . . . 217  
 Acto segundo. . . . . 225  
 Acto tercero. . . . . 233  
 Acto cuarto. . . . . 240  
 Acto quinto. . . . . 247

ODAS.

Por un prado florido. . . . . 252  
 Del céfiro en las alas conducida. . 253  
 No porque congojoso. . . . . 254  
 ¿Qué mas quieres, ó amor? ya estoy  
 rendido. . . . . 254  
 Nada por siempre dura. . . . . 254  
 ¿Ves; ó dichoso Lícidas, el cielo. . 255  
 Amable lira mia. . . . . 256  
 La primavera derramando flores. . 256  
 Cruda fortuna, que voluble llevas. 257  
 Templa el laud sonoro. . . . . 257  
 Dulce Dalmiro, cuando á Filis suena. 258  
 Ingrato, cuando á hablarme. . . . . 259  
 Velado el sol en esplendor fulgente. 259  
 Desdeña, Anfriso, del enero triste. 260  
 Deja, dulce Jovino. . . . . 261

Cruel memoria, de acordarme deja.	261	¡Ay! ¡ con qué voces en tu amar-	
Desciende del olimpo, alma Cítéres.	261	go duelo. . . . .	315
No tiembles, Lice, ni los ojos bellos.	262	¿ Es el orgullo , es la razon quejosa	315
No con mísero llanto. . . . .	263	¿ Oyes , oyes el ruido. . . . .	317
Id, ó cantares míos, en las alas. . . . .	264	¿ Por qué , por qué , me dejas ? . . . . .	318
Esperanza solícita, á mi ruego. . . . .	264	Salud , ó sol glorioso. . . . .	319
Alado dios de Gnido. . . . .	265	¡ Oh ! ¡ cuán hórridos chocan. . . . .	321
¡ Qué dulcísimo canto el aire llena!	265	Rápida vuela por el aura leve. . . . .	322
Entre nubes de nácar la mañana. . . . .	266	¿ Dó estoy ? ¿ qué presto vuelo. . . . .	322
¿ Qué son tan triste lastimó mi oído?	267	Don grande es la alta fama. . . . .	324
De pompa, majestad y gloria llena.	268	En medio de su gloria así decia. . . . .	327
¡ Oh ! ¡ con qué silbos resonando aflije.	269	¡ Oh gran naturaleza. . . . .	328
Fugaz otoño, tente. . . . .	270	Señor , á cuyos dias son los siglos.	330
Huye, Licio, la vida. . . . .	271	Tronó indignado el cielo. . . . .	330
Tus alas de oro de felice vuelo. . . . .	272	Cantemos al Señor, que engrande-	
¡ Oh, qué don tan funesto. . . . .	273	cido. . . . .	332
No es, Julio, la riqueza. . . . .	274	Deten el presto vuelo. . . . .	333
¿ Te admiras de que llore? . . . . .	275	Hasta en los grillos venturoso siento	335
Fausto consuelo de mi triste vida.	275	Silencio augustó , bosques pavoro-	
		sos. . . . .	337
		Benigno en fin el cielo. . . . .	339
		¿ Cuándo el cielo piadoso. . . . .	340
		No en tan curioso anhelo. . . . .	341
		Huye , pensamiento mio. . . . .	342
		No es sueño, no ilusion : las arpas	
		de oro. . . . .	345
		¿ Dónde la mente en tus etéreas alas	347
		LA CAIDA DE LUZBEL , CANTO ÉPICO.	
		Dí, musa celestial, de dónde pudo.	353
		ELEJÍAS MORALES.	
		¡ Oh loca ceguedad! ¿ será que rompa	360
		Cuando la sombra fúnebre y el luto	361
		¿ Dónde hallar podré paz ? el pecho	
		mio. . . . .	363
		¡ Con qué silencio y majestad cami-	
		nas. . . . .	364
		¡ Qué sedicion, oh cielos, en mí siento	365
		Virtud, alma virtud, don inefable. . . . .	367
		DISCURSOS.	
		Por un valle solitario. . . . .	370
		¿ Nació, Amintas, el hombre. . . . .	374
		Desfallece mi espíritu, la alteza. . . . .	377

## Primor de Melendez.

---

Siempre embebidas las almas,  
Ya en esperanzas que finjen,  
Ya en desdenes que contrastan,  
Ya en favores que consiguen ;  
Temen ora, ora suspiran ,  
Ora blandamente rien ,  
Gozan ora , ora se quejan,  
Ora al amado se rinden etc.

MEL. ROM. DEL AMOR.

En habla antigua ó moderna,  
¿Cuándo se vió? ¿cuándo? ¿cuándo,  
Embeleso mas perfecto,  
Y primor mas estremado?  
¿Quién así trocó su idioma,  
Con imperio soberano,  
En armónico instrumento,  
(Sumo don de Apolo grato,)  
Subido al temple divino  
De su voz, oído y mano?

El metro del Romancillo  
( Con tan vil desden mirado  
Por la bárbara ignorancia  
De pedantes insensatos )  
Triunfante y esclarecido ,  
Y por siempre ya endiosado ,  
Centellea en el alcázar,  
Y se goza en los halagos  
Del sin-par Melendez, gala

Del Parnaso Castellano;  
Y blason de Europa toda,  
Cuyos ínclitos aplausos,  
En gozosa competencia,  
Pregonan propios y estraños.

De Rosana, la preciosa,  
El vivo y gentil retrato  
¡Con qué profusion campea!  
¡Qué matices tan lozanos!  
¡Cómo hierven! ¡cómo hechizan!  
Los símiles mas gallardos,  
En pomposos ramilletes,  
Con destellos redoblados!

De rendir el orbe todo  
A su albedrío blasona;

Luego á la linda,

Como que brinda

En un banquete,

Allá corona

Sus mil primores,

Con el juguete

De la Letrilla

Tan lijerilla

Y tan galana:

Y en un retrete

De ricas flores,

Por su Rosana

Muere de amores.

Y tal vez exhalando

Su tiernísimo acento,

Anaereonte blando,

Sobre el Griego descuella

Con su cadencia bella;

Y en el vaiven templado

De su fino instrumento,

Ostentando la llaga

De su amor estremado,

Encariña y halaga...

Pero las Artes todas á porfía  
De eterno lauro á su Cantor coronan,  
Y en ínclita armonía  
Su escelsa nombradía  
De rejion en rejion sin fin pregonan.  
¡Con qué sublime lírica arrogancia,  
Ardiendo todo en ansia desalada,  
Con tanta peregrina pincelada  
Su númen fecundísimo rasguea  
Del sumo acierto la cabal idea,  
Y un vivo cuadro ostenta en cada estancia!...

Su pincel espresivo  
La campestre funcion retrata al vivo,  
Y en las noches de enero,  
Cuando rechina el ábrego con saña,  
Muestra al zagal que, en pastoril hazaña  
De forzuda cuadrilla, en ver se goza  
(Mientras la aldea toda se alborozaba  
Con raptos mil de celestial holganza)

Cómo hasta el cielo lanza  
Lumbre para bailar un roble entero.

Mas, ó divino Meléndez,  
Si allá tus líricos rasgos,  
Tu Batilo incomparable  
Y tantos ínclitos partos,  
Con ardiente idolatría  
Enloquecen mi entusiasmo,  
Viven siempre en mi memoria  
Tus Romances sobrehumanos.

La Mañana ¡qué risueña  
Desemboza el rico manto !  
¡Qué reales tan vistosos!  
¡Qué colores tan galanos,  
Desde la esfera, derrama  
Sobre el suelo matizado!  
Todo es vida, todo pompa,  
Todo flores, todo encanto.  
¡Con qué bonancible temple

La Tarde, al cárdeno ocaso,  
 Con mil ráfagas inflama  
 Los celajillos rizados!  
 Y en su trono de oro y nácar  
 El sol, con triunfal boato  
 De turquí, púrpura y grana,  
 A empozarse vuela ... el cuadro:  
 Sobre la verdad se encumbra  
 En pintoresco aparato.

La sublime Despedida  
 De aquel Patriota Anciano  
 Que en veloz raudal desfoga  
 Su pecho, en zelo abrasado,  
 Desarrolla en metro escelso  
 Preciosísimos arcanos;  
 Y con ímpetu violento,  
 Tras sus nobles Desengaños,  
 Arrebata con la gala  
 De su intrépido entusiasmo.

El Asonante (1) es un ritmo  
 Peculiar del castellano,  
 Y su oríjen, tan castizo  
 De las márgenes del Tajo,  
 Lo realza hasta lo sumo  
 A mi fino temple hispano.  
 Con aquel eco apacible,  
 Tan perene como vario,  
 Al compás de su cadencia  
 Siempre al oído halagando,  
 En el ánimo embebido  
 Labra al fin el logro ansiado.

Una y mil veces bien-hayan  
 Los Ingenios sobrehumanos

(1) Los Italianos, de suyo tan agudos y certeros para deslindar todo sonido métrico, se muestran zompos y embotados de oído para percibir el eco del Asonante, hasta el punto de conceptuar que las Anacreónticas y Romances de Meléndez (quien merece distinguidísima aceptación en Italia) están en verso suelto.

Que ensalzaron el Romance  
Con esclarecidos partos;  
Y húndase todo enanillo  
Que por su ínfimo tamaño  
Los gigantes medir sueña,  
Y se engrie motejando  
La anjélica melodía  
De los Cisnes del Parnaso,  
En cuyo coro descuellas,  
Gran Melendez, por tus Cantos.

J. M. DE F.



The character of the...  
 and...  
 Y...  
 The...  
 The...  
 In...  
 In...  
 In...  
 In...

L. M. 4. 1.



X940157356



M

U  
EX E 9402532700

